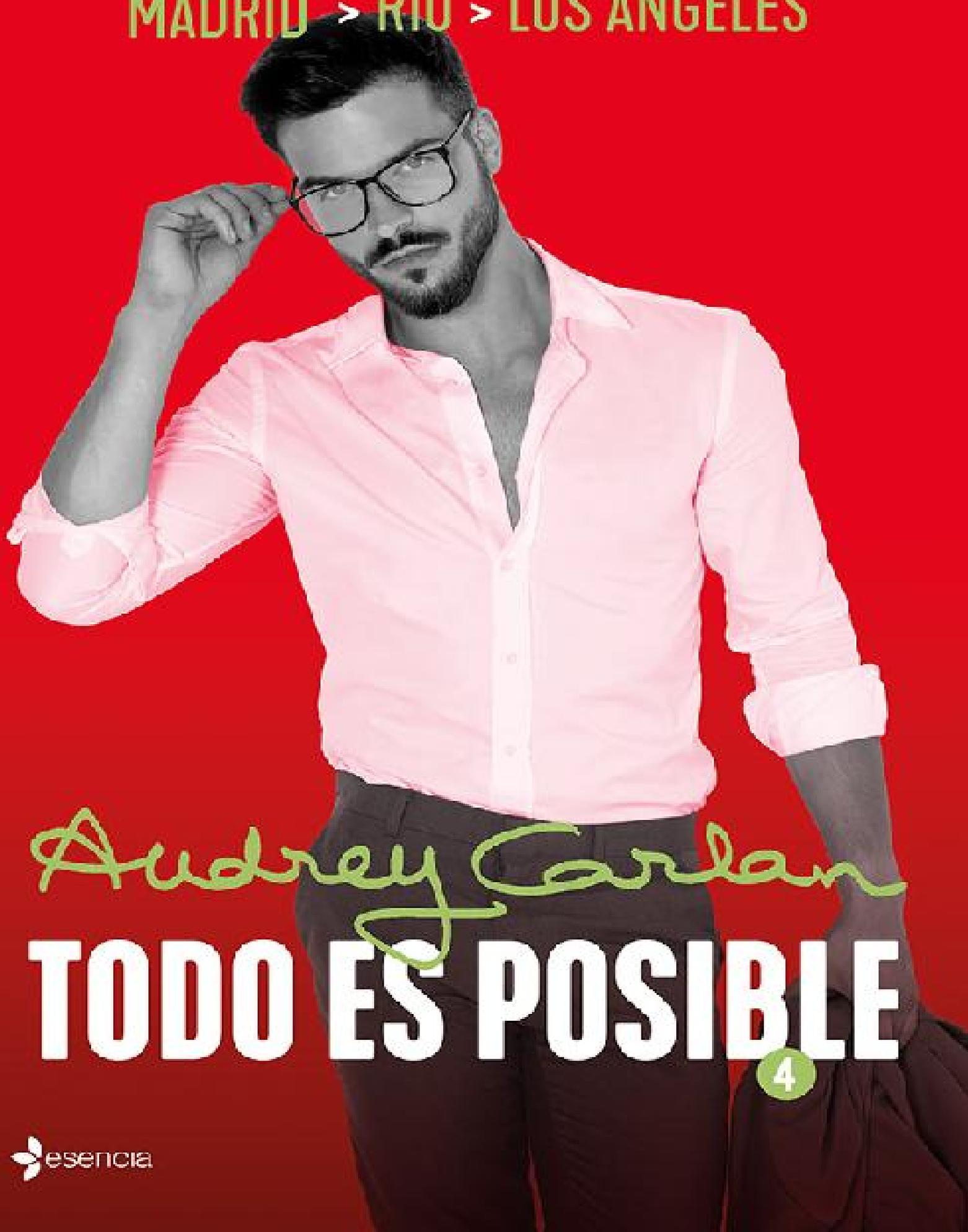


MADRID > RÍO > LOS ÁNGELES



Audrey Carlan

TODOS ES POSIBLE

4

Índice

Portada

Sinopsis

Portadilla

Dedicatoria

MADRID

1. Skyler
2. Parker
3. Skyler
4. Parker
5. Skyler
6. Parker
7. Skyler
8. Parker
9. Skyler
10. Parker
11. Skyler
12. Parker

RÍO

1. Skyler
2. Parker
3. Skyler
4. Parker
5. Skyler
6. Parker
7. Skyler
8. Parker
9. Skyler

10. Parker

11. Skyler

12. Parker

LOS ÁNGELES

1. Skyler

2. Parker

3. Skyler

4. Parker

5. Skyler

6. Parker

7. Skyler

8. Parker

9. Skyler

10. Parker

11. Skyler

Epílogo

Nota de la autora

Agradecimientos

Biografía

Notas

Créditos

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



Explora

Descubre

Comparte

Sinopsis

«Amo a las mujeres. A todas las mujeres. Me he preparado para saber qué es lo que cada mujer necesita. ¿Quieres algo y tienes el dinero para perseguir ese sueño? Hablemos. Por el precio adecuado, todo es posible.» Parker Ellis es el CEO de International Guy Inc. y su trabajo consiste en asesorar a la gente más rica del mundo sobre la vida y sobre el amor, aunque a veces no pueda evitar que salte la chispa entre él y sus clientas. Sabe que hay todo un mundo allí fuera esperándole, pero lo que no sabe es que quizá también se cruce con alguien que le acabe robando el corazón...

TODO ES POSIBLE 4

Madrid Río Los Ángeles

Audrey Carlan

Traducción de Aleix Montoto y Lara Agnelli

Esencia/Planeta

MADRID

Para María Guitart, mi editora española,

y todo el equipo del Grupo Planeta.

Madrid es para vosotros.

Nunca olvidaré el compromiso, el apoyo y el amor

que habéis mostrado por mis historias.

Me hace muy feliz trabajar con vosotros

en este proyecto tan especial para mí.

Besos.

RÍO

Al equipo de Verus Editora.

Me llevasteis al Cristo, una de las experiencias más profundas de mi vida. Creísteis en mis historias y las compartisteis con vuestro país. No hay suficientes palabras para agradecer la pasión que vosotros, vuestro país y los lectores brasileños le habéis proporcionado a mi mundo. Espero que este libro consiga trasladarle al lector parte de la belleza de Brasil.

LOS ÁNGELES

Para Jeananna Goodall.

Un año. Hemos pasado un año con este proyecto. Eres mi principal animadora, mi mayor apoyo, la persona con cuyo hombro puedo contar siempre. Me recuerdas cada día por qué trabajamos tan duro.

Se trata de la historia. Se trata de la amistad. Se trata del amor, de la luz y de vivir la vida lo mejor posible.

Juntas seguiremos viviendo nuestra verdad

Madrid

1

Skyler

Sonrío de oreja a oreja al oír el timbre del ascensor.

—¡Ha llegado papá! —les digo a mis cachorritos.

Ambos revolotean a mis pies mientras preparo la cena. Parker no lo reconoce, pero le encanta que sepa cocinar y me lo demuestra devorando todo lo que le hago como si llevara semanas sin comer. Normalmente, también le preparo el desayuno. Esto hace que me pregunte con qué tipo de mujeres ha salido en el pasado, aparte de esa bruja, Kayla, que lo engañó y traicionó. Me alegro de que hayamos dejado atrás ese escollo; tanto Kayla como Johan ya forman parte del pasado. Sacar a relucir antiguas relaciones románticas no hace sino agitar el avispero, y Parker y yo estamos concentrados únicamente en nuestro futuro.

Al oír cómo se abren las puertas del ascensor, *Midnight* da un salto y cruza a toda velocidad el salón en dirección a la entrada contoneando su pequeño cuerpo negro. El niño de papá.

—¡Parker, cariño...! —exclamo mientras me seco las manos con un paño y me dirijo al salón—. Venga, *Sunny*, vamos a saludar a papá. —*Sunny* me sigue con su pequeño cuerpo pegado a mis piernas. En ese momento, oigo el reconocible sonido de los gruñidos de *Midnight*.

Y, al cruzar la puerta no es a Parker a quien veo, sino a Tracey. Ésta permanece inmóvil y con las manos en alto, como si acabara de ser sorprendida por la policía.

—¡Trace! ¿Qué diantre estás haciendo aquí? —pregunto, sorprendida por ver a mi mejor amiga. Se suponía que estaba en Nueva York.

—Esto, Pajarillo, ¿te importaría ocuparte de tu perro guardián? —dice con voz trémula al tiempo que da un paso atrás. *Midnight* gruñe un poco más, dejando a la vista sus dientes.

Me echo a reír y cojo a mi cachorro, que está haciéndose demasiado grande para que siga cargando con él.

—Ésta es Tracey, *Midnight*. Es mi mejor amiga, tonto —le digo cariñosamente al perro y le hago una carantoña en el cuello con la nariz—. ¿Lo ves? No va a hacerte nada. Trace, extiende una mano lentamente, con la palma hacia abajo.

Ella lo hace y yo le acerco a *Midnight* y acaricio la mano de Tracey.

—¿Ves, tonto? Tracey no te hará nada. Es la mejor amiga de mamá y ahora también tu tía. No pasa nada; queremos a Tracey.

—¿Es esto realmente necesario? —dice Tracey en tono sarcástico.

Midnight observa con atención mis movimientos mientras lo acerco a la mano de Tracey. La huele, pero de todos modos gruñe débilmente, como si no terminara de creer lo que su mamá está diciéndole. Qué extraño.

—¡Ya basta! —exclamo con mayor firmeza—. Tracey es amiga nuestra. No hace falta que me protejas de ella. Es de la familia.

Dejo al perro en el suelo y me dirijo al bote de galletitas que hay cerca de la entrada, abro la tapa de cerámica, saco una orgánica con sabor a beicon y se la doy a Tracey.

—Ten, dale esto. Así seguro que te lo ganas.

Ella pone los ojos en blanco y suspira dramáticamente, pero coge la galletita y se la ofrece a *Midnight*.

—Toma, toma, perrito. —Su voz suena como si pretendiera ser dulce, pero en realidad sólo parece exasperada—. Toma tu chuche —dice con el premio de beicon en la mano. *Sunny* comienza a saltar junto a mi pierna, perfectamente consciente de lo que le he dado a Tracey.

Finalmente, *Midnight* deja de enseñar los dientes y acepta la galletita, aunque sigue gruñendo flojito. Es realmente extraño.

—Es raro que no le caigas bien.

Tracey suelta un resoplido.

—A mí tampoco me cae bien él. Además, no me van mucho los perros. Soy más de gatos. Hacen lo que quieren, te dejan en paz y siempre tienen un aspecto fabuloso.

Yo me encojo de hombros, cojo otra galletita para *Sunny* y se la doy. Ésta agita la cola de puro júbilo.

—Supongo. Aun así... —Dejo a *Midnight* en el suelo y sale corriendo con su hermana detrás. Entonces me doy la vuelta y extendiendo los brazos.

A Tracey se le ilumina el rostro y me abraza.

—Me alegro de verte, Flor, pero estoy sorprendida. No te esperaba en Boston. ¿Qué te trae por aquí?

Tracey frunce el ceño.

—¿No me esperabas? Sky, ahora que vives en Boston voy a venir a verte cada dos por tres. Además, Geneva James llegará dentro de un par de semanas. Tenemos planeado reunirnos con los productores para hablar del rodaje de *Los más deseados*.

—¿Dentro de un par de semanas? Esto... —Bajo la mirada y veo no una ni dos, sino tres enormes maletas en la entrada—. Entonces ¿qué haces aquí ya?

Tracey ladea la cabeza como si acabara de abofetearla.

—¿Es que no me quieres en tu casa?

Abro la boca y niego con la cabeza.

—No, no. No es eso, para nada. Por supuesto que siempre eres bienvenida; es sólo que..., es decir, Parker y yo estamos viviendo entre su apartamento y el mío, de modo que la aparición de una invitada inesperada supone un..., esto..., un pequeño cambio de planes. —Echo un vistazo al patio, donde había preparado una cena romántica para dos—. Estaba haciendo la cena, pero bueno... —Hago un gesto con la mano como quitándole importancia al asunto—. Puedo añadir un plato o también podemos salir. Te acompañaré a tu hotel.

Tracey baja el tono de voz y frunce el ceño con tal fuerza que se le marcan dos profundas arrugas en la frente.

—¿Hotel? Soy yo, Sky. Trace. Tu única amiga. No he reservado ninguna habitación en ningún hotel —dice en tono burlón—. Pensaba quedarme contigo. —Y, tras reírse, se adentra en el salón, rodea el sofá y se deja caer en él con un gruñido—. Ha sido un día muy largo. Me muero de ganas de meterme esta noche en tu enorme *jacuzzi* y relajarme junto a mi mejor amiga.

Me muerdo el labio inferior e intento pensar cuál es el mejor modo de afrontar la situación. Cuando vivía con Johan, a éste no le importaba que Tracey apareciera por sorpresa. De hecho, parecía estar contento de que lo hiciera tan a menudo como fuera posible. El porqué no lo sé. Siempre decía que le gustaba que estuviera por casa. Parker no pensará lo mismo. Es un hombre mucho más reservado. Al llegar a casa ni siquiera le gusta que estén Rachel y Nate. Cuando es hora de relajarse, al anochecer, le gusta estar conmigo y los cachorros, y hacer lo que hayamos decidido previamente, sea eso ver una película, un programa de televisión, leer un libro, charlar, jugar con nuestros perritos, darnos un baño o una combinación de todo lo anterior. Lo que esa lista no incluye es

una visita inesperada a la que entretener y con la que compartir espacio cuando él sólo quiere estar tranquilo.

—Esto..., bueno, puesto que el *jacuzzi* está en el dormitorio principal, me temo que eso no va a suceder. Parker va a llegar de un momento a otro...

—¿Y?

—Bueno, Trace, como te he dicho, ahora vivimos juntos. Entre su casa y la mía, pero sobre todo en la mía. Él opina que estar yendo de un lado para otro resulta confuso para los cachorros, así que ya estamos buscando una nueva casa para mudarnos juntos y no deberíamos tardar demasiado en encontrar y comprar la vivienda adecuada. Será mejor para los perros no estar cambiando de casa constantemente.

—¿Qué tiene eso que ver con que yo quiera pasar un rato contigo y darme un baño? —Su mandíbula parece tensarse y sus labios se fruncen formando una pequeña mueca de reproche.

—Como te he dicho, la bañera está en el dormitorio principal, Trace. Por más que quiera pasar tiempo contigo, el último caso ha dejado algo tocado a Parker. Estos días está distinto. Un poco más tenso. Se lo cuestiona todo. Por no mencionar el hecho de que no consiguen encontrar al fan que está acosándonos y enviándonos mensajes. Eso está volviéndole loco.

—¿Por qué? Tú no corres ningún peligro. Es decir, no, ¿verdad? —La preocupación hace que su tono de voz se eleve ligeramente.

—No lo sé. Quizá. En cualquier caso, resulta inquietante. Y Parker ya tiene demasiadas cosas en la cabeza. Sobre todo ahora que estamos buscando una casa donde mudarnos con nuestros cachorros.

Tracey apoya el codo en el respaldo del sofá y la cabeza en la mano.

—¿No te parece que tal vez es demasiado pronto para que os mudéis juntos y adoptéis animales?

Sus palabras me golpean como si me hubieran arrojado arena con fuerza a la cara. Son implacables y brutales. Y duelen.

—¿Por qué dices eso? —Me llevo una mano al pecho y me siento junto a mi querida amiga.

Ella me coge la mano y la sostiene entre las suyas.

—Sky, querida, no hace ni un año que sois pareja y ya estáis pensando en iros a vivir juntos y comprar una casa, en vez de alquilar o arrendar. Y habéis adoptado dos perros. Son cosas serias que suponen un cambio vital. Y no hace tanto que Parker te dejó tirada y estaba besando a otra rubia en Montreal. No olvidemos esa debacle.

Dejo escapar un amargo suspiro.

—Eso no es justo. Fue culpa mía y, en su mayor parte, se trató de un malentendido.

—Sí, uno en el que tú no hiciste nada mal. Él dio por sentado que le habías engañado. Todo hombre que pueda llegar a creer algo así no es merecedor de tu tiempo —dice Trace con franqueza—. Y esto, querida, es la mera verdad.

Cierro los ojos con fuerza y me paso una mano por el pelo. Una sensación de desesperanza me arde en el pecho.

—¿Qué estás diciendo, Trace? Todo esto está fuera de lugar.

—No. A mi parecer, el hecho de que te mudes con tu novio intermitente tras apenas un minuto de felicidad es lo que está fuera de toda lógica.

Quiero rebatir lo que dice y recordarle que, en realidad, no le he preguntado su parecer, pero lo que dice resulta muy doloroso. Ella me coloca una mano sobre el muslo.

—¿Es que no te gusta Parker? —le pregunto.

Tracey frunce los labios y permanece en silencio durante un largo rato. Siento entonces como si el acantilado en el que me encontraba se hubiera derrumbado y estuviera en plena caída libre hacia un negro océano de nada.

—Me gustaba para el trabajo para el que lo contraté. Te animó. Ayudó a que te reencontraras para volver a actuar. Eso es algo que se le da muy bien, de eso no hay duda alguna...

—Salvo que... no crees que sea bueno para mí. —Apenas puedo pronunciar las palabras; me cuesta creer que ese sentimiento pueda ser posible.

Tracey me rodea con un brazo y me atrae hacia ella.

—No es que no crea que sea bueno para ti, es sólo que eres tú quien está haciéndolo todo. ¿Qué ha hecho él para demostrar su compromiso?

—¿Además de acceder a mudarnos juntos, comprar una casa y adoptar animales? —replico con cierto cinismo, pero aun así me acurruco junto a mi mejor amiga en busca de su calidez, lástima y aprobación en este asunto tal como hago con el resto de áreas de mi vida. No puedo evitar que asome por la cabeza mi voluntad de complacer a los demás.

Ella exhala un suspiro.

—Sólo estoy preocupada por ti. Pero estoy de tu lado. Siempre lo he estado. Desde que tus padres murieron, he sido yo quien te ha apoyado y se ha asegurado de que siempre estuvieras al máximo nivel y fueras la mejor en lo tuyo. Es mi trabajo protegerte y mantenerte a salvo de cualquier amenaza. Sea ésta un fan loco, un productor ofreciéndote menos dinero o un hombre inmiscuyéndose en tu mundo de tal forma que, de repente, dejas Nueva York y estás planeando comprarte una casa en Boston. ¡Nada menos que en Boston! —Su tono de voz se alza con desdén al pronunciar el

nombre de la ciudad—. Es una ciudad, pero no la ciudad. Siempre has considerado que tu base de operaciones era Nueva York.

Frunzo el ceño.

—Sí, bueno, porque la mayoría de los negocios se hacen en Nueva York y tú estás ahí.

—Exacto. Y ahora tú estás aquí y he de subirme a un avión para verte. Es lo peor, Pajarillo. No me gusta estar a tanta distancia de ti, pero no puedo abandonar durante mucho tiempo mi negocio ni a mi equipo para estar más cerca de mi mejor amiga.

—Y tu mejor cliente. —Sonrío, sacando pecho.

Ella también sonrío.

—Y mi mejor cliente, sí. Aun así, ¿eres realmente esta mujer? ¿De verdad? ¿Domesticada? Lo siguiente será que me digas que quieres casarte con ese hombre.

Matrimonio.

Últimamente, la idea se me ha pasado por la cabeza con frecuencia. Siempre he querido encontrar a mi otra mitad y que creemos un hogar y construyamos una vida juntos. Y esa vida incluiría familia e hijos propios.

—Me casaría con Parker al instante si me lo pidiera —digo en un tono ensoñador, visualizando a Parker ataviado con un esmoquin, sosteniendo mi mano y diciendo «Sí quiero» delante de su familia y nuestros amigos.

Tracey deja escapar un grito ahogado.

—¿Te ha pedido que te cases con él?! —pregunta con los ojos abiertos como platos y estudiando mi rostro como si estuviera escondiéndole un secreto importante.

—No. No lo he hecho, Trace. Aunque cuando demos ese paso nos aseguraremos de que seas una de las primeras personas en

enterarse —dice mi chico, apareciendo de repente, y suelta una risita.

Tiene un aspecto impecable vestido con ese traje azul marino y esa camisa blanca impoluta con el cuello desabrochado de tal forma que deja a la vista una sexy franja de piel bronceada. No puedo evitar que mi boca salive cuando se acerca a mí con los ojos puestos en el coqueto vestido que llevo y mis piernas desnudas. En cuanto llega a mi lado, me pongo de pie y le rodeo el cuello con los brazos. Él inclina la cabeza y me saluda con un beso.

La mejor parte del día.

El momento en el que mi chico llega a casa del trabajo y me besa con un deseo y una pasión que resuenan por todo mi cuerpo, hasta los mismos pies, es increíble. Siempre que posa esos labios sobre los míos es como si hubiera estado fuera un mes, no diez horas. Cuando se ha saciado, aparta ligeramente la cabeza y acaricia mi nariz con la suya.

—Hola, cariño. ¿Qué tal te ha ido el día?

Yo sonrío y echo la cabeza hacia atrás, dejando que el pelo suelto caiga por mi espalda y disfrutando del abrazo de mi hombre.

—Bien. Como puedes ver, Tracey nos ha sorprendido con una visita. —Intento sonar animada pero, por primera vez, no lo estoy. Mi amiga debería haber llamado antes, sobre todo si tenía intención de quedarse en nuestra habitación de invitados. En el pasado, no era necesario que lo hiciera porque yo vivía sola. Pero ahora las cosas han cambiado y he de encontrar un modo de dejárselo claro sin herir sus sentimientos.

—¡Ah, qué bien! ¿Qué tal estás? Me alegro de verte. —Parker rodea mi cintura con un brazo y me mantiene a su lado.

—Bien, gracias. Sí, había pensado que podía venir y pasar aquí un par de semanas antes de que Geneva James llegara a la ciudad

—dice ella en un tono inexpresivo.

El rostro de Parker se enciende al oír la noticia. Está claro que ha pasado por alto el dato de que Tracey tiene intención de quedarse un par de semanas en casa. A él le encantó estar con Geneva James en Londres. Pasa los dedos por el brazalete de cuero que llevo en la muñeca y en el que puede leerse VIVE TU VERDAD antes de hacer un movimiento que nos lleva a ambos al sofá, donde me siento pegada a él. Yo a mi vez paso el pulgar por su brazalete de cuero en el que puede leerse CONFÍA EN TU CORAZÓN para que sepa que he captado su gesto y que siento lo mismo respecto al tiempo que pasamos en Londres.

—¿Tienes pensado quedarte un par de semanas, Trace? ¿No se resentirán tu empresa y tus demás clientes? —pregunto, con la esperanza de que se dé cuenta de que dos semanas es una imposición excesiva para una pareja que ha comenzado a convivir hace poco.

Ella sonrío.

—Oh, Pajarillo, he traído el portátil y el teléfono móvil. Oficina móvil. Puedo trabajar desde cualquier sitio. Y no hay ningún lugar en el que prefiriera estar que junto a mi mejor amiga. Hace mucho que no pasamos tiempo de calidad juntas, y con todos estos cambios que están teniendo lugar en tu vida, he pensado que me necesitarías cerca.

¿Cómo diantre voy a decirle que siento justo lo contrario? ¿Que Parker y yo necesitamos privacidad durante esta etapa de nuestra relación? Suspiro junto al cuello de Parker y éste me consuela dándome un apretón en el hombro.

Ya se me ocurrirá algo. Con mi chico a mi lado, soy capaz de lidiar con lo que sea. Incluidas mejores amigas entrometidas que aún no saben exactamente cuál es su lugar.

2

Parker

—Pensaba que tal vez podías necesitar que estuviera cerca — termina de decir Tracey.

—Lo siento, cariño, ¿me he perdido algo? —Me quedo mirando fijamente a Sky para intentar averiguar qué es lo que no está diciendo.

Ella se pasa la lengua por los labios y juguetea con los dedos. ¡Oh, no! Eso no es una buena señal. Cuando Sky está nerviosa o no quiere decirme algo, se muestra inquieta.

—Sky... —Ladeo la cabeza.

—Voy a instalarme en vuestro ático un par de semanas. Pasaré tiempo con Skyler y me reuniré con los productores y los inversores de la película para tenerlo todo listo antes de que comience el rodaje. Queremos que las cosas estén en orden para cuando Geneva llegue de Londres.

El tono y el lenguaje corporal de Tracey parecen casi altaneros, puede incluso que despectivos, pero ¿por qué? Cambio de posición en el sofá para poder ver bien a ambas mujeres.

—Habéis dicho muchas cosas. En primer lugar, ¿Geneva va a mudarse aquí?

La expresión pensativa de Sky desaparece y en su lugar aparece otra de pura felicidad que ilumina su rostro. ¡Dios mío, qué guapa es cuando está feliz! Es decir, esta mujer es jodidamente hermosa todo

el tiempo, pero, ¿cuando sonrío y se siente feliz? Gisele Bündchen no tiene nada que hacer al lado de Skyler Paige.

—Según su agente, Amy Tannenbaum, ya ha alquilado un apartamento en la ciudad. No muy lejos de aquí —explica Tracey.

—Me pregunto si tiene pensado instalarse a largo plazo o es sólo para la película —dice Skyler en un tono de voz teñido de excitación.

Le acaricio el brazo a la altura del bíceps y me inclino hacia ella, consciente de que tener a una amiga cerca le sentará bien. La mayoría de sus amigos comenzaron siendo sólo míos; será bueno para ella tener también alguno propio, incluyendo la compañía presente.

—Pasemos ahora a la parte en la que te alojas aquí un par de semanas —digo al tiempo que hago un gesto con la mano en dirección a Tracey.

Ésta ladea la cabeza y examina el salón despreocupadamente.

—Sí, había pensado que sería divertido celebrar una fiesta de pijamas con mi mejor amiga. —Tracey sonrío y noto cómo el cuerpo de Skyler se pone rígido a mi lado.

Asiento y sigo acariciándole el brazo para relajar y reconfortar a mi chica.

—Eso es muy amable por tu parte, Tracey, aunque habría preferido que llamaras antes. Lo siento, pero nos marchamos dentro de un par de días —digo en un tono neutro.

—¿Ah, sí? —dice Skyler al tiempo que Tracey frunce el ceño.

—Sí, iba a comentártelo durante la cena. Ese cliente con el que Royce cerró el trato cuando estábamos en Washington necesita que vayamos inmediatamente. Han firmado con la chica y grabarán el álbum de debut, pero necesita que estemos presentes en toda la preparación de las entrevistas para la prensa, el escenario, los

programas de televisión y todo eso. Y, cariño, es joven. Pensábamos que tenía veintitantos, pero resulta que sólo tiene diecinueve. Seguro que está aterrada. No quiero que aparezcamos Bo y yo con toda la artillería y la asustemos todavía más. Había pensado que podías acompañarme y, con tu experiencia en el mundo del espectáculo, tal vez podrías darle algunos consejos. Además, así podríamos pasar unos días románticos en España. — Muevo las cejas de forma exagerada.

—¿De verdad? —dice Skyler en un tono susurrante que resulta jodidamente excitante. Si su amiga no estuviera aquí, deslizaría mis manos por esas piernas desnudas, le quitaría el coqueto vestido en dos segundos como mucho y luego me la follaría hasta que dijera mi nombre en ese tono de lujuria que hace que la punta de mi polla gotee.

—Sí, Melocotones. Te necesito ahí conmigo. —Paso la mano por su muslo y su rodilla—. No estoy listo para marcharme otra vez, pero he de hacerlo. Me jode que sea tan pronto después de... — Trago saliva al recordar todo lo que acabamos de pasar con esa empresa farmacéutica, los animales y el hedor general que ese asunto me ha dejado en el alma. No quiero sonar como una nenaza, pero... ahora mismo no puedo estar lejos de ella. Es mi red de seguridad y no pienso alejarme de ella hasta que deje de tener miedo de los monstruos que se esconden en la oscuridad y que todavía permanecen en mi cabeza, atormentándome y clavándome las pezuñas en el corazón. Sky es lo único que consigue alejar la desagradable sensación que me ha dejado ese asunto.

Ella me acaricia la mejilla y pasa un pulgar por mis labios.

—Shhhhh... Estaré ahí. —Sus dorados ojos de color caramelo resplandecen bajo la tenue luz del salón. Sky me acaricia los labios

y deja sobre ellos sus pulgares para que no la interrumpa—. Si me necesitas, soy tuya. Ya lo sabes, cariño.

Sonríó y beso la yema de sus pulgares.

Mi chica suelta una risita y Tracey se aclara la garganta a su espalda. Joder, por un momento había llegado a olvidarme de que estaba aquí.

—Lo siento, Tracey. Puedes quedarte aquí, pero necesito a mi chica conmigo. —Coloco a Sky sobre mi regazo. Ella se sienta de lado de tal forma que rodeo su cintura con mis brazos y le beso en la mandíbula.

—De todas formas, estoy segura de que Tracey tiene mucho trabajo con la preparación del rodaje. Ha de tener listos los dobles, las localizaciones, el vestuario y todo lo demás antes de que yo llegue al set. Por lo demás, Rick y yo hemos estado viéndonos y leyendo el guion. Puedo hacer un último repaso por teléfono la semana que viene o lo que tardéis tú y Bo en terminar el trabajo. — Sky me da un golpecito en la mejilla con un dedo y me besa en la mandíbula. Cuando lo hace, oigo el repiqueteo de unas pequeñas uñas en el suelo de madera que cruzan a toda velocidad el salón.

Echo un vistazo por encima de mi chica y veo que *Sunny* y *Midnight* se han dado cuenta de que he llegado a casa. Levanto a Skyler de mi regazo y, cuando los cachorros llegan a mis pies, cojo a cada uno con una mano y me los coloco encima. Ambos me agasajan al instante con una combinación de amor y besos perrunos.

—¡Hola, chicos! Me habéis echado de menos, ¿eh? —Los dos perritos no dejan de darme cabezazos pidiéndome caricias.

Mientras Sky y yo jugamos con nuestras mascotas, Tracey se pone de pie con las manos cerradas en un puño a ambos lados del cuerpo.

—Estoy cansada. Me voy a la cama. ¿Tenéis una habitación libre para mí?

—Claro que sí —dice Sky, y se pone de pie—. ¿Estás segura? Decías que querías darte un baño...

Tracey se me queda mirando y, por alguna razón, su mandíbula se tensa como si estuviera cabreada conmigo. Francamente, es ella quien ha aparecido sin avisar, de modo que no me importa mucho si se siente un poco sujetavelas.

—No, da igual. Me daré una ducha en la habitación para invitados y me meteré directamente en la cama. Estoy agotada, y además tengo que revisar algunos asuntos de trabajo. ¿Desayunamos mañana? —dice con un tono de esperanza mezclado con frustración.

—¡Desde luego! —Skyler sonrío y estrecha a su amiga entre sus brazos. Tracey permanece abrazada a ella durante un largo rato y baja la mirada hacia mí. En sus ojos me parece advertir algo que no puedo definir, pero desaparece antes de que pueda discernir de qué se trata.

—¿Me prepararás mi desayuno favorito? —pregunta Tracey de camino al pasillo tras deshacerse del abrazo de Skyler.

—¿Tostadas francesas? Claro que sí.

—Eres la mejor amiga que se puede tener —dice Tracey en un tono zalamero.

—¡Lo mismo digo! —contesta Sky, sonriendo como la chica dulce que es.

Trace se vuelve hacia mí y luego mira otra vez a Sky.

—Que disfrutéis de la cena.

—Lo haremos. Que duermas bien —le digo, y observo cómo se dirige hacia sus maletas y se las lleva pasillo abajo. La habría ayudado, pero la rigidez de su lenguaje corporal me lo ha

desaconsejado—. ¿Qué le pasa? —le pregunto a Sky en voz baja cuando Tracey ya no puede oírnos.

Skyler deja caer los hombros y se da la vuelta. Al hacerlo, su vestido ondea ofreciéndome un buen vistazo de sus piernas desnudas. La Bestia lo advierte y comienza a sentirse oprimida bajo unos pantalones que ahora resultan excesivamente ajustados.

Skyler hace una mueca.

—Está rara.

—De eso ya me he dado cuenta, Melocotones. ¿Qué sucede? ¿Te ha dicho algo antes de que yo llegara? La escena con la que me he encontrado al entrar en casa parecía algo tensa. ¿A qué venía todo eso del matrimonio? Es un tema que deberíamos hablar tú y yo, no vosotras dos, ¿no te parece? —digo, y le lanzo una dura mirada para que le quede claro que preferiría mantener nuestras cosas en privado.

Ella se encoge de hombros y me sujeta de la mano.

—Pues sí. Te propongo que nos llevemos la comida que he dejado en el horno para que no se enfriara al patio. Podemos cenar ahí y disfrutar de un rato a solas.

Sigo a mi chica con los dedos de nuestras manos entrelazados y los cachorros pisándonos los talones. Ella saca los platos y los coloca en una bandeja. La cojo y ella se sirve una copa de vino blanco y abre una cerveza para mí. Luego nos dirigimos juntos al patio donde descubro que ha preparado una cena romántica para dos.

—Parece que esta noche no esperabas ningún invitado. —Dejo la bandeja en una mesita auxiliar y coloco los platos delante de nuestros respectivos asientos.

—No, efectivamente no lo esperaba —dice ella con aire cansado al tiempo que se sienta en su silla y deja sobre la mesa los vasos—.

Si te soy honesta, ha sido un poco raro.

—¿Que haya aparecido de la nada? Estoy de acuerdo. —Me coloco la servilleta sobre el regazo.

Ella vuelve a encogerse de hombros y le da un sorbo a su copa de vino.

—Sí y no. Cuando vivía en Nueva York con Johan solía aparecer continuamente sin avisar, pero, claro, para venir aquí ha tenido que coger un avión. Cabría esperar que llamara antes asegurándose de que estamos en casa y no tenemos planes.

Le doy un trago a la cerveza. El sabor a lúpulo fluye por mi lengua y, tras sonreír apreciativamente, me humedezco los labios con la lengua. Mi chica sabe escoger la cerveza, por no mencionar que la cena que ha preparado tiene un aspecto estupendo. Pechuga de pollo con salsa, cuscús y espárragos salteados.

—En primer lugar, querida, todo esto tiene una pinta maravillosa. Gracias por preparar la cena y hacer un esfuerzo adicional para que fuera romántica.

El rostro de Sky resplandece al oír mis palabras. Su largo cabello rubio cae sobre sus hombros cual halo dorado alrededor de su rostro.

—En segundo, me da la impresión de que te toca mantener una conversación franca con tu amiga. Necesita saber que ya no vives sola. No hay ningún problema con que venga a visitarte, pero antes ha de avisar para asegurarse de que no tenemos planes. Apenas estamos acostumbrándonos a vivir con *Midnight* y *Sunny*, y ahora yo tengo otro jodido caso...

Sky extiende una mano y me acaricia el brazo que tiene más cerca.

—Ya lo sé, cariño, ya lo sé. Y lo siento. Hablaré con ella. Es sólo... —Se muerde el labio y echa un vistazo por el balcón hacia la

puesta de sol.

—¿Qué pasa? ¿Ha dicho algo que te ha molestado?

Ella exhala un suspiro y juguetea con su pollo mientras yo corto un trozo del mío y me lo llevo a la boca. Suelto un apreciativo gemido cuando el ajo y las especias invaden mi paladar. Percibo asimismo un sutil condimento de hierbas que hace que el sabor explote en mis papilas gustativas. Sky levanta la mirada y sonrío ligeramente mientras yo dejo que el pollo más sabroso y tierno que he comido nunca inunde mis sentidos.

—¡Madre de Dios, cómo cocina mi chica! —murmuro y me llevo a la boca otro trozo de ese delicioso manjar.

—Me alegro de que te guste. Es otra de las recetas de mi madre. —Sonríe tristemente. Cada vez que menciona a su madre, su rostro adopta esta melancólica expresión. Espero que algún día pueda hablar de ella con alegría en vez de con aflicción.

—Tu mamá debía de ser muy buena en la cocina porque, nena, eres una excelente cocinera. —Corto un trozo de espárrago y me lo meto en la boca. Su delicioso sabor combina a la perfección con el del pollo.

—Tracey me ha dicho que le parece que estamos yendo demasiado rápido —suelta de repente.

Dejo de masticar de golpe y me quedo observándola. Mi chica está nerviosa e inquieta. Termino de masticar el trozo de pollo y me lo trago.

—¿Y tú estás de acuerdo con ella? —pregunto y, deseoso de conocer sus pensamientos, espero pacientemente su respuesta mientras contengo el instinto de reaccionar de un modo desproporcionado.

Ella niega con la cabeza.

—No había sido tan feliz en toda mi vida. ¿Cómo puede algo que sienta tan bien ser demasiado rápido?

Extiendo una mano por encima de la mesa y tomo una de las tuyas, me la llevo hasta la boca por encima de la comida y beso cada uno de sus dedos.

—Porque no lo es. Vamos al ritmo que nos parece adecuado a nosotros. Yo soy feliz; tú eres feliz. Mi madre está jodidamente eufórica. Los chicos te adoran; Wendy opina que eres lo más. Mi hermano Paul me dijo que eres la tía más buena del mundo y que será mejor que te eche el lazo antes de que te me escapes. — Sonríe y le guiña un ojo con picardía.

Sky suelta una risita y sonrío tan ampliamente que sus mejillas se sonrojan.

—No te preocupes por lo que piense Tracey. Nuestra opinión es la única que importa. Puede que ella sea tu mejor amiga y te conozca desde hace mucho tiempo, pero no vive tu vida, cariño. Somos nosotros quienes lo hacemos. Tú y yo. Sólo nosotros dos sabemos qué es lo mejor para nosotros. Ahora mismo, eso significa mudarnos juntos y vivir nuestra vida con nuestros cachorros. ¿Todavía quieres eso?

—Claro que sí —dice ella con cierto temor en la voz—. Es lo que siempre he querido. Del mismo modo que un día, Parker, espero ser una buena esposa y madre. Me encanta actuar, pero tampoco es que necesite el dinero. Ya tengo suficiente para toda la vida. Y a ti te va bien. Juntos, sé que tendremos una gran vida, y eso es lo que más deseo.

Le doy un apretón en las manos.

—Entonces no te preocupes. Las intenciones de Tracey seguro que son buenas. Una buena amiga siempre se preocupará por ti,

pero no tiene nada de lo que temer. Nuestra relación es sólida y no veo nada en el horizonte que pueda cambiar eso. Nunca.

Sky sonrío, se pone de pie, coloca sus manos en mis mejillas y me besa con fuerza.

—Gracias. Tú siempre sabes qué decir.

Rodeo sus caderas con un brazo.

—Es mi trabajo. Tu felicidad, eso es lo único que me importa.

Ella se inclina y me besa. Esta vez con más ternura.

—Te quiero.

—Yo también te quiero. ¿Y ahora puedo terminarme esta cena tan jodidamente fantástica para llegar a la parte de la noche en la que me follo a mi mujer hasta el próximo jueves?

Ella se estremece bajo mi abrazo. Está claro que a mi chica le encanta la idea de que me la folle hasta la semana que viene.

Acepto otro suave beso con la mandíbula entre sus manos.

—De acuerdo, cariño.

—Pues comienza a comer porque vas a necesitar combustible. Tengo la sensación de que nos espera una larga noche de sexo. Quiero ver cómo mi chica se corre mientras cabalga sobre mi polla. Puede que también mientras cabalga sobre mi cara.

Ella se remueve en su asiento.

—¿Y si te digo que no tengo hambre? —sonríe burlonamente.

Niego con la cabeza y cubro mi sonrisa con la mano que sostiene el tenedor.

—Entonces te diría que luego vas a estar muy hambrienta.

—Cariño... —dice ella con voz susurrante sin tocar su comida. Sus ojos marrones son ahora dos pozos negros de lujuria y deseo.

—Termínate la cena... y date prisa —le ordeno.

Ella se humedece los labios con la lengua, coge un espárrago, rodea la punta con la lengua y se lo mete entero en la boca para

acto seguido volver a sacarlo y enarcar una ceja con falsa modestia.

Dejo los cubiertos en el plato.

—Que le jodan a la cena. Ahora tengo hambre de algo mucho más caliente y muchísimo más dulce. —Me pongo de pie de golpe, me acerco a ella, me inclino y, tras colocar un hombro en su estómago, la agarro por las caderas y la levanto. Con su torso colgando a mi espalda, me dirijo al dormitorio. Durante el trayecto, Sky no deja de reír y removerse.

—¡Eso es...! ¡Cabalga! —digo entre dientes mientras la agarro por las caderas hundiéndole los dedos en la carne—. ¡Oh, sí! ¡Más rápido!

Skyler gimotea mientras su cuerpo se ondula sobre mí. Tiene una mano en mi hombro y otra en el aire, con el cuerpo a la vista bajo una luz de lo más sexy.

Estoy con la espalda apoyada en el cabecero de la cama y las rodillas flexionadas, y ella con el cuerpo desnudo en mi regazo y la polla sumergida en su abertura estrecha y húmeda.

—¡Dios mío! ¡Qué bien me montas!

Noto que las pelotas se me acercan al cuerpo y que una calidez comienza a propagarse en la base de mi columna vertebral.

Ella echa la cabeza hacia atrás y deja que el cabello le caiga en ondulantes cascadas que me hacen cosquillas en los dedos mientras sus relucientes y húmedos labios no dejan de despedir jadeantes bocanadas de aire. Paso la mano por su vientre desnudo y hundo el pulgar en su ombligo hasta que oigo que se queda sin aliento. Con los dedos extendidos deslizo entonces la mano hasta sus tetas perfectas, pero no me detengo ahí, sino que sigo hasta

que mis dedos rodean ligeramente su garganta, donde puedo sentirle el pulso mientras ella sigue cabalgando.

Llevo una mano a su mejilla y le paso el pulgar por los labios. Ella abre la boca y me lo chupa, enroscando la lengua alrededor del dedo y recordándome lo bien que siento eso cuando se lo hace a la Bestia.

—¡Fóllame! —digo entre gruñidos y la siento con vigor sobre mi polla dura mientras aprieto los dientes con fuerza a causa del esfuerzo que estoy haciendo para no correrme en un segundo. Quiero que esto dure lo máximo posible. Joder, me gustaría que se prolongara toda la vida.

Sky me chupa el pulgar con mayor deseo a medida que su excitación va empañando el espacio que nos separa. Deja escapar un suspiro al tiempo que su sexo envuelve el mío de la forma más enérgica y sucia posible.

Retiro el pulgar de su boca y, tras hundirle los dedos en el pelo, acerco su rostro al mío y tomo su boca en un salvaje pillaje de lengua, labios y dientes.

Ella suelta un grito cuando su cuerpo comienza a sufrir espasmos y convulsiones y, apretando sus muslos contra los míos, no deja de moverse rítmicamente para impulsar con fuerza su clítoris contra mi hueso pélvico.

—Cariño —susurran sus labios pegados a los míos mientras los temblores sacuden su cuerpo y su sexo estruja rítmicamente mi polla.

—¡Oh, sí! ¡Joder! ¡Así es! ¡Cabalga sobre mi polla! ¡Hazme ver las estrellas! —Y subo y bajo su cuerpo al tiempo que ella llega al clímax hermosamente con la mirada perdida y entregada a la euforia del momento—. Ahora me toca a mí —murmuro con los labios pegados a su cuello y saboreo la sal de su piel mientras su aroma a

melocotón con nata se mezcla con el almizcle del ambiente y nuestro aroma combinado me inunda la nariz.

Celestial.

Tras envolverla entre mis brazos, alzo su cuerpo, le doy la vuelta para que quede boca arriba y le levanto las piernas hasta que las rodillas le llegan a las jodidas orejas. Al bajar la mirada, veo los labios de su sexo extendiéndose alrededor del contorno de mi miembro, reluciente a causa de su flujo.

Siento que mi mente se expande y que mis orificios nasales se dilatan. Bajo el ritmo antes de perder el control por completo. Estoy del todo concentrado en el suave vaivén mediante el cual me introduzco en mi chica de la forma más carnal posible.

—Eres jodidamente hermosa, Sky. Todos y cada uno de los centímetros de tu piel son perfectos. Y sólo míos, para toda la vida.

—Parker —dice ella entre jadeos. La excitación vuelve a crecer en su interior y repite la petición que yo le he hecho antes—: Fóllame. —Sólo que ella tiene ventaja. Con un vudú mágico, hace fuerza con sus músculos internos y me aferra la cabeza de la polla justo en el momento en el que está saliendo, dejando únicamente la punta dentro.

Yo aprieto los dientes y vuelvo a entrar.

—¿Ésas tenemos?

Ella me obsequia con una voluptuosa sonrisa.

—Oh, sí. Tal cual.

—¿Qué te he dicho antes de comenzar? —masco cada una de las palabras, todavía conteniéndome para no perderme en su cuerpo.

—Mmm... —Ella estira el torso tanto como puede e intenta bajar las piernas para rodear mi cuerpo con sus brazos.

—Nanay. Lo que te he dicho es que iba a follarte hasta el próximo jueves. Y yo cumplo mis promesas. —Ésta es la única advertencia que recibe antes de que le levante otra vez las piernas y vuelva a taladrarla. Soy implacable en mi propósito de hacerla gritar de placer. Con cada embestida, alcanzo una pared de carne que sé que la vuelve loca de lujuria y que hará que se corra como un tren de mercancías.

El calor entre nosotros va a más y el sudor recubre mi pecho y se desliza por los surcos de mis abdominales y los lados de mi cuello mientras ella sacude la cabeza de un lado a otro con cada embestida profunda.

—Parker, cariño, no puedo, no puedo, no... —Hunde la cabeza en el colchón y levanta la barbilla y, tras abrir la boca como si estuviera dejando escapar un grito mudo, gimotea en voz alta:

—¡Diiiiioooooossssss!

—¡Sí! ¡Que! ¡Puedes! —Aprieto los dientes y redoblo mis esfuerzos. Meto una mano entre nuestros cuerpos y, usando dos dedos, comienzo a describir círculos alrededor de ese pequeño núcleo de terminaciones nerviosas que asoma de su escondite y que ya está hinchado a causa del anterior orgasmo.

—¡Par... ker! —exclama ella, y yo cubro su boca con la mía deseoso de hundirme en su sabor y sofocar sus jadeos al mismo tiempo. Cuando me aparto, centro toda mi atención en vaciarme en lo más profundo de mi chica.

Embisto hasta que el esfuerzo hace que me ardan los muslos y mis antebrazos ya no pueden sostenerme. Suelto sus piernas y dejo que me envuelva el cuerpo con esas extremidades tan sexys. Deslizo mis brazos por debajo de su espalda hasta que mis manos alcanzan sus hombros y, sujetándome a ellos, hundo la cabeza en

su cuello y sigo contrayendo rítmicamente los abdominales para seguir follándola.

Seguir follándola.

Seguir follándola.

Hasta que todo estalla con lujuria, amor, necesidad, deseo y todo lo que hay en medio.

—Te quiero. Te quiero. Te quiero. —Me aferro a sus hombros y aumento el ritmo de mis acometidas. Ella acompaña cada embestida con los brazos, que rodean mi espalda, y clavándome los talones en el culo.

—Sí, cariño, déjate ir. Hazlo. —Me abraza con más fuerza mientras yo me sumerjo en su interior intentando fundir cada centímetro de mi piel con la suya y moldearnos en un solo ser mientras noto que el orgasmo asciende por mi columna vertebral, me atraviesa el pecho y desciende hasta mi entrepierna para terminar estallando en mi polla con ardientes sacudidas que cubren sus paredes internas y la marcan de la forma más primitiva posible. Es mía.

Toda mía.

Suelto un largo y profundo gemido y, mientras se suceden las réplicas, sigo metiendo y sacando la polla en movimientos cada vez más lentos y pausados. Skyler no deja de abrazarme hasta el último segundo. Cuando termino de vaciarme y sólo queda la dulce euforia, suelto el aire de los pulmones y me doy la vuelta en la cama con Sky en los brazos para que quede encima de mí.

Ella se acurruca en mi pecho con el cuerpo prácticamente inmóvil salvo sus labios, que se mueven por mi piel aleatoriamente para besarme allí donde alcanzan. Una de sus manos recorre arriba y abajo mi caja torácica, describiendo unas agradables y relajantes

caricias. No estoy seguro de si con esto pretende relajarme a mí o a ella, pero me gusta de todos modos.

—¿Qué tal estás, Melocotones? —Coloco una de las manos en una nalga y la otra alrededor de su cuello.

Ella carraspea y, tras levantar la cabeza, me mira fijamente y dice:

—¡Ahora sí que estoy muriéndome de hambre!

Yo estallo en carcajadas y acto seguido nos convertimos en una maraña de extremidades desnudas que ríen, se besan y susurran promesas sobre el futuro conjunto que ambos nos comprometemos a disfrutar. Cuando nos calmamos, saciados ya de la lujuria que nos ha acometido durante esa cena semirromántica, me levanto, me pongo unos pantalones de pijama y voy a la cocina para preparar el plato favorito de mi chica.

Un sándwich con mantequilla de cacahuete y mermelada y un gran vaso de leche fría.

3

Skyler

—Buenos días, Pajarillo —oigo que dice alguien unos metros detrás de mí.

Yo sonrío y espolvoreo el azúcar glas sobre el pan perfectamente tostado que tengo delante y que está completamente cubierto de jarabe de arce caliente. El azúcar espolvoreado es el toque final de mis autoproclamadas famosas tostadas francesas.

—*Voilà!* —Me doy la vuelta y le muestro a Tracey el plato con tres gruesas rebanadas de mi especialidad casera.

Ella sonrío y se lleva una mano al pecho.

—¿Para mí? ¡No deberías de haberlo hecho! —Y, con una mala imitación de un acento sureño, añade—: ¡Qué diablos! ¡Sí que deberías!

Me río entre dientes y le coloco el plato enfrente al tiempo que ella se sienta en uno de los taburetes.

—¿Café?

—¡Por supuesto!

—Ahora mismo viene. —Sonrío, feliz de que Tracey parezca estar de tan buen humor esta mañana. Todavía tengo que hablar con ella sobre mis planes con Parker y nuestro futuro, para que comprenda que nada va a cambiar. Puede que a ella le parezca que estamos yendo demasiado deprisa, pero anoche lo discutí con Parker y creo que estamos haciendo lo correcto. Al final, eso es lo único que importa y, siendo como es mi mejor amiga, Tracey

debería apoyarme en esta decisión o permanecer callada y dejar que cometa mis propios errores, si eso es lo que piensa que estoy haciendo.

Me preparo para sacar el tema cuando de repente mi teléfono vibra en la encimera. Le echo un vistazo y veo que se trata de Wendy. Ahora que ya sólo faltan un par de meses para su boda, hay cada vez más cosas que planificar. Y, como dama de honor, quiero que todo sea perfecto en su gran día.

Cojo el móvil y me lo llevo a la oreja.

—¡Hola, chica!

—¡Adivina! —chilla apenas conteniendo su felicidad.

—¿Qué?

—¡Te vas a emocionar! ¡Es cosa del destino, ya te lo digo yo! — sigue aullando alegremente de esa forma tan característica y que, a mi parecer, la hace todavía más adorable.

—Bueno, si me lo contaras, sabría de qué se trata y tal vez podría estar de acuerdo contigo. ¿Tiene que ver con la boda? — Tracey enarca las cejas y yo cubro el móvil con una mano y susurro —:Wendy y Mick.

—Gracias a Dios —murmura y se mete otro trozo de tostada en la boca.

Frunzo el ceño y me doy la vuelta para no verle la cara.

—¡Qué boda ni qué ocho cuartos! ¡Se trata de cierta casa en una urbanización privada que está apenas a una hectárea y media de mi casoplón y que podría interesarle a alguien! —Su voz se vuelve todavía más aguda con la excitación.

El corazón me da un pequeño vuelco.

—¡No puede ser! ¿Hay una casa disponible?

—Acabo de enterarme. Estaba paseando a *Lauren* y a mi perrita le gusta merodear por ahí. Después de haber pasado dos años

encerrada en una jaula, necesita estar libre. Con esto me refiero a que la extensión de calle que tiene delante ha de ser bien larga. Y como quiero que mi perrita tenga todo lo que necesita, Mick y yo nos turnamos para sacarla a pasear...

—¡Al grano, Wen! ¡Me tienes en ascuas! —la interrumpo a sabiendas de que Wendy adora con locura a su mezcla de *beagle*. Esta chica puede pasarse días hablando sobre su perrita y no hace tanto que la tiene. Supongo que, cuando se trata del animal adecuado, no hace sino mejorar tu mundo. Sé que *Midnight* y *Sunny* lo han hecho con Parker y conmigo. Nos han convertido en una familia, y sólo eso ya es impagable.

—Ah, sí, pues bueno, resulta que, al llegar al final de la calle, hemos visto a la vecina que salía a pasear a su perro, nos hemos puesto a hablar y me ha dicho que a finales de esta semana iban a poner su casa en venta. Y, chica, es una casa enorme. Si bien no tanto como la nuestra. Se parece más a la casa que podrías encontrar en una granja de Savannah, Georgia. Tiene un porche gigantesco que ocupa toda la parte delantera y es de una sola planta. Aun así, tiene entre mil doscientos y mil cuatrocientos metros cuadrados, así que no es pequeña; es sólo que no llega a los tres mil setecientos de la nuestra.

—¡Dios mío...! —dejo escapar un grito ahogado al imaginar a mi chico sentado en el porche en un balancín, con el perro a los pies y los niños a su lado—. ¿Cuánto terreno tiene?

—Dos hectáreas. Nosotros tenemos doce, pero es colindante a nuestra propiedad. Cuenta incluso con una casa de invitados de dos habitaciones con camino de entrada y garaje aparte. Debe medir unos ciento cincuenta metros cuadrados, que hay que añadir a los de la casa principal.

—¡No...!

—¡Sí! ¡Y escucha esto...! —Su tono de voz se vuelve todavía más agudo.

—¡Basta, Wendy! Estoy poniéndome nerviosa. —Estoy perdiendo el aliento y apenas puedo pronunciar las palabras.

—... es amarilla con las molduras blancas. Es como si la hubieran sacado directamente de una granja sureña y la hubieran trasladado a las afueras de Boston.

La casa de los sueños de Parker.

—¿Cuándo puedo verla? ¿Van a ponerla en venta ahora mismo? Parker y yo nos vamos mañana a Madrid. —Me muerdo el labio inferior y enrolló un mechón de pelo alrededor de un dedo índice.

—Bueno, entonces he acertado al concertar una cita para que la veas hoy después del trabajo. Le he dicho a la propietaria que conocía a una pareja que podía estar interesada en comprarla de inmediato si les gustaba. A ella le ha parecido perfecto, pues su intención es ponerla en el mercado cuanto antes. Según me ha explicado, su único hijo es militar de carrera y va a trasladarse a Florida con sus hijos. Ella quiere estar cerca de sus nietos y su marido ya ha encontrado una nueva casa.

—¡Parece demasiado bueno para ser verdad! —susurro. El corazón me late con tanta fuerza en el pecho que me cuesta incluso respirar.

—¡A que sí! ¡Vamos a ser vecinas! Nuestros perros podrán jugar juntos y tener citas perrunas. Y cuando tengamos bebés, porque Mick está dándolo todo para dejarme encinta, podremos quedar para que nuestros hijos y nuestros perros jueguen juntos.

—¡Eso sería genial! —Me muerdo el labio inferior todavía más fuerte al imaginar los almuerzos de los domingos con Mick y Wendy y nuestras familias juntas. Los Ellis vendrían a casa a pasar las vacaciones y los cumpleaños. Los chicos y las chicas con las que

sentaran la cabeza se dejarían caer para jugar a fútbol en el patio, o a baloncesto en el camino de entrada—. Necesitaré un aro de baloncesto.

—¡Claro que sí! ¡Tendrás tanto espacio que si quieres podrás construir incluso un establo y tener caballos!

Caballos.

—¡Uau! ¡Wendy, estoy poniéndome nerviosa! ¡Me muero de ganas de contárselo a Parker!

—¡Ja! ¡Estás loca si crees que no voy a contarle esta noticia en cuanto llegue a la oficina! Ya he incluido la visita en su agenda. Tú ven a las cinco e iremos todos juntos. Te presentaré a los propietarios y visitaremos la casa.

—Gracias, Wendy. Es una noticia genial. Y no podía llegar en mejor momento.

—De nada. ¡Por cierto, Parker acaba de pasar por mi despacho! ¡Tienes que hablar con tu chico! ¡Jejeje!

Cuelgo sin poder dejar de reírme sola como una lunática.

—¿Qué está pasando? —pregunta Tracey con una expresión extraña en el rostro.

—Wendy acaba de enterarse de que hay una casa de estilo rural en la urbanización privada en la que vive. Es un lugar de primera con seguridad digna de Fort Knox, pero en el que hay terrenos amplios entre las casas. Unos vecinos suyos se van a trasladar a Florida y van a ponerla a la venta. Como se ha enterado antes de que lo hagan, seremos los primeros en verla. Todo lo que siempre había querido está haciéndose realidad. —Me abrazo el torso y me vuelvo sobre mí misma—. Y, para que lo sepas, cuando haya terminado con *Los más deseados* me tomaré un descanso de la interpretación.

Tracey deja el tenedor en el plato y se limpia la boca. Su mirada se vuelve glacial.

—¿Cómo dices?

Asiento con una sonrisa.

—Quiero centrarme en construir una vida más allá de la actuación. Con Parker. Había pensado incluso en abrir una academia de interpretación en el centro de Boston. Trabajar con niños y adolescentes con pocos recursos que posean talento interpretativo. Ayudarles a dar el primer paso.

—¿Qué cojones estás diciendo? ¿Niños con pocos recursos? ¡Dona dinero a una jodida organización benéfica, por el amor de Dios! —dice Tracey con una voz rebotante de ira.

Ladeo la cabeza y apoyo una mano en la encimera para poder resistir las oleadas del repentino ataque de furia que Tracey dirige hacia mí.

—Ya te dije años atrás que, cuando llegara el momento adecuado, bajaría el ritmo y me centraría en otras cosas que quiero hacer.

—Pero ahora no es ese momento, Skyler. Estás en lo más alto de tu carrera. Todo el mundo te quiere. ¿Tienes alguna idea de cuántos guiones llegan a mi mesa? Ni siquiera les echo un vistazo a no ser que sus presupuestos oscilen entre los diez y los veinte millones o más.

—¿Y si el papel está en mi lista de deseos? Especialmente si se trata de teatro. —Le había dado a Tracey una lista de directores con los que quería trabajar, personajes que quería interpretar e incluso ciertas obras teatrales que quería hacer si me ofrecían el papel adecuado.

—Sky, las compañías teatrales no pueden permitirse tu caché —contesta ella con frialdad—. Es una pérdida de tiempo.

—No si es un papel que quiero. Tracey, ya sabes que le dediqué mucho tiempo a esa lista. Y, ahora que lo pienso, hace mucho tiempo que no me has hecho llegar nada de lo que te he pedido. Hice varias de las películas de *Ángel*. Y me lo pasé bien con ellas, pero no es que fueran un desafío interpretativo precisamente.

Ella suelta una risa burlona.

—Puede que no, pero te sacaste una buena tajada y ayudaron a que sigas permaneciendo en lo más alto. Las películas de gran presupuesto son el camino que debemos seguir. Nos mantienen a ambas en áticos y en el nivel más alto de la industria.

—Trace, me importa una mierda estar en lo más alto. Lo que me importa es el arte de la interpretación. ¿Por qué piensas que mi capacidad de actuar estaba en horas tan bajas cuando contrataste a Parker?

—Un error que nunca me perdonaré —dice con un tono de voz teñido de malicia.

—¿Qué? ¿Estás loca? Tracey, que Parker apareciera en mi vida es lo mejor que me ha pasado nunca. Es todo lo que siempre necesité o quise, y cuando nos casemos (no «si nos casamos»), voy a proponerle que formemos una familia de inmediato. Algo sobre mi chico y el modo en el que adora a su familia me dice que lo más probable es que no tenga ningún problema con esta decisión. Las cosas están cambiando. Ya no me interesan los grandes papeles a no ser que sean personajes que quiero interpretar y que no me alejen durante meses de mi nueva familia. En caso contrario, no los haré.

—No puedes hablar en serio. Sólo estás encoñada, Sky. Esto se te pasará, igual que lo de Johan.

—No, Johan era drogadicto e infiel. Parker no es ninguna de esas dos cosas.

—Dale unos meses más. Lo único que tengo que hacer es ofrecerle pasta y una raya de coca como hice con Johan. Mostrará su verdadera naturaleza igual que hizo ese modelo atractivo y débil.

—Como hiciste con Johan... —La garganta se me seca de golpe como si me hubieran vertido cemento en polvo en el esófago.

Acuden a mi mente recuerdos de Johan y Tracey compartiendo conversaciones entre susurros. Ella pasando por casa para dejarle un paquetito. El hecho de que las mujeres con las que Johan me engañó fueran siempre actrices de cuarta categoría o extras de alguna de mis películas.

El picor y el ardor provocados por la repentina sequedad que siento en la garganta hacen que me cueste respirar. Trago saliva unas cuantas veces y respiro por la nariz para intentar calmar el pánico que comienzo a sentir en la nuca. Siento asimismo un dolor en el pecho y me lo masajeo con la mano.

—Trace, ¿acaso tú...?

—¿Ofrecí a Johan su suministro de coca y mujeres? —Sonríe perversamente—. Sí, Pajarillo, lo hice.

Un muro de llamas no me habría quemado más que sus palabras.

—¿P-p-por qué hiciste algo así? Él era todo lo que tenía después de la muerte de mis padres.

Ella suelta un resoplido.

—¿Que él era todo lo que tenías? Querida, ese hombre era condenadamente débil y lo demostraba cada vez que, en lugar de estar contigo, caía rendido ante las rayas de polvo blanco que le ofrecía. No era lo bastante bueno para ti. ¿Esas mujeres? Se abalanzaba sobre ellas en cuanto se le ponían a tiro. Como he dicho, débil. Era necesario que te deshicieras de él. Yo sólo ayudé a

que eso fuera posible. Siempre me he preocupado por ti y siempre lo haré.

Los ojos se me llenan de lágrimas al darme cuenta de la magnitud de la traición de mi mejor amiga.

—Tracey..., no puedo... no puedo creer lo que estás diciendo. ¿Cómo has podido hacerme algo así? Yo pensaba... —Niego con la cabeza al tiempo que me cae una lágrima por la mejilla—. Yo le quería.

Ella frunce el ceño.

—Y luego te diste cuenta de que no era merecedor de ese amor. ¿Es que no ves que te salvé de una vida desgraciada?

Alzo las palmas de las manos.

—Esto no está bien. No puedo siquiera... No sé qué hacer con todo lo que me estás diciendo. Has cruzado una línea... —Me atraganto a medio sollozo. Necesito ir a algún otro lado, alejarme de ahí.

Trace se pone de pie y me mira con el ceño fruncido al tiempo que yo retrocedo.

—Pajarillo...

—¡No me llames así! —exclamo—. Me has hecho daño. Destruiste la relación que tenía con un buen hombre.

Ella niega con la cabeza enfáticamente y sigue caminando hacia mí mientras continúo apartándome.

—No. Piénsalo bien, Sky. Si hubiera sido merecedor de ti y de tu compromiso, nunca te habría sido infiel. Ni se habría metido mierda por la nariz. Que yo le facilitara esas cosas no quiere decir que tenga la culpa.

—¡Tú contribuiste a empeorar su problema, su adicción! —grito y me paso una mano por el pelo tirando con fuerza de los mechones.

Las punzadas de dolor que siento me ayudan a evitar que pierda los estribos.

—Cuando te calmes, te darás cuenta de que tengo razón. —Su voz adopta el tono maternal que suele usar cuando entro en pánico—. Mi trabajo consiste en protegerte. Siempre he buscado lo mejor para ti. Desde que me hice cargo de la gestión de tu carrera cuando tus padres murieron en la explosión del barco, he estado a tu lado para ayudarte. Te he conseguido los trabajos mejor pagados. He hecho que tu carrera sea algo de lo que puedas estar orgullosa. De lo que todos podamos estar orgullosos. Eso es lo que he hecho. Siempre he priorizado tus intereses. Siempre. Incluso cuando le dijiste a tu madre que querías dejar el mundo del espectáculo. Yo estuve ahí, asegurándome de que tomabas la decisión adecuada. Me ocupé de ti, y siempre lo haré porque es mi trabajo, Sky, como mánager y como mejor amiga.

Sus palabras son sinceras y desconsoladoras, pero me siento confundida y un batiburrillo de emociones inunda mi mente. No me caben en la cabeza los años de mentiras que se retrotraen a lo que siento como una traición.

—Nunca me dijiste lo de Johan. Tuve que descubrir por mí misma que consumía drogas y me engañaba.

Ella asiente con una expresión de tristeza y preocupación.

—Porque si no lo hubieras hecho, nunca le habrías dejado. Lamento mucho que tuvieras que pasar por todo eso, pero yo estuve ahí para ti, ¿no? Te ofrecí un hombro en el que llorar. Te procuré un lugar en el que vivir. Me aseguré de que estuvieras lo más ocupada posible y centrada en cosas mucho más sanas como crear tu carrera y tu imperio.

He de reconocer que eso es verdad. Ella se ocupó de mí. Me ayudó a salir adelante cuando murieron mis padres, y luego me

acogió cuando pillé a Johan engañándome y consumiendo drogas.

Aun así, no consigo concebir que ella le ayudara a destruirse a sí mismo y, con ello, nuestra relación. No tiene ningún sentido, y no estoy segura de qué pensar o creer.

—Será mejor que te marches. —Trago saliva y alzo la barbilla—. Quiero que te vayas de mi casa.

—¿Estás echándome? —Su expresión trasluce su desconcierto.

Frunzo el ceño y respiro hondo.

—No vives aquí. Has venido sin avisar. No te supondrá ningún problema encontrar un hotel o regresar a Nueva York. Francamente, Trace, ahora mismo no puedo ni mirarte a la cara. Necesito pensar.

Ella se acerca a mí y extiende una mano.

—No lo dices en serio, Sky, y no necesitas tiempo para pensar. Sólo hice lo que hice para protegerte de un hombre que yo sabía que no era merecedor de tu tiempo o energía. Estaba segura que te causarías un daño tremendo, y lo hizo. Al menos no te casaste ni tuviste hijos con él. ¿Dónde estarías en ese caso?

Pienso en sus palabras y no puedo evitar apretar la mandíbula y fruncir los labios. Sigo sin concebir que Tracey ayudara a alguien a hacerse daño a sí mismo, y a mí en el proceso.

—Tienes que marcharte. —Y, tras decir eso, meto la mano en el cajón en el que guardo las correas de mis perros—. ¡Venid aquí, perritos! —exclamo. *Midnight* y *Sunny* aparecen en la cocina corriendo y se ponen a saltar juguetonamente alrededor de mis piernas mientras más lágrimas amenazan con rodar por mis mejillas. Les pongo las correas y me dirijo hacia el ascensor.

—¡Sky, Pajarillo, vamos, hablemos de esto!

Me doy la vuelta y extendo la palma de la mano en su dirección cuando avanza hacia mí. *Midnight* gruñe y coloca su pequeño cuerpo de diez semanas delante de mí como el perro guardián en el

que se está convirtiendo. *Sunny*, en cambio, se esconde detrás de mis piernas y lloriquea. Que Tracey asuste así a mi perrita me cabrea todavía más. *Sunny* ya vivió suficientes atrocidades en el criadero. Lo último que necesita es que la asuste alguien que se suponía que formaba parte de la familia.

—No quiero oír nada más. Ya has dicho suficiente. Como te he pedido, ahora necesito tiempo para pensar y estar sola. Quiero que hagas tus maletas y te vayas a un hotel o de vuelta a Nueva York. —Mi tono de voz es firme y, por un segundo, estoy orgullosa de mí misma por ser tan directa y sincera con relación a mis sentimientos en vez de acobardarme y esconder la cabeza. Parker también estaría orgulloso de mí.

Parker.

Lo necesito como el aire y el agua para sobrevivir.

Tracey resopla con teatralidad.

—Está bien. Me marcharé. Pero no voy a dejar Boston. Estaré aquí cuando regreses de tu viaje, lista para hablar cuando hayas tenido tiempo de darte cuenta de que todo lo que he hecho ha sido por ti. Porque te quiero. Porque me importas más que nadie en el mundo. En cuanto hayas tenido tiempo de pensar en ello, comprenderás que es verdad.

Tracey se aleja por el pasillo y yo tiro de las correas, me meto en el ascensor y presiono el botón para bajar a las oficinas de International Guy.

—Todo esto es muy fuerte —dice Parker mientras caminamos cogidos de la mano por el parque que hay cerca de las oficinas. Cada uno de nosotros sujeta la correa de uno de los cachorros. Esta vez es papi quien pasea a *Sunny* y yo llevo a *Midnight*. Acabo de

contarle la bomba que me ha soltado Tracey y lo deshecha que me siento.

—¿Me lo dices a mí? —Hago una mueca y centro mi atención en la brisa que agita mi melena y en los rayos de sol que se reflejan en el frondoso pelo castaño claro de mi chico y que hacen que adquiera unas tonalidades ligeramente cobrizas. Las Ray-Ban de carey que lleva encajan a la perfección con su estilo de vestir, a la vez informal y de negocios.

—Al menos por ahora no está en casa. Además, mañana por la tarde nos vamos a España. Tomaremos un vuelo nocturno para llegar a primera hora de la mañana.

—Por cierto, ¿has hablado con Wendy? —pregunto, cambiando de tema.

Él se detiene para que *Sunny* pueda olfatear con calma un arbusto. *Midnight* también lo husmea, y finalmente decide mearse en él por si acaso.

Parker sonrío.

—¿Lo dices por lo de la casa? Sí. ¿Qué opinas?

—Parece perfecta para nosotros —respondo melancólicamente.

—Estoy de acuerdo. Aunque casas similares de la zona se venden por precios que van de diez a doce millones, y eso sin incluir las tasas de comunidad ni los impuestos anuales, que serán elevados.

—Cariño, si nos gusta esa casa, quiero comprarla. Estamos hablando del lugar en el que hemos de pasar nuestra vida juntos, y tengo veinte veces más dinero en mi cuenta del que...

Él coloca dos dedos sobre mis labios.

—Shhh... Estoy intentando librarme de la machista necesidad de ser quien le proporcione el mundo a su mujer. —Su mano pasa a la mejilla y yo la apoyo contra su palma.

—Pero yo también quiero ser quien te proporcione a ti el mundo —susurro, y hago un puchero.

—Me ha llevado mucho tiempo y muchas charlas con Royce y Bo aceptar el hecho de que siempre vas a ganar más dinero y tener más inversiones que yo. La naturaleza de tu trabajo hace que sea así. Pero, de todos modos, yo también quiero poner de mi parte. De modo que se me ha ocurrido lo siguiente...

Sonríó ampliamente, emocionada ante el hecho de que esté dispuesto a ceder y dejar de lado su machismo en pro de nuestro futuro.

—Yo pago la entrada del veinte por ciento. Dispongo del efectivo. Y tú liquidas el resto para no tener que ir pagando una hipoteca.

—Cariño... —dejo escapar un grito ahogado al tiempo que las lágrimas comienzan a asomar a mis ojos, pues sé que todo esto supone un gran esfuerzo económico para él y me conmueve que quiera hacerlo por mí.

—Shhh. Escúchame... —me pide.

Asiento y cierro los labios.

Él sonrío y prosigue:

—Yo pagaré los impuestos de la propiedad y las tasas de comunidad anuales. Tú puedes encargarte de decorarla como quieras siempre que tengas en cuenta que tu chico no es nada femenino. No quiero rosa en mi dormitorio. En una corbata o una camisa de vestir, vale. En el dormitorio o en alguno de los principales espacios, ni hablar. Como sé que tiendes más a la comodidad que al lujo, no creo que vayamos a tener problemas. Sin embargo, de la cama me encargo yo. A mi mujer le haré el amor y la mataré a polvos en una cama que yo haya pagado. Y no hay más que hablar. Ésa es mi propuesta.

—¡De acuerdo! —exclamo, y salto a sus brazos de tal forma que tiene que cogermme al vuelo por el culo. Entonces le rodeo la cintura con las piernas y le beso con ganas durante un largo rato hasta que oigo los clics de una cámara al fondo. Me aparto todavía sonriendo, a sabiendas de que estoy montando un espectáculo y sin que me importe lo más mínimo.

—¿Te das cuenta de que este pequeño numerito va a aparecer en la portada de todos los tabloides de aquí a Tombuctú? —Sus ojos centellean de regocijo, aunque todavía está acostumbrándose a ser el centro de atención cuando está conmigo. Se limita a no prestar atención a ello o a dejarse llevar. Otra razón por la que es mi otra mitad.

—¿Acaba mi chico a acceder a comprarse una casa y una cama que serán nuestras, no tuyas o mías?

Él hunde su rostro en mi cuello y lo besa sin dejar de aspirar mi fragancia. A Parker le pierden los aromas.

—Así es.

Me deslizo por su cuerpo hasta el suelo, pero él sigue firmemente agarrado a mi culo sin darle mayor importancia al hecho de que me manoseará o tocará como le dé la gana y con independencia de quién esté mirando. Qué diantre, seguramente lo hace porque todo el mundo está observando. Marca su territorio y satisface esa pequeña parte de cavernícola que sé que esconde en su interior y que le sale con algunas de sus tendencias de macho exageradamente alfa.

—¡Me muero de ganas de ver esa casa! Sólo espero que sea la adecuada para nosotros. Lo cierto es que el momento no podría ser mejor y, además, está cerca de Mick y Wendy, lo cual la hace todavía mejor. También está cerca de tu trabajo y del lugar en el que

se llevará a cabo la mayor parte del rodaje durante los próximos dos años.

Parker me besa en la frente.

—Ciertamente parece perfecta, pero tampoco te hagas demasiadas ilusiones. No quiero que estés triste durante nuestro viaje a España.

—Imposible. Voy a estar contigo. No me cabe la menor duda de que nos lo pasaremos genial.

—Eso es cierto. Venga, sigamos caminando, que los cachorros llevan mucho rato quietos y están poniéndose nerviosos.

Bajo la mirada hacia nuestros perros y descubro que se han enredado con sus respectivas correas. En cuanto los desenredo, Parker rodea mis hombros con un brazo y seguimos nuestro paseo.

—¿Te sientes mejor? —pregunta, haciendo referencia al humor en el que me encontraba cuando he llegado con el corazón roto y al borde de un ataque de pánico.

—¿En tus brazos? Es bastante difícil sentirse mal, cariño.

Él suelta una risita.

—Me refiero a lo de Tracey.

Niego con la cabeza.

—Preferiría no saber de lo que fue capaz para que Johan y yo rompiéramos nuestra relación. Él no era el hombre adecuado para mí, cierto, pero ¿quién dice que no intentará algo igual con nosotros?

Parker se ríe y me da un apretón en el hombro.

—Oh, Melocotones, deja que lo intente. Se las va a ver y desear. Aunque, si lo piensas, conmigo siempre ha sido de lo más cordial. Nunca me ha ofrecido drogas, mujeres o dinero.

—Quizá porque sabe que tú no sucumbirías a esos vicios... ¡Gracias a Dios! —Arrugo el entrecejo y recuerdo lo mucho que me

dolió cuando descubrí que Johan me era infiel y consumía drogas. Me hizo pedazos y tardé mucho en recomponerme.

—Eso es cierto. No estoy seguro de que haya nada que pueda o vea viable hacer. Es posible que piense que vamos demasiado deprisa, pero antes nunca había insinuado que desaprobaba el hecho de que estuviéramos juntos. Organizó todas esas entrevistas y lanzó comunicados de prensa sobre nuestra relación. Si soy sincero, no creo que vayamos a ser los mejores amigos ya que, siendo realistas, yo soy la razón de que ella pase menos tiempo contigo. Pero también sabe que no estoy intentando separaros. Estoy seguro de que todo esto pasará y, con independencia de cómo termine yendo la cosa, tanto si os une más como si os separa del todo, permaneceré a tu lado, apoyándote.

—Desearía que no estuviéramos hablando de esto en un parque con paparazzi siguiendo nuestros pasos —protesto con cierta teatralidad.

Él suelta una risa ahogada.

—¿Y eso?

—Porque ahora mismo me gustaría dejarte seco a polvos.

Sus ojos relucen con un intenso deseo que reconozco de inmediato. Se acerca a mí y aproxima sus labios a mi sien.

—Es una suerte que mi despacho tenga paredes extragruesas y un cómodo sofá. No me importaría tumbarte sobre el reposabrazos boca abajo, con el prieto culo en pompa, y embestirte por detrás mientras estímulo tu pequeño agujero con el pulgar.

—Cariño... —Me estremezco entre sus brazos al visualizar las seductoras imágenes que acaban de instigar sus sucias palabras.

—Creo que mi chica quiere que me la folle en el sofá de mi despacho —dice, riéndose entre dientes.

—Sí... —pronuncio esa sílaba solitaria en un tono susurrante y desesperado.

—Vamos, chicos. —Coge mi correa y la suya con una sola mano y conduce a nuestros perros en dirección a su oficina.

—Parece que anoche no cumplí lo que prometí. Sólo es martes, cariño, no jueves.

Sonrío de camino a nuestro edificio con la mente puesta en su sofá de cuero, las bragas empapadas y el corazón tan rebosante de amor que apenas puedo respirar.

4

Parker

—Es perfecta —digo con la mirada clavada en el edificio amarillo con las molduras blancas.

La casa está rodeada por un gran porche que me recuerda tanto a la casa de mis abuelos que apenas puedo pronunciar palabra a causa de los recuerdos que inundan mi cerebro.

Sin dejar de mirar la casa, Skyler pega su rostro a mi bíceps y me abraza la cintura.

—¿Qué te ha parecido el interior?

El sol se pone mientras examino la casa. Sus terrenos parecen extenderse kilómetros hasta que llegan a un enorme muro de árboles que separa la linde de la propiedad de la del vecino.

—Mmm... —contesto mientras sigo contemplando el paisaje.

Los rayos del sol iluminan las copas de los árboles y la hierba. No me cuesta imaginarme jugando al *frisbee* con nuestros perros. O al fútbol (tanto europeo como americano) con los chicos y mis futuros hijos. O a Skyler extendiendo una manta y tumbándose al sol con uno de sus coquetos vestiditos sin mangas.

—¿El interior? —insiste ella, empujando mi barbilla en dirección a la casa.

Me encojo de hombros.

—Tiene muchos muebles antiguos. —Pongo cara de asco y Kyler suelta una risita a mi lado.

—Pero se lo llevarán todo en los próximos días. Eso sí, tardarán entre cuatro y seis semanas. La casa tiene siete dormitorios y cuatro cuartos de baño. Un estudio enorme. Una sala de juegos. Un sótano completamente terminado que puede hacer las veces de guarida masculina. Cocina abierta y comedor. Dos salones de gran tamaño y vestíbulo. Una hermosa piscina, chimenea al aire libre, fuente y un jardín en el que ya están cultivando vegetales. Y le he preguntado a Rachel qué les parecía a ella y a Nate la casa de invitados. Les encanta. Es más grande que su apartamento sin habitaciones para niños. Algo de lo que han estado hablando.

La estrecho en mis brazos y le alzo la barbilla con el pulgar para poder mirarla directamente a los ojos.

—¿Quieres vivir aquí conmigo, construir un hogar y que traigamos aquí a nuestros hijos?

—¿Te refieres a los de verdad o a los de pelo? —bromea.

El acto de acariciar su nariz con la mía es instintivo.

—A ambos —susurro en sus labios, y luego la beso con dulzura.

Ella deja escapar un gemido ahogado con la boca pegada a la mía y asiente.

—Aquí me siento en casa, y ya veo que a ti te encanta el paisaje.

Sonrío y vuelvo a besarla.

—Mi chica me conoce bien.

—¡Sí! Y convertiré el interior en un lugar que te costará dejar para ir a trabajar —promete.

—Entonces ¿vamos a hacerlo? ¿Vamos a comprar la granja, por así decirlo?

Ella sonrío ampliamente.

—Sí, cariño. Hagámoslo.

—De acuerdo. Empezaremos a prepararlo todo. Venga, vamos a darle la buena noticia a los dueños y a avisar a nuestro agente

inmobiliario.

—¿Tenemos agente inmobiliario? —pregunta sorprendida.

—Wendy me pasó el contacto de uno que ya tiene preparado todo el papeleo. —Suelto una risa ahogada—. Estaba convencida de que esta casa era para nosotros.

—¿En serio?

Asiento.

—Con ella al final de la calle no tendremos un minuto de paz.

—Eso espero —dice sin dejar de sonreír—. Siempre he querido una hermana entrometida pero bienintencionada. Parece que finalmente tendré una.

Le acaricio el brazo mientras vamos a ver a los dueños, que nos han dado algo de privacidad y se han quedado dentro de la casa mientras nosotros hablábamos fuera.

—Melocotones, tu mundo acaba de explotar con amigos y familia —le recuerdo, consciente de lo mucho que toda la gente de mi entorno la quiere.

—La mejor decisión de mi vida —murmura, y me da un mordisco en el bíceps.

Me detengo y, tras rodearle la cintura con el brazo, la atraigo hacia mí.

—¿Qué has dicho?

—Parker Ellis, llevarte a la cama fue la mejor decisión de mi vida. No puedo dejar de reír.

—Estoy bastante seguro de que fui yo quien te llevó a ti a la cama.

Ella niega con la cabeza.

—Ni de coña.

—Ya te digo que sí.

—Yo te tiré los tejos el primer día —replica ella con el ceño fruncido mientras seguimos caminando.

—Sí, pero yo no me aproveché. Estabas borracha. Yo estaba borracho. No habría sido caballeroso.

—Y esperar unos cuantos días hasta que yo me metí en la ducha contigo y tú no tuviste otra elección que aprovecharte sí lo fue, ¿no?

—Desde luego.

Ella se ríe y yo mantengo la puerta abierta para que entre en la casa.

—Creo que deberíamos hacer nuestra oferta y llevar esta discusión de vuelta al ático. Tengo la sensación de que unos cuantos asaltos de lucha libre en pelotas serán necesarios para llegar a un acuerdo al respecto. —Sky sonrío con suficiencia y cruza la entrada.

La agarro por la cintura y, pegando mi polla morcillona a su culo, acerco mis labios a su oreja.

—De acuerdo —murmuro junto a la piel de uno de los lugares de su cuerpo que la hace suspirar—. Quien gane podrá atar al otro y hacer lo que le dé la gana con su cuerpo.

Ella deja escapar un grito ahogado y comienza a restregar con mayor determinación su culo contra mi cuerpo.

—Mmm. Me siento algo mareada, puede que no esté al cien por cien para la pelea —me provoca sin dejar de frotar descaradamente el culo, con el que describe mareantes círculos en la mitad inferior de mi cuerpo, ahora mucho más dura.

He de morderme la parte interior de la mejilla para que no se me ponga completamente tiesa contra su suntuoso trasero.

—Ya imaginaba que preferirías dejarte ganar este asalto.

Ella deja escapar un gemido susurrante y el sonido atraviesa mi cuerpo como una flecha surcando el aire en dirección al centro de la

diana. A continuación, remata esa sensación extendiendo una mano y colocándola de manera estratégica sobre mi erección por encima de los pantalones para acariciarla juguetonamente.

—Puede que me sienta generosa.

Aparto su culo y su mano de mi cuerpo a sabiendas de que los propietarios de la casa pueden aparecer en cualquier momento y pillarnos en una situación delicada.

—Creo que te mueres de ganas de que te den bien duro.

Ella sonrío de oreja a oreja y enarca una ceja.

—Supongo que tendrás que averiguarlo.

—Me muero de ganas, Melocotones.

Entrelazo sus dedos con los míos y la conduzco hacia la cocina, donde puedo oír a los dueños riéndose mientras toman una taza de café. Un día, éstos seremos nosotros.

Cuando llegamos a la cocina, las dos cabezas de pelo gris se vuelven hacia nosotros y nos miran sonrientes.

—Nos la quedamos —anuncio yo, y sus sonrisas se ensanchan todavía más, aunque no tanto como la de mi chica.

—No puedo creer que hayas hecho esto. ¿Has alquilado un jodido avión privado? —digo con un gruñido mientras me siento en uno de los lujosos asientos de piel color beis del avión.

—¿Los respaldos se pueden reclinar del todo? —pregunta Bo a Skyler, que va detrás de él con los perros.

Ella sonrío y yo frunzo el ceño, todavía cabreado por el hecho de que haya alquilado un avión privado para así poder llevarlos.

—Sí, lo hacen, Bo, pero también tienes un sofá extensible si quieres.

Bo niega con la cabeza y se sienta en una butaca situada en la parte trasera de la cabina.

—No, os lo dejo a vosotros dos por si lo necesitáis —dice, y mueve las cejas sugerentemente.

—Tranquilízate, Bo. No vamos a follar en el avión delante de todo el mundo.

Bo alza las manos en señal de rendición.

—Lo que tú digas. A mí no me importa. Sólo dejaba vuestras opciones abiertas. Llevo conmigo unos auriculares con cancelación total de ruido que puedo ponerme en cualquier momento. Haced lo que tengáis que hacer.

Noto cómo se me dilatan las aletas de la nariz a causa de la irritación.

Skyler sigue intentando convencerme con sus explicaciones:

—Cariño, no podía pasar más de una semana sin nuestros bebés. Los habría echado demasiado de menos.

Rachel y Nate suben pesadamente al avión y escogen un par de butacas situadas en la parte delantera.

—Ya han cargado el equipaje y el capitán está listo para el despegue —refunfuña Nate mientras se sienta en uno de los cómodos asientos, y luego exhala un profundo suspiro.

—Además, necesitábamos reservar tres billetes extra para Rach, Nate y para mí, y *Sunny* y *Midnight* tenían que poder acompañarnos.

—Ya comentamos que Wendy podía cuidarlos —le recuerdo por lo que parece una millonésima vez.

Ella arruga la nariz.

—Cariño... —Sky se acomoda en el asiento contiguo al mío y ambos perros saltan a la pequeña butaca de dos plazas que hay frente a las nuestras y se ponen cómodos. Ella coge la manta que

cuelga de un lado y los tapa. Al instante, los cachorros cierran los ojos y bostezan. Hoy han tenido mucha actividad y necesitan descansar. Ver cómo se duermen mitiga un poco mi enfado, pero no del todo.

—Era demasiado pronto para dejarlos. Ya han pasado suficientes penurias. No podemos permitir que se sientan abandonados. Además, Mick y Wendy todavía están adaptándose a la vida con su bebé peludo, *Lauren*. Yo sólo... —Coloca una fría mano sobre mi antebrazo—. No podría estar sin ellos. Todavía no. No hemos pasado suficiente tiempo juntos. Y en cuanto vuelva comenzaré a filmar la película *Los más deseados*. Que se vengan de viaje no es para tanto. Es decir, técnicamente soy propietaria de una parte de esta línea chárter. Si lo piensas, en realidad no estamos pagando por este vuelo.

Frunzo el ceño.

—¿Eres propietaria de una parte de esta línea?

Ella asiente.

—Sí, del cuarenta por ciento. Mi asesor financiero me dijo hace años que era una buena inversión y mira... Al fin, le saco provecho. Dejando de lado el porrón de dinero que hago cada trimestre con las ventas de vuelos, claro está.

—¡Dios mío! —A veces su riqueza resulta abrumadora, y eso que lo que yo gano con International Guy no es nada despreciable.

Ella se encoge de hombros.

—Ya te he dicho que tengo más dinero del que podría gastar en toda una vida. Ahora límitate a sentarte y a disfrutar de un viaje a España mucho más cómodo del que habrías tenido en un abarrotado vuelo en el que no podrías acariciar a tus cachorros ni besar a tu chica hasta que pierda el sentido. —Skyler parpadea coquetamente, a sabiendas de que me tiene ganado.

Su recochineo hace que sonría. En realidad, no tengo ninguna razón para estar molesto. Ha alquilado un avión privado. Es su dinero y puede hacer con él lo que le dé la gana. Así que respiro hondo, me vuelvo hacia ella, coloco una mano en su mejilla y pego mis labios a los suyos. Introduzco mi lengua en lo más profundo, ella suelta un grito ahogado y saboreo el chicle de cereza que estaba mascando en el coche. Sky por su parte lleva una de sus manos a mi cabeza y hunde sus dedos en mi pelo. A continuación, enreda su lengua con la mía y obtiene su propia ración de excitantes lametones antes de que ambos tengamos que hacer una pausa para respirar unas enormes y muy necesitadas bocanadas de aire.

—¿Me has perdonado? —Sus labios están hinchados por mi beso y con una sonrisa de satisfacción.

—No había nada que perdonar. Es tu dinero. Puedes gastarlo como quieras —admito, expresando en voz alta la conclusión a la que había llegado momentos antes.

—De acuerdo. —Me da tres besitos en los labios en rápida sucesión.

Ya está. Así de fácil. Terminó el conflicto.

Reclino el respaldo del comodísimo asiento y le cojo de la mano. Ella entrelaza sus dedos con los míos y suspira. Ambos nos acomodamos cogidos de la mano.

Ésta es mi vida.

Ésta será siempre mi vida con Skyler.

Fácil. Hermosa. Llena de amor.

Me llevo su mano a los labios y le doy un beso en el dorso mientras observo cómo duermen nuestros perros y me preparo para el despegue.

—*Bienvenidos*,¹ señor Ellis y señora Paige. Pasen, pasen. — Nuestro cliente, Alejandro Rodríguez, hace un gesto con el brazo para indicarnos que entremos a su enorme y lujoso despacho, situado en un edificio singular del centro de Madrid. Es uno de esos elegantes edificios contemporáneos hechos con toneladas de acero y cristal y que me recuerda mucho al nuestro de Boston. Se encuentra ubicado entre dos estructuras más viejas e históricas. Es como si el centro de la ciudad hubiera decidido casar lo histórico y lo moderno para formar una gran mezcla de cosas viejas y nuevas. —*Bienvenido*, señor Montgomery. Gracias por venir — añade en un inglés con un marcado acento que suena exótico y que encaja con su apuesto estilo, talle esbelto y maneras metrosexuales. Lleva el pelo cuidadosamente peinado hacia atrás con fijador, a juego con su ropa hecha a medida. Todo en Alejandro Rodríguez rezuma clase y dinero.

Estoy acostumbrado a tratar con personas así. Determinadas. Con la atención puesta únicamente en el todopoderoso dinero. Tenso la mandíbula y sigo a Skyler en dirección a un sofá de cuero negro rodeado de mesitas de cristal. Ella se sienta y, tras desabrocharme el botón de la chaqueta, hago lo propio a su lado y rodeo sus hombros con un brazo mostrándome despreocupado, pero con un toque de profesionalidad.

Bo aparece ataviado con unos pantalones tejanos negros, una camiseta negra y un *blazer* blanco. Es su versión de una indumentaria profesional, aunque va arremangado y no se ha quitado los brazaletes de cuero con tachuelas que adornan sus muñecas.

Alejandro junta las palmas de las manos, se acerca al escritorio y coge el auricular.

—Avisa a Juliet y tráela dentro de quince minutos —ordena antes de volver a colgar el auricular—. En primer lugar, el trabajo que hiciste en la campaña de modelaje de Milán... —Junta dos dedos de una mano y los besa—. ¡Magnífico!

—Gracias. Hemos leído el archivo que nos enviaste, pero en él tampoco entrabas en demasiados detalles. Por lo que hemos entendido, has firmado con un nuevo talento al que te gustaría dar forma para convertir en superestrella, ¿no es así?

Alejandro sonríe. Esa sonrisa, en conjunción con su rostro, debería honrar la cubierta de la edición española de GQ y vender un millón de ejemplares.

—Sí. Juliet es un sueño con la voz de un ángel.

Bo se acaricia la perilla y, tras reclinar la espalda en el sofá, coloca el tobillo sobre la rodilla de la otra pierna y comienza a agitar el pie en lo que la mayoría de la gente consideraría un gesto de nerviosismo. En el caso de Bo, no es más que una consecuencia de la inactividad. A Bo le gusta mantenerse en movimiento. No le gusta permanecer en un sitio demasiado rato. Si no hay comida, bebida o un juego en una pantalla panorámica, se inquieta.

—¿Qué le pasa a la chica, entonces? ¿Le falta *sex appeal*? —Bo hace rotar la pelvis—. ¿Acaso tiene que aprender algunos movimientos?

Alejandro se cruza de brazos.

—Sí. Esas cosas desde luego. Pero se trata de algo más que eso.

—Ilumínanos —digo, pues no quiero que la conversación se alargue más de lo necesario. Preferiría ponerme a ello cuanto antes, hacer lo que haga falta y regresar a casa.

Alejandro ladea la cabeza y frunce los labios al tiempo que hace un movimiento circular con la mano en el aire.

—Necesita... ¿Cómo decirlo? Trabajo.

—¿Trabajo? —Bo frunce el ceño—. ¿Te refieres a un cambio de imagen?

—Sí. Incluida cirugía plástica. Y dieta. Una bien drástica. Está demasiado gorda.

—Joder, tío. Eso es un poco duro, ¿no? —interviene Sky, y yo le acaricio el hombro a sabiendas de que, tiempo atrás, a ella le dijeron que debía adelgazar hasta la talla XS para poder actuar o no se la tomarían en serio ni la encontrarían hermosa. Yo la ayudé a superar eso y ahora mantiene un peso saludable y nunca ha estado más guapa.

Alejandro se encoge de hombros.

—No exagero. Ya lo veréis.

Justo cuando dice eso, llaman a la puerta.

—¡Adelante! —Y se vuelve con una sonrisa hacia la puerta por la que entran cogidas de la mano una chica menuda y otra alta y morena con cuerpo de modelo.

—¡Oh! ¡La hermosa Violeta! —Alejandro saluda a la chica alta con un beso en cada mejilla. Luego se inclina al menos quince centímetros y hace lo mismo con la chiquilla que va a su lado. Y es que eso es lo que parece. Una niña—. Juliet, *mi ángel cantarín*.

Juliet permanece aferrada a la mano de Violeta y no se separa de ella ni un centímetro. Ambas son castañas y de piel morena, pero las similitudes terminan ahí. Su color de ojos, por ejemplo, es distinto: los de Juliet son de color avellana mientras que los de Violeta son marrón oscuro.

—Juliet, ¿te importa que Violeta espere fuera un momento mientras te presento a tu nuevo equipo mentor?

Equipo mentor. Me gusta cómo suena eso. Después de haber sido contratado para despedazar gente en nuestro último caso,

resulta estimulante hacer ahora lo contrario. Sobre todo con una chica tan joven e impresionable que está a punto de embarcarse en lo que promete ser una importante carrera musical.

La chica menuda niega con la cabeza.

—¿No podría quedarme? —pregunta Violeta—. Ya sabes que JJ es tímida, Alejandro.

Éste fuerza una tensa sonrisa.

—Claro que sí. Permíteme que os presente. Éstas son Violeta y Juliet Jiménez. Violeta es la hermana mayor de Juliet y la razón de que la descubriéramos.

—¿Ah, sí? ¿Y eso? —pregunto yo con una sonrisa, procurando hacer que nuestra presencia no le resulte tan aterradora a la joven.

—Dejó que la grabara cantando. La engañé: le dije que era para mí, para mis largos viajes a Milán y París cuando he de ir a trabajar como modelo.

Modelo.

Se le nota desde lejos. No sólo posee una belleza natural, sino que exuda confianza en sí misma por todos y cada uno de los poros de su piel. Se percibe en su postura o en el modo en el que se viste y te mira directamente a los ojos.

—Luego le envié la cinta a un cazatalentos del que me habló una amiga. La grabación fue llegando a oídos cada vez más importantes y aquí estamos. —Abraza a su hermana—. Estoy muy orgullosa de mi hermanita. Va a ser una estrella musical. Estoy segura. —Su rostro resplandece como si la felicidad de su hermana fuera lo único que le importara.

Las mejillas de Juliet se sonrojan cuando Bo se pone de pie. Ella se lo queda mirando mientras él comienza a hacer su trabajo y da una vuelta alrededor de las dos hermanas.

—¿Llevas algo debajo de esa sudadera extragrande, querida? — pregunta él en un tono de voz afable pero directo.

Ella asiente aunque no hace amago alguno de quitarse la sudadera de capucha que lleva.

—¿No tendrás un coletero? Me gustaría ver tu hermoso rostro — añade Bo, y se agacha para mirarla a los ojos. Juliet lleva el largo cabello castaño con raya en medio y el descuidado pelo cae sobre ambas mejillas como si de un velo se tratara, ocultándole buena parte del rostro.

Violeta entra en acción, se quita una goma de pelo marrón que lleva en la muñeca y, tras situarse detrás de su hermana, le recoge el cabello en una coleta alta. Juliet se lleva una mano al rostro, pero su hermana se la coge y se la vuelve a colocar en el costado. Luego se sitúa delante de Juliet y le susurra algo. Lentamente, ésta se desabrocha la sudadera y se la quita, enseñándonos su silueta curvilínea. Es el tipo de cuerpo de Jessica Rabbit y por el que la mayoría de las mujeres en su sano juicio matarían, pero técnicamente no se ajusta al molde XS que, según los estándares de esta industria, vende mejor una marca.

—¡La hostia! —dice Skyler, mostrando su admiración.

—¡Oh, sí! ¡Sin duda esto es algo con lo que podemos trabajar! — Bo me guiña un ojo y luego me dedica su sonrisa pícara.

—Es una niña, Bo —le recuerdo.

Él hace una mueca.

—No quiero sonar como un pedófilo, querida, pero la verdad es que tienes unas señoras curvas. ¿Por qué las escondes?

Juliet baja la mirada hacia los dedos, que se retuerce, y se encoge de hombros.

—Tengo diecinueve años. No soy una niña. —Sus palabras carecen de cualquier convicción.

—Ya te lo he dicho, hermanita. A todo el mundo le gustan las curvas. —Violeta flexiona las rodillas y hace chocar su cadera con la de su hermana.

—Bueno, no a todo el mundo. Nuestro equipo de marketing preferiría que Juliet perdiera al menos once kilos antes de su primera gran exposición mediática —afirma metódicamente Alejandro.

Presas de una manifiesta indignación, Skyler se pone en pie con las manos en las caderas dispuesta a cantarle las cuarenta a ese tipo.

Él alza una mano.

—No pretendo ser irrespetuoso contigo o con Juliet. Sólo soy el mensajero. Yo dirijo el cotarro, es cierto, pero he de responder ante los inversores y el equipo es quien decide cuál es la mejor forma de vender a una estrella pop. Ya partimos con la desventaja de su altura. Y, por supuesto, será necesario suavizar la cicatriz que tiene en la cara, además de la protuberancia de la nariz —dice, y enarca ligeramente las cejas en señal de disculpa.

—Un momento, no tan rápido. —Me pongo en pie con una fea sensación ardiendo en mi interior al mismo tiempo que Bo dice:

—¿Cómo has dicho?

Alejandro nos mira a nosotros tres y luego a Juliet, que ha cruzado los brazos sobre el pecho de manera protectora y está mirando el suelo como si la moqueta fuera la cosa más maravillosa del mundo. Cuando advierto que le cae una lágrima por la mejilla, decido que ya he tenido suficiente.

—Violeta, ¿podrías llevar un momento a tu hermana a la sala de espera? Reanudaremos esta reunión en unos minutos, ¿te parece? —le sugiero.

Alejandro me lanza una mirada de confusión pero asiente, dejándose llevar.

Violeta rodea los hombros de su hermana con el brazo y se la lleva fuera del despacho. En su hermoso rostro se percibe una profunda tristeza. En cuanto cierra la puerta, Bo pierde los papeles.

—¿Es que estás mal de la puta cabeza? —gruñe con el ceño fruncido.

Me acerco a Bo y le coloco una mano en el hombro para indicarle que ya me encargo yo de esto.

—Alejandro, esa chica no tiene nada de malo. No es necesario que pierda peso ni que se haga cirugía plástica para parecer una persona distinta. Lo único que necesita es confianza en sí misma, un nuevo peinado y algo de tiempo con un equipo de maquillaje que realce la belleza natural que ya posee —digo todo esto con la mayor seriedad posible.

—Eso no es lo que el público está acostumbrado a ver —señala hacia la puerta—. Puede ser una estrella si...

—Puede ser una estrella si tiene el talento y un equipo de personas detrás que cree en su capacidad. Esa chica es exactamente el tipo de estrella pop que este mundo necesita. Sky, querida, ayúdame a hacérselo entender. —Le hago un gesto con la mano a mi chica, que ha estado mordiéndose la lengua para no arrancarle la piel a tiras.

Skyler frunce los labios y asiente.

—Parker tiene razón. Te lo dice una mujer que está en lo más alto: lo último que necesitas es otra flor de un día. Lo que de verdad has de buscar es una mujer con presencia, como Taylor Swift o Selena Gomez. Sí, esas dos mujeres son hermosas, pero, algo todavía más importante: poseen talento. Las canciones que cantan y la imagen pública que ofrecen al mundo pueden ser emulados por

cualquier niña sin temor de sus madres. Ambas son mujeres fuertes con canciones fascinantes y ninguna de las dos necesita para ello cambiar su atractivo de chica normal y corriente. Si quieres convertir a Juliet en estrella, deja que simplemente sea una versión mejorada de sí misma. El equipo de IG puede hacer eso por ti.

Alejandro se acaricia la mandíbula y luego niega con la cabeza.

—Eso sería muy arriesgado para nosotros. Sabemos qué es lo que funciona en la industria ahora mismo.

Respiro hondo y le expongo mi opinión.

—Lo que funciona ahora mismo no lo hará para la chica que está ahí fuera. No es una diva. Deja que saquemos su belleza exterior para que se corresponda con la interior, así como con la mágica voz que tiene y la música que compone. Cuando hayamos acabado con ella y veas el resultado, podrás decidir. Confía en nosotros. Ya viste lo que hicimos con el espectáculo de Milán. Vayamos a por todas y cambiemos la tendencia también aquí en España.

Alejandro echa un vistazo a Bo, luego a mí y finalmente a Sky.

—¿Y tú les ayudarás?

Skyler le ofrece una sensual sonrisa que hace que los ojos de Alejandro brillen de interés. Luego ella se pega a mi lado, lo cual apaga ese pequeño fuego al instante.

—Somos un equipo. Trabajamos juntos cuando es necesario, y puedo ver que esa chica no sólo va a necesitar los conocimientos y el talento de los chicos, sino también un toque femenino, alguien en quien pueda confiar y con quien pueda mostrarse vulnerable. Estoy más que dispuesta a hacerlo yo.

Alejandro respira hondo y asiente.

—Juliet es un talento raro. Me gustaría probarlo a vuestra manera. —Regresa a su escritorio y vuelve a llamar a su secretaria —. Dile a Juliet que vuelva a entrar.

Al cabo de un minuto, Juliet y su hermana regresan al despacho. Juliet tiene los ojos rojos e hinchados. Skyler se acerca a la chica, le levanta la barbilla y la mira directamente a sus conmovedores ojos de color avellana.

—Ésta es la última vez que vas a llorar por ser cómo eres, cielo. Tú y yo tenemos trabajo por delante, pero va a ser divertido y estimulante. Se acabaron las lágrimas. Eres perfecta tal como eres. Sólo vamos a dedicar algo de tiempo a sacar la confianza que tienes en ti misma y quizá también tu lado más coqueto. Nada de cirugía. Ni de pérdida de peso. Sólo música, maquillaje, baile y muchas risas. ¿Qué te parece?

Juliet traga saliva y se percibe un ligero temblor en sus labios rosados.

—No sé bailar.

Skyler se ríe y estrecha a la chica entre sus brazos para darle un abrazo fraternal.

—No pasa nada. Yo tampoco sabía cuando comencé. Para eso están los coreógrafos. Todo va a salir bien, pero en primer lugar, ¿qué te parece si tú, Violeta, los chicos y yo vamos a tomar un helado y nos conocemos mejor? ¿Te gustaría?

Juliet sonríe dulcemente y asiente. Su hermana comienza a dar saltitos a su lado.

—¡JJ, no puedo creerme que vayamos a tomar un helado con Skyler Paige! ¡Uau! —exclama, y abraza a Skyler y a Juliet a la vez.

Skyler vuelve la cabeza hacia atrás luciendo una hermosa sonrisa en el rostro.

Bo llama mi atención con un pequeño codazo en el costado.

—Me alegro de que hayas traído a Sky, colega. Va a hacerlo de puta madre en este curro.

—Mi chica siempre lo hace todo de puta madre.

—¿Todo? —murmura Bo, y me guiña un ojo.

—Vamos, chicas, tenemos trabajo que hacer, pero primero... ¡Os invito a helados dobles! —anuncia Skyler en voz alta, sin hacer caso a Alejandro y llevándose a las chicas del despacho.

—Estaremos en contacto —me despido de Alejandro, que permanece apoyado en su escritorio, observando a Skyler con una sonrisa y una expresión de asombro en el rostro.

«Sí, Skyler también tiene ese efecto en mí», pienso para mis adentros, sólo que en mi caso puedo disfrutar de ello.

5

Skyler

—De acuerdo, chicas, confesad, ¿qué famoso os gusta? — pregunto, y acto seguido me meto un enorme trozo de helado en la boca y prácticamente dejo escapar un gemido cuando esa delicia con sabor a fresa se derrite en mi lengua.

Los ojos de Violeta relucen de alegría.

—Yo estoy enamorada de Justin Bieber. Es perfecto —dice con una mirada ensoñadora.

Me encojo de vergüenza y me río al pensar en la apariencia juvenil de Biebs y decido que en modo alguno se encuentra en mi lista de tíos buenos.

—No es exactamente mi tipo. Yo los prefiero, bueno, un poco más mayores y masculinos —le guiño un ojo a Parker.

—Buena respuesta, Melocotones. —Él sonrío de forma pícaro, pero se vuelve para ver algo que Bo quiere mostrarle en el móvil.

—¿Y tú, Juliet? —le pregunto con una sonrisa y me acerco a ella por si prefiere decirlo en voz baja.

—No lo sé. La verdad es que nunca me he parado a pensar en ello —dice, sin apartar su atención del helado, que en vez de comer no ha dejado de remover con la cuchara hasta convertir la cremosa delicia en un batido de chocolate derretido.

—¿Te preocupa algo, cielo?

Sus labios vuelven a temblar y levanta sus vidriosos ojos hacia mí.

—Nunca seré lo que ellos quieren que sea. Ni siquiera sé si puedo cantar en una sala llena de gente. Ya no digamos hacer cabriolas. ¿Qué verán? Una chica gorda moviéndose como un pingüino y destrozando canciones que no quieren oír.

Sus palabras me dejan boquiabierta y puedo notar cómo la indignación comienza a bullir en todo mi cuerpo. Arrastro la silla para acercarme más a ella al tiempo que oigo cómo Parker suelta un rugido animal al otro lado de la mesa. Al parecer, ha oído lo que Juliet ha dicho y está tan disconforme como yo.

—Mira, Juliet, hemos escuchado tu grabación. Eres verdaderamente alucinante. Posees un talento natural. Es un don divino. ¿Crees en Dios?

Ella asiente y mete sus rosados labios hacia dentro, ocultándolos por completo.

—Entonces has de creer que no te habría traído hasta este lugar en tu vida sin un plan. El escenario está listo. Sólo tenemos que prepararte a ti para él. Y te prometo que lo haremos. Yo, Parker, Bo...

—¡Y yo! No pienso irme a ningún lado hasta que estés adaptada y contenta con esta nueva fase de tu vida —promete Violeta—. ¿Recuerdas cuando yo estaba empezando como modelo y me asustaba salir a la pasarela y caminar delante de toda esa gente?

—Sí —farfulla Juliet.

—¿Y recuerdas lo que me dijiste? —Violeta anima a su hermana a seguir hablando.

Juliet se muerde el labio y asiente.

—Me dijiste que la primera vez siempre sería la más dura, pero que, después de eso, ya lo habría conseguido y todo sería más sencillo. Como en ese caso, todas las cosas nuevas que hago son

difíciles la primera vez, pero luego, una vez que ya las he hecho, pasan a ser fáciles. Se convierten en pan comido.

Juliet cierra los ojos.

—En mi caso es distinto. —Su tono de voz es tan bajo que me veo obligada a inclinar la cabeza hacia ella para poder oír lo que dice—. Tú eres perfecta. Todo el mundo quiere mirarte: alta, delgada y hermosa.

Violeta endurece la mirada pero, antes de que pueda decir nada, yo niego con la cabeza y coloco una mano en la espalda de Juliet.

—Tú también eres hermosa, Juliet. Eres pequeña, curvilínea y espléndida. Tú danos tiempo y te mostraré lo que no ves en ti pero nosotros sí.

—¿Y qué es lo que ves, Skyler? —Los ojos de color avellana de Juliet parecen hundirse profundamente en los míos en busca de una verdad que está desesperada por oír.

—Me veo a mí. La persona que yo era antes de que mi madre me enseñara que podía ser una actriz con talento. Ella me hizo ver que, aunque yo fuera desgarrada y estrafalaria, con los años iría creciendo como actriz y terminaría encontrando a la persona que estaba destinada a ser en la pantalla. Y así lo hice. Tardé algo de tiempo, pero con su amor y su cariño, acabé floreciendo y tú también lo harás. Pienso asegurarme de ello.

Juliet coloca una mano sobre la mía en un atrevido gesto que yo no esperaba y me da un apretón.

—Gracias. Aunque al final la cosa no funcione, significa mucho para mí que queráis intentarlo.

—¿Tú quieres intentarlo? ¿Es algo que quieres hacer con tu vida? —Si resulta que no quiere continuar con esto o que se siente presionada, nada de lo que hagamos servirá.

Parker se inclina sobre la mesa y reformula mi pregunta.

—¿Quieres ser cantante, cariño?

—Siempre ha sido mi sueño. —Traga saliva y se sienta un poco más erguida.

—Nunca dejes de soñar. Ahora ha llegado el momento de brillar. De demostrarle al mundo lo que tienes —le digo, y lo creo en lo más profundo de mi ser.

Ella asiente y, presa todavía del nerviosismo, exhala una larga bocanada de aire. Violeta rodea los hombros de su hermana con un brazo como muestra de apoyo y amor.

—¿Te esforzarás y nos ayudarás a hacer realidad tu sueño? —le pregunto—. Porque hay tres cosas en este mundo que puedo asegurar con toda certeza: nada es gratis, nada está garantizado y cuesta mucho esfuerzo y sacrificio hacer realidad un sueño. ¿Estás preparada para trabajar duro?

—Sí, pero estoy asustada.

Sonríó ampliamente.

—Me sorprendería que no lo estuvieras. Los sueños tienen el poder de convertirse en pesadillas si uno no se esfuerza en hacer que sean hermosos. Pero has de tener fe. Tener fe en nosotros, pues te aseguro que no te llevaremos por el mal camino. Tener fe en el amor y apoyo de tu hermana. Tener fe en tu don. Y, sobre todo, tener fe en ti misma.

Juliet respira hondo y se coloca el pelo detrás de las orejas, dejando al descubierto la cicatriz alrededor del ojo que ha mencionado Alejandro. Es como una luna creciente alrededor de un ojo de color avellana lleno de sentimiento. Su forma me da algunas ideas.

Ella advierte que tengo la mirada puesta en la cicatriz y rápidamente la oculta con el pelo otra vez.

—¿Cómo te hiciste la cicatriz? —Vuelvo a apartarle el cabello de la cara y a colocárselo detrás de las orejas.

Violeta hace una mueca de disgusto.

—Fue culpa mía.

Juliet niega con la cabeza.

—No, fue un accidente.

—Si no hubiera estado haciendo el idiota emborrachándome con ese chico, no habría pasado.

—No tiene importancia.

—Sí que la tiene, porque desde que sucedió te tapas la cara —suelta Violeta. La frustración es perceptible en su tono de voz.

—Cuéntame qué pasó —le pregunto bajando el tono de voz. No quiero asustarla o que rememore un mal recuerdo, pero está claro que se trata de un pequeño problema para las hermanas.

—Yo estaba saliendo con un chico. Un idiota que iba a la universidad. Juliet me advirtió que no fuera a una fiesta con él y sus amigos, pero lo hice de todos modos y me emborracharon tanto que apenas podía tenerme en pie. En un momento dado, recuperé el suficiente juicio para llamar a Juliet y pedirle que viniera a buscarme. Ella así lo hizo, pero el chico con el que salía nos siguió hasta el lugar en el que Juliet había aparcado, en un callejón cercano. Cuando ella intentó que nos dejara en paz para poder llevarme a casa, él le dio un puñetazo y le clavó el anillo que llevaba puesto. En ese momento, yo le golpeé en la espalda con un tablón de madera que encontré en el callejón y mi hermana y yo nos metimos en el coche y nos marchamos. Lamentablemente, el daño en el rostro de Juliet ya estaba hecho.

—Dios mío —dice Parker desde el otro lado de la mesa en un tono de voz bajo pero lleno de ira.

—¿Sabes el nombre de ese tipo? ¿Dónde se encuentra? — pregunta Bo sin apenas ocultar su enojo y participando en la conversación por primera vez. Sus manos permanecen agarradas al borde de la mesa con tal fuerza que los nudillos se le han puesto blancos.

Ambas chicas niegan con la cabeza.

—Fue hace tres años. Juliet sólo tenía dieciséis. Yo todavía no había cumplido los dieciocho. Nos llevamos dieciocho meses.

—¿Sabes su nombre? —pregunta Bo.

—¿Nombre y apellidos? No. Le llamaba Rico.

Bo y Parker intercambian una mirada de odio desde sus respectivos lados de la mesa.

Intento apaciguar un poco los ánimos.

—Relajaos, chicos. Eso ya forma parte del pasado.

—Pero... —comienza a decir Parker, y yo alzo una mano.

—Pero nada, cariño. El pasado, pasado está. En cualquier caso, esto es lo que, a mi parecer, habría que hacer. No creo que debamos ocultar la cicatriz. Deberíamos mostrarla y contar la historia de cómo estuvisteis una al lado de la otra en una situación que se había ido de las manos. No sólo os ayudaría a pasar página respecto a ese suceso, sino que podría provocar que otras chicas que tal vez estén comportándose de un modo insensato tomen mejores decisiones.

El rostro de Violeta resplandece como el sol del mediodía. Es increíble lo hermosa que es; sin duda, tendrá una larga carrera como modelo.

—¿Has dicho que querías resaltar la cicatriz? —Juliet pasa un dedo por la irregular marca que tiene cerca del ojo.

—Bueno, parece una luna creciente. Podríamos pegar pequeños cristales que sigan todo su recorrido. Si te gusta, podría formar parte

de tu sello distintivo.

—¿Cristales? —dice en un tono animado.

—¡Lo veo! Cristales de un blanco brillante mezclados con algunos de colores azul eléctrico, turquesa y verde, que combinen con sus ojos. También añadiría algo de cuero blanco. Ponte de pie, querida. —Bo le hace un gesto con la mano a Juliet, quien de repente parece tener tanto miedo como un corderito.

—Hazle caso. A Bo se le ocurren estas ideas locas todo el tiempo, pero, cielo, siempre funcionan —añade Parker en un tono tranquilizador y alentador.

Ella empuja la silla hacia atrás y se pone de pie.

—Quítate la sudadera, encanto. —Yo ya veo adónde quiere llegar Bo con esta idea y me encanta.

Ella baja la cremallera de su enorme sudadera, se la quita y se la da a su hermana. Se queda únicamente con una camiseta negra de tirantes con canalé, que acentúa sus enormes pechos. La copa que utiliza debe de ser una D o quizá incluso una doble D. Y, teniendo en cuenta su baja estatura, sin duda los chicos se van a volver locos con ella.

Bo se quita la chaqueta blanca de cuero y la coloca sobre los hombros de Juliet.

—¡Oh, sí, lo veo y me encanta! —asiento con excitación.

Juliet mete los brazos por las mangas de cuero mientras me quito uno de los largos collares de cuentas que llevo y lo enrolló varias veces en su cuello, haciendo que las dos primeras vueltas caigan estratégicamente sobre su piel desnuda y la última, más larga, sobre su pecho.

—*¡Tienes un aspecto increíble!* —exclama Violeta.

Juliet levanta la mirada hacia su hermana, que, presa de la excitación, no deja de asentir y aplaudir.

Conduzco a Juliet hacia el espejo de medio cuerpo que hay justo en medio del local.

Cuando se ve a sí misma, se queda boquiabierta. Le recojo el pelo a un lado y le hago una elegante y sofisticada cola de caballo.

—Yo haría una coleta lateral con grandes rizos. —Paso un dedo por la cicatriz del ojo—. Y pondría unos cuantos cristales aquí siguiendo el recorrido de la cicatriz. A eso le añadiría un maquillaje molón, pintalabios fucsia, unas largas pestañas y resaltaría algo las mejillas. ¡Chica..., vas a reventar el escenario!

Juliet se pasa una mano por el pecho, se mira en el espejo a un lado y al otro y casi me parece ver los engranajes de su mente en movimiento.

Me inclino hacia delante y apoyo la barbilla en lo alto de su cabeza.

—¿Te gusta lo que ves? ¿Puedes imaginar el resto?

Ella asiente y se sorbe la nariz con los ojos vidriosos.

—¡Oye! —le advierto—. Recuerda lo que hemos dicho: nada de lágrimas. —Le guiño un ojo y una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Cuando sonrío así está tan guapa como su hermana.

—Me gusta. Me gusta cómo me veis.

—Así no es cómo te vemos nosotros, cariño. Así es cómo te ve todo el mundo menos tú. Y no pienso regresar a Estados Unidos hasta que tú también lo veas.

Juliet se muerde el labio inferior.

—¿Me lo prometes? —dice con el ceño fruncido.

Rodeo su cuerpo con un brazo por detrás y la abrazo.

—Te lo prometo.

—Gracias, Skyler. No te defraudaré. —Juliet levanta la barbilla y yergue la espalda.

—Sé que no. Con este equipo y tu hermana a tu lado, conseguirás hacer realidad tus sueños.

Juliet cierra los ojos y, cuando vuelve a abrirlos, siento el impacto de una sensación tan intensa que he de cambiar los pies de posición para no caer al suelo.

—Te creo. —Sus palabras me llegan al alma y me conmueven de un modo tal que nunca olvidaré este momento. El momento en el que elegí ayudar a cambiar la vida de alguien... para siempre.

—Y yo creo en ti.

—Hoy has estado increíble con Juliet, Melocotones. —Parker me rodea por detrás con un brazo mientras yo permanezco delante del espejo del tocador del cuarto de baño y me seco la cara después de haberme quitado el maquillaje.

Me reclino contra su cálido cuerpo y miro nuestro reflejo.

Él sonríe y acerca sus labios al punto en el que se unen hombro y cuello.

—Sí. Posees un don innato. Puede que tenga que contratarte para que trabajes para mí de forma permanente.

Suelto un pequeño gemido y me río entre dientes al tiempo que coloco mis brazos sobre los suyos, disfrutando de su calidez y cercanía.

—Juliet sólo necesita creer en sí misma.

Parker pasa sus labios a lo largo de mi omóplato.

—Mmm... hummm. —Me da un beso y luego comienza esos mordisquitos que él sabe que me vuelven loca—. Tienes razón, y tú eres el ejemplo perfecto de qué es lo que pasa cuando uno cree en su don y trabaja duro.

Me doy la vuelta lamentando perderme las atenciones que estaba dedicando a mi espalda y lo que estaba preparándose para hacerme por detrás, pero quiero mirarle directamente a la cara. Le rodeo el cuello con los brazos y miro con fijeza unos ojos azules que, ahora mismo, parecen dos piscinas infinitamente cristalinas.

—¿Eso crees?

Parker permanece imperturbable ante mi nueva posición y se limita a modificar sus tácticas sexuales. Mientras roza mi nariz con la suya, comienza a acariciarme la parte baja de la espalda por debajo de la camiseta y luego desliza una mano por dentro de las bragas y me agarra una nalga.

—Estoy seguro. —Pega sus labios a mi cuello y empuja su erección cada vez más dura contra mi cuerpo.

Me muerdo el labio inferior y echo la cabeza atrás para facilitarle el acceso a mi cuello.

—Estoy pensando en dedicarle mucho menos tiempo a la interpretación cuando termine el rodaje de *Los más deseados*. —Mi respiración apenas es un suspiro cuando me lame el cuello de arriba abajo, provocando con ello que sienta cosquillas por todo el cuerpo.

—Oh, sí... —Su otra mano se pone en marcha y tira de mis bragas hasta que me contoneo para que caigan al suelo. Cuando finalmente lo hacen, las aparto de una patada.

—Mmm... hummm. —Agito las manos a mi espalda y aparto unas cuantas botellas del mostrador del tocador.

Él suelta una risa ahogada y, de repente, puedo sentirla ahí abajo, entre mis muslos, caliente y necesitada, palpitando cada vez que entra en contacto con mi piel.

—¿Y qué piensas hacer si no te dedicas a actuar a tiempo completo? —Me coge por el culo, me sienta en el tocador y me separa las piernas.

—Esto... Mmm... —No puedo evitar perder el hilo de mis pensamientos cuando hunde la barbilla en mi camiseta interior y sus dedos alcanzan mi centro y comienzan a acariciarme entre los muslos sin llegar a entrar, avivando las llamas con cada ligerísima caricia—. Cariño... —digo en un tono a medio camino entre un suspiro y una súplica.

—No, no, no. No dejes de hablar, o paro. —Aparta la mano de mi entrepierna y yo salgo de golpe de mi placentero aturdimiento.

—Estaba pensando en abrir una academia de interpretación para niños, con un programa de becas para aquellos con menos recursos e incluso dar algunas clases yo misma. —Hundo mis dedos en su pelo cuando vuelve a pegar su boca a mi pecho, empujándome hacia atrás de tal forma que mi cabeza y mis hombros quedan apoyados en el espejo. Luego sigue descendiendo, me coge de las rodillas, pasa las manos por mis muslos y se queda mirando mi sexo desnudo. Las aletas de su nariz se dilatan y cierra los ojos como si hubiera metido la nariz en el horno mientras están horneando galletas con trocitos de chocolate y hubiera conseguido olisquear su celestial aroma azucarado.

—Dios mío, nena, me vuelves loco. Me siento voraz. Salvaje. —Me coge el culo con ambas manos, eleva mi pelvis para facilitar su acceso y hunde su cabeza entre mis muslos. Antes de alcanzar su objetivo con la lengua, alza sus ojos azules y me mira—. No dejes de hablar. Quiero saber tus planes.

Dejo escapar un gemido entrecortado.

—¿Ahora? —Le cojo la cabeza con ambas manos y la acerco al punto en el que la quiero.

Él frunce los labios formando esa sonrisilla jodidamente sexy que tan bien conozco y me doy cuenta de que habla en serio. Si no le hago caso, no me dará lo que quiero. Será cabrón...

—Es todo diversión y juegos hasta que alguien se hace daño — bromea.

Le rodeo la cabeza con los muslos y le clavo los talones en la parte baja de la espalda.

—Sí, como te sucederá a ti si no te esmeras con esa boca —le advierto medio en broma.

Él suelta una risa ahogada y se inclina hacia delante, pega su lengua a mi carne y le da un lujurioso y largo lametón.

—Cariño... —Necesito más, lo necesito todo.

—Habla. —Enarca una ceja y me mira. La pasión enturbia sus ojos azules cuando la punta de su lengua comienza a describir enloquecedores y deliciosos círculos en mi clítoris, pero no lo suficiente para llevarme de momento al clímax.

—Esto... Quiero ayudar a los niños. Especialmente a los que son menos afortunados. —Parker se mete el botón repleto de terminaciones nerviosas en la boca y frota su áspera barbilla contra mi entrepierna—. ¡Oh, Dios! —Tenso las piernas alrededor de su cuerpo y elevo las caderas para seguir recibiendo más de esa boca.

Él se entrega a fondo durante un minuto entero y me lame, chupa y mordisquea hasta que comienzo a jadear y me olvido de todo salvo de su talentosa boca y su pícara lengua.

—Ayudar a los niños menos afortunados ¿con qué? —Se aparta y me besa en el muslo.

Niego con la cabeza. La brumosa lujuria que se arremolina a mi alrededor es tan intensa que alzo las caderas y las empujo en el aire, loca por que esa boca vuelva a mí.

—Cariño, por favor... Te necesito.

Él sonrío, se relame los relucientes labios y deja escapar un gemido gutural.

Que me saboree así en sus labios resulta endiabladamente sexy.

Gimoteo en señal de protesta. Quiero esa boca y esa lengua en mi cuerpo, besándome... por donde sea, por todas partes.

—Sé que lo haces. Y me gusta nuestro juego, de modo que necesito que me digas qué más planeas hacer con tu vida puesto que pienso estar en ella hasta tu último aliento.

—Está bien. He pensado en abrir una academia de interpretación, enseñar a los niños a actuar y ofrecer a los menos afortunados la posibilidad de que puedan hacer realidad sus sueños de forma gratuita y en un lugar seguro donde alguien los escuche. Quiero hacer eso y tener mis propios hijos, y llevarlos al trabajo si quiero, o contratar a gente para que me ayude... y no sé... —Su lengua comienza a entrar y salir pausadamente de mí y apenas puedo concentrarme—. Oh, Dios, por favor, fóllame de una vez, cariño.

Una amplia sonrisa se dibuja en su rostro. Se pone de pie, se quita los calzoncillos, separa mis piernas, coloca la reluciente punta húmeda de su polla en mi entrada y se adentra en su hogar. Rodeo su cuerpo con mis extremidades y empujo mi entrepierna contra sus caderas para asegurarme de que llega lo más hondo posible.

—¡Sí! —grito, echando la cabeza hacia atrás al tiempo que él lleva sus labios a mi cuello.

—Me encanta tu idea, Melocotones. Me parece genial, pero no quiero que renuncies a tu sueño para estar en casa. —Sale y vuelve a entrar de golpe tan profundamente que mis dientes castañetean.

Me aferro a sus hombros para impulsar mi cuerpo hacia el suyo.

—No renunciaré a nada. Es lo que siempre he querido. Y cuando llegue el momento, quiero estar con nuestros bebés. Todo el rato, no a tiempo parcial.

—Joder, Sky. Cállate y déjame quererte —gruñe mientras me chupa el cuello. El cuarto de baño está empañándose a causa de

nuestro ardor.

—Los besaré todos los días —prometo, y profiero un grito al sentir el impacto de su polla en el cuello de mi útero en una placentera embestida no desprovista de cierto dolor.

—¡Dios! —gruñe él, lamiéndome la zona del cuello que estaba chupando.

—Voy a querer a nuestros hijos con una intensidad que no comprenderán hasta que conozcan a la persona con la que pasarán el resto de sus vidas y tengan sus propios hijos. Oh, oh, cariño, cariño... —exclamo.

El éxtasis enardece mi cuerpo y de la punta de los pies asciende a las piernas, el culo, la ingle, la espalda y el pecho. Mis pezones están tan duros que la suave tela de la camiseta que llevo parece hecha de lana y su tacto me resulta áspero y placentero al mismo tiempo.

—Eres. Jodidamente. Perfecta. —Arremete una y otra vez, sellando todas y cada una de las palabras que he dicho con potentes embestidas que empujan mi culo contra el mostrador de mármol con tanta fuerza que posiblemente mañana tendré un moratón—. Córrete. Córrete ahora, Sky. Córrete con la polla de tu chico —dice entre dientes. Su sucia petición activa todas y cada una de mis terminaciones nerviosas y desencadena la madre de todos los orgasmos.

Mi cuerpo se tensa alrededor del suyo y mis músculos arden y gritan. El húmedo espacio entre mis muslos palpita y se constriñe alrededor del contorno de su miembro y termino deshaciéndome en sus brazos. Me zambullo en el abismo a sabiendas de que él estará ahí para asegurarse de que mi viaje sea seguro.

En medio de mi aturdimiento, siento las sacudidas de su cuerpo hasta que finalmente se pega a mí, hunde su rostro en mi cuello y

me muerde en el hombro sin dejar de temblar. Su polla está hundida en lo más profundo de mí cuando se corre, bañando mis entrañas y acariciándome por todas partes, tanto dentro como fuera.

6

Parker

Mientras contemplo cómo Juliet intenta seguir las rutinas de baile del coreógrafo por quincuagésima vez siento un palpitante dolor en la cabeza. Es como si mil hombrecillos estuvieran taladrándome las sienes. En los últimos dos días, hemos estado trabajando en su presencia escénica y coreografía. JJ, que no mintió cuando dijo que no sabía bailar, está desanimándose por momentos.

Me froto las sienes presionando con fuerza con los dedos índice y pulgar y miro a Skyler. Ella y Violeta se han aprendido la rutina de baile al tercer intento. Juliet, me temo, parece ser un caso perdido. Cuando consigue seguir los pasos, su voz se resiente. Y sólo puede cantar si el escenario está a oscuras, y la zona de ensayos, cerrada para amigos y familia únicamente. Es decir, Juliet no puede bailar si está cantando y no puede cantar si está bailando ni tampoco si hay desconocidos alrededor. En resumen, nos hemos encontrado con una supernova de problemas, y eso sin incluir lo torpe que es a nivel social para empezar. Los cuatro hemos estado trabajando con ella, y sin duda ha hecho progresos, pero esto no es como sacar una muela, sino como sacarlas todas de golpe.

Skyler advierte mi mueca y frunce el ceño, deja de bailar y se acerca a mí.

—¿Estás bien?

Niego con la cabeza.

—Cariño, no estoy seguro de que Juliet tenga lo que hay que tener.

—Con un poco más de trabajo...

—¿Un poco? —Mi respuesta es tan espontánea como sincera.

—Está bien, con mucho más trabajo podría acercarse.

Me masajeo los nudos que se me han hecho en el cuello.

—Me siento como si estuviéramos pidiéndole peras a un olmo. Todo esto no pega con Juliet.

Ella frunce los labios y echa un vistazo a las luces estroboscópicas, los pasos de baile y el absoluto desastre que es JJ cuando intenta seguirlos. Finalmente deja caer sus hombros.

—En efecto, no le pega. Pero sigo creyendo en su talento. Tiene una voz increíble. Puede que intentar convertirla en una estrella pop no sea el camino que debemos seguir.

—Sky, ha firmado un contrato. Y también International Guy. No queremos que su carrera se vea truncada y termine en deuda con alguien por el dinero que ya han invertido en ella. Además, francamente no quiero otro fracaso en mi haber.

Ella coloca una mano en mi bíceps.

—Cariño, no fracasaste en Washington. En todo caso, ganaste.

Yo me estremezco al recordar lo que nos encontramos. La tortura animal, la oscuridad y el caos político son algunos de los asuntos con los que tuvimos que lidiar que todavía me provocan escalofríos. El mal rollo es tal que siento como si tuviera cucarachas correteando por todo mi cuerpo desnudo. Me rasco los antebrazos y luego me doy cuenta de lo que estoy haciéndome a mí mismo y me deshago de esos pensamientos con un gruñido de disgusto.

—En cuanto a Juliet, creo que necesitamos otro enfoque.

—Totalmente de acuerdo, hermano. —Bo se acerca a nosotros por detrás pisando con fuerza el reluciente suelo del escenario con

sus botas negras de motorista—. Este ejercicio es inútil. Han pasado dos días y sólo tenemos a una adolescente cansada a la que se le parte el corazón cada vez que no consigue seguir los pasos. Y ésta es sólo la primera canción. ¿Cómo diantre va a hacer todo un espectáculo? —Se acaricia la perilla y luego adopta una pose contemplativa con los brazos cruzados.

—No lo hará —afirmo con rotundidad—. Necesitamos otro plan.

Sky hace pucheros y comienza a deambular en círculos con una mano en la cadera y la mirada puesta en las butacas vacías del teatro que estamos usando para ensayar.

—¡No, no, no! —grita el coreógrafo por milésima vez—. Vuelve a intentarlo. Desde el principio y esta vez procura no hacerlo como un pato mareado.

Aprieto los dientes y lanzo una furibunda mirada al emperifollado bailarín. Es alto y delgado —en mi opinión bordeando lo esquelético—, español, de personalidad histriónica y nada disimulado en lo que respecta a sus preferencias sexuales. Cuando no está gritando a JJ, está tirándole los tejos a Bo. A primera vista, me resulta molesto e hilarante.

—¿Y si no es ella la que baila? —Skyler da media vuelta y se balancea hacia delante y hacia atrás sobre las plantas de los pies.

—¿Qué quieres decir? —pregunto.

—Bueno, no puede bailar. Eso ha quedado claro. Obviamente, si recibe un montón de clases, con el tiempo lo hará mejor. Las palabras clave son «con el tiempo». No estará lista para cuando tenga que comenzar la gira. Sin embargo, que otras estrellas pop bailen en el escenario no quiere decir que ella tenga que hacerlo. Tal vez pueda pasearse alrededor de los bailarines, cantando. Si se siente suficientemente cómoda con ellos, seguirá sus pasos cuando sea posible, pero, en general, los bailarines se convertirán en algo

así como su cuadrilla. Sus amigos. Harán que se sienta más afianzada en su papel. Creo que parte del problema de JJ es que tiene la sensación de que va a estar sola, cuando en realidad habrá todo un equipo con ella.

Bo se coloca dos dedos en la boca y silba con fuerza para llamar la atención del coreógrafo. Luego levanta las manos.

—¡Eh, Flamenco Rosado...! —Le hace un gesto para indicarle que se acerque.

El coreógrafo deja de bailar, apaga la música y se dirige hacia nosotros.

—Un descanso de veinte minutos, chicas. Aprovechad para beber algo de agua o comer algo —les digo a Violeta y a JJ. Una expresión de alivio se dibuja en el rostro de ambas al oír que pueden hacer una pausa. Violeta rodea los caídos hombros de su hermana con un brazo y la acompaña al otro lado del escenario.

—Me llamo Pete Flacko, *mi amor* —dice el coreógrafo en un tono de voz grave que pretende sonar sexy, pero que en sus labios resulta únicamente ridículo. Y el hecho de que haya llamado a Bo «mi amor» hace que no pueda evitar reírme aunque no quiera.

Bo frunce el ceño. No ha entendido lo que Pete le ha llamado y yo no voy a explicárselo, pues eso pondría fin a la diversión. Y, ahora mismo, necesito echarme unas risas.

—Lo que tú digas, Pete —contesta Bo, enfatizando el nombre del tipo—. ¿Esta producción cuenta con bailarines de apoyo?

—Oh, sí. Un equipo de unos veinte que irán turnándose durante la producción que he coreografiado.

—Vas a tener que deshacerte de unos cuantos —le explico yo.

—¿Cómo dices? —Abre los ojos como platos, recordándome uno de esos pollos de goma a los que se les salen los ojos cuando les aprietas del cuello.

—No puede habérselo escapado que a JJ está costándole seguir tu exclusiva y deslumbrante coreografía. —Le masajeo un poco el ego antes de pincharle el globo—. Sin embargo, esta estrella en particular no es una bailarina. Y no lo será por mucho que le griten o abronquen. Lo que necesitamos es que se mueva alrededor de los bailarines en vez de seguir ella misma los pasos. Concentrémonos en que cante. En cuanto abra la boca, a nadie le importarán cuáles son los pasos de baile y, con ello, realzará tus hermosas piezas en vez de cargárselas.

Pete aprieta los labios con fuerza.

—No es mala idea. Es un caso perdido. La peor con la que he trabajado en la vida. Incluso mi abuela de noventa años puede marcarse unos pasos. Esta chica, en cambio... Imposible. Cero. Nada de nada.

Cojo aire lentamente y procuro calmarme antes de que cuelgue a este tipo del techo por los pies y lo deje balanceándose encima del escenario toda la noche. Tal vez así aprendería a ser un poco más respetuoso y un poco menos impertinente.

—¿Puedes adaptar los pasos? Haremos que JJ se sienta cómoda cantando las canciones con gente bailando a su alrededor.

Él se queda mirando fijamente el escenario durante un minuto entero y luego asiente sucintamente.

—Sí, puedo hacerlo. Llamaré a los bailarines y lo probaremos de nuevo mañana. Lo de hoy ha sido... ¿Cómo diríais en Estados Unidos? ¿Una hecatombe?

Eso me hace sonreír, lo reconozco.

—Sí, ha sido una hecatombe. El resto de la jornada lo dedicaremos al cambio de imagen y nos volveremos a encontrar aquí mañana después del desayuno.

—*Mañana. Sí. Bogart, mi amor, ¿te gustaría ir a cenar conmigo esta noche?*

—¡Ni de coña! —suelta Bo, y Pete echa la cabeza hacia atrás, claramente ofendido—. Mira, ricura, no soy gay. Y no tengo ningún problema con la gente que lo es. Pero sí con que insistas en tirarme los tejos cuando ya te lo he dejado claro. Más de una vez.

Pete chasquea la lengua.

—Qué malhumorado. Me gusta eso en un hombre. Te dejaré en paz. De todos modos necesito un buen sueño reparador. *Adiós, mi amor* —se despide alzando la mano y agitando los dedos provocativamente.

Una vez que se ha dado la vuelta, miro a Bo, alzo la mano y yo también agito los dedos.

—*Adiós, querido Bo* —le contesto en tono burlón.

Él niega con la cabeza e inspira entre los dientes.

—No tiene gracia.

—Pues yo creo que sí —digo con una sonrisa.

Bo se pasa la mano por la cara en un gesto de agotamiento.

—Joder, necesito ligarme a alguna tía. ¿Vamos a ir luego a algún bar o club? Llevamos tres días con niñas. No puedo más. Necesito un poco de amor al estilo Bo. No sé si pillas lo que digo...

Skyler suelta una risita y rodea mi cintura con sus brazos.

—¡Ecs! Espero que no, cariño, o tendría que lavarte antes de volver a ponerte un dedo encima.

Bo abre la boca y se lleva ambas manos al corazón.

—Eso me ha dolido, Sky.

Ella todavía sigue riendo cuando las chicas regresan a nuestro lado con una botella de agua y una manzana en sendas manos.

—Chicas, tenemos un nuevo plan: no más baile —anuncio.

—¿De verdad? —responde JJ—. ¿Por hoy?

—No, cielo —añade Sky, acercándose a ella—. Vamos a introducir algunos cambios en la rutina de baile que, me parece, harán que te guste más. Te lo comentaremos de camino.

—¿Adónde vamos ahora? —pregunta Violeta, y luego le da un trago a su botella de agua.

—Vamos a entrar en mi territorio. Ha llegado el momento de la fase uno del cambio de imagen. Vestuario. —Bo se arremanga las mangas de la cazadora de cuero.

—¡Sí! —Violeta alza un puño al aire.

JJ se cruza de brazos y baja la mirada mientras la punta de su zapatilla deportiva no deja de describir pequeños círculos sobre el suelo del escenario.

Sky pasa una mano por la coleta de JJ.

—¿Es que no te gusta ir de compras?

—No te lo sabría decir. Suelo llevar prendas extragrandes de Violeta o de *mi madre* o ropa que encuentro en tiendas de segunda mano.

—Bueno, JJ, eso está a punto de cambiar. Vamos. Será divertido.

—¡Joder! ¿Quién es esa tía buena que está delante del espejo? —exclama Bo como el salido que es cuando JJ se pone unos pantalones de cuero que resaltan su exuberante culo y una camiseta blanca de cuello alto y sin mangas que él le ha indicado que no se meta por dentro de los pantalones. La camiseta oculta la pequeña barriguita de la que JJ se siente algo insegura y los pantalones destacan una de sus mejores cualidades...: su estupendo culo.

—Mmm. Hummm, no hay ninguna duda de que el culo de Juliet merece ser destacado. —Skyler sube a la plataforma, se coloca de

espaldas al espejo y, tras darse la vuelta para mirarse el suyo, deja escapar un suspiro dramático—. Lo que yo daría por tener un culo como el tuyo... —Tras decir eso hace pucheros y JJ no puede evitar abrir los ojos como platos. La mirada de ésta va de su sexy trasero al más pequeño de Sky y luego de vuelta al suyo.

—Pero si tú eres perfecta, Sky. Eres lo que todo el mundo quiere ser —dice en un tono de voz bajo y cansado.

Sky niega con la cabeza.

—Piensas eso porque estás condicionada por los medios de comunicación, pero todo el mundo tiene algo especial que le hace único. Tú, por ejemplo, no sólo tienes la garganta de un ángel, sino un señor cuerpo de guitarra ante el que a todos los hombres se les caerá la baba. Te lo prometo. —Pasa las manos por las caderas de JJ—. Mira tu cintura de avispa y compárala con la mía —demuestra lo que dice comparando sus pequeñas curvas con las de JJ, más voluptuosas.

—¿Y yo qué?! —dice Violeta al tiempo que sube a la plataforma en la que se encuentran JJ y Sky y se levanta la camisa para enseñar el abdomen. Al lado del de éstas, su cuerpo parece un espagueti—. Carezco de curvas, lo cual es perfecto para hacer de modelo, pero no para ligar con chicos guapos —afirma, y hace una mueca con el labio inferior.

No le falta razón. Su cuerpo es enjuto y poco femenino en comparación al de Sky y Juliet.

—Vi, tu rostro es el más hermoso del mundo —elogia JJ a su hermana. Su tono de voz y su expresión dejan claro su seriedad.

—Y este rostro me pagará las facturas. —Violeta frunce los labios mirándose en el espejo—. Y, mientras lo hace, tu voz pagará las tuyas. Todas tenemos que usar nuestros dones divinos para lo que estamos destinadas. Yo usaré mi cara y mi figura mientras me lo

permitan, aprovecharé para aprender todo lo que pueda sobre la industria de la moda y tomaré clases de diseño de moda en internet. En cuanto haya aprendido tanto como me sea posible, espero poder dedicarme al diseño de ropa. Mi rostro sólo me mantendrá mientras sea joven. Unos diez años, quizá. Como mucho. Luego tendré que encontrar otro trabajo. Tu voz, en cambio, puede durar toda la vida. No te subestimes. —Mira a JJ de arriba abajo, suelta una risita y se cubre la boca con la mano.

Las tres mujeres son presa de un ataque de risa mientras Bo va a buscar más ropa para que se pruebe JJ, y yo observo cómo mi chica despliega su magia. La luz en los ojos de Juliet ya se ha vuelto más brillante. Noto que está comenzando a verse a sí misma de otro modo. Se pasa las manos por la ropa que lleva puesta como si la hubieran cambiado cuando, en realidad, lo que está saliendo a la luz es su propia personalidad, que ya no se ve coartada por su anterior ideal de belleza.

—Creo que el *look* que llevas es fantástico y el apropiado para una chica de tu edad. Ahora completémoslo con unos tacones bien altos y algunas joyas. —Bo le da un par de zapatos de tacón de ante azul eléctrico.

Juliet los coge y se los queda mirando como si tuvieran escamas, aletas y dientes.

—Esto... No puedo caminar con estos taconazos. Apenas puedo hacerlo con mis zapatos planos sin tropezar.

Bo suelta un quejido y alza la mirada al cielo.

—Práctica, corderito. Acostúmbrate a llevar tacones o, con lo bajita que eres, quedarás oculta por los bailarines. Necesitamos contrarrestar eso. Los zapatos planos están bien para cuando estés sentada o haciendo entrevistas. Si no, recomiendo que aumentemos

un poco tu estatura. —Bo le guiña un ojo y las mejillas de Juliet se sonrojan.

Ella se pone los zapatos y al instante crece siete centímetros y medio, lo cual la lleva hasta el uno setenta más o menos. Ni siquiera se acerca a la estatura de Skyler o Violeta, pero al menos ya no se la ve tan pequeña. Juliet yergue la espalda y se mira en el espejo. Una expresión de orgullo se dibuja fugazmente en su rostro. Ese efímero momento resulta francamente significativo. Creo que por fin está dándose cuenta de que es muy hermosa y empieza a gustarle lo que ve en el espejo.

—Ten. —Bo le da un voluminoso collar dorado y varios brazaletes dorados y otros con cuentas—. Respecto al maquillaje, había pensado que con esta ropa lo mejor serían unas relucientes uñas rojas y unos atrevidos labios también rojos —dice mientras examina el atuendo de Juliet de arriba abajo.

Skyler asiente.

—Sin duda.

Bo desaparece y al poco regresa con unos anillos, un lápiz de labios y una horquilla. Le da a Skyler el pintalabios.

—Píntale los labios —le pide mientras él comienza a peinar el largo cabello castaño de Juliet. Tras dejar los mechones del flequillo fuera, recoge el resto en una coleta que luego sujeta a un lado con la horquilla.

—El pelo está en el lado incorrecto —murmura Juliet con los ojos puestos en la cicatriz que rodea su ojo.

Él niega con la cabeza.

—No. Estamos acentuándola, ¿recuerdas? Tú, querida, vas a demostrarle al mundo que la perfección está en el ojo del que mira. Piensas que Skyler es perfecta y, como yo la conozco bien, sé que su belleza no es sólo superficial, sino que también es hermosa por

dentro. Ahora bien, también sé que es una de las mujeres más inseguras que he conocido y que está completamente pirada en lo que respecta a sus perros. Cosas que jamás podrías decir con sólo mirarla.

Juliet se vuelve de golpe hacia Skyler, probablemente en busca de su confirmación.

Skyler asiente y luego le da un puñetazo en broma a Bo en el brazo.

—¡Hey, tío, no vayas por ahí revelando todos mis secretos! —dice con una sonrisa—. Pero tiene razón. Soy un poco neurótica con mis cachorros, ¿verdad, cariño?

Yo tiro de ella para hacerla descender de la plataforma, la cojo en brazos y le doy un rápido beso en los labios.

—Sí, pero me encanta.

—¿Quién cuida de vuestros perros mientras estáis en España? —pregunta Violeta.

Bo suelta una carcajada.

—¡No debes de haberme oído cuando he dicho que está pirada! ¡Ha venido a España con los perros! Uno de sus guardaespaldas está paseándolos mientras estamos aquí dentro. —Sigue riéndose al tiempo que coge una mano de JJ y le desliza un par de pulseras doradas.

Violeta se parte de risa y Juliet suelta una risita. Sky, por su parte, se deshace de mi abrazo y se dirige hacia Juliet con la barra de labios en la mano, se detiene delante de ella y hace una mueca.

—Frunce un poco los labios, así —le indica.

Juliet hace lo que le dice Sky y permanece inmóvil mientras ésta aplica carmín a sus carnosos labios.

—Hecho. Estás muy guapa. Y sexy. —Sube y baja las cejas y se aparta para que Juliet pueda verse.

—Bueno, ¿qué te parece el *look* completo, Corderito? ¿Seguimos adelante? —inquire Bo.

Juliet se mira en el espejo, se acaricia el pelo y se vuelve a un lado y a otro para comprobar cómo le queda. Se ve mucho mayor e increíblemente sexy.

—Me cuesta creer que ésta sea yo —dice con voz trémula por la emoción.

—Siempre has estado buena, hermanita. Es sólo que lo ocultabas debajo de ropa holgada y una pobre imagen corporal. Mírate ahora. ¡Estás increíble! ¡*Tía buena!* —dice, y da una palmada al voluptuoso culo de su hermana.

—Me siento como si estuviera soñando —reconoce Juliet con los ojos llenos de lágrimas.

Sky me rodea los hombros con un brazo, de tal forma que el carmín que sostiene en la mano queda sobre mi pecho. Eso me da una idea. Le quito a mi chica la barra de labios, me acerco al espejo del vestidor y escribo en él:

Nunca dejes de soñar

Luego cojo mi móvil y con una mano le indico a todo el mundo que retroceda. Me coloco detrás de Juliet y le digo:

—Posa.

Ella se encoje de hombros.

—¿Cómo?

Sky se ríe, pero Violeta se pone de inmediato manos a la obra y enseña a su hermana qué hacer.

—Así. La mano derecha en la cadera y la otra a un lado de la cabeza. Estira una pierna para mostrar la extensión de tus piernas con esos pantalones y los zapatos que llevas.

Yo me aparto y me aseguro de que la cámara de mi móvil sigue encuadrando el espejo y que las palabras que he escrito y el reflejo de Juliet están bien enfocadas.

—Así es, hermanita, mantén la pose, mira directamente al espejo y aspira poco a poco a través de la boca.

En cuanto los labios de Juliet se separan sensualmente para coger aire, tomo la fotografía.

Bajo la mirada al móvil y Sky se acurruca a mi lado. Al ver la foto, el corazón se me acelera y Skyler se cubre la boca con la mano. Miro la fotografía con una sonrisa y luego me vuelvo hacia mi chica.

—Melocotones...

—Increíble —dice ella en un tono susurrante.

—¿Verdad? —Ambos nos quedamos mirando la imagen durante un par de segundos más mientras oímos cómo Violeta le explica a Juliet los trucos esenciales para posar.

—Ven aquí, Bo. Échale un vistazo a esto —digo, y alzo la mano con la que sujeto el móvil.

Él se acerca con toda la virilidad que le permiten el par de zapatos de tacón que sostiene en una mano y las prendas de ropa que cuelgan de su otro brazo para que Juliet se las pruebe a continuación.

Le señalo la imagen para que la vea.

—¡La hostia! ¡Qué buenos somos, joder! —exclama Bo con una sonrisa.

—¿Cariño? —digo, volviéndome hacia Juliet—. No vas a tener ningún problema para que el mundo caiga rendido a tu belleza personal. Es natural e increíblemente sexy. —Sonrío picaronamente.

Sky sigue con la mirada puesta en la fotografía.

—No bromea. Esta imagen tiene que aparecer ya mismo en tu Instagram y en el del sello discográfico. Envíanos a todos la foto,

cariño —me dice a mí.

Yo así lo hago y Violeta coge su móvil del bolsillo trasero de sus pantalones.

—*Joder!* ¡Tienes un aspecto increíble, JJ! —exclama de ese modo que sólo las chicas muy jóvenes saben hacer—. ¡Ésta va a ser la fotografía de la semana en mi Instagram! ¡Qué diantre, puede incluso que del mes! —dice sin dejar de darle golpecitos a la pantalla de su móvil con el dedo.

Juliet mira la fotografía por encima del hombro de su hermana, luego al espejo, y finalmente al lugar en el que nos encontramos Skyler, Bo y yo.

En su rostro se refleja una expresión de asombro teñido de agradecimiento.

Ese dulce rostro y el significado que se esconde detrás de su mirada hacen que tenga que aclararme la garganta y que rodee el cuerpo de mi chica con los brazos para abrazarla, pues quiero sentirla cerca.

Luego Juliet nos sorprende a los tres cuando se mira en el espejo una vez más y luego otra vez a nosotros.

Habla como si el mensaje fueran cuatro palabras separadas.

—«Nunca. Dejes. De. Soñar». Ése será el título de mi disco de debut.

7

Skyler

—¡Hey, Wendy!, ¿qué pasa? —oigo que dice Parker mientras habla por el móvil. Está algo bebido. Bueno, quizá más bien un poco achispado. Acabamos de cenar dentro con los cachorros y ahora vamos a salir a beber algo y disfrutar de la parte relajada de la jornada.

Hoy ha sido un gran día y ha terminado del mejor modo posible. Juliet ha comenzado a verse a sí misma como una mujer joven y hermosa que posee todo el potencial del mundo. Nunca habría imaginado que me sentiría tan emocionada ayudando a otra artista o participando en otro de los casos de International Guy, pero he descubierto que es algo que está enriqueciendo mi mundo tanto como espero que también esté haciendo crecer el de Juliet. Ciertamente, todo esto hace que mi idea de abrir una academia en Boston me parezca más realista y excitante.

En cuanto a Juliet, estamos en el camino adecuado para alcanzar el éxito.

Objetivo número uno: hacer que se vea a sí misma hermosa. Conseguido.

Objetivo número dos: lograr que su presencia escénica esté a la altura, pero ya nos pondremos en ello cuando el coreógrafo haya adaptado el espectáculo para que las rutinas de los bailarines realcen la actuación de JJ y le permitan que brille como la estrella que es.

Objetivo número tres: conseguir que cante delante del público sin que su voz tiemble a causa del miedo. Esto es importante, pues su don necesita ser compartido y, con su talento, debería confiar más en sí misma.

Objetivo número cuatro: medios de comunicación. Parker asegura que tiene un plan para hacer que Juliet se sienta cómoda delante de la cámara o de un periodista, pero éste es el último punto de la agenda. Algo así como la guinda de un pastel perfectamente horneado y glaseado.

A causa de la cantidad de trabajo necesaria para poner a punto a Juliet, hemos decidido extender nuestra estancia en España a diez días y ya hemos consumido los cuatro primeros. Sin embargo, mañana Bo llevará a JJ a recibir clases de maquillaje y peluquería junto a Violeta, que irá con ellos para prestar apoyo a su hermana, de modo que Parker y yo tendremos el día libre sólo para nosotros.

Ya nos imagino paseando por las calles de Madrid cogidos de la mano y con nuestros perros. Dejo escapar un suspiro al observar a mi chico con el móvil pegado a la oreja. De repente, sin embargo, me doy cuenta de que su rostro está contraído, lo que normalmente significa que algo va mal.

—Léemelo —dice al auricular en un áspero tono de voz tenso y controlado, teñido, sin embargo, de cierta ira en cada sílaba.

Parker frunce el ceño y deja con fuerza el vaso de whisky sobre el tablero, salpicando con ello la mesita del teléfono. Ni siquiera se molesta en limpiarlo y yo contengo la parte de mí que desearía ocuparse de ello.

—Envíame por correo electrónico una fotografía de la nota. Y envíasela también a Nate. ¿Alguna idea sobre quién la ha mandado?

Mi chico tensa la mandíbula y chasca los dedos para llamar mi atención. En ese momento, estoy sentada al escritorio de nuestra suite, troleando mis propias redes sociales.

—Abre mi Gmail —me ordena, y yo bajo los pies de la silla en la que los había colocado para hacer lo que me pide. Parker rara vez chasca los dedos para llamar mi atención o me habla en ese tono de voz. Sé que se debe a lo que sea que Wendy está contándole y no a mí, lo cual facilita que me ponga en ello.

Como conozco su contraseña, la tecleo y abro su cuenta de correo electrónico. En lo alto de la bandeja de entrada hay un email de Wendy sin abrir. No hago clic encima porque no es asunto mío, pero la verdad es que me muero por saber qué es lo que ha puesto a Parker de semejante humor.

Parker se acerca a mí por la espalda, se inclina sobre mi hombro y extiende la mano para mover el cursor y abrir el correo electrónico. Luego hace doble clic sobre el archivo JPEG adjunto, lo cual revela la imagen de una hoja de papel blanco con unas letras negras, mayúsculas y centradas en la página.

Leo el mensaje y siento como si mi corazón se detuviera a causa de la ansiedad que ha envuelto el inútil músculo, constriñéndolo en su temible garra. Contengo el aliento y releo el texto atentamente.

**NO PUEDES OCULTARLA PARA SIEMPRE.
ELLA ES MÍA.
SOMOS IGUALES.**

—¡Oh, Dios mío! ¡Cariño! —Trago saliva para combatir la sequedad de la garganta al tiempo que Parker coloca sus cálidas manos en el punto en el que se encuentran mi cuello y mis hombros. Esa simple caricia me devuelve la vida. Cubro su mano con la mía y le aprieto los dedos.

—No te preocupes, Melocotones —afirma con una urgencia en la voz que me llega a lo más profundo del alma—. Voy a ocuparme de esto.

Cierro los ojos y me doy cuenta de que, sea lo que sea lo que está sucediendo en casa, ahora nos encontramos a miles de kilómetros. Probablemente, Madrid sea el lugar más seguro en el que podríamos estar.

—Sí, luego vuelvo a llamarte. Avísame si te enteras de algo —le pide Parker a Wendy antes de presionar una tecla y dejar el móvil en la mesa junto a su ordenador portátil.

Luego se arrodilla, me da la vuelta para que estemos cara a cara y se coloca entre mis muslos. Con mucho gusto rodeo su cuerpo con mis largas piernas y enlazo los tobillos. Esos ojos normalmente azules están ahora encendidos con un fuego que acompaña la intensidad de sus palabras.

—No es más que otro intento de dañar nuestra relación. Conmigo estás a salvo. Nunca dejaré que te pase nada. —La ferocidad que hay detrás de su afirmación es palpable. Casi puedo sentir la honestidad de su compromiso acariciándome la piel como una suave brisa.

Le rodeo el cuello con los brazos y pego mi frente a la suya. Mi chico emana un masculino olor a whisky mezclado con un aroma a madera y cítricos que tranquiliza mi desesperada preocupación tanto como su cercanía.

—Ya lo sé, pero no estoy preocupada por mí. Estoy preocupada por ti. Esta nota te la han enviado a ti, como la primera. —Me muerdo la parte interna del labio y espero que comprenda el significado de lo que estoy diciendo.

—Sí, es cierto, pero yo sólo soy el recipiente del mensaje. Esta persona está obsesionada contigo. Al ser tu chico, paso a ser una

extensión de ti. Y también soy la persona que posee lo que él considera suyo. Es algo demencial y retorcido, pero así es el individuo con el que estamos lidiando. Alguien a quien le falta un tornillo y me aterra que eso suponga un peligro para ti.

—No tiene ningún sentido. Yo no he hecho nada para merecer este tipo de atención.

Parker pasa sus dedos por mi pelo.

—Nena, sólo por el hecho de ser tú misma y dedicarte a lo que te dedicas, estás expuesta a todo el mundo. Cualquier pirado puede distorsionar lo que ve en la pantalla y convertirlo en parte de su realidad.

Cierro los ojos y le abrazo con más fuerza.

—¿Y Wendy o Annie no han descubierto nada sobre la nota? ¿Un remitente o alguna otra cosa que nos pueda servir?

Parker niega con la cabeza y aprieta tanto los dientes que casi puedo oír cómo rechinan dentro de la burbuja de nuestro abrazo. Coloco las manos en sus mejillas y masajeo los músculos de su mandíbula para intentar relajar la tensión, por poco que sea.

—Supongo que era demasiado esperar que la persona que nos está acosando metiera la pata. —Exhalo un suspiro y noto cómo la tristeza ensombrece mi alma. Sólo quiero que esto termine para que Parker y yo podamos concentrarnos en lo que es realmente importante. Nosotros. Nuestro trabajo. Nuestros cachorros. Nuestra nueva casa. La vida que estamos construyendo juntos—. ¿Qué sabemos? —Tomo aire entrecortadamente. La sensación de derrota es palpable en mi tono de voz, pero necesito comprender la situación en su conjunto para que podamos dar un paso adelante y actuar en consecuencia.

—El sobre tuvieron que entregarlo a mano o dejarlo en la sala de correo del edificio. Annie ha abierto el sobre, que era del mismo tipo,

anodino, con el que recibimos el primer mensaje e inmediatamente se lo ha llevado a Wendy. Ésta no lo ha tocado con la esperanza de que podamos encontrar otras huellas además de las de Annie. Al igual que la última vez, no hay nada más en el sobre salvo mi nombre escrito a máquina en una etiqueta blanca y un sello rojo con la palabra CONFIDENCIAL en la parte frontal. Nada nuevo salvo el hecho de que el mensaje de advertencia suena más desesperado, acercándose incluso a la amenaza.

Mientras reflexiono sobre lo que Parker acaba de explicarme, el móvil que descansa sobre la mesa comienza a sonar. Él no se mueve ni aparta mis brazos para cogerlo; tanto su lenguaje corporal como su mirada están exclusivamente concentrados en mí.

—¿Estás bien? ¿Preferirías que no te lo hubiera contado? Mi primer instinto ha sido no hacerlo y lidiar con ello yo solo. Pero te prometí que te mantendría informada y no quiero romper ninguna promesa que te haya hecho. Nunca. Aunque vaya en contra de todos y cada uno de los cromosomas masculinos de mi cuerpo.

Sonrío aunque siento ganas de llorar.

—Estaré bien mientras esté contigo. Contesta la llamada. Seguro que es Nate o Wendy con más noticias.

Él coge el móvil y antes de que conteste puedo ver en la pantalla que se trata de Nate.

—¿Qué opinas?

Parker escucha un momento, luego se pone de pie y comienza a deambular por la habitación. Es su modus operandi habitual cuando le preocupa un problema o tiene un montón de energía negativa que quemar. Lo observo ir de un lado para otro como si fuera un animal enjaulado listo para saltar a la primera señal de peligro.

—Eso es cierto. —Frunce el ceño y me mira—. Sky, querida, ¿puedo sentarme aquí? Necesito mirar una cosa. —Señala la silla y

el portátil.

Me pongo de pie y *Midnight* se despierta de su siesta en el sofá que hay delante de nosotros y en el que *Sunny* todavía está durmiendo. Me dirijo al sofá, me acomodo al lado de los cachorros y hundo mis dedos en su pelaje. El relajante movimiento de acariciar a mis perros calma el sentimiento de pánico que no deja de recorrer mis venas por haber visto esa nota y pensar en lo que puede significar para nosotros.

—Así es, parece escrita por la misma persona que las cartas. ¿Le has preguntado a Tracey si ha llegado alguna carta nueva que se parezca a las que identificamos? —Parker teclea algo en el ordenador y abre las cartas firmadas como «Tu Mejor Amigo».

Parker se acaricia las sienes y, mientras lo hace, alza la mirada al techo.

—El último mensaje de texto lo recibí antes de marcharnos. Y fue una advertencia. Deja que los abra todos. —Usa una sola mano. Parker es un auténtico profesional a la hora de teclear con una mano.

Examina las imágenes.

—Sí, los mensajes de texto están escritos fundamentalmente en mayúsculas, igual que las dos notas. Aun así, hay algo en su cadencia que me suena distinto.

Mi chico se pone en pie otra vez y, todavía con el móvil pegado a la oreja, se aparta del escritorio, sale del salón de la suite en dirección al salón y luego vuelve a entrar. Hay mucha fuerza en sus movimientos; casi puedo sentir las oleadas de energía controlada que emanan de su cuerpo. Su mente parece discurrir a mil por hora, compilando y procesando posibles escenarios y descartándolos a continuación para considerar otras posibilidades. Daría lo que fuera para poder vislumbrar cómo funciona esa increíble mente.

—Wendy cree que hay algo familiar en esas cartas. No es capaz de determinar de qué se trata exactamente, pero mañana volverá a leerlas con la mirada fresca. También tiene un programa informático en el que está trabajando que compara palabras y formas de redacción y crea probabilidades entre distintos medios. Introducirá todas las cartas, las dos notas y los mensajes de texto que hemos recibido tanto Sky como yo para obtener nuevos datos que analizar.

Parker respira hondo y se pasa los dedos por el pelo varias veces, convirtiendo las domesticadas capas y los rizos de su cabeza en un revoltijo sexy. Éste es el aspecto que suele tener después de una sesión de sexo escandaloso.

—Está bien, avísame si surge algo más. Quiero que reviséis las imágenes de la cámara de seguridad de los dos días previos a la recepción de la carta y también las del mismo día. A ver si podéis conseguirlas. Estoy seguro de que el propietario del edificio no tendrá ningún problema si le metéis prisa. Es un buen tipo. Y somos buenos inquilinos. Además, es padre de familia con hijas. No le gustará enterarse de que están amenazando a una mujer, y menos todavía a la que le está alquilando su ático.

De repente, todo el cuerpo de Parker sufre una sacudida, se detiene en seco y una de sus manos se cierra en un apretado puño.

—¿¡Qué!? ¿Por qué cojones no has empezado por ahí, Nate? — le reprocha entre dientes.

Oh, mierda. Dejo de acariciar a los perros y me incorporo. Comienzo a sentir el cosquilleo de mi propio sistema nervioso en el nacimiento del pelo y un creciente dolor de barriga.

—¿Qué cojones estaba haciendo ahí? —pregunta con un gruñido.

Escucha lo que le dicen por el móvil durante treinta largos segundos y luego echa la cabeza atrás y exclama:

—¿Cuáles son las probabilidades de que aparezca por la oficina para ver si puede tomar un café con Skyler y, de repente, Annie encuentre un sobre con un mensaje intimidatorio dentro?! —estalla. La ira supura de sus palabras como si fuera veneno—. ¡Por el amor de Dios!

Parker escucha lo que Nate tiene que decir pero con la mano libre hace un violento movimiento como si cortara el aire.

—¡Quiero que prohibáis la entrada a ese tipo a las oficinas de International Guy! —exclama y esas oleadas anteriormente controladas inundan la sala con una electricidad magnética tan poderosa que me reclino de nuevo en los cojines del sofá y *Sunny*, ya despierta, se acerca a su hermano y a mi regazo en busca de consuelo. Tal vez nota que su papá está furioso. *Midnight* por su parte se da la vuelta y levanta la cabeza. Debe de sentir el cambio en el ambiente de la habitación, salvo que en vez de acobardarse, salta del sofá y se dirige hacia Parker.

—Sabemos dónde trabaja. Se acabó. Ya no pienso seguir las putas reglas. ¡Cuando regresemos, iré a hacerle una visita! —Parker se tira del pelo y su mirada se encuentra con la mía al tiempo que sus labios forman una fina e iracunda línea.

Midnight posa su trasero perruno en el suelo junto a los pies de Parker y alza la mirada hacia su papá. Mi chico parece advertir la presencia del perro y, cuando baja la vista y lo ve, su expresión se suaviza. Se agacha hasta quedar a la altura del cachorro y comienza a acariciarle el cuello hasta que *Midnight* empuja su ya no tan pequeño cuerpo contra el pecho de Parker, cogiéndole desprevenido y haciéndole caer de culo.

Parker sonrío un momento y sigue acariciando a su cachorro.

—Estoy harto del puto Benjamin Singleton, Nate. Recuerda lo que te digo. Como ese hijo de puta se acerque a siquiera un metro

de Sky, no podré contenerme y terminaré ofreciendo un auténtico espectáculo a los medios de comunicación. Mantén alejado a ese capullo o mi mujer tendrá que pagar la fianza para sacarme de prisión y saldremos en las noticias. —Luego presiona la tecla para finalizar la llamada y arroja el móvil hacia la única silla de la habitación. El aparato rebota y, sorprendentemente, aterriza en la otomana que se encuentra a medio metro de la silla.

—Cariño...

Parker recoge a *Midnight* del suelo y éste se queda inmóvil a excepción de la lengua, con la que lame el cuello de su papá como si fuera un helado. Mi chico se acerca al sofá y se sienta de lado para poder mirarme. Mientras *Sunny* permanece acurrucada en mi regazo, *Midnight* encuentra un hueco junto a un muslo de Parker y se acomoda con la cabeza apoyada en el regazo de su papá.

—Al parecer, Benny Singleton visitó las oficinas de IG para ver si podía conseguir tu número de teléfono y para preguntar cuándo regresarías a la ciudad.

Frunzo el ceño y pongo cara de asco.

—¿Por qué haría eso?

—Bueno, Benny *Cara de Culo* no sabe pillar las indirectas. Fue para ver si podía ir a «tomar un café contigo» otra vez —dice con un gruñido y una expresión de absoluto desdén en el rostro.

Coloco una mano sobre uno de sus antebrazos.

—Tú sabes bien que nunca he hecho nada para incentivar ese afecto, pero por alguna razón él cree que hay algo entre nosotros. Como ya te dije, no he visto a ese tipo desde que tenía ocho años e hicimos un anuncio juntos. Uno. —Levanto el dedo índice para recalcar lo ridículo de la inmerecida conexión que siente conmigo—. Aun así, cuando me lo encontré en la cafetería no iba a mostrarme maleducada después de haber derramado su bebida. Yo no soy así,

cariño —digo, arrugando el entrecejo—. En cualquier caso, no me dio la impresión de que estuviera del todo en sus cabales. No me dejó tranquila ni siquiera después de conocer a mi novio ni a mis guardaespaldas. Es decir... La verdad es que parecía un poco loco.

Parker enarca las cejas de un modo casi cómico.

—¿Un poco? ¡Cariño, ese tipo está como una puta cabra!

No puedo evitar sonreír. Mi chico es divertido. Especialmente cuando se comporta como un cavernícola.

—Entonces ¿crees que Benny es quien dejó el sobre con la amenaza? ¿Piensas que es él quien está detrás de todos esos mensajes de texto y cartas?

Parker se desliza una de las manos por el rostro y reclina la cabeza sobre la palma que ha colocado en el respaldo del sofá.

—Su aparición coincide con la de la nota. No puede ser una coincidencia. De ningún modo.

—¿Y cómo habría conseguido nuestros números de teléfono? ¿Para qué iba a pedirle a Annie el mío si ya lo tiene?

Parker suelta un quejido.

—No lo sé. Puede que sólo lo hiciera para despistar —responde.

—¿De verdad, cariño? ¿En serio crees que es tan inteligente?

—De nuevo, no tengo ni idea. Sólo sé que estoy cansado. Cansado de no saber quién está intentando jodernos la vida. Cansado de sentirme indefenso. Sólo estoy cansado. Necesitamos algo de paz, cariño. Estar solos tú y yo.

Extiendo la mano y le acaricio la mejilla. Él me devuelve la caricia con la nariz y, tras besar la palma de mi mano, exhala un suspiro de satisfacción. Cuando me toca, todavía siento algo de la energía negativa que emanaba antes, pero está disipándose rápidamente.

—Sí, lo necesitamos. Y yo quiero ser ese refugio para ti, amor. Siempre que lo necesites. —Cojo a *Sunny* y la coloco en el otro lado

del sofá. Luego cojo a *Midnight*, le doy un beso en la peluda cabeza y lo coloco junto a su hermana. Los dos perritos se acurrucan juntos como suelen hacer. Los tapo con su manta (que he traído de casa para que tuvieran algo que les resultara familiar) y ellos cierran los ojos. Su preocupación se ha desvanecido ahora que su papá no está dando vueltas por la habitación presa de la ira. Cuando ya están cómodos, me coloco delante de mi agotado chico y le ofrezco mi mano—. Vamos, cariño. Ya has tenido suficiente por hoy. Mañana lo verás todo con más claridad.

Parker me sigue sin protestar. Cuando llegamos al dormitorio, se queda de pie a su lado de la cama mirando fijamente el bonito edredón y la pila de cojines. Cuando te alojas en la suite del ático, los hoteles no escatiman en la ropa de cama. Le doy la vuelta a Parker y comienzo a desabrocharle la camisa botón a botón, sin ningún motivo secreto en mente. Cuando termino, él se contonea para quitársela y yo la cojo y la dejo en la silla que hay junto a la cama. Luego se desabrocha el cinturón y los pantalones, se baja la cremallera y se sienta en la cama. Me agacho y le quito los zapatos y los calcetines, dejando cada uno dentro del correspondiente zapato, antes de coger los pantalones por el dobladillo y tirar. Él levanta entonces las caderas y los pantalones se deslizan por sus piernas. Los dejo junto a la camisa y mi chico se queda únicamente con unos calzoncillos negros puestos.

Sin decir una sola palabra, me inclino a su lado, aparto el edredón y tiro algunos de los cojines a los pies de la cama. Antes de que pueda meterlo en la cama, él me coge de las caderas y hunde su rostro en mi vientre. Puedo sentir la calidez y la humedad de su aliento a través del algodón de mi camiseta interior.

—No puedo perderte, Sky. Eres mi futuro. La vida que quiero más que nada en el mundo. —Me besa en la barriga y vuelve a dejar

descansar la cabeza sobre ella—. El miedo que siento de perderte me consume cada maldito día que no hemos encontrado a esa persona que nos acosa, amor mío. No puedo arriesgarme a bajar la guardia, y no lo haré hasta que esté seguro de que te encuentras a salvo.

Paso ambas manos por su pelo, clavándole las uñas en el cuero cabelludo de ese modo que sé que le gusta.

—No vas a perderme. Entre tú, Nate, Rachel, Bo, Royce, Mick, Wendy... Cariño, hay un montón de gente cuidando de mí e investigando este asunto. No me pasará nada.

Él restriega su frente por mi vientre y me clava los dedos en las caderas.

—Te quiero mucho, Sky. No puedo siquiera imaginar... —Su voz se quiebra a causa de una emoción tan intensa que necesito estar cerca de él.

Tras mover ligeramente las caderas para que sus manos me suelten, me arrodillo en la cama y me deslizo sobre su pecho de forma que pueda abrazarme y, todavía más importante, que yo pueda abrazarlo a él. Mi chico me rodea con sus brazos, envolviéndome con su amor.

—Yo también te quiero, más de lo que nunca había creído posible amar a un ser humano —susurro mientras mi cabeza descansa junto a la suya—. Superaremos esto. La vida no ha dejado de plantearnos grandes desafíos, pero hasta la fecha los hemos afrontado y hemos resurgido luego más fuertes. Esta vez sucederá lo mismo. —Le doy un beso en la frente y él hunde su rostro en mi cuello y aspira mi fragancia.

Está perdido, tiene miedo, es un pez fuera del agua, pero cuando nos abrazamos es como si nos reiniciáramos y nuestra fuerza combinada se revigorizara. Cuando estamos cerca el uno del otro,

surge la magia y se lleva por delante todas las cosas negativas que se arremolinan a nuestro alrededor.

Permanezco en silencio, ofreciéndole todo lo que puedo, sentada en su regazo y abrazada a él. De vez en cuando, le acaricio la espalda de arriba abajo para que tome lo que necesita de nuestra conexión.

—Estoy condenadamente cansado —dice con la boca pegada a mi cuello, lo cual amortigua sus palabras.

—Ya lo sé. Vamos. —Le doy un apretón en la nuca—. Esta noche nos meteremos en la cama sólo para dormir y, por una vez, nos levantaremos tarde.

—¿Estás diciendo que no puedo cumplir con el deber masculino de satisfacer a mi chica? —Levanta la cabeza y hace pucheros.

Le doy un beso en los labios fruncidos y me echo hacia atrás.

—No he dicho eso. Ni siquiera soñaría con hacerlo pues cumples con creces, y muy a menudo. Esta noche, sin embargo, me toca a mí cuidar de ti, y a veces eso significa que no haya ñaca-ñaca.

Se me queda mirando con la expresión en blanco.

—Cuidar de mí implica necesariamente ñaca-ñaca —afirma con total seriedad.

Sonrío, salto de su regazo y procedo a quitarme los pantalones y quedarme con un par de braguitas de algodón con encaje puestas. Él me observa, pero sus ojos no brillan como suelen hacerlo. Me llevo las manos a la espalda, las meto por debajo de la camiseta y me desabrocho el sujetador. Luego me quito uno de los tirantes del sostén metiendo el brazo por la abertura lateral de la camiseta interior y repito el proceso con el otro tirante por el otro lado. Como última maniobra, saco todo el sujetador por una de las aberturas laterales de la camiseta y lo tiro encima de mis pantalones, que descansan en el suelo.

Una chispa de interés reluce en los ojos de mi chico.

—Nena, eso ha sido lo más flipante que he visto nunca —aunque lo dice con una sonrisa, noto que lo hace sin excesiva convicción.

Yo suelto una risa ahogada, rodeo la cama y aparto mi lado del edredón.

—Si eso es lo más flipante que has visto, es que estás mucho más agotado de lo que pensaba.

Suelta un quejido y se tumba en la cama. En cuanto se mete debajo de las sábanas, me acurruco a su lado, coloco una pierna sobre su cadera y un brazo sobre su abdomen, apoyo la cabeza en su hombro y empiezo a darle besitos.

—Duérmete. Mañana será otro día. Ya veremos entonces qué hacemos.

Parker bosteza.

—Haré lo que haga falta para mantenerte a salvo, Sky.

Le beso el pecho y luego vuelvo a apoyar la cabeza en su hombro.

—Sé que lo harás, cariño.

—Lo que haga falta —susurra en voz baja mientras su cuerpo se va relajando y su mente se desliza al país de los sueños.

Mientras dejo que su calor corporal entibie mi fría piel le murmuro suavemente al oído:

—Yo tampoco puedo perderte. Y no lo haré.

8

Parker

Skyler y yo hemos dormido hasta las diez y hemos dedicado el resto de las últimas horas de la mañana y las primeras de la tarde a hacer el amor, reconectando física, emocional y —por todo lo sagrado— espiritualmente. A día de hoy, Skyler y la pasión que siento por ella son mi religión. Quiero adorarla en su altar tan a menudo como sea posible.

Mientras hacíamos el amor y luego, cuando yacíamos en la cama, hemos estado hablando entre susurros sobre nuestra nueva casa y lo que vamos a hacer cuando nos mudemos. Ella quiere pintar el interior en agradables tonos de azul, beis, crema, amarillo y blanco, mientras que yo le he dicho que le construiría un jardín en el patio trasero, además de una zona para que los chicos puedan divertirse jugando a la herradura y al lanzamiento de sacos mientras se toman las últimas cervezas que mi padre ha descubierto.

Le he explicado que quiero escoger yo los muebles del porche porque tengo intención de pasarme las tardes sentado ahí junto a ella, contemplando nuestros terrenos y la vista que hay más allá de la casa mientras me relajo tras un largo día de trabajo. También he bromeado con que quiero que se compre bikinis para todo un mes para que, cuando la desnude en verano, tenga el inmenso placer de desenvolver un nuevo envoltorio cada día. Ella se ha reído a carcajadas, pero se ha mostrado de acuerdo en decirle a su asistente que se ponga en ello de inmediato.

Por encima de todo, necesitábamos pasar esas horas de la mañana y la tarde juntos para volver a relajarnos. Ahora estamos paseando a nuestros perros por la famosa Casa de Campo tras haber dejado atrás nuestras preocupaciones. El día de hoy vamos a dedicárnoslo exclusivamente a nosotros mismos.

—¿Sabías que este parque es cinco veces más grande que Central Park? —le cuento, repitiendo lo que aprendí al leer sobre España antes de emprender el viaje. Contaba con que pudiéramos disfrutar de un día de asueto y lo planeé con antelación. Para esta noche he preparado incluso una sorpresa que a Sky le encantará.

Ella contempla la infinita extensión de árboles, el lago, los viejos edificios que se ven al fondo e inhala larga y profundamente.

—Es increíble estar aquí, disfrutando del sol, cogidos de la mano y paseando a nuestros bebés. No creo que haya estado nunca así de relajada.

—Sobre todo teniendo en cuenta todo lo que está pasando —añado entre dientes, pero lo lamento inmediatamente al ver cómo los labios de Sky dibujan una sombría expresión y me aprieta en la mano—. Lo siento, Melocotones. No quería sacar el tema.

Ella pasa una mano por sus largos tirabuzones dorados.

—No pasa nada. Hemos de poder hablar de ello. Seguro que dentro de muchos años nos parecerá una tontería. Concentrémonos ahora en el hecho de que estamos en Madrid, disfrutando del parque más maravilloso del mundo y que ni una sola persona nos ha reconocido. —Una hermosa sonrisa se forma en sus labios.

—¿Y no podríamos aprovecharlo? —bromeo.

Skyler baja la mirada a mis pantalones.

—Ahora mismo no, pero estoy segura de que en caso de necesidad podemos improvisar algo. —Me guiña un ojo.

Echo la cabeza hacia atrás y suelto una carcajada. La presión que sentía en el pecho se relaja un poco más con cada paso y cada minuto que estoy con ella. Rodeo sus hombros con mi brazo y ella levanta la barbilla. Aprovecho el gesto y le doy un beso en los labios. Lo hago muy despacio, disfrutando de su sabor y su fragancia, así como de la sensación de tener a esa mujer en mis brazos y saber que es toda mía.

—No creo que nunca pueda llegar a cansarme de ti —susurro todavía pegado a su boca sonriente.

—¡Más te vale! ¡No creas que vas a librarte con facilidad de mí! —contesta ella clavándome un dedo en la barriga juguetonamente.

Seguimos con nuestro paseo hasta que llegamos a una sección del lago en la que otros turistas están subiendo a unos botes de remos blancos y rojos para navegar por sus aguas. Tiro de la mano de Sky y la conduzco en esa dirección.

Ella me sigue con una amplia sonrisa en el rostro. Probablemente ya se ha dado cuenta de cuáles son mis intenciones. Mi chica siempre está abierta a cualquier aventura.

—No. No es una buena idea —oigo que dice la retumbante voz de Nate a nuestras espaldas.

Mierda. Se me había olvidado de que estaba aquí. Todo un ejemplo de lo bien que hace su trabajo de velar por la seguridad de Sky sin resultar indiscreto.

Me detengo, doy media vuelta y tengo una pequeña charla con el grandullón. Rachel se encuentra a unos pocos metros de Skyler, contemplando el entorno con una sonrisa en el rostro. Lleva unas gafas de aviador negras y el pelo recogido en unas complicadas trenzas senegalesas. Por primera vez, me doy cuenta de que junto a una de las sienes lleva el pelo afeitado formando una serie de líneas

definidas que le confieren un aspecto moderno y duro al mismo tiempo.

—Nate, tío, no pasa nada. —Echo un vistazo alrededor—. ¿Te ha parecido detectar algún tipo de amenaza?

El guardaespaldas de Sky aprieta los labios hasta que forman una fina línea y luego dice:

—No, pero eso no supone excusa alguna para ser descuidados. No debemos confiarnos en ningún momento.

—Está bien, entonces alquila tú otro bote y rema detrás de nosotros, pero yo pienso llevar a mi chica y a nuestros perros a navegar por el lago. Sky adora el sol y necesita un respiro de todo. En eso consiste el día de hoy: en tomarnos un respiro de todo. Absolutamente todo. Y lo siento, tío, pero si ayer no hubiéramos recibido esa nota, te diría incluso que te fueras a dar un paseo y que ya me ocupaba yo de mi chica. Como soy un hombre que quiere a su pareja más que a su propia vida, toleraré tu presencia, pero Sky necesita... Qué diantre, ambos necesitamos hacer algunas cosas solos. O, al menos, tener la sensación de que no nos controlan. ¿Me entiendes?

Nate aprieta tanto la mandíbula que puedo ver cómo las venas de su cuello sobresalen ligeramente.

—Está bien. Adelante. Nosotros os seguiremos de cerca de la forma más discreta posible.

—Te lo agradezco. —Coloco una mano en sus hombros y le doy un apretón para expresarle mi profundo agradecimiento por el trabajo que realiza. Soy consciente de que tiene una obligación que cumplir y que, a veces, debe de resultar incómodo.

Cuando me doy la vuelta, Sky está prácticamente botando en sus Converse. Lleva unos diminutos pantalones cortos de color negro, una camiseta de tirantes de color azul cielo y el pelo suelto de tal

forma que sobre sus hombros caen esos rizos dorados por los que no puedo evitar pasar los dedos cada vez que tengo la oportunidad. Con esas largas piernas bronceadas a la vista tiene un aspecto adorable... O, mejor dicho, está para comérsela.

—¿Podemos ir? —pregunta señalando los botes.

Asiento.

—¡Viva! Hace siglos que no me subo a un bote.

Nos abrimos paso entre la multitud con Nate y Rachel a pocos pasos.

Después de hablar con el encargado para alquilarle un bote (o dos, puesto que necesitamos otro para Rachel y Nate), cojo a Skyler de la mano y la ayudo a ella y a los cachorros a subir a bordo. *Sunny* se pega a la pierna de Sky con aire temeroso. *Midnight*, en cambio, parece estar listo para disfrutar de la aventura y, tras colocar sus pezuñas en uno de los tableros de madera del centro del bote, fija la mirada al frente de la embarcación como si fuera a indicarnos el camino.

Finalmente, yo también subo al bote y el tipo que los alquila lo empuja con el pie para alejarlo de la orilla. En cuanto me siento, cojo los remos y me dispongo a navegar bajo el sol con mi chica y los perros.

Dejamos atrás los árboles y comenzamos a surcar las aguas del lago. Skyler se sube la parte inferior de la camiseta hasta dejar todo el abdomen a la vista y, tras desabrocharse los pantalones, se mete la cintura por dentro de tal forma que camiseta y pantalones pasan a convertirse en una especie de bikini modificado.

Hoy ya me la he follado tres veces, y si no estuviéramos al aire libre, volvería a hacerlo. En lo que respecta a Skyler, soy insaciable. Ella tiene este efecto en mí. ¡Y de qué forma!

Siguiendo su ejemplo, dejo los remos en sus soportes, extendiendo los brazos por encima de la cabeza y me quito la camiseta por la cabeza permitiendo que el sol bese mi pecho y espalda desnudos.

Skyler sonrío detrás de sus gafas Ray-Ban, coge el teléfono móvil que lleva en el bolsillo trasero, me apunta con él y hace una foto cuando tengo las manos en los remos y el sol brilla a mi espalda.

—Cariño, estás tan jodidamente bueno que si estuviéramos solos me abalanzaría sobre ti.

Me río entre dientes ante la enésima comprobación de que su mente es tan sucia como la mía.

—Mi vista tampoco está nada mal —digo con una sonrisa mientras admiro a mi hermosa mujer.

Ella sonrío, echa la cabeza hacia atrás y deja que los rayos del sol acaricien su cuerpo. *Sunny* se hace un ovillo a sus pies y cierra los ojos. *Midnight* permanece sentado, observando los peces del lago. Me pregunto si tiene intención de saltar para intentar atraparlos. Como todavía no los hemos llevado a nadar, tendría que arrojarme al agua a por él si termina dejándose llevar por un arrebató.

Acaricio su suave pelaje.

—Buen chico. Quédate en el bote, colega.

Él se vuelve hacia mí y me lame la mano. Sky suelta una risita, reclina el cuerpo y deja que uno de sus brazos cuelgue por el borde del bote y su mano acaricie la superficie de las frías aguas del lago.

—Esto es el paraíso, cariño.

Brilla el sol, los cachorros están portándose bien y las olas del lago lamen musicalmente la embarcación, intensificando la serenidad que sentimos. Tengo el maravilloso cuerpo de mi chica a la vista y estoy ejercitando los brazos con un hermoso parque de fondo y la brisa acariciándome el pecho.

—Desde luego.

—¡Cuéntame qué es lo que vamos a hacer! —me suplica Skyler por millonésima vez esta noche.

Niego con la cabeza y rodeo su cintura con un brazo mientras enfilamos la Gran Vía desde la calle de Alcalá. Rachel y Nate nos siguen a una distancia mucho más corta, pues esta arteria está mucho más concurrida. Y cuando digo concurrida, quiero decir que rivaliza con Madison Square y Broadway en Nueva York. Esta calle y las aledañas conforman una zona de compras en pleno corazón de la ciudad.

—A la Gran Vía se la conoce como la calle que nunca duerme.

—¡Igual que Las Vegas! —añade Sky con la mirada ardiente ante la incógnita de lo que deparará la noche.

—Así es. Vamos a estar caminando unos veinte o veinticinco minutos. ¿Vas a ir bien con esos zapatos? —Bajo la mirada hacia los zapatos de plataforma que mi chica ha combinado con un escueto vestido veraniego. *Escueto* es aquí la palabra operativa. Sky tiene un cuerpo increíble y no le da miedo mostrar un poco de piel... ¡Gracias a Dios!

—Por supuesto. Las plataformas son engañosas. La mayoría ofrecen la ilusión de altura porque toda la base del zapato está alzada. Sin embargo, el arco que dibujan mis pies es apenas tres o cuatro centímetros. Podría correr si fuera necesario. Caminar no supone ningún problema.

—Bien. —Acaricio con mi nariz el punto del cuello de mi chica en el que más fuerte es su fragancia a melocotón con nata y aprovecho para darle algunos besos.

Ella suelta una risita y se aferra con más fuerza a mi cintura.

—¿Qué significa Gran Vía, por cierto?

—En inglés sería algo así como *Broadway*.

—Me pregunto qué edificio es ése. —Señala uno blanco en la esquina opuesta, con la palabra «Metrópolis» escrita en letras blancas sobre un rectángulo negro.

—Como dice el letrero, es el edificio Metrópolis, construido hace más de un siglo, en 1911.

—Me encantan las incrustaciones doradas y la estatua del ángel que hay en lo alto.

Me la quedo mirando.

—En realidad, ésa no es la estatua original que colocaron en el edificio.

Ella se detiene y se queda mirando la estatua cuya silueta se recorta en el cielo: un ángel con las alas extendidas delicadamente.

—¿De verdad?

Asiento.

—Sí. Los primeros propietarios colocaron otra estatua que representaba las figuras de un ave fénix y de Ganimedes, un héroe griego. Les gustaba tanto que se la llevaron cuando vendieron el edificio a la empresa de seguros Metrópolis.

—Uau. Qué interesante. ¿Y el nuevo propietario colocó otra estatua? ¿Por qué? —Frunce ligeramente los labios mientras examina el edificio y la estatua que tiene enfrente.

Me encojo de hombros.

—La otra estatua formaba parte de la historia y el perfil de la ciudad y no querían dejarlo vacío, de modo que pusieron otra cosa en su lugar.

—Eso es genial. Aunque la verdad es que de todos modos a mí me gusta más la idea del ángel. Un fénix alzándose de sus cenizas con un héroe griego puede parecer casi de mal agüero, ¿no crees?

Parece sugerir dificultades y enfrentamientos. Los ángeles, en cambio, para mí representan esperanza y el amor de Dios.

Pienso en sus palabras mientras seguimos caminando.

—No sabía que fueras tan religiosa.

Ella alza los hombros y los deja caer.

—Más que religiosa, me considero una persona espiritual. Definitivamente creo en un poder superior, en un Dios que vela por nosotros. Si no lo hiciera, no podría creer que mis padres siguen velando por mí.

—No sueles hablar de ellos.

Skyler se muerde el labio y balancea nuestros brazos.

—Todavía me resulta muy duro, pero estoy llegando al punto en el que puedo pensar en ellos sin sentirme abrumada por el dolor.

—¿Qué sucedió? Me contaste que fue un accidente marítimo.

—Sí, su barco explotó.

—Esto... Lo siento, cariño, ¿dices que explotó? ¿Te refieres a un estallido como los de las películas? —A mi mente acuden imágenes de explosiones a lo James Bond.

Ella asiente.

—Eso es lo que dice el informe. Como se hundió, no pudieron averiguar demasiado, pero pagué a unos submarinistas para que sacaran todo lo que pudieran del barco y asegurarme de que no quedaba nada. Encontraron restos de mis padres, lo cual hizo posible que fueran declarados oficialmente muertos. Aun así, todo el asunto huele a chamusquina. Un informe decía que debía de haber algún aparato explosivo en la embarcación. Otro que la explosión pudo deberse a una filtración en la sala de máquinas de gases o productos químicos junto con una pérdida de combustible. Las autoridades se centraron en la segunda explicación puesto que no había ningún motivo para hacerle daño a mis padres ni al capitán y

la tripulación. Ni siquiera llegaron a su primer destino. Tan sólo recorrieron cincuenta millas, eso fue todo.

—¡Dios mío! —La acerco a mí y le acaricio el brazo—. ¿Dónde estabas tú?

—Con Tracey, tomando unas copas en el puerto. Antes de partir, mi madre y yo estuvimos hablando con Tracey y mi padre sobre el hecho de que yo quería tomármelo con más calma. Fue una conversación de lo más normal. Mi madre, que por aquel entonces era mi mánager, se mostró de acuerdo conmigo. Sólo quería lo mejor para mí. Mi padre dijo que debía hacer lo que quisiera, aunque estuvo de acuerdo con Tracey en que tomarme un respiro cuando estaba en lo más alto de mi carrera supondría malgastar mi talento. Aun así, también quería que fuera feliz. —Sky se ríe con melancolía.

—Tracey había comenzado a ser mi agente un par de años antes. Siempre se le había dado bien y a mí me gustaba saber que tenía a mi mejor amiga de mi lado, negociando en mi nombre. Con el tiempo, a mi madre dejó de parecerle tan bien. Constantemente me decía que buscara una nueva agente que estuviera menos pendiente de los dólares y más de los papeles que yo estuviera interesada en interpretar. Pero mi madre no comprendía la tenacidad de Tracey.

—Sin duda se trata de una persona muy ambiciosa.

—Aun así, una semana antes de partir, mi madre y yo tuvimos una conversación. Ella me suplicó que cortara todo vínculo a nivel profesional con Tracey y me centrara en lo que yo realmente quisiera hacer. Ella sabía que siempre me había imaginado a mí misma sentando la cabeza, encontrando un buen hombre, creando una familia y viviendo feliz. Actuar es mi trabajo, mi arte, y tú sabes que me encanta...

—Sí, pero últimamente me he dado cuenta de que tus intereses están cambiando. —Le doy un pequeño apretón para mostrarle mi apoyo.

Sky asiente.

—Porque tengo algo más en mi vida que el próximo papel que interpretar. Te tengo a ti, nuestra nueva casa, los cachorros, todos nuestros amigos... —Se encoge de hombros—. Hay más cosas en la vida aparte de fingir que soy algo que no soy. Actuar era divertido, y sé que me lo pasaré genial rodando *Los más deseados* con Geneva. Será un buen final o, al menos, un buen punto desde el que tomármelo con más calma. Tú vas a cumplir treinta años el mes que viene. Yo veintiséis al mes siguiente. Quiero concentrarme en nosotros. Sentar la cabeza, tener hijos... —Su voz se va apagando poco a poco tras ese comentario.

—¿Quieres tener hijos pronto? —pregunto al tiempo que tiro del botón superior de mi camisa azul para poder respirar mejor.

—Sí, siempre que las cosas sigan entre nosotros como ahora. Me lo imagino más pronto que tarde. Es decir, si eso es lo que tú también quieres. —Me da un pequeño codazo juguetón en el costado para rebajar la seriedad de la conversación que estamos manteniendo.

Reflexiono sobre la idea de casarme y tener hijos. Últimamente he estado pensando más al respecto, sobre todo desde que compramos la casa. Eso fue un gran paso. Es normal que considere los que vienen a continuación.

—Tienes razón. Ya tengo una edad y siempre he querido tener una familia. Creo que mudarnos a nuestra casa es el primer paso en esa dirección, ¿y tú?

La correspondiente sonrisa ante mi comentario es cegadora.

—Absolutamente de acuerdo.

Le doy un beso en la sien y tiro de ella para ir un poco más rápido. Tenemos una reserva y no quiero llegar tarde.

—¿Paso a paso? —susurro.

Ella asiente feliz.

—Sí, paso a paso. Ahora... ¿piensas decirme adónde me llevas o qué?

—No, no pienso hacerlo —respondo, y me detengo delante de dos grandes puertas de madera—. Porque ya hemos llegado.

Skyler observa el edificio y lee el letrero.

—Tablao Flamenco Cardamomo. —Se vuelve hacia mí con los ojos abiertos como platos y una sonrisa de oreja a oreja que deja a la vista sus blancos dientes—. ¡Baile flamenco!

—¡Así es! —Sonríó—. El único tablao flamenco recomendado por el *New York Times*. Es un lugar exclusivo para el que es difícil conseguir entradas, pero al parecer ofrecen una auténtica exhibición. Primero cenaremos y luego tenemos reservada una mesa en primera fila para el espectáculo privado.

—¡Esto! ¡Es! ¡Genial! —exclama impresionada. Luego rodea mi cuello con sus brazos y me besa con fuerza antes de volver a apartarse y proseguir con su explosión de júbilo—: ¡Estoy emocionada!

—Adelante, Melocotones. —Mantengo la puerta abierta para que pase antes que yo.

Nos recibe una azafata a la que informo de mi nombre y de la reserva explícita que tengo para una mesa de la primera fila, así como de otra en segunda para Nate y Rachel. La azafata nos conduce a través de la multitud hasta una sala rectangular. Todo el espacio está decorado con una vívida paleta de colores. Las mesas circulares que hay en la parte delantera son pintorescas y privadas. Unas pocas mesas atrás, hay hileras de cabinas rojas situadas en

una pequeña plataforma que proporciona a los comensales vistas sin obstáculos, aunque no hay nada como la primera fila. Mi chica puede tocar el escenario donde tendrá lugar la actuación.

Mientras el local se llena, pedimos el primero de los cuatro platos que conforman el menú. El entrante consiste en una ración de jamón ibérico servido con tostadas y tomates. Me recuerda a un plato de *bruschetta* con carne. Sky se remueve en su asiento disfrutando de la mezcla. Justo cuando estamos terminando el entrante, el camarero nos trae lo que aquí consideran el primer plato: un surtido de sabrosos quesos y panes tostados.

—Una cosa que he descubierto en mis viajes a Europa es lo increíbles que son sus panes y sus quesos. No sé a qué se debe. Es como si salieran directamente de la panadería y la quesería, respectivamente. —Skyler se mete un trozo de queso blanco en la boca y luego procede a chuparse los dedos—. ¡Está delicioso! —dice con voz cantarina. El sonido viaja enseguida hasta mi polla, poniéndola en alerta.

—No podría estar más de acuerdo. Supongo que deben de escoger el pan a diario en una panadería local y el queso semanalmente.

Ella asiente, cubre de queso otra tostada y me la ofrece. Me inclino hacia delante y le doy un fuerte mordisco sin dejar de mirar a mi chica a los ojos. Sus pupilas se dilatan y se relame los labios.

Mastico el bocado con ganas y me lo trago mientras Sky observa con atención los movimientos de mi cuello. Luego extendiendo una mano hacia ella y con un dedo trazo el contorno de su rostro hasta la mandíbula.

—Ahora mismo estás pensando en follarme —digo con voz ronca e imaginando exactamente lo mismo.

—Así es... No sé qué me pasa, cariño. Puede que se deba al hecho de que por fin tenemos algo de tiempo para nosotros... pero... estoy... —Se abanica la cara— muy... cachonda...

Yo sonrío y me inclino por encima de la mesa. Ella hace lo mismo y nuestros labios se encuentran en un beso mucho más casto de lo que me habría gustado.

—Genial. Come.

Ella se muerde el labio y yo tengo que apretar los dientes para evitar que la Bestia cobre vida. Me ajusto la polla para que tenga un poco más de espacio y luego respiro hondo y le doy un largo trago a mi agua con hielo para enfriar los motores. Lo último que quiero es tener que ver todo el espectáculo con una erección.

Pedimos el segundo plato (técnicamente el tercero, si contamos el entrante), y llega poco después de que hayamos terminado las tostadas con queso. El mío es lomo de cerdo con salsa de ajo negro, y el de Sky, bacalao confitado con ensalada y pimientos asados.

A cada bocado, mi chica no puede reprimir un gemido, lo cual no hace sino dificultar mis repetidos intentos de mantener a la Bestia bajo control.

Cuando terminamos de comer, pido una botella del vino tinto español que el camarero nos recomienda tomar con el postre. Sky acerca su silla a la mía mientras aparecen unos hombres por los laterales y la parte trasera del escenario. Cuatro llevan guitarras acústicas y uno una especie de caja. Otro coloca unos pocos micrófonos a la altura de la cintura y tanto él como los demás se sientan detrás. Las luces se atenúan y todos los asistentes prestan atención al escenario. Luego se oscurece un momento y aparece una mujer ataviada con un traje de encaje verde y dorado, que se coloca en el centro del escenario. La mitad inferior de su vestido

tiene al menos diez hileras de volantes y en los hombros luce un chal de un rojo intenso y de cuyo borde cuelgan miles de flecos. El pelo, castaño, lo lleva peinado hacia atrás y recogido en un prieto moño en la nuca que ha adornado con una flor blanca enorme, más grande todavía que el moño. En su rostro se aprecia una expresión de intensa concentración y lleva los labios pintados de rojo cereza.

—¡Qué guapa es! —Skyler se acurruca a mi lado y yo rodeo su silla con un brazo.

—Sí que lo es. —Sin embargo, calza los zapatos negros de tacón más feos que he visto en mi vida.

La guitarra acústica comienza a tocar una melodía y el cuerpo de la mujer empieza a dar vueltas al tiempo que sus manos se curvan a un lado y al otro siguiendo las notas del instrumento. En un momento dado, irrumpe la voz de uno de los hombres y la música comienza a sonar más alta. A medida que el volumen asciende, los fluidos movimientos de la mujer se aceleran y comienza a zapatear con esos feos zapatos de un modo tan cinético que puedo sentir cómo mi pecho retumba cada vez que los tacones impactan con el escenario.

El cuerpo de Sky se balancea al ritmo de la música. Sus hombros se mueven de un lado a otro y contempla los movimientos de la bailaora con una expresión ensoñadora en el rostro.

El tempo se acelera y el volumen aumenta todavía más. Toda la sala se llena con el vibrante ritmo que palpita en mi corazón y mis entrañas. Siento cómo la música llega a lo más profundo, convirtiéndose en una prolongación de mí.

El sonido inunda la sala de una energía eléctrica y sensual, y yo me inclino hacia Sky y acerco mis labios a su oreja.

—Se dice que el flamenco le insufla a uno vida, pasión y emoción pura. —Acaricio su oreja con los labios y la parte trasera de su

cuello con la nariz para terminar dándole un beso en la nuca. El contacto hace que ella se estremezca y deje escapar un suspiro.

La mujer del escenario se quita el chal de los hombros y lo agita en el aire mientras da vueltas en una compleja serie de círculos sin dejar de zapatear y mover los brazos. Los movimientos lánguidos de la mitad superior de su cuerpo se contraponen a la dureza e intensidad con la que taconeá la inferior. En sus labios es visible una mueca fiera y casi amenazante. Se mueve casi como si quisiera exorcizar los demonios que flotan a su alrededor y cambiarlos por la vivacidad de la pasión, el amor y el sexo.

Coloco una mano en un muslo de Sky y la deslizo por debajo de la holgada tela de su vestido hasta que secretamente alcanzo el encaje de las bragas. La excitación de mi chica ya ha humedecido el suave tejido. Acaricio su abertura con un dedo explorador.

—Parker... —dice en un volumen tan bajo que la música apenas me deja oírla; luego abre las piernas. Es una tácita invitación a que la acaricie aquí y ahora.

Coloco la palma sobre su sexo y comienzo a moverla haciendo presión en su clítoris hasta que todo su cuerpo se pone rígido ante ese intenso y atrevido movimiento.

Asegurándome de que no nos ve la gente que tenemos a nuestras espaldas (incluidos Rach y Nate), me inclino sobre el cuerpo de mi chica y susurro en su oído:

—Vamos al lavabo.

—Juntos... —dice ella en un tono jadeante.

Retiro la mano con disimulo y uso el *blazer* blanco para tapar mi enorme erección. Me pongo de pie y le ofrezco una mano a Sky. Tanto Rachel como Nate también se ponen de pie.

Les indico con la palma de la otra mano que se detengan.

—Sólo voy a acompañarla al cuarto de baño. Quedaos aquí; ahora mismo volvemos.

Nate frunce el ceño y Rachel sonríe con picardía. Me parece que nos ha visto.

—Podemos seguiros... —intenta decir Nate, pero yo niego con la cabeza.

Skyler hace lo mismo.

—Park me acompañaría. Enseguida volvemos.

La conduzco a través de la muchedumbre. El ritmo de la música retumba en mi pecho al ritmo de las palpitaciones de la Bestia.

En cuanto llegamos a la altura de los lavabos, veo al fondo del pasillo una puerta en la que se puede leer SALIDA en español. Tiro de la mano de Sky en dirección a ella y, cuando la abro, descubro un pequeño patio. En el rincón de la izquierda hay una sección separada por una celosía, casi como si el propietario del local tuviera la corazonada de que la gente se sentiría tan abrumada por el espectáculo que la pasión terminaría consumi ndoles y necesitarían un lugar en el que aliviar tan intensa sensación.

Cojo una piedra del patio y la encajo entre la puerta y el suelo para asegurarme de que permanezca abierta y podamos volver a entrar. Luego inspecciono el espacio que se halla detrás de la celosía hasta que encuentro justo lo que estaba buscando. Es una zona de fumadores y hay una única silla de hierro forjado y una lata en el suelo llena de colillas. Me acerco a la silla y Sky me sigue a cierta distancia con el pecho subiendo y bajando, las pupilas dilatadas y los labios tan suaves y húmedos que quiero mord rselos hasta que grite. En vez de eso, me desabrocho el cinturón, luego el botón del pantal n, bajo la cremallera y me saco la polla. Est  tan erguida que casi me llega al ombligo. Luego me siento, me bajo los pantalones hasta los tobillos y cojo a la Bestia con la mano.

—Siéntate encima. Ahora —digo entre dientes, incapaz ya de cualquier otra cosa que no sea sentir su prieta y húmeda calidez a mi alrededor y sacar a empellones esta necesidad de mi interior.

Sky se humedece los labios con la lengua, mete las manos debajo de su vestido y se quita el diminuto trozo de tela de encaje al que ella llama bragas.

Extiendo la mano.

—Dámelas. —Me las llevo a la cara e inhalo su fragancia almizcleña. Eso provoca que el deseo me aturda los sentidos, se me haga la boca agua y la punta de la polla se me humedezca.

—No me hagas esperar —le digo apretando los dientes.

9

Skyler

No me puedo creer que vayamos a hacer esto aquí mismo, al aire libre, en el patio de un tablao flamenco de España. Es algo tan increíblemente sexy que no estoy segura de que pueda siquiera dar los tres pasos necesarios para disfrutar de ello.

Parker no tiene el mismo problema. Ataca como una pitón y con movimientos suaves y precisos se mete mis bragas en el bolsillo de su *blazer*. Luego se inclina hacia delante, me coge de la mano y tira de mí. Me siento a horcajadas sobre sus musculosos muslos y coloco las manos sobre su abultada erección como si de un asa se tratara.

—Está durísima, cariño —digo entre gemidos, al tiempo que las paredes de mi sexo se contraen ante el fantasma de una polla que todavía no está ahí.

—Tú me la pones así. —Su voz suena tensa, un sonido animal que los labios apenas pueden contener—. Esta noche cada suspiro, cada beso de tus labios, cada movimiento de tus hombros ha hecho que ardiera en deseos de estar dentro de ti. Ya no puedo esperar más —dice en un tono inmisericorde y me levanta el vestido, apunta a mi húmeda grieta, me coge de las caderas y me empala hasta el fondo.

—¡Joder! —Echo la cabeza hacia atrás ante la intensa sensación que supone recibir de golpe toda la extensión de su miembro. Toda esta situación es tan espontánea e imprevista... Dos cuerpos

deseándose mutuamente, sin miedo ni inseguridades. Sólo nuestras naturalezas primarias y carnales rezumando de cada poro y buscándose entre sí.

Parker baja la parte delantera de mi vestido y siento el roce de la tela del sujetador en el pezón erecto cuando sus dedos apartan enérgicamente la copa de encaje para, acto seguido, cubrir con la calidez de su mano mi pecho redondo e hinchado.

Un fuego líquido me quema por todas partes. En el pecho. Entre los muslos. En el punto en el que su boca chupa rítmicamente mis tetas. Y es todo tan placentero que apenas puedo respirar.

—¡Cabálgame! —gruñe con la boca pegada a mi pecho y luego me muerde hasta que dejo escapar un grito.

Estoy tan ida que me abandono a sus palabras y hago exactamente lo que dice. Impulsándome con la fuerza de mis piernas y manteniendo las manos aferradas a sus hombros, cabalgo rápido y fuerte, arremetiendo con ganas y estrujando su miembro con cada embestida. El placer que siento lo es todo y más.

—Date prisa, cariño. En cualquier momento puede salir alguien y pillarnos —dice mi chico, provocándome, y no estoy segura de si lo hace para asustarme o para ponerme todavía más cachonda pero, en cualquier caso, sus palabras tienen este último efecto y mis sinapsis se disparan provocando que todavía sienta más placer.

Su polla es como una tubería revestida de terciopelo, dura e inflexible, pero suave al mismo tiempo. Cada vez que descendo, él me embiste con fuerza, alcanzando un dulce punto en lo más profundo de mí una y otra vez hasta que comienzo a salmodiar:

—Voy a correrme, voy a correrme, voy a correrme.

Y entonces... lo hago.

De forma espectacular.

Parker me envuelve con todo su cuerpo, pegándose a su pecho y aferrándose a mis hombros para mantenerme clavada a su polla cual mariposa en la vitrina de un coleccionista.

—¡Joder! —gruñe con la boca pegada a mi cuello y muerde la delicada piel con tanta fuerza que otro miniorgasmo sacude mi cuerpo. Luego procede a lamer y besar delicadamente la zona mientras ambos descendemos de las alturas del éxtasis. Su cuerpo sufre unas pocas sacudidas secundarias parecidas a las réplicas de un terremoto y que provocan la dichosa y maravillosa sensación de que su polla está sacando músculo en mi interior.

Mis labios le recorren el cuello en una secuencia de dulces besos, y suspiro junto a la calidez de su succulenta piel mientras mi boca se desliza por su superficie. Él hace lo mismo con la lengua, bañándose a su manera. Cuando nuestras bocas por fin se encuentran, somos voraces y nos besamos profundamente y con fervor, enredando las lenguas mientras permanecemos abrazados con pasión.

Pero la serenidad se rompe de golpe cuando la puerta del patio se abre de repente, impactando con fuerza la pared de ladrillo. A través de la celosía, distingo una figura enorme con una reluciente arma negra en las manos.

Rodeo a Parker con los brazos, pero ya es demasiado tarde para decir nada o advertirle. La oscura sombra se mueve con rapidez y su corpulenta figura tapa la pequeña luz que hay a unos dos metros de nosotros. Presa del miedo, suelto un grito al tiempo que me aferro a mi chico como si mi vida dependiera de ello, asegurándome de que cubro cada centímetro de su piel con mi propio cuerpo para que no pueda pasarle nada.

—¡Joder! ¡Debería de habérmelo imaginado! —exclama con irritación una voz familiar al tiempo que el arma desaparece de la

vista y la enorme figura se da la vuelta y se aleja.

—¿Qué? ¿Qué pasa? —pregunta la voz femenina de otra figura que aparece detrás de la celosía. Su pelo rubio platino brilla bajo la tenue luz—. ¡Ah, bueno! Misterio resuelto. Nos vemos en el pasillo —anuncia Rachel, apenas conteniendo la risa. Antes de marcharse, asoma la cabeza por la celosía—. Bonitas rodillas, Parker —dice con una risotada, y se marcha siguiendo los pasos de su marido.

—Esto... ¿Qué diantre acaba de pasar, cariño? —pregunto, intentando desembarazarme del aturdimiento sexual y el miedo que todavía siento, pero fracaso irremediablemente y mi cuerpo sigue temblando con la zozobra que me ha provocado la visión de una pistola justo después de haber tenido un orgasmo descomunal.

—Sí, Melocotones, Nate y Rachel acaban de pillarnos después de follar y cuando yo todavía estoy con los pantalones en los tobillos. Por lo demás, no vuelvas a proteger mi cuerpo con el tuyo si ves una amenaza. Ponte detrás de mí. Siempre —me reprende con esa voz masculina que no admite discusión.

Imagino que cualquier cosa que le diga sólo conseguiría enfadarle cuando, en realidad, la situación resulta graciosísima. Poco a poco, comienzo a tomar conciencia del hecho de haber sido pillados, así como de la imagen que debemos estar dando y mi cuerpo empieza a sacudirse en el regazo de Parker presa de la risa que me borbotea de los pulmones y el pecho.

—Al menos han sido ellos y no los...

En cuanto digo esas palabras, unos cuantos *flashes* se disparan por encima de la cerca que hay al otro lado del patio.

—¡Mierda! ¡Nate! —exclama Parker, y oigo cómo la puerta del patio se abre de golpe mientras mi chico tira de mi vestido para cubrir mis pechos—. La celosía. Paparazzi —le explica.

Nate se sube a una caja y, tras asomar la cabeza por encima de la valla, comienza a gritar:

—¡Largaos de una puta vez, desgraciados! ¡Aquí no hay nada que ver! —les ordena sin dejar de agitar los brazos salvajemente.

Mientras Nate ahuyenta a los dos paparazzi, Parker saca su polla ya flácida de mi interior y, tras subirse los pantalones, se abrocha el botón, se sube la cremallera y vuelve a ajustarse el cinturón.

Junto las piernas con fuerza deseando tener algo que pueda usar antes de que la esencia de mi chico se deslice por mis muslos cual embarazosa muestra de nuestra reciente actividad sexual.

—Rach, ¿podrías..., esto..., acompañarme al lavabo? —pregunto en voz baja, pues no quiero que me oigan Nate o Parker.

Rachel asiente en silencio. Sé que tanto ella como Nate están enfadados porque nos hayamos vuelto a poner en una situación de riesgo, pero que le den a las fotografías comprometedoras. Ni en un millón de años renunciaría a la experiencia que acabo de disfrutar con Parker. Es una de las primeras veces que nos hemos dejado llevar y nos hemos comportado como una simple pareja de tontos enamorados que retoza en un local nocturno. Sólo espero que mi chico opine lo mismo. Sobre todo cuando vea una fotografía de los dos abrazados, yo en su regazo y él con los pantalones alrededor de los tobillos. Al menos mi vestido cubría las partes esenciales, así que mañana no habrá ninguna fotografía de mi culo desnudo. Aun así, sé que los medios de comunicación se pondrán las botas con esto.

Por otro lado...

Que les jodan.

Al día siguiente, Parker está más desanimado que nunca. Y su estado de ánimo todavía se deteriora más cuando abre el correo electrónico y recibe las alertas de los cientos de menciones de su nombre en cada despreciable publicación de prensa rosa de aquí a la luna. La situación no mejora cuando llegamos al escenario en el que realizamos los ensayos y nos encontramos a Bo con una sonrisa de oreja a oreja.

—Así que un día relajado para hacer turismo con tu chica... —Bo sonríe con socarronería.

—Bo... —le advierte Parker.

—Un paseo tranquilo para conocer la escena nocturna de Madrid, dijo —prosigue Bo, con un periódico enrollado en la mano.

—Te juro que... —Parker prácticamente escupe a través de sus apretados dientes.

Detrás de Bo, Juliet y Violeta se ríen como unas adolescentes ante el chico del instituto del que están embobadas.

—Así que una cena romántica para dos...

—No. Sigas. Por. Ahí —gruñe Parker.

—¿Y qué me encuentro esta mañana en la portada de *El Mundo*? No entiendo una sola línea del artículo... —Desenrolla teatralmente el periódico y nos muestra la fotografía de portada, en la que se ve el rostro de Parker y el mío por encima de sus hombros. Una de las manos de mi chico rodea mi espalda y la otra apenas cubre mi trasero desnudo. Mi nalga a la vista deja perfectamente claro qué es lo que estábamos haciendo, por no mencionar las rodillas desnudas y los pantalones por los tobillos de Parker—, pero eso no importa, pues una imagen vale más que mil palabras —añade Bo sonriendo como si el diablo acabara de conseguir una nueva alma descarriada con la que jugar en su mazmorra—. ¡Serás degenerado! Follando con Skyler en público y dejándote pillar por los paparazzi. —Se mete

el periódico debajo del brazo y comienza a aplaudir exageradamente—. Bravo. Has ganado el premio al sexo en público más escandaloso. Esto gana con mucho a lo de la noria.

De repente, Parker se pone completamente rígido y yo tengo que acurrucarme a su lado y pasarle una mano por el pecho para que su respiración, de repente dificultosa, vuelva a la normalidad.

—¿Lo de la noria? —frunzo el ceño.

—Has ido demasiado lejos, colega —afirma Parker con una ira apenas controlada.

El rostro de Bo adopta la expresión de alguien que ha sido debidamente reprendido y alza las manos.

—De acuerdo, admito que mi último comentario ha sobrado, pero somos todos amigos, ¿verdad?

—Ya veremos —dice Parker en un tono acorde a su malhumor.

Me vuelvo y le doy unas palmaditas en el pecho.

—No pasa nada, cariño. Es algo que, tarde o temprano, tenía que suceder. Tenemos mucho sexo. Estamos enamorados. No podemos dejar de toquetearnos. En algún momento, los paparazzi iban a pillarnos. Al menos no se me ve ninguna parte delicada.

Él vuelve a hablar entre dientes.

—Se te ve el culo.

—Sólo parte de una nalga cubierta parcialmente por tu mano. Nadie puede ver demasiado. No me oyes quejándome de todas las páginas web que se dedican a elogiar tus atributos, ¿verdad?

Mi chico frunce el ceño.

—¿De qué cojones estás hablando?

Suelto un quejido y pongo los ojos en blanco.

—Cariño, hay cientos de páginas web dedicadas a ti, a tu cuerpo, a lo sexy que es tu pelo... Doblan las visitas si no te lo has cortado desde hace tiempo y se te ven algunos rizos en lo alto. He llegado a

ver incluso una web que «demostraba» que tienes una polla larga porque tus pies son muy grandes.

Él baja la mirada a sus pies; calza un 45. La teoría es cierta, pero no lo admito porque prefiero no oírlo quejarse de ello. Al menos, en esa página web afirmaban que su apéndice es más grande que el de Johan, lo cual también es cierto, pero la verdad es que, en realidad, me encanta leer que han llegado a una conclusión acertada acerca de..., bueno..., la virilidad de mi chico.

Paso las manos por sus hombros y sus brazos hasta que nuestras manos se encuentran y puedo entrelazar mis dedos con los suyos.

—Forma parte de la naturaleza de mi trabajo. Siempre habrá alguien que quiera algo de mí. No es culpa tuya. Algún día, cuando me aleje de los focos, la gente dejará de prestarme atención, pero ahora... imposible. Es lo que es. La fotografía podría ser peor. Además, no tengo ningún problema con que la gente vea lo mucho que nos queremos. ¿Qué más da si lo demostramos de un modo muy físico...? —Bajo mi barbilla a su pecho y alzo la mirada hacia su hermoso rostro.

Él me estrecha con sus brazos, inclina la cabeza y me da un beso. De nuevo, oímos los clics de una cámara, pero esta vez son Juliet, Violeta y Bo quienes están tomando las fotos.

—No paréis. No estoy seguro de que con esta foto vaya a ganar suficiente dinero para pagarle la universidad a mi hijo inexistente — dice Bo sin dejar de apretar botones en su teléfono.

—¡Cierra el puto pico! —exclama Parker con una sonrisa, dejando atrás su malhumor—. ¿Qué tenemos?

Bo se guarda el móvil en el bolsillo trasero, hace una seña con la mano y Juliet ocupa su lugar en medio de diez bailarines. El

escenario ha sido decorado con elementos de atrezzo de colores brillantes y forma de caramelo.

—He tenido una epifanía. —Pete Flacko, el coreógrafo, sale de detrás de una piruleta de atrezzo—. Se me ocurrió con la canción de Juliet *Your Love is Like Candy*.

Sé a cuál se refiere. El coro dice algo así como «Tu amor es como un caramelo, sabe bien pero es malo para mí».

—Hemos estado practicando que Juliet cante mientras se mueve entre los bailarines envueltos en trajes llamativos como si fueran dulces. También habrá caramelos gigantes de atrezzo y luces de colores brillantes iluminándolo todo para crear pinceladas de color. Será divino. ¡Tan bueno que darán ganas de comérselo! Como las ganas que tengo yo de comerte a ti, *mi amor* Bogart. —Pete menea sus cejas.

—¡Me cago en la puta, tío! Nunca lo probaré. Jamás de los jamases. Soy hetero. Me gustan las mujeres. De hecho, me encanta bajarme al pilón y comerles el...

Corro hacia Bo y le tapo la boca con la mano antes de que suelte más barbaridades de las que ya ha soltado.

Él me lame la mano y yo la aparto de golpe como si me hubiera quemado.

—¡Ecs! ¡Qué asco! ¡Me has lamido la mano! —Me encojo de asco y me seco la mano con los pantalones.

Él sonrío de oreja a oreja.

—Tú la has puesto en mi boca, querida. ¿Qué esperabas?

—Recuerda que hay chicas jóvenes presentes, por favor. — Exhalo un suspiro y niego con la cabeza.

Él se vuelve hacia Violeta y JJ, que permanecen a un lado con las mejillas completamente encendidas. Chasquea la lengua y les guiña un ojo.

—¡Oh, por el amor de...! —exclamo, y luego me vuelvo hacia Pete—. ¿Qué más has pensado?

Durante los siguientes treinta minutos, hablamos acerca de las primeras canciones y la coreografía o, mejor dicho, la ausencia de ésta. En cualquier caso, funciona. Muy bien.

—Repasémoslo de arriba abajo. Sky, Bo, Violeta, bajad del escenario y sentaos en el patio de butacas para verlo bien. JJ — Parker coge un micrófono de la pila que hay a un lado del escenario —, necesito que cantes por encima de tus canciones. Recuerda, sólo lo veremos nosotros cuatro. Nadie más. ¿Crees que puedes hacerlo?

JJ frunce los labios, baja la mirada al suelo y coge el micrófono con los dedos.

—Sí, creo que sí. Violeta y yo hemos estado practicando en casa. Nuestros padres vendrán hoy cuando salgan del trabajo para ver la parte final de los ensayos. Están muy emocionados. —Estruja el micrófono con fuerza, como si la presión con la que lo retuerce pudiera hacerlo desaparecer.

Le poso una mano en el hombro.

—Sabes que tienes talento, ¿verdad? ¿Crees en ello?

Ella se muerde el labio, pone la espalda recta y asiente.

—Sí. *Mi mami* me dijo que sería una pena que le escondiera mi don al mundo. Ella piensa que ésta es mi oportunidad de brillar, y quiero que tanto ella como Vi, tú, Parker, Bo o Alejandro os sintáis orgullosos. —Una expresión de entusiasmo es perceptible fugazmente en su mirada avellana—. Puedo hacerlo —dice con más confianza de la que le he oído en toda la semana.

Sonrío de oreja a oreja.

—Sí que puedes. Nosotros estaremos ahí abajo. Y, recuerda, si desafinas o se te olvidan los pasos, detente, respira, y vuelve a

incorporarte cuando puedas. Esto no es una ciencia exacta. Con el tiempo, se convertirá en una segunda naturaleza, pero ahora mismo es todo nuevo así que tómatelo con calma y diviértete, ¿de acuerdo?

Su rostro resplandece y, al asentir para mostrar su conformidad, su coleta se balancea de un lado a otro. Viste unos pantalones vaqueros entallados y con rotos y una camiseta extragrande que cuelga de un hombro dejando a la vista otra de color neón de tirantes que lleva debajo. La camiseta está atada con un nudo a la espalda. Es como si la década de los ochenta hubiera llamado a su puerta y traído la ropa directamente de 1989. En ella, con la edad que tiene, funciona. Y mucho. Además, todas las modas vuelven. Y España es un país conocido por ser de los primeros en recuperar estilos añadiéndoles un toque propio. Sin duda, JJ va a triunfar con este *look* y con otros. Se la ve feliz y finalmente cómoda con sus curvas y su apariencia.

Parker se encuentra a un lado del escenario a punto de descender por la escalera y extiende una mano en mi dirección. La tomo, bajamos al patio de butacas y, tras sentarme al lado de Violeta, cojo una de las manos de ésta y la sostengo con fuerza.

—Estoy muy nerviosa —susurra ella, pero sonrío y mientras su hermana se coloca en su posición, en medio de los apuestos bailarines de apoyo, exclama:

—¡Yuju!

La música comienza y JJ sonrío con la mirada puesta en el negro abismo del teatro y comienza a cantar las primeras notas de *Your Love is Like Candy*. La canción avanza y, a pesar de que se le olvidan algunos pasos y se queda sin aliento un par de veces, es la ocasión en la que mejor lo hace de todas las que he visto. Es una

actuación tan brillante y efervescente que no me cabe la menor duda de que va a conquistar el mundo de la música.

Suena la siguiente melodía y JJ sigue haciéndolo igual de bien. Parker me da un pequeño codazo y, cuando me vuelvo hacia él, me dice:

—Esto es obra tuya. Eres tú quien le ha dado la valentía y la confianza en sí misma.

Le cojo de la mano. Él alza ambas, lleva la mía a sus labios y besa la punta de cada uno de los dedos.

—Hemos sido todos —contesto yo—, pero, sobre todo, ha sido Juliet quien lo ha hecho por sí misma.

En cuanto salimos del teatro, noto que mi teléfono móvil vibra. Bajo la mirada y veo que se trata de Tracey, que me llama por millonésima vez ese día. No puedo seguir pasando de ella. Si lo hago, terminará subiéndose a un avión y presentándose en Madrid. No es de las que se amilanan.

—¡Hey! —digo yo.

—¿En qué cojones estabas pensando? —exclama tan alto que he de apartar el móvil de la oreja.

Parker se da cuenta y su expresión se endurece.

—Hola a ti también, Tracey. ¿Qué tal estás esta tarde? Espero que bien —afirmo en un tono desapasionado con la esperanza de que comprenda que gritarme no va a funcionar.

Espero cinco segundos sin oír nada salvo la agitada respiración de Tracey.

—Lo siento, Pajarillo. Llevo todo el día intentando hablar contigo. Después del pequeño numerito que te marcaste anoche en España, había pensado que me llamarías para avisarme. Así yo, la agente

que dirige tu equipo de publicistas, podría ocuparme de este escándalo y minimizar los daños. Como eso no ha sucedido, llevamos toda la mañana contestando llamadas de medios de comunicación que reclaman una declaración oficial.

—No van a recibir ninguna. —Tiro de un mechón de pelo y lo enrolló nerviosamente en un dedo.

—¿Cómo dices? Me parece que no te he oído bien, Sky. Tenemos que decir algo.

—No —contesto con firmeza—. No tenemos que hacerlo. Parker y yo nos dejamos llevar por la pasión tras disfrutar de una buena cena, un vino excelente y un espectáculo flamenco todavía mejor. Es cierto que las cosas se nos fueron de las manos, pero no lo lamento para nada. Lo que sí he hecho es llamar al restaurante y hablar con el propietario para pedirle perdón por la indiscreción que cometimos en su establecimiento.

—¿¡Que has hecho qué!?! —vuelve a gritar y, de nuevo, tengo que apartar el aparato para que no me reviente el tímpano.

—Sí, has oído bien. Era lo correcto, aunque al parecer no le importa. El hecho de que me pillaran en un patio de su local y que otros clientes hayan publicado en sus redes fotografías de mí en el interior ha hecho que todo el mundo compre entradas para el espectáculo y ya no quede ninguna para los siguientes seis meses. El propietario me ha dado las gracias y me ha dicho que siempre que visite Madrid cuente con cena, copas y espectáculo gratis. Así que... aquí no ha pasado nada.

Parker me estrecha entre sus brazos y, moviendo los labios sin emitir sonido alguno, me pregunta:

—¿Todo en orden?

Pongo los ojos en blanco y le contesto de igual manera:

—Tracey.

Mi chico aprieta la mandíbula pero no dice nada y se vuelve hacia Bo. Las chicas están esperando pacientemente para ir a cenar y celebrar el exitoso ensayo.

—No me puedo creer que te pillaran haciéndolo. Es tan inapropiado... —sigue protestando Tracey—. Otro lío tuyo que he de arreglar.

Bla, bla, bla.

—Bueno, Trace, lo bueno es que cobras una buena cantidad de pasta por ello. Ahora, si no te importa, voy a ir a cenar con una joven cantante que esta tarde se ha salido —digo en un tono de voz suficientemente alto para que JJ me oiga.

Ésta sonrío y su rostro, más hermoso que nunca, resplandece de orgullo.

—Tienes que volver a casa, Skyler. Es necesario que te ocupes de este marrón. Y hemos de hablar. Dijimos cosas que... Nosotras nunca nos peleamos, Pajarillo. Nos queremos. Somos hermanas. Familia. Esta tensión no es sana...

Noto cómo vuelve rápidamente a la superficie la furia que siento en el alma y que ha estado bullendo en mi interior desde hace más de una semana, cuando me dijo que ella había sido la causante de que Johan se hiciera daño a sí mismo y, con ello, a mí.

—No. Volveré a casa cuando haya terminado con este asunto y ni un segundo antes. No me importa que estés molesta por cómo dejamos las cosas. ¡Me hiciste daño, Trace! Yo a ti no te hice una mierda. Todavía no estoy segura de cómo tomarme lo que le hiciste a Johan. Y a mí, por proximidad. Fue algo demencial y tremendamente cruel. Cogiste a un hombre débil y le hiciste todavía más débil. ¿Y por qué?

—¡Por ti! ¡Lo hice todo por ti! Todo lo que soy. Todo lo que tengo. Todo lo hago para mantenerte feliz. Fuerte. En primer nivel. Soy tu

amiga del alma. Tu familia. No Johan. Tampoco Parker ni cualquier otro hombre que intente interponerse entre nosotras.

—Dios mío, sueñas como una loca enamorada. ¿Te estás oyendo? Hazlo, de verdad. Tenemos que tomarnos un respiro, Tracey. Largo. Al menos en el plano personal. Ya decidiré más adelante si tengo que hacer algo también en el profesional. De momento, haz aquello para lo que te pago. Ocúpate del problema. Dile a los medios de comunicación que no pensamos hacer ningún comentario. —Un fuego incontrolado alimenta cada una de las palabras—. O mejor... diles que Parker y yo estamos enamorados y que nos entraron ganas de retozar tras tomar unas copas y ver un buen espectáculo de flamenco. Lo que sea. ¡No me importa! ¡Pero déjame en paz! —Aprieto con fuerza la mandíbula y, tras presionar el botón para terminar la llamada, echo hacia atrás el brazo para tirar el móvil al otro lado de la calle. La rabia que siento en el alma es tan abrumadora que necesito desahogarme físicamente.

Antes de tirar el aparato, Parker se acerca corriendo a mí, me agarra de la muñeca y coge el móvil. Luego mantiene apretado el botón hasta que la pantalla se apaga.

—Ya basta de teléfonos rotos o Wendy nos matará. Instaló en ellos dispositivos de seguimiento y no son baratos.

—¿Wendy rastrea mis movimientos? —No tenía ni idea.

Él me mira como si me hubiera salido barba.

—Melocotones, es Wendy. Claro que rastrea tus movimientos. ¿No la quieres?

Miro a ambos lados.

—Bueno, sí. Ahora mismo es más amiga mía que mi mejor amiga —reconozco con el semblante ceñudo.

—Pues eso. Si la quieres, ella te quiere a ti y te considera de los suyos, lo cual significa que rastrea tus movimientos. Y, desde luego,

muchas otras cosas más de tu vida.

—¿Debería preocuparme?

—¿Acaso te da mal rollo? —Frunce el ceño.

Yo me encojo de hombros.

—Quizá un poco.

—Si te oyera, se reiría, pero luego no te hace ni caso. Ella es así. Si te quiere y formas parte de su círculo, te monitorizará. Yo vivo con ello y de vez en cuando intento divertirme a su costa.

—¡Oh, eso parece divertido! ¿Cómo lo hacemos?

Parker me empuja hacia la pared de ladrillo que tengo a la espalda. Su cálido cuerpo se pega al mío de las rodillas al pecho. Puedo sentir su aliento acariciando mis labios cuando acerca su cara a la mía.

—Podríamos ir a buscar una tienda erótica y comprar algunos juguetes. Ella se enterará cuando nuestras tarjetas de crédito alerten su dispositivo de seguimiento pero, en vez de quedarnos los juguetes, se los enviamos a ella. Pensará que somos unos degenerados cuando, en realidad, los juguetes aparecerán en su puerta.

—Suenas divertido, pero no creo que un juguete sexual vaya a asustarla. —No si tenemos en cuenta que a nuestra amiga le va el rollo sado—. Lo que deberíamos hacer es ir a una tienda de bebés y comprar algunas cosas al azar. Eso sí que le provocará un ataque.

—Inteligente. Me gusta tu forma de pensar —murmura contra mis labios, y me besa.

Me olvido de Tracey y sus dramas y en vez de eso me concentro en los sedosos labios de mi chico, así como en su lengua con sabor a chicle de canela y la calidez de su cuerpo pegado al mío. Todo lo demás se desvanece cuando estoy entre sus brazos.

—Me haces feliz —susurro.

Él acaricia mi nariz con la suya.

—Lo mismo digo. —Entrelaza sus dedos con los míos y tira de mí para llevarme hacia el grupo que, por una vez, está esperando pacientemente. Bo incluido.

Seguro que éste me ha oído discutir por teléfono con Tracey y ha decidido aparcar por un momento su naturaleza bromista. Lo cual demuestra que es sensible a lo que sucede a su alrededor y que sabe contenerse cuando es necesario. Al llegar a su lado, me coge la mano que tengo libre, entrelaza sus dedos con los míos, me da un golpecito de cadera en el costado y comenzamos a enfilarnos por la calle en dirección al lugar en el que Violeta ha reservado mesa para la cena de celebración.

—¿Estás bien, Sky? —pregunta con sus ojos de color chocolate mirándome fijamente.

Yo sonrío y le devuelvo el golpecito de cadera en represalia.

—Perfectamente.

Él asiente, lleva mi mano a su desaliñado rostro y le da un beso en el dorso.

—Ya sabes que estoy aquí por si necesitas hablar con alguien aparte de mi colega.

Parker hace caso omiso, aunque puede oír todo lo que Bo está diciendo, sobre todo porque éste no pretende que se trate de una conversación secreta a pesar de hablar en voz susurrante.

Le doy un apretón en la mano a modo de gratitud.

—Te lo agradezco. Y lo sé.

—Y si Parker necesita ayuda, estaré más que contento de partírtela la cara al desgraciado que haga falta. Sólo tienes que chascar los dedos. Aunque ya cuentas con dos guardaespaldas, así estarás más protegida. Nadie te pondrá un dedo encima aquí —dice, dándome un apretón en la mano. Luego la suelta y me da unos

golpecitos en la sien con el dedo índice—. Ni tampoco aquí. Ni hablar. La familia es lo primero. Siempre.

La familia es lo primero.

Siempre.

—Te quiero, Bo —le digo, porque debo hacerlo después del modo en el que ha hecho que me sienta parte de un equipo, de una auténtica familia elegida.

Él sonrío de oreja a oreja, me coge la cabeza con ambas manos y me da un beso en la sien. Luego vuelve a vacilar.

—¿Has oído eso, colega? Tu chica me quiere.

—¿Era necesario que le inflaras el ego así? ¿De verdad? —dice Parker con un quejido. Luego rodea mis hombros con un brazo y me atrae hacia él, apartándome de Bo. Eso hace que éste se ría con ganas.

—Eso es, aléjala, bien lejos de mí. No te servirá de nada. Nuestros sentimientos son demasiado fuertes. Puedo sentirlos a un kilómetro de distancia, colega.

Parker y Bo se pasan unos buenos diez minutos lanzándose pullas y yo no puedo sino sonreír y reír, feliz por estar junto a mi hombre favorito, su colega, la pareja amiga que no me quita el ojo de encima a unos pasos de distancia y dos chicas jóvenes que van dando saltitos de camino al restaurante.

Tanto da lo que publiquen de mí los periódicos o lo que Tracey tenga que decir sobre mi reputación... No me importa. Porque, al fin y al cabo..., la vida es buena.

Parker

Me despierto con las punzadas de una resaca taladrándome las sienes y una sequedad en la boca que ni siquiera un litro de agua remediará. Ayer fue un día jodidamente largo de trabajo con Juliet y el equipo ensayando en el escenario. Después de la jornada, nuestro variopinto grupo se pilló una buena. Como la edad mínima legal para beber en España es tan sólo de dieciséis añitos, tanto Violeta como Juliet bebieron y nos dejaron en ridículo en lo que a consumo de alcohol se refiere. Se pimplaron muchísimo más que nosotros tres (cuatro si contamos a la chica española que Bo se ligó en algún lugar entre la quinta y la sexta cerveza en el caso de los chicos, y la jarra de sangría en el de las mujeres).

Gracias a Dios, nos habíamos hinchado a comer paella, croquetas y un buen surtido de embutidos y quesos o ahora estaría adorando el trono de porcelana. El dolor de cabeza puedo soportarlo, pero un estómago descompuesto no tanto.

Mi móvil comienza a vibrar ruidosamente cerca de mi cabeza y el pesado brazo que rodea mi cintura se mueve y me da un par de palmadas en la barriga con la mano. Al instante, sin embargo, Sky se queda dormida de nuevo y vuelvo a oír sus débiles ronquidos junto a mi hombro. Hago como si el teléfono no estuviera vibrando y finalmente se detiene, sólo para volver a hacerlo de inmediato de forma incesante.

La mano que tengo en la cintura vuelve a darme unas palmaditas, pero no consigue nada y, tras detenerse de nuevo, vuelvo a sentir su resollante respiración en el cuello. Abrazo a Skyler, que está desnuda y cálida, y comienzo a darle besos por el cuello en dirección a la clavícula. Ella ni siquiera se mueve.

Suelto una risa ahogada y, tras abrir los ojos, bajo la mirada hacia mi chica. Tiene el rímel corrido alrededor de los ojos y su pelo es un revoltijo de rizos enredados a causa de varias rondas de energético sexo, si se me permite decirlo. Lo hicimos borrachos contra la puerta del hotel, sobre el respaldo del sofá, en el suelo del dormitorio y, finalmente, en la cama. Fue un sexo sucio, desmañado y tan bueno que los dientes me duelen cuando recuerdo el momento en el que hundí el rostro entre sus muslos mientras ella tenía mi polla en la boca.

Mi chica está tan jodidamente buena que estoy a punto de despertarla para otra ronda cuando el móvil vuelve a vibrar. Luego se detiene y comienza a sonar el teléfono del hotel.

Skyler aspira una bocanada de aire, se coloca de lado, coge mi almohada y se abraza a ella. Para ser justos, la mantuve despierta la mitad de la noche. Necesita descansar. Además, esta tarde tenemos una reunión con Alejandro para comentar los progresos de Juliet y las posibilidades que tiene de convertirse en la próxima estrella pop española.

El teléfono de la habitación vuelve a sonar y, al mismo tiempo, comienza a vibrar de nuevo el móvil. Miro la pantalla y veo que se trata de Royce. Tendré que llamarlo luego porque el ensordecedor ruido del teléfono tiene prioridad. Descuelgo el auricular.

—¿Qué? —gorjeo. Mi voz suena como si me hubieran pasado por la garganta un rallador de queso.

—¡Por fin! ¡Hola, Parker! ¡Soy Wendy! —dice en un tono de voz desconcertado y cuyo volumen hace que sus palabras retumben en mi cabeza.

Diviso una botella de agua al otro lado de la habitación, de modo que cojo todo el teléfono y me acerco al Santo Grial en forma de botella de Crystal Geysir.

—¿Qué pasa? —Abro la botella y me trago la mitad mientras ella habla.

—¿No has recibido mi correo electrónico? —pregunta, claramente exasperada.

—Acabas de despertarme, descarada. Tú y Royce, que estaba llamándome al mismo tiempo al móvil. Sky todavía está durmiendo. Anoche nos pillamos una buena.

Ella suelta un resoplido al otro lado de la línea, algo impropio en alguien que suele ser comedido como Wendy. Esperaba burlas, no irritación.

—Eso explica por qué no he podido contactar con Skyler ni con Bo. Sabía que estabais todos en vuestras habitaciones, si bien Sky tiene el móvil apagado. Ya sabes que me pongo de los nervios cuando apagáis los teléfonos.

Frunzo el ceño y, como la habitación no deja de darme vueltas, me siento en la silla más cercana.

—Al grano, Wendy. ¿Por qué has llamado?

—Bueno, ¿te acuerdas que te dije que había algo que no me cuadraba en las cartas de los seguidores?

Siento palpitaciones en la cabeza y me presiono las sienes con los dedos para combatir al hombrecillo con el martillo neumático que está taladrándome los sesos.

«Dios mío. ¿Dónde diantre está el ibuprofeno?»

—Vagamente. Si te digo la verdad, estoy algo resacoso.

—Lo que te voy a decir te despertará.

—Suéltalo.

—He reconocido la letra —dice como si fuera algo tan relevante que debería implorarle que siga con el jugoso cotilleo. Lamentablemente, mis pensamientos apenas pueden subirse al tren en el que se encuentra, no digamos ya seguir su ritmo.

—Ajá —farfulto y, tras terminarme el resto del agua de la botella, inspecciono la habitación en busca del minibar. Cuando uno se gasta la pasta en la suite del ático, debería esperar al menos una buena provisión de agua sin gas, ¿no? Mis ojos se posan en un armario con pinta de esconder un minibar.

—Porque había visto esa letra antes. Ve a tu ordenador —me ordena.

Exhalo un suspiro y me paso la mano por el pecho. Me doy cuenta entonces de que estoy hablando por teléfono completamente desnudo.

—Wendy, te vuelvo a llamar yo en un momento al móvil. He de vestirme.

—¡A la mierda la ropa! Esto es importante. Esperaré mientras coges el jodido ordenador.

—Está bien. Un momento. —Dejo el auricular en la silla y me dirijo al salón. Diviso el minibar y doy un rodeo para coger un par de botellas de agua, pues en mi garganta hay un desierto y, si voy a tener que hablar, he de remojar antes su seca y agrietada superficie. Cojo el portátil del escritorio y regreso a la habitación.

Cuando llego al dormitorio, dejo las botellas y el ordenador en la mesilla y veo que mis calzoncillos están en el suelo. Me los pongo rápidamente. No puedo seguir hablando como Dios me trajo al mundo con mi directora técnica, antaño asistente y alguien a quien considero una hermana.

—Ya estoy de vuelta —digo al auricular con el portátil en el regazo. Abro el programa de correo electrónico y hago clic en el mensaje que Wendy ha enviado al equipo. Luego abro la imagen adjunta y veo una carta de un admirador de Skyler junto a una nota escrita en una hoja amarilla con renglones—. ¿Qué es lo que estoy viendo?

Al oír mi pregunta, Wendy suelta un gruñido. Un auténtico gruñido de oso.

—Amplía la imagen. He subrayado algunas de las palabras que aparecen tanto en la carta como en la nota de la hoja amarilla.

—Ajá. Ya lo veo —lentamente, mis ojos y mi cerebro comienzan a trabajar juntos e identifican las similitudes—. ¡Joder! ¡Son iguales! —Me froto los fatigados ojos e intento despejar las telarañas de las cervezas y el festival de polvos de anoche—. ¿De dónde has sacado la hoja amarilla?

—Lee la jodida nota, Parker —dice entre dientes, exasperada.
Comienzo desde el principio:

Wendy:

He limpiado y cambiado la arena de la caja de Zeus y me he asegurado de que tenga suficiente comida para el fin de semana. El equipo de limpieza sacará la basura esta noche. Ya les he advertido de que no dejen que el gato salga ni siquiera un segundo de nuestras oficinas ni que acompañe a nadie al ascensor. Estoy segura de que estará bien. Si necesitas que venga el sábado o el domingo para ver qué tal se encuentra, llámame. No quiero que Parker o Skyler se agobien o preocupen mientras están de viaje. Eso sería horrible. Este fin de semana iré a comprar más comida y arena, cápsulas de café y post-its y, si te parece bien, te pasaré los tickets. Espero que pases un buen fin de semana. Avísame si me necesitas. Estoy aquí para lo que haga falta. Gracias.

Tu asistente,
Annie

Comparo esta nota con la carta que Wendy ha colocado al lado:

Sky:

Te echo de menos. Parece que hace siglos que te vi en la pantalla grande. He leído que te has hecho daño en el rodaje y que la producción ha tenido que retrasarse. Deberías haberme llamado. Habría estado ahí al instante, sosteniendo tu mano, haciéndote reír o lo que hiciera falta para que te sintieras mejor. En vez de eso, estoy atrapada aquí con la Bruja, atendiendo todos sus deseos y asistiendo a clases de negocios. Es horrible. Desearía estar contigo. Harías que todo fuera mejor. Nos cuidaríamos la una a la otra. Piénsalo. Siempre estaré ahí para ti.

Tu Mejor Amigo

—¡Hostia puta! —El corazón me late con fuerza en el pecho y comienzan a sudarme tanto las axilas como la frente—. ¡Es Annie...!
—Trago saliva, incapaz de creer lo que estoy viendo. Vuelvo a leer la carta una y otra vez, pero ya no puedo dejar de ver lo que tan obvio resulta.

—Mick tiene un amigo que es..., esto..., experto en grafología. Es decir, un grafólogo. Cuando vi la relación entre ambas cartas, se las enseñé a Mick y éste se las envió a ese antiguo amigo de la universidad bajo la más estricta confidencialidad. Tras estudiarlas, el grafólogo concluyó, con un noventa y nueve coma nueve por ciento de certeza, que ambas notas las había escrito la misma persona. A pesar de que la primera es muy antigua, advirtió que la segunda tenía los mismos rasgos de escritura. Las palabras y letras son tan específicas para cada persona como las espirales y las líneas de sus huellas dactilares. También dijo que es imposible que se trate de una falsificación. Son obra de la misma persona: Annie.

—Dios mío. ¿Todo este tiempo he estado estresado por saber quién había estado enviándonos todos esos mensajes de texto, notas y cartas y se trataba de Annie? Joder, ¿cómo puedo ser tan estúpido?

—No sólo tú, Park. Nos ha engañado a todos.

Mi mente se retrotrae al día en que llegó la primera nota. Wendy estaba ausente de la oficina, recuperándose de la herida de bala. Por aquel entonces, Annie apenas formaba parte del equipo.

—¡Joder! —Cierro el portátil de golpe, me pongo de pie y lo arrojo sobre la silla. Siento una oleada de furia eléctrica y necesito desahogarme como sea.

Mi arrebato despierta a Sky, que se incorpora dejando a la vista sus hermosos pechos de pezones rosados. Bajo la luz del mediodía su pelo forma un desaliñado halo dorado alrededor de su rostro.

Es mi diosa y le he fallado.

Me paso la mano por el pelo y tiro de las puntas mientras Wendy sigue al teléfono y me explica que Royce y Kendra han estado comentando la situación, pero que ella preferiría que Sky, Bo y yo le dijéramos cómo proceder.

—Tenemos que hablar con Annie, pero quiero hacerlo yo personalmente cuando vuelva a casa —respondo con una convicción que, dejando de lado mi amor por Sky, hacía siglos que no sentía.

—Cariño... —dice Skyler. Sus todavía somnolientos ojos me observan con el ceño fruncido mientras me paseo de un lado a otro del dormitorio.

—No pasa nada, querida. Ahora te lo cuento todo —le prometo, si bien no me hace la menor gracia lo que voy a tener que explicarle.

—Habla con Sky. También le he enviado los documentos a Nate y a Rachel. Ellos ya están al tanto de todo, pero me ha parecido que el golpe sería menor si te lo contaba yo personalmente.

—Sí, mejor. No me lo puedo creer. Ha estado actuando en nuestras narices todo este jodido tiempo. —Aprieto las mandíbulas con tanta fuerza que estoy a punto de romperme una muela.

—Ve a contarle la noticia a Sky y ya volveremos a hablar luego. Hasta que regreséis a casa, haremos como si nada y no revelaremos lo que hemos descubierto. Seguiremos trabajando en la más estricta normalidad.

—¿Normalidad? —Niego con la cabeza—. No creo que haya nada normal en esta situación. Hablamos luego —digo, y cuelgo el auricular.

—¿Qué pasa, cariño? —Skyler se ha llevado la colcha a la altura del pecho y la mantiene sujeta con las axilas y los hombros encogidos, como si se preparara para recibir malas noticias. Es una postura defensiva a la que no debería tener que recurrir.

Aspiro lentamente una larga bocanada de aire para mitigar un poco mis latidos y la ira que siento antes de contarle a mi chica las malas noticias.

—Hemos descubierto quién ha estado enviándote esas cartas todos estos años.

Ella arruga el entrecejo.

—¿Quién?

—Annie.

Enarca tanto las cejas que casi le llegan al nacimiento del pelo.

—¿Annie Pinkerton? ¿Tu tímida asistente, Annie?

Cierro con fuerza los dedos de la mano hasta formar un puño.

—Sí. Ha estado todo este tiempo actuando delante de nuestras narices.

—¿Y cómo lo ha averiguado Wendy? —pregunta sin rastro de ira en su tono de voz, lo cual me sorprende porque yo estoy a punto de hacer trizas todas y cada una de las cosas que hay en la habitación del hotel, aunque no lo haré porque con ello apenas atenuaría la rabia que se arremolina en estos momentos en mi interior.

—Analizando la letra. Mick tiene un amigo. Wendy le envió una de las cartas junto con una nota de trabajo que Annie le escribió a Wendy la semana pasada. Encajan en un noventa y nueve coma nueve por ciento.

Skyler pasa un dedo por el acolchado edredón.

—Vaya, vaya... La verdad es que no puedo decir que me sorprenda que sea ella la autora de las cartas. Siempre se ha sentido algo fascinada conmigo. Me di cuenta pronto, cuando la veía vistiendo algo que yo había llevado en la tele o para algún reportaje de una revista. Todavía lo noté más cuando se compró los mismos zapatos que yo había usado contigo o también cuando adoptó un *golden retriever*.

Sus palabras me sientan como si me arrojaran un cubo de agua ardiendo sobre la cabeza.

—¡Me cago en la puta! ¿Y por qué no dijiste nada?

—¿Aparte de que era algo más bien obvio? —Parpadea y mantiene en el rostro una expresión carente de emoción y que en este momento me siento incapaz de interpretar.

Ladeo la cabeza y contraataco lanzándole puñales invisibles con la mirada.

—Cariño...

Ella frunce los labios y se vuelve hacia la ventana.

—Es una chica dulce. Y lo cierto es que prácticamente dejó de hacerlo en cuanto comenzamos a ir a comer juntas y a hablar sobre ropa, películas y demás. Ahora podría decirse que somos amigas, cariño. —Sky se muerde ligeramente el labio inferior—. Es decir... Entiendo lo de las cartas, ¿pero los mensajes de texto? —Niega con la cabeza—. No sé...

—Has visto lo que ella ha querido que vieras. Todos lo hemos hecho. Esa mujer no está bien de la cabeza. Es una pirada. Aunque

está claro que es más lista de lo que creíamos, pues ha sido capaz de mantener todo esto en secreto durante años. Y luego consigue un empleo en la misma empresa que tu novio. Ni de coña es una coincidencia. Lo planeó todo. ¿Cómo? No lo sé, pero no pienses ni por un minuto que Wendy no está ya indagando sobre el pasado de Annie, así como su situación vital y económica, su crédito, y todo lo que sea necesario.

Sky sigue mordisqueando su labio inferior, pero no parece enfadada, mientras que yo siento que voy a explotar.

—Es extraño. Nunca habría dicho que fuera una persona capaz de burlarse de nosotros. Esos mensajes de texto... —Mi chica hace una mueca inexpresiva—. Son escalofriantes.

—Que vistiera como tú, se comprara el mismo perro que tú, trabajara en la misma oficina que tu novio para estar cerca de ti... Ha estado controlando todos tus movimientos desde hace más de una década... ¡Eso sí que es escalofriante!

Sky me coge del brazo y me lo acaricia de arriba abajo de un modo que consigue relajar mi tensión... ligeramente.

—En cierto modo, pienso que no hay halago más sincero que la imitación, ¿no? Tampoco es como si te hubiera utilizado o hubiera dicho o hecho nada que mereciera tu ira.

Mi rabia explota.

—¡¿Estás de coña?! —exclamo y me pongo de pie, incapaz de mantener la calma un segundo más—. Ha estado enviando mensajes de texto de cariz intimidatorio. Y notas a la oficina que finge entregar. Esto es retorcido, Skyler. ¿Cómo puedes no darte cuenta? —Sky arruga el entrecejo—. Está claro que estamos procesando esto de un modo distinto. Tenemos que vestirnos, ir a ver a Alejandro y terminar este trabajo para poder regresar a IG y hablar con esta traidora.

Ella asiente.

—Está bien, cariño. Lo que tú digas.

«¿Lo que yo diga?»

Quiero que mi chica tome conciencia de la severidad de esta amenaza. Quiero que mi chica esté tan cabreada como yo.

«¿Por qué no lo está?»

Consciente de que será mejor que me calme un poco, aparto por un momento este asunto de mi mente para poder vestirnos e ir a ver a Alejandro y los demás peces gordos del sello discográfico. Si tenemos suerte, es posible que terminemos pronto y podamos tomar el próximo vuelo para Boston. O, mejor aún, Skyler podría llamar a su lujoso avión para que nos lleve todavía más rápido a casa. Al final, el dinero tiene sus ventajas.

—*¡Qué guapa!* Tienes un aspecto cautivador, Juliet. —Alejandro besa a JJ en las mejillas.

Sus ojos repasan la vestimenta de la joven de arriba abajo: la cazadora bomber de cuero blanco, la camiseta ceñida de tirantes con generoso escote, los pantalones vaqueros ajustados y los zapatos de tacón de ante azul eléctrico. Bo ha hecho un trabajo estupendo con el pelo, que le han cortado a capas para que su melena de rizos caiga descuidadamente por su espalda. Lo lleva recogido a ambos lados para acentuar su rostro y el arco de cristales que rodea su cicatriz provoca que su aspecto sea despampanante. En lo que respecta al maquillaje, han optado por un atrevido pintalabios rojo y sombra de ojos negra, y en muñecas, dedos y cuello luce un montón de joyas plateadas.

Alejandro nos sonrío y asiente apreciativamente.

—Bueno, ¿podemos ver una muestra de tu espectáculo y oírte cantar? —pregunta.

Juliet lo mira directamente a los ojos, levanta la barbilla y dice:

—Por supuesto. ¿Puedes avisar a los bailarines, Pete? Yo ya estoy lista.

—Claro que sí, señorita Juliet. —Pete asiente como si ella formara parte de la realeza. Un gesto teatral, pero efectivo.

Bo suelta un quejido mientras que Skyler, por su parte, se ríe con disimulo. Yo todavía sigo cabreado por el descubrimiento de que Annie es nuestra superseguidora/acosadora y apenas puedo contener las ganas de cargar con Skyler al hombro y llevármela de vuelta a Boston en su avión privado. Quiero ocuparme de esta situación. Ahora.

El equipo de IG se acomoda en sus asientos de la segunda fila del teatro mientras que los representantes del sello discográfico lo hacen en la primera. Juliet se coloca de espaldas a nosotros y adopta una postura que destaca todas las curvas de su cuerpo. Esta chica tiene una figura de escándalo, y todos los medios de comunicación de aquí a Estados Unidos se harán eco de ello cuando la vean y, mejor todavía, cuando la oigan cantar.

La música comienza a sonar y Juliet menea el trasero. Luego alza uno de sus brazos y, tras realizar una cuenta atrás con los dedos, «Tres, dos, uno...», se da la vuelta y comienza a cantar con una nota que yo sólo había oído en divas del estilo de Christina Aguilera, Whitney Houston o Mariah Carey.

Contemplo boquiabierto cómo Juliet se mueve por el escenario sin dejar de cantar a pleno pulmón. No se olvida de ningún paso ni pierde el aliento en ningún momento. Es una chica que conoce bien los movimientos que ha de hacer, está cómoda en su cuerpo y sabe usar la voz que Dios le ha dado.

Los bailarines se deslizan alrededor de Juliet en un remolino de movimientos. En un momento dado, se acercan a ella para provocarla, pero Juliet levanta una pierna y hace ver que le da una patada a uno y, acto seguido, que empuja a otro. Ambos caen al suelo, heridos por el rechazo, mientras ella llega al estribillo de la canción y canta que el amor que le ofrecen sabe bien, pero que es malo para ella.

Me vuelvo a un lado y veo que Skyler tiene las manos juntas a la altura del pecho, como si estuviera rezando, y que las puntas de los dedos rozan sus labios sonrientes. Está observando a Juliet como si su hermana pequeña acabara de graduarse en el instituto.

Siento una punzada en el corazón al ver la alegría que irradia el hermoso rostro de Skyler. Se lo merece. Necesita este tipo de cosas en su vida. Tracey poniendo en duda nuestra relación, la muerte de sus padres, el drama vivido con Johan o, más recientemente, los problemas con la acosadora/seguidora...

Niego con la cabeza.

Skyler se merece más.

Se merece el mundo entero, y yo voy a ser el hombre que se lo entregue. Esta desagradable situación con Annie va a terminar. En cuanto regresemos, obtendremos una orden de alejamiento y tendré el placer de despedirla. Como se atreva a enviarle otra carta a Skyler o haga el menor intento de ponerse en contacto con ella, la denunciaremos por acoso.

Los problemas de Skyler han terminado. Mi chica va a vivir tranquila y disfrutará de cada momento con la misma hermosa felicidad que ilumina en estos momentos su bello rostro.

Me aseguraré de ello.

Sigo contemplando cómo JJ hace lo que mejor se le da y compruebo que finalmente puedo respirar tranquilo. Tengo un plan

para Skyler y, por lo que estoy viendo en el escenario, nuestro trabajo aquí ha terminado. Si a Alejandro no le convencen los progresos conseguidos gracias a International Guy, puede irse a la mierda.

Mientras Juliet demuestra que es una estrella, constato que el asombro es claramente visible en los rostros de todos los capitostes que están contemplándola, incluido Alejandro. Y sé que hemos vuelto a triunfar.

Nuestro cometido en España ha terminado.

Cojo a Skyler de la mano, entrelazo mis dedos con los suyos, los llevo a mis labios y beso cada una de las yemas. Ella se vuelve hacia mí con la mirada rebotante de júbilo. Luego, mi chica me sonrío y eso lo es todo para mí.

Ha llegado el momento de volver a casa.

11

Skyler

Dejar a JJ y a Violeta ha sido difícil, pero hemos intercambiado los números de teléfono, y ambas chicas han prometido avisarme si se dejan caer por Estados Unidos y que me mantendrían informada sobre lo que vayan haciendo en sus vidas. He advertido a JJ sobre los peligros de la fama y le he dicho que tuviera cuidado con dejarse llevar por la presión social o las trampas de cualquier otro tipo. También le he dejado claro que, cuando quisiera, podía llamarme o escribirme un mensaje de texto o un correo electrónico. Ellas me han jurado que serían inteligentes y permanecerían juntas en todo lo que fuera posible. Aun así, les he avisado de que me mantendría al tanto... regularmente.

Ahora estoy agotada tras un largo viaje con un hombre presa de un nerviosismo tal que me ha resultado difícil estar sentada a su lado. Y, en vez de hablarlo conmigo, tal como había pensado que haríamos, Parker ha decidido elaborar con Nate un plan para cargarse a Annie.

Cargarse a Annie.

Como si ésa fuera una forma normal de proceder. Es absurdo. No estoy convencida de que realmente haya hecho nada malo. Sí, me envió unas cuantas cartas a lo largo de los años (técnicamente, durante más de una década), pero en ninguna de ellas había amenazas. En todo caso, eran cartas dulces. Me cuesta pensar que Annie sea la misma persona que envió asimismo todos esos

mensajes de texto, a no ser que toda esta situación se haya convertido en uno de esos espeluznantes programas vespertinos de la tele en los que el tipo peligroso tiene dos personalidades y estás siendo amenazada por ambas.

Supongo que es posible. Improbable, pero posible.

En cuanto salimos del avión, Parker me agarra la mano y me conduce enseguida al asiento trasero del todoterreno de Nate. Oficialmente es mío, pero es mi equipo de seguridad quien hace uso de él para mantenerme protegida.

—¡Deja de tirar de mí! —Libero la mano de un tirón y, dejando caer los hombros, él rodea el coche y se mete dentro por el otro lado. En cuanto se sienta (tan cerca que nuestras piernas se tocan), se vuelve hacia mí.

Yo me hago la sorprendida.

—¡Hombre! ¿Por fin vas a dignarte a hablar con la novia de la que has estado pasando durante casi ocho horas? —Parpadeo varias veces para dejar clara mi indignación.

Él se desinfla ante mis ojos y se me queda mirando con malestar y arrepentimiento.

—Lo siento, amor. —Me coge las manos y me frota ambos pulgares con los suyos—. Estoy triste. Y enfadado. Toda esta situación me tiene intranquilo.

—Lo comprendo, pero no puedes cerrarte en ti mismo para que te sea más fácil lidiar con ella. Recuerda, hacemos las cosas juntos. Tú y yo contra todo.

Parker cierra los ojos e inclina la cabeza hasta que su frente toca la mía.

—Tienes razón. Lo siento. ¿Puedes perdonar mi comportamiento taciturno, petulante y cavernícola?

Sonrío, alzo la barbilla y le beso la punta de la nariz.

—Siempre. Pero no te cierres en ti mismo. Puedo soportarlo todo salvo eso. Si estás enfadado, dímelo y pídemelo espacio. No se me escapa que los hombres necesitáis procesar las cosas a vuestra manera. Las mujeres también. Normalmente, eso implica helado o vino y una mejor amiga. A veces, las tres cosas a la vez. En cualquier caso, al final siempre necesitamos tener a nuestro chico al lado.

—Yo también te necesito. Por eso estoy tan cabreado. Te necesito más de lo que me gustaría. Te llevo tan dentro de mí, querida, que ya no puedo escapar de tus redes. Estoy atrapado para siempre. Formamos parte el uno del otro. Tengo que hacer lo que sea para protegerte. Para proteger lo que tenemos.

Antes de que pueda responderle, Nate abre la puerta del coche y deja a *Midnight* en mi regazo. Éste va directamente junto a su padre y se sienta a su lado. Luego Nate me entrega a *Sunny*, que me lame el cuello y se acurruca sobre mí.

Tanto Parker como yo nos reímos y acariciamos a nuestros bebés hasta que mi móvil comienza a vibrar en el bolsillo trasero de mis pantalones y empiezo a removerme. Parker hace lo propio ante la vibración del bolsillo de su abrigo y lo coge al mismo tiempo que yo el mío.

Lo que veo en la pantalla hace que sienta un escalofrío por toda la columna vertebral.

De: Desconocido

LECCIÓN 1: FUISTE ADVERTIDA

Debajo del texto hay una fotografía. Al abrirla, suelto un grito ahogado y me tapo la boca con la mano. Parker permanece en silencio a mi lado. La imagen muestra la cama de mi dormitorio en el ático. Todo está envuelto en llamas.

—¡Oh, Dios mío! ¡Cariño! —Extiendo la mano hacia Parker y él me la coge sin apartar la mirada de su móvil.

Llega otro mensaje al tiempo que las lágrimas comienzan a asomar a mis ojos a causa del miedo que me oprime el pecho.

De: Desconocido

LECCIÓN 2: NO PUEDES OCULTARTE

—¡Joder! —exclama Parker dejándose llevar por un arrebatado de gélida ira.

Teclea rápidamente un número y se lleva el móvil a la oreja. Su otra mano no suelta la mía ni un solo segundo.

—¡Wendy! ¡¿Dónde cojones está Annie ahora mismo?! —exclama, dirigiendo ahora esa frialdad hacia nuestra amiga.

Ni siquiera consigo hacer acopio de la energía necesaria para perder los nervios puesto que los huesos se me han helado y mis dientes comienzan a castañear.

—¿Qué? ¡No puede ser! ¡Acabamos de recibir dos mensajes de texto seguidos! ¿Tiene consigo un móvil? —Su tono de voz es duro e implacable. La tensión en su mandíbula es tal que parece tallada en piedra.

Exhala una bocanada de aire.

—Acabamos de recibir dos mensajes de texto intimidatorios junto con una fotografía del dormitorio de Skyler... en llamas.

Al decir eso, puedo oír el grito de alarma al otro lado de la línea.

—¡Lárgate ahora mismo de ahí, pero no le quites ojo a Annie! —prosigue mi chico—. No quiero que se separe de ti o de Royce en ningún momento. Esposadla si es necesario. Y no me digas que no tienes unas esposas a mano. —Se queda un momento callado y aprieta la mandíbula—. Eso imaginaba. Nos vemos en la puerta del edificio. Ahora sal de ahí.

—¿Park? —la pregunta de Nate suena más a una exigencia.

Le paso mi móvil a Nate mientras Parker vuelve a llevarse el suyo a la oreja.

—¿Roy? ¿Y Kendra y Zeus? ¿Están con Wendy? Sí, salid de ahí, pero no perdáis de vista a Annie. Llama a Mick. Se pondrá hecho una furia cuando se entere de que hay un incendio en el mismo edificio en el que está Wendy. Lo último que necesito ahora es tenerlo encima.

Nate suelta un gruñido profundo y animal al ver los mensajes de texto y la imagen. Luego le da el teléfono a Rachel y se apea del coche dando un portazo para dirigirse al vehículo en el que Bo está esperando que nos pongamos en marcha. Me vuelvo y contemplo a través de la ventanilla cómo Nate le da a Bo la mala noticia.

Sólo espero que todo el mundo consiga salir del edificio y que los bomberos logren apagar el incendio antes de que se propague a otras plantas.

La mano que sujeta Parker comienza a temblar, pero él deja a un lado el móvil, se vuelve hacia mí y lleva sus manos a mis mejillas.

—No va a pasarte nada, ¿me oyes?

Asiento, pero el temblor que noto en el interior se convierte en una auténtica trepidación. El miedo es tan intenso que me paraliza.

—¿Q-qué h-hay del r-resto de la g-gente del e-edificio? — tartamudeo a través de mis dientes, que castañetean.

—No te preocupes por nada, cariño. Los bomberos ya estaban de camino cuando Wendy y el resto del equipo han salido del edificio.

—Me acaricia el rostro—. Ahora mismo vamos a ir a la oficina. Hablaremos con la policía y con Annie y averiguaremos qué diantre está pasando.

—¿P-pero c-cómo ha p-podido ella provocar el incendio m-mientras estaba e-en la o-oficina?

Mi chico niega con la cabeza y me atrae hacia su lado. Justo en ese momento, Nate sube al todoterreno, arranca el motor y nos ponemos en marcha.

—No lo sé. No parece que lo haya provocado ella —dice, y suelta un gruñido de descontento.

—¿O los mensajes de texto? —Respiro hondo y aspiro la terrosa y cítrica fragancia de Parker. Ese olor familiar junto con el hecho de sentir su mano acariciándome el brazo hace que remita el temblor y que mis pulsaciones se ralenticen y recuperen un ritmo más normal.

Al poco, llegamos al edificio, pero nos vemos obligados a detenernos a causa del cordón de seguridad que ha establecido la policía. Nate les muestra nuestras credenciales y, cuando los polis nos dejan pasar, aparcamos al otro lado de la calle para no bloquear el paso. Enfrente del edificio vemos a Royce junto con Kendra, Wendy y Annie, que parece claramente asustada. Tiene a *Zeus* en los brazos y está acariciándolo metódicamente con la vista alzada en dirección a las plantas incendiadas. Una nube de denso humo negro sale de los balcones que hay a ambos lados de mi apartamento.

Cuando llegamos junto al grupo, los ojos de Annie se iluminan.

—¡Oh, gracias a Dios que estáis bien! ¡No sabía cuándo regresabais y estaba muy preocupada! Siento mucho lo de vuestra casa —dice con los ojos llenos de lágrimas, y unas cuantas le ruedan por las mejillas—. Tengo a *Zeus* aquí conmigo. Por favor, decidme que los cachorros no estaban ahí arriba —ruega entre sollozos.

Yo niego con la cabeza.

—No. Están durmiendo en el todoterreno con las ventanillas bajadas.

—¡Otro milagro! —Annie alza la mirada y, tras secarse los ojos, sigue haciéndole mimos a *Zeus*, que parece estar disfrutando genuinamente de sus caricias.

—¿Dónde está tu teléfono, Annie? —pregunta Parker en un tono rebosante de malicia.

Ella mira a Parker y parpadea varias veces.

—Oh, no tengo. Se me estropeó. He de comprarme uno nuevo.

—Conveniente. De repente, no funciona —dice con desdén.

—Yo... Se me rompió hace dos días. Se me cayó en la fuente esa de ahí, cuando estaba almorzando. Me gusta comer fuera, al sol —explica ella con cierto nerviosismo.

Nate se acerca a Parker por la espalda y oigo lo que le susurra al oído:

—Es cierto, almuerza ahí a diario.

—He llamado a mi compañía telefónica —prosigue Annie— y me han dicho que no podía beneficiarme de ninguna promoción, y como no tenía ningún seguro adicional, ahora he de esperar a cobrar para comprarme otro. Pero no te preocupes, no afectará en nada a mi trabajo.

—¿Y no tienes ningún móvil desechable? —Parker sigue interrogándola.

—¿Un qué? No estoy segura de qué es eso. ¿Un nuevo modelo de Apple o Samsung? —pregunta con tal inocencia que no puedo evitar darle un pequeño codazo a Parker para llamar su atención. Esto no está bien y su actitud para con ella está completamente fuera de lugar.

—Cariño... —vuelvo a intentar, pero él me hace callar.

—¿Tienes o no un móvil, Annie? —dice Parker con los dientes apretados y los hombros y el cuerpo tan tensos que si Nate intentara

cachearle, saldría rebotado como si hubiera chocado con una pared de ladrillos.

Annie niega con la cabeza.

—No, pero como he dicho no afectará a mi trabajo...

Wendy interviene.

—Park, sé que Annie no estaba usando ningún móvil cuando has recibido esos mensajes porque estaba sentada delante de mí repasando la agenda. Y si bien yo tengo suficientes conocimientos tecnológicos para enviar un mensaje de texto a una hora determinada desde una localización y un número distintos, Annie no. Desde que hace un par de días descubrimos la relación que había entre ella y las cartas que ha recibido Skyler he estado investigándola y no es posible. Estoy plenamente convencida de ello —insiste Wendy, pero es como si Parker no la hubiera oído y sigue adelante impulsado por una ira alimentada por el miedo y la falta de control.

Annie abre los ojos como platos.

—¿Q-qué... qué quiere decir que has estado investigándome?

—Llevas diez años enviándole cartas a Skyler —suelta Parker. El rostro de éste es una máscara de frustración y arrogancia. No es su mejor semblante.

Ella frunce el ceño y se aferra todavía más a *Zeus*, hundiendo la barbilla en su pelaje pelirrojo.

—Sí, porque es mi mejor amiga —dice con tanta dulzura que puedo oler el aroma empalagoso a metros de distancia. Ella me mira, frunce otra vez el ceño y luego vuelve a mirar a Parker.

—No. Eres su acosadora —le echa a la cara Parker.

La expresión de Annie pasa de la confusión a la preocupación.

—¿Q-qué? —Niega con la cabeza varias veces—. No. Somos amigas por correspondencia. Desde hace años. Tengo incluso una

tarjeta con una fotografía firmada por ella. Bueno, en realidad tengo varias. Las tengo todas enmarcadas en casa. Somos amigas desde hace mucho tiempo. Yo pensaba que Skyler quizá no me había reconocido porque siempre nos habíamos relacionado por carta y, como ella conoce a tanta gente, supongo que resulta fácil confundirse...

—¿Yo te envié una tarjeta con una fotografía firmada? —Cierro los ojos y recuerdo que cuando era adolescente firmé cientos de fotografías para mi madre. Ella luego las acompañaba con unas pequeñas tarjetas multicolores que escribía en mi nombre.

—Sí. —Annie sonrío radiante—. Me escribiste la primera en una tarjeta rosa hace unos once años aproximadamente. En ella decías...

—«Mis seguidores son mis amigos» —decimos ambas al unísono.

Dios mío. Se me había olvidado lo de esas tarjetas. Dejé de hacerlo cuando Tracey comenzó a ocuparse de mis asuntos y contrató a un equipo de publicistas.

Extiendo una mano en dirección al brazo de Parker y la envuelvo alrededor de su bíceps.

—Cariño, solía hacer eso con mi madre. Me hacía firmar fotografías de trece por dieciocho y luego se las enviaba a mis seguidores cuando teníamos un poco de tiempo libre. En total debió de haber cinco modelos distintos de tarjetas y fotografías.

Annie asiente con fuerza, agitando con ello su cabellera rubia.

—¡Yo tengo las cinco! Me pareció raro que siempre dijeras lo mismo. —Vuelve a arrugar el entrecejo—. Pero me pareció que se trataba de algo especial entre nosotras. ¿Enviaste lo mismo a otros? —Annie se muestra abatida.

¡Ostras! Ella de verdad creía que éramos amigas por correspondencia...

—Esto... Sí. Lo siento, Annie —contesto en un suave tono de voz, pues no quiero herir a la pobre infeliz.

—¿E-entonces n-no somos a-amigas? —balbucea Annie con el labio superior trémulo.

—Somos... —empiezo a decir, pero Parker me interrumpe

—¡Ni de puta coña! —exclama.

Annie traga saliva y las lágrimas comienzan a caer por sus perladadas mejillas. Sus ojos, desorbitados, me miran con temor.

—P-pero yo pensaba... T-tú estuviste ahí en los malos tiempos. Cuando ella me hacía daño una y otra vez, tú me enviabas esas bonitas tarjetas. Yo no tenía otra cosa. E-era lo único por lo que vivía. No. Dios mío. Era todo mentira. Ella tenía razón. Siempre me dijo que nunca serías amiga mía. P-pero... pero yo creía. Y tus tarjetas... T-tengo que irme.

—No lo creo, Annie. Se acabó lo que se daba. Puedes hacerte la inocente todo lo que quieras, pero eso no cambia el hecho de que hayas estado enviando mensajes de texto intimidatorios... —insiste Parker a pesar de que está claro que ella está sufriendo.

—No, Parker —interviene Wendy de repente—. No he podido establecer ninguna relación entre Annie y esos mensajes de texto. Muchos de ellos fueron enviados en momentos en los que puedo verificar que ella estaba en la oficina, y la señal del mensaje de texto no proviene de nuestras torres ni de ninguna otra cercana. Annie no envió esos mensajes de texto —dice, y se muerde el labio inferior.

Él arruga el entrecejo.

—Si uno realmente quiere hacer algo, siempre hay un modo de conseguirlo.

Wendy coloca ambas manos en los bíceps de Parker y le mira directamente a los ojos.

—Parker, Annie va del trabajo a la parada del autobús, y de ahí al hospital de convalecencia en el que vive su único pariente (su moribunda madrastra) y luego a casa. Al día siguiente, repite la misma rutina sin variación. Por lo que he averiguado, desde hace quince años esa madrastra es la única familia que tiene. Se trata de la misma mujer que recibió múltiples visitas de los servicios sociales a causa de los continuos viajes al hospital por las sospechosas caídas y accidentes de su hijastra. Esta pobre se ha roto más huesos que un jugador de fútbol americano. No es de extrañar que sea extraña y que tenga una relación fantasiosa con Sky. Lo más probable es que ser amiga de Skyler fuera su única escapatoria. Debía de mantener viva su esperanza.

Se me revuelve el estómago y siento como si me estuvieran estrujando el corazón en un torno. Extiendo una mano para acariciar a Annie, pero ella retrocede de un salto.

Annie niega con la cabeza y se abraza con más fuerza a *Zeus*.

—Has estado investigándome. Hurgando en mi pasado —dice con voz susurrante y mirándome con los ojos asustados y llenos de lágrimas—. No eres amiga mía. T-tú s-sólo crees que soy una seguidora loca. ¡Oh, Dios mío! —Rompe a llorar y deja caer a *Zeus* al suelo. Éste aterriza sobre sus cuatro patas sin problema alguno, se dirige enseguida a las piernas de Parker y comienza a dar vueltas a su alrededor. Mi chico coge al gato al mismo tiempo que Bo se acerca a nosotros.

—¿Ya le habéis cantado las cuarenta a la acosadora? —dice Bo, interviniendo en el peor momento posible.

Annie oye sus palabras y emite un gemido lastimero. Wendy la conduce a un banco cercano y, tras sentarse con ella, rodea sus

hombros con un brazo e intenta tranquilizarla. Kendra se une a ellas para ofrecer su ayuda.

—Quiero irme a casa. No quiero estar aquí. He de irme. Yo... Yo...
—De nuevo rompe a llorar y se tapa la cara con las manos.

Dudo que la situación pueda ir peor. La cabeza me duele y me siento mareada. Acabo de machacar a una chica ya de por sí frágil.

En ese momento, el móvil de Parker emite una vibración y yo me inclino a su lado. Él me pasa a *Zeus* y exhala una larga y fatigosa bocanada de aire antes de coger el teléfono y mirar el mensaje. Yo echo un vistazo por encima de su hombro y lo leo con él.

De: Desconocido

¿HAS APRENDIDO LA LECCIÓN?

Otro mensaje llega mientras estamos leyendo el primero.

De: Desconocido

ROMPE CON ELLA O SUFRE LAS
CONSECUENCIAS

Tras este mensaje, Parker me atrae hacia él con tanta fuerza que temo que vayamos a aplastar al gato.

De: Desconocido

NO PUEDES MANTENERLA A SALVO

Yo acaricio de arriba abajo la espalda de mi chico.

—Cariño, quienquiera que sea sólo está intentando fastidiarnos.

—¿Eso crees? —pregunta en un tono falsamente alegre.

—Park, la policía quiere hablar contigo y con Skyler. Ha llegado el momento de que se encarguen ellos de este asunto. Esta última amenaza ha sido premeditada y podría haber habido muchos heridos. Se trata de un incendio provocado con intención de causar daño —dice Nate en voz baja, pues yo no me había dado cuenta,

pero los paparazzi han aparecido y están tomando una fotografía tras otra mientras los bomberos y la policía evacúan el edificio.

—¡Sky! ¡Sky! ¿Qué ha pasado? Ése es tu ático, ¿verdad? —dice uno de los paparazzi, interrumpiendo mis pensamientos.

—¿Ha sido un accidente? —pregunta otro.

—¿Alguien intenta hacerte daño, Skyler? ¡Parker! —Esta vez se trata de la voz de una mujer.

—¿Se ha metido Sky en algún problema, Parker? —dice otro hombre apelando a mi chico. Éste, ya avezado, hace como si no lo oyera.

Nate coge el móvil que mi chico le ofrece.

—¿Otro? —pregunta Nate en un tono tan profundo y estruendoso como una tormenta veraniega.

—Esta vez, nos dan un ultimátum con una amenaza muy clara —añade Parker, rodeando mi cintura con un brazo. Yo me abrazo con fuerza a Zeus y voy con él hacia el grupo de policías que nos están esperando. De camino, echo un vistazo por encima del hombro para ver a Wendy y Kendra, que están calmando a Annie.

Lo de las cartas y el modo en el que lo hemos abordado ha sido un gran malentendido, pero sé que Annie nunca nos perdonará y es posible incluso que no llegue a recuperarse de este golpe.

En silencio, me prometo a mí misma que procuraré arreglar las cosas con Annie. Ella nunca fue una amenaza. Es sólo una chica frágil, dulce e inocente que se ha visto arrastrada a esta situación de mierda y ha terminado sufriendo las consecuencias. Mi madre siempre me decía que pidiera perdón si le hacía daño a alguien, y tanto mi comportamiento como el de Parker con Annie acaban de ascender a lo alto de esa lista. Me encargaré de ello en cuanto hayamos lidiado con las actuales amenazas a nuestra seguridad.

Cuando llegamos junto al grupo de policías exhalo un largo suspiro y permanezco junto a mi chico.

Todo esto parece salido de una de mis películas de ficción.

¿Cuándo terminará esta pesadilla?

¿Cuándo será suficiente?

¿Qué será lo siguiente?

12

Parker

Éste está siendo, sin duda, el día más largo de mi vida.

Rodeo los hombros caídos de Skyler con un brazo cuando se baja del todoterreno delante de mi complejo de apartamentos. Los paparazzi han supuesto correctamente que vendríamos aquí ahora que el ático de mi chica ha sido pasto de las llamas y no puede quedarse en él.

Rachel se acerca a ellos y les susurra un puñado de palabras. Para mi sorpresa, parecen sentirse debidamente reprendidos y todos bajan las cámaras. Yo dejo de mirarlos y concentro toda mi atención en que tanto mi chica como nuestros perros coman y vayan a la cama a descansar.

Durante una semana.

Los polis y los investigadores del incendio nos han dicho que estarían días inspeccionando el piso de Skyler en busca de pruebas. Hasta entonces no podremos ir a ver si se puede salvar algo. Mi chica está preocupada por algunos de los recuerdos y fotografías que tiene de sus padres. La mayoría estaban en su dormitorio, pero muchos otros también los tenía en el salón. Confiamos en que pueda recuperar parte de su pasado. La buena noticia es que la mayoría de sus cosas siguen en Nueva York, de modo que las piezas más valiosas están a salvo en el ático que todavía no ha vendido.

Eso me recuerda fugazmente que debo preguntarle cuáles son sus planes respecto a esa vivienda, aunque desde luego ahora no es el momento. En cuanto nos adentramos en el complejo en el que se encuentra mi apartamento y doblamos una esquina, los paparazzi ya no pueden vernos, de modo que extendiendo la mano para coger la de mi chica. En ese momento ella tropieza, pero yo reacciono rápido y la sujeto antes de que caiga. Ella se detiene un momento. Todo su cuerpo tiembla de ira y su rostro es una tensa máscara de auténtica cólera.

—¡Estoy tan jodidamente cansada de todo esto! —grita como una loca al tiempo que mueve los brazos como si fuera a emprender el vuelo, aunque sólo está agitándolos con frenesí.

La detengo colocando mis manos en sus hombros y acercando mi rostro al suyo.

—Yo también. Pero la policía tiene mucho material con el que trabajar: todos esos mensajes de texto y esas cartas. Cuando nos hemos marchado, se dirigían a casa de Benny. Lo encontrarán, lo interrogarán y, si Dios quiere, lo admitirá todo.

Ella frunce el ceño.

—Y, mientras tanto, hemos destrozado a Annie. Una chica dulce que nunca le había hecho daño a nadie. Lo único que hizo fue pensar que éramos amigas y, sin darme cuenta, yo alimenté esa idea con las respuestas a las cartas que fue enviando a lo largo de los años y, más recientemente, con nuestros almuerzos. Lo peor, sin embargo, es que yo estaba comenzando a considerarla una amiga. Sí, es una chica extraña y socialmente inepta, pero cuando alguien se pasa años cuidando de la mujer que la maltrataba cuando era pequeña, supongo que resulta inevitable que eso termine perjudicando la confianza que una tiene en sí misma.

Acaricio sus brazos de arriba abajo y luego coloco mis manos sobre sus hombros.

—Lo arreglaremos. Yo la he cagado más que tú. Uno más uno sumaron tres y yo... —Exhalo un suspiro de cansancio—. No quería ver que la lógica fallaba. Es culpa mía.

Ella niega con la cabeza, rodea mi cintura con sus brazos y apoya la barbilla contra mi pecho.

—No es culpa tuya. No puedes culparte por todo lo que pasa en el mundo. Hay alguien realmente perturbado haciéndonos daño. Y yo sólo... —Exhala un suspiro con los labios pegados a mi camiseta—. Quiero que se acabe de una vez, cariño. Quiero rodar la película con Geneva y regresar a mi hermosa casa donde mi chico esté esperándome tras pasar el día en la oficina y pueda jugar al *frisbee* en el jardín con nuestros perros. Deberíamos poder disfrutar de una vida como ésa. Trabajamos duro. ¡Por el amor de Dios, sólo quiero poder llevar de una vez una vida normal! —Se aparta de mí y, tras pasarse una mano por el pelo, se lo recoge en el cogote, lo enrosca y se lo echa a un lado.

—Un día esta pesadilla habrá terminado y tendremos exactamente lo que sueñas. Te lo juro. —Y yo haré todo lo que esté en mi poder para que suceda.

Nate aparece con las correas de los perros y se las da a Sky. Ella se arrodilla y los arrulla mientras les acaricia la cabeza y luego los conduce a un área con hierba y arbustos.

—Yo entraré primero para inspeccionarlo todo —dice Nate, dirigiéndose hacia la puerta de mi apartamento.

—Gracias, tío.

—Es mi trabajo —responde él, y veo cómo se aleja con determinación en dirección a la puerta.

Rachel se acerca a nosotros por detrás.

—Necesitamos un momento —le digo y, tras asentir, se va en la misma dirección que su marido sin dejar de mirar a un lado y otro, si bien no hay nada que ver. Estamos en un complejo privado y en esta sección no hay ningún lugar donde pueda ocultarse nadie.

—Todo va a salir bien. —Me acerco a Skyler, tomo su mano y la conduzco hacia mi apartamento.

Ella entrelaza los dedos de nuestras manos mientras los perros nos siguen algo rezagados, pues van olisqueando la hierba y haciendo sus cosas.

Cuando nos encontramos a unos cuatro metros de la puerta de mi apartamento, oigo que Nate grita y luego veo que corre a toda velocidad hacia nosotros. Es como ver al protagonista de una película de acción a cámara lenta, sólo que en este caso su rostro está deformado por una mueca de terror.

—¡Retroceded! —exclama.

Su esposa se da la vuelta a toda velocidad, comienza a correr y, literalmente, salta y se abalanza sobre Skyler, tirándola al suelo al mismo tiempo que yo contemplo horrorizado cómo la imponente figura de Nate sale despedida por los aires a causa de una explosión que me perfora los tímpanos. Acto seguido, me derriba una ola de calor tan intensa que huelo a pelo chamuscado antes de caer de espaldas al suelo y golpearme con fuerza la cabeza.

Las alarmas están sonando a todo volumen y creo oír los gritos de una mujer mientras parpadeo en medio del humo negro y noto el sabor de la ceniza en la lengua. No, no son los gritos de ninguna mujer. Son mis oídos. Un pitido resuena con fuerza en el interior de mi cabeza. De repente, sin embargo, veo un ángel. Mi ángel. Skyler

pasa sus dedos por mi cara y veo que sus labios se mueven, pero no puedo oír nada salvo el pitido.

Intento incorporarme, pero me siento como si un coche acabara de atropellarme. No puedo evitar apretar los dientes cuando Skyler me ayuda a sentarme. El aire fresco me arde en los pulmones. Miro a mi alrededor y veo el agujero en llamas que antes era la fachada de mi apartamento. Fuego y humo siguen saliendo de la herida abierta que hay en la pared del salón.

A mi alrededor, vecinos que apenas conozco corren por todas partes, pero es la figura inmóvil que se encuentra a unos cinco metros la que hace que intente ponerme en pie con la ayuda de Skyler, que no me suelta en ningún momento. Mi chica está completamente despeinada y tiene el rostro cubierto de hollín, pero no parece haber sufrido ningún daño.

Nate permanece tumbado boca abajo en el suelo y Rachel está a su lado practicándole maniobras de reanimación cardiopulmonar.

Oh, Dios mío, no.

Me cago en la puta.

No puede ser.

Dejo escapar un grito desconsolado, pero no puedo oírlo. No oigo nada salvo el incesante pitido. Noto entonces que una sustancia pegajosa resbala por un lado de mi cara procedente de algún lugar de mi sien. Skyler intenta limpiarla con su jersey, pero yo la aparto y me dirijo hacia el cuerpo de Nate cojeando. Ella sigue diciéndome algo, pero ningún sonido traspasa mis oídos.

Rachel sigue haciendo compresiones en el pecho de su marido cuando llego a su lado. Me arrodillo junto a la cabeza de Nate y la sostengo en alto para facilitar la labor de Rachel. Los vigorosos músculos de ésta se tensan y contraen mientras realiza las maniobras de reanimación a su marido inconsciente. El poderoso y

enorme pecho de Nate tiene un aspecto extraño, pues un lado parece hundido, y temo que tenga un pulmón colapsado. Coloco los dedos en su cuello y compruebo que todavía tiene pulso. Es muy, muy débil, pero está vivo.

—¡Puedo sentir su pulso! ¡Está vivo! —digo, pero no oigo mis palabras—. ¡No pares! ¡Creo que tiene un pulmón colapsado! —De nuevo, pronuncio palabras que no puedo oír, pues el pitido en los oídos no deja de sonar y ahora lo acompaña un fuerte martilleo en la cabeza. Siento como si mis pensamientos fueran más lentos y morosos. Parpadeo varias veces para intentar despejar el cansancio extremo que amenaza con dejarme fuera de combate.

De repente, veo que está formándose un charco de sangre debajo del cuerpo de Nate, manchando el suelo de un rojo profundo y nauseabundo que fluye en dirección a mis rodillas. El charco aumenta de tamaño con gran rapidez.

—¡Está sangrando! —exclamo, aunque no estoy seguro de que nadie pueda oírme. Parece que sí, pues Rachel inspecciona el cuerpo de su marido. Debe de haberle dado la vuelta, pues veo que en la frente y las puntas de la nariz y la barbilla tiene incrustados pequeños trozos de roca y escombros.

El charco se hace tan grande que tiñe de rojo las rodillas de mis pantalones chinos. Coloco el cuerpo de Nate de lado y veo la causa de la pérdida de sangre. Tiene clavado en la parte baja de la espalda una especie de pieza afilada de metal que debe de haber salido disparada con la explosión. La pieza forma un ángulo extraño que deja la herida abierta en la parte inferior. Cojo el jersey que tiene en las manos Skyler y lo presiono sobre la herida para frenar la hemorragia.

Rachel extiende la mano hacia la pieza de metal, pero yo niego con la cabeza.

—No la toques. No sabemos si ha perforado algún órgano vital.

Ella asiente y coloca la mano en el cuello de su marido. Tiene la expresión desencajada, pero parece sentirse aliviada cuando le nota el pulso. A pesar de ello, si no llega ayuda rápido se desangrará, por no mencionar que ese pecho cóncavo a causa del pulmón colapsado resulta extremadamente preocupante.

Estoy deliberando si levantarlo o no cuando se produce otra explosión, más pequeña que la anterior, y salen despedidos más escombros y ceniza.

—¡Tenemos que salir de aquí! —digo, pero justo entonces aparece la caballería y de detrás de una esquina surgen miembros de los servicios de emergencia ataviados con uniformes azules y portando una camilla—. ¡Sí! —exclamo, y Rachel se vuelve hacia el lugar que estoy mirando y una expresión de gratitud se dibuja en su rostro.

Es la última cosa que veo antes de desmayarme.

Fin..., de momento.

Río

1

Skyler

—Por favor, despiértate, cariño. Por favor, por favoor. Te necesito... tanto... —Me humedezco los labios secos y agrietados con la lengua y centro toda mi atención en el rostro de Parker y su impresionante estructura ósea. La barba de dos días que asoma ya en su cincelada mandíbula me raspa la mano y, sin embargo, no puedo dejar de tocarle.

He de tocarle. Perder ahora ese vínculo me destrozaría por completo. Al instante, me desplomaría y me haría un ovillo, desesperada.

—Tienes que despertarte. N-no puedo hacer esto sola. Y me prome... —Un sollozo ahoga mis palabras y las lágrimas acuden a mis ojos y comienzan a caer por mis mejillas en un río de sentimientos que ya no puedo contener—. Cariño, me lo prometiste. Tú, yo y los cachorros. Te echan de menos, pero están bien. No les ha pasado nada en la explosión. Están con Wendy en su casa; Mick ha hecho que los examine un veterinario. Wendy los está cuidando de maravilla. Y, cariño... —Paso los dedos por su frente y la enorme venda que cubre los dieciocho puntos que le han puesto a un lado de la cabeza. Además, tiene un gigantesco chichón en la parte trasera del cráneo a causa del golpe que se ha dado contra la acera al perder el conocimiento y que le ha provocado una conmoción cerebral. Seis horas después, todavía no se ha despertado. Los efectos de la anestesia local y los analgésicos deberían pasarse

pronto, y los médicos me han asegurado que es sólo cuestión de tiempo que lo haga. Los resultados del escáner han sido excelentes, pero siempre hay que ser prudentes cuando se trata de una conmoción cerebral. Tiene el pecho y las costillas llenas de magulladuras, pero internamente está bien. Lo que le toca ahora a mi chico es descansar y tomarse las cosas con calma.

¡Sólo falta que se despierte!

Le cojo de la mano y le acaricio el brazo del codo a los dedos en lo que espero que sea un gesto tranquilizador y reconfortante. Necesita saber que estoy aquí, a su lado, lista para que abra los ojos, sin abandonarle en ningún momento.

La puerta que hay detrás de mí se abre y aparece Wendy.

—¡Hey! ¿Cómo está? —La preocupación y la tristeza afean sus rasgos, habitualmente animados.

Niego con la cabeza.

—Ningún cambio. ¿Por qué no se despierta, Wen? —Me sobreviene un sollozo y, abrumada por las emociones, me cubro la boca con la mano.

Ella se acerca a mí y, tras sentarse a mi lado, me rodea los hombros con un brazo.

—Su cuerpo y su mente han de estar listos. Ha recibido dos golpes muy fuertes. Uno en la sien y otro en la parte trasera de la cabeza. Tanto su cerebro como su cuerpo están recomponiéndose. Dale un poco de tiempo. Los médicos han dicho que se despertaría, y tú misma has explicado que antes de perder el sentido ha estado auxiliando a Nate. Eso es una buena señal. —Me da un apretón en el hombro—. Se pondrá bien.

Cierro los ojos y asiento. En silencio, le rezo una oración a Dios para que cuide de Parker. Ya he perdido demasiadas cosas, no puedo perderlo también a él.

—¿Alguna novedad sobre Nate? —pregunta Wendy.

Una intensa oleada de tristeza me invade y los sollozos comienzan a sacudir mi cuerpo. Wendy me estrecha entre sus brazos.

—No lo sé. Están operándole. Y es todo culpa mía. Estaba protegiéndome...

Wendy coloca sus manos en mis mejillas.

—Mírame. Lo que ha pasado no es culpa tuya. Nate estaba haciendo su trabajo. Conocía los riesgos. Tú no tenías ni idea de que ese pirado iba a incendiar tu casa o a colocar un artefacto explosivo en la de Parker.

—¿Es eso lo que ha sucedido? —Arrugo el entrecejo y contemplo los cristalinos ojos azules de Wendy y esa melena roja como el fuego que contrasta con el nacarado tono de su piel.

Ésta se muerde el labio inferior y se vuelve hacia la puerta como si quisiera asegurarse de que nadie la oye.

—He accedido ilegalmente a los ordenadores del departamento de la policía. El incendio en tu ático lo han provocado usando un acelerante en el centro de tu cama. Lo del apartamento de Parker ha sido un poco más complejo. En términos llanos, según el informe y la evaluación de la brigada de explosivos, la persona que fabricó la bomba sabía lo que hacía. Y, por alguna razón, sostiene la teoría de que esa persona tiene experiencia gubernamental. Al parecer, la configuración del artefacto explosivo es como la que enseñan en las fuerzas especiales a soldados y a una división de la CIA.

—¿CIA? ¿Fuerzas especiales? —Me llevo la mano a la frente—. ¿Estás de broma? ¡No conozco a nadie en el gobierno, ni tampoco a nadie perteneciente a las fuerzas especiales que quiera matarnos a mi novio o a mí! —El tono de mi voz va subiendo a medida que el

pánico se hace presa de mí. El corazón me late con fuerza y se me huela la sangre en las venas. Todo mi cuerpo comienza a temblar.

—¡Oh, no! ¡Ni hablar! ¡No mientras yo esté contigo! —Wendy me acaricia los brazos y la espalda—. Resolveremos esto. He llamado a Paul, el hermano de Parker, para comentar con él lo que acabo de explicarte. Él es quien ha descubierto que la policía se refería a las fuerzas especiales y que la persona implicada está relacionada con alguien del gobierno o de la cúpula militar.

—¿Se trata de...?

—¿Un sicario? Quizá. Paul dice que no puede estar seguro, pero que no pinta bien. De hecho, está tan preocupado que ahora mismo se encuentra de guardia ante la puerta de la habitación. Y he de decir que tiene un cuerpazo. Va vestido con unos pantalones con estampado de camuflaje, botas militares y una camiseta negra tan ajustada que parece una segunda piel. Del cuello cuelgan sus placas de identificación. —Wendy se muerde los nudillos—. Me lo comería para desayunar, almorzar y cenar. ¡Dios mío, qué bueno está! —dice, y se pasa una mano por su sonrojado rostro.

—¿Estás de coña? ¿De verdad estás diciéndome lo atractivo que te parece el hermano de Parker? ¿Cuando todo mi mundo está patas arriba? Mi vida está desmoronándose a mi alrededor, todo aquel a quien quiero está muerto, en peligro, herido o luchando por su vida. —Se me quiebra la voz—. Unos putos agentes de la CIA van detrás de mí, alguien quiere matarme o a Parker o a ambos... — Pierdo los nervios. Del todo. Sin dejar de alzar la voz, me pongo en pie con las manos cerradas en un puño a ambos lados del cuerpo y estoy tan condenadamente cabreada que se me nubla la vista—. ¡¿Y tú me hablas de lo sexy que te parece el hermano de Parker?!

Wendy sonrío de oreja a oreja.

—¡Eso es! —Se da una palmada en el muslo—. ¡Ésa es mi luchadora! —Hace ver que se seca el sudor de la frente—. ¡Uf! ¡Ya pensaba que iba a tener que llamar refuerzos para sacarte de la fiesta de la autocompasión en la que estabas metida y traer de vuelta a mi luchadora irlandesa! —Alza un puño en el aire y luego extiende los dedos para chocar los cinco.

—¡No soy irlandesa! —Me paso la mano por el pelo y tiro de los mechones al tiempo que doy media vuelta para apartarme de la cama y poder pasear de un lado a otro de la habitación. A Parker esto le funciona, así que tal vez a mí también—. Está bien, está bien. ¿A quién conozco en el gobierno? —Levanto la mano y señalo a Wendy—. ¡Conocemos a Kendra! —exclamo como si acabara de ganar el premio gordo de la lotería.

Wendy frunce el ceño.

—No. Ya le he preguntado. No tiene ningún contacto en la CIA.

—La CIA. ¿Y el hermano de Parker tampoco?

Su boca adopta una graciosa expresión.

—Pues sí. Durante años perteneció a las fuerzas especiales.

—¿Es posible que la bomba esté relacionada con Parker y no conmigo?

Los hombros de Wendy se desploman.

—No lo creemos. Todas las señales apuntan al pirado que te envía mensajes de texto. Un perfilador de la policía los ha analizado y ha realizado un informe.

—¿Y la policía no ha encontrado a Benny?

—¿Singleton? Todavía no, pero como es sospechoso de haber hecho explotar una bomba, además de provocar un incendio en un edificio público, han emitido una orden de detención y han registrado su domicilio. No han encontrado nada relacionado con bombas, pero sí un montón de fotografías tuyas en varias etapas de tu vida

colgadas de las paredes. Sin duda estaba acosándote. Hay varias unidades buscándolo.

—Entonces podría tratarse del tipo que ha puesto la bomba y, sin duda alguna, se trata de mi acosador.

Ella se encoge de hombros.

—Eso parece. Hasta que las pruebas demuestren lo contrario, ésta es la línea de investigación en la que está trabajando la policía. Los agentes querrán hablar contigo, y con Parker cuando se despierte. De momento, los médicos se lo han impedido.

Cuando ya he dado suficientes vueltas a la habitación y me he calmado, vuelvo a sentarme junto a la cama en la que yace Parker.

—Menudo caos. No entiendo cómo puede estar pasándome algo así. Toda esta situación está fuera de control.

A nuestra espalda, se abre la puerta de la habitación y entran el señor y la señora Ellis. En cuanto veo a la madre de Parker, rompo a llorar otra vez.

—¡Lo siento! ¡Lo siento mucho! —Sollozo con las manos en la cara pero, antes de que me dé cuenta, me veo rodeada por la calidez y el amor de la mujer. Un aroma a flores silvestres me embarga y lo aspiro mientras permanezco aferrada a la persona que lentamente está convirtiéndose en una figura femenina que despierta mi admiración.

—Cielo, quítate esas tonterías de la cabeza ahora mismo. —Cathy me acaricia la parte trasera de la cabeza mientras yo hundo el rostro en su cuello y lloro con grandes y estremecedores sollozos.

Durante un largo rato, esa increíble mujer sigue abrazándome y susurrándome cariñosas palabras de consuelo. Me dice repetidamente que no es culpa mía y que a las personas buenas siempre les pasan cosas malas. Luego me dice que me quiere y que superaremos esta difícil situación como la familia que somos.

Una familia.

Otra vez esa palabra. Una palabra que durante demasiados años no he podido utilizar. Ahora no deja de aparecer. Con Parker, sus padres, sus hermanos, Wendy, Mick, Rachel y Nate...

Otro sollozo sacude mi cuerpo.

—Nate podría morir. —Sigo llorando en el hombro de la mujer.

—Tranquila, tranquila —dice en voz baja—. Rezaremos al Padre Celestial para que tenga piedad de ese corpulento joven y lo cure por completo. Eso es todo lo que podemos hacer, mi cielo.

Alzo la cabeza, hasta entonces apoyada en el reconfortante hombro de Cathy.

—¿R-rezarás conmigo? ¿Por Nate? ¿Por Parker?

Ella sonríe suavemente y coloca sus manos en mis mejillas.

—Claro que lo har e, querida. —Acerca mi cabeza a sus labios y me da un beso en la frente. Yo cierro los ojos y dejo que la serenidad de su amor maternal inunde mi alma.

Wendy se levanta de la silla para que Cathy pueda sentarse al lado de su hijo. Tras coger la mano de Parker, extiende la otra para tomar la mía y cierra los ojos.

—Señor, acudimos hoy a ti para que nos ampares en tu amor y piedad. Te pedimos que extiendas tu poder sanador a mi hijo Parker y a nuestro querido amigo Nate, para que consigan recuperarse de este horrible ataque. Hágase tu voluntad y ot rganos la capacidad de comprensión necesaria para aceptar la decisión que tomes. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. Am n.

—Am n —susurro, sosteniendo con fuerza la mano de Cathy porque temo soltarla.

— Mam a? —dice de repente una voz ronca desde la cama—.  Sky? —Parker suena como si su garganta hubiera pasado por un

procesador de carne—. ¿Por qué estáis rezando por mí? No estoy muerto.

Antes de que pueda siquiera reaccionar, Cathy me da un apretón en la mano, se vuelve hacia mí y dice:

—Dios trabaja con rapidez. —Luego alza la mirada hacia el techo con una sonrisa antes de volver a contemplar a su hijo—. Le has dado un susto de muerte a nuestra chica, hijo, y ya no digamos a tu mamá.

—Sky, cariño —dice con voz ronca e intenta aclararse la garganta, pero no puede.

Me muevo tan rápido que, en mi necesidad de expresar el alivio y el amor que siento, creo que aparto a la señora Ellis de un pequeño empujón. Tras colocar una rodilla en la cama de Parker, me inclino, le cojo de las mejillas y beso con fuerza sus labios resecaos.

Él acepta el beso, pero yo todavía no he terminado. Apoyo mi frente en la suya y respiro hondo.

—Ni se te ocurra volver a darme un susto como éste, Parker James Ellis —susurro con mis labios pegados a los suyos, y luego me dedico a besar cada centímetro de su rostro que no está cubierto por un vendaje mientras, entre beso y beso, no dejo de decir «¡Te quiero!».

—¡Dios mío, querida, deja respirar al muchacho! —Cathy me da unas palmaditas en la espalda y me ayuda a incorporarme, pero yo no aparto la mirada de Parker.

Él deja escapar una somnolienta risita de satisfacción y acepta el vaso de plástico rosa con agua que su padre le ofrece. Mi chico se bebe el agua como si hubiera pasado días atrapado en el desierto en vez de varias horas tumbado en la cama de un hospital.

—Gracias, papá.

Su padre le da unas palmaditas en el hombro y, con voz grave, le dice:

—Me alegro de verte consciente y recuperándote, hijo mío.

Cathy se inclina sobre la cama y besa a su hijo en la frente.

—Hijo mío. —Exhala un suspiro y acaricia su mejilla—. Estoy feliz de que vuelvas a estar entre nosotros, querido.

Parker apoya los puños en la cama y cambia de posición. Al moverse, no puede evitar soltar un gruñido y hacer una mueca.

—Dios mío, cómo duele... Me siento como si me hubiera atropellado un camión y en mi cabeza estuviera atronando un concierto de cláxones. —Se lleva una mano al vendaje que cubre su sien.

—Pues no. Ha sido una explosión. Has sufrido dos contusiones en la cabeza. Han tenido que ponerte dieciocho puntos por encima de la sien y el nacimiento del pelo —le cuenta Wendy como si estuviera recitando los ingredientes de la cena que está a punto de cocinar—. ¡Ah, y también tienes magulladuras en las costillas y el esternón, pero ninguna herida interna!

—¿Eso es todo? —pregunta Parker secamente.

Ella sonrío.

—Me alegro de verte la cara, jefe.

Él suspira y sonrío, apoyando la cabeza en la almohada que su madre ha estado mulléndole.

—Y yo me alegro de que puedas verla. Y, ahora, ¿alguien va a decirme cómo se encuentra Nate?

2

Parker

Cuando pregunto por Nate las lágrimas humedecen los hermosos ojos castaños de Skyler.

—¡No, joder! —consigo exclamar, sin reconocer apenas mi voz a causa del incesante pitido que resuena en mis oídos. Al menos ahora puedo oír todo lo demás, no como antes. Sólo consigo imaginar lo peor: que esta noche hemos perdido a un amigo. El hombre que ha estado protegiéndome a mí y lo que es mío.

Mi chica me coge de las manos y niega con la cabeza al tiempo que dos lágrimas caen por sus mejillas.

—No, querido, no ha muerto. Están operándole. Eso es todo lo que sabemos. Hemos llegado hace poco más de seis horas.

Aprieto con fuerza los dientes y, a pesar del dolor que siento en el pecho y la cabeza, respiro hondo para que el miedo recule y la realidad se abra paso.

—¿He permanecido sin conocimiento durante seis horas?

Sky se muerde el labio inferior y asiente.

—¿La poli ha atrapado al tipo? —reclino la cabeza en las almohadas.

Mi madre me pasa los dedos por el pelo y este gesto me reconforta tanto que casi se me salta una lágrima. No deja de tararear en voz baja una melodía que me resulta tan familiar como mi canción favorita y que amortigua parte del pitido. Mi madre es una de las personas más tranquilizadoras del mundo. Sus caricias y

el sonido de su voz tarareando una melodía me retrotraen a cuando de pequeño me ponía enfermo y ella cuidaba de mí.

Wendy se acerca y, tras colocar una mano sobre mis pies a través de las sábanas, los agita ligeramente.

—Están buscando a Benny Singleton para interrogarle. La policía quiere hablar contigo sobre..., esto..., la explosión y el incendio. — La mirada de Wendy va de mi madre a mi padre y por cómo flaquea su voz sé que ha de decirme algo más, pero no quiere hacerlo en presencia de mis padres.

En ese momento, mi padre, consciente de que la atmósfera en la habitación está enrareciéndose, anuncia que necesita un café.

—Venga, Cathy, vayamos a la cafetería y dejemos que hablen de sus cosas.

Haciendo caso omiso, mi madre me acaricia la frente con los dedos y yo cierro los ojos.

—Eres perfectamente capaz de ir tú solo a buscar una taza de café —dice ella—. No me necesitas para...

—Pero mujer —el tono de mi padre no admite discusión alguna—, ¿es que no te das cuenta de que quieren hablar a solas sin que estemos nosotros encima de ellos?

Al abrir los ojos, me doy cuenta de que mi madre se siente agraviada. De repente, echa la cabeza hacia atrás con un gesto algo teatral, como si fuera a cantarle las cuarenta a alguien. Con virulencia.

Mi padre la coge de la mano y tira de ella hacia la puerta.

—Vamos, querida. Ya me gritarás de camino a la cafetería.

—No pienses ni por un segundo que no lo haré —dice, y le lanza a mi padre una mirada furibunda con el ceño fruncido.

—No espero menos —responde él con una sonrisa y, volviéndose hacia mí, me guiña un ojo y luego sonrío a Skyler y Wendy.

—Ahora volvemos, hijo. ¿Quieres algo de la cafetería? Debes de estar hambriento... —pregunta mi madre y, antes de que pueda contestar, hace un gesto con la mano como si me indicara que no hace falta—. Bueno, ya veré qué te traigo. Un sándwich o quizá un trozo de tarta. Seguro que aquí hacen una buena sopa.

—Dios mío, mujer. Acaba de despertarse tras haber sido víctima de un atentado con bomba. Creo que comer es lo último que tiene en la cabeza —dice mi padre.

Mi madre arruga el entrecejo y aprieta los labios hasta que forman una fina línea.

—La comida es la mejor medicina, querido. Siendo dueño de un pub deberías saberlo bien. Por el amor de Dios... —Niega con la cabeza y, sin dejar de murmurar acaloradas palabras dirigidas a mi padre, sale por la puerta que éste mantiene abierta para ella.

Observo cómo se marchan con una sonrisa pero, en cuando se cierra la puerta, cojo a mi chica de la mano.

—¿Estás bien?

Skyler traga saliva lentamente y sus ojos vuelven a anegarse de lágrimas.

—No llores, nena. Odio verte llorar. Me rompe el alma.

Las lágrimas caen por sus mejillas y ella se sienta a mi lado suficientemente cerca para que pueda extender una mano hasta su húmeda mejilla y enjugárselas con el pulgar. Sky coloca entonces su mano sobre la mía, vuelve la cabeza y le da un beso a mi palma.

—Te quiero —susurra las palabras, pero puedo oírlas con toda claridad. Cada sílaba recubre mi alma de un muy necesario bálsamo curativo.

—Yo también te quiero y, cariño, todo va a salir bien. Deja de preocuparte, ¿de acuerdo?

Ella asiente pero sigue sosteniendo mi mano en su cara mientras su respiración se calma como si el mero hecho de estar en contacto con mi piel aliviara su dolor. Ése, por lo menos, es el efecto que tiene en mí.

Me vuelvo hacia mi peleona amiga pelirroja.

—Cuéntame todo lo que sabes, Wendy. La verdad.

Durante los siguientes veinte minutos, Wendy me pone al día sobre lo que ha descubierto accediendo ilegalmente a los ordenadores de la policía y, después, analizando la información con mi hermano.

—Dile a mi hermano que venga —pido bruscamente a causa de la frustración que siento.

En vez de soltarme una réplica malhumorada, Wendy se pone en marcha y hace lo que le digo. Es consciente de que esta situación ha llegado al DEFCON 1 y que no hay pullas ni humor que puedan mitigar la tensión.

Paul aparece en la habitación con una pinta de estar a punto de entrar en combate. Uniforme militar sin chaqueta, camiseta negra, botas, las placas identificativas bien visibles. En cuanto llega junto a la cama, cruza sus enormes y musculosos brazos.

—Me alegro de que estés consciente, hermano. Sabía que te pondrías bien.

—¿Has estado haciendo guardia en la puerta? —le pregunto, enarcando una ceja.

Él asiente.

—Y también vigilando a tu chica. Algunos periodistas y paparazzi han intentado colarse en el hospital. Los encargados de seguridad procuran mantener a esa gentuza fuera, pero algunos siguen intentándolo, incluso disfrazándose.

Asiento y le aprieto con suavidad la mano a Skyler.

—¿Crees que esto ha sido obra de alguien perteneciente a las fuerzas especiales?

Paul se limita a asentir. Las palabras son innecesarias.

—¿Estás ocupándote de ello? —pregunto con los dientes apretados. Las palpitaciones que siento en las sienes aumentan a medida que lo hace mi ritmo cardíaco.

Otro asentimiento.

—Te lo agradezco —añado con voz ronca, e intento aclararme la garganta lo mejor que puedo.

—No es necesario. Algunos de mis amigos están revisando con Wendy la información de la que disponemos. La poli está buscando a un tal Benjamin Singleton, pero, hermano, la verdad es que a mí no me parece que se trate del responsable de la explosión ni del incendio.

Podría haber recibido el impacto de un ariete y me habría dolido menos.

Vuelvo a apretar los dientes y respiro hondo para tratar de mitigar el dolor que embarga mi cuerpo a medida que mi enojo va en aumento.

Paul sigue contando su teoría.

—No. Mi instinto, y suelo estar en lo cierto o habría muerto una docena de veces, me dice que...

—¡Qué tranquilizador! —suelto bruscamente, impaciente por que vaya al grano.

—Mi instinto me dice que Benny no es el autor. Al menos no de esto. No tiene lo que hace falta para llevar a cabo una operación de esta magnitud. Piénsalo: se trata de un tipo que durante años ha estado siguiendo a Sky como un cachorrito perdido y apenas ha intentado nada. Y, cuando lo ha hecho, se ha tratado de asuntos menores: entregar la segunda nota, hacer lo posible para verla en el

ascensor o en la cafetería. Son cosas de niños, tonterías de alguien enamorado. La mierda con la que estamos lidiando ahora, en cambio, se trata de algo mucho más profesional, aunque también es cierto que percibo cierto amateurismo. Estos atentados tienen todas las características de ser obra de un grupo perteneciente a las fuerzas especiales, si bien mi instinto me dice que sólo hay una persona implicada, sin sicarios, y que se trata de algo personal, no de negocios.

—¡Joder! —Echo la cabeza hacia atrás mientras Skyler desliza sus manos por mi brazo.

Paul prosigue.

—Y no sé si eres consciente de ello, pero todos los fabricantes de bombas cuentan con su propio sello distintivo. El tipo de cable, el cableado realizado, los metales usados, el método de soldadura, el aparato... Todo está planeado y hay partes que suelen llevar el sello característico de una determinada persona. Vendría a ser algo así como una tarjeta de visita.

—Ajá, ¿y en qué nos ayuda eso en este caso?

—Para empezar, quienquiera que fuera el autor colocó la bomba antes de provocar el incendio. Se trataba de un artefacto de efecto retardado sujeto con esparadrapo al otro lado de la puerta. Diez segundos después de que la llave girara en la cerradura, explotó. Esto significa que el autor del atentado esperaba que tú fueras la víctima. A no ser que supiera que, en ese momento, Skyler y tú estabais juntos. En ese caso, lo normal sería que Nate o Rachel inspeccionaran el apartamento antes de que entrarais vosotros. Eliminar a uno o a los dos guardaespaldas habría hecho daño a Sky, pero no la habría matado. Y, si hubieras entrado tú primero, te habría liquidado a ti. En cualquier caso, ambos escenarios habrían resultado devastadores para Skyler, pero sin llegar a matarla.

Quienquiera que haya sido el autor, te quiere a ti muerto y a ella viva.

Al oír la última parte, noto cómo las manos de Skyler oprimen mi brazo.

—¿Cuál es el siguiente paso?

—Uno de mis hombres está analizando el sello distintivo de la bomba. Es el mejor modo de seguir la pista del creador.

—¿Y la poli?

Paul suelta una risa socarrona.

—¿Crees que tienen la capacidad de dar con un terrorista de este nivel? —Niega con la cabeza—. Ni hablar. Lo tengo bajo control. Tendré más información dentro de un par de días, si no antes. En cuanto a ti —señala a Skyler—, a partir de ahora seré como una mosca cojonera. Donde tú vayas, yo voy. Punto. ¿Lo has entendido?

Skyler frunce el ceño.

—¿Y qué hay de Nate y Rachel? —dice ella con voz quebrada por la emoción.

—Están fuera de juego. Ahora me encargo yo. Nadie colocará una bomba en el apartamento de mi hermano, provocará un incendio en el piso de su chica, ni intentará liquidaros a ninguno de los dos. No mientras yo esté de guardia. Ni de coña. ¿Tienes algún problema con eso, hermanita?

—¿Hermanita? —susurra, y traga saliva.

—¿No habéis adoptado unos perros, comprado una casa y planeáis mudaros a vivir juntos? —pregunta él con voz neutra.

Sky se queda mirando con una inocencia perpleja el ceñudo rostro de mi hermano. Asiente y murmura:

—S-sí.

—Pues bienvenida a la familia —dice Paul con una amplia sonrisa al tiempo que la puerta se abre y entra en la habitación un

hombre ataviado con una bata blanca.

—Credenciales. Ahora —dice mi hermano con un gruñido.

—Esto... Eeeh... S-soy el doctor Perenski... —balbucea el tipo, y muestra la tarjeta identificativa que lleva en la solapa y en la que se puede ver una fotografía suya, así como su nombre y su cargo.

—Enséñeme un segundo documento identificativo —exige mi hermano con un gruñido de oso verdaderamente espeluznante, y yo no lo evito. Y es que, por primera vez, me doy cuenta de que mi jodido apartamento ha explotado porque alguien quiere verme muerto.

Más tarde, estoy tomando una sopa y comiendo su sándwich con la mirada perdida mientras Skyler permanece en la butaca que hay junto a la ventana, hecha un ovillo y finalmente dormida. Mi madre y mi padre se han marchado tras asegurarles que me lo comería todo y haría exactamente lo que me dijeran los médicos. Prácticamente nos han exigido a Skyler y a mí que nos instalemos en su casa cuando salga del hospital, pero les he explicado que, por más que odie admitirlo, no es un lugar seguro para Skyler. Por no mencionar que, si alguien quiere matarme a mí, el último sitio al que voy a conducirlo es a casa de mis padres.

Como los médicos han recomendado que pase aquí la noche para permanecer en observación, tengo algo de tiempo para meditar sobre nuestros próximos pasos. Si no mantengo la mente ocupada con algo, no podré dejar de pensar en Nate. Todavía no sabemos nada sobre su estado, pero hace un par de horas Royce, Wendy y Bo han ido a buscar a Rachel a la sala de espera y no la han visto, lo cual probablemente quiere decir que han vuelto a llamarla. Eso o que ha recibido un parte preocupante. Los médicos no nos han

dicho nada y eso ha mosqueado sobremanera a Wendy. Lo último que sé es que ésta le ha pedido a Mick que trajera su portátil «rojo», el que usa para todas las actividades furtivas de las que no nos da detalles. Afirma que cuanto menos sepamos más seguros estaremos.

Tomo la última cucharada de la sopa de pollo que puedo ingerir y aparto la bandeja al tiempo que la puerta de la habitación se abre y aparece Rachel.

—¡Hey...!

Me sorprende verla en persona. Tiene los ojos enrojecidos y lleva el pelo recogido en un moño despeinado. Viste los mismos pantalones que esta mañana, pero se ha cambiado la parte de arriba por la camiseta rosa brillante de un uniforme médico. En ella está tan fuera de lugar que me hubiera reído, salvo que el corazón me late con tanta fuerza que puedo sentirlo en todo el cuerpo. Ni siquiera los analgésicos consiguen mitigar el dolor.

Ella se humedece los labios con la lengua y se acerca a mi lado.

—Nate ha sobrevivido —anuncia con voz ronca. Su mirada deambula por la habitación y, tras ver a Skyler durmiendo, se vuelve hacia mí y mira mi cuerpo estirado—. ¿Tú estás bien?

—Asiento.

—¿Cómo se encuentra? —pregunto en voz baja cuando sus ojos se posan en los míos.

Ella cierra los ojos y puedo notar que está intentando mostrarse fuerte, cuando no tendría por qué hacerlo. No ahora. No con nosotros. No cuando todo su mundo está en una cama de la UCI de un hospital.

Me inclino hacia delante lo suficiente para alcanzar su muñeca, se la agarro y tiro de ella para acercarla. Rachel comienza a negar con la cabeza, pero yo la siento en la cama al lado de mi cadera y la

estrecho entre mis brazos. Por un momento, permanece rígida como una tabla de madera, luego algo en ella cede porque todo su cuerpo sufre una sacudida. Inclina la cabeza hacia mi pecho, apoya la frente en mi cuello y se aferra a mí como si su vida dependiera de ello. Suelta un grito ahogado y desolador en mi cuello y sus lágrimas me empapan la piel y la bata del hospital.

Al otro lado de la habitación, Skyler se despierta y rápidamente se pone en pie, se acerca a la cama y, tras sentarse al lado de Rachel, coloca las manos en los hombros de su amiga. Sigo abrazándola mientras llora con fuerza. El dolor que siento en el pecho es desgarrador y tengo la sensación de que la cabeza me va a estallar con cada palpitación, pero no me importa. Aguantaré el dolor que haga falta si finalmente consigo que se desahogue.

—¿Nate? —me pregunta Skyler moviendo los labios pero sin emitir sonido alguno.

—Está vivo —digo en voz alta mientras Rachel sigue sollozando pegada a mi cuello.

Al cabo de unos minutos, levanta la cabeza, se limpia la nariz y los ojos y se aclara la garganta.

—Lo siento.

Yo arrugo el entrecejo.

—¿Por qué? ¿Por ser humana? ¿Por necesitar a tus amigos?

Skyler acaricia la espalda de Rachel de arriba abajo.

—Estamos aquí para ti. Lamento tanto que esto haya pasado... Es todo culpa m...

—No te atrevas a decir que es culpa tuya —la interrumpe Rachel en un tono rebosante de ira—. La única persona responsable de que mi marido esté enchufado a esas máquinas que le ayudan a seguir con vida es el desgraciado que fabricó esa bomba y la pegó a la puerta de tu chico. Nathan y yo somos conscientes de los riesgos de

este trabajo y estamos preparados para salir heridos si eso es lo necesario para proteger a la persona que está a nuestro cargo. Por ello tomamos todas las precauciones posibles. Ésa es la razón por la cual Nate todavía está vivo. —Rachel baja la mirada como si hubiera visto algo a lo lejos o hubiera recordado algo.

Luego sigue hablando con la mirada perdida.

—Al abrir la puerta debió de oír el clic del temporizador. Si no hubiera salido corriendo, todos podríamos haber muerto o, cuando menos, haber resultado gravemente heridos. Mi marido se llevó la peor parte de la explosión... y estoy orgullosa. Sí, me siento tremendamente orgullosa de él por haber hecho todo lo que podía para advertirnos y que nos diera tiempo a reaccionar. —Su voz se quiebra y un temblor sacude su cuerpo. Luego se sorbe la nariz y levanta la barbilla en un gesto que muestra su fortaleza y determinación.

Skyler se muerde el labio inferior y asiente. Está claro que se siente tan abrumada por la tristeza que no puede decir nada.

—¿Qué han dicho los médicos? —pregunto, y cojo una mano de Rachel y la sostengo entre las mías. Skyler coge la otra y hace lo propio.

Ella aspira hasta llenar de aire los pulmones y luego lo exhala lentamente.

—Me han explicado que ha sufrido un par de paros cardíacos en el quirófano, pero que han conseguido estabilizarlo. Tenía un pulmón perforado y colapsado, pero el mayor problema que han encontrado ha sido la metralla que había impactado en su espalda y la pérdida de sangre que había sufrido. La metralla había perforado uno de los riñones, los intestinos y una pequeña porción del estómago, además de destrozarle el bazo. Se lo han extirpado junto con una sección de los intestinos. Lo que nosotros no habíamos

advertido es que había sufrido graves quemaduras en la espalda, de modo que le han tratado esas heridas y luego le han inducido al coma. Permanecerá en ese estado un par de días. Su cuerpo necesita tiempo para curarse.

—Entonces, ¿se pondrá bien? —pregunta Skyler con un asomo de esperanza en la voz.

Rachel se encoge de hombros.

—Me han dicho que su situación será delicada durante las siguientes cuarenta y ocho o setenta y dos horas, pero están haciendo todo lo que pueden. —Traga saliva y prosigue con voz trémula—: Dicen que es un luchador... y ciertamente así es. Hará todo lo posible para volver junto a mí.

Skyler estrecha a Rachel entre sus brazos y ésta vuelve a romper a llorar.

—¿Necesitas que llamemos a alguien? —Me siento inútil tumbado en la cama de un hospital como un inválido.

Rachel se incorpora y se seca las lágrimas.

—Ya he hablado con su madre. Mañana su familia llegará a Boston en avión.

—¿Y qué hay de ti? —pregunto.

—Estaré bien. —Sigue enjugándose las lágrimas—. Las enfermeras me han preparado una cama plegable. Dormiré a su lado para poder velar por él y que sepa que estoy ahí.

Yo asiento.

—Skyler puede acompañarte —le ofrezco, a pesar de que preferiría no perderla de vista.

Rachel niega con la cabeza.

—No. No. Alguien ha de vigilar a Sky. He visto que Paul sigue de guardia en el pasillo. —Sonríe brevemente—. Me ha dicho que cuidará de ti mientras Nate y yo estamos fuera de juego.

—Sí, ¿te parece bien? —pregunta Skyler. Como siempre, se preocupa más por los demás que por ella misma.

A pesar de su estado emocional, Rachel deja escapar una risa ahogada y coloca una mano en la mejilla de Sky.

—Nate se enfadaría mucho si te sucediera algo. Lo mejor que puedes hacer por él o por mí es permanecer a salvo. Y ese tipo que está ahí fuera es un profesional —dice, señalando la puerta—. Mientras permanezcas bajo su custodia no estaré preocupada por tu seguridad. ¿Qué hay de ti, Parker? ¿Qué han dicho los médicos? —pregunta con la mirada puesta en el vendaje de mi cabeza—. Skyler dejó escapar un grito desgarrador cuando perdiste el conocimiento y te golpeaste en la cabeza.

Alzo la mano y froto con los dedos el chichón que tengo en la cabeza.

—Sí, bueno, mi cabeza es más dura de lo que parece. —Le guiño un ojo y ella asiente.

—Me lo creo.

—Me han recomendado que pasara la noche en el hospital para permanecer en observación. He sufrido una contusión, me han puesto puntos, tengo un chichón en la parte trasera de la cabeza y magulladuras en las costillas y el esternón, pero gracias a tu marido y su heroicidad no tardaré en ponerme bien.

Rachel aprieta la mandíbula y veo que tiene un tic en la mejilla.

—A él le hará feliz saber que nos dio tiempo a retroceder.

—En cuanto me den el alta mañana, iremos a verlo.

Rachel se pone de pie y se rodea el torso con los brazos.

—Gracias, chicos. Me alegro mucho de que estéis bien. Supone un pequeño consuelo saber que hicimos bien nuestro trabajo.

Skyler vuelve a abrazar a Rachel y le susurra algo al oído. Ésta asiente y mira a Sky a los ojos durante un largo rato antes de darle

un apretón en la mano y marcharse de la habitación.

—¿Qué le has dicho?

—Que tan pronto como Nate se ponga bien, lo celebraremos en nuestra nueva casa. Y también que cuento con que para entonces tanto él como ella vuelvan a ser mis guardaespaldas y que ya puede ir preparándose para mudarse a su nuevo hogar.

—Genial. —Extiendo una mano y Skyler se acerca a mí. Yo me hago a un lado como puedo y luego doy unas palmaditas en el espacio libre que he dejado a mi lado.

Ella sonrío y se mete bajo la cutre sábana del hospital y se acurruca contra mi magullado pecho. Contengo un gruñido hasta que ella se ha acomodado del todo. El dolor finalmente remite. Luego respiro hondo y apoyo mi barbilla en su coronilla.

Permanecemos así tanto rato que tengo la impresión de que se ha quedado dormida. De repente, sin embargo, un bostezo de cansancio se escapa de sus labios y dice:

—Hablando de casas... ya no tenemos ninguna.

—¡Claro que la tenéis! —dice una voz alegre desde la puerta.

Wendy entra en la habitación con una bolsa en la mano. Sin hacer ningún caso a nuestras expresiones de confusión, comienza a sacar la ropa que lleva en la bolsa. Reconozco los pantalones vaqueros y la camiseta que deja en el armario junto con lo que parecen unos calzoncillos bóxer de color bermellón y un par de calcetines. Luego cuelga el vestido con un estampado de flores que Skyler se puso en nuestro viaje a Madrid.

—Espero que no os importe que le haya dicho a la asistenta que deshiciera vuestras bolsas de viaje. Ha metido en la lavadora toda la ropa salvo las prendas íntimas, que ha lavado a mano, y las delicadas, que ha llevado a la tintorería. El resto lo ha dejado en una de las suites de vuestro casoplón. —Wendy cierra el armario y se

frota las manos como si estuviera desempolvándose las—. Todo está listo para que mañana te den el alta. Nuestro chófer estará esperándoos para llevaros a casa.

—¿A casa? —pregunta Skyler en tono somnoliento. En ese momento, Mick irrumpe en la habitación.

—Os instalaréis con nosotros hasta que vuestra casa esté lista. Es lo que tiene más sentido. Tenemos muchísimo espacio y, como sabéis, la seguridad de nuestra urbanización es como la de Fort Knox. También me he puesto en contacto con vuestro agente inmobiliario y le he preguntado si se podían acelerar los trámites. Se ha comprometido a que podáis mudaros dentro de un par de semanas. Como lo pagaréis todo en efectivo, el proceso de compra puede acelerarse.

El sueño parece abandonar de golpe a Skyler y se incorpora de golpe.

—¿De verdad? ¿Nos mudaremos a nuestra casa dentro de dos semanas?

Wendy sonrío ampliamente y rodea la cintura de Mick con un brazo.

—Mi chico es una polla.

—Cielo, ya te he dicho que se dice «la polla», no «una polla», o en vez de decir que alguien es increíble estarías diciendo que es un pene. Algo básicamente sin sentido.

Ella hace pucheros.

—¡Entonces eres la bomba!

Skyler se encoge y yo hago una mueca.

—Oh, lo siento... —Una expresión de disgusto se dibuja en el rostro de Wendy—. Ha sido un comentario muy poco oportuno.

Mick se vuelve hacia su chica y la besa suavemente en los labios antes de darle un golpecito en la nariz con el dedo índice.

—Eres adorable. Y tus amigos te han entendido a la perfección. Pero probablemente están muy cansados. Ahora que ya les has traído la ropa, les has contado lo de su casa y les has explicado que, mientras tanto, pueden instalarse en la nuestra..., creo que ha llegado el momento de que los dejes descansar.

—Pero... No me gusta tener que dejarlos solos...

Él coloca una mano debajo de su barbilla.

—Cielo... Parker y Skyler están bien. Míralos. —Hace que vuelva la cabeza presionándole el mentón con un dedo—. Están aquí mismo. Y tienen a un corpulento soldado haciendo guardia en la puerta. Alguien que sin duda puede hacer mucho daño si le tocan las narices. No tienes nada que temer.

Ella hace pucheros y me fijo en que su labio inferior está temblando. Mi descarada está asustada.

—¿Estás seguro de que estaréis bien? —me pregunta.

—Mi chica está conmigo y tú nos has ofrecido un lugar en el que quedarnos. Te lo agradezco.

—Sí, muchas gracias —dice Skyler.

—Estaremos bien. Nos vemos mañana.

Wendy asiente y Mick la conduce en dirección a la puerta.

—Dormid tan bien como podáis. Estoy muy contento de ver que ambos estáis a salvo.

En ese momento, Wendy se deshace del brazo de su chico, viene corriendo a la cama y se inclina y nos besa en la frente a Skyler y a mí.

—No volváis a darme un susto así. No me gusta que me llamen para decirme que mis amigos han sufrido un atentado con bomba.

Cojo su mano y le doy un apretón. Dejo que mi mirada le exprese lo mucho que su interés significa para mí.

—A nosotros tampoco nos gusta.

—Intentad no volver a hacerlo —dice en broma y se dirige hacia la puerta con el brazo de su chico alrededor de la cintura.

Skyler deja escapar una risa ahogada y vuelve a acurrucarse contra mi cuerpo. Yo suelto un gruñido y resoplo cuando apoya el brazo en mi esternón, pero no dejo de abrazarla mientras vuelve a acomodarse.

—¿Te he hecho daño? —pregunta, preocupada, haciendo amago de incorporarse.

—Para nada. —Acaricio su brazo hasta que se relaja—. El hecho de que estés cerca, que tu piel esté en contacto con la mía y pueda aspirar tu fragancia a melocotón con nata resulta sanador. No dudes ni por un momento del poder que tienes sobre mí, Melocotones. Ahora duerme. Mañana tenemos muchas cosas que hacer.

—Está bien, cariño —dice con el rostro pegado a mi pecho, y puedo notar el momento exacto en el que su cuerpo se relaja del todo. El cansancio la vence y mi chica se queda finalmente fuera de combate.

Yo cierro los ojos y procuro no prestar atención al pitido que todavía oigo en los oídos a pesar de que ha remitido parcialmente.

Ahora que tengo a Skyler entre mis brazos, mi hermano está haciendo guardia en la puerta de la habitación y sé que Nate se pondrá bien, dejo que los analgésicos y el cansancio también me lleven al país de los sueños.

3

Skyler

Abro los ojos al oír movimientos en la habitación. Una enfermera está ajustando algo en uno de los soportes de los goteros que hay al lado de la cama. Parece que está cambiando una de las bolsas transparentes.

La enfermera sonrío ligeramente y se lleva un dedo índice a los labios, haciendo el gesto universal para que permanezca en silencio. Asiento y me muevo suavemente para levantarme de la cama. Parker, que estaba abrazado con fuerza a mí, se despierta al instante.

—¿Adónde vas? —murmura soñoliento.

—He de ir al cuarto de baño.

—Tendrás que usar el que hay en el pasillo. —La enfermera señala la puerta—. Estamos monitorizando la orina de Parker y sólo él puede usar el cuarto de baño de la habitación.

Pongo los ojos en blanco y me levanto de la cama.

—Ahora vuelvo.

Parker bosteza.

—Dile a mi hermano que vaya contigo.

—Está bien, cariño. —Y paso los dedos por el costado de su cabeza que está libre de vendaje, sintiéndome feliz porque mi chico esté vivo y pueda hacer esto. Tras casi perderle, no me cabe la menor duda de que éste es el rostro que quiero ver al levantarme cada mañana así como al ir a dormir por las noches. Lo elijo a él.

Parker James Ellis es el elegido.

Puede que no sea perfecto, pero para mí sí lo es. Parker cierra los ojos y yo sonrío antes de dirigirme hacia la puerta. La luz del pasillo me deslumbra y me hace parpadear.

Paul permanece de guardia con las manos cogidas a la espalda y las piernas separadas. Su aspecto resulta terriblemente amenazador... y rematadamente sexy. Sin duda, sabe cómo vestir unos pantalones militares.

En vez de hablar, me saluda con un movimiento de barbilla con el que básicamente me pregunta «¿Qué hay?» sin tener que pronunciar palabra alguna. Es un auténtico soldado cañón. Desde luego, entiendo que este rollo resulte atractivo para muchas mujeres... O, en este caso, para su chico, Dennis.

Antes de que yo pueda decir nada, oigo que alguien grita:

—¡Ahí estás! ¡Dios mío, Sky! ¡Pero qué diantre...! —Me vuelvo y veo a Tracey abriéndose paso atropelladamente por el pasillo del hospital y vociferando como si estuviera usando un maldito megáfono en medio de la noche.

Nada más hacer amago de acercarme a ella (más que nada para que deje de armar tanto escándalo y no despierte a los pacientes), Paul extiende un musculoso brazo, me empuja a su espalda y coloca la otra mano en la cartuchera que lleva debajo del brazo.

—¡Alto! —dice con un gruñido.

No estoy segura de si me lo dice a mí o a Tracey.

—Apártate, Rambo. Ésa es mi mejor amiga.

—¡Deténgase o desenfundo el arma! ¡No me ponga a prueba, señorita! —exclama con una voz tan profunda como un trueno anunciando una inminente tormenta. Paul es un muro impenetrable y su lenguaje corporal resulta realmente amenazador. Todos sus músculos están en tensión y listos para entrar en acción.

Tracey abre los ojos como platos y se detiene de golpe. Asomo la cabeza por detrás de la espalda de Paul y le doy unos golpecitos en el hombro. Sin mirarme, él me dice con su retumbante voz:

—Si tienes algo que decir, hermanita, dilo, pero hazlo detrás de mí, ¿entendido?

—¿Hermanita? Sky no es familia tuya, Sylvester. Apártate — exige Tracey, e intenta rodear a Paul. Mala idea. Impertérrito, éste se muestra protector y cauto al mismo tiempo y extiende el fornido brazo con el que me mantenía a su espalda y la detiene colocándole la mano en el pecho.

—Paul, cielo, dice la verdad. Esta mujer es mi mejor amiga y también mi agente. —Por ahora. Esto último lo pienso, pero no lo digo. No es el momento de ocuparme de mi incierta relación con Tracey.

—No sé, Sky. Parece algo desequilibrada... Por si acaso, no te alejes demasiado. —Paul retira la mano de la cartuchera y se hace a un lado, pero permanece suficientemente cerca para reaccionar si surge algún problema.

—No pasa nada —digo, y hago un gesto con la mano para que se relaje. Él no parece quedarse demasiado convencido.

—¿Qué diantre está pasando? Te he escrito un millón de mensajes de texto —dice Tracey con amargura.

Saco mi móvil del bolsillo trasero y veo los múltiples mensajes de texto y de voz que he recibido desde la explosión.

—¿Cómo me has encontrado? —pregunto con el ceño fruncido. Siento la cabeza embotada por la falta de sueño y tengo la vejiga a punto de explotar, lo cual me recuerda por qué me he levantado de la cama.

—¿Estás de broma? ¿Tu ático sufre un incendio, una bomba explota en el apartamento de tu chico y no llamas a tu mejor amiga?

Llevo aquí horas intentando dar contigo, pero nadie quiere decirme nada. Ha dado la casualidad de que me he levantado para ir al baño y de repente te he visto. —Me rodea con un brazo—. No te preocupes, Pajarillo, ya estoy contigo.

Y, efectivamente, sienta bien estar entre los brazos de mi amiga. Me abrazo a ella.

—Lamento tu pérdida —dice mientras me acaricia la espalda de arriba abajo—. Todo irá bien. Yo me encargaré de ello. Ya sabes que siempre estaré a tu lado para cuidar de ti.

Estoy tan cansada que apenas puedo seguir lo que dice.

—Un momento, ¿cómo dices...? ¿Mi pérdida? ¿Te refieres a mi casa? —No termino de comprender lo que me está diciendo y me aparto de ella.

Ella vuelve a agarrarme y me atrae hacia ella.

—No, a tu chico. Ha muerto en la explosión, ¿no? Lo siento mucho. Sé lo mucho que te importaba.

Niego con la cabeza, aturdida. Me siento como si las sinapsis de mi cerebro estuvieran cubiertas de telarañas.

—No, no. —Me aparto—. Parker está bien. Es decir..., ha sufrido heridas, pero está bien.

Ella arruga el entrecejo un momento y luego sonrío de oreja a oreja.

—¡Oh, gracias a Dios! Debes de estar muy aliviada. Aunque entonces... ¡Oh, Dios mío! ¿Ha muerto tu guardaespaldas? Ha sido una explosión tremenda. He visto el agujero que ha dejado.

—No. Nate está... Bueno, casi muere. Técnicamente, ha muerto un par de veces mientras le operaban, pero somos optimistas respecto a su recuperación.

Ella aprieta los labios y asiente.

—Sí, sí. Eso es una buena noticia. Aun así, Pajarillo, estoy aquí para lo que necesites. Podemos volar de vuelta a Nueva York para que te instales otra vez ahí. Yo permaneceré a tu lado. Me quedaré contigo hasta que todo vuelva a la normalidad.

En ese momento, la vejiga me recuerda que necesito ir con urgencia al cuarto de baño.

—Sígueme. —Rodeo su brazo con el mío y enfilamos el pasillo en dirección a los servicios. Paul nos sigue de cerca hasta que oigo un ruido detrás de mí y, de repente, veo que Bo se levanta de un salto del sillón acolchado de la sala de espera del hospital en el que se encontraba.

—Ocúpate de la puerta —le ordena Paul, señalando la habitación de Parker. Al instante, Bo se dirige hacia el cuarto donde está su amigo y se apuesta en la puerta apoyando la espalda en la pared.

—Paul, estamos en el hospital y son las dos de la madrugada. Nadie va a hacerme nada aquí. No tienes que seguirme hasta el cuarto de baño.

Él suelta un resoplido.

—No soy yo quien casi salta por los aires. Deberías comenzar a comprender qué quería decir con lo de que pienso estar «encima de ti». Básicamente, significa que no puedes ir a ningún sitio que no conozca con nadie que no conozca. Como esta mujer, por ejemplo. Aunque como a Bo no le ha sorprendido veros a las dos cogidas del brazo, supongo que él sí la conoce.

—Ya te lo he dicho, Soldado Ryan. —Tracey vuelve a referirse a Paul con otro apodo burlón que hace que me rechinen los dientes de irritación—. Soy su mejor amiga. Y también su agente. Lo cual significa que ya puedes largarte. —Y con la mano le hace un gesto de despedida al hermano de Parker, esa enorme masa de músculos y tendones. Un soldado perteneciente a las fuerzas especiales que

se dedica a hacer todo tipo de misiones espeluznantes que la mayoría de la gente ni siquiera podría concebir.

—No sabe con quién se ha topado, señorita. —Paul se queda mirando a Tracey con el ceño fruncido, y puedo ver que la situación está torciéndose de veras entre los dos.

Ella se ríe con arrogancia, avanza un par de pasos y, tras plantarse delante de Paul, baja una octava el tono de voz y le dice:

—¿Acaso te crees que no sé qué haces y quién eres? Lo llevas escrito en la cara. Militar de carrera. Probablemente de las fuerzas especiales. Conozco a los que son como tú. Cuarenta años atrás, mi padre era como tú. Y yo era la niña de sus ojos. Me enseñó todo lo que sabe. Estoy segura de que ahora estás considerando todos los posibles escenarios en los que me partes la crisma usando sólo una mano mientras apartas a Skyler con la otra. Eres un cabeza hueca. Un matón a sueldo. Un tipo entrenado para asesinar. Lo que me diferencia a mí de todos aquellos a los que intentas asustar es lo siguiente: Yo. No. Te. Tengo. Miedo.

Joder. ¿A qué viene eso? La cabeza me da vueltas con tal rapidez que apenas puedo ver bien. Recuerdo que cuando éramos pequeñas el padre de Tracey estaba en el ejército o algo así. Solía ausentarse durante largos períodos de tiempo; semanas, a veces incluso meses. En su despacho tenía una enorme caja fuerte en la que, según me contó Tracey, escondía montones de armas. Ésta solía jactarse de que su padre le había enseñado a disparar y que se le daba muy bien. Por aquel entonces, me limité a suponer que necesitaba presumir de cosas así porque su padre apenas solía estar en casa. A diferencia del mío, que siempre estaba ahí conmigo.

—Maldita sea, Tracey. Sé que estás cabreada porque no te he llamado, pero no tienes por qué pagarlo con Paul. Está haciéndome

el favor de procurar que no me pase nada y es hermano de Parker y veterano del ejército. Te agradecería que le mostraras el respeto que se merece.

Tracey sigue mirando a Paul. Luego me mira a mí y exhala un largo suspiro antes de volverse de nuevo a él.

—Lamento mi arretrato. Estaba preocupada por mi mejor amiga y te has puesto en mi punto de mira.

Paul no dice nada y se limita a asentir con la mandíbula apretada mientras ladea la cabeza y mira a Tracey de arriba abajo, como si estuviera analizándola. Me pregunto si lo hace siempre o sólo con la gente que está relacionada conmigo porque ahora estoy a su cargo.

Finalmente, rompe el silencio:

—Date prisa. Prefiero que estés dentro de la habitación con mi hermano. Además, dentro de poco Parker va a comenzar a preocuparse.

Tiene razón. Si no regreso pronto junto a mi chico, armará un alboroto e intentará salir de la cama para ir en mi busca.

Detrás de mí, Paul asoma la cabeza dentro del servicio de mujeres, se agacha y finalmente vuelve a ponerse en pie.

—No hay peligro —dice, señalando el cuarto de baño con un gesto de cabeza. A mí me entran ganas de poner los ojos en blanco, pero de nuevo vuelvo a darme cuenta de que sólo está haciendo lo que considera necesario para mantenerme a salvo.

—Bueno, dentro de poco cogerá un avión para regresar a Nueva York y tú y Parker ya no tendréis que preocuparos de nada, ¿verdad, Pajarillo? Regresaremos a casa para que estés a salvo —anuncia en un tono de voz que apenas puede disimular su fastidio.

Presas de la más absoluta incredulidad, me la quedo mirando y parpadeo varias veces al tiempo que Paul aprieta los labios hasta que forman una fina línea.

—¿Es eso cierto? ¿Vas a dejar tirado a mi hermano y a largarte a Nueva York? —pregunta Paul en un tono de voz cargado de emoción, y no de la buena precisamente.

—Claro —dice Tracey.

—Desde luego que no —la interrumpo—. Trace, tenemos que hablar sobre lo que piensas que está pasando, porque no tengo la menor intención de volver a Nueva York. Voy a instalarme un par de semanas con Mick y Wendy hasta que la casa que Parker y yo hemos comprado esté lista y podamos mudarnos.

Veo cómo las aletas de la nariz de Tracey se ensanchan y su rostro se sonroja.

—¡Hoy podrían haberte matado! ¡Alguien quiere ver muerto a tu chico y te matarán a ti también en el proceso! ¡Tienes que regresar a casa donde yo pueda cuidar de ti! —Su tono de voz es tenso y casi raya en el histerismo. Parece estar a punto de perder la chaveta, lo cual demuestra hasta qué punto toda esta situación la ha desquiciado. Nunca había experimentado que yo estuviera en peligro de este modo y, a pesar de nuestra pelea por lo de Johan y todo lo demás, está claro que me quiere y sólo desea que no me pase nada.

Coloco una mano en su brazo y procuro tranquilizarla.

—Estoy bien, querida. No tienes que preocuparte por mí. Paul me protege. La policía está investigando el asunto. Encontrarán a la persona que ha puesto la bomba y ha provocado el incendio y la llevarán ante la justicia. Mientras tanto, no tengo la menor intención de dejar a Parker. Él es lo único que me importa. Le quiero más que nada. Es todo mi mundo.

La expresión de Tracey es de absoluta perplejidad y veo cómo las lágrimas acuden a sus ojos.

—¿Y qué hay de mí? Yo te quiero. Y quiero que estés a salvo. No podría soportar perderte, Pajarillo.

Niego con la cabeza.

—Estaré bien. Confía en mí. Todo va a salir bien.

—Estás poniéndote en peligro por un hombre que probablemente terminará haciéndote daño como todos los demás. Yo soy quien siempre ha estado ahí por ti.

La cojo de ambas manos y la obligo a mirarme a los ojos.

—Trace, eres mi mejor amiga y te quiero, pero tienes que comprender que he elegido pasar mi vida con Parker. Si esto termina siendo un error tal como tú crees, será asunto mío. En cualquier caso, sé lo que veo cuando me mira y me dice que me quiere. Puedo visualizar nuestra vida en común y, cielo, es maravillosa. Tanto que se me saltan las lágrimas. —Y eso es exactamente lo que sucede en ese momento.

—Estás tan obnubilada que los árboles no te dejan ver el bosque. Terminaré jodiéndote. Recuerda mis palabras —dice Tracey con gran amargura.

Aprieto la mandíbula.

—Ahora no tengo tiempo para esto. Necesito ir al cuarto de baño y volver junto a mi chico, que está tumbado en la cama de un hospital por mi culpa, no al revés. Alguien quiere hacerme daño haciéndole daño a la gente a la que quiero. Ésta es la cruz con la que debo cargar. Ahora mismo, sin embargo, estoy cansada. Condenadamente cansada, Tracey. No puedo seguir escuchando cómo cuestionas mi relación con Parker. Vete a casa. Regresa a Nueva York. Cuando todo esto termine, ya encontraremos el momento para tener una larga conversación. Ahora mismo... no te necesito.

Ella se queda boquiabierta y los ojos se le llenan de lágrimas.

—Vete —le digo—. No sólo no te necesito, sino que tampoco te quiero aquí. Haz el favor de marcharte. Déjame vivir. No te necesito, Tracey. Ya no.

Tras decir esas palabras de despedida, me doy la vuelta y cruzo la puerta del cuarto de baño. Si no puede comprender lo mucho que Parker significa para mí y formar parte de ello, voy a tener que prescindir de ella.

Hago mis necesidades y cuando salgo del lavabo, Tracey ya se ha marchado y Paul está esperándome pacientemente. Pensaba que éste regresaría a la habitación detrás de mí, pero en vez de eso me rodea los hombros con un brazo y me atrae hacia su cálido y enorme pecho.

Las lágrimas no acuden a mis ojos.

Ya no pienso llorar más.

Paul me da un apretón en el hombro y me besa en la coronilla.

—Todo saldrá bien. ¿La vida que quieres disfrutar con mi hermano? La tendrás. Te lo juro.

Le doy unas palmaditas en el estómago y le beso la parte inferior de la mandíbula.

—Gracias, Paulie —le llamo con el apodo que Parker usa con él.

Sus cincelados rasgos se suavizan y sonrío. Vuelve a besarme la coronilla y abre la puerta de la habitación de Parker.

Una vez dentro, veo que mi chico está despierto y con el ceño fruncido.

—¡Joder, Melocotones, has tardado mucho!

—Sí, he tenido una charla con Tracey.

Paul me da unas palmaditas en el hombro y cierra la puerta tras de sí para dejarnos solos.

—¿Qué estaba haciendo aquí?

Me encojo de hombros y me paso las manos por el pelo, que llevo algo sucio y despeinado.

—No lo sé. De algún modo debe de haberse enterado de lo que ha pasado y ha venido al hospital. No ha dejado de enviarme mensajes de texto y voz, pero yo tenía el móvil silenciado.

—¿Y te ha seguido la pista hasta aquí? —pregunta con el ceño fruncido.

—Sí. Me ha dicho que ha estado esperándome durante horas. Probablemente ha visto a alguno de los chicos o algo así. —Siento el cuerpo cada vez más pesado y no puedo reprimir un bostezo.

—Métete en la cama, cariño. Estás muerta de cansancio.

Me quito las zapatillas que la enfermera me ha dado antes y vuelvo a la cama junto a mi chico. En cuanto sus brazos me atraen hacia su sólido pecho y oigo los latidos de su corazón, comienzo a quedarme dormida.

—Disfrutaremos de una maravillosa vida juntos... —murmuro contra la calidez de su pecho.

—Sí, cariño. Lo haremos. Sin duda alguna. Esto no es más que una piedra en nuestro camino —susurra, y me besa en la frente.

—Más bien una roca. —Suspiro.

Él suelta una risa ahogada, y la tranquilidad que me produce su calidez, el sonido de su respiración y su abrazo hace que me olvide de todo.

Dos días después estoy dormitando en el diván que hay en la suite grande de la mansión de los Pritchard cuando de repente me despierta una exclamación de Parker:

—¡Por fin!

Me apoyo en una mano y me incorporo como puedo. Mi chico se acerca a la tumbona y, tras inclinarse sobre mí lentamente (pues su cuerpo todavía está recuperándose de la explosión), coloca una de sus manos en mi pantorrilla.

—¡Lo han pillado, cariño!

Su sonriente rostro termina de espabalarme y me siento en el diván con los pies debajo del cuerpo.

—¿Lo han detenido? —Me aparto unos mechones de pelo de los ojos y miro a mi chico, que sigue con el móvil pegado a la oreja.

—Benjamin Singleton. La poli lo ha pillado cuando intentaba regresar a su apartamento. Menudo idiota —dice con una amplia sonrisa—. ¿Qué más tienes para mí?

Y, tan súbitamente como esa sonrisa ha aparecido en su rostro un momento atrás, su expresión se endurece.

—¿Estás de broma?

Extiendo el brazo para cogerle de la mano, pero él ya se ha puesto en pie y comienza a deambular por la habitación. Hace una mueca y se lleva una mano a su dolorida caja torácica. La lleva vendada para estabilizar el tronco y disminuir la presión en las costillas magulladas, pero eso no sirve de mucho si no deja de ir de un lado para otro o de moverse con demasiada rapidez.

—¡Es un jodido mentiroso! —exclama.

Me levanto y me acerco a él por detrás, rodeándole su cintura con un brazo para recordarle que está herido. Luego apoyo la frente en su calidez para que sienta mi presencia y con la esperanza de que contrarreste lo que sea que está causándole este enfado.

—¿En serio? ¡Menuda mierda! No me lo puedo creer. ¿Eso es todo lo que has conseguido sobre él?

Mientras sigue vociferando al teléfono, llaman a la puerta y, sin que yo diga nada, entran Paul y Wendy.

Parker se vuelve hacia ellos con el ceño fruncido. Su rostro es una máscara de rabia y dolor. Se queda mirando a Paul y tensa la boca.

—Sí, Paul está aquí. Bien. Gracias —dice como si le doliera hacerlo—. ¿No es el culpable? —pregunta con la mirada puesta en Paul.

Paul niega con la cabeza una vez. Está claro que ya sabe de qué está hablando su hermano por teléfono. Wendy también debe de saberlo pues en ese mismo momento arruga la nariz como si estuviera oliendo algo nauseabundo.

—Cariño, dime qué sucede —le pido a mi chico.

—No. Es. El. Culpable —dice alzando la voz y formando una mueca con los labios. La ira que siente es tan perfectamente visible en su atractivo rostro que temo que esté a punto de salirle vapor por las orejas.

—Yo ya tenía el presentimiento, hermano. Te lo dije. —Paul niega con la cabeza como pidiendo perdón.

—¿Que me lo dijiste? ¡Qué cojones, Paul! Me dijiste que te ocuparías de ello. Haz que tus hombres vayan a por él.

—Y lo estoy haciendo, hermano. Cuando te tranquilices, si lo piensas bien, comprenderás que han sido mis hombres quienes le han dado el soplo a la poli para que atrapara a Benny.

Parker echa la cabeza hacia atrás y aprieta la mandíbula.

—¿Cuándo me tranquilice? ¿Cómo cojones quieres que me tranquilice si mi chica y yo no estamos a salvo? Estamos escondidos en casa de unos amigos mientras un pirado anda por ahí a la espera de que demos un paso en falso. Y ahora tú y la poli me decís que el puto Benjamin Singleton no es el culpable —exclama, y arroja el móvil al sofá.

Wendy mira el dispositivo, luego a Parker y finalmente a mí. Sus ojos rebosan tristeza y preocupación.

Benny no es el culpable.

—¿Qué le ha dicho Benny a la poli? —pregunto yo.

Parker suelta un resoplido y, tras levantar ambas manos al aire, deja escapar un gruñido de dolor y se dobla por la mitad como si le hubieran dado un puñetazo en el estómago. Voy corriendo a su lado mientras él permanece encorvado e inspirando rápidas y breves bocanadas de aire.

—Tienes que sentarte, cariño. Tómatelo con calma.

—Estoy cansado de tomármelo con calma, Sky —dice con los dientes apretados al tiempo que con paso renqueante se dirige al sillón más cercano.

—¿Puede alguno de vosotros contarme qué ha pasado? —pregunto yo.

Paul da una zancada para acercarse a mí y se lleva las manos a la espalda como si fuera a dirigirse a un superior.

—Benjamin Singleton ha sido detenido, llevado a comisaría e interrogado. Ha admitido haber escrito y entregado personalmente las dos notas dirigidas a Parker. Dice que está enamorado de ti y que quería ahuyentarlo. También ha admitido haberte seguido por Nueva York y haber buscado un empleo en el mismo edificio en el que trabaja tu chico para poder estar más cerca de ti.

No puedo evitar quedarme boquiabierto y que me comience a hervir la sangre. ¿Me siguió? ¿Por Nueva York?

Paul continúa poniendo los clavos del ataúd:

—Luego, al mudarte aquí y alquilar el ático, básicamente hiciste realidad sus retorcidos sueños. Le ha dicho a la poli que estabas considerando salir con él pero que Parker se interpuso. Esto, claro está, ha hecho que los agentes piensen que él es el autor de los

mensajes de texto, así como la persona que provocó el incendio de tu casa y puso la bomba en la de Parker.

—Tiene sentido. —Me siento junto a Parker y le acaricio el muslo para que intentemos calmarnos los dos. Él pone su mano sobre la mía, la coge y, tras llevársela a la boca, besa las puntas de cada uno de mis dedos. Yo aspiro aire lentamente y me esfuerzo para mantener la serenidad.

—Sí, lo tiene. Sólo que también ha proporcionado una coartada para el momento en el que tuvo lugar el incendio. Además, se tomó la semana libre cuando os fuisteis a España. Uno de esos días, visitó las oficinas de IG y dejó la nota número dos, algo de lo que tenemos constancia por las imágenes de las cámaras de seguridad. Es la nota que dice «No puedes ocultarla para siempre. Ella es mía. Somos iguales». Lo cual es muy parecido a la primera, que decía «Yo soy ella. Ella soy yo».

—Ni siquiera sé qué significa eso —digo con el ceño fruncido y doy un apretón a Parker en el muslo.

—Al parecer, quería recordarte que ambos fuisteis niños actores y que crecisteis en el mundo del espectáculo y habíais hecho ese anuncio juntos. Eso os convertía en «iguales» —al decirlo, hace el gesto de comillas con los dedos.

—Está pirado —susurro.

—Luego le ha dicho a la policía que con la segunda nota pretendía ahuyentar a Parker y recordarte vuestra conexión. Ha negado tener nada que ver con el incendio o la explosión y ha proporcionado pruebas de su localización en el momento en el que tuvo lugar el incendio. La semana pasada estuvo visitando a su madre en Hoboken, Nueva Jersey. Varias imágenes de cámaras de seguridad de los peajes le muestran entrando y saliendo de la ciudad y también se hicieron varios cargos en la tarjeta de crédito

que tiene a su nombre. Además, ha proporcionado a la policía un listado de personas que pueden confirmar su presencia en Nueva Jersey.

—¿Y todo esto significa...? —dejo la pregunta en el aire con la esperanza de que alguno de ellos me lo explique.

Parker se vuelve hacia mí y me coge de ambas manos.

—Querida, significa que el tipo que puso la bomba sigue suelto y, ahora mismo, no tenemos muchas pistas para dar con él.

Me siento como si me encogiera y retiro las manos, flexiono las rodillas hasta el pecho y las rodeo con los brazos. *Sunny* percibe mis movimientos y, tras acercarse al sillón, sube de un salto para acurrucarse a mi lado. *Midnight*, por su parte, se ha sentado hace un rato junto a los pies de su papá y contempla la escena desde ahí.

—Y ésta es la razón por la que estoy aquí —interviene Wendy, atenuando con ello el golpe que ha supuesto la explicación de Parker.

Wendy da una vuelta por la habitación hasta que encuentra mi bolso y extiende el dedo índice para mostrarme una pequeña pieza cuadrada del tamaño de un chicle.

—Esto es un rastreador. Lo meteré dentro del forro de tu bolso. Ya he puesto otros en todos vuestros vehículos y, por supuesto, en los móviles.

—Genial. Ahora me sigue un psicópata y una de mis mejores amigas. Maravilloso —digo inexpresivamente.

Wendy se acerca a mí y se arrodilla.

—Sky, entiendo que todo esto te parezca extremo. Nadie debería pasar por ello. Y menos todavía alguien tan amable y dulce como tú. Pero tal como están las cosas, tenemos que actuar con inteligencia. Ésta es la única forma que tengo de asegurarme que estás a salvo en todo momento. ¿Te parece bien?

Me encojo de hombros.

—Está bien. Lo que tú digas.

No puedo decirle que preferiría no tener que lidiar con nada de esto. Parece que por cada dos pasos que damos hacia delante, tenemos que retroceder cuatro. Benny no es quien puso la bomba. Genial. Fantástico.

¿Entonces quién lo hizo?

Wendy me da unas palmaditas en las rodillas y me abraza a ellas todavía con más fuerza.

—Tengo a mi equipo trabajando en esto —dice Paul—. Hombres especializados. Expertos. Entrenados en este tipo de situaciones. Ahora mismo están rastreando el sello distintivo de la bomba.

—¿Y por qué no lo han encontrado? —pregunta Parker en un tono acusatorio.

La mandíbula de Paul se tensa casi como por acto reflejo.

—Es difícil de desentrañar. La bomba parece estar hecha por alguien que pertenece al gobierno. Como ya dije, seguramente de las fuerzas especiales. El problema es que su tarjeta de visita sigue tan de cerca la de los instructores que imparten los cursos de fabricación de bombas que resultan difíciles de distinguir sus características propias. —Ladea la cabeza y aprieta los labios—. Mis hombres están trabajando en ello. Están muy cerca. No tardaremos en lograrlo.

—Entiendo lo que dices. Lo que me molesta, y estoy seguro de que puedes comprenderlo, es que no sé cómo mantener a salvo a mi mujer. Tengo la sensación de que aquí somos una presa fácil y lo último que quiero es traer problemas a la puerta de Wendy y Mick.

—¡Oh, por favor! ¡Eres de la familia! Ni se te ocurra preocuparte por incomodarnos. Si tienes un problema, lo tenemos todos. Así es como funcionan las familias, ¿no? —responde Wendy.

Los labios de Parker forman una leve y triste sonrisa.

—No, Wendy, así no es como funcionan las familias. Lo que hacen sus miembros es protegerse unos a los otros, no hacerse daño. Skyler y yo tenemos que salir de aquí. Desaparecer por un tiempo. Dejar que Paul y su equipo desplieguen su magia. —Mi chico echa un vistazo a su hermano y tira de mi muñeca para que deje de abrazarme las piernas, deshaciendo con ello mi pequeña burbuja de seguridad—. Ven aquí, Melocotones.

Y, sin ni siquiera parpadear, me acurruco a su lado y dejo que su calidez reemplace los escalofríos que me han helado la sangre cuando la situación parecía estar volviéndose más sombría a cada momento.

—¿Sientes necesidad de huir? —pregunta Paul de un modo vago.

—Sí, tío. Creo que es lo mejor. —Su voz suena cansada y derrotada. Mi pobre chico está envejeciendo un año por cada día en el que esta situación sigue sin solucionarse.

Paul suelta una risita de satisfacción.

—Puede que tenga una idea genial para eso. Necesitaréis vuestros pasaportes y un avión privado.

Parker me sonrío con una ceja enarcada.

—Parece que vamos a necesitar otra vez ese avión tan fardón que tienes, Melocotones.

Le doy un pequeño codazo y suelto un resoplido. La facilidad con la que este hombre puede traerme de vuelta del borde de la desesperación es increíble. Aun así, tengo que pagarle con la misma moneda.

—Ya te dije que era una buena inversión.

4

Parker

—No puedo creerme que me hayas convencido para hacer esto, Paulie. —Hago una mueca y me llevo la mano a mi dolorida caja torácica cuando me acomodo en el ya familiar asiento de color beis del avión privado de Skyler.

Ésta se inclina sobre mí como una mamá sobre sus polluelos y se asegura de que tenga una almohada en la espalda y, con los dedos, comprueba asimismo el estado de los puntos que me pusieron en un costado de la cabeza, y que ya llevo descubiertos.

—¡Bueno, me muero de ganas de que conozcáis mi hermoso país! —anuncia Dennis con una enorme sonrisa en el rostro.

Mi hermano sonrío y acaricia el musculoso brazo de su novio. Resulta dulce y un poco extraño ver a mi hermano mostrándose tan afectuoso. Sí, sé que es un tipo efusivo y mimoso, y nunca ha dejado de demostrar el amor que siente por nuestros padres, pero hasta ahora no lo había visto con una pareja. Jamás. Y, definitivamente, nunca habría esperado que mi fornido y corpulento hermano alfa, perteneciente a las fuerzas especiales, se enamorara de un hombre dulce y tímido como Dennis. O de ningún hombre, ya que estamos. Todavía estoy flipando con el hecho de que mi hermano sea bisexual. No es que me resulte ofensivo. Creo firmemente que el amor es amor y que, adopte la forma que adopte, siempre resulta positivo para la persona que lo recibe. Pero ha sido una sorpresa. Y, tras conocer a Dennis y ver el modo en que se

desvive por mi hermano, puedo decir que de las agradables. Además, mamá adora que Dennis esté en contacto con su lado femenino. Siempre está abierto a hablar sobre ropa y estilo, libros, cocina, decoración... Básicamente, los mismos intereses de los que ella disfruta.

Dennis se sube las gafas por el puente de la nariz y comienza a quitarse el *blazer*. Debajo, lleva un polo de color verde claro metido por dentro de unos pantalones chinos, sujetos con un cinturón de piel a juego con sus estilosos mocasines, que calza sin calcetines. Un *look* muy conjuntado. Y exactamente opuesto al de mi hermano, que lleva unos pantalones militares y una ajustada camiseta de color azul marino cuyas costuras parecen estar a punto de reventar a causa de sus inmensos bíceps. En los pies, unas botas de cordones. Él y Dennis no podrían ser más distintos pero, de algún modo, juntos funcionan a la perfección.

—Y el hecho de que vayas a ayudarme con mi pequeño problema, Parker, significa mucho para mí y para mi familia —dice un agradecido Dennis.

No es su gratitud lo que hace que salten todas las alarmas en mi cabeza, sino la mención de un problema del que no tenía ninguna constancia.

—¿Problema?

—Sí, verás... Acerca de eso... —dice Paul—. Cuando os propuse a ti y a Skyler ir a Brasil, había una razón doble. La primera era sacaros cuanto antes de la ciudad mientras mi equipo da caza al tipo que puso la bomba y provocó el incendio. Y, la otra, que la familia de Dennis tiene un pequeño problema empresarial y financiero y había pensado que, con la experiencia que tienes, podías echarle una mano...

—Si es un problema financiero, se lo estás pidiendo al tipo equivocado... —comienzo a protestar, pero de repente veo con el rabillo del ojo que otra persona sube al avión. Mi inigualable y voluminoso hermano negro.

—¿Royce?

Éste extiende las manos con las palmas abiertas. Es tan grande que casi toca ambos lados del avión.

—El mismo.

Skyler aplaude a mi lado.

—¡Viva! ¡Qué sorpresa!

—¿Sorpresa? —miro a Paul con el ceño fruncido.

—Bueno, tenía que pedir refuerzos en lo que respecta a la cuestión económica y Royce se ofreció a ayudar a un hermano necesitado. Sobre todo ahora que la mayor parte del trabajo de IG ha quedado suspendido hasta que resolvamos vuestro problema.

—Además..., ¿acaso pensabas que iba a rechazar un viaje gratis a Río de Janeiro, el país de Dios? Y sabes que se trata del país de Dios porque tienen una gigantesca estatua de Jesucristo en lo alto de una montaña. Tienes suerte de que no se lo haya contado a Mamá Sterling pues Río también está en su lista de deseos... Por supuesto que voy a sentar mi culo en este lujoso avión privado para viajar al paraíso, hacer algo de turismo y ayudar a un hermano. Dos pájaros de un tiro, ¿no es así? —Royce levanta el puño en dirección a Paulie, que se lo choca con el suyo.

La tensión se acumula en mis sienes y tengo que presionármelas con el pulgar y el índice.

—Lo único que sé es que no estoy en condiciones de trabajar demasiado. Ahora mismo me siento molido tanto física como mentalmente y me preocupa una única cosa: que Sky esté a salvo.

Ésta me acaricia el antebrazo y luego entrelaza sus dedos con los míos.

—Estoy bien, cariño. Mira alrededor: hay cuatro tíos que cuidan de mí. Y, además, es a ti a quien el tipo ese quiere hacer daño, así que, cuantos más hermanos tengas aquí contigo, mejor.

—¿Bo y Wendy se han quedado a cargo de la oficina? —le pregunto a Royce.

Éste asiente.

—Sí, con Kendra. —Arruga la nariz al mencionar el nombre—. Dicen que intentarán que Annie regrese a la oficina. Después de la discusión, ésta le envió un correo electrónico a Wendy diciendo que dejaba el trabajo. Intentarán hablar con ella para que lo reconsidere.

Aprieto la mandíbula y Skyler se aferra con más fuerza a mi mano. Ambos nos sentimos fatal por lo que pasó con Annie, pero fui yo quien la atacó repetidamente y se negó a atender a razones. Cuando todo esto haya terminado, tendré que pedirle disculpas. Otra persona más en el interminable listado de gente a la que resarcir en el que se ha convertido mi vida actual.

Inspiro larga y profundamente y me reclino en el asiento tanto como puedo. Skyler me suelta la mano y se pone a jugar con nuestros perros. Una vez más, ha decidido que no puede dejarlos con Wendy mientras estamos fuera.

Royce se sienta delante de Paul y Dennis en el lado izquierdo del avión, Sky y yo vamos en el derecho y los perros ocupan el mismo asiento de dos plazas en el que viajaron a España. En cuanto el capitán anuncia que estamos listos para despegar, la tripulación ocupa sus puestos y yo no retomo la conversación hasta que nos encontramos a cuarenta mil pies.

—Oye, Dennis, ahora que vamos a estar aquí un buen rato, ¿por qué no nos cuentas qué es lo que sucede en Río que requiere

nuestros servicios? Ponnos al día.

—*Sim.* Ya sabes que nuestra empresa se dedica a las exportaciones internacionales y que estamos intentando expandirnos a Estados Unidos.

Asiento al tiempo que Paul extiende un brazo por detrás de la espalda de Dennis.

Éste prosigue:

—He estado recibiendo los estados financieros que realiza nuestro contable y he visto algunas cosas que me preocupan. —
Frunce el ceño y se acaricia con los dedos una barbilla impecablemente afeitada.

—Ajá. ¿La empresa es tuya? —Necesito tener más información sobre los detalles legales.

—Mi hermano Fabian y yo poseemos la mitad de la empresa. Nuestro padre nos la dejó cuando se jubiló. Todavía sigue implicado en el día a día de las operaciones, pero de forma muy limitada y básicamente se dedica a ayudar a Fabian. Yo me encargo de la mayoría de los contratos internacionales, lo cual significa tener que viajar para cerrar los acuerdos y me obliga a estar lejos de la oficina y la fábrica. Fabian dirige el almacén y se ocupa de la logística y la distribución. Otra persona se encarga de las compras a partir de los contratos que consigo. El negocio va bien. Realmente bien. Y, como he dicho, hace tiempo que tenemos intención de expandirnos a Estados Unidos y Asia, pero he detectado unas discrepancias en la contabilidad cuyo origen no sé precisar y que me preocupan.

Royce se inclina hacia delante.

—¿Puedes darnos algún ejemplo?

Dennis se sube las gafas de gruesa montura negra por el puente de la nariz.

—Discrepancias financieras, básicamente. En los contratos que firmo con el cliente se estipula que éste adquiere el producto por un determinado importe, pero hay ocasiones en las que lo he visto listado a un precio por unidad muy inferior al que yo había negociado. Lo he consultado con nuestro equipo y no tiene ni idea de cuál es la razón. Como esta discrepancia se ha repetido en varias ocasiones, he terminado poniéndome en contacto con uno de los proveedores, pero éste no sabía de qué diantre le estaba hablando pues siempre había cobrado según el importe contratado. La diferencia de precio, sin embargo, no aparece en los estados financieros.

Royce tensa la boca y se frota las manos lentamente.

—¿Algo más?

—Inventario perdido. Errores en los envíos que terminan costándonos decenas de miles de dólares en producto extraviado. Entiendo que hay ocasiones en las que una remesa puede sufrir daños, pero estamos hablando de envíos completos que desaparecen y no llegan a su destinatario, obligándonos a declararlos como perdidos.

—¿Y la empresa transportista?

—Asegura que nunca han llegado a recibir esos productos.

—Pero ¿el inventario ha desaparecido? —confirmo.

Dennis asiente.

Royce se humedece los labios con la lengua y los mete hacia dentro hasta que ya no puedo verlos. Luego niega con la cabeza y se pasa una mano por la calva.

—Hermano, parece que tienes un desfalcador en la empresa.

Dennis frunce el ceño, posiblemente porque al no ser el inglés su lengua materna no entiende la palabra «desfalcador».

—Un ladrón. Alguien de dentro parece estar robando dinero. Anota en los libros de contabilidad que el producto cuesta menos y luego se embolsa la diferencia —aclaro, y Dennis abre los ojos como platos.

—Además de eso, podría estar vendiendo bajo mano el producto supuestamente perdido y ganando dinero sin que nadie se entere mientras la compañía se ve obligada a declararlo como perdido. ¿Entiendes lo que decimos? —pregunta Royce.

En el rostro de Dennis se dibuja una expresión que sólo puedo interpretar como de tristeza.

—No lo comprendo, no es posible todo esto que decís. La gente con la que trabajo son familiares o parientes lejanos y amigos. Mi hermano se habría enterado. En su opinión, debe de tratarse todo de un error y dice que no hay ningún problema.

Es entonces cuando saltan todas mis alarmas. Su hermano opina que no hay ningún problema. ¿Considera entonces que se trata de un mero error en los libros de contabilidad? Vaya...

—Supongo que tendremos que estudiarlo con mayor profundidad. Me gustaría que Royce le echara un vistazo a esas declaraciones de pérdidas y ganancias.

—Eso haré. Dennis, voy a convertirme en el mejor amigo de tu contable y tu equipo financiero —le promete Royce.

Dennis asiente y sus hombros se hunden. Paul los rodea con un brazo y atrae a su novio hacia él. Dennis se inclina sobre su chico.

—¡Anímate! Mi hermano y yo resolveremos esto, ¿de acuerdo?

—Con un dedo, levanta la barbilla de Dennis y mira directamente a los ojos marrones más tristes que yo haya visto nunca. Ante esa mirada, mi corpulento e imponente hermano se derrite.

—No te preocupes, Denny. Eres mi chico, ¿no? —Paul le da unos golpecitos debajo de la barbilla hasta que éste sonrío ligeramente.

Y entonces Paul hace algo que nunca le había visto hacer. Besa a Dennis. Al principio, pensaba que me resultaría extraño ver a mi hermano besar a un tío, pero no es así. Dennis coloca una mano sobre el brazo de Paul mientras éste le da una serie de cariñosos mordisquitos y besitos en los labios.

—*Eu te amo, pistola* —dice Dennis en voz baja y con los labios prácticamente pegados a los de mi hermano.

Paul sonrío, le da un apretón en el cuello a su chico y vuelve a besarle con ternura una vez más.

—Lo sé. ¿Te sientes mejor? —pregunta en un tono de voz bajo que demuestra que mi hermano puede ser dulce.

—*Olhando em seus olhos, sempre serei perfeito* —dice Dennis.

—¡Oh, me encantaría saber qué ha dicho! —Sky suspira ensoñadoramente y se inclina sobre mi asiento para acercarse a ellos y poder oírlos mejor.

Paul suelta una risa ahogada y Dennis se sonroja pero se lo traduce:

—La primera vez, le he dicho que le quiero. La segunda, «mirando en tus ojos, siempre estaré perfectamente».

Skyler abre mucho la boca y sus ojos se vuelven vidriosos.

—No comiences a llorar, Melocotones. Ya sabes lo que me pasa cuando lo haces —le advierto mientras hundo mis dedos en su pelo y la sostengo por la nuca mientras me mira. Ella cierra los labios y su barbilla comienza a temblar—. No lo hagas —vuelvo a decirle antes de levantarle la barbilla con un pulgar y besarla con suficiente pasión para que se olvide de las lágrimas.

Cuando me aparto, veo la misma expresión de aturdimiento en su rostro que Dennis tenía en el suyo.

—Mirando en tus ojos yo también estaré perfectamente, cariño —susurra Skyler.

—Cariño, en tus labios eso ha sonado jodidamente cursi —me río entre dientes y ella suelta una carcajada a la que se unen todos los demás.

El resto del vuelo lo pasamos charlando, jugando a cartas, viendo una peli, comiendo y dormitando. Repostamos en Miami, pero, en general, descanso mejor en el avión con la silla completamente reclinada, la mano de mi chica sobre la mía, los perros durmiendo enfrente y ninguna amenaza a la vista mientras surcamos los aires.

Cuando llegamos anoche, ya estaba completamente oscuro. No se veía absolutamente nada, por no mencionar que los cinco sufríamos un *jet lag* tremendo. Dennis y Paul nos llevaron directamente a Royce, Sky y a mí al hotel Hilton, situado delante mismo de la playa de Copacabana. Por supuesto, cuando llegamos con nuestros dos perros, el personal nos miró mal. Curiosamente, sin embargo, en cuanto cambiamos nuestra reserva y, en vez de hospedarnos en una habitación normal, decidimos hacerlo en el ático, de repente les pareció bien que nuestros dos cachorros se hospedaran con nosotros. Una vez instalados, Dennis y Paul se fueron al apartamento que el primero tiene en la ciudad, con la promesa de regresar a última hora de esta mañana para desayunar.

Me siento en un lado de la cama y contemplo cómo duerme mi preciosa chica. Siempre está hermosa, pero cuando las pestañas le abanicen las mejillas, le descansa el pelo desordenadamente sobre la almohada como la melena de un león y su labio inferior tiembla con cada bocanada de aire que exhala, no puedo evitar sentirme sobrecogido por su belleza. Deslizo un dedo por uno de sus brazos y, mientras desciendo, voy retirándole la sábana. Mi chica se remueve pero no se despierta a pesar de que sus pechos desnudos

responden a la fresca temperatura de la habitación y sus pezones se endurecen ante mis ojos. Mi polla hace lo propio y termino de retirar la sábana del todo para dejar a la vista todo su cuerpo desnudo. Anoche ambos estábamos demasiado cansados para hacer nada respecto a la sequía que sufrimos desde nuestro viaje a España hace una semana y mi posterior recuperación. Todavía no me siento al cien por cien, pero la Bestia no lo sabe. Está completamente erecta, llena de energía y lista para la acción.

Acaricio con los dedos uno de sus pezones rosados. Skyler vuelve la cabeza a un lado y coloca un brazo encima de la cabeza, quedándose tumbada de espaldas y dejando a la vista todo su cuerpo desnudo. Me inclino sobre él y, procurando no hacerme daño en las costillas, aún doloridas, enrosco la lengua en uno de esos succulentos montículos. Todavía adormilada, Skyler exhala un suspiro y sus piernas cambian de posición. Yo sonrío y me meto el pezón en la boca al tiempo que, tras colocar la palma de una de mis manos sobre su barriga, la deslizo hacia abajo hasta que mis dedos alcanzan esa fina línea de rizos rubios que viene a ser como una pista de aterrizaje que le indica el camino a mis dedos, mi boca y mi polla. Cuando mi mano llega a su entrepierna, la coloco sobre su abertura y todo el cuerpo de mi chica se tensa y un gemido escapa de sus labios. Yo entonces le chupo el pezón con más fuerza y, al levantar la mirada, veo sus dos relucientes ojos castaños repletos de lujuria. Skyler se relame los labios mientras yo abro la boca y le mordisqueo el pezón lo justo para que ella se muerda el labio inferior.

Suelto el pezón pero acaricio su clítoris con la palma de la mano al tiempo que hundo dos dedos en su abertura. Ella deja escapar un grito ahogado.

—Buenos días, Melocotones. Esta mañana me he despertado famélico y con ganas de comer algo. Te daré una pista de qué se trata: no son tortitas. —Sigo masturbándola intensamente y busco con los dedos índice y corazón ese punto de su interior que hace que los dedos de sus pies se contraigan de placer.

—Ooooh, hummmm, mmmm... cariño... —Compruebo que esta mañana Skyler no es capaz de articular frase alguna.

Lentamente, retiro la mano y ella hace pucheros. Y no me refiero a una pequeña mueca con los labios. No: hace pucheros con todo el rostro. Me levanto de la cama y admiro su espectacular cuerpo mientras me quito los calzoncillos y los tiro a un lado.

—¿Por qué has parado, cariño? —me pregunta ella y, tras llevarse las manos a los muslos, se agarra con fuerza la carne y mueve las caderas como si quisiera evitar que se apagara la llama que he encendido en su interior.

—Ya te he dicho que tenía hambre, querida. —Me coloco a los pies de la cama y me arrodillo junto a su borde—. Arrastra tu culo hasta aquí abajo y ábrete de piernas. Si mi boca no está saboreándote en un minuto, es posible que me explote la polla.

Ella se ríe, se acerca al borde de la cama y levanta las rodillas. Lo hace tímidamente, pero lo suficiente para que pueda ver la V en lo alto de sus lujuriosas nalgas. Con los pulgares, trazo el pliegue donde el culo se encuentra con los muslos y se le pone la carne de gallina.

—¿Tienes frío, Melocotones? —me burlo, acariciando lo que puedo de la parte inferior de sus labios, cerca de su trasero.

—No.

—Ábrete de piernas, Sky. Dale a tu chico lo que quiere. Ofrecémelo en una bandeja de plata, cariño.

Todo su cuerpo tiembla ante mi exigencia. El discurso de cavernícola funciona con mi chica. La pone pero que muy cachonda.

—No te lo voy a pedir por segunda vez. Quiero ver ese bonito coño rosado abierto y mojado para mí.

—Parker... —dice Skyler, pero abre las piernas un palmo más.

—Que las rodillas toquen el colchón, cariño. Estoy listo para comer —digo con un gruñido, pues no veo suficiente carne rosada. Acto seguido, ella hace lo que le pido y abre completamente las piernas de forma que sus rodillas descansan sobre las sábanas blancas.

—¡Joder! —Acerco la cara y huelo la fragancia de su miel hasta que la boca se me hace agua con la necesidad de ponerme en acción. Conteniéndome tanto como puedo, acaricio la extensión que va de sus rodillas al interior de sus muslos.

Su cuerpo es eléctrico y su respiración se torna jadeante.

—Mírate. Eres tan jodidamente hermosa... La chica de mis sueños. Abierta para que la tome. Sólo para mí. Qué regalo. El mejor que he recibido fue el día que fuiste mía.

Skyler arquea y ondula el cuerpo con los pezones enhiestos como dos afiladas flechas a punto de salir disparadas.

—Tócame. Bésame. Cariño... Te necesito.

Uso ambos pulgares para abrir los labios de su sexo y luego hundo la lengua en él tan profundamente como puedo. No me detengo. Su cuerpo se agita y se retuerce, pero yo sigo con lo mío.

Bebiendo.

Lamiendo.

Chupando.

Tomando.

Hasta que me clava las uñas en el cuero cabelludo y la sacude un orgasmo. Pero ni siquiera entonces me detengo. Sigo

ocupándome de ella, ahora con dos dedos que arqueo en su interior al tiempo que poso la boca sobre su clítoris y comienzo a chuparlo y a describir círculos con la lengua hasta que vuelve a correrse.

Cuando mi chica ya está sin aliento y jadeando como si acabara de completar un maratón, me pongo de pie, voy a un lateral de la cama y me tumbo en ella. Antes de que pueda decirle a Sky qué hacer a continuación, ella se coloca a horcajadas encima de mí, sitúa mi polla en su abertura y se sienta de golpe.

—¡Joder! —exclamo agarrándome a sus caderas.

—¡Oh, mierda! ¿Te he hecho daño, cariño? —pregunta, apartándose el pelo de la cara.

Niego con la cabeza.

—No, es sólo que siento tan bien que casi eyaculo a la primera. Hacer que te corrieras dos veces me ha puesto a cien, cariño. Te sugiero que hoy vayas con calma.

Ella sonrío, levanta las caderas y vuelve a dejarlas caer. Luego extiende su cuerpo sobre el mío y comienza a darme besos en el cuello, la oreja, los pezones y finalmente de vuelta a mi boca mientras sus caderas no dejan de moverse a un ritmo pausado.

Paso las manos por su pelo y, agarrándola de la cabeza, acerco sus labios a los míos para darle un largo y húmedo beso. Ella responde con ganas y ladea la cabeza a un lado y a otro antes de chuparme la lengua y mordisquearme primero el labio superior y luego el inferior.

—Eres como una lluvia tibia empapándome la piel, Sky. Cuando me haces el amor lentamente, me entran ganas de ahogarme en ti y saborear tu alma.

Ella sonrío de oreja a oreja y, alzando las caderas con las piernas, comienza a moverse arriba y abajo asegurándose de no apoyarse en mi pecho ni en mis costillas.

—Tócate. Quiero ver cómo disfrutas de tu hermoso cuerpo.

—Cariño... —protesta ella entre gemidos sin dejar de cabalgarme lentamente, pero se lleva una mano a un pecho y con el pulgar y otros dos dedos tira y pellizca el pezón.

—Eso es. Ahora pon la otra mano en el punto en el que estamos en contacto. Quiero que notes cómo estás haciéndome el amor.

Ella desliza la mano seductoramente por su cuerpo hasta que sus dedos se separan alrededor de mi miembro, que sigue entrando y saliendo de su húmeda calidez.

Ver cómo juega consigo misma y nos toca a ambos entre sus muslos hace que mis pelotas comiencen a ascender. No puedo dejar de mirar el espectáculo carnal que supone mi chica acariciándose los pechos y el clítoris. Siento un cosquilleo eléctrico en la base de la columna que se extiende por las piernas, el pecho y los brazos. Puedo sentir el placer que me proporciona mi chica hasta en las jodidas puntas de los dedos.

—Estás en todas partes, Melocotones, por todo mi cuerpo. Te siento en la sangre, apropiándote de cada centímetro de mi ser. Es tuyo. Soy todo tuyo.

Ella arquea la espalda todo lo que puede y sus pechos sobresalen todavía más. Sin acelerar el ritmo, su sexo se ciñe alrededor de mi polla con tanta fuerza que he de contener la respiración.

Y ya no hace falta nada más. El fuego de mi interior estalla y, sosteniendo las caderas de mi chica, embisto su clítoris con mi hueso pélvico hasta que ambos gritamos de placer y mi descarga sale despedida de mi cuerpo y se mezcla con la suya.

Cuando su cuerpo deja de palpar sobre el mío y la Bestia está completamente satisfecha, Skyler baja la mirada hacia mí, algo aturdida a causa del sexo.

—¿Estás bien? ¿Las costillas, el pecho?

Deslizo mis manos de las caderas a sus costillas y luego otra vez hacia abajo.

—Sí, Melocotones. Estoy perfectamente. Tengo tu sabor en la boca, mi polla está feliz, y estamos escondidos en Río.

Ella suelta una sonrisita y descabalga. Justo cuando sale de la cama para meterse en el cuarto de baño, suena el timbre de la puerta. Sí, hasta eso es lujoso cuando uno se aloja en el ático, y si Sky quiere gastarse el dinero en lo mejor, ¿quién soy yo para impedirselo? Ya tuvimos esa discusión y perdí, de modo que me limito a apuntarme a sus preferencias hoteleras.

Salgo de la cama. Aunque hemos tenido cuidado, lo cierto es que las costillas y el pecho me duelen más que ayer.

Veo los calzoncillos cerca de los pies de la cama. Los recojo con la punta de los pies y los alzo hasta que los alcanzo con la mano. No me pongo nada más porque las únicas personas que saben que estamos aquí son el personal del hotel, Paul, Dennis y Royce.

Salgo del dormitorio y cierro la puerta para que Sky tenga algo de privacidad. Cruzo el salón y, al llegar a la puerta, echo un vistazo por la mirilla. Veo a Paul y Dennis en el pasillo. Sin pensármelo dos veces, abro la puerta y les dejo entrar.

—Buenos días, chicos. Acabamos de levantarnos.

Paul entra mirándome de arriba abajo con el ceño fruncido. Dennis, por su parte, hace lo propio y su rostro se enciende de golpe.

—¿De verdad, Boli Parker? Pero si estás desnudo...

—¿Y? Habéis venido a mi suite.

—Tío, eres mi hermano y estás prácticamente desnudo delante de mi novio —dice con un gruñido—. Ponte algo encima, joder.

Finalmente pillo lo que está intentando decirme.

—¡Oh, no tienes por qué vestirme por mí! —interviene Dennis, todavía rojo como un tomate y haciendo un gesto con la mano como quitándole importancia—. ¡Uau! Los hermanos Ellis estáis genéticamente muy bien dotados... —añade con la mirada puesta en mi cuerpo hasta que Paul coloca su metro ochenta y ocho delante de Dennis cual muralla de músculos.

—¿Te gusta eso cuando tienes todo esto manteniéndote calentito por las noches? —Paul desliza una mano pecho abajo y se agarra la entrepierna.

Dennis sonrío y coloca una mano sobre el pecho de Paul.

—Relájate, *Paulo*. No hace falta que te pongas celoso. Estoy enamorado de ti, mi fiero *pistola*. Pero debo decir que *seu irmão fica muito bem nu*. No puedo mentir —dice con una sonrisa y sin dejar de mirarme.

—Iré a arreglarme. Si queréis, podéis haceros café. O podéis seguir discutiendo, como preferáis.

Cuando vuelvo a entrar en el dormitorio, Skyler está de pie con el cuerpo envuelto por una toalla y el pelo mojado por la ducha que acaba de darse.

—¿Esas voces que he oído son las de Dennis y Paul?

—Sí, y ¿sabes qué? —Me acerco a ella y me coloco detrás mientras ella rebusca algo en su maleta. Finalmente, saca unas braguitas de encaje y la Bestia reacciona. De inmediato, la cojo de las caderas y me froto contra su trasero.

Ella se ríe y me da una palmada en una mano para que la suelte y me despegue de su trasero.

—¿Qué?

—Paul se ha puesto celoso. Como se trataba de los chicos, he abierto la puerta tal como voy sin darle mayor importancia, y resulta

que a Paul le ha molestado que a Dennis se le cayera un poco la baba.

Skyler suelta una carcajada.

—No puedo culparle. —Sky se da la vuelta, rodea mi cuello con sus brazos y se pone de puntillas—. ¡Mi chico es condenadamente sexy! Desnudo o vestido, pero sobre todo desnudo —dice, y luego me da un beso—. Aunque sí es cierto que, ahora que tu hermano tiene novio, tal vez deberías ser algo más discreto.

—Cierto. —Vuelvo a besarla rápidamente antes de darle una palmada en el trasero, todavía cubierto por la toalla, y dirigirme a la ducha—. Iré rápido. Luego tal vez podemos pedirles que nos lleven a la playa.

—¿Antes de echarle un vistazo a los números de la empresa de Dennis?

—Desde luego. Hoy es imposible que pueda trabajar. Necesito algo de tiempo libre después de estar todo el día de ayer en el avión. Y a todos nos hará bien relajarnos un poco.

—¡Viva! ¡A los cachorros les encantará! Hablando de... Será mejor que me asegure de que han meado en las almohadillas absorbentes y no en la alfombra. ¿Quieres que te traiga una taza de café?

—Me encantaría, cariño.

Me quedo un momento contemplando como Skyler se contonea al ponerse las braguitas de encaje y el sujetador a juego. Luego se desliza por la cabeza un corto vestido veraniego que le llega hasta la mitad del muslo. El vivo estampado de colores azul, púrpura, verde y amarillo acentúa la bronceada piel y las espectaculares piernas de mi chica. Es una bola de luz y de color. Eso es Skyler Paige para mí. Le da color a mi mundo.

5

Skyler

El agua de la playa de Copacabana es de un increíble color azul profundo que se tiñe de un verde musgo oscuro cuando las olas rompen en la orilla con forma de media luna que se extiende hasta donde llega la vista. Acabamos de almorzar y estoy llena hasta los topes de pan frito, croquetas de pollo y queso y huevos salteados con atún. Al principio, esta última combinación no me ha parecido demasiado apetitosa, pero Denny, mi nuevo mejor amigo gay y que se ha autodesignado como nuestro guía en Río, me ha exigido que lo comiera asegurándome que sería *felicidade na minha boca*.

Luego me ha explicado que eso quería decir «felicidad en mi boca», e inmediatamente Parker ha bromeado diciendo que yo era la felicidad en su boca y después ha añadido que lo había comprobado esa misma mañana. Todos se han reído de mí y yo me he sonrojado profusamente ante su franqueza mientras él y Paul chocaban los puños como los cabeza de chorlito alfa que son.

Ahora estamos sentados con las barrigas llenas y contemplando el océano. Me vuelvo hacia Dennis y sonrío.

—Tu ciudad es hermosa, Denny. Me habría gustado que Royce se hubiera unido a nosotros.

Parker me atrae hacia sí al tiempo que Paul rodea los hombros de Dennis con un brazo para estrechar a su chico.

—Roy estaba hecho polvo, Melocotones. Hacía mucho que no realizaba un viaje internacional y no suele dormir bien en los

aviones. Además, Dennis le ha dado algunos de los últimos informes contables de su empresa. Esta tarde, cuando haya dormido y comido y se haya quitado de encima el *jet lag*, les echará un ojo. Hemos quedado con él para cenar.

Yo hago pucheros, pero asiento. Esperaba poder pasar algo de tiempo con Royce cuando descubrí que nos acompañaría en este viaje. La mayoría de los que hemos hecho han sido con Bo, de forma que me da la sensación de que tengo mayor conexión con éste, y me gustaría conseguir esa misma relación con otro de los hombres a los que Parker profesa alta estima.

—Bueno, ¿qué hacemos primero? —Echo un vistazo a mis cachorros, que duermen plácidamente debajo de la mesa a la espera de otro paseo. Sonrío y me vuelvo hacia Dennis y Paul.

—En primer lugar, Sky, aquí estás a salvo, aunque no del todo —anuncia Paul—. El hecho de que estemos a miles de kilómetros de casa no quiere decir que podamos relajarnos por completo. Seguiré vigilándoos a ti y a Park. Sí, aquí puedes moverte con mayor libertad, pues la probabilidad de que la persona que está intentando hacerte daño sepa dónde estás es prácticamente nula. Pero quiero asegurarme de que eso sigue así, de modo que nada de colgar fotografías en tus redes sociales ni de hablar con nadie de Estados Unidos. La gente que sabe dónde estás es de fiar y ha sido aprobada. Mamá, papá, Wendy, Pritchard y Bo. Eso es todo. Nadie más.

Me pongo tensa ante la mención de los problemas que tenemos en casa. Parker acerca sus labios a mi oreja y puedo sentir su cálido aliento cuando me susurra:

—Estás a salvo. Mi hermano y yo nos aseguraremos de ello.

Una de mis manos descansa sobre el muslo de Parker y le doy un apretón para mostrar mi conformidad, pero me vuelvo hacia él y

lo miro directamente a sus ojos azul cielo.

—No estoy preocupada por mí, cariño. Si te perdiera, sería como si dejara de existir. Después de todo lo que me ha ocurrido, perder también lo que tenemos, lo que estamos construyendo juntos... No podría soportarlo. Y soy suficientemente mujer para admitirlo.

Él me coge por las mejillas y luego hunde sus dedos en mi pelo hasta que sus manos se encuentran en mi nuca.

—No vas a tener que hacerlo. Somos tú y yo contra todo, ¿recuerdas?

Me humedezco los labios con la lengua y trago saliva para contener la repentina emoción que me ha embargado.

—Sí, cariño. Tú y yo.

—Contra todo —repite, y me da un beso dulce en los labios. Este beso me dice todo lo que necesito saber. Parker es consciente de lo importante que es para mí; lo comprende y siente lo mismo. Estamos juntos en esto.

—Está bien. Vosotros dos, ya basta. Recordad, yo estaré cerca de vosotros, vigilándoos, pero tened cuidado. Pasáoslo bien y disfrutad del país de mi chico, y no hagáis tonterías.

Parker tira la servilleta a la cara de su hermano.

—Cállate, hermanito. Hemos pillado el mensaje. —Luego se pone en pie, coge la correa que habíamos atado en el brazo de su silla y extiende la otra mano para que se la coja.

Midnight y *Sunny* comienzan a corretear entre las sillas hasta que finalmente, con la lengua fuera, posan el trasero junto a los pies de su papá, listos para lo que tengamos pensado hacer.

—Ahora, si no os importa, mi chica adora el sol y mis perritos necesitan explorar un poco el terreno. Voy a dar un paseo con ellos por la playa. ¿Y tú, hermanito? ¿Vas a darle algo de tu tiempo a tu

chico? —Lanza una mirada sardónica a Paul, que pone mala cara y se levanta para ir detrás de nosotros.

—Venga, cariño, vamos a mojarnos los pies.

Parker me sostiene la mano y yo le sigo hasta los escalones de la terraza del restaurante, a cuyos pies me detengo para quitarme las chanclas y hacerme cargo de la correa de *Sunny* mientras mi chico se queda con la de *Midnight*. Él también se quita las sandalias y los dos dejamos que la cálida arena de Río de Janeiro nos envuelva los dedos. Alzo el rostro en dirección al sol y dejo que me bañen sus rayos dorados.

Parker espera en silencio hasta que he terminado de darle un abrazo al mundo y comenzamos a caminar por la arena con nuestros cachorros en dirección a la orilla. Los perros están excitados, pero también recelosos de las olas y el agua que viene y va.

Llegamos a la orilla y seguimos caminando por ella cogidos de la mano, dejando que las frescas olas nos laman los pies y los tobillos, y viendo como nuestros perros juegan con el vaivén de las olas. Levanto la vista hacia el horizonte y dejo que mi mirada vague por la interminable superficie azul que se extiende hasta que se encuentra con la tierra, donde distingo el Pan de Azúcar, la ciudad y las montañas que hay más allá y en las que se erige la estatua del Cristo Redentor con los brazos extendidos, contemplando la tierra de Dios desde las alturas.

—¿Sabías que la estatua del Cristo fue diseñada por un francés?
—comenta Parker mientras la contemplo a lo lejos. Me muero de ganas de verla de cerca y espero que Dennis haya planeado llevarnos aprovechando que estamos aquí.

Me detengo y me subo las gafas por el puente de la nariz. Parker está irresistiblemente atractivo con sus gafas de aviador negras y

los mechones ligeramente rizados que la suave brisa agita seductoramente.

—¿De verdad?

Él asiente con una amplia sonrisa que deja ver sus blancos dientes.

«Dios mío, gracias por haberme concedido un hombre tan guapo.»

—Sí, algunos dicen que ésa es la razón por la que las caras del Cristo y la Estatua de la Libertad de Nueva York se parecen tanto. Yo creo que se debe también al hecho de que ambas son una increíble declaración de paz, amor y unidad, independientemente de la naturaleza cristiana de la del Cristo.

Agarro a Parker de la mano y, mientras seguimos caminando y balanceando los brazos, pienso en lo que ha dicho. Esta situación, los dos cogidos de la mano y paseando por la playa, me hace pensar en nuestro viaje a Francia.

—Me encantó el tiempo que pasamos en París. Por cierto, ¿has hablado últimamente con Sophie?

Él niega con la cabeza.

—No, pero nos hemos escrito algunos mensajes de texto. Es una mujer muy ocupada, y ahora mantiene una relación seria con un hombre. Cuando nos hayamos instalado en la nueva casa me gustaría invitarlos, a ella y a Gabriel. ¿Qué te parecería? Sé que en su momento no quisiste alojarte en su casa, pero esperaba que, después de todo lo que ha pasado, te hayas dado cuenta de que no hay nada de lo que preocuparse. Tú lo eres todo para mí, querida. Para mí no hay ninguna otra mujer.

Sonrío de oreja a oreja, me vuelvo hacia él y, tras pegar mi pecho al suyo, le rodeo su cuello con los brazos. La correa de *Sunny* ofrece cierta resistencia, pero yo la mantengo fuertemente agarrada.

—Me encantaría, querido. Sé lo mucho que Sophie te importa, y ya no me siento amenazada por el hecho de que antaño tuvieras una relación con ella. Si quieres que venga a visitarnos, estaré encantada de abrirle las puertas de mi casa.

Él sonríe y me da un apretón en una nalga mientras acaricia mi nariz con la suya.

—Me alegro, querida, pues ya le he dicho que, cuando haya pasado el Año Nuevo, Gabriel y ella pueden venir a visitarnos para ver la casa y conocer a mis padres y los cachorros.

Deslizo mi nariz por la suya y pego mis labios a los suyos antes de decir en voz baja:

—Eres demasiado.

—Espero que suficiente para ti. —Parker rodea mi cintura con sus brazos y nos hace girar sobre nosotros mismos. Al hacerlo, nos enredamos sin querer con las correas de los perros. Ambos soltamos una carcajada ante el tonto percance, nos damos una sucesión de rápidos besitos y deshacemos el pequeño lío.

Cuando me doy la vuelta, veo que Paul y Denny están abrazados a unos siete u ocho metros de nosotros. Paul besa a su chico en el cuello mientras éste ríe alegremente.

Le doy un pequeño codazo a Parker.

—¿Alguna vez creíste que verías algo así?

Él echa un vistazo atrás y observa cómo Paul coloca las manos a ambos lados de la cara de Dennis y le planta un beso. Éste se coge a los enormes bíceps de Paul y levanta un pie hacia atrás adoptando la clásica pose del enamorado recibiendo un beso. Paul está realmente cachas. Verlos disfrutar de este momento privado en la playa de Río resulta verdaderamente hermoso. Son muy distintos y, sin embargo, su relación funciona a la perfección. Dennis es lo opuesto a Paul: tranquilo, encantador, elocuente y dulce. El

hermano de Parker, en cambio, es intimidante, musculoso, hosco y no se anda con tonterías. Lo que Paul oculta a los demás resulta claramente visible cuando está con Denny o Parker, y ahora también conmigo: un corazón hecho de puro oro que Dennis Romoaldo lo ha conquistado por completo.

—¿Honestamente? No tenía ni idea de que a mi hermano le iban los hombres. Estoy acostumbrándome a ello, aunque en realidad nunca me ha importado. Resulta más revelador que nunca le hubiera visto tan feliz en el plano romántico. Apuesto todo mi dinero a que Dennis es la persona con la que Paulie sienta la cabeza.

Me muerdo el labio y se me escapa un gritito por lo bajini:

—¡Guay! —suelto, y Parker se ríe entre dientes y me coge por la cintura para seguir nuestro paseo.

—Sí, lo es. Me alegro de que haya encontrado algo que ama tanto como el honor y el deber por los que lucha como soldado. Estaba jodidamente preocupado por él. Lo último que sé es que está pensando en no alistarse de nuevo.

Ladeo la cabeza y echo un vistazo por encima del hombro a los dos hombres. Paul está mirándonos, de modo que le saludo con una mano.

—Eres una tontaina —se ríe Parker.

—Estaba pensando...

—¡Oh, oh! Nada bueno sucede después de que una mujer diga eso. —Su mano asciende hasta mi cuello.

Yo gruño en broma.

—En serio, se me ha ocurrido una idea sobre lo que tu hermano puede hacer si decide no alistarse de nuevo.

—¿Sí? A ver, cuéntamela.

—Bueno, dado que se ha autoproclamado guardaespaldas mío hasta que descubramos quién es el psicópata, ¿y si cobrara por

ello? Es decir, Nate fue militar antes de fundar Van Dyken Security. Tal vez podría unirse a ellos. O crear una empresa propia.

Parker asiente.

—Podría funcionar. Supongo que dependerá de lo que quiera hacer él.

—Sí.

—Se lo mencionaré. Lo cierto es que, cuando esta situación haya terminado, me gustaría que siguiera encargándose de tu seguridad hasta que Nate y Rachel estén al cien por cien.

—Me aseguraré de que mi contable reciba sus datos bancarios para que pueda hacerle un pago cada dos semanas.

Parker se detiene y sonrío de oreja a oreja.

—Lo llevas claro, Melocotones.

Frunzo el ceño y me detengo a su lado, dejando que mis pies se hundan hasta los tobillos en la arena mojada mientras el oleaje rompe en la orilla y retrocede de nuevo al mar.

Él niega con la cabeza.

—Nunca dejará que le pagues, cariño.

Echo la cabeza hacia atrás.

—Eso es absurdo. Tiene que dejar que lo haga. No soy una organización benéfica... —sigo argumentando, pero él me interrumpe.

—No, nena, eres mi chica. Su hermana. Alguien de la familia. Necesitas los servicios de alguien como él. No está trabajando. Te proporcionaré ese servicio. Punto.

Aprieto los dientes.

—Pero ¿tú te oyes, cariño? Deberías oír lo disparatado que suena eso desde mi perspectiva. Escúchate, de verdad. —La mujer independiente que hay dentro de mí está que echa humo.

Él se encoje de hombros.

—Así son las cosas. Eres de la familia. Independientemente de lo que puedas pensar, el trabajo que haces te convierte en un objetivo. Mi hermano está especializado en neutralizar enemigos. Si piensa que estás en peligro o que no estás a salvo, actuará. Es su forma de proceder. Él es así. Ahora formas una parte importante de su mundo.

Muevo los pies para liberarlos de la arena que los ha cubierto hasta los tobillos, doy un paso hacia Parker y levanto la mirada hacia su atractivo rostro.

—Le pagaré —afirmo con rotundidad, y luego me doy la vuelta y sigo caminando por la orilla, llevándome mi enfado conmigo.

Oigo la carcajada de Parker a mis espaldas, y luego él y *Midnight* nos adelantan, lo cual hace que *Sunny* acelere, de modo que yo también voy detrás de ellos.

Los cables que sostienen y tiran de la cabina del teleférico son la única cosa que puedo oír dentro de esta caja acristalada que surca los aires en dirección al Pan de Azúcar, un morro que se eleva casi cuatrocientos metros por encima de la tierra y el mar. Aunque me gustaría disfrutar de la belleza de Brasil desde las alturas, lo cierto es que apenas puedo respirar. Cierro los ojos y me acurruco contra el pecho de Parker y me abrazo a él como si mi vida dependiera de ello. Probablemente, porque lo hace. Y es que vamos a morir aquí. Esos diminutos cables son realmente delgados. Uno de ellos se romperá, haciendo que la distribución del peso se desequilibre y nos arroje de un lado a otro hasta que la cabina caiga y terminemos en el océano Atlántico Sur o en las boscosas montañas que hay directamente debajo.

Ya puedo imaginar los titulares y la noticia:

«La actriz Skyler Paige sufre una terrible muerte tras caer la cabina acristalada en la que viajaba desde más de trescientos metros de altura». «La actriz encontró la muerte al precipitarse dicha cabina al vacío e impactar con los árboles y las rocas de una ladera montañosa antes de hundirse en el océano y ahogarse. Lamentablemente, su cadáver no ha podido ser recuperado porque permanece atrapado en la espachurrada cabina acristalada que ahora reposa en el fondo del jodido océano.»

Me alegro de que hayamos dejado a los cachorros en el hotel con Royce para que se relajaran y descansaran mientras nosotros hacíamos algo de turismo.

—Sky, cariño, estás temblando. —Parker me acaricia la espalda—. ¿Es que tienes miedo a las alturas? —pregunta con cierta sorpresa.

Le clavo los dedos en los músculos de la espalda y él suelta un pequeño gruñido, pero no me aparta. Tampoco podría: en este momento estoy prácticamente pegada a él.

Mi chico suelta una risa ahogada.

—Háblame.

—¿Hemos llegado ya? —pregunto en un tono neutro y precavido.

—Pronto alcanzaremos la cima —susurra con la boca pegada a mi pelo—. ¿Por qué no me has dicho que tenías miedo a las alturas?

—Porque no lo tengo —miento—. No exactamente. Pero lo de colgar en una endeble cabina unos trescientos metros por encima de montañas, árboles, acantilados y agua me parece aterrador. —El miedo clava sus feas zarpas en lo más hondo de mi ser y mi voz se eleva hasta adoptar un tono de soprano.

Él me envuelve completamente con sus brazos y, estrechándome contra su pecho, me da un beso en la coronilla.

—Este teleférico lo utilizan cada día un par de miles de personas. No hay nada de lo que preocuparse.

—Tú avísame cuando hayamos llegado.

—De acuerdo, Melocotones. Lo haré. Ya casi estamos. Sólo tres minutos más. Podrás aguantarlo. —Sus labios besan mis sienes—. Eres una chica valiente.

Cierro los ojos y dejo que esas palabras hagan su efecto y disipen el miedo que siento. Permanezco inmóvil, respirando profundamente, hasta que los brazos de mi chico se tensan y la cabina se detiene con una sacudida.

—¡Aleluya! ¡Déjame salir de esta cosa! —exclamo. Él suelta una risita, pero me conduce hacia las puertas de salida y no me suelta hasta que mis pies pisan tierra firme. Si no estuviéramos en público me arrodillaría y besaría la sólida superficie. En vez de eso, intento mostrarme despreocupada.

—Así que miedo a las alturas... Y yo que pensaba que eras una chica dura —dice Paul con una sonrisita sexy y guiñándome un ojo al pasar a mi lado.

Frunzo el ceño y hago una mueca.

—¡Soy dura!

—Lo que tú digas, pero acabas de perder algo de reputación callejera, hermanita.

—Como quieras —protesto, pero todo pensamiento acerca de mi miedo a las alturas y el deseo que siento de mutilar a Paul se desvanece ante las impresionantes vistas. Sin decir nada, me acerco a la barandilla metálica hasta que finalmente soy capaz de pronunciar unas palabras—: Oh, Dios mío... Efectivamente, es la tierra de Dios.

Parker se acerca a mí por detrás, coloca sus manos sobre las mías en la barandilla, apoya la barbilla sobre mi hombro y juntos

contemplamos la extrema belleza del paisaje. Toda la ciudad de Río está a nuestros pies y las playas con forma de medialuna de Copacabana e Ipanema se extienden hacia el horizonte. El blanco brillo de los veleros y los yates salpica la bahía cual lunares sobre el fondo oceánico, de un azul sorprendentemente profundo. Detrás de la ciudad se extiende una cordillera cuyas exuberantes montañas y crestas verdes despiertan en el que las contempla un intenso deseo de explorar sus maravillas. Y en la cima de la más alta y puntiaguda se encuentra la estatua del Cristo Redentor con los brazos extendidos. Es como si su presencia orientadora estuviera velando por su pueblo y expresando su infinito amor.

—¿Ves esa montaña en la que está el Cristo? —pregunta Dennis, que se encuentra a nuestra derecha señalando la cordillera que tenemos delante.

Nosotros asentimos en silencio, atentos a las cosas que Dennis nos cuenta sobre su hogar.

—Es el cerro del Corcovado, palabra que significa «jorobado».

—Interesante —digo sin dejar de admirar las vistas.

Permanecemos ahí unos buenos diez minutos sin decir nada, limitándonos a contemplar el paisaje, hasta que Dennis vuelve a romper el silencio.

—¿Habéis probado alguna vez el *ah-sah-ii*?

Tanto Parker como yo apartamos la mirada de las vistas, yo algo a regañadientes, y nos volvemos hacia él.

—No entiendo esa palabra —digo.

Dennis frunce el ceño y Paul se ríe a mi espalda y me deletrea la palabra.

—A-z-a-í. Ya sabes, la baya.

—¡Ah, sí, claro! Tiene un montón de antioxidantes y se usa en multitud de bebidas saludables y dietas quemagrasas —les informo,

pues como chica que se ha pasado la vida siguiendo una dieta u otra, soy prácticamente una experta.

—Proviene de Brasil —nos informa un orgulloso Dennis—. Tenéis que tomarlo helado. —Y señala un carrito que vende únicamente una especie de yogur helado de azaí fresco al que sólo han añadido hielo.

Dennis pide varias tarrinas en un rapidísimo portugués y luego saca unos cuantos billetes multicolores y nos los reparte antes de que Parker o Paul puedan decir nada.

—Nosotros invitaremos a la cena —anuncia innecesariamente Parker.

Paul enarca una de sus cejas como si, con una sola mirada, pudiera evitar mágicamente que eso sucediera. Está claro que no conoce a mi chico. Algo que Parker nunca me deja hacer es pagar por una comida. Jamás. Creo que va en contra de su código de honor de macho alfa o algo así. A mí me parece una galantería, y después de haber pasado un año y medio con un hombre que esperaba que yo lo pagara todo (incluida su ropa, comida y absolutamente todo lo demás), me alegro de que mi novio sea caballeroso.

Procuro no inmiscuirme en los puñales que los hermanos están lanzándose con la mirada y me centro en Dennis y la tarrina que me ofrece con una sustancia helada de color púrpura dentro.

—Pruébalo. Los norteamericanos se vuelven locos con esto. Para nosotros, es completamente normal, pero a tus paisanos les parece muy exótico.

Hundo la cucharita en el cremoso helado púrpura.

—¡Probemos! —Deposito la sustancia helada sobre mi lengua y una explosión de sabor tiene lugar en mi boca. La baya de azaí es a la vez ácida, dulce, algo amarga e increíblemente refrescante. Me

recuerda a un arándano, pero no exactamente. A una mora, pero no exactamente. A una fresa, pero no exactamente. Lo cierto es que no hay nada en el mundo como el sabor de una auténtica baya de azaí, ¡y me encanta!

Parker coge su cucharita y observa cómo gimo de placer al tomar mi segunda y luego tercera cucharada. Él se mete una en la boca y sus ojos se abren como platos y en sus labios se dibuja una sonrisa.

—¡Joder! ¡Esto está riquísimo!

—Ya os lo he dicho. A los norteamericanos les encanta. —Dennis también toma una cucharada, pero no se muestra tan entusiasmado—. La verdad es que yo no termino de pillarlo, pero me alegro de que os guste tanto la fruta de mi país.

Paul sonrío con satisfacción y toma otra cucharada de esa delicia helada.

—¿Qué hacemos ahora? —pregunto mientras sigo disfrutando de mi azaí helado.

—¿Por qué no vamos hasta la cima de la montaña, nos sentamos y planeamos la cena mientras tomamos un vaso de vino con el helado?

Seguimos a Dennis por otro tramo de escaleras que nos lleva todavía más arriba de la montaña y donde hay tiendas de *souvenirs*. De inmediato, me acerco a los escaparates y me fijo en unos pequeños árboles con piedras semipreciosas de distintos colores.

Parker y yo entramos a una de las tiendas y examino uno de los árboles. La base tiene un centímetro y medio de grosor y está hecha de diminutas piedras coloreadas. En el centro hay una figura de alambre dorado que representa un tronco y más o menos una docena de ramas, cada una de las cuales está decorada con un cristal o piedra semipreciosa.

—¿Qué es esto? —Lo sostengo en alto para mostrárselo a Dennis.

Éste entra en la tienda mientras Paul se queda fuera para vigilar. Dejo el objeto en sus manos y él se sube sus gafas de Buddy Holly por el puente de la nariz de esa forma que me resulta tan adorable.

—Son árboles brasileños de los deseos. ¿Ves que muchos tienen piedras de un mismo color?

Yo asiento y señalo uno con amatistas.

—Los árboles se han de regalar a alguien a quien uno desea transferir los rasgos particulares que representa esa piedra. Las amatistas, por ejemplo, simbolizan fuerza y pureza. Si le das ese árbol a alguien, estás deseando que en su vida tenga eso en abundancia.

Es como si estuviera hablándole directamente a mi alma.

—¡Oh, vaya! —interviene Parker—. Creo que vamos a pasar aquí dentro un rato. Paul, tal vez podrías seguir adelante e ir pidiendo las bebidas mientras Sky compra —sugiere secamente.

Paul niega con la cabeza.

—Prefiero estar aquí donde pueda verlos a ambos. Sky puede seguir con lo suyo. Me sobra el tiempo.

—¡Bah! —digo con un resoplido y arrugando el entrecejo, pero enseguida me vuelvo hacia los hermosos *souvenirs* artesanales y no puedo evitar sentirme atraída por un árbol con turquesas.

—¿Qué significa éste?

Dennis sonrío con dulzura.

—Éste simboliza la curación.

Al instante, visualizo a Nate tumbado en la cama del hospital. Al descender del avión, recibimos un mensaje de texto diciéndonos que Nate ya estaba consciente y que a finales de semana saldría de

la UCI. Tal vez esta pequeña baratija le ayude a curarse todavía más rápido, sin duda mi mayor deseo.

A continuación, señalo otro con piedras de color rojo naranja, alambre dorado y una base multicolor.

—¿Y éste?

Dennis sonrío de oreja a oreja.

—Esto es cornalina y se suele dar a alguien a quien deseas que tenga un bebé. Es una piedra de la fertilidad.

—Por el amor de Dios, Sky, ni lo toques. —Parker me coge de la mano antes de que pueda hacerlo—. Es mejor que con eso no juegues.

—Pero, cariño, Wendy quiere un bebé y, después de haber perdido uno, tal vez esto podría ayudarla.

Al mencionar eso, mi chico hace una mueca y maldice:

—Está bien. Pero asegúrate de que deseas que sea ella quien se quede embarazada, no tú —dice, y luego coloca una mano sobre mi barriga—. No ha llegado el momento. Todavía no, ¿de acuerdo? — Me besa en el cuello y me da un apretón en la barriga.

—Sí, cariño. Mientras forme parte de nuestros planes, me parece bien esperar un poco.

Cojo el árbol de la curación y el de la fertilidad y señalo otro con piedras de color rosa.

—¿Y éste?

Dennis sonrío.

—Cuarzo rosa. Amor eterno.

Acariciando las piedras rosas con la punta de los dedos, pronuncio mi pequeño deseo en voz baja:

—Deseo estar con Parker para siempre.

Cojo los tres árboles y los llevo al mostrador. Estoy a punto de usar la tarjeta de crédito cuando de repente Paul aparece detrás de

mí, me coge de la muñeca y niega con la cabeza.

—No, hermanita. Los pagos con tarjeta de crédito pueden rastrearse.

—Pero si no tenemos ningún *peso*.

Hace una mueca con la boca.

—Querida, la moneda de Brasil es el *real*. Los *pesos* son mexicanos.

—Mierda, lo siento. —Frunzo el ceño al tiempo que Paul saca un fajo de billetes brasileños y le paga a la cajera mis regalos—. Te lo devolveré —le prometo y él me guiña un ojo y, sin decirme nada, se vuelve a meter el fajo en el bolsillo de sus pantalones militares y regresa junto a Dennis, que nos hace otra propuesta:

—En vez de tomar vino, tal vez podríamos ir a ese sitio increíble que hay en la ciudad y que sirve... ¿cómo se llama? —Frunce el ceño y, en portugués, pregunta—: *¿carne no espeto?* Es carne cocinada en un pincho metálico.

Paul asiente.

—Es carne servida en una espada. El lugar al que propone ir es una churrasquería brasileña. A mí ya me ha llevado y es increíble. La mejor carne que he comido en la vida. Os pondréis las botas. Y a Roy también le encantará.

—Suena muy bien. Además, para cuando bajemos de la montaña en esa trampa mortal, estaré famélica.

—¿Estás lista? —me pregunta Parker como si lo único que importara ese día fuéramos mi bienestar y yo.

Pienso en las compras que he hecho y en mi deseo. En cuanto nos mudemos a nuestra nueva casa, pondré ese pequeño árbol brasileño de los deseos en la repisa de la chimenea.

—Sí, cariño. Hoy ha sido uno de los mejores días que he pasado en mucho tiempo.

Él me besa en una sien y rodea mis hombros con un brazo.

—Buena comida, playa, unas vistas excelentes, mi hermano, su chico, y el amor de mi vida compartiendo una experiencia increíble... Sí, cariño, está siendo un gran día.

6

Parker

Lamentablemente, y a pesar de lo tentadoras que sonaban, hemos tenido que saltarnos la carne en espadas porque Royce nos ha llamado para que los cuatro regresáramos al hotel. Ha encontrado algo inusual en los informes contables. Ahora estamos sentados a la mesa del comedor del ático que ocupamos Skyler y yo porque es donde hay más espacio para trabajar. Mi chica está colocando unos cócteles delante de cada uno de los hombres mientras tararea felizmente una melodía.

—Gracias, cariño. —Le echo un vistazo a mi bebida. Tiene trocitos de lima triturados y es de un color más bien claro. Levanto el vaso y huelo el cóctel antes de probarlo—. ¿Qué es?

—*Caipirinha*. Es el cóctel nacional de Brasil —dice con evidente orgullo—. He encontrado una nota en el bar que explicaba cómo prepararlo. Básicamente consiste en *cachaça*, azúcar, hielo, zumo de lima y las rodajas exprimidas de ésta.

—Y... ¿se puede saber qué es *cachaça*?

—Jugo de azúcar de caña fermentado. He tenido que mirarlo en Google, pero la verdad, cariño, es que no tengo ni idea de cómo sabe. Yo me he limitado a seguir la receta. Me ha parecido que ya que estamos en Brasil, teníamos que beber como los brasileños. —Sonríe de oreja a oreja e inclina la cabeza primero a un lado y luego al otro como si hiciera acopio de valor antes de probar la bebida.

Tras lo cual, sentencia—: Muy bueno. Tiene mucho alcohol, algo que no tiene por qué ser malo.

Yo le doy un trago largo.

—No, no lo es. —El sabor dulzón de la *cachaça* y el amargo de la lima me hacen arrugar la nariz. No está mal, aunque tampoco tomaría necesariamente más de una *caipirinha*. Sky no se equivoca, es un cóctel con una importante cantidad de alcohol, lo cual es algo bueno.

—¡Esto es la hostia! —dice Roy tras pimplarse la mitad de un trago.

—Tranqui, colega. Todavía estás bajo los efectos del *jet lag* —le advierto.

Él frunce el ceño.

—¿Acaso crees que no sé beber, tío? Deja que te recuerde quién es el que bebe más alcohol en nuestra cuadrilla de alegres caballeros. —Royce me recuerda su predilección por el whisky sólo con una sutil curva de sus labios. Lleva la perilla cuidadosamente recortada alrededor de la boca y mandíbula, y su calva resulta particularmente brillante bajo esta luz. Viste una ajustada camiseta de color bermellón que debe de costar más que toda la ropa que llevo yo y unos pantalones de pijama anchos y de color gris. A mi hermano Roy le gusta que la tela que viste sea suave, como «la parte inferior de una teta», y se gasta una buena cantidad de dinero para asegurarse de que así sea.

Royce coge unas cuantas hojas de la pila que tiene delante y le da un juego a Dennis y otro a mí. Paul se reclina en la silla que ocupa junto a su chico como dando a entender que está ahí para darnos su apoyo moral, pero que no meterá sus narices en este asunto a no ser que le preguntemos.

—Pediré algo de comer. En el menú figura algo que parecen bolas de queso empanadas... Sin duda voy a pedir eso —dice mi chica mientras inspecciona una carta.

—*Pão de queijo*, Sky. Es pan de queso brasileño. No has probado nada igual en ningún lugar del mundo —dice Dennis—. Si tienen, pídelo con *feijoada*, que es un guiso de alubias negras con carne de cerdo. Juntos son excelentes.

—Mmm —murmura Skyler mientras se frota la barriga. Yo suelto una risa ahogada, pero no puedo apartar mis ojos de ella. Es payasa, dulce y tan increíblemente hermosa que me duelen los ojos si la miro demasiado rato. En momentos así he de recordarme que es toda mía y que soy un cabrón con suerte por poder decir algo así.

—Y, querida, si tienen esa especie de croquetas de pollo y queso... —dice Royce con su retumbante voz, y se relame los labios mientras suelta su propio «mmm».

—*Coxinha* —nos informa servicialmente Dennis.

Royce señala a Dennis.

—Sí, eso. Haz el favor de pedirle a tu hermano un plato.

Mi chica asiente y sigue examinando la carta.

—También un poco de *pastel*, hermanita. Me encantan esas cosas empanadas. Carne o queso, me da igual, pero están deliciosas.

Skyler sonrío de oreja a oreja.

—Parece que pediremos pan, queso y guiso de alubias.

—Ya que estamos en Brasil, cariño... —le recuerdo su anterior afirmación para que no se obsesione con el hecho de que probablemente todo lo que va a pedir está repleto de calorías y es rico en grasas. No es que esté siguiendo ninguna dieta, pero sí ha mencionado que necesita ponerse en forma para la nueva entrega

de *Los más deseados*—. No te preocupes, Melocotones. Lo quemaremos en la cama —digo con una sonrisa sexy.

Ella se queda boquiabierta y abre mucho los ojos.

—¡Lo he oído! —exclama Roy al tiempo que Paul se ríe y niega con la cabeza. Dennis se pone rojo como un tomate.

Skyler frunce los labios y me fulmina con la mirada.

—Te quiero, preciosa —digo, y le lanzo un beso.

Ella sigue descuartizándome con la mirada, pero la conozco demasiado bien. No está enfadada, simplemente no le gusta que haga bromas sexuales delante de otros. Mi chica puede que sea una fiera en la cama, pero es un poco remilgada a la hora de hablar de sexo fuera del dormitorio.

—Voy a pedir la comida —anuncia—. ¿Alguien quiere algo más de beber?

Los otros tres hombres alzan sus vasos, pero yo aparto el mío.

—Yo me pasaré a la cerveza, si tienen.

—¡Entendido! —Skyler se da la vuelta balanceando deliciosamente el culo.

—A esta mujer no te la acabas, hermano. —Royce observa el balanceo de las caderas y el culo de mi chica y se ríe con ganas.

Sonrío.

—Ni en dos vidas.

Royce suelta una carcajada y le da una palmada a la mesa.

—¡Ja, ja, ja...! ¡Será mejor que le des gracias al Señor por este regalo del cielo!

Alargo el puño.

—¡Vaya si lo hago!

Luego Royce cambia de tema y se pone con los papeles.

—Bueno, ¿qué tal si le echamos un vistazo a lo que he descubierto? A simple vista, Dennis, diría que no tiene buena pinta.

Hay algunas cuentas sospechosas que no cuadran. Necesitaré ir a la oficina mañana para examinar más documentación y pedir información adicional pero, por lo que puedo ver, cincuenta más cincuenta aquí no suman cien. ¿Entiendes lo que digo?

Dennis se muerde el labio inferior, se sube las gafas por el puente de la nariz y asiente.

—Esto, por ejemplo... —Roy señala un punto de la página—. En la línea número cincuenta y dos. Esta cuenta es sospechosa. ¿Qué cojones es *reserva de producto*?

Dennis examina la hoja que tiene delante y niega con la cabeza.

—No lo sé. ¿Tal vez es una cuenta con dinero para adquirir producto?

Roy frunce el ceño.

—No, tío, esas cuentas están debidamente etiquetadas en las líneas que van de la cuatro a la diez. En éstas el dinero entra y sale de forma regular. Por alguna razón, sin embargo, también se transfiere de forma regular una gran cantidad de dinero a esta otra cuenta llamada *de reserva de producto* y, hasta el momento, no he podido encontrar nada que se pague con dicho dinero. Pasa a la página tres. Si te fijas, la cantidad de dinero de la cuenta disminuye cada dos semanas hasta dejar en ella más o menos cuatro mil *reais*, que vienen a ser unos cuatro mil dólares.

Dennis estudia el trasvase de dinero, vuelve atrás para echarle otro vistazo a la cuenta de reserva de producto, examina un par de páginas más y finalmente se echa hacia atrás.

—Entonces, ¿adónde va a parar el dinero de esta cuenta si con él no se realizan pagos de producto ni está registrado en las cuentas por cobrar o por pagar?

Royce da unos golpecitos a la pila de hojas.

—Ésa es la cuestión. Cada dos semanas, esa cuenta se reduce hasta exactamente esa cantidad. Necesito ir a la oficina para ver a qué cuenta está siendo transferido ese dinero, pero no es a ninguna de las que aparecen en el informe financiero, lo cual significa que el dinero está siendo trasladado a una cuenta bancaria oculta. He visto cosas así muchas veces, tío. Normalmente, esa cuenta desconocida es propiedad de algún directivo. No sé si entiendes por dónde voy.

—*Putá que pariu!* —exclama Dennis, enojado.

No necesito saber portugués para darme cuenta de que ha proferido una expresión tremendamente malsonante.

—¡He de llamar a mi hermano! —Dennis se pone en pie de golpe empujando con ello la silla hacia atrás con tanta fuerza que casi cae al suelo si Paul no llega a cogerla antes.

Éste también se levanta y coloca una mano sobre el hombro de su chico.

—Tranquilízate, Denny. Deja que Roy lo revise todo antes de llegar a ninguna conclusión.

Respirando de forma laboriosa, Dennis asiente con nerviosismo y, tras respirar hondo y calmarse un poco, vuelve a sentarse y se sube otra vez las gafas por el puente de la nariz:

—¿Hay más?

Roy se humedece sus carnosos labios con la lengua.

—Sí, tío. Lo peor de todo es que he encontrado dos cuentas como ésta, ocultas a simple vista. Esos problemas que comentabas, los sobrepagos... A simple vista parece que están pagando diversos cargos cuando, en realidad, éstos no existen y el dinero está siendo transferido a esas cuentas de reserva que luego vacían cada dos semanas.

—¿De cuánto dinero estamos hablando? —Siento una opresión en el pecho ante la idea de que la pareja de mi hermano esté siendo

defraudada.

—En moneda brasileña y únicamente en los últimos tres meses, un poco más de cuatrocientos cincuenta mil *reais*, que vienen a ser unos ciento veinte mil dólares norteamericanos. Es decir, están desapareciendo cuarenta de los grandes al mes. Al tratarse de un negocio de importación, hay mucho cambio de divisas en el dinero que entra y sale: *reais*, dólares norteamericanos, euros, pesos, coronas, yenes, libras inglesas y un montón de otras monedas. Se mueve mucho dinero, lo cual dificulta su rastreo a no ser que uno sepa lo que anda buscando. Quienquiera que esté haciendo esto, sabe que las personas que reciben estos informes financieros no deben de comprender todas las operaciones.

—Ése soy yo. —Dennis se señala a sí mismo con el pulgar—. Soy la persona que no comprende todas y cada una de las operaciones. Sin embargo, mi hermano, nuestro contable y nuestro director financiero sí deberían hacerlo. Aunque en realidad todos responden ante Fabian.

—¡Jooodeeer...! —Royce se pasa una mano por la cabeza en un gesto que deja traslucir su incomodidad.

—Vas a decirme que piensas que mi hermano está robándonos. Robándome. Robando a su familia, pues mis padres todavía reciben beneficios para que puedan disfrutar de la vida por la que han trabajado tan duro.

Royce se chupa los labios y asiente con solemnidad.

—Todavía no puedo demostrarlo, y te sugeriría que no hablaras con él hasta que tengamos más pruebas. Park y yo iremos mañana a la empresa, revisaremos la documentación, hablaremos con algunas personas, haremos lo que se nos da mejor, y si todo va bien, podremos decirte algo con más certeza.

Dennis asiente mientras desliza las puntas de los dedos por la superficie de la pila de hojas. Parece absorto en sus pensamientos a pesar de que está sentado ahí con nosotros.

—Mañana mi madre y mi padre han organizado una cena para mis amigos y para mí —pronuncia la palabra *amigos* con una inflexión especial y mira a Paul, que aprieta tanto la mandíbula que podría partir un bloque de hormigón con los dientes.

—Así que amigo... —protesta Paul con perceptible irritación.

—*Pistola*... —Dennis coloca una mano sobre Paul—. *Por favor*... —suplica.

La mirada de Paul se endurece y en ella advierto rabia e incluso cierto dolor. Se pone en pie de golpe empujando la silla hacia atrás al hacerlo y, esta vez, la suya sí cae al suelo. En ese momento, Skyler aparece con dos cócteles más y mi hermano se vuelve hacia ella y le dice:

—Necesito algo un poco más fuerte, hermanita.

—¿Chupitos de ron? —ofrece ella al instante.

—Cásate con ella, Park —dice Paul por encima del hombro, mirándome con una clara expresión de enojo. Por su semblante y el modo en el que fulmina con la mirada a Dennis y luego se vuelve hacia mí antes de fruncir el ceño y mirar hacia otro lado, percibo que su frustración está dirigida a su chico y no hacia mí.

Skyler, sin embargo, no se percata del intercambio de miradas y sonrío como una bobita a causa del cumplido que mi hermano le ha dedicado. Luego se dirige a la mesa y prepara las bebidas delante de Dennis y de Roy. Dennis coge la suya y, una vez que se la ha tomado de un trago, hace una mueca y suelta todo el aire de sus pulmones.

—A tu hermano le gusto... —me dice Skyler y, tras echarse el pelo por encima del hombro con un certero movimiento de cabeza,

se dirige de vuelta al mueble bar—. ¡Vamos, Paulie, emborrachémonos!

—¡Gracias a Dios! —dice él entre dientes.

Miro a Dennis.

—¿A qué diantre viene eso? —pregunto.

El chico de mi hermano cierra los ojos y se muerde el labio inferior como si se callara algo.

—Es una discusión recurrente que tenemos. Mi familia todavía no ha aceptado mi sexualidad. En mi opinión, cuanto más nos vean a Paul y a mí juntos más fácil les será comprenderlo, pero... —Niega con la cabeza—. Se le pasará... antes o después.

—Está bien... —Echo un vistazo a Royce, que se encoge de hombros. Está claro que Paul está muy cabreado. Dennis se queda mirando a Paul, que, según he visto con el rabillo del ojo, ya se ha pimplado un par de chupitos de ron. Skyler vuelve a inclinar la botella cerca del vaso de mi hermano y éste asiente, de modo que vuelve a rellenárselo. Paul se toma el tercer chupito sin ni siquiera pestañear cuando el alcohol alcanza su garganta.

Definitivamente, algo le pasa a mi hermano. Lo añadido a la cada vez más imperiosa lista de cosas por descifrar sobre Paul. A causa de su ausencia todos estos años, hemos ido perdiendo la conexión fraternal que teníamos, lo de «terminar la frase del otro» que muchos familiares disfrutaban cuando su relación es más estrecha. Nuestras bromas privadas son cada vez más escasas y hay una distancia en la mirada de mi hermano que no sé cómo salvar. Si esta vez se queda más tiempo, me aseguraré de reparar esa brecha para que nuestra relación vuelva a ser igual que la que teníamos de pequeños, cuando éramos inseparables.

Suena el timbre y Paul se vuelve de golpe, como si hubiera oído un disparo.

Sky coloca una mano sobre su hombro.

—¿Comida? ¿Servicio de habitaciones? —le recuerda.

Paul tensa la mandíbula y, tras asentir secamente, se dirige hacia la puerta.

—Quédate aquí. Mantente en todo momento fuera de la vista —le indica a mi chica, y ella se lleva la mano a la frente y le dedica un saludo marcial.

—A sus órdenes, mi capitán.

Yo suelto una risa ahogada. Es una jodida payasa. Y toda mía.

Anoche comimos, bebimos y, cuando todo el mundo se hubo marchado —Roy a su habitación; Dennis y Paul, sin hablarse más allá de con susurros monosilábicos, de vuelta a casa de Dennis—, Skyler y yo nos fuimos a la cama e hicimos el amor. Hoy me he pasado casi todo el día en la sede de la empresa de importaciones internacionales de Dennis, revisando archivos e informes financieros y reuniéndome con el personal. Decir que el hecho de que el inglés no sea la lengua nativa de los empleados ha sido un gran impedimento es quedarse corto. Al cabo de un rato, hemos tenido que pedirle a Dennis que nos consiguiera un intérprete que no fuera él ni nadie de la familia para que yo pudiera interrogar debidamente al personal y obtuviera algunas respuestas que no se vieran afectadas por el miedo de tener que decirme algo a través de alguno de sus jefes.

Por desgracia, la información financiera también era más compleja de lo que supusimos la noche anterior. Las cuentas secretas alimentan otras cuentas y éstas, a su vez, a otras, y así sucesivamente. Al final de un día largo y agotador, hemos decidido llamar a Wendy para que acceda ilegalmente al sistema informático

de la empresa y averigüe a qué cuenta va a parar finalmente el dinero hurtado y a nombre de quién está. Como se lo hemos pedido hoy mismo, Wendy nos ha dicho que necesitaba al menos veinticuatro horas para hacer sus investigaciones, implique lo que implique eso. No se lo hemos preguntado y preferimos no saberlo.

Exhalo una bocanada de aire entrecortada al tiempo que Skyler entrelaza sus dedos con los míos y seguimos a Dennis por la escalera de hormigón de la que nos ha dicho que es la casa de su familia. Es un edificio palaciego. De una planta, con decoraciones de caoba oscura y estuco de color blanco roto. Grandes macetas con palmeras y un estallido de exóticas flores de vibrantes colores en la base le dan al lugar un toque acogedor. La casa está en lo alto de una colina con vistas a gran parte del promontorio que visitamos el día anterior.

Dennis llama a la puerta, cosa que inmediatamente me parece extraña. En casa de nuestros padres, Paul y yo entramos directamente. Puede que sea algo cultural. Más extraño todavía me resulta el hecho de que Paul permanezca detrás de Royce, Skyler y yo mismo en vez de estar al lado de su chico. No es lo que habría esperado de un encuentro con una familia a la que ya conoce.

Skyler lleva en la mano un ramo de flores y yo una cara botella de vino que hemos comprado en una tienda. Royce, por su parte, lleva una caja blanca con un lazo que contiene un surtido de ricos postres que ha hecho preparar en el hotel para ofrecérselos a la familia de Dennis. Paul, sin embargo, permanece detrás de todos con cara de pocos amigos a pesar de que se ha vestido más elegante de lo que suele para la ocasión y viste unos pantalones entallados y una camisa de manga corta. Skyler luce uno de sus muchos vestidos multicolor; el estampado de éste en concreto está formado por una combinación verde, púrpura y amarillo. Y ha cambiado las chanclas

por unos zapatos de cuña alta de corcho. Royce, como siempre, va de punta en blanco con un jodido traje de lino con un par de estilogas sandalias masculinas. Ha prescindido de la corbata y lleva desbrochados los dos botones superiores de la camisa de color amarillo pálido, que por supuesto está perfectamente planchada. Yo he optado por un atuendo que he llamado «turista chic»: unos pantalones chinos, una camisa blanca entallada y mi *blazer* azul marino. Calzo unos zapatos náuticos blancos de lona.

La puerta se abre de golpe y aparece una mujer pequeña y rolliza que extiende los brazos y estrecha a Dennis. Los rasgos de la mujer son similares a los de éste; el pelo y los ojos oscuros, así como la forma de la nariz y los pómulos, evidencian que se trata de su madre.

—*Meu bebê!* —exclama ella en portugués, abrazando a Dennis con fuerza.

—*Mamãe* —responde él, aunque, tras saludarla, cambia rápidamente al inglés, supongo que por nosotros—. Me alegro de verte.

Ella le dedica una sonrisa amplia y, volviendo sus oscuros ojos hacia nuestro equipo, dice también en inglés:

—Bienvenidos a nuestra casa. Espero que tengáis hambre —saluda con amabilidad.

Paul deja escapar un gruñido detrás de mí, pero cuando me vuelvo hacia él, niega con la cabeza y aparta la mirada.

Parece que, fuera lo que fuese lo que le fastidiara ayer y que le hizo ponerse a pimplar chupitos con mi chica, todavía no se le ha pasado.

Dennis y su madre nos conducen al interior y me quedo impresionado por la singular belleza de la casa de su infancia. Intensos colores, texturas y patrones llenan las habitaciones del

suelo al techo. Está claro que han aprovechado su negocio de importación internacional. Por todas partes, tienen interesantes muebles y esculturas que he visto en distintos países europeos, así como objetos que podrían considerarse de inspiración asiática; por no mencionar la interesante mezcla de tapices que cuelgan de las paredes y que me aventuraría a decir que provienen de Oriente Medio y la India.

Descendemos unos escalones y nos encontramos con una docena de personas, algunas de pie sosteniendo bebidas, otras dando buena cuenta de lo que ahora sé que es *pastel*, y dos sentadas en el sofá. Un grupo de niños pasan corriendo entre nosotros y los demás adultos sin dejar de gritar y reír. En general, parece una barbacoa familiar como las que hacemos en casa. El aroma a pan recién horneado y carnes a la brasa impregna el ambiente de la estancia, haciendo que me rujan las tripas y la boca se me haga agua.

Skyler rodea mi cintura con un brazo y espera a que Dennis haga las presentaciones.

—¡Atención todo el mundo! Éstos son mis amigos de Estados Unidos. Las últimas veces que he estado en casa ya habéis conocido a mi amigo *Paulo*; él es su hermano, Parker, y a su lado está la novia de éste, Skyler... —Una de las mujeres del grupo suelta un grito ahogado y, con los ojos abiertos como platos, se cubre la boca. Dennis prosigue sin inmutarse—. Él es Royce, un amigo y socio de Parker. También están aquí porque les he pedido que echaran un vistazo a unos asuntos de trabajo.

A continuación, Dennis va señalando a las distintas personas que ocupan la estancia y nos dice sus nombres, pero mi mente se ha quedado atascada en la palabra *amigo* con la que se ha referido a Paul. No ha dicho novio, pareja o compañero como habría

esperado. En casa, Paul nos presentó a Dennis como su novio y nos dejó bien claro que mantenían una relación (y, además, que era muy seria). Mis padres se quedaron estupefactos, tal como le habría sucedido a cualquier progenitor si de repente su hijo le anuncia que es bisexual y, además, que ha llevado a su pareja para presentársela. Eso fue distinto, pero lo que estoy viendo aquí hace que mi sentido arácnido se ponga alerta.

Tengo la sensación de que Dennis no le ha hablado a su familia acerca de su orientación sexual, o que no le ha dicho todavía que Paul es su novio.

Pero ¿por qué?

En cuanto terminan las presentaciones, una mujer que se parece a Dennis, aunque debe de ser unos buenos diez años mayor, se acerca a él y lo abraza.

—*Meu irmãozinho!* —dice, estrechándole entre sus brazos. Se trata de una mujer muy atractiva. Unas estilosas mechas rubias destacan en su pelo castaño y su tono de piel es de un bronceado color miel. Cuando finalmente se separa de Dennis, le coge por las mejillas y, en inglés, añade—: Veo que eres muy feliz. —Luego se vuelve hacia Paul, que permanece en un extremo del grupo, fundiéndose con el fondo, y, señalándole con un movimiento de barbilla, pregunta—: ¿Acaso tiene algo que ver con tu apuesto chico?

Bueno, parece que su familia sí conoce su orientación sexual, pero sigo pensando que hay algo que no encaja.

Dennis echa un vistazo por encima del hombro en dirección a Paul.

—Me hace el hombre más feliz del mundo, Raissa.

Ella le da unas cariñosas palmaditas en la mejilla.

—Eso es bueno. Mi hermano se merece ser feliz, independientemente de lo que *Mãe e Pai* piensen al respecto. Ya sabes que yo siempre te apoyaré.

—*Sim, irmã.* Sé que lo harás. *Obrigado.* —Y repite esa palabra, cuyo significado conozco: «gracias».

Luego ella se separa de su hermano, se acerca a Paul y lo abraza y le susurra unas palabras al oído. Éste asiente, pero una fugaz expresión de dolor se dibuja en su rostro, habitualmente estoico. Está dolido y no habla de ello.

Skyler me da un pequeño codazo.

—A Paul le pasa algo, amor.

Rodeo sus hombros con un brazo y la atraigo hacia mi pecho.

—Ya lo sé, cariño, y llegaré al fondo de la cuestión, pero tengo un mal presentimiento sobre lo que está pasando.

Después de saludar a Royce, la hermana de Dennis se acerca a nosotros.

—Parker, Skyler, por si no lo habéis oído bien durante las presentaciones, soy Raissa, la hermana mayor de Dennis. Me alegro mucho de conoceros. Y, Skyler, soy una gran fan de tus películas. Las he visto todas. Eres una auténtica bendición para el mundo de la interpretación. —El rostro de Skyler se ilumina y le estrecha la mano a Raissa.

—Venid conmigo, vamos a por comida y bebida. Los brasileños tenemos la mejor comida del mundo —dice Raissa con el pecho hinchado de orgullo.

—¡Y que lo digas! Ayer, Dennis nos llevó a la playa de Copacabana a desayunar, luego a picar al monte del Pan de Azúcar y, por la noche, pedimos la cena al servicio de habitaciones... ¡Dios mío! —Sky se frota la barriga—. Hemos probado una gran variedad

de platos brasileños, cada uno mejor que el anterior. Voy a engordar por lo menos tres kilos.

Raissa sonrío dulcemente.

—Bueno, si no engordas diez durante tu estancia aquí, estaríamos haciéndote un flaco favor.

Skyler y yo nos reímos y seguimos a la elegante mujer hasta la cocina. Una vez ahí, nos presentan otra vez a su madre, Lucia, y luego a su padre, Cadu. Me fijo en cómo interactúa Dennis con los miembros de su familia y me doy cuenta de que se mantiene alejado de Paul. Cuando estábamos en Boston, eran prácticamente inseparables; aquí se comportan como si hubiera un océano entre ambos.

Paul sigue al grupo de habitación en habitación sin entablar conversación con nadie. Esto en sí mismo no resulta inusual en él, pues suele escuchar más de lo que habla, pero es como si estuviera intentando evitar a propósito que su presencia llame la atención.

Como soy un hombre de familia y no me gusta el mal rollo que parece haber entre Paul y la mayoría de la familia de Dennis, decido entrar al trapo sin más y me acerco a Sky, que está hablando con Cadu y Lucia en la enorme terraza. En ese momento, están preguntándole a mi chica por su última película.

Rodeo los hombros de mi chica con un brazo y espero mi momento. Éste llega al poco, cuando Raissa interviene en la conversación y pregunta qué tal las cosas en Boston. En vez de contarle que hay un psicópata intentando asesinarme y convertir a Sky en su esclava sexual o lo que sea que quiera ese desgraciado, cambio de tema y hablo de Paul y Denny.

—Muy bien. He de decir que mis padres están encantados con que Paul siente la cabeza con Dennis. Se preocupan por sus hijos y ver cómo Dennis cuida de Paul y Sky de mí ha hecho que mi madre

esté prácticamente preparando nuestras bodas —digo en broma y me río.

El cuerpo de Paul se pone tenso y Dennis exhala una larga bocanada de aire y frunce el ceño.

A pesar de todo, continúo:

—Es verdad que al principio nos resultó algo raro descubrir que Paul tenía un novio, pero todos queremos mucho a Dennis y no podríamos estar más felices.

—¡Park! —exclama Paul, pero le hago caso y prosigo.

—Y, por supuesto, verlos así de enamorados supone una gran alegría para mi madre y para toda la familia. Dennis es maravilloso. Habéis criado a un gran hombre. Me sentiré afortunado de tenerlo como cuñado.

La terraza al completo se queda completamente en silencio. Todos y cada uno de los miembros del clan de los Romoaldo deja lo que estaba haciendo y se queda mirando a Cadu y Lucia.

Casi puedo oír a los grillos cantando en el jardín mientras el cuerpo de la madre de Dennis se pone rígido y, con el rostro desprovisto de la menor emoción, me mira directamente a los ojos y me rompe el jodido corazón.

—Dennis se casará con tu hermano por encima de mi cadáver —dice subrayando cada una de sus palabras con gran intensidad—. No son pareja. Nunca lo serán. Guárdate para ti esos alegatos blasfemos. Puede que tu hermano haya confundido a mi hijo con sus encantos, pero los miembros de la familia ya hemos resuelto esta cuestión. Él nunca deshonraría el buen nombre de nuestra familia ni iría en contra de Dios accediendo a semejante depravación.

—*Mamãe*, basta. Por favor. —Dennis intenta calmarla.

Ella frunce el ceño y sus ojos se empequeñecen todavía más.

—Pensaba que habíamos acordado que no volverías a traer a este hombre a mi casa. Detesto todo lo que representa. Y todavía más que intente convertir a mi hijo en algo que no es.

—*Mamãe*, Paul está en mi vida. Accedí a no mencionar mi orientación sexual y fingir en vuestra presencia, pero nada va a cambiar. Soy homosexual.

Lucia se tapa los oídos.

—¡No pienso oír semejante asquerosidad en mi casa!

Su marido arruga el entrecejo y, sin dejar de murmurar cosas en portugués, rodea los hombros de su mujer con un brazo y se la lleva de nuestro pequeño círculo en dirección a la casa.

—¡¿Qué cojones ha pasado?! —exclamo mirando a Dennis—. ¿Nos has traído aquí a sabiendas de que odian a mi hermano? ¿Por qué has hecho eso? —Skyler coloca una mano en mi espalda y me la acaricia de arriba abajo para tranquilizarme. Me conoce bien.

Al oír el tono que empleo, Paul se acerca a Dennis y posa ambas manos en sus hombros en lo que interpreto como un gesto de apoyo.

—No es para tanto. Sucede cada vez que venimos. Simplemente, procuramos no interactuar demasiado el uno con el otro. Eso es suficiente para mantener la paz.

—Yo... Yo... ¡Esto es una estupidez! —exclamo, sacudido por intensas oleadas de furia—. No puedes hacerte pasar por algo que no eres. Es ridículo. Y te desprecian, Paul. Por eso has estado tan malhumorado desde que anoche nos enteramos de que íbamos a venir aquí —masco las palabras con furia—. ¿Por qué hemos venido siquiera? —Niego con la cabeza y con la mano hago un gesto de desaprobación—. Dennis, lo siento, pero tu familia es lamentable.

Los ojos de Dennis se vuelven vidriosos a causa de las lágrimas y todo su rostro se tiñe de un tono rosa oscuro.

—No lo entiendes. Simplemente, todavía no han podido aceptar mi orientación sexual. Tengo esperanzas de que algún día lo hagan. Cuanto más nos vean, a Paul y a mí, felices y juntos, más fácil será que lo acepten, como hace Raissa. —Señala a su hermana, cuya afligida mirada permanece sobre su hermano y le lanza un beso, pero no interviene en la conversación.

¡Intolerantes de mierda!

—Esto no me gusta. No pienso comer con unas personas que detestan a mi hermano porque está enamorado de su hijo. Nanay. Ni de coña. —Respiro hondo varias veces, me vuelvo hacia la colina y diviso la imponente estatua de Cristo irradiando amor y unidad por toda la ciudad salvo esa casa. Continúo—: Una cosa que tengo clara en la vida es que todos y cada uno de nosotros debemos ser honestos con nosotros mismos. Dejar las obligaciones familiares en la puerta. Cuando coges de la mano a la persona con la que estás destinado a pasar el resto de tu vida, la persona que amas con todo tu ser, esa persona se convierte en tu familia. Los demás no son más que la guinda del pastel, tío.

—Parker... con el tiempo lo comprenderán —vuelve a intentar Dennis.

A mí no me vale.

—Lo siento. Hasta que ese día llegue, yo no puedo quedarme aquí. No lo apoyaré. Sé tú siempre, Dennis. Eso sí lo apoyaré. Esto no. Bajo ningún concepto me quedaré cruzado de brazos y aceptaré el odio que han mostrado a mi hermano a causa de vuestro amor y vuestra relación. A Paul le supuso un esfuerzo hercúleo confesarme que era bisexual y que estaba enamorado de ti. Y volvió a hacer ese esfuerzo cuando te presentó a nuestra familia. Puede que no

comprendieran de buenas a primeras la situación, pero nunca te trataron mal ni con odio. De hecho, lo aceptaron y le abrieron los brazos al hombre que ama. Deberías tenerlo en cuenta. Tu familia debería tenerlo en cuenta. Yo, por mi parte, me largo de aquí. ¿Cariño? —Extiendo la mano hacia mi chica y ella me la agarra con fuerza.

—Te queremos, Dennis —dice Skyler, y me sigue a la entrada de la casa.

Cuando llego a la puerta, oigo la voz de Royce y echo un vistazo por encima del hombro. Está abrazado a Dennis y dándole fuertes palmadas en la espalda. El sonido de las mismas resuena con fuerza por encima del zumbido de las furiosas abejas que revolotean en mi cabeza.

—Te toca hacer examen de conciencia, colega. Nos vemos mañana. —Le asesta una última palmada y luego da media vuelta y se dirige hacia nosotros. Espero un momento mientras mi hermano se despide de Dennis.

—Me voy con ellos. ¿Te vienes o te quedas aquí? —le pregunta Paul a su chico, el amor de su vida.

Extiende la mano para que Dennis se la coja. Éste contempla las muchas caras que están observándole. Yo contengo la respiración y aprieto los dientes, con la esperanza de que Dennis tome la decisión correcta delante de su familia.

Dennis mira la mano de mi hermano y cierra los ojos. Una lágrima cae por su mejilla. Luego coloca una mano sobre la de mi hermano y la otra en su mejilla.

—Iré donde tú vayas, *Paulo. Minha familia.*

7

Skyler

El cálido cuerpo que yace junto al mío cambia de posición por millonésima vez. Un profundo suspiro se escapa de los labios de Parker mientras sus dedos se deslizan por la carnosa extensión de mi muslo. No estoy segura de que ni siquiera sea consciente de que está haciéndolo. Sin duda hay algo que preocupa a mi chico. Todavía es pronto y los rayos del sol apenas asoman por la rendija de las cortinas. Coloco una mano sobre su pecho y beso el lugar en el que mi cabeza ha estado apoyada mientras mi mano cartografía lentamente la superficie de músculo y suave piel.

Espero durante un par de minutos a ver si dice algo y se deshace de la desazón que le impide dormir. Como no lo hace, decido romper yo el silencio.

—Cariño, has estado intranquilo toda la noche. ¿Quieres hablar sobre ello?

El brazo que me rodea me estrecha con más fuerza y luego Parker extiende el otro y me envuelve hasta que comprendo lo que está intentando hacer y me coloco de lado para que ambos podamos mirarnos directamente a los ojos.

—Lo de anoche fue una mierda —gruñe cansinamente. Su voz suena ronca e irregular.

—Estoy de acuerdo —susurro, pero no digo nada más a la espera de que él siga abriendo su corazón y su mente y suelte todo lo que está desasosegándole.

—Esto no está bien. Paul y Dennis no deberían tener que ocultar su relación a la gente que se supone que más los quiere.

¡Parker es tan buena persona! Ha estado toda la noche preocupado por la situación de su hermano y su pareja. Alargo una mano y paso dos dedos por los carnosos labios de mi chico.

—Tienes razón. El amor verdadero es incondicional. Lamentablemente, la gente puede ser muy cerrada de mente. Me parece que a los padres de Dennis les está costando aceptar la idea de que su hijo es homosexual.

—Pero ¿por qué? No es cosa suya con quién se acuesta o a quién entrega su corazón.

Paso una mano por el pelo de mi chico, todavía alborotado tras el sueño.

—Cuando perteneces a una familia muy unida parece que todo está sujeto a sus juicios y conjeturas. La desventaja de tener una familia cariñosa que se implica en tu vida es que se cree con el derecho a expresar qué es lo que le gusta o disgusta. Tampoco es que yo tenga mucha experiencia al respecto, exceptuando a Tracey.

—Frunzo el ceño al recordar cómo dejé las cosas con ella en el hospital y el corazón se me encoge al pensar que nuestra relación ha quedado seriamente dañada. La verdad es que no estoy segura de cómo lidiar con los serios reveses que ha sufrido.

Parker me saca del pozo de autocompasión en el que me he metido.

—Mis padres siempre han estado involucrados en nuestras vidas o, como mínimo, han permanecido en las bandas, animándonos y recordándonos que estaban disponibles si los necesitábamos, pero nunca se les ha ocurrido imponernos sus puntos de vista. Nosotros siempre hemos tomado nuestras propias decisiones.

Suelto una pequeña risa ahogada al pensar en mamá Ellis.

—No estoy segura de que eso sea del todo cierto, cariño. Tu madre está muy encima de ti y de los chicos. Y también tu padre. Es sólo que os apoyan más y se inmiscuyen de un modo más aceptable que la familia de Dennis. Si algo no es perjudicial para ti, el clan de los Ellis se hará a un lado y te dejará en paz. Sin embargo, cuando estuviste en el hospital, la presencia de tu madre se hizo notar mucho. Lo sufrió el personal, y yo también. —Me río—. Y no dejó de darle la lata a tu padre ni de obligar a los chicos a hacer todo recado que considerara necesario. Te recuerdo que incluso nos trajo sopa de pollo cuando íbamos a instalarnos con Wendy y Mick, como si ellos no tuvieran cocineros o no fueran capaces de cuidar de nosotros.

Parker sonrío y los rayos de sol que se cuelan en la habitación iluminan su rostro, haciendo que sus ojos azules reluzcan.

—En eso tienes razón.

—Ya lo sé. Y ahora está absolutamente inmersa en los preparativos de la boda de Wendy junto con mamá Sterling. Esas dos juntas son de armas tomar.

Parker arruga el entrecejo.

—Mi madre no tiene hijas y, como Wendy no tiene madre, ha decidido involucrarse y ayudarla.

—Ajá. Pero eso podría considerarse intrusivo y molesto si Wendy no aceptara la atención que le dispensa. Resulta que es algo que quiere y necesita en su vida, y tu madre está más que contenta de proporcionárselo. Y así es como Lucia debe de sentirse respecto a Dennis. Ella piensa que él está haciendo algo mal y está haciéndoselo saber con mano firme. Tú dirás lo que quieras, cariño, pero cada familia es un mundo y todas tienen sus propios métodos.

Parker hace una mueca.

—Lo que sucedió anoche fue cruel. ¿Estás diciéndome que la madre de Dennis actuó de forma correcta?

—¡Claro que no! Se pasó completamente de la raya. O, mejor dicho, la borró del todo. Lo que estoy intentando decirte es que probablemente ella sí estuviera convencida de que estaba actuando de forma correcta.

—Lo cual me lleva a la siguiente cuestión. ¿Por qué querría Dennis llevarnos a su casa si la situación es ésta? No tiene sentido.

Asiento.

—Si me preguntas si apruebo el modo en que se comportan respecto a Dennis y Paul como pareja: no, de ningún modo. Las cosas que dijo su madre fueron horribles. Sin embargo, no podemos culpar a Dennis por desear que su familia acepte al hombre de su vida. Mi teoría es que nos llevó a todos allí con la esperanza de que, de alguna manera, se suavizaran las cosas. Que vieran la facilidad con la que la familia de Paul lo ha aceptado, y tal vez empezaran ellos mismos a asimilarlo.

—¿Tú crees?

Me encojo de hombros.

—Es posible. Pero, por favor, júrame que no le dirás nada a Dennis, ¿de acuerdo? Ya tiene suficiente carga emocional para llenar una flota de aviones. Además, debes practicar aquello que predicas: si no quieres que su familia se involucre en cómo vive su vida y la relación que mantiene con tu hermano, has de hacer lo mismo. Predicamos con el ejemplo, ¿de acuerdo?

Parker sonrío, rodea mi cintura con un brazo y se coloca encima de mí. Abro las piernas para acomodarlo.

—Pero ¡qué inteligente es mi chica! —Frota su nariz con la mía, mantiene el cuerpo apoyado en los antebrazos y me pasa los dedos

por el pelo. Una cálida sensación se extiende por todo mi cuerpo al comprobar que la preocupación de mi chico está desvaneciéndose.

Suelto una risita y él me da un besito en los labios.

—Y condenadamente hermosa... —sigue diciendo, y me vuelve a besar.

—Generosa e insaciable en la cama... —Mueve las cejas y me mordisquea los labios.

Luego me da un beso apasionado y me comienzo a reír con los labios pegados a los suyos, abiertos.

—Y me quiere. —Cierra los ojos y apoya su frente en la mía—. Está enamorada de mí de verdad. Me cuesta creer que sea cierto.

Yo sonrío de oreja a oreja.

—Hasta las trancas, cariño.

—Hablando de trancas... —Presiona su duro miembro contra mis bragas y soy incapaz de pasar por alto la inmediata excitación que recorre mi cuerpo y se instala entre mis muslos.

Mucho rato después, Parker se pone su atuendo profesional con la intención de encontrarse con Royce en la empresa familiar de Dennis cuando, de repente, oigo que vibra mi teléfono móvil. El aparato está en el bolso que dejé en la cómoda que hay al otro lado de la habitación. El tipo de vibración me anuncia que he recibido un nuevo mensaje de texto. Me levanto de la cama con las extremidades todavía lánguidas y el cuerpo saciado del todo. Al pasar junto a Parker completamente desnuda le sonrío.

—¡Jesús! —exclama él mirándome de arriba abajo.

—Recuerda esa palabra. Me prometiste que iríamos a ver su estatua antes de marcharnos. Está en mi lista de cosas pendientes, así que no puedes echarte atrás.

—¡Con ese cuerpo, Melocotones, puedes pedirme lo que quieras que lo tendrás! —El calor y el deseo vuelven a brillar en sus ojos.

Sonrío mientras rebusco mi móvil en el bolso. Cuando lo encuentro, descubro que tengo unos cuantos mensajes de texto y de voz sin abrir desde ayer.

El primero es de Rachel, y me apresuro a abrirlo para saber cómo se encuentra Nate. Marcharme unos pocos días después de la explosión no me hizo mucha gracia, pero sé que era lo mejor. Si estamos lejos, la persona que está intentando hacernos daño a Parker y a mí no tendrá un blanco tan fácil.

De: Rachel van Dyken

A: Skyler Paige

Nate está consciente y dando guerra. Detesta saber que estás de viaje y que no puede acompañarte. Cuídate. Dile a tu soldado que será mejor que regreses sin el menor rasguño o se las verá con nosotros.

Releo el mensaje con un nudo en el estómago y una oleada de felicidad se extiende por todo mi cuerpo al confirmar que Nate se encuentra bien. Siento asimismo un intenso alivio en la porción de mi corazón que estaba sufriendo por él. Saber que está consciente y dándole la tabarra a su esposa es una buena señal. Es imposible dejar fuera de juego a un hombre como Nate van Dyken durante mucho tiempo.

—¡Nate está bien, cariño! —le digo a Parker, que se encuentra en el cuarto de baño lavándose los dientes. Él se vuelve hacia mí y, con el cepillo de dientes en la boca y una sonrisa espumosa a causa del dentífrico, levanta el pulgar.

Al regresar a la cama, veo la camisa que mi chico llevó anoche y me la pongo sobre el cuerpo desnudo. Luego echo un vistazo a la habitación y diviso mis bragas asomando por debajo de la colcha, al

final de la cama. Con un rápido contoneo, me las pongo por debajo de la camisa. A continuación, me siento en la cama y, mientras abro el siguiente mensaje, me paso los dedos por el pelo, todavía alborotado por el sueño y la sesión de sexo. Es un mensaje de Tracey. Respiro hondo y comienzo a sentir el cosquilleo de las lágrimas en la parte trasera de los ojos.

De: Tracey Wilson

A: Skyler Paige

Detesto que nos peleemos. He ido a las oficinas de IG para verte y nadie quiere decirme dónde estás. Estoy preocupada por ti, Pajarillo. Llámame. Por favor.

Inmediatamente después me envía otro mensaje:

De: Tracey Wilson

A: Skyler Paige

Te he hecho caso y me he ido a casa. Vuelvo a estar en Nueva York. Tienes todos mis números. Por favor, llámame. Necesito saber que estás bien. Te quiero.

Me quiere.

Trago saliva con gran esfuerzo, pues tengo la garganta completamente seca a causa de sus palabras. Si me quisiera tal como dice, sería más jodidamente comprensiva y me apoyaría en lo que respecta al hombre con el que pienso pasar el resto de mi vida. Nos hemos comprado una casa. Hemos adoptado animales. Nunca me abandonará. ¿Por qué no puede Tracey darse cuenta de ello y alegrarse por mí?

Ella ha sido la única familia que he tenido la mayor parte de mi vida, sobre todo desde que mis padres murieron. Cuando el barco de éstos explotó, pensé que lo había perdido todo. Mi mejor amiga

no mentía al decir que recogió mis pedazos y volvió a unirlos. Bueno, ella y Johan.

Johan.

La mujer en quien más confiaba en el mundo se dedicó a suministrarle drogas y mujeres a mi novio. Todo porque pensaba que no era digno de mí. Ahora cree que Parker va a hacer lo mismo o algo parecido. Aunque a éste no puede ofrecerle nada que pueda llevarlo a aceptar dinero o engañarme. Ya tuvo la oportunidad de acostarse con Alexis en Montreal y no la aprovechó. Y, técnicamente, en aquel momento él pensaba que no estábamos juntos. Aun así, se mantuvo fiel a mí y a nuestro amor. Se sentía dolido y deshecho por lo que él creía que yo había hecho con Johan, o más bien lo que éste sugería haber hecho conmigo, y aun así se mantuvo fiel. ¿Por qué no puede Tracey darse cuenta de que me quiere total y plenamente y que vamos a pasar juntos el resto de nuestras vidas? Si soy feliz, es gracias a él. Me siento dichosamente eufórica; ante mí sólo tengo una vida maravillosa, y mi mejor amiga es incapaz de verlo.

¿Por qué?

El móvil vibra en mis manos y bajo la mirada. Al ver el nombre del remitente, el corazón comienza a latirme con fuerza y la sangre se me hiela en las venas. Tiro de la colcha hasta cubrirme el pecho y leo el mensaje:

De: Desconocido

A: Skyler Paige

Sal, sal de dondequiera que estés.

—¡Parker! —exclamo, y oigo que algo cae sobre el lavabo del cuarto de baño y mi chico aparece corriendo en el dormitorio. Al verlo, los cachorros creen que se trata de un juego y salen corriendo detrás de él y le mordisquean los talones.

—¿Qué sucede? —pregunta Parker al tiempo que yo salgo de la cama de un salto y me abrazo a él. Todo mi cuerpo tiembla como una hoja.

—Ha vuelto.

—¿Quién ha vuelto, cariño?

Deshago el abrazo de Superwoman con el que permanezco aferrada a él y le enseño el móvil. Él lo coge y lee el mensaje. Puedo ver cómo se tensa su mandíbula y se le endurece la mirada. Luego presiona unas cuantas teclas y se lleva el móvil a la oreja con una mano al tiempo que con el otro brazo rodea mi cintura. Parker me conduce de vuelta a la cama y ambos nos sentamos.

—Skyler acaba de recibir otro mensaje de texto. ¿Puedes rastrearlo? —pregunta al teléfono—. Incluye a Paul en la llamada, Wendy —le pide y, volviéndose hacia mí, añade—: No pasa nada, cariño. Aquí estás a salvo. Estamos muy lejos de Boston. No te pasará nada.

Yo asiento, pero rodeo su cintura con ambos brazos y pego mi rostro a su pecho. El corazón le late con fuerza, pero oír esas palabras me tranquiliza un poco.

—Sí, ha recibido otro mensaje de texto. No lo sé; deja que lo mire. Dame un minuto. —Presiona la tecla del altavoz y coloca los dedos sobre la mano con la que estoy agarrándole de las solapas—. Sky, cariño, tienes que dejarme coger mi móvil.

—¡Oh, lo siento!

Él sonrío y me besa en la frente.

—Nunca pidas perdón por aferrarte a tu chico como si tu vida dependiera de ello. —Me guiña un ojo y me ofrece una de sus sonrisas rematadamente seductoras. Eso atenúa un poco mi miedo, pero no consigue que desaparezca del todo la preocupación que siento. Mi chico no es consciente de que no estoy asustada por mí,

sino por él. No soportaría que le pasara algo porque un pirado esté obsesionado conmigo.

Parker me recoloca a su lado para dejar libre el pecho y se saca el móvil del bolsillo del pecho. Coloca el pulgar en el botón digital de encendido y, en cuanto la pantalla cobra vida, comprobamos que él también ha recibido un montón de mensajes. Mi corazón vuelve a latir con fuerza y todas mis alarmas se encienden cuando veo el remitente «Desconocido» en la lista de mensajes recibidos.

Rodeo su abdomen con un brazo, aspiro una profunda bocanada de aire y lo contengo mientras él abre el mensaje de texto y se lo lee a Wendy y Paul.

De: Desconocido

A: Parker Ellis

—«No has aprendido la lección. Ahora te haré el mismo daño que estás haciéndome tú a mí.» ¿Se puede saber qué cojones significa esto? —dice Parker entre dientes, desactivando el altavoz y llevándose de nuevo el móvil a la oreja—. ¡Hizo saltar por los aires mi apartamento, incendió el ático de Skyler, casi mata a Nate y tiene a mi chica muerta de miedo! —Su voz suena como el gruñido de un oso—. ¡Joder!

Cierro los ojos y rezo una pequeña oración para que, sea cual sea el objetivo de ese perturbado, al menos no le haga daño al hombre que amo. Lo que nuestro equipo no sabe es que, si se diera el caso, yo estaría dispuesta a entregarle mi vida en bandeja de plata si eso sirviera para que Parker no sufriera daño alguno.

—¿Otro maldito teléfono de usar y tirar? Genial. Intenta rastrear las torres que han repetido la señal. Sí, ya sé que la última vez eso no nos llevó a ningún sitio —esto lo dice en un tono sarcástico que bordea la condescendencia.

Permanece un momento a la escucha y luego sus hombros se hunden y me estrecha con más fuerza contra su costado.

—Lo siento, Wendy, no quería tocarte las narices. Sé que estás haciendo todo lo que puedes. No me hagas caso. Sólo estoy frustrado. —Su tono de voz se suaviza—. Sí, tenemos todos los rastreadores activados y estamos tomando todas las precauciones. —Sus labios forman una pequeña sonrisa—. No sé cuándo volveremos a casa. Supongo que dentro de unos días. ¿Alguna novedad de tus amigos, Paul?

De repente, su cuerpo se pone tenso y yergue la espalda.

—¿De verdad? Eso es interesante. ¿Quién está hablando con él? Excelente. Envíame un mensaje de texto con el nombre del tipo y su foto, si la tienes. —Suelta una risa ahogada—. Claro que la tienes, qué tonto soy. Lo siento, descarada. Sí, sí, se lo diré. Tú envíame la información. En cuanto a ti, Paul, ¿nos vemos aquí dentro de treinta minutos? —pregunta—. Hasta ahora, pues. Vamos hablando, Wendy.

Parker presiona una tecla para finalizar la llamada y luego se vuelve para cogerme con suavidad la cara y mirarme directamente a los ojos.

—En primer lugar, todo va a salir bien. ¿Me crees?

Me humedezco los labios con la lengua y asiento mientras observo sus ojos azul cielo en busca de algún atisbo de duda. No encuentro ninguno.

—En segundo, Wendy y Paul están a la caza del tipo. Y Wendy va a enviarle a la policía el mensaje de texto para que lo tengan todo.

Suelto la bocanada de aire que he estado conteniendo.

—Y por último, han conseguido localizar al instructor de la CIA cuyos explosivos tienen casi exactamente las mismas

características que la bomba usada en mi apartamento y ha accedido a echarle un vistazo a lo que tenemos para ver si puede proporcionarnos alguna pista.

Noto cómo una oleada de excitación recorre mi cuerpo y disminuye el pavor que me atenazaba.

Las manos de mi chico descienden por mis hombros y mis brazos hasta llegar a mis manos, que toma entre las suyas.

—Este instructor está jubilado y, como no podía ser de otro modo, vive en Florida. El equipo de Paul está enviándole ahora mismo la información de la que disponemos. Deberíamos tener más dentro de muy poco.

—Es una noticia fantástica, cariño.

Parker se inclina hacia delante y me da un suave y significativo beso. Mucho antes de lo que me habría gustado, se aparta y toca una tecla de su móvil.

Lee el mensaje que ha recibido y frunce el ceño.

—El nombre del instructor es Trevor Wilson. Se jubiló hace cinco años. Él y su esposa...

—... Laura —digo con un grito ahogado.

Al oír ese nombre, la realidad que me envuelve comienza a fundirse a negro hasta que sólo puedo ver los ojos azules de Parker. Mi visión periférica se llena de lucecitas parpadeantes y el corazón me late con tanta fuerza y rapidez que apenas puedo respirar.

Parker arruga el ceño y me coge por las mejillas.

—Respira, Skyler. Coge aire. Mírame. Mírame a los ojos. —Oigo su petición, pero lo hago de forma amortiguada, como si estuviera hablando con una almohada en la boca.

¡No puedo respirar! Me ahogo, y no estoy en el agua.

La negrura viene y va, y tengo que parpadear varias veces. Siento el cuerpo muy pesado, como si tuviera encima del pecho una

tonelada de ladrillos.

—¡Mírame, Skyler! ¡Respira! —Siento un intenso mareo y, a pesar de que veo cómo la boca de mi chico se mueve, oigo sus palabras como si estuviera muy lejos.

—¡Respira, maldita sea! —dice más alto mientras me frota el pecho con una mano y con la otra me mantiene erguida.

—¡Vamos, cariño! ¡No te desvanzcas!

La oscuridad comienza a recular lentamente y cada vez puedo ver con mayor claridad.

Aspiro con dificultad y me agarro a los hombros de mi chico con ambas manos, clavándole las uñas para tener más firmeza.

—Eso es... ¡Ésta es mi chica! —dice cariñosamente con una de sus manos en mi mejilla—. Respira, Sky. Con calma. Concéntrate en la respiración. Inspira y expira, despacio y con calma.

Sin apartar la mirada de mi chico, hago lo que me pide y dejo que el preciado aire entre y salga de mis pulmones hasta que el mareo comienza a remitir y los latidos de mi corazón retoman un ritmo más normal.

—Lo siento... —Trago saliva y las lágrimas acuden a mis ojos, dificultándome la visión. En cuanto comienzan a rodar por mis mejillas, Parker me estrecha entre sus brazos con fuerza hasta que termino sentada en su regazo a horcajadas, con el culo reposando sobre sus muslos y las piernas envolviendo su cintura.

—Dios mío, Sky, me has dado un susto de muerte. —Sus manos acarician mi espalda de arriba abajo y, tras hundir su rostro en mi cuello, lo besa varias veces—. Has tenido un ataque de pánico, cariño, pero no sé el motivo.

Vuelvo a pasarme la lengua por los labios y procuro ralentizar la respiración tal como me han enseñado a hacer en las clases de

yoga. He de retomarlas. Me ayudarán a lidiar con toda la locura que está sucediéndose en mi vida.

—Sky, cariño, necesito que me expliques a qué se ha debido este ataque.

—No lo sé.

—Entonces tal vez puedas contarme cómo es que conocías el nombre de la esposa de Trevor Wilson —pregunta en voz baja, con la boca junto a mi oreja y la mejilla pegada a la mía mientras yo sigo abrazándole con fuerza.

—Trevor y Laura Wilson son los padres de Tracey.

Mi chico se aparta ligeramente para poder mirarme directamente a los ojos.

—¿Cómo dices?

—Ésos son los nombres de sus padres. Su padre fue militar hace mucho, mucho tiempo, y sé que trabajaba para el gobierno, aunque nadie dijo nunca que fuera para la CIA. Sólo sé que, hiciera lo que hiciese, ganaba mucho dinero y la madre de Tracey no tenía que trabajar.

Parker se me queda mirando y abre y cierra la boca estúpidamente sin llegar a decir nada.

—¿Y si...? ¿Y si la persona que está haciéndonos esto está intentando hacer daño a Tracey? ¡Oh, Dios mío! —Me cubro la boca con una mano y contengo un sollozo—. Le dije que no la necesitaba en mi vida. Antes de ir a España tuvimos una gran discusión, y luego vino al hospital y me porté mal con ella, cariño..., muy mal. ¡Y ahora podría ser un objetivo! ¡Por mi culpa!

Parker me coge por la nuca, pega mi rostro contra su pecho y me abraza con fuerza mientras yo le doy vueltas a las ramificaciones de esta situación.

—Ya lo solucionaremos. No te preocupes por Tracey. Nos reuniremos con ella después de que hayamos hablado con su padre. Mientras tanto, nos pondremos en contacto y le contaremos qué es lo que está pasando para que pueda tomar precauciones.

Asiento, alzo la cabeza y me enjugo la nariz con la manga de la camisa.

—Cariño...

—¿Sí? —digo entre dientes, preocupada por si la persona que anda detrás de mí y de Parker también quiere hacerle daño a mi mejor amiga.

—Estás limpiándote los mocos y las lágrimas con mi camisa de vestir. —Sonríe y enarca las cejas hasta que yo suelto una sonora carcajada con la que libero parte de la tensión que está agarrotándome emocional y físicamente.

—¡Así me gusta! ¡Ésa es mi chica! Siempre eres hermosa, Sky, pero cuando sonrías tu rostro ilumina el mundo.

—Estoy preocupada por Tracey, cariño —admito con la respiración entrecortada.

Él vuelve a abrazarme y me besa en los labios.

—No lo estés. Avisaré a Wendy y Paul. Wendy se pondrá en contacto con ella.

Frunzo el ceño.

—¿No debería hacerlo yo?

Él inspira entre los dientes.

—El problema es que somos el objetivo de un pirado. No estoy seguro de que sea una buena idea que pongamos también a Tracey en peligro al hablar con ella. Es mejor que le digamos a Wendy que lo haga, que la avise. Cuando estemos seguros de que es seguro, ya lo haremos nosotros directamente.

Al instante, siento como si todo el peso del mundo estuviera sobre mis hombros.

—De acuerdo. Por favor, avísame en cuanto pueda hablar con ella.

—Hagas lo que hagas... no le digas dónde estás. Cuanto menos sepa, más segura estará.

Asiento.

—De acuerdo, cariño. Llama a Wendy y Paul. Voy a darme una ducha. ¿Puedo ir contigo a la empresa de Dennis? No quiero estar sola. —Intento ponerme en pie, pero Parker sigue abrazándome.

—Tú nunca estás sola, Skyler. Ya no. Jamás volverás a estarlo.

8

Parker

En cuanto el agua de la ducha comienza a correr y oigo que la mampara se abre y se cierra, presiono un par de teclas del móvil y llamo a Wendy.

—¿Ya tienes la info, jefe? —pregunta al instante.

—El instructor es el padre de Tracey Wilson.

Al otro lado de la línea se hace el silencio.

—¿Wendy?

—Esto, sí, estoy procesándolo... Lo que acabas de contarme es muy gordo, jefe. Podrías haberme avisado antes. Es decir, joder... ¿Su mejor amiga? ¿Crees que puede ser ella quien fabricó la bomba?

Aprieto los dientes.

—Haz las comprobaciones pertinentes. Averigua si el instructor ha salido de Florida en algún momento en los últimos meses. Quiero conocer todos sus movimientos. Comprueba también sus llamadas telefónicas, los gastos de sus tarjetas de crédito. Todo.

—Me pongo en ello.

—Y haz lo mismo con Tracey. Quiero saberlo todo. Le ha enviado un mensaje de texto a Sky diciéndole que regresaba a Nueva York. Compruébalo. Aunque también necesito que la llames y le digas que la persona que anda detrás de Sky y de mí construyó la bomba con las mismas características distintivas de las de su padre. Estate

atenta a lo que dice al respecto. Y también grábalo. Quiero escucharlo.

—Por cómo me estás diciendo todo esto y lo que me estás pidiendo... ¿Crees que Tracey tiene algo que ver? ¿Los mensajes de texto, el incendio, la bomba...?

Pienso en la expresión engreída de Tracey la última vez que la vimos antes de ir a España.

—Honestamente, llegados a este punto cualquier cosa es posible. Lo único que sé es que ella tenía acceso al ático y al número de teléfono de Skyler, incluso cuando se lo cambió, y que la bomba tenía las características distintivas de las de su padre.

—Sí, pero, haciendo de abogada del diablo, Wilson dio clases a muchos operativos de la CIA que tal vez siguen usando sus técnicas. Cualquiera puede haber construido la bomba.

—Puede que ella contratara a alguien para que lo hiciera en su lugar —digo sin apenas poder contener la furia que siento, y me doy cuenta de lo alto que estoy hablando. Echo un vistazo al cuarto de baño para asegurarme de que Skyler no me ha oído. La ducha sigue en marcha y de la puerta abierta salen nubes de vapor.

Wendy asiente.

—Eso es cierto. Supongo que podría haberlo hecho. La verdadera pregunta es: ¿por qué querría hacerlo?

Ése es el problema. Son amigas íntimas. Tracey no tiene ninguna razón para hacerle daño a Skyler o a mí. No deja de decirle lo mucho que se preocupa por ella y la quiere.

—Ignoro cuáles podrían ser sus motivos. Algo no acaba de cuadrar. Necesito darle más vueltas. Mientras tanto, avísala y haz tus indagaciones clandestinas sobre ella y su padre, Trevor. Hazme saber lo que averigües. Yo pondré al día a Paul en cuanto lo vea.

—De acuerdo, jefe.

—¡Ah, otra cosa! ¿Has hablado ya con Annie?

Al otro lado de la línea se oye un suspiro lastimero.

—Lo he intentado. Y Kendra también. Bo incluso fue a verla a su apartamento. ¿Sabías que vive en un pequeño apartamento de mierda en una parte no muy buena de la ciudad?

—No, no lo sabía.

—Pues sí, y cuando Bo fue a verla no quiso hablar con él. Al parecer, la mayor parte de lo que gana va a parar a la residencia de su madrastra. Según el historial médico de ésta, que he pirateado, se trata de una mujer rematadamente cascarrabias que se porta fatal con todo el mundo. Le tira cosas a los camilleros y las enfermeras. Escupe a la gente. Y aun así, Annie sigue pagando religiosamente la mitad de la cuota que su jubilación no cubre y la visita cada semana.

—¡Dios mío!

—Es muy triste. Esa mujer la trató como si fuera basura, física y mentalmente, durante la mayor parte de su vida, y eso no impide que Annie siga cuidándola como si fuera su deber. Uf. Supongo que tener un familiar es mejor que ninguno, pero para mí la familia es la gente que uno escoge. Hay que portarse bien con los demás para que se porten bien contigo.

Exhalo un suspiro y me paso los dedos por el pelo justo en el momento en el que suena el timbre de la suite.

—En eso tienes toda la razón. He de dejarte. Paul acaba de llegar.

—Te llamaré en cuanto sepa más sobre Tracey y su padre.

—Perfecto. Mantenme informado también sobre los avances que hagas con el tema de Annie.

—Sí, aunque estoy pensando que la única persona que conseguirá hacer algo al respecto es Skyler. Annie se siente

avergonzada y herida. Y cuando una persona tan tímida y apocada como ella pierde a la única persona que la hacía sentir alguien, resulta muy difícil barrer esa experiencia debajo de la alfombra y volver a la vida que llevaba antes.

El timbre vuelve a sonar, de modo que me dirijo a la puerta y cierro la del dormitorio para que Sky pueda arreglarse en privado.

—Lo comprendo. Tú sigue intentándolo. Yo le enviaré un mensaje de texto y le diré a Skyler que le envíe otro diciéndole que queremos verla cuando regresemos a casa.

—Eso parece una buena idea, jefe. Mantente a salvo y cuida de nuestra chica... y, ya que estás, también de ti mismo. —Suelta una risita.

—Chao, descarada —finalizo la llamada al tiempo que abro la puerta de la suite.

El gigantesco cuerpo de Paul aparece ante mí y su expresión es tan hosca como un escarpado acantilado sobre aguas profundas.

—Hola —digo, y mantengo la puerta abierta.

Paul me saluda con un movimiento de barbilla y entra con paso rígido en la suite.

—Tengo que darte una noticia sobre el instructor. La trama se complica, hermano.

Y durante los siguientes diez minutos le explico lo que Skyler me ha contado y el estado de su relación con Tracey.

—¿Crees que ella puede ser la persona que está intentando haceros daño? —pregunta Paul con su retumbante voz.

Echo un vistazo a la puerta del dormitorio para asegurarme de que sigue cerrada.

—Tal vez. Tenía acceso a nuestros móviles, al ático de Skyler, a su agenda. Es posible incluso que pueda rastrear el avión privado que tomamos.

Admitir eso en voz alta provoca que se me erice el vello de la nuca. Aprieto las manos en sendos puños y respiro hondo para calmar la ira y el miedo que siento por la seguridad de mi chica. Ella está aquí y Tracey está allí.

—Había algo raro en esa mujer cuando vino al hospital después de que sufrieras el atentado. Hizo una observación a la que no encontré sentido en ese momento pero que, después de lo que me has contando, sí lo tiene.

—¿Sí? ¿Qué dijo? ¿Y cómo diantre se enteró de que estábamos ahí? Skyler comentó que Tracey estuvo esperando y enviándole mensajes durante horas, pero que los contestó. ¿Cómo se enteró entonces de lo que había pasado o del hospital en el que estábamos?

—¿A no ser que estuviera observando el atentado en persona, quieres decir? —insinúa Paul.

—Tal vez. ¿Qué es lo que te dijo en el hospital?

—Cuando estaba evitando que se acercara a Skyler y, hermano, he visto mujeres que tienen una relación estrecha, pero esta mujer actúa como si Skyler fuera su hija o su pareja, no sólo su mejor amiga...

—Bueno, tienen una relación muy profunda. Durante mucho tiempo, Tracey ha sido la única persona con la que Skyler ha podido contar, además de ser una de las únicas constantes de su vida, sobre todo desde que sus padres murieron hace tres años...

—¿Los padres de Sky están muertos? —me interrumpe Paul.

Inclino la cabeza.

—Sí, ¿por qué?

—¿Cómo murieron?

Por un instante, no puedo respirar. Mis labios ni siquiera pueden articular palabra mientras piezas inconexas comienzan a encajar,

conformando una posible imagen que me resulta incomprensible.

Me humedezco los labios con la lengua y murmuro:

—El barco en el que iban explotó.

—Paul aprieta la mandíbula y se le marcan los músculos en las mejillas.

—Park...

—¡Joder! —Me paso una mano por el pelo y comienzo a caminar hasta un extremo del salón y luego de vuelta hacia Paul—. Una jodida explosión. No puede tratarse de una coincidencia.

—¿Qué decía el informe de la policía?

—No lo sé exactamente. Sólo estoy al tanto de lo que me ha contado Skyler, y ella nunca recibió una explicación definitiva. La policía culpó de la explosión a una posible pérdida de combustible que tal vez entró en contacto con algún producto químico y reaccionó. El yate era pequeño y ya estaban surcando aguas profundas cuando saltó por los aires y mató en el acto a los padres de Sky, la tripulación y el capitán.

Paul coge su móvil y teclea en la pantalla sin dejar de mirarme.

—Necesito ver ese informe —dice con un gruñido, y antes de colocarse el aparato a la oreja me señala—. Sí, soy Ellis. Necesito que busques un informe policial. —Luego me mira y me pregunta—: ¿Cuándo sucedió?

—Eh... Hará tres años y medio, casi cuatro ya. Sus padres se llamaban Jill y Steven Lumpkin.

Paul le repite los nombres a la persona con la que habla por teléfono.

—Averigua todo lo que puedas sobre sus muertes. Lo quiero saber todo, tío. No dejes ni una sola piedra sin remover.

En cuanto mi hermano termina la llamada, yo dejo de deambular de un lado a otro y me apoyo en el respaldo del sofá, no sé si para

sostenerme o para prepararme mentalmente para lo que se nos viene encima. Sólo sé que, si lo que estamos pensando es cierto, mi chica va a quedarse muy tocada.

—Tienes que prometerme que mantendrás estas indagaciones en secreto —le pido a Paul.

Éste frunce el ceño.

—¿Qué parte?

—Todo. Hasta que hayamos hablado con Wilson Senior y hayas podido analizar el informe, no quiero que nada de todo esto llegue a oídos de Sky.

Paul hace una mueca de desaprobación y, adoptando un tono grave de advertencia, me dice:

—Boli Parker... No es una buena idea que le escondas cosas a tu chica. Puede que yo tenga a un hombre en mi vida, pero es exactamente lo mismo y siempre termina saliendo mal, hermano.

—Esta mañana Sky ha tenido un auténtico ataque de pánico cuando pensaba que tal vez Tracey podía estar en peligro.

Mi hermano se acaricia la nuca y aspira aire a través de los dientes.

—Eso no puede ser nada bueno.

—No. No lo es. No quiero que se preocupe todavía más haciéndole partícipe de nuestras sospechas sobre su mejor amiga. Si Tracey tiene algo que ver en todo esto, ya nos ocuparemos de ella. Esto por sí solo ya supondrá un golpe duro para Skyler. Si esa mujer ha intentado matarme, nos ha enviado esos mensajes de texto y ha tenido algo que ver con la muerte de sus padres... Mi chica se quedará destrozada. Si esto sucede, quiero que esté en casa, donde tenga el apoyo de todos nuestros amigos y familiares. Va a necesitar la ayuda de Wendy, Ma y el resto del equipo para poder afrontar algo de esta magnitud. ¿Lo entiendes?

—Sí, tío, lo entiendo. Pero no me gusta...

—¡Y a mí no me gusta que sospechemos que su jodida mejor amiga ha intentado matarme y que posiblemente sea la responsable de la muerte de sus malditos padres! Necesitamos más información. Necesitamos pruebas antes de que Sky se entere de nada de esto. Créeme, conozco a mi chica. Sé qué puede y qué no puede soportar. Esto la destrozaría. Tenemos que estar seguros al cien por cien.

Paul asiente y una oleada de alivio se extiende por mi pecho.

—Está bien —dice—. Iremos viendo cómo se desarrollan los acontecimientos hasta que sepamos a ciencia cierta quién ha sido el perpetrador.

—De acuerdo. —Extiendo la mano y Paul me la estrecha.

Justo entonces, Skyler aparece ataviada con una elegante falda de tubo, una blusa sin mangas y unas sandalias de tacón. Está para comérsela.

La Bestia lo advierte y he de morderme la mejilla para que no se me ponga dura ante la visión de mi chica con ese atuendo profesional.

—¡Hola, Paul! —dice felizmente, y se acerca a él meneando su prieto trasero y pega su pecho al de mi hermano para darle una abrazo afectuoso.

Paul me sonrío por encima del hombro de mi chica y luego la besa con descaro en la mejilla.

—Buenos días, hermanita. ¿Cómo estás hoy?

Ella se aparta y hace una mueca con los labios.

—Fatal. Como ya te habrá contado Park, mi mejor amiga podría estar en peligro. La situación es cada vez más delicada y estoy muy preocupada —le confiesa, como si llevara años contándole sus secretos. Mi hermano tiene ese efecto en la gente. Cuando le

conocen, suelen desahogarse con él y contarle todas sus penurias. Creo que es parte de lo que lo hace tan bueno juzgando personas. La mitad de las veces, se lo cuentan todo al poco de conocerlo.

—¡Oh, querida, no le pasará nada! Nos aseguraremos de ello. No dejes que tu hermosa cabecita se preocupe, ¿de acuerdo?

—¿Por qué ambos decís eso? Si fuera una mujer distinta, ese comentario me cabrearía mucho. Os lo perdono porque sé que sois unos machos alfa posesivos sin mala intención. Pero deberíais tener cuidado. ¡Muchas mujeres podrían tomárselo a mal y arrancaros las cabecitas!

Paul me mira. Sonríe, echa la cabeza hacia atrás y se ríe con ganas.

—¡Joder, hermanita! ¡Eres demasiado! Tu chica es de armas tomar, hermano —me dice a mí—. No hay quien le rechiste.

Sonrío, cojo una mano de Skyler y la atraigo hacia mi pecho.

—Y es así como me gusta. Soy un hombre muy feliz.

Skyler desliza su mano por mi pecho para hacerme un arrumaco.

—Bueno, ahora que mi soldado personal está aquí (muchas gracias, Paulie), creo que será mejor que nos pongamos en marcha. Royce y Dennis deben de estar esperándonos.

Paul arruga el ceño ante la mención de Dennis.

—Hermano, quería pedirte perdón por lo de anoche —le digo—. Estuvo completamente fuera de lugar que explotara de ese modo. Aunque podría dar mil razones por las que creo que tengo razón, todo se reduce a que nadie, ni tan siquiera un miembro de nuestra familia, tiene derecho a decir nada sobre lo que tú y Dennis decidís hacer. Debería haberme mostrado más comprensivo. Sky me ha hecho ver que Dennis no actuaba con mala intención y que sólo quería que sus familiares pudieran conocerte (y, por extensión,

también a nosotros) para que vieran lo tolerantes que somos y así algún día tal vez ellos también llegarían a serlo.

—Parker... —intenta interrumpirme, pero yo no le dejo.

—No, tío. No estuvo bien que expusiera mis opiniones, por más que tuviera razón. No era mi casa ni es cosa mía. Sky ha hecho que me dé cuenta de que hice lo mismo que ellos os están haciendo a Dennis y a ti. Juzgaros. No estoy de acuerdo con nada de lo que dijeron, y me sienta como un rayo que no acepten la elección de Dennis, siendo tú esa elección, pero en el futuro me morderé la lengua o hablaré contigo antes.

—Park... Si te callaras...

Cierro el pico. Skyler se aferra a mi cintura y noto que otra vez está conteniendo la respiración. Siempre se preocupa por mí, y aun así permanece a mi lado, apoyándose.

—Lo que quería es darte las gracias. Diste la cara por mí y por Dennis cuando ni una sola persona en esa casa, salvo Raissa, nos mostró la menor consideración. La de anoche era la cuarta vez que los veía y siempre me han ninguneado y no me han hecho ni caso. Dennis no deja de intentar que les caiga bien, pero eso es algo que nunca sucederá. Hasta que no cambien su forma de pensar, para ellos siempre seré un indeseable, una mancha en su familia.

Una mancha.

—Lo que eres es un jodido héroe. Un hombre que lucha por la libertad de la gente. Eres alguien bueno, honesto y compasivo. ¡Si no quieren que una persona así esté con su hijo, por mí pueden irse a la mierda!

Paul suelta una risa ahogada y sonrío.

—Me alegro de que pienses así. Yo también estoy muy orgulloso de mi hermanito pequeño. Aun así, todo esto está haciéndole mucho daño a Denny, y no puedo quedarme de brazos cruzados y permitir

que eso suceda. Estamos intentando buscarle alguna solución, pero, de momento, creo que lo único que podemos hacer es que Dennis se mude a Estados Unidos. Antes, sin embargo, hemos de averiguar qué es lo que está sucediendo en su empresa y solucionar vuestro pequeño problema, ¿de acuerdo?

—Sí, está bien. De momento, lo dejaré estar.

—Te lo agradezco —Paul sonríe y se dirige hacia la puerta.

Skyler coge su bolso y me alcanza el *blazer*. Luego se acerca a los cuencos de los cachorros y llena el de agua con un par de botellas que ha cogido del minibar y el de comida con pienso que les hemos comprado. Al verlo, los perritos se acercan corriendo desde el sofá para comer y beber.

Paul espera en la puerta mientras Skyler los acaricia.

—Adiós, bebés. Mamá y papá sólo estarán fuera un par de horas. Intentad no destruirlo todo.

En eso hemos tenido suerte. Los perros no han mordisqueado demasiadas cosas. Básicamente, cuando nos vamos juegan el uno con el otro y duermen. Y cuando regresamos son auténticas bolas de energía.

—¿Podemos llevarlos a pasear por la playa esta noche? —pregunta Skyler cuando llegamos a la puerta.

—Sí, cariño. Los sacaremos a pasear.

—¡Qué bien! —exclama, dando una palmada sólo con las yemas de los dedos.

Rodeo su cintura con un brazo y la conduzco a los ascensores. Paul va detrás de nosotros.

—¡Qué payasa eres!

—¿Bia Acosta? No conozco ese nombre. Nunca lo había oído. — Dennis se sube las gafas negras por el puente de la nariz mientras inspecciona el nombre que figura en la cuenta y las páginas que Wendy nos ha enviado por correo electrónico.

Royce, Dennis, Paul, Skyler y yo estamos inclinados sobre el teléfono de la sala de conferencias, cuyo altavoz está activado para poder hablar con Wendy.

—La he buscado y he descubierto que tiene dos hijos pequeños: Clarissa, una niña de dos años, y Fabian, un niño de cinco. Y, lamento decirlo, pero eso no es lo peor —comenta Wendy en un tono de voz tenso, o puede incluso que dolido.

—Señorita Wendy, por favor, prosiga. Estoy bien. Confundido, pero bien —jura Dennis en voz baja con la mirada puesta en la caja negra que descansa sobre la mesa.

Paul coloca una mano en los hombros de su chico. Su cuerpo es un auténtico pilar de fortaleza mientras Dennis permanece aferrado al tablero.

—Esto... Bueno, Bia Acosta es madre de esos dos niños. Y, según el certificado de nacimiento, el nombre del otro progenitor es... Uf, lo siento, Dennis. El nombre es Fabian Romoaldo.

—¿¡Qué!? —exclama Dennis en un tono de voz tan alto que me coge por sorpresa. Y también a Skyler, que de inmediato me agarra la mano.

—Fabian tiene tres hijos con su esposa Izabel: Andreia, Brigada y Able. Llevan casados más de diez felices años. Debes de estar equivocada.

Cierro los ojos a sabiendas de que Wendy no habría soltado esta bomba de no haber comprobado dos y tres veces la veracidad de la información.

—Lo siento —susurra al teléfono—. El dinero de las tres cuentas ficticias va a parar a varias cuentas más y luego el de todas estas a una sola. El único nombre que figura en esa cuenta es Bia Acosta. Tengo su dirección, imagen y números de teléfono. Os los he enviado en un correo electrónico aparte. El dinero de esa cuenta paga la casa y los gastos. Lo siento, Dennis. Lo siento mucho.

—Gracias, Wendy. Nosotros nos ocuparemos del resto —dice Royce, y presiona el botón para finalizar la llamada.

—No lo entiendo. Mi hermano, Fabian, está casado con su novia del instituto. Tienen tres hijos. No puede tener una amante... Y menos todavía con dos hijos. *Meu Deus. Isso é loucura*. Es una locura —repite en inglés—. No. No es posible.

—Llámale —propongo con rotundidad—. Saquemos esto a la luz.

—Mi padre y mi madre están aquí, en el almacén. Han venido a saludar a los trabajadores como hacen todos los meses —responde Dennis en un tono de voz lleno de tristeza.

—Pues que vengan todos y solucionemos esto. Royce, ¿puedes abrir las fotografías que Wendy ha sacado de las redes sociales?

—¿H-h-hay f-fotografías? —Dennis traga saliva lentamente, se lleva una mano al pecho y se cubre el corazón.

Royce presiona un botón del teléfono y llama a la recepcionista.

—Sí, gracias. Soy el señor Sterling. Estoy en la sala de conferencias con Dennis y a éste le gustaría ver a su hermano y a sus padres. Por lo que sabemos, están en el almacén. ¿Podría avisarles y decirles que vengan a la sala de conferencias? —Sonríe—. Excelente. *Obrigado*.

Paul conduce a Dennis a una silla de piel vacía. En la mesa de la sala de conferencias caben unas doce personas. En cuanto lo sienta, todos los demás también nos sentamos y esperamos los diez minutos que tardan el hermano y los padres de Dennis en llegar.

—¿Se puede saber qué significa esto? —dice Cadu con un atisbo de ira en la voz.

—¿Es que has entrado finalmente en razón, *meu filho*? —le pregunta Lucia a Dennis, mientras sus ojos lanzan puñales invisibles a Paul.

Me entran ganas de hacerle saber lo que pienso de ella, pero soy consciente de lo duros que ya de por sí van a ser los próximos minutos para la familia. No necesitan que unos desconocidos se inmiscuyan en sus asuntos más de lo que ya lo hemos hecho.

—Mamá, papá, Fabian... Sentaos, por favor —dice Dennis con más seguridad en sí mismo de la que hubiera esperado. Parece que ha encontrado su fuerza interior.

Cuando los tres se acomodan, Dennis se pone en pie y se acerca a Royce, que le da el informe con la documentación que hemos recopilado.

—Os he llamado para haceros partícipes de unos desconcertantes descubrimientos que he hecho sobre nuestro negocio y nuestra familia.

—No hay nada mal en nuestro negocio —suelta Fabian—. Estás buscando errores donde no los hay. Mamá, papá, vosotros sabéis que dirijo este negocio tan bien como vosotros. Aprendí de los mejores.

Lucia le da unas palmaditas a Fabian en la mano.

—*Nós sabemos, meu bom menino.*

—En inglés, por favor. —Dennis frunce el ceño.

—Hijo, estamos aquí para ayudarte a lidiar con los demonios que te atormentan y te llevan por el mal camino —dice Cadu con una expresión de paternal preocupación en el rostro.

Dennis aprieta los labios hasta que forman una delgada línea blanca.

—Esto no va sobre mí. Sé que pensáis que soy la oveja negra de la familia y que mi cuerpo está lleno de demonios por el mero hecho de sentirme atraído por hombres. ¡Sí, estoy enamorado de un hombre, pero sé que el dios al que yo rezo quiere a todos sus hijos, sean homosexuales o no! Si os he convocado aquí es porque estos últimos dos años vuestro otro hijo ha estado robando dinero de la empresa.

Fabian da una fuerte palmada sobre la mesa.

—¡Estás mal de la cabeza! Está loco, *Mamãe e Papai*. ¡Sólo estás intentando hacerme quedar mal porque tú has decepcionado a esta familia al iniciar una relación con ese hombre! —dice, señalando a Paul—. ¡Algo que va en contra de tus padres y de Dios! ¡Estás actuando mal, Dennis! —sigue diciendo, y éste comienza a perder fuelle. Las palabras de Fabian suponen un duro golpe para él. Hace una mueca y hunde los hombros.

Cuando me doy cuenta de que está en apuros, me pongo en pie.

—Lo cierto, señor y señora Romoaldo, es que Dennis no está mintiendo. Royce, muéstrales la información. —Éste hace lo que le pido y coge las tres pilas de papeles que le había dado a Dennis, donde se demuestra que es todo verdad, no una invención, y se las entrega a los padres de éste.

—Sigan el dinero y fíjense en las tres cuentas que hemos señalado...

Lucia baja la mirada a los papeles y pregunta:

—¿Qué es una reserva de producto?

—¿O una reserva de discapacidad? —pregunta el padre de Dennis.

—Ejem... *Mamãe e Papai*... Esto... Esas cuentas son sólo para ahorros extraordinarios —intenta explicar Fabian.

Su padre y su madre siguen pasando las hojas y estudian los números. Ambos están familiarizados con el funcionamiento de la contabilidad puesto que dirigieron la empresa desde su fundación hasta que se jubilaron.

—En realidad, hay tres cuentas, las dos que han mencionado y la tercera que he resaltado. El dinero se deposita en cada una de esas cuentas y luego es transferido cada dos semanas. Pasa por una serie de cuentas aleatorias y cuyos fondos posteriormente son extraídos y se depositan en la cuenta de gastos personales de una mujer llamada Bia Acosta —confirma Roy y yo observo a Fabian.

Boquiabierto y con el rostro completamente lívido, Fabian se vuelve hacia Dennis y niega con la cabeza.

—No. No lo hagas —le suplica a su hermano.

—Te lo hiciste tú mismo cuando decidiste robar a esta familia — replica Dennis en un tono ronco y sin apenas poder contener la emoción.

—Dennis, *meu irmão*, te lo suplico... —vuelve a intentar Fabian.

—¿Quién es Bia Acosta? —pregunta Cadu, enojado—. ¿Y por qué recibe cerca de ciento cincuenta mil *reais* al mes?

El hecho de que haya sido capaz de calcular la cantidad exacta con semejante rapidez deja claro que Cadu está hecho todo un gurú financiero.

Dennis cierra los ojos.

—Royce, por favor, muestra las imágenes en pantalla.

Royce abre la primera fotografía, que consiste en la imagen que Wendy debe de haber obtenido de las redes sociales de Bia. El pie de foto traducido dice: «Nuestra feliz familia. Fabian, Fabian júnior, Clarissa y yo».

Los ojos de Lucia se abren tanto que parecen dianas de tiro con arco. Sus oscuras pupilas son un círculo perfecto rodeado de otro

blanco más grande. Alza una mano y se cubre la boca.

—Fabian tiene dos familias —añade Dennis—. El dinero va a parar a la cuenta de su amante, para mantenerla a ella y a sus dos hijos.

—¡Fabian! —Cadu mira fijamente a su hijo.

—*Papai...* Yo... No sé qué decir... Sé que he metido la pata... —susurra Fabian con una expresión de miedo y lo que espero que sea cierta vergüenza de sí mismo.

Lucia mira a Fabian y luego a Dennis con los ojos llenos de lágrimas.

—Mis dos hijos han deshonrado a esta familia. *Não vou permitir!* ¡No lo permitiré! —Y da una fuerte palmada sobre la mesa como si esa acción física pudiera cambiar de algún modo la situación.

Dennis niega con la cabeza y se ríe secamente, pero por la expresión de sus ojos sé que esto le está costando.

—Después de lo que pasó anoche y lo que he descubierto hoy, quiero disolver nuestra sociedad y vender mi parte del negocio de importación. Fundaré mi propia empresa en Estados Unidos, en Boston para ser más exactos, ciudad a la que voy a mudarme con mi novio y su familia.

—Pero hijo... —comienza a decir Cadu.

—Hermano... —dice con un carraspeo Fabian.

—Dennis... —Paul coloca su recia mano en el cuello de su pareja.

—Se acabó. Dejaré de formar parte de esta familia. Tú, Fabian, eres un embustero y te mereces el infierno por el que te harán pasar Izabel, mamá y papá. Y a vosotros dos: siempre os querré, pero hasta que vosotros también podáis quererme a mí incondicionalmente a pesar de que sea homosexual y vaya a

mudarme con mi novio, podéis seguir con vuestras vidas como si sólo tuvierais un hijo.

—¡Cómo te atreves...! —exclama Lucia con un gruñido y, tras ponerse en pie, se lleva un puño al pecho y añade—: ¡¿Eres capaz de sacrificar a esta familia... por él?! —Señala a Paul—. ¡Nosotros somos tu familia! —Se golpea el pecho varias veces.

—No necesito a una familia que no me quiere tal como soy y que no es capaz de abrir su corazón a la persona más maravillosa que he conocido. —Dennis rodea la cintura de Paul con un brazo—. Me quedaré en Brasil mientras vendo mi parte de la empresa y empaqueto todas mis cosas. Si abris la mente y dejáis atrás el odio que hay en vuestros corazones, llamadme. Por ahora, mi hermana, Paul y los familiares de éste son la familia que escojo.

Con esas palabras resonando en los oídos de todos, agarro a Skyler de la mano y abandono la sala de conferencias detrás de Paul y Dennis. Por último, lo hace Royce.

—¿Estás bien? —le pregunta Paul a Dennis cuando salimos del edificio.

Dennis sonrío ampliamente, rodea el cuello de Paul con los brazos y alza su rostro al cielo.

—Por primera vez en no sé cuánto tiempo, soy feliz. Sé que he tomado la decisión adecuada.

—¿Sí? —dice Paul con una pequeña sonrisa de satisfacción.

Dennis mira directamente a mi hermano. Sus narices casi se tocan.

—Te elijo a ti. Elijo vivir libre. No hay nada más importante en la vida que vivir libre.

Un brazo de Skyler rodea mi cintura y contemplamos como mi hermano posa sus manazas en el cuello de Dennis y ambos sellan su amor y su profunda declaración con un largo y apasionado beso.

9

Skyler

La carretera de subida en autobús al monte Corcovado está llena de socavones y el trayecto es húmedo y condenadamente terrorífico. Los autobuses que bajan y el vehículo en el que subimos se cruzan dejando apenas un par de centímetros entre ellos.

Atenazada por el miedo, cierro los ojos cada vez que veo venir otro autobús. No puedo evitar imaginar con horrible claridad a uno de los dos conductores cometiendo un error fatal y el chirrido del metal contra el metal. En realidad, sin embargo, lo único que percibo es el rumor de la gente que charla dentro del autobús, mi propia respiración entrando y saliendo de mi cuerpo y el tranquilizador pulso de Parker en mi pulgar, pues permanezco aferrada con fuerza a su muñeca.

Me siento ridícula aunque con la necesidad de comunicárselo a mi chico de todos modos, así que me humedezco los labios secos con la lengua y le doy un pequeño codazo para que se vuelva hacia mí.

—Cariño, si morimos en un accidente de autobús en una montaña con Jesucristo en la cumbre, creo que definitivamente iremos al cielo. De todas formas, sólo quiero que sepas que te amo y que, hasta el momento, eres lo mejor que me ha pasado nunca. No cambiaría un solo día de los que hemos pasado juntos.

Parker suelta una alegre risa ahogada y me atrae más hacia sí, haciendo que aumente todavía más de temperatura, y no en el buen

sentido, de un trayecto ya de por sí caluroso.

—No vamos a morir, Melocotones. Los conductores recorren este camino arriba y abajo todos los días. No tienes nada de lo que preocuparte.

—Sólo dime que me quieres... por si acaso.

Él niega con la cabeza sin dejar de sonreír.

—No, porque eso sería de mal agüero. ¿Qué te parece si te digo que vamos a ver juntos una de las nuevas siete maravillas del mundo? ¿No te parece genial, cariño?

Una amplia sonrisa se dibuja en mi rostro cuando levanto la mirada y tomo conciencia de que a mi lado está Parker Ellis, el hombre con el que voy a pasar el resto de mi vida. Lleva el pelo peinado hacia atrás, pero los rizos de la coronilla están haciendo su aparición a causa de la humedad. Lleva puestas unas gafas de aviador negras que ocultan los ojos más bonitos que haya visto nunca. Nada de eso, sin embargo, es lo que me deja sin aliento. Lo que lo hace son sus labios. Cuando sonrío. Cuando me mira con interés curioso. Cuando está a punto de besarme. El pequeño surco superior encaja perfectamente con el mío. En mi opinión, ningún otro hombre ha tenido nunca unos labios mejores.

Él desliza un dedo a lo largo de mi hombro.

—Está bien... Te quiero, cariño —accede finalmente, y luego acaricia mi nariz con la suya y me besa la punta.

Justo cuando se aparta, el autobús se detiene delante de lo que parece un edificio normal construido en lo alto de una gigantesca montaña.

—¡Bueno, bueno...! ¡Vamos a ver al gran Jesús! —Royce se humedece los carnosos labios con la lengua y luego junta las manos con una palmada y se las frota antes de ponerse en pie.

Nuestro equipo desciende del vehículo. Como me he pasado los últimos treinta minutos aferrada a la esperanza de que lográramos llegar vivos a la cima, mis rodillas son como esponjas blandas y apenas pueden sostenerme. No comienzo a caminar de forma normal hasta que estamos atravesando un restaurante/tienda de *souvenirs* con aire acondicionado.

—¿Por qué querría comprar algo antes de ver el Cristo? —me pregunto en voz alta.

Parker se encoge de hombros, me conduce hasta el lugar en el que la gente se está congregando y se coloca las gafas en lo alto de la cabeza. Está para comérselo. Mi chico está condenadamente bueno. Si no me hubiera dado caña esta mañana, me echaría encima suyo en este mismo momento. Aun así, me limito a apreciar su buena apariencia y a planificar mis actividades vespertinas.

Él debe de advertir mi arrobamiento puesto que baja la barbilla y, tras posar su mirada en la mía, enarca una ceja perfectamente definida y frunce los labios.

—Melocotones, si sigues mirándome como si quisieras darme un mordisco, vas a terminar diciendo a gritos el nombre de Jesús en vez de visitar una estatua con su efigie.

Me acerco a mi chico para reprenderle, pero él me lo impide con un ardiente y húmedo beso que corta de raíz cualquier amago de discusión. Su lengua se enrosca con la mía mientras posa una de sus manos sobre mi culo y me desliza la otra por la nuca.

—Pero ¡queréis hacer el favor de tomaros un descanso! ¡Jooodeeer! Todavía no hemos visto al grandullón y ya estáis planeando pecar aquí mismo, en la montaña del Señor —protesta Royce, aunque lo hace con una sonrisa y en tono humorístico—. Vamos, que tengo una cita con una deidad.

Sus largas piernas engullen sin esfuerzo grandes tramos de asfalto y nos adelanta. Todos seguimos a la muchedumbre que avanza en una misma dirección. Paul y Dennis van detrás de nosotros y, a pesar de que se les ve algo apesadumbrados, parecen estar todavía más unidos desde la terrible reunión que mantuvimos ayer con la familia de Dennis. Van aferrados el uno al otro y no se quitan las manos de encima. Resulta una visión dulce y una buena señal.

Lo último que me comentó Parker antes de ir a la cama fue que los padres de Dennis querían hablar con él para que todavía no vendiera su parte. No estoy segura de lo que ha decidido, si es que ya lo ha hecho, pero tengo muchas esperanzas de que todo se arregle. Dennis es un hombre inteligente, y Paul hará lo que sea necesario para que su chico esté feliz y a salvo.

Durante lo que parecen unos buenos veinte minutos, subimos escaleras que conducen a senderos que a su vez conducen a más escaleras mediante las que ascendemos a una altura cada vez más sobrecogedora.

Con la mano derecha me agarro con fuerza a Parker y, con la izquierda, de la barandilla. Afortunadamente, hoy me he puesto unas cómodas sandalias planas, pues la caminata para llegar a la cima es realmente importante.

Tengo la sensación de que llevamos horas ascendiendo cuando, de repente, el sombreado sendero cubierto por ramas de árboles llega a su fin y nos lo encontramos de frente en toda su gloria.

El Cristo Redentor.

El tamaño de la estatua resulta impresionante, pero son los brazos abiertos lo que me sobrecoge. Noto el cosquilleo de las lágrimas en los ojos y el corazón comienza a latirme con fuerza en el pecho.

La repentina oleada de emoción que siento me obliga a tragar saliva para deshacer el nudo que se me ha hecho en la garganta.

Parker me conduce alrededor de la base de la estatua para ir a la parte delantera. Cuando estamos justo a los pies de la estatua, levanto la mirada hacia su rostro. Un profundo cincelado de bordes marcados y redondeados conforma los pómulos, una sólida nariz griega y una frente proporcionada. Sus labios son delgados y corrientes y una raya en medio le divide el pelo en suaves ondas que, incluso en piedra, se diría que el viento aparta de la cara. La barbilla es un magnífico rectángulo cincelado con un icónico hoyuelo en el centro y transmite fuerza sin resultar demasiado prominente. Lo que me atrapa, sin embargo, son sus ojos. Dos huecos abiertos y ovalados capaces de penetrar en mi interior y ver mi alma. Lo saben todo. Lo ven todo.

—Es espléndido —susurro con un respeto máximo que, si bien no está de más, de algún modo siento como si lo estuviera.

—Impresionante —se muestra de acuerdo Parker también en voz baja, y entrelaza sus dedos con los míos—. Sentémonos.

Me conduce a un par de esteras extendidas en medio del asfalto y me ayuda a sentarme. Echo un vistazo a mi alrededor y reparo en que algunas personas están sentadas detrás de mí con las piernas cruzadas, rezando con la mirada puesta en el imponente Cristo.

Incluso repleto de gente, es un lugar tranquilo.

Parker sostiene mi mano y juntos contemplamos el Cristo.

Una profunda sensación me embarga, como si me envolvieran con una manta de cachemira, y me vuelvo hacia Parker.

—¿Rezarías conmigo?

—Me encantaría. —Sonríe con dulzura y, tras quitarse las gafas de sol, cambia de posición para colocarse de cara a mí. Hago lo

propio y dejo las gafas en el hueco que forman mis piernas cruzadas.

Parker avanza unos pocos centímetros hasta que nuestras rodillas se tocan.

—Ven aquí, cariño. —Me coge por las mejillas y se inclina despacio hacia mí hasta que nuestras frentes están en contacto.

Al instante, es como si sólo estuviéramos él y yo, rodeados únicamente por una sensación de calidez, paz y luz.

—Cierra los ojos y junta las manos a la altura del corazón — sugiere en voz baja.

Ambos cerramos los ojos y, con las cabezas y las rodillas en contacto, nuestras manos mantienen el flujo de energía circulando por nuestros cuerpos. Un magnetismo que no se parece a nada que haya sentido se extiende por todo mi ser. Es como si una descarga eléctrica nos llenara de fuerza y vitalidad.

Parker habla en un tono de voz bajo que, sin embargo, contiene un dejo de respetuosa compasión que no le había oído antes.

—Señor, por favor, mantén a Skyler a salvo de todo peligro. Protégela en lo que yo no pueda. Déjame amarla para toda la vida. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Sus palabras hacen que las lágrimas acudan a mis ojos y comiencen a caer por mis mejillas. Aspiro una bocanada de aire y coloco las manos alrededor del cuello de Parker, haciendo que la conexión entre ambos sea todavía más intensa. Él me imita y le susurro mi oración.

—Querido Señor, por favor, dame la fuerza para permanecer siempre junto a Parker y animarle cuando lo necesite y apoyarle en todas las cosas. Y, por favor, por favor, no te lo lleves de mi lado. En el nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, amén.

Parker vuelve a erguir la espalda, abre los ojos y limpia con sus pulgares las lágrimas que caen por mis mejillas. Luego se inclina hacia delante y me besa en cada uno de los pómulos antes de ofrecerme una sonrisa de lo más triste.

—No voy a dejarte nunca, Skyler. —Sus ojos son unos relucientes zafiros azules bajo el cielo sin nubes e irradian verdad y determinación.

Al humedecerme los labios con la lengua puedo saborear la sal de mis lágrimas.

—A veces, las personas no quieren dejar a otras, pero no pueden hacer nada cuando sucede.

Él aprieta los labios y deja pasar unos buenos treinta segundos antes de hablar.

—Sé que lo has pasado mal. Pero tienes que comprender que nuestra vida conjunta, lo que estamos construyendo, va a durar. No voy a irme a ningún sitio. Tienes que creer mis palabras. Creer en mí. Creer en nosotros.

Asiento y me muerdo el labio inferior. En silencio, levanto la mirada hacia el Cristo y, sin apartar la vista de sus conmovedores ojos, recito para mí una oración.

«Por favor, Señor, haz que tenga razón.»

Después de otro angustioso trayecto en autobús para bajar el cerro del Corcovado, Dennis nos mete a todos en un taxi y nos lleva a Fogo de Chão, la churrasquería brasileña que con tanto entusiasmo había elogiado.

El lugar está abarrotado de gente que ha acudido pronto a cenar, pero el camarero nos conduce a un patio semiprivado desde el que se ve perfectamente el Pan de Azúcar y el puerto. Las olas acarician

suavemente el costado del edificio y la base sobre la que se encuentra el patio y los barcos salpican majestuosamente las aguas de la ensenada, descansando antes de zarpar a mar abierto.

—¡Uau, Dennis! ¡Este lugar es increíble! —Me apoyo en la barandilla de metal y dejo que la ligera brisa me agite el pelo y me bese la cara con su suave caricia. La humedad ha remitido parcialmente y el aire es mucho más fresco y reconfortante en comparación a la sofocante temperatura de unas horas antes.

Parker se acerca por detrás, me rodea el pecho con los brazos y apoya la barbilla en mi hombro. Yo me apoyo en su cuerpo y sigo contemplando el paisaje.

—Más increíbles son mis vistas, pues en ellas estás tú mirando el paisaje.

Le doy un golpe en la entrepierna con el culo y suelto una risita.

—Eres un tontaina.

—Tal vez, pero soy tu tontaina. —Me da un beso en un lado del cuello y, tras exhalar un suspiro, me abraza con fuerza y seguimos admirando las vistas.

—¿Os gustaría una mesa sólo para vosotros dos? —La profunda voz de Royce retumba desde las mesas.

—No —respondo al mismo tiempo que Parker dice sí.

Sin deshacer su abrazo, me doy la vuelta y, en broma, le doy una palmada en el pecho.

—¡Cariño! ¡Hemos venido aquí para disfrutar de experiencias nuevas con nuestros amigos!

—Yo no. Yo estoy aquí para ayudar a mi hermano y para mantener a salvo a mi chica en todo momento. La mejor forma de hacer esto último es no quitarle las manos de encima. —Me da un mordisquito en los labios y un breve beso.

—¡Ya veo que habéis pasado directamente al postre! —exclama Paul.

Suelto una carcajada y aparto a mi chico para ir a sentarme con nuestros amigos. Parker me sigue y, como el caballero que es para ciertas cosas, aparta la silla de la mesa para que pueda sentarme. Ciertamente, tengo que agradecerle a mamá Ellis que enseñara a su hijo a ser caballeroso.

Cuando ya estamos todos acomodados, el camarero nos trae las bebidas y nos explica el funcionamiento del restaurante. Al parecer, se puede pedir un plato de carne único o bien un surtido de carnes servidos en espadas. La ensalada y los acompañamientos hemos de servirnoslos nosotros mismos en el bufé.

—Ya que estamos en Brasil... —le digo a Parker en tono burlón.

—Creo que todos optaremos por la selección de carne en espadas y el bufé —le dice mi chico a Dennis, que se lo repite al camarero en portugués.

En cuanto el camarero se marcha, un equipo de personas nos trae panes, platos limpios y un surtido de salsas para mojar pan al gusto. Nosotros cogemos entonces nuestros platos y los llenamos de ensalada y una deliciosa mezcla de platos fríos y calientes para acompañar las carnes. En cuanto nos sentamos, un hombre con una larga espada se acerca a la mesa y nos ofrece chuletón de primera calidad. Corta finas lonchas directamente del gran trozo de carne ensartado en la espada y las va depositando en cada uno de nuestros platos.

Todavía estamos masticando el succulento chuletón cuando aparece otro hombre y nos ofrece *filet mignon*. Nadie lo rechaza.

A lo largo de la siguiente hora más o menos, los cinco probamos las mejores carnes que hayamos comido nunca, todas sazonadas a

la perfección y en concordancia con las salsas y los acompañamientos que habíamos escogido previamente.

—¿Qué te parece la comida brasileña, Skyler? —pregunta Dennis.

Me froto el vientre hinchado.

—¡Es increíble! Tienes que encontrarnos comida brasileña en Boston, Dennis.

Él sonrío.

—¿Y si, en vez de eso, cocino yo para vosotros cuando Paul y yo nos hayamos instalado en nuestra casa?

Parker da un respingo al oír la noticia. Sabíamos que iba a suceder, y todos lo habíamos comentado de forma indirecta, pero Paul todavía no había dicho las palabras «Voy a mudarme con mi chico».

—Así que ¿tú y Dennis os vais a vivir juntos oficialmente? —le pregunta Parker a su hermano, y con un brazo rodea el respaldo de mi silla y me acaricia la curva del hombro con los dedos. Es un gesto reconfortante que siempre ha hecho y que me hace sentir especial y querida.

Paul sonrío con satisfacción, se limpia la boca con la servilleta y, tras echar su enorme cuerpo hacia atrás, extiende las piernas hasta que forman una amplia uve. Luego toma a Dennis de la mano y la sostiene sobre uno de sus enormes muslos.

—Sí, Boli Parker, voy a hacerlo. Hemos estado hablándolo durante buena parte de los últimos seis meses. Ésa es la razón por la que vino conmigo a Alemania cuando terminé el último contrato. Antes queríamos tantear un poco el terreno familiar reuniéndonos primero contigo y luego con mamá y papá. Después de la experiencia que habíamos tenido con los padres de Dennis, no quería hacerle pasar otra situación incómoda. Ahora que mi chico ha

confirmado que nuestra familia acepta completamente nuestra relación (algo que yo ya sabía), se muere de ganas de mudarse conmigo y fundar un negocio de importación propio.

—Eso es fantástico. Me alegro por vosotros dos, hermano. — Parker sonríe a Dennis, que se sonroja y sus mejillas y cuello se tiñen de un bonito color rosa.

Sintiendo que es el momento perfecto para comentarle a Paul la idea de que trabaje para mí, decido tantear el terreno:

—¿Y tú qué piensas hacer, Paul? ¿Volver otros cuatro años?

Él niega con la cabeza.

—No. Dennis y yo lo hemos hablado. Cuando estoy fuera, desaparezco completamente. Él rara vez tendría noticias mías, y ésa no es forma de vivir. Ya que él va a dar el paso de trasladarse a otro país para estar con mi familia y conmigo, yo he decidido retirarme oficialmente.

—Entonces, ¿qué harás? —Mientras espero su respuesta, le doy un sorbo al increíble cabernet que el camarero nos ha recomendado.

Él se encoge de hombros.

—No estoy seguro. Tengo bastante dinero ahorrado. Llevo trabajando doce años y no he gastado mucho porque nunca he permanecido mucho tiempo en ningún lado. Entre misión y misión, además, me quedaba viviendo en alguna base del mundo. Todo eso ha supuesto un ahorro importante de dinero. Había pensado en invertirlo en el nuevo negocio de Dennis, pues lo más probable es que tenga que empezar todo desde cero.

—¿No has pensado en dedicarte a la seguridad personal? — Sonríe.

—No te preocupes, hermanita. No vas a ir a ningún lugar público sin protección hasta que regresen los Van Dyken. —Su tono directo

y autoritario deja bien claro que tiene decidido protegerme personalmente.

—¡No estoy hablando de mí! —protesto—. Bueno, sólo en parte. Tengo muy claro que, en el futuro inmediato, quiero contratarte para que sigas siendo mi guardaespaldas personal, pero también me refería a cuando haya terminado nuestro pequeño problema.

—¿Pagarme? —dice en tono de burla, y luego añade—: Eso no va a suceder, querida. —Y suelta una risa ahogada.

—Claro que voy a pagarte. —Uso mi tono más enérgico—. Si vas a hacerme de guardaespaldas, te pagaré. Así es como funciona el tema.

Parker se ríe con disimulo y extiende una mano para alcanzar su vaso de cerveza. Royce se acaricia la perilla y suelta una risita por detrás de la mano. Y Dennis se limita a sonreír mientras su mirada va de mí a su chico y luego otra vez a mí.

—No, hermanita. Yo te diré cómo funciona esto. Tú necesitas protección y yo protejo a mi familia. Punto.

La sangre comienza a bullir en mis venas y un exaltado ardor se extiende por todo mi cuerpo.

—Pero eso es absurdo. No vas a ofrecerme gratuitamente tus servicios de seguridad personales.

—Ya lo creo —responde con rotundidad.

—No lo permitiré.

Él sonrío.

—Sí que lo harás.

—¡No lo haré! —Mi columna se pone rígida e, irguiéndome en la silla, me lo quedo mirando con el ceño fruncido para que se dé cuenta de que lo digo completamente en serio.

—¿Formas parte de mi familia? —pregunta de repente, interrumpiendo el curso de nuestro pequeño intercambio de

opiniones.

—Bueno, sí, me gusta pensar que sí.

—Sí formas parte, querida. —Parker desliza una mano por mi rígida espalda, lo cual rebaja en cierto modo la irritación que siento.

—Ahí lo tienes. —Paul hace un gesto con la mano en dirección a su hermano.

Niego con la cabeza.

—¡No, no tengo nada! Si vas a actuar como mi guardaespaldas personal, cobrarás. Y soy generosa. Mi seguridad es importante para mi chico y para mí, y no resulta muy divertido lidiar con paparazzi, seguidores locos o muchedumbres descontroladas en algún evento. Empezaré a trabajar en la nueva entrega de *Los más deseados* antes de que Rachel y Nate puedan reincorporarse. Serán días muy largos de rodaje. Normalmente, no requiero de los servicios de mi guardaespaldas cuando estoy en el set, pero eso no significa que no haya de permanecer de guardia todo el día. Eso es muy caro en la industria de la seguridad, y no tengo ningún problema en pagar por ese servicio. Por lo tanto, cobrarás — argumento de forma categórica y terminante.

—Ya lo discutiremos luego —dice Paul, haciendo caso omiso de mi muy informada exposición de cómo funcionará nuestra relación.

Me lo quedo mirando con el ceño fruncido.

—Hermanita —prosigue él—, disfrutemos de la cena antes de que surja algún otro marrón, ¿de acuerdo?

Debería haber tocado madera, pues en cuanto sus labios pronuncian esas palabras, Parker mete la mano en el bolsillo del pecho para coger su móvil.

Su expresión es jovial hasta que baja la mirada y ve la pantalla. Todo atisbo de la felicidad y la alegría que hemos disfrutado durante el día de hoy desaparecen de golpe.

Miro por encima del hombro de mi chico y veo que ha recibido un mensaje de un remitente desconocido.

Esta vez, el mensaje no incluye texto sino un par de imágenes. La primera es del letrero del bar del padre de Parker: «Lucky's». La segunda es de la señora Ellis. Está sentada en un taburete a la barra del Lucky's, riéndose de algo que ha dicho el señor Ellis. Éste, por su parte, está sonriendo y mira con ojos brillantes a su esposa; una toalla cuelga de su hombro y tiene los brazos apoyados en la barra.

—¡Oh, Dios mío, no! —exclamo con un grito ahogado y me cubro la boca con la mano. Puedo sentir el cosquilleo del miedo y el pavor en todas mis terminaciones nerviosas.

—¿Qué sucede, Park? —pregunta Paul con un gruñido.

Mi chico no responde. Abre la lista de contactos en su móvil y busca el nombre de Lucky's. Antes de que pueda presionar la tecla para llamar, en la pantalla recibe el aviso de una llamada entrante.

—Bo —contesta secamente Parker.

No puedo oír lo que dice Bo, pero mi chico cierra los ojos y se pasa una mano por la nuca. Luego se pone en pie de golpe.

—¿Están bien? ¡Joder, Bo! ¡Dime si mis padres están bien! —exclama en un tono de voz brusco y cargado de emoción.

—¡Mierda! ¡Ahora mismo cogemos un avión de vuelta! —Paul también se pone en pie y se acerca a Parker. Éste prosigue—: Llámame en cuanto te enteres del estado de mi padre.

Luego termina la llamada y Paul coloca una mano en el hombro de su hermano. Los miro horrorizada y conteniendo el aliento.

—Esta noche han atropellado a mamá y papá en el aparcamiento del Lucky's. Se dirigían hacia su coche cuando un vehículo los ha arrollado y se ha dado a la fuga. Mamá... Esto... Mamá sólo ha sufrido una serie de magulladuras, un esguince en la muñeca y

también algunos cortes en rodillas y codos porque papá la apartó de un empujón.

Las lágrimas comienzan a rodar por mis mejillas cuando me imagino al señor Ellis apartando a su esposa al ver que un coche se dirigía hacia ellos a toda velocidad. Está claro que estaba dispuesto a sacrificarse por la mujer que ama.

—Papá... ¡Joder! —Echa la cabeza hacia atrás y Paul coloca ambas manos en los hombros de su hermano.

—No te dejes llevar por la ira, Park.

Éste asiente. Las palabras de su hermano parecen conferirle fuerza.

—Han trasladado a papá al hospital. Recibió el impacto en la mitad inferior del cuerpo. Bo no sabe a qué velocidad iba el coche ni cuál es el pronóstico. Está con mamá. Está destrozada, Paulie. Tenemos que ir a casa. Ahora mismo —dice con un rugido.

En cuanto oigo las palabras de Parker, me limpio las lágrimas, me trago el disgusto y hago acopio de fuerzas en el corazón y en el alma para ayudar a mi chico a lidiar con el dolor que está sufriendo. En este momento he de mostrarme fuerte, actuar como la mujer adulta que soy y ser la persona que mi chico necesita a su lado para capear este temporal. De inmediato, cojo el móvil y llamo a los pilotos de mi avión privado para programar un vuelo. Éstos me informan de que pueden conseguir la aprobación del plan de vuelo con parada para repostar para dentro de cuatro horas. Eso nos da suficiente tiempo a todos para coger nuestras cosas, hacer las maletas y dirigirnos al aeropuerto.

—¿Podrías pagar la cuenta, Royce? —le pido.

Éste asiente, se acerca a los dos hermanos Ellis y, tras colocar una mano en los hombros de cada uno, les da un sentido apretón sin decir nada. Sabe que no hay palabras de consuelo posibles

cuando uno se encuentra a ocho mil kilómetros de casa y su familia lo necesita.

—Dennis, ¿puedes ir a decirle al aparcacoches que vaya a buscar la furgoneta y esperarle en la entrada?

Dennis asiente con la mirada puesta en los dos hermanos. Éstos permanecen con las cabezas juntas, susurrándose cosas el uno al otro.

—Ahora mismo voy.

Se queda mirando un momento a Paul, pero en vez de interrumpirle, opta por apretar los labios y dejarlos solos para hacer lo que le he pedido.

En cuando sale de la terraza privada en dirección a la sala principal del restaurante, me dirijo a los dos hombres y coloco las manos en los hombros de cada uno.

—Nuestro avión sale dentro de cuatro horas. Royce está pagando la cuenta y Dennis ha ido a buscar la furgoneta. Hemos de regresar al hotel, hacer las maletas e ir al aeropuerto. No hay tiempo que perder.

Paul asiente y suelta a su hermano, pero antes le da un apretón en el bíceps.

—Ese desgraciado no se saldrá con la suya, Park. Lo atraparemos. Te lo juro por el apellido de los Ellis. —Se golpea en el pecho con el puño, se da la vuelta y se va de la terraza. Es la primera vez que nos deja solos y no estamos dentro de nuestra habitación del hotel.

Parker observa cómo su hermano se marcha, me coge de la muñeca y me atrae hacia él. Nos abrazamos con fuerza y hunde su rostro en mi cuello para inhalar profundamente mi aroma. Es algo que ha hecho desde el principio de nuestra relación y no hay nada

en el mundo que me guste más que esta necesidad que tiene de conectar físicamente conmigo.

—Tú impides que pierda la cabeza, cariño. Cuando el mundo se va a la mierda y estoy a punto de perder los estribos, tú me devuelves a la realidad y me salvas de mí mismo.

Hundo los dedos en su pelo y le acaricio el cuero cabelludo con las uñas hasta que noto que comienza a recuperar la fuerza y tensa los músculos. Cuando percibo finalmente que su pulso recupera el ritmo habitual, le cojo de las mejillas y me aparto para poder mirarle directamente a los ojos.

—Lo superaremos juntos. No pienses lo peor. No sabemos mucho. Concentrémonos en una cosa: regresar a casa junto a tus padres.

10

Parker

Si alguien me preguntara qué ha sucedido en las últimas dieciocho horas de mi vida, no podría decírselo. Es como si hubiera estado en un coma inducido. Aunque podía ver y oír todo lo que pasaba, era como si se tratara de un sueño. Skyler y Royce nos han llevado de la mano a Paul y a mí durante todo el proceso de recoger las cosas del hotel (incluidos los perros) y pasar por casa de Dennis para llevarnos el equipaje de mi hermano. Paul y Dennis han tenido una acalorada discusión porque éste quería acompañar a su chico a Boston. Ceder a eso, sin embargo, habría cambiado sustancialmente los planes que habían hecho para que Dennis vendiera su parte del negocio familiar y preparara su traslado. Al final, Paul se ha salido con la suya y Dennis se ha quedado en Brasil con la promesa de que mi hermano le llamaría en cuanto pudiera para ponerlo al día sobre el estado de salud de nuestros padres.

Hemos cruzado el aeropuerto a toda velocidad, Paul con la mirada vigilante y la expresión tan endurecida que todo el mundo mantenía las distancias con nosotros, incluso cuando nos reconocían a Skyler y a mí. Royce nos ha hecho subir al avión privado y hemos despegado sin más dilación. Nos hemos detenido una vez para repostar en Estados Unidos antes de aterrizar en Boston apenas dieciocho horas después de haber recibido la llamada en la que me informaron de que habían atacado a mis

padres. Mi madre ha sufrido golpes y magulladuras y a mi padre lo han estado operando a causa de las heridas que había sufrido en el atentado, y hasta el momento no sé nada más.

Estoy agotado pero al mismo tiempo con todos los sentidos en alerta cuando Paul detiene delante del hospital el todoterreno que estaba esperándonos en el aeropuerto gracias a las gestiones de Skyler. Los cuatro salimos de un salto y Royce da media vuelta con el vehículo.

—Vosotros entrad, yo iré a aparcar el coche. —Y me indica que sigamos adelante con un movimiento de barbilla.

Me despido con la mano y luego cojo con fuerza la de Skyler y corro hacia Bo, que nos espera en el vestíbulo.

—Joder, tío, me alegro de que estéis aquí —dice con una expresión de alivio, pero bajo sus ojos son visibles unas profundas bolsas oscuras que delatan que no se ha movido del hospital.

—¿Y mi padre? —pregunto entre dientes.

—Se pondrá bien. Está hecho polvo, pero vivo. Ya ha salido de la sala de recuperación y se encuentra en su propia habitación. Tu madre está con él. Os llevaré con ellos. —Bo se da la vuelta y todos le seguimos a paso rápido por los pasillos del hospital, subimos de piso con un ascensor, y luego recorremos otro corredor de paredes blancas.

De pie delante de la que supongo que es la habitación de mi padre hay un par de tipos corpulentos ataviados con camisetas negras, pantalones militares negros y botas. Uno caucásico, el otro afroamericano.

Paul nos adelanta y, tras extender una mano, estrecha las manazas de uno de los tipos mientras le da un apretón en el hombro. Luego repite el proceso con el otro.

—Gracias, hermanos —dice con voz áspera—. ¿Ha venido alguien que no estuviera autorizado?

Ambos niegan con la cabeza.

—¿Amigos tuyos? —digo, señalando con un movimiento de barbilla a los dos gigantes musculados con el pelo a cepillo y de prominentes bíceps.

Paul sonrío.

—Hermanos de armas.

—De los mejores que se pueden tener, supongo. —Sonrío débilmente.

—¡Y que lo digas! —Y, volviéndose hacia los dos hombres, añade —: Quedáis relevados. Os devuelvo el favor cuando queráis.

El hombre afroamericano endurece el rostro y frunce el ceño.

—Y una mierda. Esto va por nuestra cuenta. A la familia se la protege.

El otro soldado asiente.

—Nadie amenaza y le hace daño a nuestras familias en nuestro país. Si nos necesitas para cualquier cosa, ahí estaremos, hermano. Hablando de lo cual... —Se lleva una mano a la espalda, coge una Sig Sauer y le pasa el arma a Paul.

Éste la inspecciona, comprueba que el cargador esté lleno y que haya una bala en la recámara, acciona el seguro y se la guarda en la cintura de los pantalones.

—Gracias. —Le da una palmada al tipo en el bíceps al tiempo que asiente y luego nos hace pasar a Skyler, a Bo y a mí a la habitación.

Ver a mi padre tumbado en la cama de un hospital me hace sentir como si me estuvieran clavando atizadores al rojo vivo en los ojos. Tiene cortes en la cabeza, las mejillas y los brazos, como si lo hubieran arrastrado por la gravilla a gran velocidad y los médicos le

han envuelto la inmóvil mitad inferior en una variedad de cosas que no puedo ver.

—¡Chicos! —Mi madre se pone de pie y extiende los brazos.

—¡Ma! —digo yo, y me abrazo a ella primero. Su aroma a flores silvestres me proporciona tranquilidad y consuelo. Ella me da unas palmaditas en la parte trasera de la cabeza y un apretón en el cuello y luego se mueve para que Paul pueda sumarse a nuestro abrazo. Me muestro reacio a soltar a mi madre, de modo que no me aparto, pero sí hago sitio a mi hermano. Ella rodea con su brazo libre a Paul y lo besa en la frente.

—Mis niños están en casa. Gracias a Dios que estáis a salvo.

Cierro los ojos y aprieto los dientes, pues no quiero dejarme llevar por las emociones. No ahora. Ya lo haré más tarde. Mucho más tarde. Cuando haya confirmado si mi padre está bien o no.

—¿Cómo está papá?

Mi madre traga saliva y se enjuga las lágrimas de los ojos.

—Tiene un largo camino por delante, pero está vivo. El coche que nos atropelló le destrozó la cadera y le rompió ambas piernas. Le han tenido que hacer cirugía reconstructiva en la cadera y los huesos de las piernas, y eso le ha causado unas grandes hemorragias internas, pero los médicos me han asegurado que lo tienen todo bajo control. Ahora mismo ha tomado un montón de sedantes, anticoagulantes y un cóctel de medicamentos que no hace falta repasar ahora.

—¡Dios mío, Ma! —Me froto la nuca—. ¡Va a necesitar un montón de rehabilitación!

Ella yergue la espalda, echa los hombros hacia atrás y levanta la barbilla.

—Y la tendrá.

—Pero el pub...

—Ya tengo un plan para eso, hermano —dice Bo en voz baja desde la pared del fondo de la habitación. Royce está a su lado. Debe de haber entrado cuando Paul y yo estábamos abrazados a nuestra madre.

Bo prosigue:

—Me encargaré de que el bar siga abierto durante los meses que tu padre tarde en recuperarse. Ya necesitaba ayuda antes. Un encargado, a la larga. Y desde luego una camarera. Lo haré yo. Estoy seguro de que Royce, Wendy, Kendra y tú podréis arreglároselas en IG sin mí durante un tiempo, ¿no?

Cierro los ojos.

—Claro que sí. Es un buen plan, y yo estaré más que contento de ir por las noches y encargarme de la gestión del dinero. Lo que haga falta —añade Royce.

«Joder, cómo quiero a estos tíos.» El corazón me late con fuerza y la garganta se me seca ante su ofrecimiento.

—Yo puedo ayudar. —La voz de Paul es tan ronca que suena como unas botas pisando rocas.

Bo niega con la cabeza una vez.

—Tú has de proteger a Sky, tío. A no ser que quieras que se encargue otro.

—Estaré bien —susurra Skyler, cerca de mí pero sin unirse al corrillo que formamos Paul, mi madre y yo.

—Tienes que encargarte de Sky, Paulie. Yo no puedo... Ella es... ¡Joder...! —Las palabras se me atascan en la garganta y no consigo expresar lo mucho que significa que esté protegiendo a mi chica.

Ma me da una palmadita en la mejilla.

—Sí, ya sabemos que es tu mundo. Del mismo modo que tu padre es el mío. Y Dennis el de Paul. El plan de Bo es perfecto. El cocinero se encargará de la comida. Y Bo está capacitado para

llevar un pub. Me ha dicho que durante la universidad trabajó en uno.

Algo que efectivamente hizo. Por eso se acostó con tantas mujeres. En aquella época, con una diferente cada noche. De hecho, ahora es lo que estaría haciendo si no tuviéramos tanto trabajo.

Ma se vuelve hacia Royce.

—Con la ayuda de Royce en la contabilidad, yo puedo encargarme de cuidar a tu padre. Ya ha llegado el momento de que deje la biblioteca. Tengo suficiente dinero ahorrado y, bueno, ha llegado el momento.

Miro a Paul, que aprieta la mandíbula, pero asiente antes de que mis ojos se posen en Bo.

—Voy a estar en deuda contigo, hermano.

Él sonríe y sus ojos brillan.

—Ya lo sé. Y te lo haré pagar... con creces. Todavía no estoy seguro de qué voy a pedir, pero será increíble.

—Contigo también, Royce —añado.

—No, tío. La familia es la familia. Además, mamá Sterling estará ayudando a mamá Ellis. —Me recuerda hasta qué punto nuestras familias están interconectadas en las cuestiones que más importan.

Skyler se acerca a mí por la espalda y, tras rodearme la cintura con los brazos, presiona la barbilla en mi columna vertebral y me besa.

—Estar en deuda con Bo no parece una buena idea.

Una sonrisa amenaza con aparecer en mis labios.

—No, cariño. Estar en deuda con Bo nunca es una buena idea.

Éste sonríe.

—Voy a dejaros. He de llamar a Tink. Quería que la avisara en cuanto regresarais. Se muere por estar aquí, pero dice que está

supervisando el equipo que va a reunirse con el señor Wilson.

—¡Mierda! ¿La reunión es hoy? —Me vuelvo de golpe hacia Paul.

—Sí. Voy a informarme de cómo va el tema. ¿Estás bien, Ma? ¿Necesitas algo? —pregunta con su retumbante voz.

—Ahora que mis chicos están en casa, no. No necesito nada. Sólo asegurémonos de que vuestro padre se recupera y vuelve a ponerse en marcha y el mundo volverá a rotar sobre su eje.

Aspiro una enorme y relajante bocanada de aire, coloco mis manos sobre las de Skyler, que sigue rodeándome con sus brazos, y finalmente exhalo con la mirada puesta sobre mi padre. Está durmiendo profundamente mientras el monitor mide los parámetros fisiológicos.

—Melocotones, ¿podrías ir con Royce a buscar café? Va a ser un día y una noche muy largas.

—Claro, cariño. También traeré algo de comida. Hace ya mucho que comimos.

La idea de comer hace que el estómago me ruja con ganas. No me había dado cuenta de que nos habíamos olvidado de esta necesidad, pero tiene sentido. Todos estábamos preocupados únicamente por una cosa: llegar a casa. Ahora que estamos aquí y que he comprobado que mi padre va a sobrevivir y que mi madre está algo alterada, pero se encuentra a cargo de la situación, como es habitual en ella, puedo relajarme un poco. Descubriremos quién ha atropellado a mis padres con su jodido coche.

Royce y Skyler salen del cuarto mientras Paul se va al fondo con el móvil pegado a la oreja. Me siento junto a la cama y tomo una de las manos de mi padre, que está fría.

—Nos tienes aquí para lo que necesites, papá. Tenemos un plan, y conseguiremos que se haga justicia por lo que te han hecho. Te lo prometo. Paul y yo no descansaremos hasta que lo logremos.

Después de unos diez minutos mirando fijamente a mi padre y registrando sus rasgos, del pelo grisáceo a las arrugas que enmarcan sus ojos cerrados, comienzo a desear que se despierte y empiece a quejarse de lo incómoda que es la cama, o de que no puede dormir por culpa de las visitas de las enfermeras cada diez minutos para comprobar cómo está. Básicamente, de cualquier cosa que lo mantiene alejado de casa y de estar sentado delante de la tele, viendo jugar a sus equipos y discutiendo con mi madre.

A mi espalda, Paul termina la llamada telefónica, suelta un gruñido y me hace una seña para que me dirija a la puerta.

—Vamos a salir un momento, ¿de acuerdo, mamá?

—No estoy inválida. Llevo treinta años cuidando de vuestro padre; creo que puedo seguir haciéndolo sin vuestra ayuda.

No puedo evitar sonreír. Mi madre es una jodida guerrera. Encaja el golpe y sigue adelante.

En cuanto salimos al pasillo, la expresión de Paul se endurece.

—Tenemos un puto problema.

—¿Quieres decir además de que hayan atropellado a nuestro padre y esté postrado en la cama de un hospital? —Aprieto los dientes y me cruzo de brazos.

—En las imágenes de la cámara de seguridad de los exteriores del Lucky's se ve un todoterreno negro y puede leerse perfectamente la matrícula.

—Excelente. Eso significa que han averiguado quién ha sido, ¿no?

Mi hermano se humedece los labios con la lengua.

—La matrícula pertenece a un vehículo de una empresa de alquiler de coches. Y, Park, no te vas a creer quién alquiló ese vehículo.

Cierro los ojos, pues en el fondo ya sé cuál es el nombre que va a decir.

—Tracey Wilson, hermano. Ella es la persona que alquiló el coche. Wendy ha estado intentando ponerse en contacto con ella. No lo ha conseguido. No contesta a sus llamadas. Sé que Tracey le dijo a Sky que iba a regresar a Nueva York, pero no hay ningún registro que demuestre que reservara un billete de avión o de tren. Esa mujer todavía está en Boston. Wendy no consigue dar con ella, pero dice que es sólo cuestión de tiempo que aparezca.

Me vuelvo y me presiono las sienes con los dedos.

—¡Joder! ¡Esto va a destrozar a Sky!

—Todavía hay más —dice con un gruñido.

Cierro los ojos, me humedezco los labios con la lengua y me apoyo en la pared opuesta a la de la habitación de mi padre.

—Dímelo antes de que Sky regrese.

—Su padre...

—Trevor, el agente de la CIA jubilado.

—Sí. Mis chicos han estado interrogándolo. Una experiencia que no le ha gustado demasiado. Resulta que Tracey no era sólo la niña de sus ojos. De pequeña, estudió toda la bibliografía del curso que su padre daba en la CIA y aprendió a fabricar bombas. Trevor le dio clases y fue exhaustivo. No pensaba que su hija fuera a usar esos conocimientos pues le había explicado que quería dedicarse a la representación artística. Este deseo nació a raíz de convertirse en la mejor amiga de su vecina, que era una pujante actriz. Desde ese momento, al parecer, Tracey sólo se mostró interesada en trabajar con Skyler, y eso es lo que finalmente hizo. Trevor también dice que ésta ha sido lo mejor que le ha pasado a su hija.

—¿Cómo dices?

—De pequeñas, antes de que Skyler y Tracey se conocieran a los diez años, Tracey tenía una hermanita, Staci, que murió un año antes de que se trasladaran al barrio de Sky. Trevor dice que la aparición de ésta fue como un regalo caído del cielo. Cuando su hermanita murió, Tracey se quedó tan apesadumbrada que incluso dejó de hablar. Trevor le ha explicado a mis chicos que Skyler hizo que todo ese dolor desapareciera y que, a partir de entonces, su hija centró toda su atención en su nueva amiga en vez de seguir obsesionada por la pérdida de su hermana. Desde entonces, Tracey y Skyler han sido inseparables.

—¡Dios mío! ¿Crees que Skyler se convirtió en una especie de reemplazo de la hermana que había perdido?

Paul se encoge de hombros.

—Tal vez. Ni puta idea. Yo sólo estoy contándote lo que he averiguado gracias a Wendy y a mis chicos.

—¿Cómo murió la niña?

—Leucemia —dice Paul en un tono inexpresivo—. No fue agradable ni rápido.

—De modo que, básicamente, la pequeña Tracey ve morir a su hermanita de una larga y dolorosa enfermedad y, tras conocer a Skyler, decide cuidarla y protegerla.

—¿Te ha contado alguna vez Skyler algo sobre su relación con Tracey que te pareciera una muestra de una naturaleza controladora y sugiriera que algo así podía estar sucediendo?

Todo lo relacionado con Tracey es de naturaleza controladora, especialmente en lo referente a la carrera de Skyler y sus relaciones románticas.

—Pues la verdad es que sí. Podría decirse que algo parecido. Incluso animó al último novio de Skyler a tomar drogas y serle infiel. De hecho, era ella la que le proporcionaba acceso a mujeres fáciles

y estupefacientes. El tipo accedió a ello, demostrándole a Tracey que no era merecedor del afecto de Skyler. Y luego fue ella misma la que apareció triunfalmente con un caballo blanco para arreglarlo todo cuando Skyler se quedó con el corazón roto.

—¿Y qué hay de sus padres? —Paul pregunta por las primeras personas que Skyler perdió.

—¿Habéis descubierto algo conclusivo o alguna novedad sobre su accidente?

Él niega con la cabeza.

—Todavía no. El caso es antiguo y, en su mayor parte, la investigación fue pésima. Puede que no lleguemos a saber nunca qué sucedió en ese barco, pero no puede tratarse de una coincidencia.

—¿Y qué ha dicho Trevor sobre la bomba?

—Al principio se sentía desconcertado porque la bomba no sólo tenía las mismas características de las que enseñaba a fabricar a sus agentes, sino su distintivo particular, que no había enseñado a nadie, relacionado fundamentalmente con la detonación retardada. Al parecer, Trevor era un experto en bombas cuyo mecanismo se acciona al girar la llave de una cerradura. Usaba un sensor único como el que se halló en la bomba que estalló en tu apartamento. Bueno, no era exactamente igual, pero eso podría deberse a que han pasado décadas desde que se dedicaba a ello y los fabricantes ya no ofrecen ese modelo específico.

»Al principio ha pensado que alguien quería incriminarle — prosigue Paul—. Luego, sin embargo, hemos comenzado a preguntarle por su hija y cuando ha establecido la relación entre sus bombas y el hecho de que Tracey podría haber sido la perpetradora del atentado, se ha cerrado en banda y ha comenzado a pedir asistencia legal, lo cual ha impedido que pudiéramos seguir

interrogándolo. También ha pedido llamar a su hija para comprobar que se encontraba a salvo. Esto, claro está, le ha sido denegado y la policía mantiene al tipo retenido basándose en el hecho de que la bomba que explotó en tu apartamento posee características estrechamente relacionadas con su distintivo personal. Él particularmente tiene una coartada muy sólida, pues estaba en Florida cuando todo sucedió, pero eso no significa que no pudiera fabricar la bomba y dársela a otra persona para que la colocara. Estamos usando eso para mantenerlo detenido y que no se ponga en contacto con Tracey para avisarla de que andamos detrás de ella. No queremos que huya antes de que podamos atraparla.

—Dios mío, para Sky esto será como si un tsunami alcanzara Boston y destruyera todo a su paso.

—Sí, ya me lo imagino.

Me dejo caer contra la pared mientras intento pensar cómo diantre voy a darle esta noticia a mi chica. Decir que se sentirá devastada es quedarse corto.

—¿Y no tenemos ninguna pista sobre el paradero de Tracey?

Mi hermano niega con la cabeza.

—Ése es el problema. Nadie la ha visto.

—¿Y el coche de alquiler? Alguien tiene que haber visto un todoterreno con la parte delantera seriamente dañada.

Paul se pasa una mano por el pelo al rape.

—Han encontrado el coche abandonado a no más de diez manzanas del Lucky's. Tracey ha desaparecido, hermano.

11

Skyler

—¿Cuánta comida crees que tu chico puede meterse entre pecho y espalda, querida? —Royce hace una seña con la barbilla en dirección a la bandeja que llevo.

Bajo la mirada hacia ésta, llena hasta los topes con cuatro tipos distintos de sándwiches, patatas, bebidas, un par de manzanas, dos trozos de pastel, un puñado de barritas de proteínas y seis galletas.

—Esto... Puede que Cathy quiera algo.

Los labios de Royce forman una enorme sonrisa que deja a la vista sus blancos dientes.

—Suerte tendrías si permaneciera sentada el tiempo suficiente para comerse un sándwich, no digamos ya toda esa comida.

—Sólo quiero ayudar.

Me da un apretón en el hombro con la mano libre. En la otra sujeta una botella de zumo de naranja, la llave del coche y un plátano.

—Que estés aquí apoyándole es todo lo que necesita. Mientras pagas lo tuyo, iré a echarle un vistazo a las ensaladas, ¿de acuerdo?

—Está bien, Royce. Dame la llave del coche, la guardaré en el bolso. —Sonrío y señalo el bolso que llevo colgando delante de mí. Él me da la llave del todoterreno con el que nos hemos trasladado desde el aeropuerto, la guardo en el bolso y empujo la bandeja a lo largo del mostrador cuando la larga cola que tengo delante avanza

ligeramente. Debe de haber unas ocho personas delante esperando a que una cajera lenta como una tortuga les cobre.

De repente, el móvil que llevo en el bolsillo trasero suena y, muy nerviosa, me apresuro a cogerlo para asegurarme de que no se trata de Parker llamándome para que vuelva de inmediato porque su padre ha empeorado.

En la pantalla veo que se trata de Tracey y, con todo lo que está pasando, me siento tan aliviada de ver su nombre que de inmediato contesto la llamada.

—¡Oh, Dios mío, Trace! ¿Estás bien? —pregunto al teléfono, presionándolo con fuerza contra mi oreja.

—¡Pajarillo...! —dice con un grito ahogado. Su voz suena afligida y débil.

—¿Qué sucede, Tracey?

—Me ha secuestrado. —Su voz suena trémula y titubeante, como si estuviera hablando entre sollozos—. Dice... Dice que va a matarme.

Oh. Dios. Mío.

Un escalofrío me recorre el cuerpo, dejo la bandeja y me alejo de la cola en dirección a la puerta de la cafetería.

—¿Quién te ha secuestrado, Tracey? —pregunto, histérica.

—Me ha hecho daño, Sky. Mucho daño. —Tose y profiere un grito que parece de dolor.

—¿Dónde estás? ¡Dime dónde estás! Avisaré a Parker, Paul y Royce e iremos a buscarte.

—¡No! —exclama. Su voz suena angustiada y se quiebra a causa del miedo—. Tienes que venir sola —susurra y, entre lloriqueos, añade—: Él... É-él dice que si vienes tú, me soltará. No te lo pediría, pero él, é-él... Ha usado un cuchillo. Estoy sangrando, Pajarillo.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! —Me vuelvo y salgo en busca del letrero de salida. Tras mirar en un pasillo y luego en el siguiente, veo las luces verdes encima de una de las puertas y empiezo a correr en esa dirección—. Está bien, está bien. ¿Dónde estás? ¿Cómo llego?

—¿E-estás s-sola? Dice que si no vienes sola me matará. Pajarillo... ¡Tengo miedo! ¡Mucho miedo! —exclama, y luego suelta un grito y oigo un fuerte repiqueteo, como el de algo metálico golpeando hormigón.

—¡Dios mío, no! ¡No, por favor! ¡Tracey! ¡Háblame, querida!

—Ven al Lucky's —dice, y gime como si estuviera sufriendo un gran dolor.

—¿Al Lucky's? —repito mientras abro la puerta de salida y desciendo a toda velocidad tres tramos de escaleras y llego al aparcamiento. Me encuentro en el extremo opuesto del acceso por el que hemos entrado antes. Miro a mi alrededor sin saber qué hacer o adónde ir. No tengo coche...

Un momento. ¡Sí que lo tengo! Royce acaba de darme la llave. Meto la mano en el bolso y, al sacarla, reparo en el pequeño botón de alarma que hay en el llavero. Lo presiono repetidamente con la uña y el karma me sonrío, pues oigo el sonido de la alarma a apenas dos hileras.

—Voy a buscarte. Tú haz lo que te pida. Llegaré pronto. Muy pronto.

—Sola. Tienes que venir sola, o moriré —profiere un grito de lo que parece un indecible dolor.

Noto el cosquilleo de las lágrimas en los ojos, pero aprieto el puño con fuerza para clavarme la llave en la palma de la mano y que el dolor acabe con esa respuesta emocional.

—Ahora mismo llego. Haz lo que te pida... ¿Tracey?

—¡Sky! —exclama, y luego la llamada se corta.

No, no, no, no, no.

Corro en dirección al todoterreno tan rápido como me permiten las piernas, abro la puerta, vuelvo a presionar el botón de alarma para que ésta deje de sonar y subo al coche. Cuando ya estoy saliendo a toda velocidad del aparcamiento, veo a Royce descendiendo por la misma escalera de salida por la que acabo de bajar yo. Está agitando los brazos.

No me detengo.

No puedo.

La matará.

Me da la sensación de que tardo horas, aunque probablemente el trayecto sólo me ha llevado unos veinte minutos. Cuando llego al aparcamiento del Lucky's, veo que únicamente hay un coche aparcado. Desciendo del todoterreno dejando la portezuela abierta y me dirijo corriendo hacia la puerta trasera del pub del padre de Parker. Sé que no está cerrada con llave porque a unos tres metros de distancia veo que está entreabierta un par de centímetros. Meto los dedos por la abertura y, tan sigilosamente como puedo, abro la pesada puerta de madera el espacio justo para que mi cuerpo pase.

Una vez en el interior del local, me aseguro de que la puerta no se cierra de golpe mientras mis ojos se adaptan a la oscuridad. De puntillas, recorro el oscuro pasillo hasta la parte delantera del bar. Cuando llego, veo que únicamente está encendida la luz que ilumina la estantería de las botellas. Y ahí, sentada en la barra con las piernas colgando por el borde, veo a mi mejor amiga.

Miro a un lado y a otro tratando de averiguar dónde se encuentra el secuestrador, pero no hay nadie. Luego oigo un golpeteo y me

vuelvo bruscamente hacia Tracey.

—Estamos tú y yo solas, Pajarillo.

Sus palabras son como una bofetada en la cara.

—¿Qué? —susurro, todavía temerosa de la amenaza, pero entonces me doy cuenta de que Tracey está sonriendo. Repaso su cuerpo desde el pelo castaño a los pies calzados con unas sandalias.

No tiene un solo rasguño.

¿Qué cojones?

—Supongo que has venido sola —sonríe con suficiencia.

—Tenemos que salir de aquí, Tracey. Si regresa...

Tracey ladea la cabeza y se ríe. Con ganas.

—Dios mío, realmente no tienes remedio. Es increíble que haya conseguido mantenerte en activo todos estos años. Aunque claro, mi esfuerzo me ha costado. Eres imposible, Sky.

Cierro las manos en sendos puños hasta que las uñas se me clavan en las palmas.

—¿De qué diantre estás hablando, Tracey? ¡Tenemos que largarnos de aquí pitando! —Me acerco a ella, pero alza una palma indicándome que me detenga.

—No te acerques un metro más. Ha llegado mi momento y, francamente, estoy cansada de tus tonterías. —Levanta la otra mano. En ella sostiene una caja negra con un botón rojo—. ¿Ves esto? Es el detonador de un artefacto explosivo. —Con un movimiento de cabeza, Tracey señala una mesa del centro del local sobre la que descansan una caja negra más grande y varios artilugios junto a algo de color amarillo brillante envuelto en cinta adhesiva negra—. Eso es una bomba. La misma que puse en la puerta del apartamento de tu novio. Aunque no es que ésa sirviera de mucho.

Bomba.

En la puerta del apartamento de mi novio.

Lo que acaba de admitir Tracey me desgarró el alma. Me siento como si me hubiera atropellado un camión Mack que viajara a cien kilómetros por hora. Dejo escapar un grito ahogado y me llevo una mano a la garganta.

—Ya te dije que no era suficientemente bueno para ti. Durante mucho tiempo, creí que te cansarías de él. Que te darías cuenta de que nunca sería merecedor de ti. Entonces, él se fue a Montreal creyendo que le habías engañado y me emocioné. ¡Me emocioné! —masculla entre dientes, furiosa—. Pero tú vas y le perdonas. Después de sus devaneos con esa rubia de tetas grandes. —Tracey niega con la cabeza—. ¿Es que no te he enseñado nada, Staci? —me llama por un nombre que nunca le había oído usar antes.

»Yo soy la única persona que se preocupa por ti. Yo. Tu hermana mayor. Yo soy quien te protege. Quien te ama. No Parker o su pandilla de pringados. Tampoco Wendy, esa zorra pelirroja que lleva un collar como el de un perro. ¡Como el de un perro! ¿Y tú sigues sus consejos? ¡Por encima de mi cadáver! —Deja escapar un feo y exagerado gemido y luego prosigue—: Y pensar que me libré de Johan y me aseguré de que consiguieras los mejores personajes de la industria de la interpretación y te hicieras ridículamente rica. Has ganado más de lo que podrías llegar a gastar en toda tu vida. ¿Y para qué? ¿Para que ahora te deshagas de mí como si fuera el periódico de ayer? No lo creo.

—Tracey..., por favor. No lo entiendo.

—¡Cierra el pico, Staci! Lo entenderás de una vez por todas. No como esas personas patéticas a las que llamabas padres. ¡Bah! No me costó nada deshacerme de esos dos incordios que intentaban convencerte para que no hicieras papeles importantes y me dejaras

tirada. Y esa mujer..., la que decía que era tu madre. Algo que, obviamente, era imposible puesto que tú y yo tenemos la misma madre y su nombre es Laura, no Jill.

—Jill es mi madre... —intento decir, pero sus ojos llenos de rabia me interrumpen. Su ira es tan intensa que temo lo que pueda haber detrás de ellos.

—No te atrevas a renegar de nuestra madre. Ella cuidó de ti, Staci. Durante años. Enjugó tus lágrimas. Te alimentó cuando no tenías fuerzas para sostener un utensilio. Limpió tus fluidos corporales cuando ya ni siquiera podías levantarte para usar el cuarto de baño por culpa del cáncer que estaba carcomiéndote. Pero... yo te salvé. Recé y recé y recé para que Dios fuera piadoso. Y entonces desapareciste. Por un tiempo, pensé que lo habías hecho para siempre. Juré entonces que no volvería a hablar hasta que regresaras. Pasó un año entero. Pero un día miré por la ventana y ahí estabas. Jugando en el patio de los vecinos. — Aquello que Tracey esté recordando hace que todo su rostro se ilumine.

—Habías vuelto junto a mí. Con otro nombre, pero yo conocía la verdad. La conocía en lo más profundo de mi ser. —Se golpea el pecho con la mano libre—. Sabía que mi hermanita había vuelto de las garras de la muerte para estar a mi lado. Ese día también supe que debía cuidarte. Protegerte de la maldad del mundo. Sustentarte. Asegurarme de que tuvieras la mejor vida posible y que nadie pudiera hacerte daño. Y aquí estás... Staci. Mi Staci. Y entonces vas y dices que ya no me necesitas. Que con ese hombre ya tienes suficiente —suelta con una mueca de desdén tan desagradable que apenas la reconozco; sólo puedo ver la máscara de maldad tras la que se encuentra la persona a la que siempre había considerado mi mejor amiga.

—Soy yo, Trace. Skyler. No sé quién es Staci, pero yo no soy ella. —Las lágrimas acuden a mis ojos y comienzan a caer por mis mejillas.

—¡No me mientas! —grita ella tan alto como puede, y yo retrocedo unos pocos pasos hasta que choco con una mesa y unas sillas.

—No estoy mintiendo, Tracey. No entiendo qué está pasando. No sé qué te sucede, pero te conseguiré ayuda. Te juro que...

—¿Ayuda?! —Tracey baja de la barra de un salto y da un paso en mi dirección al tiempo que agita en el aire la caja negra con el botón rojo—. No necesito tu ayuda. Soy yo quien siempre ha cuidado de ti. Quien se ha encargado de todo. Incluso de hacer volar por los aires el barco de tus supuestos padres cuando te dijeron que dejaras de trabajar conmigo.

Mis padres.

Tracey mató a mis padres.

—¡No! ¡Oh, Dios mío, no! —Un violento retortijón sacude mis entrañas haciendo que rujan con fuerza y me entren ganas de vomitar. Las lágrimas me anegan los ojos con tal velocidad que apenas puedo ver y el corazón me late con tanta fuerza en el pecho que mi visión comienza a oscurecerse.

—Y Johan... Ya sabes lo que le hice. Por ti. Todo lo he hecho por ti. —Agita una mano en el aire.

—Tracey... —Contengo un sollozo al recordar a mis pobres y dulces padres subiendo a ese barco, despidiéndose con la mano de Tracey y de mí en el puerto mientras yo les devolvía el saludo animadamente y mi madre me lanzaba besos que yo hacía ver que atrapaba. Y ella los mató—. Dime que no mataste a mis padres... por favor —le suplico. Soy incapaz de creer que sea capaz de hacer algo tan horrendo.

Su rostro se deforma y en sus labios se dibuja una malévolamente sonrisa de suficiencia.

—Desde luego que sí. Me aseguré de que estuvieran bien muertos para que nunca más pudieran interferir en los planes que había hecho para ti. Pero cometí un error.

Un sollozo sacude mi cuerpo. Cierro los ojos. La negrura amenaza con apoderarse de mí.

—Contraté a ese hombre. ¡No tenía otra opción! Debías recuperar las ganas de actuar. Y acerté: te ayudó. Con lo que no conté fue con la posibilidad de que pudiera enamorarse de ti. Pero él no es merecedor de tu amor. Sólo yo lo soy. Yo soy quien se asegura de que todas tus necesidades estén cubiertas, ¿verdad, Staci?

Niego con la cabeza.

—Tracey... —En mi cabeza se arremolinan tantas cosas que ni siquiera puedo articular lo que quiero decir. Todo lo que ha hecho: matar a mis padres, hacerle daño a Johan, los mensajes de texto, las amenazas...

—¿Fuiste tú quien provocó el incendio en mi apartamento? — Trago saliva y ella sonrío.

—Tenías que regresar a casa. A Nueva York. —Es su respuesta, inexpresiva y carente de emoción.

—¿Y quién puso una bomba en la puerta del apartamento de Parker, la que casi los mata a Nate y a él?

Una expresión de malicia deforma su rostro.

—Debería haber sido más potente. Entonces habría conseguido lo que pretendía y los habría liquidado a ambos. Maldito guardaespaldas. Un tipo listo, ese Nate —dice con desdén.

—Dios mío, Tracey. Fuiste tú quien envió todos esos mensajes de texto. Asustándome. Intentando ahuyentar a Parker. ¿Por qué?

Echa la cabeza hacia atrás con tanta violencia como si un hombre invisible le hubiera dado un puñetazo.

—Para alejarlo de ti. Hizo bien su trabajo y consiguió que recuperaras tu inspiración, de modo que al principio no tenía intención de hacerle daño. Sólo quería que nos dejara en paz. Como al parecer tú tienes un coño de oro, el tipo no quería desaparecer. Entonces me vi obligada a emplearme más a fondo. —Se pasa una mano por la larga melena y exhala un suspiro.

—¿Y el señor y la señora Ellis? —Procuro contener el acceso de bilis que asciende por mi garganta.

Tracey sonríe con malicia.

—Al parecer la caballerosidad no ha muerto. El señor Ellis empujó a su esposa con tanta rapidez que no pude girar para atropellarla a ella también. Él se llevó todo el embate de mi ira. La verdad es que siento respeto por un hombre así. Espero que sobreviva —responde ella con la más absoluta indiferencia y demostrando una total falta de humanidad. La Tracey que yo conocía ha desaparecido. O puede que en realidad nunca existiera. Que sólo estuviera interpretando un papel.

—¡Oh, Dios mío! —digo gimoteando, y me limpio la nariz con el dorso de la mano—. ¿Por qué les has causado todo ese daño? Ellos no te han hecho nada.

—Te marchaste. Él te alejó de mí y te llevó a Brasil. No podía ponerme en contacto contigo. Cuidar de ti. Necesitaba que volvieras a casa. —Se encoge de hombros.

—Esto es todo culpa mía. Todo. Lo has hecho por mí.

—Haría cualquier cosa por ti, Staci. Ya te lo dije años atrás cuando exhalaste tu último suspiro. Prometí que te traería de vuelta. Que cuidaría de ti. Que estaría contigo para siempre. Y lo hiciste. Regresaste.

—¡Yo no soy Staci! ¡No sé quién es Staci! —exclamo y golpeo la mesa con el puño—. ¡Estás loca, Tracey! ¡Necesitas ayuda! ¡Has perdido el juicio!

Tracey sonrío y comienza a reír.

—Oh, Staci, querida, siempre fuiste una niña muy divertida. Ahora que ya lo sabes todo, podemos seguir con lo nuestro. Durante los últimos cinco años he estado desviando una parte de tus ganancias. He conseguido pasaportes falsos y ya he decidido cuál será nuestro destino. Iremos a la diminuta isla de Tristan da Cunha, en el océano Atlántico Sur. Allí las condiciones meteorológicas son duras, pero el lugar es tan remoto que al parecer viven menos de trescientas personas. Un lugar perfecto para que vivamos en paz. Allí nadie te molestará, Staci. Estoy segura de ello. Podré protegerte para siempre. Y ya no tendrás que preocuparte nunca más por ese hombre.

—No lo creo —dice una retumbante voz desde el mismo pasillo por el que he entrado en el local, una voz que amo por encima de todas las cosas y que pertenece a la única persona en el mundo que necesito más que el aire. A mi chico. Parker.

Tracey se da la vuelta y, mostrándole la caja negra a Parker, coloca el pulgar sobre el botón rojo.

—¡¿Tú otra vez?! ¿Por qué no te mueres? ¡He hecho explotar tu casa, he atropellado a tu padre, me he llevado a tu chica, y sigues viniendo a por más!

Parker entra lentamente en el local. Royce y Bo van detrás de él, pero no veo a Paul.

Tracey arruga el entrecejo al ver a los tres hombres.

—Genial, toda la pandilla está aquí. —Y, volviéndose hacia mí, añade—: ¿No decías que habías venido sola?

—¡Y lo he hecho! No tengo ni idea de cómo me han encontrado.

Parker levanta un único dedo sobre el que hay un pequeño cuadrado negro con lo que parece un pequeño microchip incrustado.

—Rastreadores.

—La zorra pelirroja, supongo. —Tracey exhala un suspiro y pone los ojos en blanco—. Bueno, da igual. Mi Staci, la chica que vosotros pensáis que es Sky, y yo nos marchamos. Sin vosotros tres. —Se acerca a mí con tanta rapidez que, antes de que pueda darme cuenta, me agarra del bíceps con fuerza y sus uñas se me clavan en la carne.

—Por encima de mi cadáver —ruge Parker, y el corazón se me encoge.

—¡Cariño...!

—¡Genial! Es gracioso que menciones eso... —Tracey comienza a tirar de mí en dirección a la entrada principal del local—. Esta pequeña caja está conectada a esa bomba que se encuentra ahí. —Hace un gesto en dirección a la mesa donde descansan una serie de aterradores artilugios parecidos a un artefacto explosivo. Tracey extiende el brazo—. Si presiono este botón, todos moriréis.

—Entonces tú también lo harás —dice Bo.

Ella sonrío.

—Sí, pero a mí no me importa morir siempre y cuando Staci lo haga conmigo.

—¿Staci? —pregunta Royce con un gruñido—. ¿Quién cojones es Staci?

Tracey agita mi brazo.

—Ella es Staci. ¡Mi hermanita!

—¿Qué has estado fumando, querida? —dice sardónicamente Bo—. Ella es Skyler. Tu amiga. Tu mejor amiga. Una mujer que confiaba en ti.

Tracey me mira y luego otra vez a Bo antes de echar un vistazo en derredor y volverse otra vez hacia mí negando con la cabeza.

—No, no, no. Es Staci. Sólo hace ver que es Skyler. Es una actriz increíble. Extremadamente talentosa. ¡Ya actuaba cuando éramos pequeñas!

Parker alza ambas manos.

—Tracey... Sé que no quieres oír esto, pero tu hermana, Staci, murió a los ocho años. Ya no está entre nosotros. Conociste a Skyler un año después. Si la miras atentamente, te darás cuenta de que no es Staci, sino Skyler...

Tracey da un fuerte pisotón en el suelo.

—¡Cierra el pico! ¡Cierra el puto pico! No sabes de lo que hablas. ¡Es Staci haciendo ver que es Skyler!

Parker niega con la cabeza y comienza a acercarse a nosotras muy lentamente.

—No soy Staci, Tracey. Lo siento. Lamento que perdieras a tu hermana —digo yo, pero su mano me aprieta el brazo con tanta fuerza que suelto un grito.

—Cállate. ¡No tenéis ni idea de lo que estáis hablando! ¡Cerrad el pico o haré saltar este lugar por los aires con vosotros dentro! Sé que Staci no quiere que lo haga porque su corazón es puro, pero como des un paso más, Parker, lo haré. Sabes que hablo en serio.

—No. No lo harás. —Una profunda voz retumba detrás de nosotras y acto seguido suena un disparo.

Apenas tengo oportunidad de ver a Paul de pie en la entrada del bar con un arma en las manos cuando Tracey profiere un grito de dolor y deja caer la caja negra al suelo. En ese momento, Parker se impulsa hacia delante, la derriba, y, al mismo tiempo, Paul salta por encima de su hermano y de Tracey, coge la caja negra y se la lleva al otro lado de la sala.

Tracey se queda en el suelo retorciéndose de dolor sobre un charco de sangre cada vez más grande. Con una mano sostiene la otra extremidad, ahora flácida, hasta que finalmente deja de gritar y pierde el conocimiento.

Paul extiende la mano para cogerla por la muñeca. La extremidad mutilada parece estar colgando únicamente por una fina tira de piel y tejido. Yo, por mi parte, permanezco aturdida en el centro del pub observando cómo los chicos se ocupan de Tracey.

—¡Que alguien traiga una jodida toalla! —exclama Paul. Bo se pone en marcha, coge un paño de los que hay en la barra y corre a su lado—. ¡Llamad a la policía! —dice a continuación.

—Voy —responde Royce con su profunda voz.

Parker deja a Tracey en las capaces manos de Paul y se coloca directamente delante de mí para que no pueda ver la horrorosa imagen de quien era mi mejor amiga sangrando en el suelo del bar de su padre. Al llegar frente a mí, me coloca las manos alrededor del cuello.

—Sky, cariño, ¿estás bien? —Acerca tanto su rostro al mío que puedo oler su aliento a menta.

—Eh... Yo... N-no. —Niego con la cabeza, mirando aturdida los ojos azules de mi chico.

—No pasa nada. Estoy aquí contigo —murmura en voz baja.

—¿Paul le ha disparado? —repito lo que he visto y, al echar un vistazo por encima del hombro de mi chico, veo a Paul y a Bo moviéndose alrededor de Tracey en lo que me parece cámara lenta.

—Sí, cariño, lo ha hecho. —Con un brazo me rodea la espalda y me atrae hacia él hasta que mi mejilla descansa sobre su pecho. Todo mi cuerpo comienza a temblar violentamente, o quizá ya lo hacía y no lo he notado hasta este momento.

—E-eso... eso ha sido... u-un b-buen... dis... disparo. —Los dientes me castañetean con fuerza y no puedo detenerlos.

Parker me acaricia la espalda y los brazos.

—Mierda, Sky. Estás a punto de entrar en shock. Quiero que respires conmigo, ¿de acuerdo? Inspira durante cuatro segundos... Espira otros cuatro... Concéntrate en mi respiración. —Parker aspira lentamente una bocanada de aire y luego la espira. Yo hago lo propio mientras un torbellino de pensamientos asalta mi cabeza...

Mis padres siendo asesinados.

Todos esos infames mensajes de texto.

Johan. Las drogas y las mujeres.

Nate saltando por los aires.

El intento de asesinato de los padres de Parker.

Mi mejor amiga planeando secuestrarme y llevarme a una isla remota.

—Basta, cariño. No pienses en nada. Límitate a respirar. Eso es lo único que has de hacer ahora. —Apoya su frente en la mía e inspira y espira con fuerza. Al hacerlo, suena tan exageradamente alto que es lo único que puedo oír durante los pocos minutos que me parece que tardo en acoplar mi respiración a la suya. El pánico va remitiendo poco a poco.

Vagamente, comienzo a tomar conciencia del estrépito de las sirenas en la calle y el ruido de las botas que pisan el suelo de madera. Parker cambia de posición para abrazarme por completo contra su pecho y que mi mejilla quede pegada a su corazón. Toda mi atención está centrada en él. En su olor a cítricos mezclados con madera y la calidez y seguridad que sólo puedo encontrar cuando estoy en sus brazos.

Está vivo.

Está abrazándome.

Está diciéndome que todo va a salir bien.

Cierro los ojos, aspiro su fragancia, me deleito en su calidez y dejo que el sonido de los latidos de su corazón en mi oído apacigüe el huracán que sacude mi alma. Sus palabras se filtran en mi mente consciente.

—Todo va a salir bien. Te lo juro, cariño. Ya ha terminado.

Me humedezco los labios con la lengua y me abrazo a mi chico con todas mis fuerzas.

—Ha terminado.

—Tienes que salir de la cama, cariño —coloco una mano bajo la barbilla de Sky y le acaricio la mejilla con el pulgar. Tiene el tacto del terciopelo.

Ella hace pucheros y cierra los ojos.

—No quiero. Cuando estoy despierta suceden cosas malas.

Yo me inclino hacia delante y, tras darle un beso en la sien, acerco mis labios a su oído.

—Cuando estás despierta también suceden cosas buenas. —Y le doy un mordisquito en el borde de la oreja.

A ella se le escapa una fugaz sonrisita, pero la reemplaza rápidamente por la profunda mueca de disgusto que ha lucido toda esta última semana.

Siete días enteros han pasado desde que su antigua mejor amiga recibió un disparo y tuvo que ser llevada de urgencias al hospital para que la atendieran. Terminó perdiendo la mano. Tuvieron que amputársela.

La buena noticia es que mi padre está consciente y no deja de refunfuñar exigiendo ver a Skyler y que le den el alta para poder marcharse de una vez a casa. Nate, que se ha recuperado increíblemente bien de todas las heridas que sufrió en la explosión de la bomba, también está insistiendo en que le den el alta. Ahora que sus constantes vitales vuelven a ser las normales, hoy por fin su deseo se verá cumplido. Lo cual es parte de la sorpresa que he

planeado para mi chica, si es que consigo que se levante de la maldita cama.

—Sé que estás pasándolo mal, Melocotones, pero quedarte en cama y evitar la realidad no es la respuesta. —Rodeo su cuerpo con mis brazos y la levanto.

—¡Hey! ¿Qué haces?

A pesar de la ligera punzada que siento en las costillas —por lo demás ya casi totalmente curadas—, cargo su cuerpo en un hombro, me pongo de pie y le doy una palmada en el culo.

—¡Eh! ¡Bájame, Parker! —exclama ella, pero no le hago ni caso.

—No. Basta ya de autocompasión. —Vuelvo a darle una palmada en el culo—. Ha llegado el momento de que te duches y regreses al mundo de los vivos.

—¡Suéltame! —vuelve a exclamar mientras me da golpes en el culo, pero yo sigo haciendo caso omiso—. ¡Lo digo en serio, Park! ¡Suéltame!

Entro en el cuarto de baño del dormitorio, abro los grifos de la ducha y el agua comienza a correr. A pesar de que ella todavía lleva puestas las bragas y una camiseta de tirantes y yo los pantalones del pijama, me meto con ella debajo del chorro de agua caliente. Luego bajo su cuerpo deslizándolo lentamente a lo largo del mío, la empujo hasta la pared del fondo de la ducha y la acorralo.

—Escúchame —le pido.

—¡No me puedo creer que hayas hecho esto! —dice con un gruñido y en un tono de voz cargado de ira. Me vale. Es la primera emoción aparte de la tristeza que le he visto en una semana.

—¡Cierra el pico! —exclamo yo con la nariz prácticamente tocando la suya—. No pienso aceptar que permanezcas escondida debajo de las sábanas más de una semana. No dejaré que mi chica siga en ese estado depresivo un jodido día más —pronuncio las

palabras con tal énfasis que el agua que me cae por la cara la salpica a ella—. Eres mejor que esto. —Le doy una palmada a la pared en la que apoya la espalda y ella se sobresalta—. Vuelve a mí, cariño. He estado esperándote pacientemente, pero ya no puedo más. —Acaricio su nariz con la mía—. Te necesito de vuelta.

Se le llenan los ojos de lágrimas, que comienzan a caerle por las mejillas. Sus labios tiemblan.

—Asesinó a mis padres, cariño...

Le hundo los dedos en el pelo de la parte posterior de la cabeza y, cogiéndola por la nuca, apoyo mi frente en la suya.

—Ya lo sé, cariño. Y lo siento. Lo siento mucho.

—Mató a mi madre y a mi padre —dice en un tono de voz torturado y lleno de pesar.

—Sí... —El dolor que desprenden sus palabras resulta sobrecogedor y apenas consigo pronunciar un sonido gutural y mutilado, pero haré lo que haga falta para traerla de vuelta de las profundidades de la tristeza.

—Y casi mata a Nate.

—No es culpa tuya. Tracey no está bien de la cabeza.

—Y a tu padre. Cariño, casi mata a tu padre —dice entre sollozos.

—Están recuperándose, Melocotones. Y nadie te culpa a ti. La culpan a ella. Tracey es quien hizo esto. En su desequilibrado cerebro, creó una realidad en la que no había perdido a su hermana. El dolor que sentía por esa pérdida tuvo que ser enorme y la dejó trastornada, Sky.

Sus dedos se aferran con tanta fuerza a mis bíceps que puedo notar cómo las uñas se me clavan en la piel.

—Por alguna perversa razón, tú te convertiste en la hermana que había perdido y ella se convirtió en una especie de protectora. No

estoy diciendo que eso sea una excusa, sólo que tú no tuviste ninguna culpa, amor. Tú eres una persona cariñosa. Amable. Generosa. Dulce. Y tu corazón es tan jodidamente enorme que ilumina a todo aquel que interactúa contigo. Ella se aprovechó de ello. Te hizo daño a ti y a la gente que querías, pero no puedes dejar que gane negándote a vivir. ¿Qué dirían tus padres de eso? ¿Qué les parecería que permitieras que Tracey te subyugara y te privara de la vida que ellos te dieron? ¿Eh, Sky? ¿Qué dirían?

Ella se estremece y le rodeo el cuerpo con los brazos y la estrecho contra mí mientras violentos sollozos comienzan a sacudir su cuerpo. Hago mío su pesar. Haría mía cualquier cosa por ella. Todo el dolor y la tristeza. Lo que haga falta para que vuelva a ser feliz.

—E-ellos... lo odiarían.

Asiento contra su hombro.

—Exacto. Así pues, ¿qué te parece si nos duchamos? Wendy está preocupadísima por ti, y eso hace que sea imposible de tratar con Mick. Wendy necesita ver que estás bien.

Ella me abraza con fuerza.

—No estoy bien.

Le acaricio lentamente la espalda para que sienta nuestra conexión.

—Ya lo sé, cariño, pero lo estarás. Yo me encargaré de ello.

—Te quiero —me susurra al oído.

Me abrazo a ella aún con más fuerza.

—¡Dios, cómo necesitaba oír eso! Yo también te quiero, Skyler. Tanto que a veces incluso duele.

Durante un largo rato permanecemos abrazados dejando que el agua de la ducha caiga sobre nuestros cuerpos, sellando nuestra conexión tanto física como mental.

En un momento dado, me aparto y miro directamente sus atribulados ojos castaños.

—Escojamos la vida. Dejemos todo esto atrás y vivamos libres, ¿de acuerdo, Melocotones?

Ella asiente, se pone de puntillas y me da un beso. Se lo devuelvo con ganas y doy gracias a Dios por haber recuperado parcialmente a la chica de mis sueños. Va a ser un camino largo, pero sé que podemos hacerlo juntos.

Tras quitarnos la ropa empapada, me tomo mi tiempo para limpiar a mi chica.

Luego le hago el amor lentamente en la ducha mientras ella no deja de gemir. Es catártico y uno de los momentos más hermosos de mi vida.

Una vez que hemos salido de la ducha y he secado a Sky, abro un cajón y comienzo a rebuscar entre sus productos de maquillaje hasta que por fin encuentro un lápiz de labios rojo.

—¡Ah, genial!

Ella se me acerca por detrás, me acaricia la espalda mojada y me da un beso a la altura del omóplato.

—Eres perfecto.

—La próxima vez que meta la pata te recordaré que has dicho eso.

Ella suelta una risa ahogada y me da otro beso en la espalda.

—¿Qué estás haciendo? —me pregunta.

—Voy a escribir un recordatorio. Para ti... y para mí.

Le quito el tapón al lápiz de labios, lo abro y, en grandes letras mayúsculas, escribo en el espejo la única cosa que ambos hemos de recordar después de todo lo que hemos pasado.

VIVAMOS LIBRES

Con amor,

Nosotros

Skyler sonrío contra mi piel y veo cómo asoma por detrás de mí para leer lo que he garabateado en rojo en la esquina del espejo.

—Lo dicho: perfecto. —Me rodea el torso con los brazos.

Coloco mis manos sobre las suyas, cojo una y, tras llevármela a los labios, doy un beso en cada una de las puntas de los dedos y luego otro en el centro de la palma.

—Sí, lo es.

Vamos por un camino cogidos de una mano y sosteniendo las correas de nuestros perros con la otra. Todo entusiasmo a nuestros cachorros estos días. Un pájaro, una ardilla... La naturaleza que nos rodea los sobresalta.

—Está claro que nos dirigimos a nuestra casa pero, ¿por qué? — me pregunta Skyler.

La miro con una amplia sonrisa y muevo las cejas.

—Es una sorpresa. Ya te lo he dicho.

Ella arruga la nariz.

—Últimamente, las sorpresas no han sido muy buenas.

Pongo los ojos en blanco y le doy un apretón en la mano.

—No lo eches a perder, cariño.

Skyler se encoge de hombros.

—Está bien.

Sonrío y, mientras avanzamos, me dedico a contemplar el paisaje, los árboles que hay más allá de los terrenos y el porche que rodea la casa. Conduzco a Skyler en dirección a ésta pero, de repente, ella se detiene y me tira de la mano.

—Cariño, no podemos. Todavía no nos han dado la llave.

Meto una mano en el bolsillo y saco una llave de latón.

—¿Te refieres a esta llave?

Abre los ojos como platos y su boca forma un adorable círculo.

—¡Cariño...!

Y, sin tiempo apenas para esbozar una sonrisa siquiera, mi chica salta en el aire y me rodea el cuello con los brazos. Atrapo su culo al tiempo que sus piernas rodean mi cintura y pega sus labios a los míos.

Me besa con ganas durante un largo rato y yo le devuelvo el beso con todo lo que tengo hasta que ella se aparta y, echando la cabeza hacia atrás y dejando que sus rizos rubios ondeen bajo la suave brisa, suelta una carcajada.

Dios mío, su risa es el sonido más hermoso del mundo.

—¡Esto es increíble! —exclama, y se desliza por mi cuerpo hasta que vuelve a tocar el suelo con los pies.

—¿Ha sido una sorpresa de las buenas? —sonrío.

—¡La mejor del mundo! —dice y me coge de la mano. Esta vez tira de mí en dirección a la puerta.

Cuando llegamos, abro y, tras coger a Sky en brazos, cruzo torpemente el umbral y, escoltados por nuestros perros, nos adentramos en el recibidor. Ella se ríe mientras le beso en el cuello varias veces y la vuelvo a dejar en el suelo. Soltamos a los perros, enciendo las luces de la entrada y los cristales de la sencilla lámpara de araña que cuelga del techo relucen e iluminan las paredes que nos rodean.

Skyler gira sobre sí misma con los brazos extendidos.

—¡Estamos en casa, cariño!

—¡Sí que lo estamos! —Sonrío ampliamente—. Ven, tengo otra sorpresa para ti.

—¿De verdad? No hay nada mejor que entrar en nuestra casa por primera vez. Será difícil de superar.

Suelto una risita y, entrelazando nuestros dedos, la conduzco al otro extremo de la casa, donde se encuentra el dormitorio principal. Cuando llegamos a la puerta de dos hojas, le suelto la mano, cojo ambos tiradores y las abro de golpe. Dentro hay una enorme cama trineo de madera tallada a mano. El cabecero es alto y grueso, con delicadas florituras talladas que he pensado que le gustarían a mi chica, pero el color y la forma del roble siguen dándole un toque masculino. La cama está cubierta por un edredón de colores vivos que pedí a Wendy que comprara, así como las sábanas más suaves y con el hilo más fino que ésta pudo encontrar. Me he gastado un dineral en todo esto, pero a juzgar por la expresión de absoluto asombro del rostro de Sky, sé que he hecho bien. La chica de mis sueños está feliz.

—¿Te gusta?

Ella se queda mirando la cama, lo único que hay en la habitación porque le dije que yo me encargaría de comprarla, pero no bromeaba cuando le aseguré que ella podría decorar el resto de la casa.

—¿Que si me gusta? ¡Cariño, me encanta! —El asombro tiñe cada una de sus palabras—. Es la cama más bonita que he visto en mi vida.

Sonrío y la rodeo con los brazos por detrás mientras ella contempla la cama como si de un momento a otro fuera a alzarse sobre sus patas y salir corriendo.

—¡Me alegra que te encante, porque a mí me encantas tú!

Ella se da la vuelta, todavía en mis brazos, me besa y luego se me queda mirando con una sonrisa sexy. A continuación, se lleva una mano a la nuca y deshace el lazo que sujeta el coqueto vestidito que lleva puesto. Un momento después, el vestido cae al suelo.

Mi chica se queda de pie delante de nuestra nueva cama ataviada únicamente con un sujetador sin tirantes de color rosa pálido y unas bragas a juego. Tras quitarse las chanclas con los pies, las aparta junto al vestido de una patada.

—Te propongo que la estrenemos ahora mismo —dice con una sonrisita traviesa y enarcando una ceja de forma sexy.

Me humedezco los labios con la lengua y, tras admirar un momento la belleza que tengo ante mí, me pongo en acción y me quito la camiseta. Los ojos de Sky se encienden de deseo al tiempo que desliza los dedos por su silueta. Me quito las zapatillas deportivas y los calcetines con los pies mientras con las manos me desabrocho los pantalones vaqueros, me los bajo junto con los calzoncillos y, de una patada, los lanzo a un lado. Ella baja la mirada a mi entrepierna y sonrío con picardía.

—¿Ves algo que te guste, Melocotones? —Suelto una sonrisita de satisfacción.

—¡Oh, sí, algo que me gusta mucho! —Se lleva las manos a la espalda, desabrocha el cierre del sujetador y deja que caiga al suelo, liberando con ello sus succulentos pechos.

—Creo que ha llegado el momento de que nos desmadremos un poco. —Me acerco a ella con paso acechante.

Ella se baja las bragas y deja que caigan al suelo.

—Y creo que ha llegado el momento de vivir libres.

Cuando llego a su lado, rodeo su cintura con un brazo y, tras atraerla hacia mí, le acaricio el hermoso rostro.

—Todo el día y todos los días, cariño.

Y entonces le demuestro lo que será vivir libres a mi lado en la nueva cama del hogar en el que pasaremos el resto de nuestras vidas.

Fin..., de momento.

Los Angeles

1

Skyler

Wendy revolotea por el gran baño de su habitación, colocándose las tetas en el corpiño del vestido de boda sin tirantes, y retocándose el peinado. Da igual lo mucho que se lo toque, no se le va a mover de sitio ni un pelo, aunque sople un vendaval. Me he asegurado de eso contratando a la mejor peluquera de famosos que existe. Esa melenita roja ahuecada y supermolona se va a quedar en su sitio. La lleva lisa por los lados, pero la parte delantera forma un tupé. Es justo lo que ella quería y le da un aspecto de hada de cuento. Un hada un poco punk, pero muy estilosa, porque si alguien tiene un estilo definido en este mundo, ésa es Wendy Bannerman, ahora ya Wendy Pritchard.

—Bueno, ¿y vosotros qué? ¿El anillo para cuándo? —me pregunta mientras se retoca el pintalabios, color rojo cereza.

Le doy vueltas a la pregunta mientras contemplo en el espejo mis zapatos de tacón de diez centímetros atados con cintas. Son de Valentino, de la colección Garavani y las cintas van adornadas con pedrería. Cuando Parker me ha visto con ellos, me ha dicho que no me los quitara al llegar a casa esta noche, que quería follarme con ellos puestos. ¡Qué ganas de llegar a casa!

La pregunta de Wendy hace que me pierda en mis pensamientos. Desde que mi mejor amiga fue confinada en una institución mental donde aguarda su sentencia definitiva, llevo dos meses recuperándome, queriendo y dejándome querer, creando un hogar

feliz y pasando el máximo tiempo posible con mi hombre. Sé sin lugar a dudas que Parker es el definitivo. Me acuesto cada noche acurrucada en su pecho y nos levantamos intercambiando «te quiero» todos los días. Y él me lo demuestra a su manera, con mil detalles. Me prepara el café cada mañana y me lo trae a la cama. Me besa siempre que me ve y cada vez que se despide. Aunque sólo sea para ir a lanzar la pelota a los perros, siempre tiene un momento para demostrarme lo mucho que me quiere y lo comprometido que se siente en esta relación. Sé que lo nuestro es a largo plazo; para siempre.

—Hola, Tierra llamando a Sky. Te he preguntado cuándo vais a dejar de jugar a las casitas y os vais a poner a crear una familia.

Frunciendo el ceño, ladeo la cabeza y la miro de arriba abajo. Incluso vestida de novia, mantiene su actitud cañera, con la mano en la cadera y la expresión retadora.

—¡Mira quién fue a hablar! Llevas con Mick, ¿cuánto? ¿Cuatro años? Y acabáis de casaros.

Ella sacude la mano en el aire.

—Esto es un tecnicismo. Me puso el collar a los seis meses, lo que en nuestro mundo... —Le da un tironcito a la nueva gargantilla de platino de dos centímetros de grosor que luce en el cuello. Va adornada con un diamante negro tallado en forma de corazón que cuelga de una argolla. Mick se la regaló anoche, en la intimidad. Una vez colocada, el cierre desaparece y pasa a formar parte de la gargantilla. La única manera de quitársela es cortándola. Cuando me la ha enseñado esta mañana, antes de la ceremonia que se ha celebrado en los jardines de su casa, estaba radiante de felicidad. Al parecer, Mick se ha hecho un tatuaje en la muñeca que es igual que la gargantilla. No se lo he visto porque lo tapaba la camisa y porque no se lo ha hecho para que lo vea yo. Si quiere que vea esa marca

de compromiso con su esposa, me lo mostrará él. Aunque no necesito verlo para entender la importancia del gesto—. Para nosotros, el collar es la máxima demostración de compromiso. El anillo o la ceremonia pública no son tan importantes. Ya estamos comprometidos de la forma más significativa, pero al decidir tener hijos fue cuando le vimos sentido a formalizar la relación. —Me guiña un ojo.

Asiento y me tiro del labio imaginándome a Parker y a mí avanzando en el camino del matrimonio y la maternidad. Ya sabe que quiero actuar mucho menos después de rodar *Los más deseados*. Hemos hablado mucho sobre mi idea de abrir una academia de actores para chicos con pocos recursos que no puedan acceder a la formación de otra manera. Pero antes hemos de comprometernos de manera definitiva.

—Francamente, Wen, no tenemos fecha. Siempre hablamos en futuro. Cuando formemos una familia, cuando nos casemos..., pero no me ha hecho ninguna propuesta inmediata.

Wendy hace una mueca.

—Bueno, pues en ese caso, tendrás que hacerlo tú.

Frunzo el ceño.

—¿Quieres que sea yo la que le pida que se case conmigo? —La idea aparece de repente y se ilumina en mi cabeza como una bombilla halógena.

Wendy me dirige una gran sonrisa.

—¡Claro que sí! Me encanta la idea. Yo estaba pensando en que lo empujaras para que se animara, ya sabes, dejando revistas de boda por los rincones, soltando indirectas y esas cosas, pero ¡tu idea es mucho mejor! Es perfecta. ¿Quién dice que la mujer no puede pedírselo al hombre? —Se frota las manos y asiente con la cabeza—. Sí, señora. Me encanta. Sé que él no te va a rechazar.

Está enamorado de ti hasta las trancas. Supongo que después de todo lo que ha pasado en los últimos meses, te está dando un poco de tiempo antes de dar el paso.

—Sí, tienes razón. —Sé que Parker se preocupa por mí más que nada en el mundo.

—Lo que significa que vas a tener que dar tú el primer paso. —Aplaude—. ¡Yuju, la operación «Petición de mano a Parker» acaba de empezar!

Gruño.

—Wen, no te olvides de que estamos en tu boda. Tu marido está probablemente dando vueltas ahora mismo, preguntándose por qué tardas tanto. Mi chico debe de estar emborrachándose con sus hermanos y tú tienes que prepararte para la luna de miel. ¡Te recuerdo que hemos subido un momento porque te estabas meando!

Ella cruza las piernas y menea las caderas.

—Todavía me estoy meando. ¿Me aguantas el vestido por aquí, porfa? Yo me lo aguantaré por allá.

Riendo, le sostengo un trozo del glamuroso vestido. El corpiño es muy cañero, muy rockero, pero la falda es muy larga; parece salida del vestido de una princesa. El conjunto es cien por cien Wendy.

Cuando ha acabado de hacer lo que ha ido a hacer, se lava las manos y salimos del baño agarradas del brazo.

—Tu boda ha sido perfecta. —Le doy un codazo y le sonrío.

—Pues, sí. Lo ha sido. Pero ahora ha llegado la hora de arremangarse y poner la operación SkyPark en marcha. —Sus ojos azules se iluminan como zafiros ante la idea.

Sacudo la cabeza.

—Eres de ideas fijas.

Ella se encoge de hombros.

—Si algo funciona, funciona. ¿Para qué darle más vueltas? Es absurdo empezar a hacer listas de pros y contras. Ni se te ocurra dejar que los pensamientos negativos entren en tu mente. Eso me lo ha enseñado Mick. Hay que dejarse llevar por la vida y no permitir que el miedo nos corte las alas. Es hora de dejar que el amor se ponga al volante.

Cuando su mensaje cala en mi mente, asiento.

—Eres una mujer sabia.

Ella me sonrío.

—Bueno, más bien una listilla, pero a veces tengo buenas ideas.

—Y otras no —nos llega un gruñido amenazador—. Más te vale no volver a alejarte de tu marido si no quieres que te deje el culo como un tomate.

La sonrisa de Wendy se vuelve pícara. Me guiña el ojo y se acerca a Mick moviendo las caderas. Él la observa como un halcón a su presa. Cuando llega ante él, agacha la mirada.

—Señor.

Con un gruñido gutural, él ensarta el dedo en la argolla y tira de la gargantilla. Ella contiene el aliento y la mirada se le oscurece con ese sencillo gesto. Caramba, ese hombre sabe cómo tratarla. Pero bueno, Parker sólo tiene que acariciarme el cuello con la nariz y me convierto en un charco a sus pies.

Wendy tiene razón al asegurar que cuando algo funciona, funciona.

—Os dejo solos. —Sonriendo, sorteo a la pareja; no apartan los ojos el uno del otro.

—Me parece buena idea —me dice Mick, sin dejar de mirar a Wendy.

Salgo pitando de allí, recorro el pasillo, bajo la escalera y cruzo varias salas antes de llegar por fin al patio trasero, donde la fiesta

está en su apogeo bajo las impresionantes carpas blancas sujetas por columnas adornadas por flores y luces que parpadean.

Al entrar en la carpa principal, mi mirada se cruza con la de Parker. Está hablando con sus padres, pero se despide de ellos y se acerca a mí. Su padre va en silla de ruedas, pero está sonriendo. Me encanta verlo sonreír. La terapia que sigue es muy dura y no lo vemos sonreír tanto como antes.

—¿Va todo bien, Melocotones?

Asiento y lo miro como si lo estuviera viendo por primera vez. Lleva un traje negro hecho a medida, una corbata de raso amarilla y un pañuelo de cachemira dorado en la solapa. La camisa es blanca y sobre ella luce un chaleco gris que combina maravillosamente con mi vestido amarillo pálido. Pero el mejor adorno es la sincera sonrisa que me dirige al acercarse. Es como si estuviera viendo la otra mitad de mi alma. Lo tengo muy claro.

Es él.

Parker.

Siempre ha sido él.

Siempre será él.

En mis manos está que sea para siempre.

—¿Cómo está la chica de mis sueños? —Sonríe, me rodea la cintura con un brazo, me atrae hacia él y hunde la cara en el hueco de mi hombro. Inspira hondo y yo cierro los ojos, grabando en mi memoria el momento en que decidí que este hombre, la otra mitad de mi alma, iba a ser mi marido.

La operación SkyPark, como Wendy la llama, acaba de empezar.

2

Parker

—Joder, nena, qué bien hueles —murmuro contra su piel antes de darle varios besos húmedos.

Ella se ríe y su risa es música para mis oídos. Durante estos últimos meses se ha reído poco. Que cada vez le cueste menos reír afloja el nudo que me oprimía el corazón. Cada día sonrío más y camina con mayor decisión. Esta boda la ha ayudado mucho a recuperarse, ya que ha pasado bastante tiempo con Wendy. Poder concentrarse en algo bonito ha sido una bendición.

Skyler se pega más a mí mientras le acaricio la espalda, que lleva al descubierto.

—¿Te he dicho ya lo mucho que me gusta este vestido?

Ella se ríe echando la cabeza hacia atrás, lo que me da la oportunidad de trazar una línea de besos sobre la delicada columna que es su cuello hasta llegar a su boca. Tras besarla suavemente, ella se separa un poco, sin levantar las manos de mis hombros.

—Sí, tal vez lo hayas mencionado un par de veces.

Sonrío como si fuera un diablo al que acabaran de entregarle otra alma para toda la eternidad.

—Y los zapatos. ¿Te acuerdas de lo que tengo planeado para esos tacones tan sexys?

Las mejillas de Skyler se vuelven de un precioso color cuando se ruboriza.

—Ajá, algo así como que quieres que te los clave en los muslos mientras me follas como un poseso, si no recuerdo mal...

Le acaricio la espalda hasta rozarle las nalgas y dejo los dedos allí, rozándole la zona, que tiene muy sensible. Cuando la tengo con las tetas y el vientre pegados al colchón y la beso en esa zona, se vuelve loca. Sé que con los dedos no obtengo el mismo resultado, pero mi intención es recordarle lo que le espera.

Se estremece entre mis brazos y sus ojos castaños se oscurecen, adquiriendo un precioso tono café cuando la lujuria se apodera de ella.

Mensaje recibido.

Sky apoya la cabeza en mi pecho y la abrazo, empapándome de su esencia y calor.

—Me alegro tanto de que Wendy y Mick hayan adelantado la boda un par de meses... —murmuro contra su pelo.

—Yo también. Todo el mundo es más feliz ahora que las cosas se han calmado.

Inspiro hondo, soltando una carga emocional que parece pesar toneladas.

—Exacto. Es fantástico volver a tener el equipo al completo a pleno rendimiento, estar en casa, despertarme a tu lado cada mañana...

Mi chica alza la cara y me dirige una sonrisa preciosa.

—Esa parte es la mejor. Y me alegro mucho de que Bo convenciera a Annie para que regresara y de que pudiéramos recuperar la amistad perdida tomando unas cervezas en el Lucky's.

—Pues sí. Parece que está saliendo de su caparazón y aceptando que es una más del equipo. Yo también me alegro de que haya vuelto. —Bajo la mirada hacia la mujer que es la dueña de mi alma—. Eres jodidamente preciosa, Sky. Nunca me cansaría de

mirarte. —Le tomo la barbilla y le acaricio la mejilla con el pulgar antes de besarla. Justo cuando nuestros labios se rozan, oigo la voz de Royce que se destaca por encima de la música y de las conversaciones de los invitados.

—¡Mujer, como me hagas perseguirte un metro más, voy a perder la cabeza, joder! ¡No me tortures, por lo que más quieras!

Sky y yo nos volvemos a la vez y vemos como Roy agarra a Kendra por la mano y la hace girar hasta que va a parar a sus brazos. Ella abre la boca para decir algo y, por su expresión, no parece que vaya a ser nada agradable, pero él la sujeta por la nuca y la hace callar comiéndole la boca. Si él ataca a fondo, ella no se queda atrás. Bebe de su boca, frotándose contra él. Roy ladea la cabeza hacia un lado y ella imita el movimiento, ladeándola hacia el lado contrario para aumentar la intensidad del beso. Juro que he visto militares acabados de regresar del frente besar a sus mujeres con menos pasión. Es un beso de esos que salen en las novelas.

Sky coge el móvil que llevo en el bolsillo de la americana y empieza a sacar fotos de la pareja.

—¿Qué haces? —susurro.

—Cariño, necesitamos pruebas. Si no lo estuviera viendo con mis propios ojos, no me lo creería.

Niego con la cabeza.

—No va a ser fácil... para ninguno de los dos.

Sky frunce el ceño.

—¿Por qué lo dices?

No puedo responderle porque Kendra se aparta, con expresión asustada, antes de levantar la mano y darle una bofetada impresionante.

Hago una mueca.

—Au, eso ha tenido que doler. —Inspiro entre dientes.

—Te dije que no me pusieras las manos encima. —Kendra gruñe amenazadoramente.

Roy no hace intención de cubrirse con la mano esa mejilla que tiene que estar ardiéndole.

—Deja de correr, maldita sea. Tenemos que hablar. Esto no va a quedar así.

Kendra mira a su alrededor y se da cuenta de que casi todo el mundo ha sido testigo de su arrebató de pasión.

—Esto ha sido un cúmulo de malas decisiones. ¡Estábamos de acuerdo! —insiste y sólo le falta puntuar su discurso con una patada en el suelo.

—Bueno. —Él avanza y le dice muy cerca de su cara—: Me reservo el derecho a cambiar de opinión.

La cara de Kendra muestra frustración y enfado.

—Olvídalo. Lo digo en serio, Royce. Esto ha terminado antes de empezar. —Se da la vuelta sobre sus taconazos de infarto y sale corriendo.

Royce permanece quieto con la respiración alterada y la mirada perdida en ella. Agacha la cabeza y se pasa la mano por la calva.

—Otra vez no —refunfuño. Mi sentido arácnido me advierte que se va a liar una de proporciones épicas.

—Tal vez deberíamos... —Skyler señala a Royce con la cabeza.

—Sí. —Suspirando, llevo a mi chica junto a mi hermano.

—Roy...

Él alza la cabeza y veo en su mirada que le acaban de romper el corazón. Otra vez.

—Hermano, creo que un whisky no te vendría mal.

—Amén —admite, gruñendo y enderezando los hombros.

Royce jugó al fútbol americano en la universidad y a los treinta años sigue conservando la musculatura. Es enorme. Es negro. Es

un tipo duro. Hasta hoy, no le he visto nunca permitir que nadie se le subiera a la chepa. Pero claro, Kendra no es cualquiera. Y no me refiero a que sea una belleza afroamericana alta con los ojos pardos, una larga melena oscura y unas caderas de infarto. Kendra es la mujer que lo abandonó y, a juzgar por el beso que acabo de presenciar, ha vuelto a recuperar el lugar que tenía en el corazón de Royce. Mi hermano tiene un problema entre manos, uno de los gordos, ya que a pesar del estallido de pasión que hemos presenciado, ella no parece estar por la labor.

Al llegar al bar, pido dos vasos de whisky sin hielo para nosotros y vino para Skyler. Ella y yo podemos volver a casa arrastrándonos si hace falta, ya que vivimos muy cerca de la mansión de los Pritchard. Royce empieza dando un buen trago. Skyler coge su copa y se acerca a mí. Me abraza por la cintura y bebe en silencio.

—¿Quieres contarme de qué iba todo eso? —Señalo la zona en la que Royce y Kendra acaban de discutir.

—No particularmente. —Da otro trago largo y luego inspira hondo.

—Hermano... —Dejo la palabra en el aire, una sola palabra que sirve a la vez de invitación y de advertencia.

—Esa dichosa mujer no atiende a razones.

Alzo una ceja y aguardo. Es obvio que necesita desahogarse y como no tengo ni idea de lo que ha pasado entre ellos, necesito que él se abra.

Roy sacude la cabeza y contempla las personas que han acudido a la recepción. Tengo entendido que casi todos comparten su modo de vida. No sé si eso significa que son todos unos perversos, o si son amigos que no conocemos o las dos cosas a la vez. En cualquier caso, Skyler y yo hemos conocido ya a unos cuantos. Forman parte de la comitiva de Mick. El equipo de International Guy,

mi familia y la familia de Royce hemos formado la comitiva de Wendy.

—La he cagado, tío. —Roy se frota la nuca y se la aprieta. Con la otra mano levanta el whisky y bebe hasta que no queda nada. Se vuelve y golpea con fuerza el vaso en la barra—. Otro.

Me temo que alguien más va a venir arrastrándose a casa con nosotros.

—¿Qué has hecho para cagarla? —indago con delicadeza. No quiero que parezca que es gran cosa que estemos aquí, hablando de él y de Kendra, aunque lo es. En el pasado, Kendra lo era todo para él. Luego todo se fue al carajo. Un día Kendra estaba ahí, planeaban su boda, y al día siguiente había desaparecido del mapa.

Por aquella época yo estaba lidiando con mis propias mierdas. Acababa de descubrir que Kayla me engañaba y que era Greg, mi mejor amigo, el cabrón que se la tiraba. Los perdí a los dos a la vez, así que admito que no presté mucha atención a las movidas de Royce y Kendra. Royce me dijo que ella lo había dejado y que se iba. Y antes de poder superar lo de Kayla, Kendra se había marchado a Washington, dejando a Royce hecho polvo.

—Nos lo hemos montado, tío. Varias veces. Cada vez ha sido mejor que la anterior. —Se mira los pies—. Estar con ella es como sumergirse en una fuente termal natural. Todo es cálido, los sentidos y la mente se sienten en paz por una vez en la vida. Pero en cuanto sales del agua, los escalofríos recorren todo el cuerpo. —Mira a Sky y me mira a mí—. ¿Lo habéis sentido alguna vez? ¿Un frío del que no se puede huir?

Niego con la cabeza.

—No, tío. Yo me envuelvo en mi manta de Skyler y mantengo el culo caliente.

Él resopla y me señala con el dedo.

—Bien hecho. Así es como se hacen las cosas. Y tú, pequeña, ¿sientes frío alguna vez? —Dirige a Skyler una mirada dura como el acero.

Ella frunce el ceño.

—No, cuando estoy con Parker, nunca. Él se ocupa de mantenerme caliente. Siempre. —Se muerde el labio inferior.

—Exacto. Cuando estamos juntos, ardemos con tanta fuerza que parece que ni una tormenta sería capaz de separarnos. Pero cada encuentro acaba... y cada vez me cuesta más aceptarlo porque cada vez me enamoro un poco más de esa mujer. Es probar su sabor y pierdo la cabeza. No puedo quitarme ese sabor de la boca y no quiero hacerlo. Quiero notar la dulzura de su cuerpo en la lengua eternamente.

—Por Dios, Roy... —Me bebo medio vaso de golpe, dejando que el licor me queme la garganta para distraerme del dolor que me provoca saber lo mal que lo está pasando mi hermano. Ver a la mujer que necesitas al lado y no poder tenerla... No podría soportarlo. El pequeño paréntesis entre San Francisco y Montreal que pasé sin Skyler estuvo a punto de acabar conmigo. Si la perdiera ahora, después de haber descubierto las maravillas de vivir a su lado, no sé si podría resistirlo.

Roy coge el vaso que el barman le ha rellenado. Menos mal que hay barra libre porque todo lo que sirven cuesta de cincuenta dólares para arriba en el bar de mi padre. Y el barman es generoso. Me acabo el whisky y le indico con la barbilla que me vuelva a servir tres dedos.

Roy da un trago más pequeño esta vez.

—No pasa nada, tío. Sólo tengo que pensar en cuál va a ser mi siguiente paso.

—¿Vas a dejarla escapar? —pregunto, y Skyler se tensa a mi lado.

—No, joder. Claro que no. Voy a lamerme las heridas y a reponer fuerzas. Es la mujer de mi vida; lo tengo muy claro. Sólo he de convencerla de que yo soy el hombre de la suya.

Sonriendo, alzo el vaso.

—Por que creemos el futuro que nos merecemos, con las mujeres que nos merecemos.

Skyler apoya la cabeza en mi hombro y se acurruca contra mí mientras yo brindo con mi amigo. Sé que encontrará la manera.

El amor siempre vence.

Después de que mamá Sterling interrumpiera nuestro momento de confidencias, lo dejé en sus manos. Lo último que oí, fue: «Esa Kendra está volviendo a hacerle daño a mi niño. Menuda bruja idiota». Me pareció un buen momento para llevarme a Skyler a la pista de baile.

—¿Bailas conmigo? —Le hago dar una vuelta completa y acabar entre mis brazos.

—Siempre. —Sonriendo, me apoya un brazo en el hombro y la otra mano en la mía.

La música nos envuelve y, poco después, veo a Bo con una exuberante morena en sus brazos.

—¡Geneva! No sabía que estabas aquí. —Sin dejar de bailar, me acerco con Skyler hacia donde Bo está haciendo lo propio con nuestra amiga. Lleva un mes en Boston, reuniéndose con el equipo de rodaje. Sé que ha asistido también a alguno de los pases de texto de Sky y Rick. El rodaje empieza dentro de tres semanas. Cuando Geneva se enteró de lo que había pasado, se reunió con

los productores y consiguió que el rodaje se retrasara tres meses. Skyler quedó demasiado afectada para actuar y la escritora no estaba dispuesta a renunciar a ella, ya que había sido su musa durante la creación del personaje.

Geneva sonrío y baja la mano por la espalda de Bo hasta llegar a su culo, que aprieta con ganas, sin importarle que estén en una pista de baile.

—No he llegado a tiempo a la ceremonia, pero la fiesta no me la pierdo por nada del mundo. Soy la pareja de esta fiera salvaje. He venido con la esperanza de llevarme a casa algo más que un par de bailes. ¿Qué me dices, vaquero? —lo provoca ella, con su adorable acento británico, aunque su tono no es precisamente adorable. Más bien lo calificaría como picante.

—Diría que ¡yepa, yepa, linda vaquerita! —Le hace dar una vuelta y deshacerla. Cuando vuelve, se frota contra la salidísima autora, que no se queda atrás.

—¡Por favor! —exclama Skyler, riendo y ruborizándose—. ¡Buscad un hotel!

Me encanta que mi mujer se sonroje con facilidad. Es tan hermosa cuando su cara adquiere ese tono rosado...

—Me parece una idea espléndida. ¿Qué me dices, vaquera? ¿Te vienes de rodeo? —Menea las caderas de manera explícita.

—¡Acabo de llegar! —Geneva se ríe y le da una palmada en el culo—. Compórtate.

A su espalda, Baylee camina con el pulgar entre los dientes, observando a Bo como si se estuviera debatiendo entre interrumpirlo o no. Es bastante nueva en nuestro círculo. La conozco desde que empezó a trabajar hace un par de meses en el Lucky's. Wendy y Sky han pasado más tiempo con ella. Sé que necesitaba trabajo urgentemente y que empezó en cuanto la contratamos. Tras

la debacle de Tracey, con mi padre ingresado, Bo contrató a un par de personas, una de ellas Baylee.

La verdad es que parece otra. Se ha puesto un vestido de color azul Klein que le queda unos diez centímetros por encima de las rodillas y unos zapatos de tacón con plataformas color nude. Caramba, sabía que era guapa y tenía buen tipo porque, francamente, Bo no la habría contratado si fuera espantosa. Bo es así. Pero no creo que ninguno de nosotros fuera consciente del bombonazo que se ocultaba bajo las camisetas holgadas, los vaqueros y las zapatillas deportivas. Está impresionante. Tiene unas piernas larguísimas, la piel bronceada y una larga melena de color castaño. Además, tiene mucha cantidad de pelo. Generalmente no se nota porque lo lleva siempre recogido, pero hoy lo luce suelto. Parece que acabe de salir de la peluquería. Ya no es sólo que vaya bien peinada, es que tiene el pelo muy brillante y aparentemente suave. Es una de esas melenas en las que a un hombre le gusta hundir los dedos, después de follarse a la dueña hasta quedar ambos exhaustos. El vestido le sienta como un guante, le destaca el generoso escote, la cintura menuda y las amplias caderas. Las curvas de esta mujer parecen un reloj de arena. ¡Joder, cómo está!

—Creo que ya va siendo hora de que dejes de humedecerte los labios, cariño. —Skyler se interpone en mi campo de visión para que deje de mirar a Baylee.

—Melocotones, sabes que yo nunca...

Ella me hace callar apoyándome dos dedos en los labios.

—Relájate, te estaba tomando el pelo. —Me mira con ironía—. Aunque te he pillado comiéndotela con la mirada.

—Sky, nena, no he podido evitarlo. Es que nunca la había visto así, como si fuera... —Vuelvo a contemplarla de arriba abajo y

pestañeo, borrando su imagen de mi cabeza antes de que mi mujer se harte y me dé una bofetada como la de Kendra a Royce.

—¿Una modelo de la *Sports Illustrated*?

Vuelvo a pestañear.

—Sí, exacto.

Ella se ríe, burlona.

—Cariño, el vestido que lleva es mío.

Con los ojos muy abiertos, aparto a Skyler del medio para poder volver a mirarla. Mierda, es verdad. He babeado mirando a Skyler con este vestido puesto.

—Admito que sus atributos destacan mucho con ese vestido — comenta Sky sonriendo.

—No he dicho nada —me pongo a la defensiva, lo que la hace reír.

—Sé que me quieres a mí y sólo a mí, pero no estás muerto. Tienes permiso para mirar a una mujer hermosa. —Se inclina hacia mí y deja sus labios a menos de un centímetro de los míos. Cuando su aroma a melocotones y nata me inunda la nariz, quedo embriagado de nuevo—. Lo que no tienes es permiso para tocarla. —Me da un beso suave, rozando la punta de mi lengua con la suya antes de retirarse sonriendo.

—No juegas limpio, mujer. —Imitando a Geneva, me vengo tocándole el culo.

—¡Eh, niño bonito! ¡Las manos quietas! —me riñe. Tras darle un apretón en el culo más perfecto que he visto, palpado o mordido, desplazo la mano hacia el centro de la espalda, donde sigo acariciando su sedosa piel a placer.

—¿Qué crees que quiere? —Veo que Baylee parece tomar una decisión, apretando los puños y asintiendo con la cabeza.

Se acerca a Bo y está a punto de darle un golpecito en la espalda cuando él gruñe y le devora la boca a Geneva en un beso que rivaliza en pasión con el de Royce y Kendra. No es tan sentido, pero sin duda es una promesa de mucho más.

Cuando Baylee lo ve, retrocede varios pasos, choca con alguien y le clava el tacón.

—¡Aaaauuuu! ¡Eso ha dolido! —brama el hombre, que la agarra por los brazos y la sacude—. ¡Mira por dónde andas, idiota!

Oh, no. Me muevo para pararle los pies, pero Bo se me adelanta y se planta ante el tipo antes de que yo tenga tiempo de colocar a Sky a mi espalda para protegerla de lo que pueda pasar.

—¿Qué manera es ésa de hablarle a una dama, capullo? —lo increpa Bo, liberando a Baylee de su agarre—. ¿Estás bien, Lee? —Le acaricia con delicadeza los brazos, donde ya se notan las marcas rojas que le ha dejado el muy cafre.

Baylee mira a Bo, luego al hombre furioso que está sacudiendo el pie en el aire, y se le llenan los ojos de lágrimas.

—Lo siento. Lo siento mucho. No quería hacerle daño. —Se disculpa con gesto arrepentido—. Y Bo, no quería interrumpir. Yo... no sabía que... em... que tenías novia. Soy... Soy... ¿Qué más da lo que soy? Tengo que irme. —Al notar que le cae una lágrima por la mejilla, se la seca con brusquedad, se libra de Bo y sale corriendo.

«¿Qué les pasa a las mujeres hoy? ¿Por qué se escapan todas?»

—¡Joder! ¡Baylee, vuelve, preciosa! —la llama y, sin despedirse, sale corriendo tras ella.

Geneva se cruza de brazos y hace una mueca de fastidio.

—Mierda, parece que voy a tener que buscarme a otro que me caliente la cama esta noche. Lástima —refunfuña.

Mick se acerca con rostro serio. Su esposa va un paso por detrás, cogida de su mano y tratando de seguir su ritmo a pesar del engorro del vaporoso vestido.

—¿Qué demonios significa esto? —pregunta con frialdad—. ¿Ya estás dando problemas otra vez, tío Neil?

El hombre, que se parece mucho a Mick, se hincha y se atusa la americana, como si acabara de salir de una pelea.

—Esa mujer salió tambaleándose de la nada, chocó conmigo ¡y me clavó el tacón en el pie! ¡Puede que me haya roto un hueso! Voy a tener que ir al médico —refunfuña, como si Baylee lo hubiera hecho expresamente.

Mick hace una mueca y luego parece que se esfuerza por calmarse.

—Puede ser, pero no hacía falta que la agarrara y la sacudiera de esa manera —le recrimina Sky y yo la abrazo por los hombros.

—Ya veo que la idiota borracha tiene amigos —añade el tipo.

Me pone malo que alguien trate así a una mujer, sobre todo a una chica tan dulce como Baylee.

—Por Dios, la chica no le ha hecho nada. No se queje tanto. —Enderezo la espalda y doy un paso hacia él.

—¿Será posible? Nunca me habían tratado así en toda mi vida. —Alza la barbilla, prepotente.

Mick entorna los ojos al mismo tiempo que se le ensanchan las ventanas de la nariz, pero Wendy se le adelanta.

—Me parece que está exagerando —le dice, colocándose delante de su marido.

—Cherry, calla —gruñe Mick, abrazándola cariñosamente a la altura del pecho.

—¿Vas a permitir que tu esposa me hable así, hijo? —pregunta el tipo, que parece muy ofendido.

—No soy tu hijo y mi mujer puede decir lo que quiera a sus invitados en su patio. No te olvides de quien lleva el control de esta familia. No te pongas a malas conmigo o se acabará lo de hacer negocios juntos, tío Neil. Y ahora, tú y tu acompañante podéis ir al salón grande. Le diré al médico de guardia que vaya a examinarte.

—Bien. —Con una sonrisa irónica, agarra del brazo a su acompañante y se va sin despedirse. Supongo que ella es su esposa, aunque él le dobla la edad.

—Si tuviera el pie roto, no podría caminar —comenta Wendy, al verlo alejarse—, no es por nada.

Mick se ríe ocultando la cara en el cuello de Wendy y la besa sobre la gargantilla. Luego le da la vuelta y la abraza.

—Olvídate de él. Mi esposa es la mujer más hermosa de esta fiesta y reclamo el honor de nuestro primer baile como marido y mujer.

—Acepto y declaro que mi marido es el tío más bueno de la fiesta y prometo pasarme la noche bailando a tu alrededor para verte sonreír así.

Pestañeando, menea las caderas y el pecho en un baile sensual del que Mick no se pierde detalle.

Con una gran sonrisa y los ojos brillantes, la atrae hacia su pecho y se mece con ella al ritmo de la música.

Geneva sale de la pista de baile, supongo que a buscar un sustituto para Bo, que ha desaparecido tras Baylee y no regresa.

Siguiendo el ejemplo de Mick, tomo la mano de Skyler y la hago girar hasta que queda entre mis brazos.

—Caramba, han pasado un montón de cosas en un momento —le murmuro al oído.

—Ya te digo. Primero Kendra y Royce besándose y peleándose luego. Después Baylee comportándose con Bo de una manera

verdaderamente extraña, y Mick y su tío, que ni sabía que existía, a punto de llegar a las manos. Tiene que haber algún drama familiar oculto. Habré de enterarme por Wendy.

—Sky, no te metas en los asuntos de los demás —le advierto.

Ella frunce el ceño.

—¿Por qué no? Wendy se pasa media vida metida en los asuntos de los demás. ¿Por qué no podemos hacerlo nosotros, aunque sea un poco? ¿Eh?

Me echo a reír.

—No es problema nuestro, y ya hemos tenido bastantes dramas en nuestra vida para varios siglos. No necesito dramas prestados.

Se pone seria.

—Tienes razón. Odio que tengas razón.

Le acaricio la mejilla con la mía.

—No se trata de tener la razón. Sólo quiero proteger lo que tenemos. Hemos pasado por muchas cosas y no quiero que volvamos a vernos envueltos en asuntos que puedan alterar nuestra vida. Sólo quiero que estemos juntos, tú, yo, en nuestro hogar, con nuestros perros, viviendo en paz. ¿Crees que lo conseguiremos, aunque sea durante una temporada?

Ella me besa la mejilla y me abraza con más fuerza.

—Sí, cariño. Estoy segura de que lo conseguiremos. Al menos hasta que Wendy vuelva de la luna de miel.

Me echo a reír.

—¿Qué voy a hacer contigo?

Ella se encoge de hombros y sus ojos se iluminan con una mirada sensual que reconocería en cualquier parte.

—Se me ocurren unas cuantas cosas.

—Mmm, seguro que sí.

3

Skyler

Poco después de la debacle de la pista de baile, un Bo malhumorado se deja caer en una silla a nuestro lado. Coge el trozo de tarta nupcial de Parker y se la coloca delante. Sin decir ni una palabra, agarra el tenedor, corta un gran trozo de pastel y se lo mete en la boca. El glaseado se le queda pegado al bigote y a la perilla.

—¿Qué? ¿Había hambre? —le pregunto, sonriendo.

Él hace una mueca mientras corta otro trozo de tarta.

—Hermano, ¿qué te pasa con Baylee? —le pregunta Parker, con el ceño fruncido.

—Nada, tío. Lo tengo todo bajo control —responde Bo, en una especie de gruñido, con la vista clavada en la tarta que acaba de robar.

Park no se deja convencer tan fácilmente.

—Entonces ¿por qué evitas el contacto visual?

Bo suelta el tenedor ruidosamente, coge la servilleta de hilo y se limpia la boca.

—Me la tiré, ¿vale? Pero fue un rollo de una noche. Los dos estábamos de acuerdo en que no iba a ser nada más.

—Oh, no. —Se me abre la boca por la sorpresa. Nerviosa por la novedad, me inclino hacia Bo al mismo tiempo que él se echa hacia atrás y se cruza de brazos.

—Y entonces ¿por qué parecía una niña a la que acaban de quitarle un caramelo cuando te ha visto bailar con Geneva? —insiste

Parker, que se ha puesto en modo protector.

Bo suspira y se tira de la perilla.

—Y yo qué coño sé. Cuando la he alcanzado, me ha dicho que no se encontraba bien, que sentía haberme molestado y se ha vuelto a escapar. Esta vez ya no la he perseguido. No me van los juegucitos. Si no quiere contarme por qué se ha puesto así, ¿para qué insistir?

Parker frunce los labios.

—Hermano, se ha puesto así cuando te ha visto con Geneva.

—No, tío. Se ha ido porque le daba vergüenza lo que ha pasado.

—Te equivocas. Conozco a las mujeres, ya lo sabes, y esa mujer estaba herida. Y la herida se la habías causado tú, no ese pariente capullo de Mick.

Bo niega con la cabeza.

—Ni hablar. Baylee y yo nos entendemos. Trabajamos juntos en el bar cinco o seis noches a la semana. Es una tía legal. Trabaja duro y nunca se queja de nada.

—Ya, pero acabas de decir que te acostaste con ella —le recuerda Parker.

—Fue hace dos meses, poco después de lo de Tracey y tu padre. Era Nochebuena y yo estaba trabajando en el bar. Todos teníais planes y yo estaba allí solo, con un montón de trabajo. Ella vio el cartel y entró preguntando por el puesto de camarera. La contraté en ese mismo momento. Tomó nota de los pedidos, sirvió las mesas y esa noche hicimos una caja espectacular. Al cerrar, estábamos agotados, así que nos quedamos en el sofá del local. Encendimos la tele y nos quedamos viendo pelis navideñas y tomando chupitos. Nos emborrachamos; una cosa llevó a la otra y nos enrollamos. Un rollo de una noche, lo dejamos claro antes de empezar. Desde entonces, todo ha seguido como siempre en el trabajo. No tengo ni

idea de lo que le ha pasado hoy y ella no ha querido contármelo, así que ¿podemos cambiar de tema?

Parker está a punto de decir algo más, pero en ese momento vemos que Mick se acerca al escenario donde están situados los músicos con su preciosa novia. Coge un micrófono y se vuelve hacia los invitados. Cuando abraza a Wendy por la cintura, ella le dirige una sonrisa radiante.

—Mi esposa y yo queremos dar las gracias a todo el mundo por venir y compartir este día con nosotros. Este último año ha sido una locura. —Mick baja la vista hacia el rostro sonriente de Wendy—. Mi mujer se convirtió en miembro de una hermandad de hombres sin los cuales ya no podríamos vivir. —Mick nos busca con la mirada. Vuelve a mirar a Wendy, le sujeta la barbilla y le acaricia la mejilla con el pulgar—. Sufrimos una pérdida personal devastadora y ayudamos a nuestros amigos en momentos de tragedia personal. Y hoy estamos todos aquí, celebrando un amor inquebrantable. Un amor que siempre voy a valorar. —Seca una lágrima que cae por la mejilla de Wendy.

Siento un nudo en el pecho. Tomo la mano de Parker y la aprieto. Él se la lleva a los labios y me besa los nudillos uno a uno mientras un Mick estoico adora a su mujer con sus palabras.

—Wendy, eres todo mi mundo. Sin ti, no tendría brújula ni norte. No tendría un camino que recorrer ni objetivos que cumplir. Nada. Pasaré el resto de mi vida tratando de darte todo lo que soy, todo lo que puedas soñar. Delante de nuestra familia y amigos, declaro que eres mi amor y mi vida. —Le dirige una de sus escasas sonrisas, pero nuestra chica extravagante no se conforma con eso. Le echa las manos al cuello y une sus bocas en un beso conmovedor. Él la agarra por la nuca y ahonda el beso mientras los asistentes gritan, silban y golpean las copas con las cucharitas.

Wendy se aparta y le frota la marca del pintalabios. Sonriendo, él recurre al pañuelo de bolsillo para acabar de limpiarse mientras ella le arrebató el micrófono.

—¡Hola, todo el mundo! —Saluda a todos con descaro, incluidos nosotros, que nos estamos partiendo de risa al verla tan natural como siempre—. Quiero reiterar lo que ha dicho Mick. Estamos muy agradecidos por teneros en nuestras vidas. —Se pone un poco más solemne—. Yo me crié sin nada de esto. Ni familia ni amigos. Al mirar a mi alrededor, veo la suerte que tenemos al contar con vosotros. Desde mis chicos —señala nuestra mesa— hasta mi mejor amiga, Skyler, que me ha ayudado a organizar todo esto, y también mis familias adoptivas, los Ellis y mamá Sterling. —Señala la mesa que está junto a la nuestra, donde están sentados los padres de Parker junto a la madre y las hermanas de Royce—. Y no me olvido de vosotros, los amigos llegados desde todos los rincones del mundo. Os damos las gracias. —Se vuelve hacia Mick y se acerca el micro a la boca—. Mick, eres la primera persona a la que amé. No sabía lo que significaba la palabra hasta que te conocí. Nuestra historia de amor creció a la velocidad de la luz. Hay quien dice que, cuando conoces a la persona indicada para ti, simplemente lo sabes. El día en que nos conocimos, me miraste a los ojos y supe que nunca encontraría a otra persona que me emocionara como lo haces tú. Cuando sonrías, me derrito. Cuando me besas, me muero de mil maneras. Cuando me haces el amor, el mundo se detiene. Cuando nos conocimos, mi vida empezó de nuevo. Eres el hombre de mis sueños y vas a ser el mejor padre del mundo.

En medio de un silencio expectante, Wendy toma la mano de Mick y se la lleva al vientre.

Él le acaricia la cara con la otra mano.

—¿Voy a ser padre? —oímos que le pregunta, aunque se oye flojito porque Wendy se ha bajado el micro a la altura de la cadera.

—Sí, señor. —Ella agacha la mirada.

—Estás embarazada de mi hijo —dice, emocionado.

—O hija. No lo sabremos hasta dentro de dos meses —especifica ella, sonriendo y alzando la mirada otra vez.

Él entorna los ojos y sacude la cabeza, llevándole las dos manos a la cintura.

—Nunca había sido tan feliz. —Se agacha para darle un dulce beso en los labios.

Ella cierra los ojos y le echa las manos al cuello, pero ladea la cara y se lleva el micro a la boca.

—Que se entere todo el mundo: el señor Mick me ha preñado. ¡Vamos a celebrarlo!

Me levanto y grito:

—¡Bien hecho! ¡Así se hace, Mick y Wendy!

A mi lado, Parker se levanta y aplaude. El resto de la mesa hace lo mismo, igual que casi todos los asistentes. Wendy devuelve el micrófono a los músicos y Mick le hace dar vueltas. Wendy echa la cabeza hacia atrás y se ríe mientras él la besa en el cuello, claramente entusiasmado con la noticia.

Me vuelvo hacia mi hombre.

—¡Es increíble! Después de la pérdida que sufrieron, es el mejor regalo para un día como hoy.

Parker me atrae hacia el refugio de sus brazos y frota la barbilla contra mi hombro.

—Lo es. Sabía que lo estaban intentando, pero no me había anunciado nada. Parece que haga mil años desde que perdieron el bebé en Montreal. Me alegro mucho de que hayan conseguido su final feliz. Como ha dicho Mick, su amor es inquebrantable.

Sonríó feliz, viendo como el hombre de mi amiga la venera. Acompaña a Wendy hasta su mesa, se arrodilla frente a su vientre y lo acaricia con devoción. Luego alza una mirada, cargada de asombro y orgullo. A mí se me cae la baba, sobre todo cuando él pega la cara al vientre y parece hablarle al bebé. Wendy le acaricia la cabeza mientras él la besa varias veces y luego apoya la frente en su vientre y la deja allí un buen rato.

Parker nos aparta un poco para poder ver qué estoy mirando. Sonríe.

—Es la viva imagen de un hombre feliz y agradecido.

—Sí, mola casi tanto como mi hombre. —Le guiño el ojo y le dirijo mi sonrisa más ñoña—. Yo también quiero eso, cariño.

—¿El qué? ¿Un bebé? —Alza mucho las cejas.

Me echo a reír.

—Sí, algún día. Pero no sólo eso. Quiero la boda, los niños, una familia. Quiero asentarme en la vida.

La mirada de Parker adquiere una intensidad que no había visto hasta ahora.

—Melocotones, no es necesario que corramos. Tenemos todo el tiempo del mundo. Estás a salvo y estamos asentados, convivimos juntos. Estamos convirtiendo nuestra casa en un hogar. Estás a punto de empezar el rodaje. International Guy va mejor que nunca. No quiero que tomes decisiones precipitadas sólo porque hayas tenido un año duro. No quiero someternos a presiones innecesarias.

Frunzo el ceño.

—¿Y qué pasa si esto es lo que quiero?

—Nena, este año ha estado lleno de situaciones extremas. Necesito saber que estás curada del todo antes de empezar a plantearnos más cambios.

Ladeo la cabeza y le acaricio la solapa de la americana, como alisando unas arrugas invisibles.

—¿Me estás diciendo que no quieres casarte conmigo?

—Uo, uo, uo... —Parker me toma la mano y entrelaza los dedos con los míos—. Me casaría contigo ahora mismo si pensara que estás preparada, Sky. Acabas de pasar por una experiencia traumática; quiero que tengas tiempo para superarlo.

Mi risa suena forzada.

—¿Me estás diciendo que te casarás conmigo cuando tú creas que estoy lista?

Él frunce los labios.

—Sí.

—¿No crees que eso es un poco prepotente por tu parte?

Alzo una ceja, tratando de no tomármelo como un ataque personal.

—Es posible, pero no te olvides que lo único que me mueve es tu bienestar. —Lleva nuestras manos unidas a su espalda, hasta que nuestros pechos se tocan—. ¿Qué te parece esto? Esperamos unos meses aburriéndonos en nuestras vidas monótonas. Tú sigues con la terapia y vamos viendo cómo van las cosas. Cuando sea el momento adecuado, ambos lo sabremos. ¿Estás conforme?

Arrugo la nariz, no muy convencida, pero igualmente asiento. Wendy tenía razón: voy a tener que ocuparme de esto personalmente.

—Venga, Melocotones. Vamos a felicitar a nuestros amigos y a darlo todo en la pista de baile. —Se aleja, pero tira de mi mano para que lo siga.

Y yo lo hago, aunque mi mente ya no está pensando en Mick y Wendy ni en bailes. Lo único que tengo en la cabeza es cómo

demonios voy a conseguir que mi chico se dé cuenta de lo preparada que estoy.

—Ni se te ocurra mover ese culito perfecto —gruñe Parker, a mi espalda, con la polla clavada hasta el fondo en mí. Está tan dentro que me siento ensartada, imantada al colchón.

Tiemblo de arriba abajo mientras me aferro fuertemente a las sábanas y trato de respirar. Me ha quitado el vestido de dama de honor y, antes de que la tela tocara al suelo, ya estaba sobre mí: su boca en mis pechos; sus manos en mi culo. Se ha deshecho de la ropa de una revolada, me ha echado sobre la cama, con el culo en pompa, y se ha clavado en mí de una sola embestida.

—Cariño, no puedo... —Trato de contener las ganas de moverme, pero no es fácil. Él sabe que estoy deseando mover las caderas en círculos y deslizarme a lo largo de su miembro hasta que los dos gritemos como locos. Lo sabe, pero no me da permiso para hacerlo, ¡el muy cabrón!

—¿Qué te dije que pasaría si jugabas con fuego, eh, cariño? —me pregunta. Abro los ojos, pero sólo veo sombras borrosas mientras trato de acostumbrarme a la oscuridad. La luz de la luna se cuele por las grandes puertas acristaladas del dormitorio principal—. Te dije que te quemarías. —Parker me acaricia una nalga—. Has estado jugando conmigo toda la noche, nena, rozándome la polla, el culo, el pecho, y te advertí. Te dije que si tú jugabas conmigo, luego jugaría yo contigo. Bien, nena, ahora me toca jugar a mí. Prepárate.

Echa las caderas hacia atrás y se clava en mí con tanta brusquedad que suelto un grito.

—Sí.

Él responde gruñendo:

—Te ha gustado, ¿eh?

Mi chico vuelve a retirarse lentamente hasta que sólo la punta de su gruesa polla queda sujeta entre los labios de mi sexo. Un instante después, entra con una embestida brutal.

—¡Ay, Dios! —Poniendo los ojos en blanco, me apoyo en los antebrazos, porque me falta el aire con la cara apoyada en el colchón—. Cariño...

—Cariño no te va a faltar. —Me acaricia las dos nalgas a la vez y acerca los pulgares hasta el punto en que nuestros cuerpos entran en contacto. Cuando me acaricia la piel hinchada y carnosa de los labios, empiezo a jadear. Todas mis terminaciones nerviosas están pendientes del leve roce de sus dedos en esa zona tan sensible—. Mmm, cómo me gusta que derrames tu miel por mí, mi dulce Sky. —Me abre un poco más y se clava todavía más profundamente—. Me gusta que tu sexo lllore de deseo. —Nunca lo he notado tan unido a mí—. ¡Sí, joder!

—Ca...ri...ño... —Juro que lo noto a la altura del ombligo. Inspiro hondo y mantengo la posición. Parker rota las caderas, alcanzando cada una de mis terminaciones nerviosas. Varios escalofríos seguidos me recorren la espalda, que arqueo porque quiero más, necesito más—. Por favor —murmuro, atravesando la nebulosa de lujuria que se ha apoderado de mí.

—Por favor, ¿qué, Melocotones?

Suspirando, apoyo la frente en las sábanas, refrescándola y tomándome un instante para descansar de la tortura que me está causando tanto placer sin culminar.

—Por favor, fóllame —le ruego. Me da igual si sueño desesperada porque lo estoy.

Las manos de Parker desandan el camino y vuelven a recorrerme las nalgas para llegar a la cintura.

—Tus deseos... son órdenes, nena —es lo último que dice antes de entrar a saco, embistiéndome con acometidas largas y bruscas.

Un intenso fuego arde entre mis muslos mientras sigue encendiéndome con sus embestidas. Cuando una de sus manos me rodea la cadera y me alcanza el clítoris con una precisión milimétrica nacida de meses de práctica, el placer se multiplica.

—Por Dios, cariño, ya, ya estoy... —grito.

—Oh, sí. Ya estás. Llévame contigo cuando saltes, nena. Apriétame la polla, joder —me pide, con los dientes apretados. Sus dedos son implacables, pero sus poderosas embestidas aún lo son más.

Cuando estoy a punto de salir disparada hacia las estrellas, cambia de plan. Se cierne sobre mí, me rodea la cintura con el otro brazo y se incorpora hasta que mi espalda queda pegada a su pecho. Estoy prácticamente colgando de su polla. La mano que me martirizaba el clítoris ha cambiado de víctima y está ahora pellizcándome un pezón. Con el otro brazo me obliga a rebotar sobre él. El colchón se sacude violentamente bajo nuestras rodillas, aumentando la intensidad de las sensaciones.

Los ojos se me van al espejo que hay sobre la cómoda. El cuerpo de Parker, cubierto en sudor, brilla a la luz de la luna mientras me folla. La luz se refleja en su poderoso torso, mostrando cómo los músculos de brazos y piernas se flexionan en un movimiento hipnótico, simétrico, armonioso, del que no puedo apartar la vista. Mi hombre tiene los dientes apretados, las ventanas de la nariz muy abiertas y la expresión concentrada mientras me da el meneo del siglo.

Me echo hacia atrás, arqueando el cuerpo. Separo las rodillas, apoyándolas en la cama y le rodeo las nalgas con las piernas hasta clavarle los tacones de aguja de mis zapatos dorados. Cuando

entran en contacto con sus nalgas musculosas, suelta un grito y sé que he obtenido el efecto deseado.

—¡Sí, joder! —sonríe, recorriéndome con las manos hasta llegar entre las piernas. Recuperando la expresión de concentración, lleva dos dedos a mi entrada, ya ocupada por su miembro—. Más, te cabe más de mí, Melocotones. Acéptame.

—Todo, lo acepto todo de ti —digo, entre jadeos y gemidos.

Él baja las dos manos de golpe. Una va directa al clítoris y empieza a dibujar círculos sobre él hasta que pierdo la conciencia de lo que hago y me muevo por instinto. Moja los dedos índice y corazón en la humedad que acabo de generar, y se retira un poco de mi interior, dejando espacio para lo que está por venir. Me llena el cuello, el hombro y la oreja de besos y mordiscos que me hacen estremecer de placer. Incliniéndose hacia delante, desliza los dos dedos a lo largo de la polla y los hace entrar en mí.

Estirándose al máximo, ruge como un león y se clava hasta el fondo.

—Móntame así, Melocotones —gruñe, pero apenas lo oigo.

Estoy tan abrumada por las sensaciones, y tan llena entre las piernas que me siento a punto de estallar. Haría lo que fuera por correrme.

Lo agarro por los antebrazos, vuelvo a apoyar las espinillas en el colchón y aprovecho el impulso para rebotar sobre su cuerpo.

—Preciosa... la chica de mis sueños... cabalga a su hombre como él quiere. —Parker me susurra al oído—. Estás repleta, Melocotones. Te he metido la polla y los dedos tan adentro que mañana no vas a poder andar.

Esas palabras susurradas son mi perdición. Él toma las riendas y se clava en mí sin perder impulso hasta que pierdo la capacidad de pensar en nada que no sea el placer que me asalta.

Me corro bruscamente alrededor de la polla que me embiste y los dedos que tiran de mí.

Él no se detiene y empalmo un orgasmo con el siguiente, pero éste es aún más intenso, más brillante y más escandaloso.

Lo aprieto con tanta fuerza que él no puede seguir conteniéndose. Con una última embestida, se derrama en mí, calentándome por dentro y por fuera. Me sigue aferrando con fuerza. Con su frente en mi nuca, noto cada vez que su aliento choca contra mi piel enfebrecida.

Me siento como una muñeca de trapo, desmadejada entre sus brazos, completamente exprimida.

Durante un buen rato permanecemos inmóviles, él jadeando en mi nuca, yo tratando de recobrar el aliento.

—Te querré hasta el día en que me muera, Skyler. Te doy mi palabra. —Su voz es ronca, cargada de emoción.

—Cariño... —murmuro, incapaz de concentrarme porque él me está inclinando hacia delante para retirar los dedos de mi interior. En el momento en que salen, me escuece un poco, pero no me quejo; ha valido la pena.

Pestañeo mientras noto que él me va cubriendo la nuca y la espalda de besos.

—Lo digo en serio, Sky. Nunca había sentido nada igual. Cuando estoy contigo, no sé dónde acabo y dónde empiezas tú.

—Estamos destinados a estar juntos, cariño. —Cubro los brazos que me sujetan con los míos.

Él inspira hondo y suelta el aire.

—No importa lo que nos haya pasado o lo que nos pase en adelante. Cada nueva experiencia nos hace más fuertes como pareja. Volvería a pasar por todo si gracias a eso llegamos al momento actual. Aquí, ahora, contigo.

Echo la cabeza hacia atrás y la ladeo para mirarlo a los ojos.

—Eres el hombre de mi vida. Lo sabes, ¿verdad?

Él sonríe y me besa suavemente.

—Sí, nena, lo sé, porque tú eres la mujer de la mía.

Tras un último beso, noto que se retira de mi interior.

No puedo evitar gruñir mientras me desplomo hacia delante y me apoyo en manos y rodillas para no caerme de boca contra el colchón. Me pongo de lado y Parker sube hasta colocarse a mi nivel. Me agarra por la cintura y tira de mí hasta que apoyo la cabeza en la almohada. Se inclina sobre mí y me besa. Su boca, cálida y húmeda, me gusta tanto que, si no acabara de pegarme el polvo del siglo, querría más. Igual que querría más de su asombrosa polla. Pero me ha dejado totalmente desmadejada, los músculos no me responden.

—Ahora vuelvo —me dice, antes de ir al baño.

Oigo correr el agua y poco después regresa con una toalla húmeda.

—Separa las piernas.

Arrugo la nariz y me ruborizo.

—Puedo ir al baño sola —protesto, ahogando un bostezo.

Él niega con la cabeza.

—Nena, acabo de meterte la polla y los dedos al mismo tiempo mientras tú me clavabas los tacones en el culo, ¿y ahora te da vergüenza que te lave entre las piernas?

—Supongo que tienes razón.

Él sonríe, moviendo las cejas.

—Siempre la tengo, nena. Y ahora, haz lo que te digo.

Cierro los ojos y, armándome de valor, separo las piernas. Parker me pasa la toalla por los muslos con delicadeza. Cuando acaba, vuelvo a mirarle el culo desnudo mientras vuelve al baño. Esta vez,

ya más recuperada, me fijo más y veo que tiene una pequeña marca morada del tamaño de una moneda pequeña en cada una de las nalgas. ¡Madre mía! Se las he hecho yo con los tacones.

Parker vuelve, se sienta en el borde de la cama, me desabrocha los zapatos y los tira de cualquier manera dentro del vestidor.

—No puedo creerme que acabes de tirar unos zapatos que cuestan mil dólares como si fueran unos calcetines sucios. —Me siento y miro los preciosos zapatos tirados de lado en el suelo del vestidor.

Parker se mete bajo las sábanas y me atrae hacia él hasta que quedo pegada a su pecho. Me agarra la rodilla y me levanta la pierna para que la apoye encima de sus muslos.

—Sobrevivirás.

Lo miro enfurruñada.

—No. —Gruño y vuelvo a bostezar.

Él me acaricia el muslo desnudo, arriba y abajo, con una mano, y hunde la otra mano en mi pelo.

—Prometo ser más amable con tus zapatos de ahora en adelante. —Me besa la frente.

—Gracias. —Sonrío, sintiendo que he ganado una batalla sin tan siquiera empezarla. Si la vida de casados se parece a esto, me apunto.

—Por cierto, ¿realmente necesitas gastarte mil dólares en unos zapatos?

«Vaya por Dios.»

—Serás tocapelotas...

Parker se echa a reír y me abraza.

—Pero me quieres.

Gruño antes de admitirlo.

—Sí, te quiero.

—Y has dicho que era el hombre de tu vida.

—¿Te has propuesto tocarme las narices? —murmuro, aunque cada vez me cuesta más esfuerzo mantener los ojos abiertos.

Él se ríe y me encanta notar su risa retumbándome en todo el cuerpo.

—Yo te quiero más —me susurra, y me besa en la coronilla.

—Mmm, sueña conmigo. —Suspiro y mi mente se llena de imágenes de los dos juntos y desnudos, pasando un buen rato.

—Yo siempre sueño contigo, Skyler, nena. Esta vez, sueña tú conmigo. —Me acaricia la frente con la nariz y me aprieta el muslo.

—Mmm, vale, cariño. Estoy en ello. —Es lo último que recuerdo decirle antes de dormirme y de soñar con mi hombre vestido con un esmoquin muy parecido al que ha llevado esta noche, esperándome al final del pasillo de una iglesia y contemplándome mientras me acerco a él vestida de blanco.

4

Parker

—*Mon cher*, por favor, dime que tu vida es aburridísima. Ya no más casas que explotan, no más heridos. Skyler y tú estáis viviendo felizmente en vuestra preciosa casa, *oui*?

Me río y me doy media vuelta en la silla para contemplar la vista de Boston por el ventanal.

—*Oui*. Aunque no diría que mi vida es aburrida. Wendy se casó la semana pasada, hemos vuelto al trabajo, los perros se están acostumbrando a la nueva casa y Skyler cambia de idea constantemente sobre los colores de las habitaciones. Hoy ha decidido que quiere la cocina lila. Lila, SoSo.

—Mmmm —dice ella al otro lado de la línea—. No me parece un color apetecible para los sentidos. Espero que cambie de idea.

—Gracias. ¿Qué te cuentas?

—Pues verás, querido. He decidido hacer un corazón con tripas.

—Suspira.

Pestañeo varias veces, observando a *Zeus*, mi sigiloso gato de oficina, atacar y cazar una mosca que no sé cómo había logrado entrar en mi despacho mientras Sophie se dedica a dar patadas al diccionario.

—SoSo, se dice hacer de tripas corazón. Supongo que quieres decir que has tomado una decisión..., a menos que hayas decidido ir a hacer matanza. —Sonrío. Me encanta hablar con Sophie.

—*Mon Dieu*. No soy capaz de decir bien un solo refrán. Pero, sí, a eso me refería. He tomado una decisión.

—¿Podrías ser un poco más concreta?

—He aceptado la proposición de matrimonio de Gabriel —dice tan tranquila, como si hablara de negocios.

Ella estará tranquila, pero a mí el corazón se me dispara. Me levanto y empiezo a caminar por la oficina con una sonrisilla en los labios.

—¿En serio?

—*Oui*. Tenías razón. Durante estos meses, desde que volvió a casa, casi no he pensado en nada más. Me preocupaba pensar que lo había rechazado por culpa del miedo. Así que la otra noche preparé una cena romántica a la luz de las velas y le pregunté que, si pudiera pedir un deseo, cuál sería.

Mi sonrisa se hace más amplia.

—Apuesto a que lo adivino —comento, burlón, pero ella sigue hablando sin seguirme el juego.

—Me dijo que lo que más deseaba en el mundo era que yo fuera su esposa y la madre de sus hijos algún día.

—¡Bien hecho, Gabe! —Mentalmente, hago chocar el puño con el del novio de Sophie.

—Mmm, sí. Y, bien, yo... lo miré a los ojos y...

—Y... —Trago saliva, muerto de ganas de saber cómo sigue la historia. Con Sophie uno nunca sabe lo que puede pasar—. No me dejes colgado.

—No te he colgado. ¿Por qué iba a hacer eso?

Gruño.

—SoSo... ¿qué le dijiste a Gabe?

—Le pregunté si tenía un anillo de compromiso —responde, completamente seria.

Yo, en cambio, echo la cabeza hacia atrás, y me río hasta que me duele el estómago.

—¿Y qué te dijo?

—No se trata de lo que dijo, *mon cher*, sino de lo que hizo. Se levantó, salió del comedor, volvió al cabo de poco con un estuche de terciopelo y se arrodilló ante mí.

—Bien jugado, Gabe. Ahí, aprovechando el momento. Estoy muy orgulloso de él.

—Mmm. —Ella no parece tan impresionada como yo.

—¿Y encestó?

—No estamos hablando de baloncesto, *mon cher*, estamos hablando de mi futuro.

—¡Sophie! —Pongo los ojos en blanco, empezando a perder la paciencia—. ¿Aceptaste o no?

—Querido, ésa es la razón de mi llamada.

—Por lo más sagrado... —Gruño con sentimiento, para que le llegue mi exasperación hasta Francia.

Ella se echa a reír.

—Acepté. Y tenemos fecha para septiembre. Espero que Skyler y tú podáis venir.

—¡Claro que sí, joder! Iremos con toda la artillería.

—Déjate de uniformes. Quiero que lleves un traje hecho a medida que le encargaré a mi estilista, ya que vas a ser mi único testigo.

Siento como si me hubiera dado un puñetazo en el estómago.

—Sophie. —Me aclaro la garganta—. ¿Me estás pidiendo que sea tu dama de honor?

—Los europeos no nos complicamos tanto, *mon cher*. Además, no va a ser una ceremonia religiosa. Nos casaremos en el ayuntamiento. El hermano de Gabriel y tú seréis los testigos del

enlace. Skyler también está invitada, por supuesto. Y luego celebraremos una fiesta para los más allegados en el Buddha Bar.

El Buddha Bar. El lugar donde Sophie decidió darle otra oportunidad a Gabriel y al amor. Buena elección.

—Suenan genial. Envíame los detalles y allí estaré. Skyler estará en pleno rodaje, pero si consigue que le den permiso también acudirá. Y les diré a los chicos que se dejen esos días libres en sus agendas.

—*Magnifique!* Y ahora, háblame de ti. Me habéis tenido muy preocupada. ¿Se han calmado las cosas?

Asiento con la cabeza, aunque no pueda verme.

—Sí, todo va volviendo a la normalidad. Bo sigue ocupándose del pub. Royce lleva los libros de la empresa y las finanzas de todos. Yo sustituyo a Bo en el pub los fines de semana para que pueda descansar. Por suerte, también contamos con Baylee.

—¿Baylee?

—La camarera, aunque hace un poco de todo. Ha sido un regalo del cielo. Trabaja mucho, nunca llega tarde ni se mete en líos. Estoy seguro de que, cuando mi padre se reincorpore al trabajo, se quedará con ella.

—Me alegro. ¿Y Bogart? ¿Cómo está el muy canalla?

Sonrío porque sé lo que me está preguntando.

—Igual que siempre. Persiguiendo chiquitas sin parar.

—Un día se va a arrepentir de tanta frivolidad.

—Ya lo sé. Se lo he advertido mil veces, pero él sigue empeñado en sacar el máximo partido al mundo y a sus habitantes.

Hago una mueca cuando me viene a la memoria el momento en que nos confesó a Skyler y a mí que se había acostado con Baylee. Espero que no la haya cagado demasiado. Me gusta esa chica para el Lucky's.

—Ya, sobre todo los de género femenino. —Sophie chasquea la lengua.

Me río.

—Exacto.

—¿Y Royce?

—Está bien. Todavía con sus más y sus menos con Kendra. Espero que lo arreglen. Estoy convencido de que esos dos están destinados a estar juntos. Es cuestión de tiempo.

—¿Y tú y tu Skyler?

—Mi Skyler y yo, ¿qué?

—¿Cuándo vais a sentaros con la cabeza?

—Se dice «sentar la cabeza» y te recuerdo que estamos viviendo juntos. Compartimos casa, cama y perros. No sé qué más quieres que hagamos.

—¿Y ella piensa lo mismo que tú?

Entorno los ojos, con la vista fija en la ciudad a mis pies.

—¿A qué te refieres?

—*Mon cher*, una mujer no comparte casa, cama y perros con alguien si no quiere algo más.

La idea de que Skyler pueda tener algún plan perverso me enfurece.

—Sky no es así, Sophie. Ella nunca me jodería.

Sophie chasquea la lengua.

—No me has entendido. ¿No habéis hablado de boda o de niños? ¿De un futuro en común?

Ah, vale. Ya veo por dónde va. Va a casarse y quiere saber cuándo pienso hacerlo yo. ¿Qué le pasa a todo el mundo? ¡Qué obsesión! Desde que decidió casarse, Wendy no ha parado de darnos la paliza a los chicos y a mí para que sigamos sus pasos. Y mi madre igual. Desde que se enteró de que íbamos a comprarnos

una casa, no ha parado de darme la vara. Que menuda locura dar ese paso sin un certificado de matrimonio de por medio, que... ¡yo qué sé!

Inspiro hondo y exhalo lentamente.

—Hemos hablado un poco del futuro. Los dos queremos casarnos y tener hijos, pero... con todo lo que ha pasado este año necesito asegurarme de que está recuperada para comprometerse de por vida. No quiero que lo haga movida por algún sentimiento de inseguridad o miedo. Casarse es una de las decisiones más importantes que uno puede tomar y se tiene que hacer por los motivos correctos.

—Pero ¿tú quieres casarte con ella?

—Sí, claro. No puedo imaginarme la vida sin ella. Pero necesito saber que está bien del todo. No quiero moverme por egoísmo ni aprovecharme de ella. Quiero que se haya liberado de cualquier negatividad que le haya quedado de toda la mierda que ha habido en nuestras vidas durante estos meses.

—Tal vez le vendría bien aferrarse a algo bonito para librarse de lo feo —sugiere.

Sus palabras se me quedan dando vueltas por la cabeza. ¿Tendrá razón? ¿Y si pedirle la mano es lo que mi chica necesita para curar sus heridas?

Sacudo la cabeza y me paso las manos por el pelo.

—No lo sé, Sophie. Lo pensaré. Gracias por decírmelo. Y gracias por pedirme que sea tu testigo. Será un honor para mí. Es un buen hombre, que venera el suelo que pisas.

—Lo sé, *mon cher*. Será maravilloso. Le diré a mi asistente que te envíe los detalles. Me ha gustado hablar contigo. Cuídate y cuida de ella.

—Lo haré.

—Y dale un abrazo a los chicos.

—También lo haré.

—*Je t'aime. Au revoir.*

—Yo también te quiero. Chao, Sophie.

Corto la llamada, me guardo el móvil en el bolsillo y me llevo las manos a las caderas.

Sophie va a dar el gran salto.

¿Por qué demonios sigo yo calentando en la banda?

Continúo dándole vueltas a la conversación que mantuve con Sophie ayer mientras hojeo el contrato de la próxima clienta que Kendra ya ha aprobado. He evitado viajar durante los dos últimos meses porque no quería apartarme de Skyler ni de mi padre ni de Nate mientras estaban recuperándose de sus heridas, tanto físicas como emocionales. La recuperación de Nate ha sido milagrosa. El tipo es una máquina a nivel físico y lo demuestra a diario. Completó la rehabilitación en tiempo récord y ya está al pie del cañón, protegiendo a Skyler cuando se reúne con gente de los estudios o cuando repasa el texto con Rick. Aunque no esté al cien por cien, teniendo a Rachel al lado, estoy tranquilo. Mi chica está en buenas manos.

Por desgracia, mi padre no se ha recuperado tan fácilmente. La terapia le ha resultado fastidiosa y dolorosa. No es fácil recuperarte cuando pasas de los cincuenta y un coche te aplasta las piernas y las caderas. Los doctores creen que necesitará un año de rehabilitación por lo menos. Ya va por el tercer mes y aún está en silla de ruedas. Empieza a poder apoyar peso en las caderas, pero no puede usar las piernas. Al menos ya le han quitado los yesos.

Ahora tendrá que aprender a caminar de nuevo. Aún falta tiempo para que pueda volver a ponerse detrás de la barra.

Miro a Bo que también está hojeando la copia del contrato que le ha proporcionado Annie, después de que Kendra diera el visto bueno.

—No hay nada remarcable en este caso, chicos —comenta Kendra—. Es todo muy estándar. El programa de televisión «Mix and Match» os ha contratado para aconsejar a las parejas y para colaborar con el equipo de producción. También estaréis sentados junto a la participante del primer episodio para ayudarla a elegir al mejor candidato. Nos están pagando un pastizal. Odio decir esto pero, si nos pagan tanto, es por el escándalo de Skyler y Tracey, por el vínculo de Parker con Sky. Bueno, a estas alturas, por el vínculo del equipo al completo.

Niego con la cabeza mientras Royce hace una mueca despectiva.

—Al carajo. No necesitamos el caso si nos va a tirar a más prensa carroñera encima.

—Técnicamente no, pero las proyecciones que el equipo hizo para los dos próximos años se verán seriamente afectadas si no lo aceptamos —nos advierte ella—. Estos últimos dos meses de inactividad han causado estragos en el presupuesto.

Bo se encoge de hombros.

—Ya encontraremos otra manera de equilibrarlo.

—Nos pagan un millón de dólares —especifica ella en voz baja.

Royce la mira con el ceño fruncido.

—Joder, eso es mucha pasta, pero... ¿a qué precio? —se cuestiona Bo.

Ella alza las manos.

—¡Eh, eh! Que yo tampoco quiero saber nada de los paparazzi.

—Supongo que ya lo habrás hablado con la nueva publicista de Skyler, ¿no? —le pregunto a Annie, que está sentada en el borde de la silla, tomando notas. Lleva la raya al medio y la melena le cubre media cara. Desde que ha vuelto a trabajar con nosotros, apenas me mira a los ojos. Y ya no imita a Skyler en el vestir. Suele llevar vestidos sencillos o pantalones combinados con jerséis. No puedo decir que espere ansioso ver con qué me sorprende cada mañana, como me pasa con Wendy, pero me alegro de que trate de encontrar su propio estilo.

—Sí, Parker. La señora Black es la que nos ha hecho llegar el contrato. Y la que sugirió al programa que nos contrataran. Al parecer la productora es amiga suya. —Se humedece los labios y me mira durante un instante, pero enseguida vuelve a clavar la mirada en la libreta.

—Gracias, Annie. —Hago girar la silla para quedar de cara a Bo y Kendra, que están sentados frente a mi escritorio. Royce está apoyado en la pared, junto a la ventana—. ¿Aceptamos el caso, pues?

Royce se frota el labio inferior con el pulgar.

—¿Tú estás preparado para marcharte, hermano? Si necesitas más tiempo, rechazamos el caso. La familia es lo primero, ya lo sabes.

Suspirando, apoyo los codos en el escritorio y formo una pirámide con los dedos.

—Tengo que hacerlo un día u otro. Sky también necesita volver a quedarse sola; es imprescindible para su trabajo.

Royce asiente.

—Te apoyo en lo que tú decidas.

—Yo no puedo ir, tíos. Ya sabéis, el bar.

Hago una mueca.

—No es justo que tengas que quedarte tú. Ya me quedo yo en el bar.

—Em, perdón —me interrumpe Annie—. En el contrato se especifica que la presencia de Parker es innegociable.

—¡Joder! —refunfuño.

—Tío, no pasa nada. Yo me ocupo del bar. Kendra, Annie y tú os ocupáis de IG, ¿verdad? —Bo mira a Annie, que asiente, antes de volverse hacia Kendra.

—Por supuesto.

—No será mucho tiempo. Una semana como mucho —añade Annie, en voz muy baja, casi un susurro.

—Tengo que hablarlo con Sky y asegurarme de que le parece bien. Sé que tiene que volver a la normalidad en algún momento. La terapia le está yendo muy bien y los preparativos para el rodaje también. Ya parece la Skyler de siempre, pero igualmente quiero hablarlo con ella. Si está de acuerdo, ocúpate de los contratos, ¿quieres, Roy? Te lo confirmo dentro de unos minutos.

Roy asiente, se aparta de la pared y se dirige a la puerta. Bo se levanta de la silla.

—Tengo que ir al Lucky's a abrirle la puerta a Baylee.

—Dale una llave —sugiero.

—¿Crees que a tu padre le parecería bien?

—Pues no tengo ni idea, pero lo que sí sé es que no puedes seguir atado al bar. Necesitas tener a alguien de confianza. La cocinera ya tiene llave. Dale una a Baylee y ponla a prueba, aunque creo que si quisiera robar ya lo habría hecho. Royce dice que la caja va como una seda. No ha habido ningún descuadre.

Bo sonrío.

—Me gusta la seda, tiene muchas posibilidades. —Mueve las cejas.

—Eres un cerdo —lo acusa Kendra.

—Venga, largo todo el mundo —señalo la puerta, riendo. Cuando Bo está a punto de salir, lo llamo—. ¡Eh, Bo!

Él se vuelve con la mano en la puerta que ha abierto para dejar pasar a Annie y a Kendra.

—Quería darte las gracias por defender el fuerte en el Lucky's. Y por estar siempre pendiente de mí y de todos. No sé qué haríamos sin ti, tío. Te estoy muy agradecido.

Él me dirige una gran sonrisa.

—Ya te lo recordaré cuando la cague hasta el fondo y tengas que salvarme el culo.

—Si me necesitas, allí estaré; ya lo sabes.

—Bien. —Alza la barbilla y sale con dos dedos levantados en señal de paz.

Inspiro hondo y cojo el teléfono. Un instante después, me responde la voz más bonita del universo.

—Hola, cariño.

—Hola, Melocotones. ¿Tienes un momento?

—Para ti, siempre.

Sonriendo, hago girar la silla dejando el regazo al descubierto antes de chasquear los dedos.

Zeus me mira desde su observatorio en el reposabrazos del sofá. Se lame una pata lentamente mientras me dirige esa mirada de aburrimiento supino que los gatos dominan a la perfección. Vuelvo a chasquear los dedos y me palmeo el muslo. Él alza la cabeza y la ladea, planteándose si le merece la pena moverse de donde está o no.

—El caso de Los Ángeles... dice Annie que nos ha recomendado tu publicista.

—Sí, ¿supone un problema? —me pregunta, bajando el tono de voz.

—No. Sólo me preguntaba si está segura de que será bueno para tu imagen que yo aparezca en un programa de citas. No quiero ver luego en las revistas titulares idiotas diciendo que quiero reemplazarte por otra o algo así. —Me froto la nuca para librarme de la tensión que me causa sólo pensarlo.

Ella se ríe con ganas.

—No creo que haya problema. Saben por lo que hemos pasado y nos están mimando últimamente. De hecho, no pierden oportunidad de destacar que eres un héroe, dispuesto a todo por protegerme.

Sonrío, aunque sé que hubo mucha más gente involucrada; fuimos muchos los que desenmascaramos a Tracey y a Benny, el acosador.

—Lo último que quiero es causarte problemas, Sky. Este caso nos va a llevar a Los Ángeles a Roy y a mí. Tendremos que estar fuera al menos una semana. Te quedarás sola por primera vez desde que ocurrió todo. Necesito saber que estarás bien.

—¿En nuestra casa, con nuestros perros guardianes y con Nate y Rachel a tiro de piedra? Claro que estaré bien. No te preocupes por nada. Quiero que aceptes el trabajo. De hecho, la productora me ha pedido que grabe una minientrevista de dos minutos como promo del programa. Quiere que diga que mi novio aparecerá en el programa, pero que los telespectadores tendrán que verlo si quieren saber más.

Se echa a reír y el sonido se cuela en mi pecho, liberándome de nervios e inseguridades.

Finalmente, *Zeus* salta del sofá y se estira, dándome mucha envidia. Qué bien me sentaría estirarme así ahora mismo. Se acerca a mis piernas y se enreda entre ellas, frotándose hasta que se

cansa. Luego salta, da una vuelta completa y se sienta sobre los muslos. Cuando ha acabado de situarse, hundo los dedos en su suave pelaje. Instantáneamente empieza a ronronear. Su presencia me calma del mismo modo que la voz de Skyler.

—Vale, entonces, ¿te parece bien que aceptemos el caso? — insisto, para quedarme tranquilo del todo.

—Por supuesto. Cariño, sé que he sido muy dependiente de ti estos últimos meses, pero era por las circunstancias. Tu familia, tus amigos y, sobre todo, tú sois todo mi mundo ahora, pero estoy bien, en serio. Creo que nos resultará beneficioso a todos poner un poco de distancia. Así nos echaremos de menos.

—Melocotones. No necesito estar lejos para eso. Te echo de menos en cuanto cierro la puerta de casa cada mañana.

—Oooh, eres muy mono, pero insisto. Tengo la sensación de que estos días nos van a sentar de maravilla a los dos. Tú volverás al trabajo que tan bien se te da y yo podré prepararme para el papel sin interrupciones. Todo volverá a ser como antes. O, al menos, estaremos en camino.

—Tienes razón. Estaremos en camino.

—¿Hacia nuestro final feliz? —me pregunta, riendo.

—Cada día que paso a tu lado, Skyler, tengo mi final feliz.

5

Skyler

—Repasemos el plan —insisto, por tercera vez—. Él no puede saber qué estoy haciendo ni dónde estoy.

—A ver. Primero, ya me lo has dicho. Segundo, no me gusta mentirle a tu hombre. No me gusta mentirle a nadie, pero especialmente a Parker. Es como de la familia —refunfuña Nate, apartando la mirada.

Pongo los ojos en blanco y me acomodo en el asiento de mi jet privado, esperando a que el capitán anuncie que vamos a despegar. Rachel, que va sentada a mi lado al otro lado del pasillo, le apoya la mano en el antebrazo.

—Cariño, puedes hacerlo. Cuando Parker te llame, que te llamará porque lo hace todos los días, te limitas a decirle que está bien, contenta, que estamos en casa. No es tan difícil.

Nate frunce el ceño.

—No me gusta este plan.

Miro a Nate con los ojos entornados mientras mi nueva publicista, la alta y esbelta Elliott Black, ocupa el asiento a mi lado. Ellie es mi nueva mano derecha. Nos caímos bien desde el mismo momento en que nos presentó Geneva James, que iba acompañada también por su agente literaria, Amy Tannenbaum. Elliott Black es una chica sencilla, originaria de Nixa, Missouri. Es joven para ser publicista, sobre todo para ser tan implacable, pero tiene un lado dulce y amable que sin duda le viene de haberse criado en el medio oeste.

Lleva una melenita recta que le llega a la altura de la barbilla. Las gafas de concha rojas hacen juego con el color del pintalabios. Dice que el pintalabios es su única concesión a la moda, ya que va siempre vestida con trajes. Yo no diría que sea contraria a la moda, ya que los trajes que lleva son de diseñador. Además, los tiene de todos los colores imaginables.

Me hace muy feliz que Geneva haya compartido a Ellie conmigo. Su participación en el plan ha sido crucial. Sin su ayuda no habría sabido por dónde empezar.

—No es necesario que te guste, Nathan —manifiesta Elliott en tono serio. Siempre lo llama por su nombre completo igual que a mí. Nunca me llama Sky, siempre Skyler, y eso que ya han pasado dos meses desde que empezó a trabajar para mí.

Es increíblemente inteligente. Le dio una vuelta a lo sucedido y logró que la prensa contara la horrible experiencia como si fuera un cuento; como si Parker fuera un héroe y yo una damisela en apuros. El público quedó encantado.

La versión de Elliott era más fácil de contar, pero sigue doliéndome cada vez que recuerdo que la que fue mi mejor amiga va a pasarse el resto de su vida en una habitación de tres metros cuadrados en una institución de alta seguridad. Incluso después de lo que hizo, no puedo evitar sentir lástima por ella. Los sentimientos de Parker, en cambio, no pueden ser más opuestos. Que haya perdido una mano —no se pudo hacer nada para salvársela— y que vaya a pasar el resto de sus días en una institución psiquiátrica que parece una cárcel no es suficiente para mi hombre. Si el tribunal hubiera permitido que la pusieran ante un pelotón de ejecución, Park habría sido el primer voluntario para disparar, al lado de Bo, Royce, Randy Ellis y Wendy. La aborrece tanto que hace una mueca de odio cada vez que oye su nombre.

—Sí, cariño. Tú síguenos el juego temporalmente. —Las palabras de Rachel irrumpen en mis pensamientos, apartando a Tracey de ellos. Rach está acariciándole el brazo a Nate.

—Todo saldrá pronto a la luz. —Ellie le dirige una sonrisa astuta. Por el momento, su plan va desarrollándose a la perfección.

Me inclino hacia Nate y le doy palmaditas en la mano. Me hace muy feliz que esté vivo, sano y salvo, y sentado conmigo en un avión que se dirige a la ciudad de Los Ángeles, en California.

—Nate, te prometo que el resultado valdrá la pena.

Nate asiente. Aunque sigue frunciendo el ceño, me alegro de que acepte mi promesa.

Le aprieto los dedos.

—Gracias.

Elliot se echa hacia delante y busca en su maletín. Saca una carpeta y rebusca entre las páginas.

—Éstos son los participantes del concurso con los que está trabajando el equipo de International Guy. —Señala un listado de nombres femeninos y masculinos. Cuando llega a la última página, contengo el aliento al ver que una de las mujeres podría ser mi gemela.

—Joder, ¿y ésta quién es? —pregunto, incapaz de apartar la mirada de ella.

Ellie sonrío y señala la cara de la rubia de ojos marrones.

—Es Tara Darling, actriz incipiente y doble en escenas de riesgo.

—Y que lo digas. Es clavada a mí.

—Lo sé. Sobre todo porque di instrucciones para que se tiñera el pelo y se pusiera lentes de contacto. Su pelo natural es tirando a cobrizo y tiene los ojos azules.

Abro y cierro la boca, aún sorprendida por el parecido.

—Por desgracia es más alta que tú, por lo que le he prohibido usar tacones en plató.

—¿La has contratado tú? ¿Por qué?

—Claro. Cuando me contaste tu plan, me puse a buscar participantes que dieran juego en el programa. La productora, Louise González, es una de mis mejores amigas. De hecho, fue ella la que me habló de Tara. Dará mucho juego en el concurso tener a alguien que se parezca a ti en pantalla mientras los jueces debaten. Seguro que tu chico se acuerda de ti al verla y se volverá loco de añoranza. —Me guiña el ojo y vuelve a sonreír.

Me río, cojo la foto y la levanto para mostrársela a Rachel.

—¡Mírala!

Rachel abre mucho los ojos y la boca y se estira desde el otro lado del pasillo para alcanzar la foto.

—¡Sí, hombre! ¡No me lo creo! Parker no va a saber qué cara poner. —Me devuelve la instantánea al tiempo que se ríe.

Mordiéndome el labio inferior, paso el dedo por el rostro de la mujer. Tiene los ojos un poco más separados que yo, y la nariz, un poco más puntiaguda pero, por lo demás, se parece mucho a mí. Será interesante comprobar cómo reacciona Parker ante mi doble.

Siento mariposas en el estómago al pensar en mi hombre y en lo que está por llegar. Tengo plena confianza en nuestro amor y en el futuro. Es posible que en un primer momento se asuste, pero cuando se le pase el shock, sé que se sentirá muy feliz.

Suspirando, le devuelvo la foto a Ellie.

—¡Va a ser muy divertido! —Sonrío y finjo tocar un redoble de tambor en mis muslos.

—La verdad es que se aleja mucho de mis métodos habituales de promoción, pero tiene un aire de cuento de hadas que me gusta.

Cuando la gente y la prensa se enteren de todo, se van a volver locos.

—Mientras sigamos el plan y Parker no nos descubra en Los Ángeles todo irá bien.

Ella me guiña el ojo, cierra la carpeta y la devuelve al maletín.

—Déjalo en mis manos. Todo irá bien.

La voz del capitán nos anuncia que tenemos permiso para despegar y nos pide que nos abrochemos los cinturones.

Mientras sigo sus instrucciones, cierro los ojos y me imagino que todo sale tal como lo hemos planeado.

El escenario está dispuesto.

Las piezas, perfectamente colocadas.

Sólo falta la víctima.

Y cuando hablo de víctima me refiero al hombre alto, musculado, bien vestido, de mandíbula marcada y ojos azules que quiero más que a mi vida.

Me lo imagino siguiendo el plan que he trazado.

Todo saldrá según lo previsto. ¡Lo sé!

Cuando llegamos al estudio de Los Ángeles, Ellie me cuela sin que nadie nos vea y me guía hasta una sala de observación situada encima del escenario.

—¡Hola, Louise! —Ellie abraza a una mujer hispana que tiene el pelo oscuro y largo recogido en una coleta baja. Es bajita y delgada, pero lo que le falta en tamaño lo suple con una gigantesca sonrisa de bienvenida.

—Me alegro de verte, chica. Como podéis comprobar, todo está en marcha. Parker y Royce llevan tres días trabajando con los concursantes y todo va como la seda. Por cierto, qué bueno que

está Roy. —Se abanica la cara—. Parker tampoco está nada mal, pero sé que está pillado. —Me sonrío y se vuelve hacia Ellie—. Estoy bastante al día de la prensa del corazón y la presencia de tu chica y su novio en el programa nos va a ayudar mucho a lograr buenas audiencias.

—Me alegro de haber conseguido una colaboración buena para ambas partes. —Ellie me señala—. Sé que sabes quién es, pero os presento oficialmente. Ella es Skyler Paige. Skyler, ella es mi buena amiga Louise González.

Le estrecho la mano.

—Encantada de conocerte. Muchas gracias por ayudarme a hacer realidad mi plan.

—¿Me tomas el pelo? Que tu chico y tú estéis en el programa es lo mejor que nos podía haber pasado. La cadena está loca de contenta.

—Pero ¿saben que sólo vamos a aparecer en el primer episodio? Ella se encoge de hombros.

—Suficiente. Con eso ya tendremos al público enganchado. Vamos a hacer historia de la televisión. Ya lo verás. Ven, acércate a ver a tus chicos. —Señala el ventanal de cristal que hay a unos tres metros de donde nos encontramos.

—¿Pueden vernos?

Me asomo con precaución y veo a un montón de gente yendo de un lado a otro. Hay operadores de cámara con auriculares, y muchas otras personas. Cuando Parker hace su aparición desde la izquierda, es como si las nubes se abrieran y saliera el sol.

¡Qué guapo es!

Parker va muy elegante. Lleva unos pantalones azul marino, camisa blanca sin corbata, americana beis con coderas y unos zapatos Ferragamo color camel que forman parte de la ropa que

compré para que tuviera recambio en mi casa. Aunque algunas cosas se estropearon cuando Tracey prendió fuego al ático, la ropa pudo salvarse, tras su paso por una buena tintorería. Parker mueve mucho las manos y mueve la cabeza como si estuviera exasperado.

Louise se cuelga en mis pensamientos.

—No, ahora mismo están en modo tintado, no nos ve nadie. Los concursantes se ponen muy nerviosos si se sienten observados como si fuéramos el Gran Hermano que todo lo ve. Así podemos verlos igualmente, pero ellos a nosotros, no.

—¿Y por qué no oímos nada?

Observo a Parker, que se acerca a un miembro del equipo, le señala la carpeta sujetapapeles que lleva en la mano y luego señala una de las sillas. Luego se dirige a uno de los lados del escenario con andares castigadores, se vuelve, sonrío al equipo y se sienta. Apoya un tobillo en la rodilla contraria, se echa hacia atrás y se pasa el índice por esos labios, tan sexys y besables.

¡Por favor, qué calor hace aquí!

Se levanta, vuelve a señalar la silla y luego un lado del escenario. Uno de los participantes imita sus movimientos.

—Ahora se oirá. —Louise aprieta un botón y el sonido se hace audible en la cabina de control.

—Excelente, Josh. Así. —Parker aplaude y el tipo rubio sentado en la silla sonrío, feliz.

—¿El siguiente? Lamar Williams. —Royce señala a un hombre negro de gran altura vestido con vaqueros y un polo rojo. Tiene el pecho muy ancho, igual que los hombros. Es más corpulento que Royce, que de pequeño no tiene nada. El tipo podría ser jugador de fútbol americano—. Enséñanos cómo te mueves, hermano.

El tipo camina a grandes zancadas, alzando la barbilla como si estuviera coqueteando con la cámara que lo sigue. Sus

movimientos, ágiles, me recuerdan a los de una pantera metida dentro de un cuerpo grande, musculoso y muy apetecible. Cuando llega a la silla situada junto a Josh, se sienta, pero él no cruza las piernas, sino que las separa.

Royce niega con la cabeza.

—No, tío. No puedes olvidarte de que estás en un escenario. Esa cámara de ahí encuadra tu cuerpo por completo. Los telespectadores quieren ver lo bueno que estás desde la punta del pelo hasta la punta de tus Pumas. ¿Queda claro?

—Sí, señor.

Me aguanto la risa y veo cómo Royce inclina el rostro y se pasa la mano por la calva reluciente.

—No te pongas demasiado cómodo. Te estarán mirando millones de personas y no querrás que se lleven un primer plano de tu paquete.

El joven frunce el ceño, apoya los pies en el reposapiés de la alta silla, cruza las manos y las apoya sobre los muslos.

—¿Así está bien?

Royce asiente.

—Sí, así. Muy bien.

—El siguiente. Jimmy Jones. —Parker lee los papeles que lleva en la mano—. ¿Jimmy Jones es tu nombre auténtico? —pregunta mientras un pelirrojo con una larga barba se acerca a él. Lleva un sombrero redondo, estilo folk, camisa de cuadros, pantalones grises y americana azul marino. No sabría cómo definir su estilo: ¿tal vez de gnomo celta?

—Sí, desde que nací.

Parker ladea la cabeza.

—Sonoro es, eso es verdad, pero no acabo de verlo como nombre artístico. ¿Quieres dedicarte a esto?

—¡Sí, claro que sí!

—¿Me dejas que te dé un consejo? Ya sabes que yo trabajo con gente rica y famosa. De hecho, hasta vivo con una famosa...

El corazón me da un brinco cuando oigo que me menciona sin saber que lo estoy escuchando. Contengo el aliento para no perderme detalle.

El chico traga saliva lentamente y asiente con la cabeza.

—Sí, claro. Toda ayuda será bienvenida.

—Cámbiate el nombre. O el apellido. Jimmy Jones suena a marca de salchichas, no a actor joven y pelirrojo con estilo propio. — El chico se humedece los labios y asiente—. Y no te lo tomes como una falta de respeto hacia ti o hacia tus padres. Te lo digo porque el tema del nombre es importante. Casi todo el mundo se pone un pseudónimo. Sirve para transmitir la imagen que quieres dar. Si tu idea es hacer anuncios de productos para desayuno, no te lo toques, Jimmy Jones es perfecto. Pero si aspiras a papeles más serios, me pensaría otro nombre antes de que se emita el programa.

Jimmy asiente varias veces.

—Vale, gracias por el consejo, tío.

—Venga pues, muéstranos lo que sabes hacer. —Señala la última silla de la fila.

Con los dedos apoyados en el cristal, contemplo a mi chico, que está en su salsa. En este caso concreto, está ayudando a los participantes a actuar con confianza y a moverse con soltura ante las cámaras. Se alterna con Royce; ambos se dan el relevo con soltura y trabajan muy bien juntos.

Uno de los cámaras hace una señal y alguien en la cabina toca algo que hace que los cristales pasen a ser transparentes.

—¡Mierda! —Miro a mi alrededor y busco algún sitio donde esconderme. Veo pasar las cosas en cámara lenta. Parker y Royce

se vuelven hacia el cámara. Luego Royce alza la cabeza hacia la cabina y su mirada negra como el ébano se cruza con la mía. No tarda nada en reconocermé.

—Sky... —llega su voz profunda por el altavoz.

—¡No, no, no, no, no!

Parker mira a Royce con el ceño fruncido y luego sigue la dirección de su mirada. Al mismo tiempo, uno de los empleados que trabajan en la cabina se levanta y se coloca delante de mí, tapándome.

—¿Qué pasa? —pregunta Louise, como si yo no estuviera allí.

El tipo que me oculta es una montaña de hombre. Mide más de metro ochenta y tiene una barriga tipo Papá Noel. Me sujeta por los bíceps, pero no me toca de manera inadecuada. Simplemente me mantiene quieta, para que no salga del improvisado escondite.

—Yo te cubro, pequeña —susurra entre dientes, que quedan enmarcados por un bigote y una barba descuidada. Levanto la vista hasta sus ojos verdes y le sonrío.

—¡Gracias! —le devuelvo el susurro.

—La cámara dos parpadea. Necesita mantenimiento. Tal vez habría que cambiarla antes del programa en directo —dice uno de los cámaras, aunque desde detrás de mi parapeto humano no lo veo.

Respiro tan lentamente como puedo, para calmarme tras el sobresalto. Sé que Royce me ha visto.

—¿Qué tal si hacemos una pausa de treinta minutos? Id a comer algo y seguimos después de comprobar qué le pasa a la cámara — propone Louise y vuelve a oscurecer el cristal.

—Ha ido de un pelo. —Ellie suelta el aire y se apoya en la mesa.

—Royce me ha visto; se lo va a decir a Parker.

Ellie se encoge de hombros.

—Le diremos que era Tara, tu doble. Problema resuelto.

—Oh, sí. Qué buena idea. ¿La conocen ya?

—No.

—Las participantes femeninas se incorporan dentro de un rato. Vendrán varias y elegiremos las que aparecerán en los dos primeros programas. Tengo muchas ganas de ver cómo reacciona Parker al ver a Tara. ¡Esto va a ser épico! Épico.

Suelto el aire y me froto el pecho a la altura del corazón.

—Eso espero. Me juego mucho.

—Es verdad. ¿Qué tal si vamos a mi despacho para hablar sobre los detalles de tu plan? Así te digo lo que me parece posible y lo que no. Tal vez podamos hacerlo todo, no lo sé.

—¡Sí, vamos! —Sonriendo, acompaño a Ellie y a Louise. Rachel y Nate, que estaban esperando en la puerta, nos siguen por unos pasillos y un tramo de escalera hasta que llegamos a una bonita sala llena de flores y de pósteres de programas de televisión. Algunos son bastante antiguos.

Hay uno de *Remington Steele*. Otro de *Luz de luna* y otro de la serie sobre el programa de citas «Love Connection». Aunque mi favorito es el de *Expediente X*, en el que aparecen Mulder y Scully. La pelirroja Gillian Anderson se pasaba los capítulos corriendo por las calles en tacones. Mi madre y yo veíamos la serie juntas, aunque algunos capítulos daban bastante miedo. Esa serie es una de las culpables de que me aficionara a la interpretación.

Mientras Louise está ofreciéndome una silla, me suena el teléfono.

—¡Mierda, es Parker! —El corazón se me dispara como si me hubiera descubierto.

Ellie me da palmaditas en el hombro.

—No pasa nada. Respira y responde. Finge que todo va como siempre o ya puedes despedirte de tu plan.

Inspiro hondo y suelto el aire antes de presionar el botón verde y llevarme el móvil al oído.

—Hola, cariño.

—Hola, Melocotones.

—¿En qué andas? Es temprano por ahí, ¿no? —Me esfuerzo en sonar como siempre.

—No, ya es por la tarde, pero estamos haciendo un descanso. Un cámara tenía no sé qué problema técnico. —Su voz suave me recuerda lo mucho que lo echo de menos, aunque llevamos pocos días sin vernos.

—Ah, sí. Esas cosas pasan. Seguro que la arreglarán pronto.

—Sí. ¿Y tú? ¿En qué andas?

La mentira se abre paso, dejándome mal gusto de boca.

—Oh, ya sabes. Un poco de eso, un poco de aquello. ¿Ya has conocido a los participantes? —Cambio de tema.

—No, a las mujeres aún no. No tardarán en llegar. Royce y yo hemos estado trabajando con los chicos. Están un poco verdes, pero creo que darán bien en pantalla.

—Mmm, suena bien. —Camino por la oficina, concentrada en no meter la pata.

—No te lo vas a creer —sigue diciendo, en tono de broma.

«Mierda.»

—Em, ¿qué, cariño?

—Hace un momento, Royce me ha dicho que te ha visto en la cabina de control. Qué tontería, ¿eh? —Se echa a reír—. Le he dicho que se revise la vista porque mi preciosa chica estaba a cinco mil kilómetros de distancia, añorando desesperadamente a su hombre.

—¡No estoy desesperada!

Su risa me llena de felicidad. Tras la dureza de los últimos meses, cada oportunidad de reír juntos es un tesoro.

—Sólo quería asegurarme de que me estabas escuchando. Aunque admito, nena, que cuando Roy ha dicho tu nombre, he tenido la esperanza de poder verte. —Baja la voz y añade—: Te echo de menos.

Sonríó como una boba. Me enrosco un mechón de pelo en el dedo y lo hago girar mientras las mariposas vuelven a levantar el vuelo en mi estómago.

—Yo también te echo de menos. ¿Cuándo volverás a casa? —Es lo que le preguntaría si estuviera en Boston.

—Dentro de unos días. Dependerá de cuándo estén preparados los participantes.

—Lo entiendo. Espero que te lo pases bien, aunque sea sin mí. —Hago una mueca, al imaginármelo solo en su habitación, sin nadie que le haga compañía por las noches. Y esa imagen hace que me imagine a mí colándome bajo las sábanas y recorriendo su cuerpo con los labios hasta encontrar su largo y duro miembro. Cierro los ojos y me imagino plantándole un beso en la punta antes de rodearla con la lengua en un movimiento en espiral que siempre lo hace gruñir y empujar con las caderas, buscando una conexión más profunda.

—No te diré que esté divirtiéndome como un loco, pero me gusta esto. Y todavía me gusta más saber que, cuando acabemos aquí, volveré a Boston contigo y con los perros, sin que ningún acosador ni ninguna chalada traten de hacernos daño. Me encanta la idea de tener una vida normal y corriente a tu lado. La vida cotidiana y aburrida de una familia cualquiera.

—Me encanta la idea de una vida aburrida a tu lado, cariño.

Me vuelvo hacia Ellie y Louise, que me están mirando descaradamente, sin perderse ni una palabra. Y eso que estoy hablando en un tono bajo y discreto. No me resulta fácil ser discreta cuando tengo la voz de Parker acariciándome el oído tras varios días sin verlo. Es como tener delante un helado con chocolate fundido. No piensas en las calorías, sólo piensas en comértelo con fervor. Así es como me siento cuando hablo con mi hombre. Golosa.

—Em, Parker, tengo que irme. Elliott quiere hablar conmigo por la otra línea. Quiere proponerme algo. ¿Hablamos mañana?

—Sí, nena. Que descanses.

—Lo haré. Te quiero.

—Yo te quiero más.

Corto la llamada y me meto el móvil en el bolsillo trasero de los pantalones.

—Me quiere —comento, encogiéndome de hombros.

Ellie alza una ceja y me dirige una sonrisa pícaro.

—Skyler, eso es obvio.

—Odio tener que mentirle. —Frunzo el ceño, sintiéndome culpable—. Es lo único que empaña el plan.

Louis asiente y se apoya en el reposabrazos de la silla.

—Piensa en que el resultado valdrá la pena.

Enderezo la espalda.

—Eso espero.

Elliott ladea la cabeza.

—Ya verás como sí. Ten fe —me anima.

—Si se trata de Parker, tengo toda la fe del mundo.

6

Parker

Una mano cálida y grande como una zarpa me agarra por el hombro.

—¿Estás bien, hermano? —me pregunta en voz baja.

Asiento con la cabeza.

—Sí, sí. Es que no pensaba que me fuera a resultar tan duro estar lejos de ella.

Royce mete el labio inferior y lo mantiene sujeto entre los dientes, con expresión pensativa.

—Hace tiempo que una mujer no me hace sentir así, pero te entiendo. Y te envidio. Sé que mi situación es totalmente distinta de la tuya y que no va a ser fácil, pero voy a intentar llegar adonde tú estás. Aunque espero no tener que pasar por lo que habéis pasado Skyler y tú. —Se humedece los labios, me apoya la mano en el hombro y agacha la cabeza—. No cabe duda de que lo vuestro es especial. Haber superado todos los obstáculos que la vida os ha puesto en el camino significa que lo vuestro está destinado a funcionar. No puedes vivir asustado cada vez que salgas de viaje de negocios. Has de confiar en que Dios no va a poner más pruebas. Créelo, hermano. Ahora es el momento de disfrutar de vuestro amor. Ve a saco a por él y todo irá bien.

Cierro los ojos y dejo que sus palabras calen en mí. Viajar y estar separados es normal en la vida de muchas parejas. Hemos de

volver a vivir nuestras vidas como antes, hemos de creernos que lo peor ya ha pasado.

Con mi hermano a mi lado, apoyándome en todo momento, inspiro hondo y le rodeo los hombros con el brazo.

—Gracias por la charla y por los ánimos.

Royce me dirige una de sus sonrisas deslumbrantes.

—Aquí me tienes para lo que haga falta. Ya lo sabes.

—Lo mismo digo.

Le doy un apretón en el brazo y desvío la mirada hacia una fila de mujeres que se aproximan. Hay seis en total. Sacudo la cabeza y entorno los ojos al fijarme en una en concreto.

Pelo rubio.

Ojos oscuros.

Alta.

Un cuerpo de infarto.

—¿Qué coño? —Sigo entornando los ojos para verla mejor.

Royce se da la vuelta.

—Joder, pero ¿ésa no es...?

No oigo el final de la frase porque he salido disparado hacia ellas.

—Un momento, señoras —les digo. No grito, pero poco me falta. Las seis se detienen en seco y yo me dirijo a la última de la fila. Al acercarme, los ojos se ajustan a la luz y me doy cuenta de que no es ella, pero, joder, cómo se parece—. ¿Quién es usted?

La rubia pestañea, se lleva la mano al pecho y mira a un lado y a otro antes de preguntar:

—¿Quién, yo?

—Sí, usted. —Cada vez estoy más tenso.

—Em, soy Tara Darling. Concursante del programa.

Con el ceño fruncido, la miro de arriba abajo, desde el pelo hasta las bailarinas. Es más alta que Sky, pero si uno no se fija, podría

hacerse pasar por ella perfectamente. Tiene los ojos un poco más separados y la barbilla un poco más puntiaguda, pero el parecido es asombroso.

—¿Qué la trae por aquí? —le pregunto, mientras Royce se coloca a mi lado, con los brazos cruzados sobre su enorme pecho, fulminando a la rubia con la mirada.

—Em, Louise González me eligió en el casting. ¿Hay algún problema? —Se agarra un mechón de pelo y lo hace girar alrededor del dedo en un gesto tan propio de Skyler que siento ganas de arrancarle la cabeza.

—Se parece mucho a Skyler Paige —responde Royce, yendo directo al grano.

Ella hace un mohín y ladea la cabeza.

—Sí, no es la primera vez que me lo dicen. ¿Y eso es un problema?

—¿La envía alguien? —Se me hace un nudo en el pecho al pensar que tal vez no haya acabado todo. Tal vez queda alguien que quiere jodernos la vida a mi chica y a mí. Alguien que quiere que me olvide de la Skyler auténtica y me quede con la copia. Siento un desagradable cosquilleo en la piel y una necesidad casi irresistible de llamar a Skyler.

—No. No entiendo qué está pasando. Yo me presenté a un casting, me eligieron y por eso estoy aquí.

—¿Por qué se presentó al casting de este programa precisamente? —le pregunto, cada vez más alterado por la presencia de esa mujer.

—Porque necesito más visibilidad en pantalla, porque me pagan por venir y porque tendré la oportunidad de conocer a una posible pareja. ¿Qué mujer se negaría a eso? —Pestañea con coquetería y me dan ganas de mostrarle la puerta para que se largue. Pero, por

desgracia, eso queda fuera de mis atribuciones. Royce y yo estamos aquí para preparar a los participantes; para enseñarles a seducir al público y a los concursantes que todavía no pueden ver y lograr un enorme éxito de audiencia.

Royce me agarra por el codo y me aleja de allí para hablar conmigo en privado.

—Sé que te estás temiendo algún plan retorcido, pero no creo que nadie tenga malas intenciones.

No tengo tiempo de responderle porque Louise, la productora, entra en ese momento.

—¿Algún problema, caballeros? —nos pregunta.

—Louise, mi amigo y yo estamos sorprendidos por la elección de una de las participantes. —Royce señala hacia las recién llegadas.

Louise mira a Royce, me mira a mí y se vuelve hacia las mujeres.

—Supongo que se refieren a Tara.

Mmm, interesante que sepa a quién nos referíamos. Me huele a chamusquina.

—Sí. —Me cruzo de brazos, adoptando una pose defensiva.

Ella capta mi movimiento y frunce los labios.

—¿Tiene algo que ver el hecho de que sea clavadita a Skyler Paige? —Va directa al grano. Qué táctica tan extraña.

—Obviamente, señora González. ¿Le importaría aclararnos por qué ha elegido a alguien tan parecido a Skyler cuando todo el mundo sabe que mi amigo lleva un año saliendo con ella?

Ella frunce aún más los labios antes de echar la cabeza hacia atrás y reírse con ganas.

—Acaba de responder a su propia pregunta. Skyler Paige es famosísima. Tara Darling se le parece mucho. Cuando aparezca a su lado en pantalla, el público se va a volver loco. La elegí yo personalmente y, con la debida modestia, creo que es una idea

brillante. ¿Le parece razón suficiente para romper el contrato que han firmado con nosotros? ¿Tanto le molesta trabajar con alguien que se parece a su novia, señor Ellis? —Joder. Esta mujer acaba de darle la vuelta a la tortilla con tanta facilidad que me ha pillado en bragas. Sin darme tiempo a contraatacar, sigue hablando—: Francamente, creo que el problema lo crea usted al no ver más allá de su vida personal. ¿No le parece?

Abro y cierro la boca, sintiendo como si me hubiera abofeteado. Niego con la cabeza y me meto las manos en los bolsillos mientras vuelvo a examinar a Tara. Se parece tanto a Sky que me cuesta mirarla... pero no es mi mujer. Lo único que tengo que hacer es recordar eso y centrarme en el trabajo que he ido a hacer.

—Supongo que está al corriente de los acontecimientos que nos han sucedido a mi novia y a mí durante los últimos meses, ya que salieron en todos los medios. —Cuando ella asiente, continúo—: Discúlpeme por sacar conclusiones precipitadas sobre la presencia de la señorita Darling en el programa.

—Todo aclarado, señor Ellis. Está aquí para conseguir una buena audiencia, nada más.

Inspiro hondo para calmarme. Esa chica no está aquí para hacernos daño, está aquí para subir las audiencias. Puedo lidiar con eso. De hecho, seguro que a Skyler le hará gracia la idea.

—Bien, sigamos como estaba previsto.

—Fantástico. Pues adelante. Necesitamos que las chicas estén listas dentro de cuarenta y ocho horas. Luego vendrán los ensayos mixtos y las pruebas de compatibilidad. Es básico que hombres y mujeres no se vean hasta el día del programa en directo.

Royce ladea la cabeza.

—¿En directo? Pensaba que iba a ser grabado.

—Sí, iba a serlo, pero la dirección ha decidido que en directo se aprovechan más las reacciones del público.

Cierro los ojos y aprieto los dientes.

Tengo que recordarme que nos están pagando una pasta gansa por este trabajo y que es normal que la gente se aproveche de la fama de Skyler para conseguir beneficios. Cuanto más contenta quede la clienta, más probabilidades habrá de que nos recomiende en el futuro. Todos salimos ganando. Tengo que concentrarme, acabar el trabajo dejando una clienta satisfecha y volver a casa con mi chica lo antes posible. Si quieren cambiar de plan y emitir el programa piloto en directo, es asunto suyo.

Royce le ofrece la mano a Louise.

—Gracias por la aclaración. Volvemos al trabajo.

Ella le estrecha la mano y luego hace lo mismo conmigo.

—Va a ser divertido, señor Ellis. —Con una gran sonrisa, se da la vuelta y se aleja.

Divertido. Ya, claro.

Algo me dice que aquí hay gato encerrado y que existen cosas que no nos cuentan a Royce y a mí. Mientras la veo empezar a subir la escalera que lleva a la cabina de control, siento un escalofrío en la nuca.

Me vuelvo hacia las seis mujeres que están bajo los focos, esperando instrucciones pacientemente.

Royce me mira y las señala con la barbilla.

Doy una palmada.

—Muy bien, señoras. Vamos a hacer una rápida ronda de presentaciones y luego me gustará oír sus motivos para participar en el concurso.

—A ver si lo he entendido bien, Crista. ¿Te has presentado al concurso porque quieres casarte y tener un bebé en el plazo de dos años?

La guapa pelirroja de cuerpo exuberante y melena ondulada que le cae por la espalda asiente con entusiasmo.

—¡Exacto! ¡Qué bien me conoces! —exclama, dando un gritito.

Bajo la vista hacia su tarjeta de presentación.

—No es que te conozca, preciosa, es que lo has anotado en el apartado de intereses.

Pone morritos y, no voy a mentir, es muy mona y el gesto hace que uno se fije en sus labios mulliditos. No entiendo que una chica como ella tenga problemas para conseguir citas. A menos que...

—¿Le cuentas en la primera cita a los hombres con los que sales que quieres casarte y tener hijos?

Ella asiente con una sonrisa.

—Oh, sí. Soy totalmente partidaria de la honestidad. Es lo primero que les digo.

«Madre de Dios.»

—Y, em, ¿cuántas segundas citas has tenido últimamente?

Ella frunce el ceño y los labios.

—Hum, pues no muchas, la verdad, ahora que lo pienso.

—¿Y a qué dirías que se debe?

Crista hace una mueca de concentración, como si estuviera tratando de unir la línea de puntos, pero no llegara a ninguna conclusión.

—Déjame contarte algo sobre los hombres. En general, no nos gusta pensar en casarnos y tener hijos ni siquiera en la quinta cita, mucho menos en la primera. Tal vez tras seis meses de relación estable, cuando hemos tenido tiempo de conocer a la chica, a su familia, y de comprobar cómo encajamos en varias facetas de la

vida... —dejo la frase inacabada, esperando que le llegue el mensaje completo.

Ella juguetea con el borde de la falda, que es demasiado corta. A ver, soy un hombre y me encanta ver piernas, cuanta más cantidad mejor, pero si la intención de esa chica es conseguir un hombre para el resto de su vida, no es muy buena idea tratar de cazarlo con sus atributos. Si quiere que algún hombre se quede a su lado, va a tener que atraparlo por su personalidad, no sólo por su cuerpo.

—¿De qué estás hablando?

—Del dormitorio.

Ella sonríe, y alza el pecho, como si se sintiera muy satisfecha.

—Oh, me acuesto con ellos en la primera cita si me gustan. Por ahí no hay problema.

Gruño y me froto las sienes con el pulgar y el índice.

—Crista, si un hombre te interesa de verdad, te aconsejo que no te acuestes con él en la primera cita. Puedes darle la impresión de que eres una mujer fácil, aunque no sea así.

Ella abre mucho los ojos.

—Pero entonces, ¿cómo van a enterarse de que soy muy buena en la cama? Si no lo prueban, no querrán repetir.

—Preciosa, que una mujer sea habilidosa en el dormitorio es un plus para un hombre, por supuesto, pero no es lo único que importa. En contra de lo que suele decirse, no todos los hombres piensan con la polla. Puedo decirte que lo que me enamoró de mi chica fue su sonrisa, su risa, su corazón generoso, cómo me hace sentir... No sólo lo bien que nos lo pasamos en la cama.

Crista se da golpecitos en la barbilla.

—¿Me estás diciendo que les dejo probar la mercancía demasiado pronto y que los asusto cuando les hablo de matrimonio y de niños?

Le tomo la mano y apoyo la otra sobre nuestras manos unidas.

—Deja que tu pareja se enamore de ti, no de lo que puedes hacer por él. Debes tener claro lo que buscas en un hombre con el que vayas a compartir el resto de tu vida. Sal, pásatelo bien, relájate y deja de preocuparte sobre lo que pasará en el futuro.

—¡Tú no estás casado y llevas siglos saliendo con esa pedazo de actriz! —protesta—. Yo no quiero esperar tanto para tener una familia.

Muevo la cabeza y suspiro.

—No hace falta que esperes siglos, pero tampoco pasa nada por esperar un año o más antes de dar el paso.

—Entonces ¿no quieres casarte y tener hijos con la mujer más sexy del planeta? —alza el tono de voz—. Si ella no consigue que te comprometas, yo no tengo ninguna posibilidad. —Le tiembla la voz, como si estuviera a punto de llorar. Odio ver llorar a una mujer.

—Crista, no me has entendido. Pienso casarme con mi mujer, claro que sí, pero cuando sea el momento adecuado. Cada pareja es distinta. No hay un plazo de tiempo estándar para esas cosas. De lo que se trata es de conocerse un poco antes de dar el paso; ¿lo entiendes ahora?

Ella sorbe por la nariz y le tiembla la barbilla, pero logra contenerse.

—Sí. Es que... es que tengo tantas ganas de encontrar a mi hombre ideal... El tiempo pasa muy deprisa y sé que mi vocación es ser esposa y madre. Es lo que siempre he querido y cuanto más tiempo pasa, menos posibilidades tengo de dar con un hombre que me quiera.

—Preciosa, eso no es verdad. ¿Cuántos años tienes, veinticinco?

—Veintiséis ya.

—Pues yo tengo treinta. Y mi mujer tiene tu edad. Llevamos un año juntos y estamos construyendo nuestra vida en común y nuestro final feliz. Te prometo que encontrarás el hombre indicado para ti. Lo único que te digo es que no gastes todos los ases en la primera jugada. Haz que se esfuerce para conseguir a la hermosa persona que eres. ¿Vale?

Ella inclina la cabeza a un lado y al otro, como si estuviera reflexionando.

—Sí, creo que voy a seguir tus consejos a ver si funcionan.

—Y, durante el programa, elije al candidato que te parezca más divertido. Con quien creas que te lo pasarías mejor si tuvieras una cita fuera de aquí. Y nada de sacar el tema del matrimonio y los hijos si no quieres que salgan los tres huyendo del plató.

Crista se echa a reír. Su risa es muy musical.

—Vale.

—Bien. Pues ahora ve con Royce para acabar de perfilar tu personaje. —Ella se levanta y tira de la falda hacia abajo—. Y asegúrate de llevar una falda un poco más larga el día del programa. —Sonríe y mueve las cejas—. Deja algo para la siguiente cita. ¡Y si es posible, para la quinta!

Crista se ríe y se despide con la mano mientras se aleja sobre sus zapatos de tacón.

Como la siguiente chica sigue hablando con Royce, reviso el teléfono y veo que mi hermano me ha llamado, pero no ha dejado mensaje.

Busco su número en favoritos y lo llamo.

Paul responde con su brusquedad habitual.

—Eo, Boli Parker.

—Me has llamado, tío. ¿Qué pasa? ¿Cómo está papá?

Paul suspira y oigo que se mueve. Oigo el sonido de una puerta que se abre y luego un sonido de madera que golpea, el característico ruido de la puerta trasera de casa de mis padres. He oído ese sonido un millón de veces; lo reconocería en cualquier parte.

—Está desquiciado. Harto de estar encerrado en casa. Se esfuerza mucho en rehabilitación, pero a su edad no está acostumbrado a que le digan lo que tiene que hacer y lo que no. Se cabrea y lo paga con nosotros. Básicamente querría que su cuerpo reaccionara como si tuviera veinte años, pero no los tiene.

—¿Y cómo se porta en terapia? —Conozco a mi padre. Es un paciente espantoso, hasta cuando tiene un resfriado. No me lo quiero imaginar teniendo que ir a rehabilitación dos o tres veces por semana.

—Buf, lo odia, pero lo importante es que va mejorando. Hoy se ha aguantado unos momentos de pie, mientras el terapeuta y yo lo sujetábamos.

La imagen de mi padre tratando de caminar agarrado a dos barras de metal se me clava a fuego en la mente.

—¿Y mamá?

Paulie se echa a reír.

—Dándole órdenes, como siempre. Lo que pasa es que ahora está atrapado en la tumbona y no se puede escapar. Y aunque protesta, papá siempre la escucha. Puede que proteste y se queje, pero no tira la toalla. Es un luchador, siempre lo ha sido y siempre lo será.

—Y eso es lo que siempre nos ha inculcado. A no rendirnos cuando quisiéramos algo de verdad. —Me froto la frente y suspiro—. Lo que estás haciendo, Paulie, estar ahí ayudando a papá y mamá...

—Me paso la mano por el pelo y camino de un lado a otro. Cuando me entra ansiedad, necesito moverme.

—No querría estar en ninguna otra parte. Además, los chicos y tú os estáis ocupando del Lucky's. Es justo que arrime el hombro por aquí, ¿no?

—Sí, lo que pasa es que sé que estás liado con la creación de Ellis Imports. Aún me cuesta creer que le pusiera tu nombre a la empresa.

Paul se ríe con ganas.

—Sí, bueno... Creo que eso fue una sutil indirecta de mi hombre para que pase a ser el apellido de los dos.

Sonrío.

—Dennis sabe lo que quiere y cómo conseguirlo. Y lo que quiere... eres tú, tío. —Me río, porque me hace gracia esta faceta romántica de mi hermano.

—Por cierto, ¡tengo buenas noticias!

Sonrío, porque nada me apetece más que una dosis de buenas noticias familiares ahora mismo.

—Pues no te las guardes para ti, hermano.

—Denny y yo hemos encontrado casa, hermano.

—¿En serio?

—Sí. Por fin tenemos casa propia. Denny está entusiasmado. Pensaba que lo había visto contento el día que compró el almacén para la empresa en el puerto, pero ahora lo está mucho más. Va por la casa extasiado, mirando a su alrededor.

—¿Dónde está? ¿Cerca de la nuestra?

Paulie se echa a reír otra vez.

—No, esa zona es de ricachones. Hemos comprado una casita de dos habitaciones y dos baños. El patio es lo bastante amplio para tener perro y cocina y comedor forman un solo espacio. Denny dice

que se muere de ganas de preparar cena para todos. —Mi hermano baja la voz y me dice en tono conspiratorio—: Lo organizaremos pronto para hacerlo feliz. Quiero que sienta que ha valido la pena dejar su país para instalarse aquí. Vendréis, ¿no?

—Claro. Sky y yo estaremos encantados de ir. Me alegro mucho por ti, tío. Me alegro de que estés echando raíces, comprando una casa, poniendo en marcha un negocio...

—De eso se trata... Es el sueño americano. Lo bonito es que cada uno tiene su propio sueño. Todos son distintos, pero pueden resumirse en ser libres para vivir la vida como queramos.

—Has luchado mucho, hermano. Ahora ha llegado el momento de disfrutar de tu esfuerzo. Has servido a tu país con honor y compromiso. Ahora toca hacer lo mismo con tu pareja. Darle a él y darte a ti mismo la vida que siempre has deseado.

—Claro que sí, joder.

—Claro que sí, joder.

—¿Cuándo le digo a Denny que volverás? Es para enseñarte la casa. Y Denny quiere pedirle consejo a tu chica sobre la decoración. Dice que le gusta tanto vuestra casa que quiere empaparse de su talento para convertir la casa en un hogar.

Sonrío.

Mi chica ha hecho una gran labor con la casa. Aunque algunas de sus decisiones me chocaron al principio, decidí fiarme de su criterio. Al fin y al cabo, uno siempre está a tiempo de volver a pintar las paredes o de cambiar la decoración. Lo único irremplazable es la mujer que puso las cosas allí. Así que preferí darle cancha libre y verla disfrutar. Así los dos acabamos felices.

Paul sigue hablando.

—Denny y Sky pueden hablar de la decoración mientras nosotros asamos unas chuletas en la barbacoa. Y podemos traer a papá y

mamá para que salgan de casa un rato.

—¿Asar carne con mi hermano mientras mi pareja y la tuya hablan de decoración? ¿Sacar a papá y mamá para que se aireen y compartir todos comida y risas? Me suena perfecto. Cuando llegue a casa, acabamos de concretarlo. Y mientras tanto, me alegro mucho por ti, Paulie. Me alegro de que todo te esté saliendo bien. Te lo mereces. Te mereces todo lo bueno que pueda pasarte.

—No necesito gran cosa. Mi hombre, mi familia cerca, salud, una cerveza fría, y un lugar donde reposar la cabeza por las noches. Todo lo demás son extras.

Tiene razón. Las cosas más básicas son las que hacen realmente feliz a una persona.

—Vale, lo organizamos. Me alegro mucho por ti—repito.

—Gracias, Park. Llámame cuando vuelvas, ¿de acuerdo?

—Sin falta. Te envío mi amor. Sabes que lo tienes —le digo, emocionado.

—Tú también tienes el mío, hermanito.

Riendo, cuelgo. Cuando me vuelvo, me encuentro a Tara Darling sentada, esperándome.

—¿Vas a hacerme tantas preguntas como Royce? —me suelta mientras me siento frente a ella.

—No lo dudes.

7

Skyler

—Cálmate, Skyler. Me estás poniendo nerviosa a mí, que nunca me altero. —Ellie se acerca al bar de nuestra habitación de hotel, sirve una copa de vino tinto y me la da—. Toma, bébete esto y relájate. Llegará dentro de un momento. —Asintiendo, cojo el vaso y doy un trago. Las agradables notas de cereza y uva pasa me acarician las papilas gustativas. Me echo hacia atrás en la butaca acolchada y dejo que la ansiedad del día me abandone un poco más con cada sorbo—. Hemos repasado el plan mil veces. Lo peor que puede pasar es que te descubra y sepa que le has contado mentirijillas.

—No, lo peor que puede pasar es que me descubra y rompa conmigo por mentirle. Nos prometimos que no volveríamos a mentirnos nunca más. —Me aprieto el labio inferior entre los dedos.

—Skyler, ¿te estás echando atrás?

Frunzo el ceño y bebo más vino.

—No exactamente. Es que, cuanto más tiempo pasa, más me asusta perderlo. Él es mi vida ahora, Ellie. Si lo pierdo, más habría valido que Tracey hubiera acabado conmigo aquel día.

Ellie hace un gesto con la mano, como cortando el aire.

—¡Fuera ese pensamiento de tu mente ahora mismo! No quiero oír nada negativo. Estás metida en esto hasta el fondo. No hay vuelta atrás. Todo está preparado y hay mucha gente involucrada. Es hora de dejarse llevar y dejar que la magia fluya. —Se apoya una mano en la cadera y da golpecitos con el pie en el suelo—.

Francamente, Skyler, si hubiera sabido que a Parker podía molestarle lo que vas a hacer, no te habría ayudado a llevarlo a cabo. Ese hombre besa el suelo por donde pisas. Está enamorado de ti hasta las trancas. Vivís juntos, tenéis perros en común, amigos comunes. Yo no me preocuparía, ¿vale?

Inspiro hondo y suelto el aire lentamente.

—Vale. Sólo necesitaba que me animaras un poco. Ya está. Vuelvo a estar convencida.

Ella se ríe al tiempo que suena el timbre de nuestra suite del ático. Nos alojamos en un hotel distinto del de los chicos, para evitar encontrarnos con ellos accidentalmente.

Doy un buen trago mientras Rachel y Ellie se acercan a la puerta. No hay nada como un poco de vino para calmar los nervios.

Elliott vuelve con una alta rubia pegada a sus talones. Rachel cierra la comitiva.

—Todo en orden. La he cacheado y le he revisado el bolso — anuncia Rach antes de volver a hacer el crucigrama sobre la barra de la cocina, al otro lado del salón. Tal como está sentada, nos ve a nosotras, pero también la puerta y el balcón al mismo tiempo.

Nate está en su habitación, disfrutando de una merecida siesta. Odia admitirlo, pero todavía está recuperándose y debe tomarse las cosas con calma.

—Dios mío —susurro y me quedo boquiabierta cuando Tara Darling me saluda con una sonrisa. No cada día se encuentra una cara a cara con su doble.

—¡Señorita Paige, es un honor conocerla! ¡Soy muy, muy fan! — Me aprieta la mano con fuerza exagerada y la sacude arriba y abajo —. ¡No me lo puedo creer! —grita, dejándose llevar por el entusiasmo.

Libero la mano y la sacudo.

—¡Guau! Sí que tiene fuerza.

—Oh, mierda. Lo siento. Mi padre siempre me decía que daba la mano como una luchadora de lucha libre. —Noto que tiene un leve acento sureño.

—Gracias por venir, señorita Darling —la saluda Ellie—. ¿Le apetece beber algo?

—Una Coca-Cola estaría bien, si tienen. Y pueden llamarme Tara.

—Claro. —Ellie abre la nevera y busca hasta que encuentra una lata de Coca-Cola. Coge un vaso, le echa hielo y sirve la Coca-Cola. Con el vaso en una mano y su copa de vino en la otra, se acerca al sofá y se sienta junto a Tara.

—Te agradecemos que hayas venido a hablar con nosotras —le dice, para romper el hielo.

Tara se coloca un mechón de pelo por detrás de la oreja, se humedece los labios y traga saliva.

—Oh, el placer es mío, señora Black. —Se vuelve hacia mí—. Estoy tan contenta de poder trabajar con usted, señora Paige, que no sé ni cómo expresarle mi gratitud.

—De nada. Y puedes tutearnos. Llámame Skyler o Sky. Todo el mundo me llama así.

—Sky... —repite Tara, con tono de admiración.

Sonríe y deja la copa en la mesita de centro. Me quedo inclinada hacia delante, con los codos en las rodillas, en una pose relajada.

—¿Qué tal? ¿Cómo ha ido hoy?

Tara asiente varias veces mientras se retuerce los dedos en el regazo, como si fuera un cachorro nervioso.

—Bien, lo he hecho muy bien. Al principio pensaba que él iba a echarme del plató. No le ha hecho ninguna gracia verme aparecer entre las participantes. Estaba muy incómodo.

Siento una punzada de preocupación. Lo último que quiero es que se sienta incómodo, sobre todo sabiendo lo que le costó separarse de mí después de todo lo que pasó. ¿Estaré equivocándome? No puedo librarme de la duda que me corroe por dentro y que crece cada vez que Tara abre la boca.

—Pero entonces llegó Louise, le explicó que había sido idea suya contratar a una doble y se quedó más tranquilo, aunque no lo entiendo.

—Mierda, seguro que pensó que volvían a empezar los problemas y dramas. —Miro a Ellie, con el corazón en un puño.

Ella niega con la cabeza.

—Skyler, no pasa nada. —Se vuelve hacia la mujer sentada a su lado—. ¿A ti te pareció que había algún problema, Tara?

Ella niega con la cabeza.

—No. Aunque su socio, Royce, aquel tiarrón afroamericano... —La voz se le vuelve más ronca—. ¿Habéis visto alguna vez a alguien a quien le sienten mejor los trajes? —Abre mucho los ojos mientras se abanica con la mano.

—Sí, a Parker —respondo, sin dudar, mientras mi mente me ofrece una galería de imágenes en las que mi hombre va vestido de traje, más guapo que nadie.

Tara me dirige una sonrisa radiante.

—Bueno, hoy no llevaba un traje completo, así que tendré que esperar a tener el placer de verlo para poder dar mi opinión.

Aprieto la mandíbula.

—¿Qué decías de Royce? —Encauzo la conversación para que se concentre en lo que me interesa oír.

—Ah, sí. Me hizo mil preguntas. Quería saber de dónde era, quiénes eran mis padres, a qué colegio había ido y por qué quería ser actriz. Y también por qué quería salir en el programa.

—¿Y qué le dijiste? —El corazón me late con tanta fuerza que casi lo oigo por fuera del pecho.

—Respondí con la verdad a todo menos a la razón para estar en el programa. Le dije que quería salir en antena, lo que no es mentira, y que me apetecía conocer a alguien para salir con él.

—¿Crees que te creyeron? —la interrumpe Elliott.

—Sí, claro. Soy buena actriz. He ganado premios en Tennessee. —Tara alza la barbilla y endereza la espalda, lo que hace que parezca aún más alta.

Recupero la copa de vino y me echo hacia atrás en la silla, golpeando el cristal con la uña.

—Van a investigar su historial. Se darán cuenta de que habitualmente no se parece tanto a mí y se preguntarán por qué.

—¿No me dijiste que Wendy estaba de luna de miel? ¿A quién van a pedírselo? —pregunta Ellie.

Mi publicista, siempre tan aguda.

—¡Es verdad! Mick no dejará que Wendy se acerque al teléfono, y menos al portátil. Tendrían que llamar por teléfono y no es ninguna emergencia. Si llaman para pedir información sobre una actriz que se parece a mí, Mick les colgará el teléfono. —Riendo, levanto la mano para que Ellie me la choque. Me vuelvo hacia Tara y repetimos el gesto. No sabe de quién estamos hablando, pero eso no le impide compartir nuestro entusiasmo.

—¡Rach! —Levanto la mano en su dirección y ella me choca la mano a distancia, sin levantar la vista del crucigrama.

¡Cómo mola mi guardaespaldas! Rachel siempre está al tanto de todo, incluso cuando parece estar ausente. Es un poco inquietante, pero espectacular.

—Vale. Me quedo más tranquila. ¿Qué te preguntó Parker?

Tara cambia de postura para colocarse exactamente igual que yo. Observa la posición de mis manos y la copia. No lo hace nada mal. En nuestra profesión, nos gusta tener el objeto de estudio delante para poder captar las sutilezas, los gestos, el lenguaje corporal, la cadencia de la voz... Todo lo que nos permita representar al personaje con el máximo realismo.

—Me preguntó qué tipo de hombre buscaba y por qué.

—¿Y qué le dijiste?

Ella se ríe antes de responder.

—Básicamente enumeré todo lo que tenía delante. Le dije que buscaba a un hombre moreno, alto, con ojos claros, buen cuerpo y talento para los negocios. Que reconociera a una buena mujer cuando la viera y que supiera qué hacer para conservarla.

—¿Y qué dijo él?

Se echó a reír con ganas y me preguntó si había estado hablando con su mujer. Actué como si nada, pero supe que había conseguido el objetivo.

Reconozco que estoy disfrutando con todo esto, aunque Parker se sienta un poco incómodo. Tara no tiene más intención que avanzar en su carrera y no es demasiado avasalladora. Cuando llegue el momento de la verdad, va a ser algo realmente único en la historia de la televisión... siempre y cuando todo salga como está previsto.

—Skyler, parece que Tara está siguiendo las instrucciones que le dimos. ¿Te preocupa algo más? —pregunta Ellie.

—¿Aparte de que mi hombre se enfade cuando se entere de que lo he planeado todo? No. —Me acabo el vino y me levanto—. Estás haciendo un gran trabajo, Tara. Muy bien.

—Cualquier cosa que necesitéis, ¡contad conmigo!

—Muchas gracias, Tara. De momento, estamos muy satisfechas con tu trabajo —le dice Ellie—. No te entretenemos más, para que puedas seguir con tus cosas. —Ellie se levanta, dejándole claro que es hora de que se marche.

Le ofrezco la mano.

Esta vez ella me la estrecha sin estrangularla.

—Como ya he dicho, contad conmigo para lo que haga falta. Gracias a vosotras. —Saluda con la mano y se dirige a la puerta. Rachel ya está allí, lista para acompañarla a la salida.

Cuando Rach regresa, me dirijo al bar con la copa para rellenarla.

—Quiero pizza, con extra de queso y de pepperoni —refunfuño, tratando de ahogar los nervios en comida. Lo mismo podría decirse de la botella de vino, que casi vació antes de llevarle el resto a Ellie.

—Si te crees que Nate te va a dejar comer pizza, vas muy equivocada. Y no le voy a decir que te estás ventilando una botella de vino en vez de estar poniéndote en forma para el rodaje que, te recuerdo, empieza dentro de dos semanas. —Rachel vuelve la página de su revista de pasatiempos. No sé si ha acabado ya el crucigrama o si cambia de página porque se ha quedado atascada.

—Puedo comer pizza —replico, en plan repelente.

—Puedes. Y también puedes multiplicar por tres el número de sentadillas, los kilómetros de carrera, las flexiones y los minutos en la máquina de remo. —Se encoge de hombros—. Tú misma.

Contengo el aliento y hago una mueca.

—No, si no se lo cuentas.

Rach alza finalmente la cabeza y me dirige una mirada penetrante con sus ojos azules como el hielo.

—¿En serio? —Su tono es sarcástico, pero también tiene un rastro de desafío.

Acepto su reto de miradas y le dirijo una parecida desde detrás de la copa de vino.

—Estoy segura de que mi chica es capaz de conseguir que su marido se olvide de mi dieta y tenga la cabeza... en otras cosas.

Rachel sonrío.

—¿Estás sugiriendo que mate a polvos a mi hombre para que se olvide de tu dieta?

Alzo un hombro y doy un trago del delicioso vino que está más delicioso cuanto más bebo.

—No sé si tienes lo que hay que tener... —Suspiro teatralmente.

—Oh, tengo lo que hay que tener, no lo dudes. —Se levanta, llevándose las manos a las caderas—. Mi marido no tiene ninguna queja.

Le dirijo una sonrisa irónica a Ellie.

—Me temo que vas a tener que demostrárnoslo mientras nos zampamos una pizza grande, amiga.

—¿Grande? ¿Tiene que ser grande? ¿Por qué no te la pides personalizada, con muchas verduras?

Niego con la cabeza y espero a que se desate la tormenta que se está fraguando tras esos ojos azules como el hielo.

Rachel gruñe y mira al cielo.

—Voy a tener que sacar toda la artillería. Un poco de calistenia, tal vez algo de yoga para animar la cosa... No nos esperes temprano mañana por la mañana. Mi hombre necesitará tiempo para recuperarse después de la sesión que le estoy preparando.

Me río, cubriéndome la boca con la mano.

Rachel me señala, con los ojos entornados.

—No te atrevas a decirme que nunca te hago favores. Una jodida pizza grande —refunfuña—. Más te vale tomar proteínas mañana por la mañana. Y me refiero a una tortilla de claras rellena de

espinacas y un toque de queso asiago. ¡Nada de cheddar! — Continúa refunfuñando hasta que aprieta los dientes y pone su cara más competitiva, lo que le confiere un aspecto aún más fiero—. Bien. Reto aceptado. Pide la dichosa pizza de una vez. Me estoy poniendo nerviosa ahora que me has metido esa idea en la cabeza.

Camina hacia el salón y aprovecha el sofá para hacer unas cuantas flexiones.

Ellie y yo la observamos mientras se prepara como si estuviera a punto de correr un maratón.

—¡Pizza! —Chasquea los dedos—. Andando. No me hagáis cambiar de opinión. —Niega con la cabeza—. ¡Las cosas que hago por mis hermanas!

—Venga, no te quejes. Como si fuera una tortura lo que vas a hacer. —Pongo los ojos en blanco, siguiéndole el juego.

Ella me dirige una sonrisa traviesa.

—Por cada orgasmo que le provoco, él me da dos o tres. Es su escala orgásmica personal. Dice que un hombre que no es capaz de devolver dos o tres orgasmos a su mujer por cada uno de los suyos, no es un hombre de verdad.

Joder, bien por Nate. Y bien por Rachel. Tengo ganas de aplaudir, pero me contengo para que no me dé una paliza o, peor aún, cambie de idea sobre la pizza.

—¿Y Nathan tiene hermanos? —pregunta Ellie, llevándose el teléfono a la oreja.

Miro a Rach, que se detiene a medio estiramiento. Luego las dos miramos a Elliott y nos echamos a reír.

—Nena, fue rarísimo. Se parece tanto a ti, que tuve que mirarla dos veces para convencerme de que no eras tú. Luego me cabreeé

porque pensé que volvíamos a enfrentarnos a una tarada. —La voz de Parker en el oído es como una nana que me relaja mientras me froto el tripón que se me ha puesto por toda la pizza que he comido.

—Qué raro. Pero lo habéis aclarado todo, ¿no? Sólo quieren crear morbo entre la audiencia, ya que saben que tú participas y yo hice la promo aquella...

Él suspira y el sonido hace que me lo imagine tumbado en la cama, a mi lado. Yo tendría la pierna sobre sus muslos; él, la mano en mi nalga y yo subiría y bajaría al ritmo de su respiración. Casi puedo oír el latido de su corazón en el oído, el latido que consigue que me duerma plácidamente en minutos por las noches. No logramos acabar de ver ningún programa de televisión porque los dos nos quedamos fritos, sobre todo después de una ronda de sexo con el sello de Parker, que suele ser atrevido y agotador.

—Fue muy raro ver a esa mujer tan parecida a ti, que hasta se movía como tú, pero que no eras tú. Me sentí estafado, como si se estuvieran burlando de mí —refunfuña, claramente alterado por la experiencia.

Siento una punzada de arrepentimiento en el pecho.

—Cariño —susurro, para que sepa que lo apoyo. Su tono de voz hace que tenga ganas de cancelarlo todo, pero ya es tarde. Tal como me ha recordado Elliott hace un rato, hay demasiada gente implicada en mi absurdo plan.

—Sé lo que vas a decir. —Parker gruñe—. Que no le dé tanta importancia, que no todo el mundo quiere jodernos la vida.

—No, sólo unos cuantos —bromeo.

Él se ríe y suelta el aire en un largo suspiro.

—Estar lejos de ti es más duro de lo que me imaginaba.

—Para mí también. Es como si te hubieras llevado un trozo de mí y estuviera esperando pacientemente a que me lo devolvieran.

—Exacto. —Parker se aclara la garganta—. Cuéntame algo bueno de tu día.

Sonríó al darme cuenta de que quiere que nos sintamos bien antes de colgar, hablando de algo positivo.

—Bueno... Ellie y yo nos partimos una pizza grande con extra de pepperoni y extra de queso. Y nos tomamos una botella y media de vino para acompañarla.

Él se echa a reír.

—Seguro que el grandullón puso mala cara. ¿Cómo lograste convencerlo?

Sonriendo, me arrebujó entre las sábanas.

—Reté a Rachel para que lo sedujera y lo mantuviera ocupado mientras Ellie y yo nos zampábamos las calorías de dos días de una sentada.

—¡Jo...der! Nate se va a cabrear cuando se entere —dice, riendo.

—No se va a enterar. Es un secreto entre hermanas. A cambio, mañana no tendrán que venir pronto a trabajar.

—Bien. ¿Crees que funcionará o tendrás que pagar con sangre, sudor y lágrimas en el gimnasio?

—Mmm, no lo sé, pero ha valido la pena arriesgarme. Y ahora mi bebé de pizza y yo vamos a dormir como troncos. —Me froto la tripa. Por fin empiezo a no sentirme tan llena.

A él se le escapa la risa.

—¿Tu bebé de pizza?

—Sí, voy a llamarlo Gordo.

—Querrás decir Gordon.

—No, Gordo. Tendrías que verme la panza ahora mismo.

Él sigue riendo, un sonido que me llena de felicidad.

—Ah, Melocotones, echo de menos tus locuras. Me hacen sentir bien.

—Y yo echo de menos tu polla. —Mierda, ¿lo he dicho en voz alta? Parece que el vino sigue haciéndome efecto. No soy capaz de parar—. Sí, cariño, tu polla es perfecta para mí. Me hace sentir llena y no me siento sola y vacía cuando me voy a dormir. Y no tengo que atiborrarme de comida y bebida para poder conciliar el sueño.

—Maldita sea, Melocotones. Si pudieras verme, comprobarías que el objeto de tus deseos está alzado, ondeando una bandera de rendición. Para mí también es muy duro estar lejos de ti, pero sé cómo mejorar un poco la situación.

Sonrío.

—¿Cómo? —le pregunto, esperando que mi voz suene lo bastante sexy.

—Antes que nada, quiero que deslices los pulgares dentro de las bragas, las hagas bajar por tus largos y sexys muslos y te libres de ellas. Luego levántate la camiseta de tirantes hasta dejar esas tetas perfectas al descubierto. No logro hacerme a la idea de lo preciosas que son tus tetas. Tienen la medida perfecta para mis manos. Las desbordan lo suficiente para que me vuelva loco de ganas de llevármelas a la boca. Y luego quiero que cuelgues y juegues con los pezones.

—¿Quieres que cuelgue? Pero...

—Sin peros, nena. Ya llegaremos a tu culito en otro momento, pero ahora necesito que cuelgues y juegues con los pezones. Y no se te ocurra tocarte entre las piernas, ¿queda claro?

—¿Y tú qué harás?

—Voy a meterme en la cama y te llamaré dentro de un rato con una sorpresa, ¿vale? Hazle caso a tu hombre y juega con esas tetas mientras me esperas. ¿Podrás hacerlo?

—Cariño, podría hacer cualquier cosa por ti.

—Demuéstramelo, Melocotones. Demuéstramelo ahora.

8

Parker

Tengo la polla tan dura que me duele y empieza a gotear por la punta. Me quito los bóxers de una patada y me agarro la base con fuerza para contener las ganas de acabar antes de hora.

Sentado, con la espalda apoyada en el cabecero de la cama, separo las piernas y las dejo caer a los lados mientras mi erección se yergue entre ellas.

Con el antebrazo apoyado en una rodilla, abro la cámara y le doy a grabar.

Con los ojos cerrados, me la agarro con la mano, imaginándome que no soy yo sino Skyler quien lo hace. El placer se extiende hacia el abdomen, haciéndome contraer los músculos mientras mi mano asciende lentamente hasta la punta. Una vez allí extiendo la humedad con el pulgar y desciendo. Contengo el aliento cuando la necesidad me hace echar las caderas hacia delante. Retomo el movimiento, subiendo y bajando hasta encontrar un buen ritmo.

Más gotas de humedad brotan mientras me imagino que Skyler me la menea al tiempo que lame la punta. Me la empaparía de saliva y gemiría al notar mi sabor en la lengua. A mi chica le encanta comerme la polla. Le encanta sentir que tiene poder sobre mí en esos momentos.

Contengo un gruñido y muevo la mano más deprisa hasta que sólo siento el nirvana. Cada centímetro me cosquillea y vibra, a punto de estallar.

—¡Sí, joder! —susurro, mirándome la mano que sube y baja y manteniendo la otra lo más estable posible para que tenga una buena panorámica. Quiero que vea el efecto que me causa. Que sepa que pensar en la suavidad de su mano y el calor de su boca me pone en este estado.

Sólo ella.

Nunca he estado tan pillado por una mujer en toda la vida. No pensaba que fuera posible imaginarme siempre a la misma mujer cada vez que me la meneo, pero es así.

Cada. Jodida. Vez.

Aprieto los dientes y bajo la mano hacia las pelotas. Me las aprieto hasta que siento que estoy a punto. Vuelvo a agarrarme la base del miembro y aprieto con fuerza, con más fuerza de lo habitual, como si quisiera arrancarme la semilla a lo bruto... para ella.

Veo chispas detrás de los párpados cerrados. Los abdominales se contraen y extienden cada vez que subo y bajo hasta que todo deja de existir excepto el éxtasis. La lujuria se apodera de mi cuerpo. Las pelotas se alzan y la polla se tensa mientras los chorros salen uno detrás de otro, manchándome la mano y el vientre, prueba irrefutable de mi deseo.

El aire me sale a borbotones de los pulmones hasta que no queda nada dentro de mí. Se lo he dado todo.

Aprieto el botón del móvil para dejar de grabar. Dejo el teléfono y cojo los pañuelos de papel que hay junto a la cama para limpiarme. Luego voy al lavabo, me lavo las manos y vuelvo a la cama, desnudo.

Busco los mensajes, encuentro el hilo de conversación de Sky, adjunto el vídeo y se lo envío.

Cuando veo que ha acabado de enviarse, la vuelvo a llamar.

—Cariño... —Suspira, y su voz suena desesperada y jodidamente sexy.

—¿Has hecho lo que te he dicho? ¿Has jugado con esas preciosas tetas hasta ahora?

—Ca... ri... ño, están ardiendo. Necesito...

—Sé lo que necesitas, Sky. Siempre sabré cuándo y cómo darte placer.

Ella gime y sé que se está tocando antes de que le dé permiso. Chica mala.

—¿Te estás tocando?

—Ajá.

—¿Mi voz te pone cachonda?

—Muchísimo —admite entre jadeos.

—Pon el manos libres y busca en los mensajes. Reproduce el vídeo que acabo de enviarte, pero deja el manos libres puesto. Quiero oírte.

—Ah, vale. —Oigo su respiración entrecortada mientras manipula el teléfono. Sé cuándo empieza a reproducirse el vídeo porque contiene el aliento.

—¿Estás viendo mi polla, nena? —Bajo el tono de voz para hablar con ese tono profundo que la pone como una moto.

—Oh, sí...

—Mira cómo me doy placer para que tú puedas verlo. Y mientras miras, quiero que una de tus manos juegue con el coño más dulce que he probado nunca. —Me muerdo el labio, imaginándome que estoy entre sus piernas, notando su aroma en la nariz, su sabor en la lengua. Tengo que hacer un esfuerzo para no apretar los dientes ante el asalto sensual.

—Por Dios, Parker... —Ella gime, respirando tan fuerte que la oigo perfectamente a través del teléfono.

—Mírame la mano, tocándome la polla y las pelotas —la provooco con la voz al mismo tiempo que con las imágenes.

—Lo qui... quiero —tartamudea, presa del deseo.

—Lo sé. Métete los dedos bien hondo, como lo haría yo. Ahora, fóllate con dos dedos, nena.

Ella grita y mi polla reacciona, volviendo a la vida. Joder, la cabrona vuelve a estar lista para ella.

—Oh, sí. Cómo me gusta ver tu preciosa mano acariciarte... Oh, Dios —gime.

—Ahora sácate los dedos del coño, nena, y presiónate con ellos el clítoris. Quiero que dibujes círculos mientras yo me la meneo en el vídeo para ti. —Aunque, francamente, podría volver a hacerlo en directo, porque su voz me está poniendo malo.

—Parker, cariño, yo... —dice con la voz entrecortada, perdida en las sensaciones.

—Mmm, ¿vas a correrte, Melocotones?

—Sí —susurra.

—Vamos, córrete. Quiero oírlo.

Me llega un gruñido torturado y un gemido al otro lado de la línea y no puedo evitar rodearme la polla con la mano una vez más y darle unos cuantos meneos mientras ella se corre.

—No pares, Melocotones.

—¿Qué? Pero yo... —Apenas puede hablar. Sé que aún tiene los dedos en el clítoris.

—Otro, date otro. ¿Me he corrido ya en el vídeo?

—No, pero yo...

—Sigue mirando. ¿Ves lo que me haces? ¿Ves lo duro y lo caliente que me pones? Métete tres dedos.

—Cariño... —jadea.

—Hazlo —gruño y sé el momento en que me obedece porque me llega un gemido largo, torturado y profundo.

—¿Te estás imaginando que son mis dedos o mi polla? — Cualquiera de las dos opciones me pone duro como una piedra.

—Los dedos. Tu polla es demasiado grande.

Sonrío.

—Bien. Ahora mira cómo me la meneo. Mira lo bruscamente que embisto y hazlo igual. —Yo sigo mis propias instrucciones, follándome la mano por segunda vez esta noche—. Y ahora usa el pulgar para frotarte el clítoris como haría yo.

—¡Dios mío, Parker! —grita, perdiéndose en el éxtasis.

—Más fuerte. Fóllate más fuerte. Quiero oír lo húmeda que te pones mirándome. A mí me pones tan cachondo que estoy cascándomela otra vez. Ahora mismo. —Gruño—. ¿Estoy moviéndome más rápido en el vídeo? Dime lo que ves, nena.

—Sí, sí, creo que sí. Oh, quiero notarte en mi boca. Quiero tragarte entero y succionarte con fuerza. Oh, cómo te la chuparía si pudiera, cariño... —me promete.

—¡Jesús! —gruño, con la mente rebotante de imágenes que me sugieren sus palabras.

Escucho sus jadeos entrecortados y sé el momento exacto en que tengo que darle un último empujón.

—Dobla los dedos, nena. Agárrate igual que lo haría yo y córrete cuando lo haga yo. —Cierro los ojos y escucho sus gritos y gemidos.

—Oh, Dios, te estás corriendo en el vídeo. Es tan sexy, me voy a... ¡aaaaahh! —Sus gritos son tan agudos que parece que se la estén follando con ganas.

—¡Joder, jodeeeeer! —exclamo mientras salgo disparado por segunda vez, manchándome la mano.

Durante dos o tres minutos permanecemos en silencio, escuchándonos respirar.

—¿Melocotones?

—¿Mmm?

—¿Estás bien, nena?

—Mmm. —Suspira—. Muy bien. Te quiero —susurra, con un hilo de voz.

—Que duermas bien, Sky.

—Mmm, sueña conmigo —murmura, medio dormida, haciéndome sonreír.

—Siempre, nena. Buenas noches.

La oigo respirar suavemente. Mi chica se ha quedado dormida escuchando mi voz, probablemente con el teléfono al lado de la cara.

Dejo el teléfono encendido y subo el volumen para poder oírla respirar mientras me lavo. Cuando acabo, vuelvo a la cama, apago la luz y me tumbo de lado, con la otra almohada entre los brazos como si fuera mi chica. Dejo el teléfono a mi lado y le digo:

—Te quiero, Skyler. Te quiero muchísimo.

Ella gime y murmura:

—Te quiero, Park.

Sonriendo, cierro los ojos y me duermo escuchando el sonido de la respiración de mi mujer, como si estuviera en casa.

Y por primera vez en toda la semana, duermo bien.

—Muy bien, damas y caballeros. Permanezcan en sus puestos. Primero va este grupo y luego ése. Mañana es el gran día y no queremos que nada parezca improvisado —dice Louise, en un tono severo que no admite réplica. Royce y yo estamos sentados en el

lado derecho del plató, en las sillas del jurado de la parte de los chicos.

—Bien, ¡acción!

El presentador se lleva el micrófono a los labios mientras uno de los cámaras hace un zoom. Va perfectamente peinado y luce un traje de diseñador que le sienta como un guante.

—Hoy es el día que estaban esperando. Llega la nueva generación de contactos amorosos dispuesta a hacer historia de la televisión en... ¡«Mix and Match»! —Alza el tono de voz al pronunciar el nombre del programa y luego sonrío ampliamente a cámara. Volviéndose hacia un público ficticio, añade—: Gracias por acompañarnos desde aquí esta noche y gracias a los que nos ven desde casa. Soy Rod Gentry y esto es «Mix and Match». Vamos a conocer a nuestros tres concursantes masculinos. ¡El primero es Lamar Williams! —El tono de voz de Rod sube y baja para mantener la tensión.

Lamar se acerca tal como le hemos enseñado. Se detiene frente a su taburete, mira a cámara y saluda con una elevación de barbilla y una sonrisa sexy antes de sentarse. Se sienta con un pie en el suelo y el otro en el reposapiés. Hoy lleva pantalones cortos y un polo, pero el día del programa irá mudado. Royce y yo elegimos personalmente el traje, conjuntamente con el estilista del programa.

—¡Bienvenido, Lamar! —Rod aguarda un tiempo mientras alguien aplaude desde el fondo, simulando los aplausos del público. Cuando éstos bajan de intensidad, sigue hablando—: El siguiente es Joshua Tipton.

Josh hace su aparición. Lleva el pelo rubio peinado hacia atrás y le brillan los ojos azules. Camina con decisión hasta la silla, alza la mano y saluda con desenvoltura antes de sentarse y apoyar el tobillo en la rodilla contraria tal como ensayamos. Deja las manos

sobre la pierna cruzada en una pose desenfadada, pero atractiva al mismo tiempo.

—Gracias por venir, Joshua. Y por último, aunque no por ello menos importante, tenemos a Jimmy Mano.

¿Jimmy Mano? Pero ¿este chico en qué está pensando? Se ha cambiado el nombre de Jimmy Jones, que sonaba a marca de salchichas, por otro que parece un chiste malo.

Sacudiendo la cabeza, suspiro.

Royce gruñe y se cubre la boca para reírse con disimulo. El muy capullo sabe que me va a tocar tener otra charla con el chico.

Jimmy cruza el escenario con el sombrero que nunca se quita y la barba pelirroja perfectamente arreglada. Cuando se sienta, su sonrisa es tan amplia que lo hace parecer un poco alelado. Si en vez del sombrero tipo Fedora llevara uno puntiagudo, sería la viva imagen de un enanito de jardín. Pongo los ojos en blanco y me llevo dos dedos a las sienes para librarme de la tensión.

—La virgen, el tipo parece un gnomo terrorífico con esa ropa y esa sonrisa de loco. Hemos de hacer algo.

—Sí, le diré que no sonría tanto cuando hable con él sobre su nombre artístico... otra vez.

Royce sonrío, inclinando la cabeza hacia delante.

—A continuación llega una preciosa señorita que tal vez algunos reconozcan por sus apariciones en Broadway y en el cine. ¡La señorita Tara Darling! —Rod contempla a Tara, que se acerca desde el otro extremo del plató, para que los chicos no puedan verla. Está dándole todo para la cámara, moviendo las caderas al andar. Rod se humedece los labios como si estuviera interesado en algo más que su intervención en el programa. La examina de arriba abajo como si tuviera rayos X en los ojos y quisiera ver a través de la ropa.

Tara se detiene ante la cámara, guiña el ojo con descaro y sonrío antes de darse la vuelta y dirigirse al taburete con la melena flotando a su espalda.

—Chicos, si la hubierais visto, estaríais muy contentos de conocerla —comenta Rod, frotándose el labio inferior con el pulgar y mirando a Tara con demasiado interés.

Los chicos reaccionan con distintos gestos, como aplausos o puños alzados al aire. Lamar se besa dos dedos y lanza un beso al aire, en un gesto exagerado, como si fuera LL Cool J en persona, aunque no creo que Lamar sepa quién es.

El programa toma muchas precauciones para asegurarse de que chicos y chicas no se vean. De momento, sólo pueden conocerse a través de las preguntas. Hasta ahora hemos utilizado preguntas escritas por los guionistas, pero durante el programa de mañana se permitirá que las participantes pregunten lo que quieran a sus pretendientes. La directora habrá aprobado las preguntas con anterioridad para asegurarse de que no hay nada inapropiado, como por ejemplo: ¿has practicado alguna vez sexo anal? o ¿con qué hortaliza compararías el tamaño de tu pene? Ese tipo de cosas.

—Gracias por invitarme, Rod —replica Tara, que rezuma encanto.

—Oh, el placer es sólo mío —confiesa él, que abre mucho los ojos al darse cuenta de lo que acaba de decir y rectifica—. Quiero decir que el placer es nuestro, ¿verdad, caballeros?

Esta vez soy yo el que disimulo la risa.

—Y hablando de caballeros, tenemos con nosotros a dos jueces invitados muy especiales. A uno tal vez lo reconozcan, ya que su cara ha salido mucho en los medios últimamente. —Aunque lo que me apetece es fulminarlo con la mirada, finjo una sonrisa de compromiso para seguir con el plan—. Ellos son Royce Sterling y Parker Ellis de la empresa International Guy. Han sido los

consejeros que han asesorado a los participantes para que estén abiertos al amor. ¿Qué tal? ¿Cómo estáis, muchachos?

Royce se echa hacia delante y sonrío.

—Muy bien. Listos para ver cómo lo hacen los chicos.

Le dirijo una sonrisa a Tara y luego me vuelvo hacia los chicos que esperan ansiosamente a oír las preguntas.

—Deseando ver a quién elige Tara. Lo único que voy a decir es que uno de vosotros va a ser un tipo muy afortunado.

Los hombres aplauden y gritan alegremente, creando un ambiente desenfadado.

—Bien, pues diría que ha llegado el momento de entrar en materia. —Rod sigue explicando cómo va a desarrollarse el concurso, incluyendo comentarios con el público que mañana llenará las gradas—. Pues bien, Tara, ¿por qué no haces una pregunta para que empiece la fiesta?

Ella sonrío y levanta una tarjeta de color azul.

—Concursante número uno. Para ti, ¿qué hace que una mujer sea hermosa?

Lamar se frota la barbilla como si estuviera reflexionando.

—Bueno, cariño, a mí me gustan las mujeres descaradas y seguras de sí mismas. No hay nada más atractivo que eso.

Tara se echa a reír.

—Concursante número dos, la misma pregunta.

—Bien, Tara. Por tu voz, ya sé que eres hermosa. Así que, para mí, una voz seductora como la tuya es muy importante.

—Vale. —Sonriendo, baja la vista hacia la tarjeta—. Concursante número tres. Si te eligiera a ti, ¿qué sería para ti una cita perfecta?

Jimmy endereza la espalda.

—Te llevaría a un festival de música, Tara. Llevaría el banjo, una manta, comida rica que habría preparado yo mismo, y nos

sentaríamos bajo las estrellas. Observaríamos a la gente, escucharíamos buena música y luego te cantaríamos alguna de mis cancioncillas.

Tara pone cara de sorpresa.

—Guau. Eso suena genial.

—Elígeme, preciosa, y haré que se convierta en realidad.

Las preguntas siguen durante media hora. La directora detiene los ensayos de vez en cuando para comentar cosas que le gustan o que no le gustan.

Cuando el primer grupo termina, los hombres salen por su lado, para evitar que vean a Tara. El segundo grupo pasa por el mismo proceso. Con este grupo todavía hay menos problemas que con el primero. Todo va como una seda. Parecen tenerlo todo interiorizado gracias a los ensayos que hemos realizado durante la semana. Louise está muy satisfecha y decide que este grupo será el primero en salir en pantalla y que Tara saldrá con el segundo grupo.

Una vez que el ensayo llega a su fin, Tara se aproxima a donde nos encontramos Royce y yo con un café en la mano.

—Hola, chicos. ¿Qué os ha parecido? ¿Algún consejo para mañana? La verdad es que estoy bastante nerviosa.

—No lo estés —le digo—. Lo has hecho bien.

Ella me devuelve una sonrisa entusiasmada.

—Gracias.

—¿Has pensado ya en quién vas a elegir para la cita? —le pregunta Royce.

Ella se encoge de hombros.

—Basándome en sus respuestas, me inclino por Jimmy. —Su respuesta me sorprende. Me vuelvo hacia Royce y veo que él también está sorprendido, probablemente porque sabemos qué aspecto tiene. Sabiendo esto, me aseguraré de que mañana

presente su mejor imagen—. Parece agradable y divertido. Sé que se esforzará en hacerme feliz y que la cita puede ser divertida. Lamar y Josh me han parecido demasiado chulitos. Es que, claro... —Me mira a los ojos—, tú no estás entre ellos, Parker. Si tú fueras uno de los participantes, los demás no tendrían nada que hacer porque iría a por ti a saco.

Una punzada de inquietud se me clava en la nuca y me desciende por la columna vertebral.

—Ah, Tara, eso es muy amable por tu parte, pero ya sabes que no estoy en el mercado.

Ella se acerca un poco más y me apoya la mano en la rodilla.

Royce suelta el aire.

—Oh, mierda. —Aparta la vista, tratando de darme algo de intimidad, pero sin abandonarme a mi suerte.

—Podríamos, ya sabes, divertirnos un rato y no contárselo a nadie —me dice al oído, pero Royce lo oye porque gruñe a mi lado.

Cojo la mano de Tara y la aparto de donde está.

—Como te he dicho, Tara, me lo tomo como un cumplido, pero para mí no hay nadie en el mundo más que Sky.

Ella da dos pasos hacia atrás, se retira el pelo del cuello y frunce los labios.

—¿Y ella ya lo sabe? Porque, según mi experiencia, todos los hombres son unos canallas y nunca les dicen a las mujeres lo que piensan en realidad. Normalmente ella se entera de que él no está igual de comprometido en una relación cuando lo descubre en la cama con otra mujer.

«Caramba.»

Esta mujer esconde traumas bajo esa apariencia perfecta; asuntos que su próxima pareja va a tener que desenterrar y afrontar si quiere vivir en paz y armonía con ella.

—Me alegro de que seas un tipo legal y no hayas aceptado mi ofrecimiento —sigue diciendo—. No son muchos los tíos que me rechazan, ni siquiera los que tienen pareja estable. Espero que tu Skyler sepa que vas tan en serio con ella, ya que no le has puesto un anillo en el dedo ni nada.

Una lanza se me clava en el corazón.

Frunzo el ceño. ¿De verdad que las mujeres esperan eso?

A ver, entiendo que las mujeres quieran que sus parejas se comprometan, pero Sky y yo compartimos casa, perros... Lo compartimos todo. Hemos hablado sobre ello. Ella parece estar lista para dar el paso, incluso algo ansiosa, pero lo he achacado a su deseo de sustituir algo que echa de menos: la estabilidad que le proporcionaban su amiga o sus padres. Ahora que las cosas se han calmado, quiero que se sienta segura y confiada, que asuma que no voy a desaparecer de su vida. Aunque supongo que un anillo ayudaría a convencerla de eso más que mis palabras.

—¿No deberías volver? —Royce señala con la barbilla hacia donde las demás participantes están recibiendo instrucciones de los productores.

Ella da un saltito, una palmada, se vuelve y se aleja. El movimiento me resulta familiar. Es un gesto que Skyler hace de vez en cuando. Se me forma un nudo en el corazón al pensar en Skyler en casa, sola, esperando a que yo vuelva. O al menos, eso espero. No quiero que sufra por mí, pero sí que me recuerde de vez en cuando.

Gruñendo, me hundo los dedos en el pelo y me echo hacia atrás. Me quedo mirando al negro abismo que es el techo del estudio. Hay tuberías, pasarelas y un montón de equipamiento, todo pintado de negro, como una gran telaraña que se extendiera sobre nuestras cabezas.

Royce me apoya la mano en el hombro.

—Esa mujer no os conoce de nada, así que no hagas caso de nada de lo que te ha dicho. ¿Me oyes?

—Ya, tío, pero me ha hecho pensar.

—Pensar es bueno. Y te has portado bien con ella. Te la has quitado de encima sin ser un capullo. Te lo has tomado como un cumplido, pero le has dejado claro que estabas comprometido en tu relación y que no tenías sitio para nadie más en tu vida. Nadie ha salido herido. Ella ha mostrado sus cartas; tú las has rechazado. Sin más.

—Ya, pero no le falta razón. Sky y yo hemos estado hablando del futuro, hemos hablado de boda y de niños. El pack completo.

—¿Y llegasteis a alguna conclusión?

—En realidad, no. Ella parecía preparada, pero...

Royce me interrumpe.

—¿Y tú no? Venga, va. No me vengas con monsergas. Has estado preparado desde que estuvisteis en Londres por el caso James. No os podíais separar ni un momento.

—Es verdad, pero entonces todo se volvió loco en nuestro mundo, sobre todo en el suyo. No quiero meterle prisas. Quiero que tenga tiempo para recuperarse. Que si se casa conmigo sea porque desea ser mi esposa más que nada en el mundo; no para suplir alguna carencia en su vida.

Royce se chupa el labio inferior y lo suelta para hablar.

—Creo que deberías tener más fe en tu mujer. Es muy lista. No es de las que van diciendo cosas que no piensan. Si ella dice que está preparada, hermano, es que lo está. Una mujer no hace tonterías cuando se trata de vestirse de blanco. —Frunce los labios —. Si quieres saber mi opinión, te digo que le compres un anillo con

un pedrusco bien grande para demostrarle lo comprometido que estás.

—¿Es lo que tú harías?

—Pues claro. Es lo que hice mil años atrás cuando pensaba que lo tenía todo. Ojalá lo hubiera hecho antes de que las cosas se fueran a la mierda.

Le doy un apretón en el hombro.

—Las cosas siempre pasan por algo. En aquel momento no pudo ser. Tal vez llegará vuestro momento, tal vez no; sólo el tiempo lo dirá. Pero hay algo que sé.

—¿El qué? —Me busca con la mirada.

Sonrío.

—Que voy a disfrutar mucho viendo cómo resolvéis las cosas.

Entorna los ojos y me da un empujón.

—Muérete.

Me río con ganas y lo sigo, porque ha echado a andar a grandes zancadas.

—De hecho, lo retiro todo —dice—. Espero que te abandone y se vaya con una estrella del rock. Un tipo de aspecto afeminado, con melena, un piercing en el ombligo y un tatuaje que diga «Madre» sobre el pecho. —Me señala con el dedo—. Te estaría bien empleado.

Casi no puedo respirar de lo mucho que me estoy riendo.

—Lo siento. No quería decir eso. Bueno, sí, pero no tal como ha sonado. —Trato de alcanzarlo, pero continúo muerto de risa, lo que no me permite seguirle el paso.

Mientras desaparece, levanta la mano por encima de la cabeza y me regala una peineta de lo más sentida.

9

Skyler

Ya ha llegado la hora. Me sudan las manos y me tiemblan las rodillas. Aprieto los dientes y observo al público, que grita de entusiasmo cuando presentan a Parker y a Royce y se dirigen a sus asientos en la mesa del jurado. Todo va según lo previsto y hoy es el gran día. No hay vuelta atrás.

Royce y Parker se sientan. El presentador anuncia la entrada de los tres primeros hombres y luego se dirige a la mujer. Es una morena, bonita y sencilla, tipo vecinita de al lado, que seguro que conectará bien con el público. El programa ha buscado personajes con los que el espectador pueda identificarse. No es ni gorda ni delgada, es de estatura media y lo mismo podría decirse de su belleza.

Mientras Rod hace las presentaciones y Parker y Royce escuchan, yo espero que todo se desarrolle tal como está planeado.

Cuando las cámaras no muestran a Parker y Royce, Louise se acerca a ellos y les susurra algo al oído, como si estuviera muy preocupada. Hay un hombre a su espalda. Royce y Parker se levantan, pero Louise niega con la cabeza. Parker sigue a Louise mientras Royce vuelve a sentarse y el otro hombre ocupa el lugar de Parker.

Sé que Louise acaba de decirles que Jimmy Jones o Mano, o como demonios se llame, ha tenido una emergencia familiar y ha

tenido que marcharse. No ha habido ninguna emergencia familiar, pero Parker y Royce no lo saben.

Louise estará ahora mismo tirándose de los pelos, diciéndole a Parker que está jodida y que el programa será un desastre. Y Parker se ofrecerá a ayudarla.

Mientras espero, tengo la sensación de que ha pasado un siglo. Tal como estaba previsto, Louise y Parker no regresan. Los participantes se someten a media hora de preguntas, la mujer elige a su candidato y el público grita y aplaude para celebrar la nueva pareja.

—¿Lista para el rock and roll? —Elliot me agarra por los bíceps y me empuja hacia el lateral del plató.

Voy con ella, esperando que Louise haya sido capaz de hacer que el plan siga desarrollándose según lo previsto.

Cuando llegamos a la cortina tras la que aguarda Tara, ella nos saluda con una sonrisa pastelosa y los pulgares hacia arriba. Me asomo disimuladamente y contengo el aliento.

Lamar hace su entrada mientras Rod lo presenta. Va muy arreglado. Lleva un traje negro que contrasta con el blanco radiante de la camisa.

El público aplaude y silba al verlo entrar. Él repite ese gesto en que se besa los dedos y hace el signo de la paz. No acabo de entenderlo. ¿Qué significa? ¿Paz y amor?

Luego entra un chico rubio, muy joven, que parece que acabe de salir de un anuncio de Abercrombie & Fitch. No le falta detalle, ni siquiera el jersey de punto blanco sobre los hombros, la sonrisita de niño rico y el bronceado que hace destacar sus bonitos ojos azules.

Y entonces sucede. El público enmudece cuando el tercer participante no aparece. Cruzo los dedos y las piernas como si me estuviera meando, esperando que Louise haya conseguido el

milagro. Y entonces, en el otro extremo del plató, veo como unos brazos empujan a mi hombre para que salga a escena. Él se detiene, mira a cámara, se sacude el traje azul marino y se lo abotona despreocupadamente mientras se dirige a su nuevo sitio.

—Y aquí tenemos al fin a Jimmy Mano —lo anuncia Rod sin mirar, pero cuando ve que se trata de otra persona, sacude la cabeza y saluda a Parker con la mano—. Vaya, vaya. Tenemos una sorpresa. ¡Parece que el tercer concursante es en realidad el director de International Guy, Parker Ellis, que ha abandonado al jurado para participar en «Mix and Match»!

El público se vuelve loco.

Mi hombre reacciona dirigiéndoles una sonrisa sexy a la que nadie es capaz de resistirse. Yo tampoco; siempre me humedezco cuando me sonrío así, sobre todo cuando está sobre mí, desnudo.

Parker saluda levantando la mano discretamente y el público femenino enloquece. Gritan tan fuerte que siento ganas de taparme los oídos. Hace un gesto con la mano hacia abajo para que se calmen y se lleva un dedo a los labios pidiéndoles silencio.

—Bien, bien. Tras esta sorpresa, vamos a presentar a nuestra nueva concursante femenina. Una que no tiene ni idea de quién está sentado en el plató ahora mismo. Vamos a divertirnos un rato, ¿vale, amigos? —pregunta al público, que reacciona aplaudiendo y agitando puños en el aire—. Nuestra invitada es la señorita... ¡Tara Darling!

Cuando Tara sale de detrás de la cortina el público suma dos y dos y el resultado es una exclamación de sorpresa. Mi imagen es muy reconocible y mi relación con Parker no es ningún secreto. Todo el mundo se ha quedado de piedra al ver lo mucho que Tara y yo nos parecemos, pero cuando se hacen a la idea, vuelven a

mostrar su entusiasmo con gritos, risas, aplausos y patadas en el suelo.

Rod les pide con las manos que se calmen para que pueda empezar el juego. Ésa es la señal para que me acerque. Ellie me sigue, apoyándome la mano en la espalda para darme ánimos.

Tara hace la primera pregunta, una que he escrito yo.

—Concursante número uno: Si pudieras enamorarte en cualquier parte del mundo, ¿qué lugar escogerías?

Lamar se humedece los labios y asiente.

—Excelente pregunta. Creo que elegiría París, porque es la ciudad más romántica del mundo.

Tara se revuelve en la silla.

—Oooh, me gusta. ¿Qué me dices tú, concursante número tres?
—le pregunta a Parker.

Él alza una ceja y mira a cámara.

—En cualquier parte. Nueva York, Londres, Río. Lo único que importa es estar junto a la mujer adecuada.

—Oooh. —Tara se lleva la mano al corazón—. Qué bonito.

Mientras Tara le hace una pregunta al concursante número dos, yo entro en plató, por el mismo lugar por donde Tara lo ha hecho hace unos momentos. El público enmudece. Una pantalla colocada en la pared, al lado de Tara, muestra una imagen de los tres participantes para que el público nos vea a todos a la vez. La idea es que se den cuenta de que esto es una encerrona y no nos descubran gritando mi nombre.

Me llevo un dedo a los labios igual que ha hecho Parker hace un momento. Señalo hacia la pantalla y camino de puntillas hacia Tara. Cuando me ve, ella sonrío. Me quedo a su lado y le entrego otra tarjeta: la tarjeta especial.

—Concursante número dos. Si pudieras tener a la mujer de tus sueños, y me refiero a una famosa, ¿a quién elegirías y por qué?

Josh sonrío a cámara.

—A Dakota Johnson. Cualquiera hombre que la haya visto en *Cincuenta sombras de Grey*... —Sacude la cabeza y silba—. ¡Qué mujer!

Me encojo de hombros teatralmente y asiento, pero luego niego con la cabeza y me señalo con el pulgar sin decir nada para no arruinar la sorpresa. El público se ríe.

—Concursante número tres, la misma pregunta.

Parker sonrío y sacude la cabeza. El público, intrigadísimo, se ríe con más ganas y no se pierde detalle de la acción.

—Eso ni se pregunta. La chica de mis sueños es Skyler Paige. Nadie puede competir con ella en belleza e inteligencia. Tiene un cuerpo de infarto y un corazón de oro —responde, mirando a cámara y el público no puede contener un suspiro colectivo.

Se me humedecen los ojos, pero contengo las lágrimas y me llevo las manos al corazón para que el público se dé cuenta de lo que está pasando.

Le doy una nueva tarjeta a Tara.

—Otra pregunta para el número tres. Ya que pareces tan enamorado de Skyler Paige, si la tuvieras aquí ahora mismo, y ella te declarara su amor, fe y compromiso poniéndose de rodillas ante ti y pidiéndote que te casaras con ella, ¿lo harías?

La cámara hace zoom para mostrar un primer plano de Parker. Observo su cara en la pantalla y el resto del mundo desaparece. Sólo existe él, el hombre que amo. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no levantar la mano y reseguir su precioso rostro con los dedos.

Parker se humedece los labios, cierra los ojos, inspira hondo y vuelve a abrirlos.

En su cara veo amor, sinceridad, decisión.

—Sí, por supuesto que sí.

Sonriendo, cojo el estuche negro que había dejado en la mesa auxiliar, junto a Tara.

Camino y rodeo la pared que me separa de él.

Cuando Parker me ve, se levanta y mira a derecha e izquierda como si no entendiera qué está pasando.

—Nena, ¿qué haces aquí? —Señala a Louise—. Ella me ha pedido por favor que participe en el programa. Pregúntaselo a la productora. Te juro que no tenía ninguna intención de tener una cita con nadie. ¡Te lo juro! —Hace un gesto con los brazos, como si estuviera en un partido de béisbol y pidiera la intervención del árbitro.

Sonriendo, alargo el brazo hacia él. Él me toma la mano y se acerca a mí. Por fin, sin diferencia horaria y sin distancia entre nosotros. Así me gustan las cosas.

—¿Qué está pasando aquí? —Me devuelve la sonrisa, aunque parece desconcertado.

Las cámaras cierran el encuadre, pero no les hago ningún caso.

Con el corazón en un puño, respiro hondo y lo miro a los ojos.

—Parker James Ellis, llegaste a mi vida en un momento en el que pensaba que lo había perdido todo. Con tu sonrisa, tu apoyo y, más tarde, con tu amor, salí de aquella crisis fortalecida. —Parker me apoya la mano en la cara y me acaricia la mejilla con el pulgar. Con la otra mano sostiene la mía, que se ha llevado al corazón. Sigo hablando, porque necesito que sepa lo que siento—. Hemos pasado el peor año de nuestras vidas. Han hecho daño a personas que queremos mucho, pero durante ese tiempo tú has sido mi refugio. El

único lugar tranquilo en un mar embravecido. Siempre a mi lado, ahuyentando el dolor y llenándome de amor y de esperanza. Quiero que sea siempre así. —Me tiembla la voz y me cae una lágrima por la mejilla—. Te quiero a ti para siempre. —Inspiro hondo y suelto el aire, sin dejar de mirar sus preciosos ojos azules—. Así que hoy, delante de los millones de espectadores, quiero dar un salto de fe y quiero pedirte que saltes conmigo.

Sin soltarle la mano, doy un paso atrás y apoyo una rodilla en el suelo.

A él se le abren los ojos como platos y tira de mi mano.

—Melocotones... —susurra.

Niego con la cabeza y me aclaro la garganta para que se oiga alto y claro lo que quiero decirle.

—No. Estoy aquí, arrodillada ante el hombre que quiero para demostrarte a ti y al mundo entero que para mí nunca habrá nadie más. Estoy lista para hacerlo oficial. Tú y yo juntos frente a todo. Para siempre. —Cierro los ojos luchando contra las lágrimas que amenazan con desbordarse y añado, con la voz temblorosa—: Parker James Ellis, ¿quieres casarte conmigo?

Abro el estuche de terciopelo negro y le muestro el delgado anillo de boda de platino, de diseño sencillo que he elegido para él. Su belleza radica en su simplicidad y falta de artificio, igual que el hombre que quiero.

Parker traga saliva y mira al cielo.

—Mi mujer siempre me supera.

—¿Y bien...? —El miedo me recorre el pecho mientras espero con la mano extendida a que él acepte el anillo y, con él, me acepte a mí. Estoy rogando, a sus pies.

—¡Ven aquí! —Me agarra por las axilas y me levanta con fuerza. Yo lo rodeo con las piernas, dando gracias por haber tenido la

previsión de ponerme un mono muy sexy que me permite hacerlo. Con una mano sujetándome por el culo y la otra por la nuca, me planta un beso en los labios. Un instante después, me ha colado la lengua hasta el fondo, elevando la temperatura del plató en segundos. Cuando finalmente deja de besarme, apoya la frente en la mía.

—¡Skyler, me casaré contigo hoy, mañana y todos los días si eso es lo que quieres! Te doy todo lo que tengo y todo lo que soy.

Sonrío.

—Te quiero.

Él me besa con dulzura y luego hace una mueca divertida.

—A tu lado es imposible aburrirse, Melocotones. —Tras besarme la nariz, hunde la cara en el hueco de mi cuello e inhala profundamente. Cuando la levanta, me dirige una sonrisa irónica—. ¿Me vas a poner el anillo o no? —pregunta, haciendo reír al público.

Me deslizo por su cuerpo hasta que mis pies tocan el suelo de nuevo y saco el anillo del estuche, que luego dejo caer. Le tomo la mano y le coloco el anillo en el dedo anular de la mano izquierda.

—Toma.

—¿Tu marca de propiedad? Bien puesta, donde debe estar. —Me desliza la mano bajo el pelo y me agarra por la nuca—. Estás loca, mujer. Locamente preciosa, locamente mía.

—Locamente enamorada de ti. —Sonrío mientras él se inclina para besarme. Cuando me suelta, me doy cuenta de que el público está aplaudiendo y coreando SkyPark, SkyPark, SkyPark a todo pulmón.

Con los labios pegados a mi frente, Parker susurra:

—Sabes que mis padres van a pegarme la bronca por no habértelo pedido yo.

Alzo un hombro y lo dejo caer.

—Creo que estarán satisfechos con el resultado final.

Él sonrío.

—Tienes razón.

Me acurruco entre sus brazos mientras confeti brillante cae del techo y nos envuelve.

Suena la melodía del concurso y el presentador se despide, pidiendo a los espectadores que los acompañen durante el siguiente programa.

—¿Estás contento, cariño? —Le echo los brazos al cuello y me pierdo en esos ojos azules que siempre me han mirado con un profundo amor.

—Decir que estoy contento es quedarme corto. Estoy eufórico y, para ser del todo sincero, algo aliviado. Pedirle matrimonio a Skyler Paige delante del mundo entero habría sido... complicado —bromea, sin dejar de sonreír.

Me echo a reír.

—Y que lo digas.

—Gracias por ahorrarme el trauma, nena.

Frunzo el ceño.

—Oh, no te creas que vas a librarte tan fácilmente.

Él baja la barbilla.

—¿Qué quieres decir?

—Tú también vas a tener que pedírmelo. Yo he hecho lo más difícil, pero ahora te toca a ti. —Le doy una palmada en el culo—. Yo también quiero un anillo para poder presumir.

Él sacude la cabeza, me levanta del suelo y me hace dar vueltas mientras el confeti nos rodea como si estuviéramos en medio de una nevada, creando el momento más mágico de mi vida.

Hasta esa noche...

—¡Dios! ¡Joder, joder! —Parker me embiste contra el cabecero de la cama.

Está de rodillas, rodeándome la cintura con un brazo y con la otra mano acariciándome la espalda y protegiéndome la cabeza de los golpes. Tengo los brazos extendidos sobre el cabecero, al que me agarro mientras le rodeo la cintura con las piernas y él me folla a lo bestia.

Llevamos dale que te pego desde que entramos en la habitación hace horas. El primer polvo fue en el suelo del recibidor.

Digámoslo así: el mono no ha sobrevivido a la refriega. Se ha convertido en un montón de tela rasgada perdida en algún punto entre el recibidor y la cocina.

—Cariño, por favor. Ya basta. No puedo más. —Gimo de placer mientras le suplico, sacudiendo la cabeza, resistiéndome a dejarme ir una vez más.

Pero Parker no me hace caso.

Es implacable.

Le cae el sudor por la frente y la cara se le contrae en una mueca mientras mueve las caderas. Tiene los músculos de los hombros, brazos y pecho en tensión, y las venas hinchadas. Parece que quiera dejar una marca en forma de Skyler en el cabecero de la cama.

—Necesito... más —gruñe, antes de hundir la cara en mi cuello y succionar con fuerza. Un escalofrío me recorre los brazos mientras una nueva oleada de placer se apodera de mí—. Quiero que te corras otra vez. Y que me aprietes la polla hasta dejarme seco. Vamos, nena. La última vez. Tú puedes. Dámelo. Dámelo todo. — Suelta un gruñido propio de una bestia salvaje, que me retumba en la columna vertebral y desciende directo hasta el clítoris, que

empieza a latir. Mientras martillea en mi interior, el latido aumenta y se extiende.

Suelto el cabecero y hundo los dedos en su pelo. Alzo el pecho y también las caderas, siguiendo su ritmo, deseando notarlo tan dentro como sea posible. Parker inspira hondo entre dientes, de placer o de dolor, no lo sé. La línea que los separa es tan fina que ya no soy capaz de diferenciarlos. Sólo sé que ambas sensaciones son muy intensas y capaces de cambiar la vida de una persona.

Parker se abre camino entre mis pechos con la barbilla, aprisionándome contra el cabecero y capturando uno de mis pezones. Lo succiona con tanta fuerza que me hace gritar. Con cada tirón de sus labios, me desgarró por dentro. Los ojos me lagrimean y entro en ese estado en el que no hay sitio para nada más que el silencio y un sedoso bienestar. Noto que tengo la piel bañada en sudor y saliva de sus infinitos besos, pero ya no siento dolor en los castigados músculos. Mi mente flota en este estado de bienestar absoluto hasta que me oprime el clítoris con su hueso pélvico y salgo disparada. Mi vagina se cierra alrededor de la base de su polla y grito, grito y grito, perdiéndome en un momento final de éxtasis eterno.

Parker emite un gruñido ahogado y hunde la cara en mi cuello. Bruscos estallidos de aire chocan contra mi piel encendida mientras su cuerpo se contrae y se sacude.

Una embestida.

Dos.

Tres.

Me muerde, tan fuerte que puede que me haya desgarrado la piel, añadiendo otra marca al campo de batalla que es mi cuerpo. Sigue sacudiéndose mientras me calienta por dentro al correrse una

vez más dentro de mí. Van ya tantas veces que he perdido la cuenta.

Nos dejamos caer de lado sobre las sábanas, pero seguimos íntimamente unidos. Me sujeta por el culo y me mantiene pegada a él. Con su otro brazo, situado debajo de mi cuello, me rodea la espalda. Estoy felizmente prisionera entre sus brazos.

Cuando nuestras respiraciones se calman, logro mantener los ojos abiertos el tiempo suficiente para ver sus ojos azules un instante antes de que caiga dormido. Lo imito un momento después.

10

Parker

Me despierta el ruido incesante de una llamada de teléfono. Para un par de minutos y vuelve a empezar.

Suena el suyo. El mío. El suyo. El mío. Es un bucle inacabable de fastidio.

Durante un minuto, hago inventario de mi cuerpo. Estoy caliente, ardiendo, y tengo un peso muerto chafándome el bíceps, que ya no siento. Abro los ojos lentamente y me encuentro cara a cara con la mujer más hermosa del mundo. Mi Skyler, profundamente dormida, cuyo cuerpo está medio pegado al mío. Me muevo un poco y mi polla sale de su interior, húmeda.

«¡Por Dios bendito!»

Gruño al notar que grandes cantidades de fluidos de ambos se escurren por su muslo y van a parar al mío. Bajo la mirada y observo fascinado la prueba de nuestra pasión. Ya sé que es pegajoso, pero me encanta ver salir mi semilla de su interior. Observo su cuerpo y hago una mueca al comprobar que tiene moratones en las caderas y los muslos por haberme dejado llevar y haberla agarrado demasiado fuerte. En la tentadora curva entre el cuello y el hombro veo marcas de mordiscos y un chupetón impresionante.

Mierda. ¿Cuándo fue la última vez que me dejé llevar tanto como para dejarle un chupetón a una mujer?

Ése es el efecto que me provoca Skyler. Y ayer, después de que me pidiera que uniéramos nuestras vidas para siempre, no me pude contener. Literalmente, me la follé hasta que los dos perdimos la conciencia. No es nuestro primer maratón de sexo; hemos tenido algunos memorables, sobre todo durante las primeras semanas, pero nada comparable a lo de anoche. Levanto la mano, que ahora tiene un peso al que aún no estoy acostumbrado e inspecciono el anillo que me puso en el dedo. Es fino, con unas líneas que convergen en el centro, igual que lo hemos hecho Skyler y yo. Somos dos personas con nuestros propios caminos, que se han mezclado sin darse cuenta convirtiéndose en uno solo. Sonrío hasta que el maldito teléfono empieza a sonar otra vez.

Skyler me da un cachete mientras murmura:

—Follas demasiado. —Suspira y pone morritos con los labios hinchados por mis infinitos besos.

Me aguanto la risa porque no se puede ser más mona y la observo respirar. Dios, soy un cabrón con suerte; un cabrón que anoche no lograba saciarse de ella.

Puso mi mundo del revés al declararse en directo en la tele, y no era capaz de quitarme la imagen de Skyler de rodillas, profesándome su amor delante del mundo entero. Cada vez que me acordaba o que veía el anillo, perdía la cabeza. Me ponía duro como una piedra y necesitaba hacerla mía.

Ella no me rechazó ninguna de las veces, aunque me rogó repetidamente que dejara de provocarle orgasmos. Una petición que desatendí, haciéndola gemir tantas veces como pude. Estoy seguro de que anoche batimos algún récord.

El teléfono empieza a sonar de nuevo y, esta vez, mi bella durmiente reacciona. Abre un ojo e intercambia una mirada conmigo.

—Cariño... ¿por qué no dejan de llamarnos? —Vuelve a dejar caer la cabeza sobre mi bíceps, me acaricia la piel con la nariz y me planta varios besos.

La rodeo con mi otro brazo, la levanto y la coloco sobre mí. Su sexo húmedo entra en contacto con mi polla, que vuelve a endurecerse.

Ella gime y gruñe al mismo tiempo.

—Cariño, me has roto por dentro —protesta, aparentemente indignada, pero... sus caderas empiezan a moverse como si tuvieran voluntad propia, y enseguida cogen velocidad. Contoneándose sobre mi erección, extiende la humedad entre los dos.

La agarro por las nalgas y la presiono contra mí, dejando que se mueva arriba y abajo tanto como quiera. La sensación es tan placentera que me da igual no estar en su interior. Ella sigue moviéndose, frotando el clítoris a lo largo de mi polla.

—Dios mío, cariño. Me gusta tanto... ¡No puedo parar! —Contiene el aliento cuando su abertura entra en contacto con la amplia cabeza. Aferrándole las nalgas con más decisión, la atraigo hacia mí con fuerza y la ayudo a mover las caderas, frotándose arriba y abajo, y asegurándome de que la punta entra en contacto con su sensible botón una y otra vez hasta que sus movimientos se aceleran y la respiración se le vuelve entrecortada.

—Park... —Acerca los labios a los míos. No nos besamos, pero compartimos el aliento mientras nuestros cuerpos lo dan todo—. Cariño, vas a hacer que me corra.

—Joder, eso espero, o voy a parecer un maldito adolescente salido cuando me corra sobre ti. —Me apodero de su boca y le cuelo la lengua hasta el fondo.

Ella me la succiona mientras su cuerpo se arquea y se deja ir. Sky grita y se tensa cuando el orgasmo se apodera de ella. La

sujeto por las caderas, haciendo que siga deslizándose sobre mi polla mientras sus pezones me rozan el pecho. No tardo mucho en seguirla.

Ambos respiramos con las bocas casi pegadas, disfrutando de la sensación de plenitud, de estar juntos y unidos una vez más, en esta ocasión a la luz del día, hasta que el maldito teléfono vuelve a sonar. Ella alza la cabeza y me dirige una mirada deslumbrante, aunque algo empañada por la lujuria compartida.

—Ha sido... distinto.

—¿Distinto para bien? —Alzo una ceja y espero.

—Oh, sí. Me ha hecho sentir joven otra vez —bromea. Tiene veinticinco años, pero está a punto de cumplir un año más.

—Me alegro de haber sido útil. —Le doy una palmada en el culo y ella protesta, gritando y saliendo de encima de mí.

—Necesitamos una ducha con urgencia... Y, probablemente, sábanas limpias. —Forma un ovillo con las sábanas, haciendo una mueca como si estuviera tocando algo asqueroso.

—Pero antes tenemos que averiguar quién carajo está dando por saco con las llamadas... —refunfuño, dirigiéndome a la ropa tirada por el suelo.

Ella se ríe y se tumba sobre el colchón, estirando su cuerpo sexy. Con los pies señala el cabecero de la cama. ¡Señor! Ni siquiera hemos dormido en la dirección correcta. Nos quedamos fritos tras la última ronda de sexo. Aunque, joder, no me extraña, la verdad.

Un escalofrío me recorre la espalda cuando me vienen imágenes del momento en que lo hicimos contra el cabecero.

—Ya me has dado tú por todas partes. No necesito más —bromea.

Rebusco entre la ropa y encuentro el teléfono. Veo que en la pantalla pone Mamá y Papá. Señalo a Sky con el móvil.

—Calla si no quieres que te folle otra vez. —La mínima provocación hace que la Bestia se despierte.

Ella se ríe y hace el gesto de la cremallera sobre los labios.

Es tan mona...

Respondo la llamada.

—¿Sí? —gruño. No me apetece hablar con nadie, y con mis padres menos aún.

—¡Te vas a casar! ¡Lo he visto en las noticias! ¡Oh, Dios mío! —grita mi madre. Me separo el aparato de la oreja para no quedarme sordo y al ver que Skyler sonrío, se lo lanzo.

—Es para ti, nena —le digo antes de meterme en el baño para mear y darme una ducha. No sé cuál de las dos cosas me hace más falta.

Me vuelvo y veo a Skyler sentada sobre las rodillas con una enorme sonrisa en la cara.

—Hola, Cathy. Lo sé. ¡Dijo que sí! ¿No es fantástico? Tengo tantas ganas de formar parte de vuestra familia...

Mi familia.

Mamá y papá, Paul y Dennis, Skyler y yo. Y el resto del clan.

Skyler Ellis. Suena bien. Ya sólo tengo que comprarle un anillo y pedirle si quiere casarse conmigo. En ese momento, se me ocurre algo. Skyler lo hizo en público, porque quería que todo el mundo supiera lo entregada que está en esta relación. Fue un gesto bonito, no sólo hacia mí sino hacia el mundo en general. Pero sé que lo que más desea en el mundo es sentir que pertenece a alguien y, por suerte, me ha elegido a mí, ha elegido a mi familia.

Sonrío mientras la idea va tomando forma. Ya he elegido el sitio. Ya sé cuándo y cómo voy a devolverle la pregunta.

Abro la mampara de la ducha y enciendo el agua para que se caliente mientras hago mis cosas.

Voy a necesitar refuerzos.

—Está todo listo, tío. Confía en mí. Lo tengo todo controlado — me asegura Bo alegremente, mientras recorro el recibidor de casa, con el teléfono en la oreja, esperando a que Skyler acabe de arreglarse.

Hace una semana que volvimos de Los Ángeles y es el cumpleaños de mi mujer. Todo tiene que salir rodado o me dará algo.

—Hoy es el gran día, tío. Tiene que salir todo perfecto. Asegúrate de que no falta nadie —le advierto.

—Tú te ocupabas de Nate y Rach, ¿no?

Alzo el rostro y veo a Nate, en el porche, vigilando la entrada delantera de la casa mientras espera a que salgamos.

Rachel está sentada en el banco de la entrada, rehaciéndose una de las trencitas que lleva unidas en una gran cola de caballo.

—Sí, están aquí. Iremos juntos. ¿Te has ocupado de papá y mamá? ¿Y de los Sterling? ¿Mick y Wendy? ¿Annie? ¿Kendra? ¿Paul y Dennis? ¿Baylee? ¿Elliott? ¿Geneva? ¿Rick *el del Tic*?

—Oh, no seas así, tío. Rick es majo —me reprende Bo, pero no le hago ni caso.

—Bogey, ese tío ha visto a Skyler desnuda, le ha puesto las manos y la boca encima y en sus películas finge estar enamorado de ella —le recuerdo con los dientes apretados.

—Ya, vale. Lo pillo. Eso tiene que tocarte bien los cojones.

—He aprendido a vivir con ello. —Suelto el aire lentamente, luchando por librarme de las imágenes de mi mujer junto a su coprotagonista, ya que nada bueno puede salir de eso—. Es su

amigo, así que tengo que aguantarme. ¿Y Sophie? Me dijiste que lo tenían un poco justo...

—Hermano, relájate de una vez, joder. Me diste la lista. Annie se ha encargado de reservar los vuelos para que todo el mundo llegue a tiempo. Sophie está charlando con la madre y las hermanas de Royce, que están fascinadas con ella. Sólo faltáis tú, la cumpleañera, He-Man y She-Ra.

Se me escapa la risa.

—Que no te oiga Nate o tendrás problemas.

Bo suelta un silbido.

—No es él quien me da miedo. Esa chica podría hacer temblar a Wonder Woman vestida con sus botas rojas. Y estoy seguro de que con su Lazo de la Verdad en la mano tiene que dejar a Superman para el arrastre en la cama.

Sacudo la cabeza y me llevo los dedos a las sienes. Sólo a Bo se le ocurre mezclar sexo y superhéroes en una conversación normal.

—Me agotas, tío. ¿Está lista la comida?

—Sí. La cocinera ha asado el cerdo durante horas para que se deshaga en tiras. También ha preparado la ensaladilla de patata que tanto le gusta a Skyler y todo lo demás. Tenemos hasta el champán frío para el brindis. Venid de una jodida vez. Tengo cosas que hacer —me dice antes de colgar.

Dejo caer el brazo y sigo caminando.

—Park, me estás mareando y vas a dejar marca en la alfombra —me riñe Rachel—. Todo saldrá perfectamente. Deja de preocuparte.

—Es un momento importante. Quiero que todo sea perfecto. Por ella.

Rachel sonrío y sus ojos azules brillan como pocas veces. Se levanta, me agarra el antebrazo y me aprieta con fuerza.

—No irás a decirme que estás preocupado por la respuesta. Piensa en eso. Piensa que ya llevas su anillo. Cálmate o vas a estropear la sorpresa.

Asintiendo, me meto la mano en el bolsillo para asegurarme de que el anillo sigue ahí. Sí. Ahí está.

Oigo ruido en la habitación de al lado y un instante después aparece mi chica, preciosa como un atardecer.

Skyler gira sobre sí misma, luciendo sus piernas largas y bronceadas. Lleva un vestido corto de raso negro, atado a la cintura y con un gran escote en uve. Si no fuera porque se ha puesto un sujetador de encaje azul eléctrico, se le saldrían las tetas por fuera. El azul del sujetador tipo *bralette* combina con las flores estampadas en el vestido. La falda, que le llega a mitad del muslo, tiene bastante vuelo. Y las sandalias que lleva son de cuña, color coral.

—Estás impresionante. ¿Cómo se llama este *look*? ¿Pibón roquero? —bromeo y jugueteo con la falda, aunque el corazón está a punto de salirse del pecho. Me encantaría olvidarme de todo hundiéndome en ella ahora mismo, pero Skyler se aparta.

—No, chic bohemio. ¿Te gusta? —Me mira a los ojos, esos preciosos ojos castaños que brillan de felicidad. Lleva la melena peinada con ondas surferas, con la raya al medio. Algo brillante me llama la atención entre las ondas.

Levanto la mano para examinar el objeto colorido y veo que es un adorno formado por plumas multicolor. Mi Sky siempre es un ave en vuelo, pero siempre regresa a mí.

—Estás preciosa. Y ahora deja que lleve a mi chica a cenar por su cumpleaños.

Ella se dirige alegremente a la puerta. Rachel le ofrece un bolso de cuero con flecos.

—Gracias, Rach. Siempre me olvido del bolso.

Rachel sonríe.

—Forma parte de mi trabajo. Te olvidar as hasta la cabeza si no estuviera aquí para record rtelo.

Skyler le guiña el ojo.

—Qué razón tienes.

Abro la puerta y dejo pasar a las damas antes de conectar la alarma y cerrar la puerta con llave. Nate est  junto al SUV, con la puerta trasera abierta para que entremos Skyler y yo.

Cuando acabamos de acomodarnos, nos vamos.

Es domingo por la tarde, así que no tardamos demasiado en llegar al Lucky's. Cuando paramos, Sky mira por la ventana y arruga la nariz.

— Me traes al Lucky's? —me pregunta con un rastro de sarcasmo en la voz—. Si venimos siempre... Pensaba que iríamos a algún sitio nuevo, uno al que no hayamos ido como tropecientas mil veces.

Le acaricio el pelo y la agarro por la nuca.

—Sólo paramos para brindar con mis viejos. Mi padre está más animado y quería desearte feliz cumpleaños.

Ella sonríe.

—Y  por qué no lo has dicho antes? Venga, no los hagamos esperar. —Abre la puerta y se encuentra con Rachel, lista para lo que haga falta.

Nate me abre la portezuela antes de que pueda hacerlo yo. Me sorprende no ver ningún paparazzi cerca. No est n todos los días, pero tienen que saber que hoy es el cumpleaños de Sky.

Para no desaprovechar la buena suerte, me apresuro a llegar a la puerta y mantenerla abierta para que pase Skyler. En cuanto cruza

el umbral todo el mundo grita:

—¡Sorpresa!

Skyler se detiene en seco y se lleva las manos a la cara, cubriéndose la boca. Se da la vuelta sobre los zapatos de cuña y pierde el equilibrio, pero yo estoy ahí para sujetarla.

—¿Has montado esto? ¿Una fiesta sorpresa? ¿Para mí?

Inclino el rostro y la miro a los ojos llorosos. No era ésa la reacción que había esperado.

—Nena, ¿qué pasa? —Ella se muerde el labio inferior mientras dos lágrimas le caen por sus preciosas mejillas. La abrazo a la altura del cuello y hundo su cara en mi pecho, donde llora ante las miradas preocupadas de nuestros amigos—. Sky, ¿qué te pasa?

Ella hunde la cara un poco más y niega con la cabeza, pero luego la aparta y me mira.

—No había tenido fiesta de cumpleaños desde que cumplí cinco. Siempre coincidía con que estaba trabajando, y tampoco tenía amigos de verdad. Y luego... ya sabes...

—¿Estás incómoda? —susurro—. Si quieres, te saco de aquí con la excusa de que no me encuentro bien y vamos a cenar los dos solos.

Ella niega con la cabeza y me da palmaditas en el pecho.

—No, estoy bien. Soy muy feliz. Es que me ha sorprendido tanto amor.

Sonriendo, la abrazo por la cintura y me vuelvo con ella hacia los demás.

—Mi chica se ha emocionado por vuestra maravillosa sorpresa. ¿Hay alguien aquí que nos pueda dar una copa o qué? Venga, música. Que empiece la fiesta.

Nuestros amigos y parientes aplauden y gritan. Baylee enciende la *jukebox* con el mando a distancia. La primera canción es *Girls like*

you, de Maroon 5.

Cojo a Skyler de la mano y la empujo hacia afuera. Le hago dar una vuelta y la atraigo hacia mi pecho antes de inclinarla y darle un beso chapucero delante de todos.

Ella me devuelve el beso sin dejar de reír. Cuando la levanto, me dirige una enorme sonrisa.

—Te quiero, cariño.

Le froto la nariz con la mía y se la beso.

—Yo te quiero más, Melocotones. —Bajo la mano hasta su culo y le doy una palmada juguetona—. Ve a saludar a nuestra gente.

Ella se libra de mis brazos y aplaude. Luego grita cuando ve a Wendy y a Mick.

—¡Dios mío! ¡No me puedo creer que estéis aquí! ¡Se supone que estáis de luna de miel!

Wendy corre hacia ella con los brazos abiertos.

—No podía perderme la fiesta sorpresa de mi mejor amiga. Parker avisó a Mick y él puso en marcha el jet. Dijo que teníamos que hacer una parada en boxes y ¡aquí estamos!

—Me alegro tanto de que estés aquí... —Skyler mira a su alrededor, maravillada—. Me alegro tanto de que estéis todos aquí... ¡Es el mejor cumpleaños de mi vida!

Lo sabía. Sabía que a mi chica se la hace feliz con las cosas más sencillas. Sólo espero que la próxima sorpresa esté a la altura, pero esperaré un rato para dársela. Ahora que se relaje, que disfrute comiendo y charlando con nuestros amigos.

Mientras Skyler saluda a todo el mundo, veo unos ojos color chocolate mirándome desde el otro lado del local, unos ojos que adoro. Me acerco a Sophie y a Gabriel. Abro los brazos y ella viene a mí. Inspiro hondo cuando me invade su aroma a especias.

—SoSo —le digo dulcemente—. Me alegro de que estés aquí. Te he echado de menos.

Ella me abraza con fuerza, se echa hacia atrás y me besa las dos mejillas.

—Estás impresionante esta noche, *mon cher*. El amor te sienta bien. —Sonríe dulcemente, sujetándome la mejilla.

Sonriendo, me fijo en su melena oscura, la cara familiar y las mejillas sonrosadas.

—A ti también, bonita. —Sophie se vuelve hacia su prometido, que está esperando, atento pero respetuoso, a un par de metros de distancia—. Seguro que él tiene algo que ver con eso. —Le ofrezco la mano—. Gabe, un placer como siempre.

Él me la estrecha.

—Cualquier ocasión es buena para estar con los parientes lejanos de Sophie.

«Parientes lejanos.»

Miro a mi alrededor y me doy cuenta de que sí, que somos una gran familia, una que se ha ido formando poco a poco, pero cuyos cimientos son sólidos, inquebrantables. Estamos juntos porque lo hemos elegido así y somos mejor en grupo que por separado.

—Felicidades por haberte agenciado a nuestra chica. —Sacudo a Sophie, juguetón.

Ella me da una palmada en el pecho.

—Lo mismo te digo. Ha salido en todos los medios de Francia. — Gabriel alza la barbilla, orgulloso de demostrar que se ha puesto al día en el mundo del cotilleo. Durante la cena en París, se sintió mal por no haber reconocido a Skyler. Por eso se suscribieron a varias revistas de famoseo, para estar al día de lo que se dice sobre Skyler y sobre mí. Sophie me llama constantemente para verificar si lo que han leído es cierto o no. No parece darse cuenta de que la mayoría

de noticias que lee son inventos pero, como me gusta hablar con ella, le sigo el juego.

Al cabo de un rato dejo a Sophie y a Gabe charlando con Bo. Me fijo en que Baylee está en su puesto habitual, detrás de la barra.

—Hola, Baylee. ¿No deberías estar disfrutando de la fiesta? Deja de trabajar un rato. Ya trabajas todos los días, ¿no?

Ella se humedece los labios y asiente. Es una mujer muy hermosa, con los ojos azules y una preciosa melena de color castaño claro con mechones color miel que le llega casi hasta el culo. No suele llevar el pelo suelto y es una lástima, porque lo tiene precioso.

Me fijo en que viste su uniforme habitual: vaqueros y una camiseta del Lucky's que le va varias tallas grande.

—Podemos encargarnos de camisetas con corte femenino, si quieres.

Pero ella tiene la vista fija en un punto a mi espalda, justo donde Bo está charlando con Sophie. Cuando logra apartar la vista, me pregunta, distraída:

—¿Qué te pongo? ¿Un gin-tonic?

—Estupendo, gracias.

Ella asiente y va a buscar la ginebra. La botella está en el estante superior. Cuando se estira para alcanzarla, me fijo en un detalle curioso. Lleva el botón de los vaqueros desabrochado. Una goma elástica sujeta el botón y el ojal, como si necesitara más holgura en la cintura.

Qué raro.

Baylee prepara el gin-tonic y me lo sirve, junto a una copa de champán para la cumpleañera.

—¿Y tú? —Señalo las copas.

—No puedo beber. Em, quiero decir, no voy a beber esta noche.

—Em, vale. Gracias.

Cuando estoy a punto de irme, Baylee me apoya la mano en el brazo.

—Una pregunta rápida. ¿Bo está saliendo con Geneva o con esa otra morena?

Mierda. Ésa es la razón por la que no debe uno acostarse con una colega de trabajo.

Niego con la cabeza.

—Bo no sale en serio con nadie. Sólo se divierte con..., em... amigas. Geneva es una amiga y Sophie está a punto de casarse con Gabriel, el hombre que está a su lado.

Baylee se tira de la camiseta, cubriéndose el vientre con ella.

—Ah, vale. Gracias. Em, diviértete, Parker.

El encuentro ha sido desconcertante de principio a fin. Tendré que hablar de esto con Sky o con Bo. Mejor con los dos. No quiero meterme en la vida personal de Baylee, pero ¿por qué lleva vaqueros que no le entran y se tapa la tripa con la camiseta? ¿Y por qué se interesa por Bo como si fuera mucho más importante que el calentón de una noche? Si se cuelga de Bo, las cosas se van a complicar... para todos. Bo no está interesado en relaciones. En absoluto.

Me acerco a mi chica y le doy la copa de champán.

—¡Oh, qué rico! Gracias, cariño. —Levanta la copa para brindar conmigo. Bebemos mirándonos a los ojos.

—Feliz cumpleaños, nena.

—Es el mejor cumpleaños de mi vida —me dice, entusiasmada.

Niego con la cabeza y la beso en la mejilla.

—Eres demasiado fácil de contentar. El bar de mi padre, familia, amigos... y reaccionas como si te hubiera bajado la luna.

Mi chica me echa los brazos al cuello sin soltar la copa y me besa.

—Es que, para mí, Parker, has bajado la luna. No se me ocurre nada mejor que esto.

—¿Ah, no?

Ella sonrío.

—No.

Me encojo de hombros y frunzo los labios.

—Creo que puedo mejorarlo.

Skyler se echa a reír.

—Lo dudo. Mi hombre, mi familia, mis amigos, bebida... y huelo a cerdo asado. ¿Qué más puede pedir una chica el día de su cumpleaños?

—Ya lo verás. —Con una sonrisa irónica, me vuelvo hacia los demás—. A ver, todo el mundo, un momento de atención. Baylee, la música, por favor.

Baylee quita la música y todo el mundo se vuelve hacia nosotros.

—Antes que nada, quiero daros las gracias a todos por haber venido. Y, en segundo lugar, no se me ocurre un mejor momento para demostrarle a la mujer de mis sueños lo mucho que la adoro.

Dejo las copas en la mesa más cercana, tomo las dos manos de Skyler e hincó una rodilla en el suelo.

11

Skyler

—¡Oh, Dios mío! ¿Vas a...? —Miro a mi alrededor. Todo el mundo tiene los ojos clavados en Parker, arrodillado a mis pies—. Sí, vas a hacerlo. —Pateo el suelo—. ¡Y yo que pensaba que no me pillarías por sorpresa! —Se me vuelven a llenar los ojos de lágrimas por segunda vez esta noche.

—Relájate, nena —me dice, sonriendo—, y disfruta del momento.

—¡Te quiero tanto! —exclamo, haciendo reír a todo el mundo.

—Sky, nena. Deja que tu hombre haga lo que tiene que hacer. Cállate un momento ¡y escúchame! —protesta Parker dirigiéndome esa sonrisa que logra que me derrita. Creo que me voy a desmayar.

Siento las manos pesadas entre las suyas, pero el cuerpo ligero como el aire. Si no me estuviera sujetando, saldría volando entre nubes de felicidad.

—Skyler, cuando me pediste que me casara contigo en un programa de alcance nacional, me dejaste pasmado. Como ya sabes, tenía miedo de que no estuvieras preparada, que quisieras casarte para llenar el vacío que habían dejado en tu vida algunas pérdidas recientes. Ahora sé que eso era una tontería.

—¡Sí, lo era! —grita Bo, y un par de voces lo animan.

—En todo caso, me di cuenta de que no me gusta estar lejos de ti. Quiero despertarte por las mañanas todos los días de mi vida y dormirme a tu lado todas las noches. Y quiero hacerlo no como tu

hombre sino como tu esposo, el hombre destinado a amarte y protegerte mientras los dos estemos vivos.

—Cariño. —Quiero compartir el mensaje de sus palabras—. Yo también quiero todas esas cosas.

—Me alegro, porque vas a ser mía. No te estoy pidiendo que te cases conmigo, te estoy diciendo, nena, que no tienes elección. Eres la mujer de mi vida igual que yo soy el hombre de la tuya. El destino, o como quieras llamarlo, lo decidió el día que me abriste la puerta en ropa interior. —Me dirige una sonrisa traviesa—. Es broma.

Me pongo roja como un tomate cuando todo el mundo se echa a reír.

—Fue un malentendido —trato de excusarme, pero cuando Parker me aprieta los dedos, vuelvo a dirigirle toda mi atención.

—Skyler Paige Lumpkin, has sido la chica de mis sueños desde siempre y siempre lo serás. Haré lo que esté en mi mano para darte una vida increíble. Delante de todos nuestros seres queridos, me harás el honor más grande del mundo si aceptas ser mi esposa. ¿Quieres casarte conmigo?

Se saca una cajita de color azul claro con un lazo blanco del bolsillo. Reconocería los estuches de Tiffany en cualquier parte.

Se me forma un nudo en la garganta cuando abre la tapa y veo una delgada alianza de diamantes con uno más grande, con talla de esmeralda, en el centro. No tengo experiencia en el tema, pero la piedra me parece enorme y brilla como la luna llena en una noche oscura.

Contengo el aliento y extendiendo la mano para tocar la piedra, pero retiro los dedos en el último segundo, como si fuera a quemarme de tanto como brilla.

—¡Sí! Pero no te olvides de que yo te lo pedí primero.

Parker se ríe mientras saca el anillo del estuche y me lo pone en la mano izquierda. Se inclina y me da un beso en la piedra.

—No hay vuelta atrás. A partir de ahora y para siempre, somos tú y yo contra el mundo.

Sonrío tanto que me duelen las mejillas.

—Y así es como quiero que sea.

—¡Bésala ya, idiota! —grita Randy Ellis.

Parker se levanta y lo fulmina con la mirada.

—¡A eso iba!

Entonces mi hombre me rodea con sus brazos y me besa con tanta intensidad que me olvido de dónde estamos y levanto la pierna para quedar pegada a sus partes más interesantes.

—¡Ya basta! —grita Cathy—. ¡Madre mía! Como sigan así me van a hacer abuela antes de la boda. ¡A ver si es verdad!

A Parker se le escapa la risa por la nariz y me suelta para decir con la boca pegada a la mía:

—Ya está hablando de nietos.

Me encojo de hombros.

—Por mí que no quede.

Vuelve a besarme con ganas.

—¿Qué te parece si lo hablamos cuando hayas acabado de rodar *Los más deseados*? —Parker hunde la cara en mi cuello e inspira hondo—. Te quiero sólo para mí durante un tiempo si puede ser.

No se está negando a tenerlos. Me está pidiendo un par de años.

—Ningún problema. Aunque pienso sacar el tema a menudo..., señor. —Le doy golpecitos juguetones con el dedo en el pecho.

—Y hablando de bebés, ¿para cuándo esperas el tuyo, bonita? —pregunta mamá Sterling desde la otra punta del bar.

Me vuelvo hacia ella y veo que está hablando con Baylee, que sigue detrás de la barra, con los ojos muy abiertos, retorciendo un

pañó de cocina como si fuera un trozo de masa pastelera.

—Em...

—Ah, no. A mí no me engañas. Estás pálida, no paras de ir corriendo al baño y cada vez que alguien menciona el cerdo, te vienen arcadas. Tranquila, bonita, sé lo malos que son los mareos del embarazo, pero pronto pasarán.

Baylee se agarra de la barra, boquiabierta, pero mamá Sterling sigue como si nada. Alza una uña perfectamente pintada de rojo y dibuja un círculo en el aire.

—¿Y ese truco de la goma que usas porque ya no te abrochan los pantalones, pero no estás lista para usar ropa premamá? Yo también lo hice. ¿De cuánto estás? ¿De diez semanas? ¿De doce?

—¿Cómo? ¿Es cierto eso? —Bo arrastra la silla y el sonido retumba en el bar que se ha quedado en silencio. Se acerca a Baylee a grandes zancadas y le dirige una mirada amenazadora—. ¿Estás embarazada?

A ella le cae una lágrima por la mejilla, y no es una lágrima de felicidad.

«¡Mierda!»

—¿Es mío? —insiste Bo—. Follamos en Nochebuena. Que alguien haga las cuentas.

—¡Eso son doce semanas! —aporta Wendy alegremente—. Lo sé porque yo me quedé preñada en Nochevieja. ¡Ole, podemos ser colegas de embarazo!

Bo alza una mano para que Wendy pare el carro, pero no aparta la mirada de Baylee.

—Te he hecho una pregunta. ¿Estás embarazada?

Cathy contiene una exclamación y se tapa la boca con las manos.

Baylee mira a su alrededor con ojos asustados, buscando los de todo el mundo menos los de Bo. Cuando él da una palmada en la

barra, ella da un brinco hacia atrás, cubriéndose la cara y el vientre al mismo tiempo.

«Mierda, está muerta de miedo.»

Me libero de los brazos de Parker, pero él trata de retenerme.

—No, Sky. No es asunto tuyo.

Le aparto los brazos.

—¿¿No ves lo asustada que está?! —Me dirijo a la barra, alzo el trozo de madera abatible y voy hacia ella. La abrazo por la cintura, la tranquilizo—: Cariño, aquí todos somos familia. No tienes nada que temer.

—¿Estás embarazada de mí o no, joder? —insiste Bo, con los dientes muy apretados y el tono de voz cada vez más alto—. Me importa una mierda si estás asustada o no. ¡Tengo derecho a saberlo!

Mamá Sterling se levanta.

—Bogart, más te vale cambiar de actitud o voy a hacer que la cambies a guantazos. Estás asustando a esa pobre chica. Cálmate y déjala hablar, hijo.

Temblando descontroladamente entre mis brazos, Baylee asiente con la cabeza.

—Lo siento. No era mi intención. No... no me ha... hagas daño —balbucea, sin dejar de llorar.

«¿Hacerle daño?»

—Ay, virgen santa, pobre criatura. —Mamá Sterling baja la voz al hacerse cargo de la situación.

Bo retrocede de espaldas hasta que choca con Parker, que le apoya una mano en la nuca. A su otro lado, Royce lo abraza por los hombros.

—Hermano, todo saldrá bien. Lo resolveremos juntos —le asegura Royce, en tono pausado y tranquilizador.

Bo hace una mueca despectiva.

—No, nada saldrá bien. Voy a ser padre. Un padre de mierda igual que el mío. Justo lo que no quería ser. —Señala a Baylee—. Esto no tenía que haber pasado. Nunca debería haber pasado.

—Yo, yo... lo siento —se excusa ella, sollozando. Se libra de mis brazos, sale de detrás de la barra y se marcha del bar corriendo.

Kendra se levanta y la sigue.

Bo deja caer la cabeza y se queda con la vista clavada en los pies. Tiene los hombros hundidos, igual que los brazos, y los puños apretados. Es la viva imagen de la derrota.

—Vamos, tío. Necesitas un chupito. O cuatro. —Parker acompaña a Bo a la barra. Me vuelvo, cojo una botella de Patrón, y le sirvo un chupito doble. Antes de que haya acabado de cerrar la botella, ya se lo ha tomado.

—Otro —gruñe. Le lleno el vaso y vuelve a vaciarlo—. Otro.

—Pienso que...

—No pienses. Sólo llénalo otra vez.

Miro a Parker, que asiente con la cabeza, así que hago lo que me pide. Esta vez se lo bebe a sorbos.

—Todo se arreglará —le asegura Parker, hablando en voz baja, para que sólo lo oigamos nosotros cuatro.

Bo niega con la cabeza.

—No hay nada que arreglar, tío. Sabía que pasaría, que la maldición me alcanzaría un día u otro. Es mi legado. Le pasó a mi padre, a su padre, y al padre de su padre antes que a él. Por mucho que me la envolviera, sabía que siempre había una posibilidad. —Da golpecitos con el dedo en la barra—. Debí hacerme la vasectomía. Lo intenté una vez, pero el médico me dijo que era muy joven. Me dijo que me esperara a cumplir los treinta. ¡Muchas

gracias, doctor! Cumplo los treinta este año y, mira qué bien, voy a ser padre.

—Todo saldrá bien, hermano —lo anima Royce, con esa voz de barítono que derrite a las mujeres.

—No, tío. No saldrá bien. Nada volverá a estar bien nunca más.
—Bo baja del taburete y se dirige a la puerta.

Una vez allí, Mick le apoya una mano en el pecho.

—No puedes conducir. Te llevaremos adonde quieras. —Es una orden, no un ofrecimiento.

—No voy a conducir. Voy a dar un paseo, un paseo jodidamente largo. —Lo aparta de un empujón y se marcha.

Kendra entra en ese momento, negando con la cabeza. Supongo que no ha podido alcanzar a Baylee.

Cathy Ellis va de grupo en grupo y da unas cuantas palmadas para llamar la atención.

—Vamos a ver. Esto ha sido un poco incómodo, sobre todo para Bo y Baylee, pero no dejemos que lo sucedido nos agüe la fiesta. ¡Estamos aquí para celebrar el cumpleaños de Skyler y que mi pequeñín se va a casar! Creo que ha llegado el momento de sacar el cerdo asado. —Levanta las manos como si fuera una animadora.

Adoro a esta mujer y sé que mi madre la adoraría también. Y que le encantaría Parker para mí.

Park está sentado en uno de los taburetes, al lado de Royce. Ya que estoy detrás de la barra, cojo otros tres vasos de chupito y nos sirvo uno para cada uno.

—Gracias —me dice Parker.

—Pequeña. —Royce me lo agradece con una inclinación de cabeza.

Los tres vaciamos el vaso echando la cabeza hacia atrás.

—¿Qué piensas? —le pregunta Royce a Parker.

—Pienso que el año que viene va a volver a ser de lo más interesante —responde, y no parece demasiado entusiasmado con la idea.

Royce sonrío y busca a Kendra con la mirada. Ella no nos quita los ojos de encima.

—Ya te digo, hermano.

—Al menos podemos contar los unos con los otros. —Parker palmea la espalda de Royce—. Creo que lo vamos a necesitar.

Espero a que se queden en silencio para rellenarles el vaso.

—Diría que es un poco pronto para emocionarme porque dos de nuestros amigos van a aumentar la familia pronto, ¿no? —Uno las puntas de los dedos.

Parker se aguanta la risa y Royce gruñe.

—Vas a casarte con una buena pieza, hermano —dice Royce, guiñándome el ojo.

Parker me mira con sus ojos azules rebosantes de amor.

—Voy a casarme con la chica de mis sueños, una estrella, y mi futura esposa.

Parker se da la vuelta haciendo girar el taburete. Royce lo imita. Yo salgo de detrás de la barra y me acurruco contra el costado de Park, que me abraza. Juntos, observamos la sala.

Nuestros amigos y parientes están charlando y pasándose bien. Cathy y Wendy están repartiendo platos rebosantes de comida. Mamá Sterling está charlando con sus hijas y con Paul y Denny. Rachel y Nate están haciéndose arrumacos en un rincón, pensando que nadie los ve. Gabriel besa dulcemente a Sophie, sin apartarse de su lado. Mick observa a su mujer como si fuera un halcón. No parece contento de verla cargar platos; supongo que piensa que no debería hacerlo en su estado. Mi colega Rick y su novia están charlando con Geneva y Elliott.

Sólo hay una persona que no parece tan feliz e integrada como el resto: Kendra. Está sentada junto a Annie, pero no puede mantener los ojos apartados de Royce más de un minuto o dos.

Parker me contó que Royce le había confesado que se acostaban juntos de vez en cuando, pero que su relación era más conflictiva que nunca. Según Parker, no debo meterme en sus vidas. Supongo que lo más prudente será esperar a que Wendy vuelva de su luna de miel. Juntas pensaremos la mejor manera de enterarnos de todo, haciendo caso omiso de lo que diga Parker. Somos familia, y cuando alguno de nosotros lo está pasando mal es nuestra obligación arrimar el hombro para tratar de aligerar su carga.

Aunque ahora mismo la prioridad son Bo y Baylee. Ninguno de los dos parece feliz por la llegada de ese bebé. ¿Y qué sabemos de Baylee? Conocemos su nombre. Sabemos que es una mujer dulce y hermosa que oculta su belleza bajo camisetas holgadas y vaqueros. Es muy trabajadora y ha sido una pieza clave para mantener a flote el Lucky's. Pero ¿aparte de eso? No sé dónde vive, no conozco a ningún miembro de su familia y nunca viene a verla ningún amigo al bar. Pensándolo bien, es raro.

Doy golpecitos con el dedo en el vaso de tequila que bebo a sorbitos. Siento una gran necesidad de meterme en la vida de esa chica. Sonrío al ver que Wendy se acerca con dos platos.

—Aquí tenéis. Cogedlo antes de que a Mick le dé algo. Piensa que los platos pesan demasiado para una embarazada, pero yo le he dicho por dónde puede meterse su opinión.

Parker se echa a reír.

—¿Y cómo ha reaccionado él?

Wendy le dirige una sonrisa coqueta.

—Estupendamente. Voy a tener que chupársela en el coche a la vuelta como castigo. —Hace un gesto sexy con los labios y el

hombro antes de darse la vuelta y alejarse con sus botas de cuero y el vestido informal que acentúa su cuerpo aún esbelto.

Riendo, le doy a mi chico un beso en la sien. Él me devuelve un apretón afectuoso.

—¿Eres feliz? —me pregunta.

—La felicidad es una elección. Y sí, elijo ser feliz con todas las personas que están hoy aquí. —Le acaricio la cara—. Especialmente, te elijo a ti, porque tú eres la persona que me hace más feliz del mundo.

—Vamos a tener una preciosa vida juntos, Melocotones —me promete en voz baja y profunda, una promesa que llevaré siempre en mi corazón.

Levanto el brazo para mostrarle la pulsera de cuero. Él hace lo mismo y unimos las muñecas. Las pulseras están juntas, los anillos brillan a la vez.

—Hemos confiado en nuestros corazones y vivido nuestras verdades —susurro, con la boca pegada a sus labios.

—Sí, lo hemos hecho. Y eso es lo que nos ha traído hasta este momento. —Lleva la mano a mi mejilla y me mira fijamente—. Eres mi verdad. Eres mi corazón.

—Y tú el mío.

Epílogo

Tres años después

Nunca había visto nada tan hermoso en mis treinta y tres años de vida y eso que he sido un hombre muy afortunado en ese aspecto. Ni siquiera el momento en que la chica de mis sueños se acercó al altar vestida de blanco puede compararse con éste.

Skyler alza el rostro mientras yo la observo desde la puerta de la habitación de hospital con un café en la mano que me hacía mucha falta. Una sonrisa cansada pero glamurosa le ilumina la cara antes de que vuelva a mirar hacia abajo. Cierro la puerta con delicadeza y me acerco a la cama. Me siento a los pies porque no quiero molestarla. Ella acuna nuestro mundo en sus brazos, acariciándole la mejilla sonrosada mientras se alimenta del pecho de su madre.

Le cae una lágrima por la mejilla y susurra:

—Nunca creí que pudiera amar a otro ser humano tanto como a ti. Hasta ahora. ¿Cómo es posible que el amor que siento por él me desborde el pecho si sólo hace una hora que lo conozco? —Me mira y veo que las lágrimas le caen sin control por las mejillas.

Dejo el café en la mesita y me coloco de tal manera que puedo abrazar a mi mujer y a mi hijo al mismo tiempo. Ella suspira cuando le doy un beso en la sien.

—Creo que así es como el tipo de ahí arriba lo planeó todo. Cuando te conceden un don tan precioso, hay que adorarlo. Es fruto de los dos, es lo mejor que hemos hecho y lo mejor que haremos hasta que le demos un hermanito o hermanita... más adelante. —Se

me quiebra la voz mientras alargó la mano y acaricio la cabeza de mi hijo, que sigue aferrado al pecho de mi esposa. Tras un minuto o dos, se suelta y su respiración se tranquiliza.

—No, bichito, la enfermera dice que tienes que permanecer despierto para comer —lo reprende Skyler con dulzura, así que le hago cosquillas en la mejilla y vuelve a engancharse al pecho. Es increíble, igual que su madre.

Juntos observamos a nuestro hijo alimentarse por primera vez hasta que es imposible mantenerlo despierto por más tiempo. Skyler me lo pasa para recolocarse el pecho y levantarse para ir al baño.

Me llevo a mi chico a dar un paseo por la habitación y le doy palmaditas en la espalda hasta que suelta un pequeño eructo, pero sigue durmiendo.

Mientras Skyler se ocupa de sus cosas, comparto un momento privado con mi hijo, contemplando sus largas pestañas y pelo moreno. Inclino la cara hacia su cuello y su pecho e inhalo con fuerza. Cierro los ojos mientras su aroma de bebé se me graba en el alma para la eternidad. Nunca olvidaré el aroma de mi hijo. Dulce, con un rastro de talco y otro de melocotones y nata envolviéndolo como un manto protector.

Mi hijo.

Montgomery Sterling Ellis.

Lleva el nombre de dos hombres extraordinarios con los que hemos elegido compartir la vida, y que forman parte de nuestra familia.

—Eres una persona muy amada, hijo. No soy capaz de expresar cuánto, pero me pasaré la vida tratando de demostrártelo.

Cinco años después

—Monty, tu madre y yo queremos presentarte a alguien. —Con el pequeño bulto en brazos, veo que mi madre se levanta del suelo, donde estaba jugando a construir una torre con nuestro hijo. Mi padre, que estaba controlando la escena desde el sofá, también se levanta al vernos llegar.

—¡Mami! ¡Papi! —Monty corre con sus piernecitas y se abalanza sobre su madre, que se ha agachado para recibirlo entre sus brazos.

—Mami te ha echado de menos, bichito. Mucho, muchísimo. —Skyler le da besos por todas partes. Monty quiere que lo levante en brazos, pero tras dar a luz, no es buena idea—. Ven, vamos a sentarnos en el sofá —le dice—. Queremos presentarte a alguien, cariño.

Mi madre ayuda a Skyler a levantarse y la acompaña al sofá. Mi padre se apoya en el bastón, pero camina y está fuerte.

—Se te ve feliz, hijo —me dice, sin poder disimular el orgullo que siente.

Sonrío.

—Cada vez que pienso que las cosas no pueden ir a mejor, la vida nos hace otro regalo.

—Exacto. Eso mismo sentí yo cuando tu madre y yo volvimos a casa con Paul y luego contigo. Aunque tengo que decir que ver a mi hijo con sus propios hijos en brazos es aún mejor. Estoy orgulloso de ti, hijo. —Se seca los ojos, borrando el rastro de la emoción.

—¡Papi! —grita Monty, sentado junto a su madre.

—Vale, vale, hombrecito. ¿Estás listo para conocer a tu hermanita? —Me acerco a Skyler y le hago entrega de mi preciada carga.

Ella recibe a nuestra hija en brazos y al mismo tiempo alza la barbilla. Me inclino para besarla suavemente en los labios. Monty se

acerca y nos da besos babosos a los dos en las mejillas. Nunca deja pasar una oportunidad de demostrarnos su amor.

Agarrándolo con delicadeza por la nuca, le digo:

—Ten cuidado, Monty. Es delicada. Mamá te enseñó a sostener al bebé. ¿Te acuerdas de cómo se hace?

Monty abre mucho los ojos, baja a toda prisa del sofá y se dirige a la zona de los juguetes, donde hay una muñeca en un cesto. La coge por la mano y la trae al sofá.

—¡Bebé! —exclama mostrándome la muñeca antes de aplastarla dándole un abrazo de oso.

Tal vez lo de la muñeca no haya sido una gran idea. La trata como si fuera un paquete. No quiero que piense que puede manipular a su hermana de la misma manera.

—Acuna al bebé —le pide Skyler.

Montgomery se sienta en el sofá junto a su madre y acuna la muñeca con la máxima delicadeza de la que es capaz un niño de dos años.

—Muy bien, bichito. Ahora, mira... —Le da la vuelta a nuestra hija para que él pueda verle la cara. Abre la boquita y aplaude.

—¡Oh, Nita!

Skyler sonrío.

—Sí, es tu hermanita, mi amor. Tu hermana pequeña, Jillian Catherine.

A nuestra espalda mi madre ahoga un sollozo. Acaba de enterarse del segundo nombre de nuestra hija. Queríamos que fuera una sorpresa para cuando pudiera verle la cara a su nieta. Mis padres se han quedado en casa con Monty, ya que es muy pequeño y pensamos que sería mejor que la conociera en nuestro hogar y no en un entorno tan frío como el del hospital.

Sé que a mi madre le tiene que estar costando la vida no abalanzarse sobre la recién nacida, pero de momento se conforma con disfrutar de la escena mientras mi padre la abraza por la cintura.

Miro a mi madre, sonriendo.

—Le hemos puesto los nombres de sus abuelas, hombrecito. Jillian, por tu abuela Jillian, que está en el cielo, y Catherine por la tía Cathy.

Monty mira a su abuela y la señala.

—¡Yaya Cay!

—Eso mismo, hombrecito. Yaya Cay.

—¡Nita! —grita antes de inclinarse y darle un beso a su hermana en la cabeza—. Tero Nita. —Vuelve a besarla.

Me aclaro la garganta y me seco los ojos.

—Sí, colega. Todos queremos a tu hermana. Y te queremos a ti.

Monty alarga los brazos hacia mí. Lo levanto del sofá y lo abrazo. Él me aprieta las mejillas.

—Tero Papi.

—Y yo te quiero a ti, hijo. Muchísimo.

Él me da un beso baboso en la boca y luego patalea para que lo deje bajar al suelo.

Miro a Skyler, que me devuelve una mirada cargada de felicidad.

—Lo has hecho bien, Melocotones. Uno de cada. Ya tenemos de todo. —Inspiro hondo, sintiendo una gran paz interior ahora que la familia entera está en casa.

Ella me dirige una mirada desafiante.

—Ah, no. No vamos a quedarnos con dos.

Siento que me arrancan el suelo de debajo de los pies y tengo que sujetarme en el reposabrazos del sofá.

—Pero... yo pensaba...

Ella niega con la cabeza.

—Ni hablar, quiero más. —Frunce los labios—. Creo que dos más.

Mi madre levanta los brazos al cielo.

—¡Alabado sea el señor!

—Melocotones... —Trato de razonar con Sky, pero ella se inclina hacia nuestra hija y le besa las mejillas.

Cuando desvía la vista hacia mí, me roba el corazón otra vez con una sola mirada.

—Volveremos a hablar de esto dentro de seis semanas. —Me guiña el ojo.

—Me cago en mi vida —refunfuño.

Va a usar el sexo para tratar de convencerme. La Bestia se revuelve sólo de pensar en el momento del reencuentro tras la cuarentena de abstinencia. Mientras tanto, tendré que mantener una íntima relación con mi mano izquierda.

—Cago, cago, cago —repite Monty, pataleando alegremente por la habitación.

—Cariño —me reprende Skyler, con una mirada de advertencia.

Me acerco a mi hombrecito y lo cojo en brazos.

—¿Nos vamos a jugar con *Midnight* y con *Sunny*? ¿Quieres que les tiremos la pelota?

—¡Pota, pota, pota! —Me palmea en la espalda.

Me lo llevo cargado en la cadera, pero antes de salir de la habitación me vuelvo hacia Skyler y la señalo con el dedo.

—Quedamos en que serían dos —le digo, muy serio, aunque sé que a Skyler no le impresiona que me ponga serio.

Ella se encoge de hombros, alza a nuestra hija y le da un golpecito en la frente con la punta de la nariz.

—Jilly y Monty necesitan más compañeros de juegos. —Cuando le da otro beso a nuestra hija, a mí me estalla el corazón.

—Tienes suerte de que esté enamorado de ti, mujer —le digo, mientras Monty trata de agarrarme la cara.

Skyler sonríe.

—Lo sé. Soy la mujer más afortunada del mundo.

Diez años después

El sol está alto y caliente con ganas mientras las hordas de niños juegan en nuestra gran piscina. Los tíos y abuelos se ocupan de vigilar que nadie se haga daño. A sus siete años, Monty es un niño alto y delgado que se lanza a la piscina como un nadador olímpico en ciernes. Tiene el pelo rizado, como yo a su edad. Nuestra pequeña Jillian va a hombros de su tío Paul, que juega a tirarle la pelota a su prima, Paula, la hija de Paul y Denny, que tiene un año más que ella. Las dos primas son inseparables.

Cuando nació Monty, a Denny se le despertó el instinto paternal. No podía pensar en nada más y no dejaba en paz a Paul. Y, como los hombres Ellis acostumbramos a hacer, mi hermano decidió darle a su hombre lo que tanto deseaba.

Paul encontró a una viuda que necesitaba dinero para ocuparse de los tres niños pequeños que ya tenía. Denny quería que su hijo se pareciera a su marido, por eso decidieron que Paul fuera el padre biológico. Ella se quedó embarazada mediante fecundación in vitro y les dio una niña llamada Paula. Todo fue tan satisfactorio que la madre accedió a tener otro bebé para ellos dos años más tarde. Esta vez fue Dennis el padre biológico y tuvieron un niño, al que pusieron el nombre de Luca. Se llevan tan bien que Sheila y sus tres hijos han pasado a formar parte de sus vidas. Se reúnen para celebrar cumpleaños y días festivos. Paul ayuda a Sheila en casa cuando necesita un manitas, y Dennis es su mejor amigo. Además,

Sheila ha montado una guardería y se ocupa de cuidar de Paula y de Luca cuando hace falta. Y el resto del clan Ellis estamos encantados. Cuantos más, mejor.

A un lado, Rachel y Skyler están sentadas en una tumbona, jugando con nuestros gemelos de tres años. Los llamamos Randi Lynn por mi padre, Randall, y por el segundo nombre de Wendy, Lynn. A Pritchard Steven lo bautizamos en honor a Mick y al padre de Skyler.

Los gemelos fueron una sorpresa. Cuando el doctor nos dijo que venían gemelos, me planté con mi mujer. Ni uno más. Cuatro son más que suficiente. La perspectiva de tener gemelos con un niño de cuatro años y una niña de dos en casa hizo que me diera vueltas la cabeza y estuve a punto de desmayarme en la consulta del doctor. Skyler, por el contrario, se lo tomó estupendamente. Exuda maternidad por todos los poros. Yo me hice la vasectomía después de lo de los gemelos para que mi esposa no pudiera volver a convencerme con sus encantos. Adoro a mis hijos, pero cuatro son más que suficientes.

Cuando nació Monty, Skyler dejó de actuar en grandes producciones y dedicó buena parte de su atención a crear un centro de actividades para los menos favorecidos en Boston. Contrató a un director y a varios empleados para poder dedicarse al cuidado de los niños. Dice que tal vez vuelva actuar algún día pero que, de momento, su vida está junto a su familia.

Yo sigo gestionando el día a día en International Guy, pero tenemos a un equipo de hombres y mujeres que se ocupan de viajar mientras que Royce lleva las finanzas y Bo entrena a los nuevos equipos.

En el otro extremo del jardín Nate está al cargo de la barbacoa, cocinando hamburguesas y perritos calientes junto a sus hijos, que

son fotocopias de Rachel y Nate. Theodore, al que todos llamamos Thor, es un minimachito rubio de nueve años con la sonrisa franca de su madre. Su hermano Jack, de siete años, al que llamamos Joker, es igual que su tocayo en las películas de Batman: salvaje, impredecible, descarado y encantador.

Desde el porche de nuestra casa, mientras contemplo a nuestra familia, me pregunto dónde se habrán metido los chicos. Royce, Bo y sus familias deben de estar al llegar. Levanto la vista y veo que Wendy y Mick están bajando la colina por el camino que abrimos para unir las dos propiedades. Van equipados para bañarse y llevan a sus dos hijos de la mano.

Entro en la casa para coger más toallas, otro botellín de IPA y una bebida para mi mujer. Últimamente se ha aficionado a la sidra Angry Orchard. Al dirigirme al armario de la ropa blanca, paso por nuestro dormitorio y veo el mensaje escrito con pintalabios en el espejo del tocador. Es un mensaje que escribimos juntos la noche en que le pedí que se casara conmigo, hace diez años. Aunque ha pasado mucho tiempo, se niega a borrarlo. Piensa que hacerlo sería llamar a la mala suerte.

Cada día al levantarme, veo los mensajes que intercambiamos aquella noche, unos mensajes que siempre me llenan de paz y serenidad. Las palabras siguen teniendo el mismo significado que cuando las escribimos y me ayudan a valorar la preciosa vida que hemos construido juntos.

Para la chica de mis sueños...

Para el forjador de sueños...

La felicidad es una elección.

Con amor,

NOSOTROS

Nota de la autora

Aunque hemos llegado al final de esta aventura de los chicos de International Guy, estad atentos para más aventuras en el futuro. Bo, Royce y Wendy tienen sus propias historias, que merecen ser contadas. Dudo mucho que las musas me dejen descansar durante mucho tiempo.

Hasta que volvamos a encontrarnos en el universo de International Guy. Espero que la historia de Parker y Skyler haya acabado a vuestro gusto. Gracias por acompañarlos mientras buscaban su final feliz.

Con todo mi amor y amistad,

AUDREY

Agradecimientos

He guardado los agradecimientos para el final. ¿Por qué? No lo sé. Tal vez por la gran cantidad de gente que me ha ayudado a llegar hasta aquí. Tanto editores, lectores cero, amigos, parientes... Hay incluso lugares que me han ayudado a seguir adelante. Esta serie ha sido una experiencia única que ha puesto mi mundo del revés.

Antes que nada, quiero darte las gracias a ti, lector, por compartir esta experiencia. La aventura de Parker y Skyler me ha acompañado a lo largo de un año. Soltarla me está resultando durísimo, pero saber que os habéis enamorado de ellos, de su historia y de su clan, me llena de una alegría tan grande que hace que sea mucho más fácil dejarlos en vuestras manos. No puedo prometer que ésta sea la última vez que escriba sobre Park y Sky. Estoy casi segura de que volveré a recuperarlos y, por supuesto, aparecerán en las secuelas de Bo, Royce y Wendy que tengo previsto escribir en el futuro. De momento, creo que podemos quedarnos satisfechos porque ellos están contentos con su final feliz.

Esto no serían unos agradecimientos como Dios manda si no le diera las gracias a mi marido, Eric, y su compromiso de dejarme hacer las cosas a mi ritmo, aunque eso suponga saltarme reuniones familiares, eventos sociales, pagar las facturas a tiempo (sonrisita) y todo lo demás. Eres el pilar en el que me apoyo, cariño. Por siempre. Gracias.

Gracias gigantescas a Jeananna Goodall, mi extremadamente paciente y compasiva asistente personal y amiga. Te he dedicado esta entrega porque lo hemos conseguido juntas. Hemos llegado al final, querida. Un año entero de altibajos, de tramas, de dramas con los personajes, por no hablar de los innumerables viajes y actos mezclados con períodos de edición y promoción. Y los momentos de pánico pensando que no iba a ser capaz de acabar la historia como se merecía. Tú has estado a mi lado en todos esos momentos y me siento tremendamente agradecida. Te quiero. Dile a Jansen que trataré de no quitarte tanto tiempo en el futuro..., pero no prometo nada.

Amy Tannenbaum, mi fantástica agente. Esperaste un año para trabajar conmigo en esta serie. Y durante este tiempo me has proporcionado buenos consejos, guía y apoyo cuando no tenías por qué hacerlo. Le encontraste a mis bebés un precioso hogar en Montlake Romance, asegurándote de que la editorial y la autora encajaran como un guante, sin pensar en nada más. Has comprendido que esto no va de dinero ni de estatus, que lo importante es la historia. Y las personas. Lo importante es vivir nuestra verdad y crear cosas hermosas junto a las personas que nos importan. Gracias por ser tú. Creo que eres hermosa por dentro y por fuera y me siento muy feliz de tenerte en mi equipo. Gracias también a tu compinche Danielle Sickles y al equipo al completo de Jane Rotrosen Agency por compartir el amor por International Guy con todo el mundo. Cada día siento que estoy viviendo un sueño hecho realidad.

Ekatarina Sayanova, mi editora y amiga desde siempre. ¿Puedes creerte que hemos terminado una nueva serie de doce entregas? Ésta es la novela número treinta y cinco que editas tú de las treinta y nueve que he escrito. Es como si estuviéramos casadas y

hubiéramos tenido treinta y cinco hijos en común. (Guiño.) Me parece un milagro. Cada historia es única y especial. Te has convertido en una parte tan esencial del proceso que no puedo imaginármelo de otra manera. Así que he pensado que lo mejor es que sigamos trabajando juntas siempre y que no te retires nunca. ¿Te apetece que tengamos otro bebé juntas? Treinta y seis me parece un número precioso. (Risas.) Deseando que vengan muchos libros (bebés) más en el futuro.

Lauren Plude, mi editora y nueva mejor amiga loca. Eres única. Tu mente es aguda, brillante y sorprendentemente precisa a la hora de evaluar las tramas que se superponen y el desarrollo de los múltiples personajes. Me has enseñado muchísimo y me siento muy afortunada de llevarme esos dones conmigo. No todo el mundo tiene la suerte de que le toque una editora tan increíble. Estoy eufórica por la suerte que tuve. Nunca había experimentado un proceso de edición tan sencillo y cómodo como el que me habéis proporcionado en Montlake a lo largo de las doce entregas. Gracias por todo.

Irene Billings, la correctora más increíblemente precisa del mundo editorial. Siempre logras sorprenderme. Tu atención por el detalle es casi mágica. Tu talento me maravilla. Gracias por tu contribución a que esta serie sea lo mejor posible.

Ceej Chargualaf y Tracey Wilson-Vuolo, mis superfans y las mejores lectoras cero del mundo. Me ayudáis a ser honesta con la historia. Amáis a los personajes como si fueran vuestros mejores amigos. Me mostráis cómo se ve la historia desde el punto de vista del lector. No hay palabras para expresar lo que siento cada vez que os envío un capítulo y me dais vuestra opinión sólo horas después. Me encanta cómo hacéis vuestras las historias y aventuráis lo que va a pasar a continuación en todo momento. Este proceso me ayudó

en momentos en los que me sentía abrumada y bajo mucha presión. Vosotras me disteis fuerzas para seguir adelante. Confié en vosotras y nunca me fallasteis. Daros las gracias sería quedarme muy corta. Os doy todo mi amor.

Gracias a los auténticos Wendy Bannerman, Rachel y Nate van Dyken, Dennis Romoaldo, Amy Tannenbaum y Christina Kaarsberg por permitirme usar vuestros nombres y, en algunos casos, vuestra descripción. Teneros en la historia ha hecho que sea aún más especial para mí, para los lectores y espero que también para vosotros. Os quiero a todos.

Quiero dar unas gracias enormes al equipo entero de Montlake Romance. Tanto el equipo de edición, como los de diseño gráfico o marketing son los mejores con los que he trabajado hasta hoy. El recuerdo que me llevo de esta editorial me acompañará siempre. Espero que podamos seguir compartiendo muchas historias en el futuro. Vuestra empresa cambió la visión que tenía del proceso editorial. He aprendido mucho, me he reído mucho, he participado en todo y me he sentido gratamente sorprendida por haber trabajado con vosotros de una manera tan cercana. Nunca sentí que me dierais de lado. Tuvisteis siempre en cuenta mi opinión porque creéis en contar la historia que el autor quiere contar. Eso es poco habitual. Gracias por elegirme para ser parte de la familia de Montlake Romance. Me siento muy honrada.

Gracias inmensas a mi increíble modelo, Forest Harrison, por ser el perfecto Parker Ellis. Me encantó trabajar contigo en las cubiertas y los eventos. Eres una auténtica estrella que lo iluminas todo. El futuro te deparará grandes sorpresas. Sigue soñando.

Y no puedo olvidarme del fotógrafo que captó las imágenes tal como las quería. Wander Aguiar, tienes la vista afilada y un gran

talento. Entre Forest, Andrey Bahia y tú ayudasteis a darle vida a la historia. Gracias.

Jena Brignola, eres una estrella del diseño gráfico. Los *teasers*, los banners, el aire general que has logrado darle a la serie es asombroso. Gracias a ti, la marca IG ha llegado a mucha gente.

Y tengo que dar las gracias, gracias, gracias a mi grupo de lectores Audrey Carlan's Wicked Hot Readers. Siempre me animáis cuando me fallan las fuerzas, cuando temo que mis novelas no le importen a nadie y, sobre todo, me hacéis reír mucho. Si eres un lector y quieres unirte a mis sexys lectores, busca el nombre en Facebook, apúntate y vive la vida con nosotros... Un libro detrás de otro.

Biografía

Audrey Carlan es una autora de éxito internacional. Ha alcanzado el número 1 en la lista de libros más vendidos de *The New York Times* y sus títulos han aparecido en *USA Today* y *The Wall Street Journal*. Escribe novela romántica con la dosis perfecta de picardía y erotismo que la han llevado al éxito internacional. Traducida a más de treinta idiomas, es conocida mundialmente por sus series Calendar Girl y Trinity.

Vive en el valle de California, donde disfruta de sus dos hijos y del amor de su vida. Cuando no está escribiendo, puedes encontrarla enseñando yoga, tomándose unos vinos con sus mejores amigas o con la nariz enterrada en una novela romántica calentita.

Notas

1. Las palabras indicadas en cursiva aparecen en castellano en la edición original. (*N. del E.*)

Todo es posible 4
Audrey Carlan

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

Título original: *International Guy. Volume 4 (Madrid, Rio, Los Angeles)*

Diseño de la portada, Sophi Guët
© de la fotografía de la portada, Shutterstock

© Audrey Carlan, 2018
© por la traducción, Aleix Montoto y Lara Agnelli, 2019

© Editorial Planeta, S. A., 2019
Av. Diagonal, 662-664, 08034 Barcelona (España)
www.editorial.planeta.es
www.planetadelibros.com

Ésta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y sucesos que aparecen son producto de la imaginación del autor o bien se usan en el marco de la ficción. Cualquier parecido con personas reales (vivas o muertas), empresas, acontecimientos o lugares es pura coincidencia. El editor no tiene ningún control sobre los sitios web del autor o de terceros ni de sus contenidos ni asume ninguna responsabilidad que se pueda derivar de ellos.

Primera edición en libro electrónico (epub): noviembre de 2019

ISBN: 978-84-08-21887-6 (epub)

Conversión a libro electrónico: Realización Planeta

**¡Encuentra aquí tu próxima
lectura!**



¡Síguenos en redes sociales!

